This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Sc 2431 e. 8 / 73 d 13/73

= K. 9. 31

COLECCION

DE DOCUMENTOS INÉDITOS

PARA LA HISTORIA DE ESPAÑA.

LOS SUCESOS

DE

FLANDES Y FRANCIA

DEL TIEMPO DE ALEJANDRO FARNESE

POR

EL CAPITAN ALONSO VAZQUEZ,

SARGENTO MAYOR DE LA MILICIA DE JAEN Y SU DISTRITO,

ESCRITO EN DIEZ Y SEIS LIBROS.

II

Biblioteca Nacional, sala de Ms. L. 132.

LOS SUCESOS

DE

FLANDES Y FRANCIA

DEL TIEMPO DE ALEJANDRO FARNESE

POR

EL CAPITAN ALONSO VAZQUEZ,

SARGENTO MAYOR DE LA MILICIA DE JAEN Y SU DISTRITO,

ESCRITO EN DIEZ Y SEIS LIBROS.

II

Biblioteca Nacional, sala de Ms. L. 132.

LIBRO NOVENO.

DE LAS GUERRAS CIVILES Y REBELION DE FLANDES, EN QUE SE CONTIENEN LOS SUCESOS DEL AÑO 1585.

SUMARIO.

Buena diligencia de Alexandro.—Por qué se dijo el fuerte de la Perla.—Artificios de Aldegonde.—Embajadores de Holanda al rey de Francia y diligencias de Don Bernardino de Mendoza.—El coronel Martin Esquenque deja el servicio del Rey católico y se va al de los rebeldes.—El fuerte que llamaron del Esquenque.—El conde Holac va á ganar por trato la villa de Bolduque y su retirada.—Los católicos de Bolduque degüellan los rebeldes y matan á Fernando Truches.—Bruselas apretada.—Llega á Flandes Don Ambrosio Landriano.—Eleccion de Capitanes.—Refuerza Alexandro la guarnicion de Vilborde y rómpense los cuarteles.—Necesidad de los cercados de Bruselas.—Embeleco de un flamenco.—El alférez Juan Pelegrin, Sargento mayor de Vilborde por órden de Alexandro.—El conde Holac teme dar la batalla á la guarnicion de Vilborde.—Jorge Basto, Comisario general de la caballería católica va á impedir el paso al conde Holac y lo rompe.—El capitan D. Sancho Martinez de Leiva con sola su compañía de caballos sigue á Holac y le degüella mil raytres.—El conde Herman de Bergas y su hermano Oswolt se reducen al servicio del Rey católico.—Los rebeldes prenden al capitan Alonso de Frias.—La villa de Nimega se rinde de su voluntad al Rey católico.—Necesidad de Bruselas y crueldad de una madre con sus hijos.—Carta de Alexandro á los cercados de Bruselas.—La villa de Bruselas se rinde á Alexandro y los pactos que les concedió.—Puesta en perfeccion la máquina y puente de la estacada, la guarnece Alexandro de infantería española.—Guarnece Alexandro los fuertes de la estacada de infantería de las naciones.—Ingenios para defensa de la estacada.—Diferentes ingenios para la defensa de la estacada.—Aldegonde perturba la paz de Amberes.—Prevenciones que hacen los de Amberes para romper la estacada.—Los de Holanda previenen una armada para romper la estacada y socorrer á Amberes.—Inteligencias de Alexandro de ganar por trato la villa de Ostende.—Alexandro encarga la empresa de Ostende á Monsieur de la Mota.—Los valones de Monsieur de la Mota ganan un rebellin en Ostende.—Los rebeldes de Ostende recuperan el rebellin, y los católicos lo desamparan feamente y pierden sus banderas con mucho daño.—El armada holandesa se previene para romper el contradique.—Alexandro fabrica cuatro fuertes en el contradique y los refuerza con gente.—La armada holandesa bate el fuerte de Canton de Amor y lo gana.—Los rebeldes ganan el fuerte de San Anton.—Castigo que da Alexandro á un Capitan valon.—Los rebeldes ganan el fuerte del Norte y la isla de Dula.—Hace Alexandro el fuerte de Nardut y refuerza las guardias.—Fuerte del capitan Serrano.—El marqués de Rubes acomete la armada ho-

landesa.—Un italiano hizo los ingenios de fuego para quemar la estacada.—Diligencias y órdenes de Alexandro para resistir las minas de fuego.—Valor de un Capitan valon.—Efectos que hacen los navíos de fuego.—El alférez Alonso de Vega importuna á Alexandro huya del peligro de las minas.—Confusion del ejército y daño que hizo la mina grande del fuego.—Número de los muertos.—Muerte del marqués de Rubes y del baron de Velli.—Alexandro pierde el sentido del daño de la mina.—Extraño caso.—Por intercesion de Santa Leocadia libra Dios á Alexandro de la muerte.—Forma de la mina grande de fuego.—La armada holandesa perdió la ocasion que tuvo de socorrer á Amberes.—Amor que Alexandro tuvo á sus soldados.—Manda Alexandro reedificar todo lo que la mina de fuego habia desbaratado.—El capitan Torch, inglés, hacia dar á la banda á las minas de fuego.—Por la parte de Lillo fueron otros dos navíos de fuego y no hicieron daño.—Los rebeldes sitian y baten el castillo de Lillo.—El castillo de Lillo se rinde á los rebeldes.—Los italianos rinden un castillo á los rebeldes.—Pláticas del Sargento mayor, Juan Pelegrin, con Montelimar, francés.—Esperanzas del trato de Malinas.—Invenciones de Montelimar.—Nuevo engaño de Montelimar.—Trato de Blocus y su fortaleza.—Nueva invencion de Montelimar.—Buena prevencion de guerra.—Nueva traicion de Montelimar.—Nuevo engaño de Montelimar.—Gran astucia de traidor.—El capitan Mosquetier y Laliano entran en las emboscadas rebeldes.—Los católicos se retiran de las emboscadas rebeldes y nueva astucia de Montelimar.—Monsieur de Temple, Alférez del gobernador de Malinas, avisa al de Vilborde se guarde por sospechas que tenia del trato.—El capitan Monsieur de Viñater herido de su Teniente.—La armada rebelde se arrima al contradique y desembarca gente, y los españoles los resisten y les degüellan muchos y cuatro Capitanes.—Parte del ejército español va á ganar la isla de Dula y se retira sin hacerlo.—Nuevos y extraordinarios ingenios que los rebeldes de Amberes hacen para romper la máquina de la estacada.—Daño que hicieron las minas de fuego de los rebeldes con la estacada.—Nuevas minas de fuego no hacen efecto en la estacada.—Alexandro refuerza el contradique con gente y reparos.—La armada rebelde se arrima al contradique con intento de cortarle y echarle en tierra.—El capitan Simon de Padilla resiste y degüella gran número de rebeldes.—Alexandro fabrica el fuerte de la Palata y reedifica el contradique y manda hacer otros fuertes.—Confusion de los rebeldes.—Los rebeldes fabrican el navío que llamaron el *Fin de la guerra*, y los españoles la *Carantamaula*.—La *Carantamaula* sale de Amberes y se arrima al contradique y bate el fuerte de la Victoria y le asaltan.—Retírase la *Carantamaula* con pérdida de cuatrocientos soldados.—Encállase junto á Ordan.—Forma y medida de la *Carantamaula*—Número de la guarnicion de soldados que tenia la *Carantamaula*.—Tratan los rebeldes y Aldegonde de matar á Alexandro.—El marqués del Vasto, General de la caballería católica por muerte del de Rubes, y el cargo de la estacada al conde Cárlos.—Los estados rebeldes se resuelven ir con todas sus fuerzas á romper el contradique.—Las armadas rebeldes cierran con el contradique y no hacen efecto las minas de fuego.—Batalla del contradique.—Los rebeldes ganan el contradique y se fortifican.—Ingenios pocas veces vistos.—Cortan los rebeldes el contradique por catorce partes.—Muerte del capitan Simon de Padilla y del alférez Diego de Chaves.—Valor de la infantería italiana.—Los navíos rebeldes se retiran y otros quedaron en seco.—Siempre dura la batalla en el contradique.—El conde Holac y Aldegonde desamparan su ejército y cortan una mano al capitan Simon de Padilla, y se van con ella á Amberes.—Prosíguese la batalla del contradique.—La tierra que ocupaba el ejército español en el sitio de Amberes.—Los capitanes españoles protestan á D. Juan del Aguila socorra á los del contradique.—El conde Mansfelt se aconseja con los Capitanes españoles para cerrar con los trincheones de los rebeldes.—Valor

y buen consejo del capitan Agustin Roman.—Mansfelt se resuelve cerrar con los rebeldes.—Los Capitanes del tercio de Mondragon cierran con los rebeldes.—Los Capitanes del tercio de Pedro de Paz, en oyendo la señal de arremeter, cierran con los enemigos.—Alexandro saca cien picas de la estacada á cargo del capitan Torre de Vivero y va á socorrer el contradique.—Alexandro manda cerrar las cien picas que llevó de la estacada con los rebeldes.—Valor del sargento Alonso de Ribera.—Buena industria y valor del Sargento mayor Simon de Iturbeda.—Los rebeldes del contradique comienzan á perder el ánimo y á retirarse.—Valor de Jorge Ribera Zambrana.—El ejército y armada rebelde roto y desbaratado.—Aparicion del glorioso Santiago en la batalla del contradique.—Número de los soldados rebeldes que murieron en la batalla del contradique, y de otras personas particulares.—Número de los que hirieron y mataron del ejército español en la batalla del contradique, y de los que se señalaron.—El contento que Alexandro tuvo de la victoria de la batalla del contradique, y mercedes que hizo á sus soldados.—Castigo que dió Alexandro á soldados que huyeron en la batalla del contradique.—El conde Cárlos reconoce la *Carantamaula* y desgracia que le sucedió.—Los católicos rompen á los rebeldes y les ganan tres banderas.—El Sargento mayor Juan Pelegrin lleva á Alexandro al teniente de Monsieur de Viñater.—Misericordia de Alexandro.—El capitan D. Sancho Martinez de Leiva rompe con su compañía un convoy de los rebeldes.—Por qué se dijo la rota de los paquetes.—Los de Amberes desean la paz.—Artificios de Aldegonde.—Alexandro siente no se guarden sus órdenes.—El capitan Baltasar de Hortigosa y el Sargento mayor Juan Pelegrin matan á puñaladas al teniente de Monsieur de Viñater.—Alexandro aprieta el sitio de Amberes y gana el burgorante y otras plazas.—Alexandro da órden al marqués del Vasto destruya las campañas de Amberes.—Manda Alexandro á la guarnicion de Vilborde destruyan las campañas de Malinas.—La guarnicion católica de Vilborde rompe á la de Malinas y la retira á la villa.—Los rebeldes hacen un fuerte para guardar los panes de los contornos de Malinas.—El marqués del Vasto rompe una tropa de rebeldes y deguella una buena parte.—Alexandro envia socorro para apretar la villa de Malinas.—Buen acuerdo de Alexandro.—La Mota y Montani ganan un fuerte á los rebeldes y se juntan con D. Ambrosio Landriano.—Los capitanes Baltasar de Hortigosa y Diego de Vargas ganan á los rebeldes tres charruas de guerra.—Los rebeldes desamparan la isla y se huyen á Malinas.—Puente y estacada en el rio de Malinas.—Necesidades de Amberes.—El magistrado de Amberes envia embajadores á Alexandro.—Daniel Glaner va á Amberes con pasaporte de Alexandro á tratar la paz por los mercaderes de Alemania.—Aldegonde y otros Embajadores salen de Amberes para tratar la paz con Alexandro.—Oracion de Aldegonde.—Nueva respuesta de Alexandro á Monsieur de Sante Aldegonde.—Alexandro da órden á Monsieur de Hautepena sitie con fuertes la villa de Grave.—Temen los rebeldes de Amberes perder el imperio que en ella tenian.—Mercedes que hace el Rey católico á su sobrino Alexandro.—Carta de Monsieur de Sante Aldegonde al conde Mauricio.—El efecto que hicieron tres minas de fuego que echaron los rebeldes para romper la estacada.—Los comisarios de Amberes van á tratar de la paz con Alexandro.—La villa de Malinas y otras plazas se rinden al Rey católico.—No hacen efecto las minas de fuego de los rebeldes.—Los rebeldes desamparan el fuerte de Villabruque.—El fuerte de Santa Margarita se rinde al marqués de Rentin.—Las tropas del ejército español que estaban sobre Malinas se van al sitio de Amberes.—Condiciones de la paz de Amberes y prisioneros de ambas partes.—Alexandro envia al capitan Pedro de Castro á Amberes á firmar los capítulos de la paz, y el escándalo y alboroto que hubo en aquella villa.—Diez y siete religiones de herejes en Amberes.—El mayor hereje de Amberes era Aldegonde.—La deseada paz de Amberes se divulga en

los Países-Bajos.—Alegrías de la paz de Amberes.—Alexandro recibe el órden del Tuson y su ejército lo celebra.—Constancia y fortaleza de la nacion española: trabajos y necesidades que pasó en el sitio de Amberes.—Capítulos de la paz de Amberes.—Alexandro jura y firma los capítulos de la paz de Amberes y promete ratificarlos y se publican.—Alexandro entra en Amberes y la presidia de soldados católicos.—Fiestas que hacen en Amberes á Alexandro.—Fiestas que hace el ejército español por la victoria de Amberes.—Alexandro va á la estacada á ver las fiestas de sus soldados y convida en ella á todas las damas de los Estados.—Las personas que sirvieron á la mesa en el banquete de la estacada.—Saraos en la estacada.—Manda Alexandro deshacer la estacada.—Palabras del duque Otavio á Alexandro, su hijo.—Manda Alexandro se hagan las cuentas y paguen lo que se les debe á los españoles é italianos.—Provisiones que hace Alexandro.—Motin de valones del ejército de Alexandro.—Alexandro con cuatrocientos españoles va á remediar el motin de los valones.—Castigo que da Alexandro á Capitanes amotinados.—Monsieur de la Mota hace dos fuertes junto á Ostende.—Plática de los holandeses con Alexandro.—Palabras del duque de Alba, dignas de memoria.—Alexandro encarga parte del ejército al conde Cárlos y llega con él á Tornante.—Partes y servicios del Maestre de campo D. Francisco de Bobadilla.—Llega á Flandes con su tercio el Maestre de campo D. Francisco de Bobadilla.—El conde Cárlos sale de Tornante con los tercios españoles y los divide.—D. Francisco de Bobadilla con tres tercios de españoles entran en la isla de Bomel.—Alexandro da órden al Padre Miguel Hernandez lleve á la ciudad de Toledo el cuerpo de Santa Leocadia.—Júntanse Holanda y Gelanda con una gruesa armada para anegar en la isla de Bomel á los españoles.—La armada rebelde corta dos diques para anegar á los españoles.—La armada rebelde bate á los españoles y ellos se defienden.—Los rebeldes quitan el paso á los españoles.—El capitan Torralva va á dar aviso al conde Cárlos del peligro de los españoles.—Cuarteles y defensas de los españoles.—Los españoles baten el armada rebelde y se retira con daño.—El alférez Zambrana va con órden del conde Cárlos á dar esperanzas del socorro á D. Francisco de Bobadilla y vuelve con la respuesta.—Premio que da D. Francisco de Bobadilla á los marineros que tenia.—Órden que da D. Francisco de Bobadilla á los Sargentos mayores.—Don Francisco de Bobadilla hace reconocer un desguazo.—El capitan Melchor Martinez va con embajada al conde Cárlos.—Los rebeldes dan caza con una galeota al capitan Melchor Martinez.—Los rebeldes siguen al capitan Melchor Martinez y le hieren de un mosquetazo.—Por órden de D. Francisco de Bobadilla ganan los españoles una isla.—Los españoles del tercio de D. Juan del Aguila baten la armada rebelde y le hacen daño.—Fuertes que hacen los rebeldes en las islas para apretar el sitio á los españoles.—Trabajos de los españoles en la isla de Bomel.—Órden del conde Cárlos á D. Francisco de Bobadilla para librar los españoles del peligro de Bomel.—El conde Cárlos bate los fuertes de los rebeldes.—Los rebeldes queman las barcas que iban á socorrer los españoles sitiados en Bomel.—Confusion de los españoles cercados en Bomel.—Los españoles sitiados echan ménos á Alexandro y claman por él.—Necesidades y confusiones de los españoles sitiados de Bomel.—Razonamientos de D. Francisco de Bobadilla á sus soldados.—Notable milagro.—Cofradías de Nuestra Señora en los tercios españoles.—Nuevos trabajos que los españoles pasan en Bomel.—Plática y exhortacion que D. Francisco de Bobadilla hace á sus soldados.—Bárbara y temeraria resolucion de españoles.—Los burgueses de la villa de Bolduque ofrecen socorro al conde Cárlos para librar los españoles de Bomel.—La villa de Bolduque, de las más leales en Flandes, hace devociones por la libertad de los españoles de Bomel.—Fe y esperanza de la nacion española.—Los católicos de Bolduque continúan en sus devociones para librar los españoles de Bomel.—

Nuevas devociones de Bolduque y piedad que tuvieron á los españoles.—Bomel.—Un atambor de los rebeldes va con embajada á D. Francisco de Bobadilla.—El capitan Torralva con órden de D. Francisco de Bobadilla corta un dique junto á Hasdem.—Don Francisco de Bobadilla anima á sus soldados en los trabajos que pasan en Bomel.—El conde Cárlos bate la armada enemiga.—Los navíos rebeldes se comienzan á retirar.—D. Francisco de Bobadilla manda ocupar algunas isletas.—Los rebeldes desamparan las isletas.—Valor de un soldado.—Los navíos rebeldes desamparan sus puestos por temor de los yelos.—La arcabucería y mosquetería española hace daño á los rebeldes.—Don Francisco de Bobadilla va con dos pleytas sobre los fuertes de los rebeldes.—El capitan Juan de Valencia ofrece á D. Francisco de Bobadilla ganar los fuertes rebeldes.—Los capitanes D. Pedro Ramirez de Arellano y Juan de Valencia van sobre los fuertes rebeldes con mucho trabajo.—Los rebeldes desamparan los fuertes y los españoles los ocupan.—Los españoles sitiados en Bomel están fuera de peligro.—Los españoles enfermos comienzan á salir de la isla.—El conde Cárlos se alegra con los españoles y les remedia su necesidad y acompaña las banderas.—La postrera persona que salió del peligro de Bomel fué D. Francisco de Bobadilla.—Fuerza en los yelos causada por milagro.—Número de los españoles que estuvieron sitiados en Bomel y sus banderas.—Sabe Alexandro nueva de Bomel y va á librar los españoles.—Valerosa determinacion de Alexandro.—Carta de Alexandro á D. Francisco de Bobadilla.—Alexandro manda apretar el sitio de la villa de Grave.—Monsieur de Hautepena gana dos fuertee á los rebeldes y otras plazas.

En tiempo que toda la gente de guerra que servia al Rey, nuestro señor, en la provincia de Frisa y en otras, se habia retirado á invernar, temiendo el rigor del más terrible y desapiadado invierno que en muchos años se habia visto en Flandes, estaba Alexandro en campaña rasa con todo el ejército español prosiguiendo en la máquina y puente de la estacada donde con la fuerza del cuerpo y espíritu contrastaba con la inclemencia del tiempo y de las avenidas y crecientes que el mar Océano, compelido de la fuerza de los vientos, engendraba tantas fortunas y borrascas que acrecentaron (sin las que caian del cielo) tantas aguas en los países anegados de los contornos de Amberes, que temió Alexandro le habian de desbaratar y llevar á pique todos los navíos que tenia recogidos para la conservacion de su ejército, y que la máquina de la estacada y puente corria el mismo peligro; y para huir dél, imaginó el remedio más necesario que pudo, que otro ingenio y valor que el suyo no fuera bastante. Mandó hacer una cortadura en el dique de Calo por donde se bañaban las aguas y crecientes del rio Esquelda, con que se aseguraban del daño que podia recibir la estacada, y

con ella se anegaron las praderías del lugar de Vebre, donde Alexandro tenia su corte; y como las vió tan sosegadas y libres de que el viento las embraveciera por estar tan abrigadas con los diques y la tierra, hizo un puerto donde los navíos estuvieran seguros de las avenidas y tempestades del tiempo; y para la guardia y conservacion desta armada mandó hacer en la boca del canal un fuerte, que por ser de tanto provecho y en tan buena parte le llamaron el de la Perla, que tambien fué de mucha utilidad para la defensa del paso y de las estacas que estaban delante del puente.

Con estas prevenciones tan extraordinarias que hacia Alexandro, comenzaron á temer los herejes de Amberes y los demas rebeldes de Flandes, no obstante que las necesidades de la guerra los tenia tan apurados que no sabian qué medio ni fin tomar para su obstinada pretension, porque las esperanzas que tenian en socorros naturales y extranjeros las habian perdido, de suerte que no tenian otro auxilio que valerse de la paz y ponerse en los brazos de la misericordia de Alexandro; y en vez de buscarla se obstinaron más con una plática que les hizo Monsieur de Aldegonde, que con sus acostumbradas astucias y artificios las sabia muy bien trazar, y tanto que lucia más cuanto les decia que no lo que les habia de aprovechar. Incitóles con gran persuasion de que se diesen al rey de Francia, como si él los pudiera socorrer ó fuera bastante contra las fuerzas españolas; y como por tierra no podia de Amberes, por tener Alexandro cerrados todos los pasos, hizo que por la mar desde las islas de Holanda y Gelanda fuesen Embajadores, á los cuales recibió el francés con tanto amor y beneplácito de los calvinistas de su reino, que aunque D. Bernardino de Mendoza, embajador de España en la corte de París, le dijo y suplicó no los oyese, y que no era justo admitiese rebeldes de un Rey católico que lo era amigo, y que tambien vasallos que á Dios, nuestro Señor, le habian perdido el respeto tantas veces, qué fruto se podia esperar siendo desta calidad. El rey de Francia respondió á D. Bernardino, que no los queria oir como rebeldes sino como á oprimidos, con ánimo de procurar con el Rey católico algun

buen concierto. Entendióse hacia otro por contemporizar con Isabel, reina de Inglaterra, y con los protestantes de Alemania, si bien deseaba que no cesase la guerra en los Estados de Flandes, y remitió los Embajadores á la Reina, su madre, no con falta de cautela, porque los católicos de Francia lo sintieron mucho y dijeron que no podia el Rey con buena conciencia recibir en su proteccion á herejes calvinistas; con todo esto agasajó á los Embajadores y les dió tantas y tan buenas joyas como habia hecho á los primeros que le fueron á hablar; volviéronse á Flandes y algunos entraron en Amberes ricos de ofrecimientos y de largas (pero no muy ciertas) esperanzas.

En este tiempo sucedió que el coronel Martin Esquenque (habiendo servido al Rey, nuestro señor, algunos años en la guerra y hecho cosas muy señaladas, si bien, como algunos dicen, hacia á toda ropa, por ser hombre de poca conciencia) se pasó á servir á los Estados rebeldes. Diré las causas más por extenso en otra ocasion: la principal fué, que teniendo una pretension con Alexandro y apretándole demasiadamente le hiciese la merced que le pedia, le respondió que de muy buena gana con tal que se volviese á Dios y dejase la secta de Martin Lutero que tantos años la habia seguido, porque él no queria que en servicio del Rey, su tio, hubiese persona que no fuese muy gran católico, y más siendo de las partes y calidad que tenia. Apretóle de manera en esto, como otras muchas veces lo habia hecho, que se desdeñó el Esquenque de manera, que sin responderle palabra le volvió les espaldas y se fué con los rebeldes, enemigos de Dios, por vivir á sus anchuras. No sé si Alexandro lo acertó en esto, porque pudiera hacer lo mismo con muchos personajes del país que servian en el ejército católico, que si no tanto como el Esquenque, estaban tambien tocados de la herejía, que como andaba tan arraigada entre hermanos, padres y parientes, pocos sabian huir della. Pero el celo de gran católico que Alexandro tenia (no obstante que habia menester al de Esquenque por ser tan buena cabeza y valiente Capitan) le hizo, ó que dejase su falsa religion ó el servicio del Rey, nuestro señor, como lo dejó, y tan de veras, que no ménos que el

mayor enemigo que despues tuvo, fué, como se vió en cuantas ocasiones se ofrecieron; y para poder mejor buscarlas con daño nuestro y hacer á su salvo cuantas entradas y salidas quisiese, así en Frisa como en el ducado de Güeldres y Brabante, buscó un sitio capaz y de importancia para hacer un fuerte, y le halló como le podia desear, en la ribera del Rin, á la mano derecha entre Arnem y Nimega, en una punta donde se divide el rio en dos brazos que van á estas dos villas. Allí se fortificó y puso muy en defensa una inexpugnable plaza, donde por tiempo de más de cinco años corrió las campañas y contornos de los países ya nombrados; en ellos hizo grandes y notables daños á los católicos, sin que nadie le pudiera resistir, y se cebó tanto en hacer mal, que no poco cuidado dieron despues sus inteligencias y correrías: mas como Alexandro se hallaba tan empeñado en el sitio de Amberes, no pudo por entónces acudir al remedio de los males que el coronel Martin Esquenque hacia.

El conde Holac, sobrino del príncipe de Orange, quiso en este medio hacer á los Estados rebeldes un particular servicio, y se ofreció socorrer á Amberes, valiéndose para este efecto de las villas confederadas y de otras partes, de donde juntó un grueso número de infantería y caballería; para empresa tan dificultosa, quiso primero probar la mano con ganar por trato á la villa de Bolduque, y habiéndose embarcado en la de Bergas Olzon, lo fué á poner en ejecucion y desembarcó con cuatro mil hombres, todos infantes, con los que le habian llegado de tierras de Utreque á una pequeña legua de Bolduque. Emboscóse una noche cerca de la puerta principal de la villa, y cuando al amanecer (como es costumbre) fueron á abrirla para salir los soldados á reconocer la campaña, cerraron con la puerta, y sin poderlo resistir se entraron dentro y ganaron la plaza; y codiciosos los rebeldes del saco, no pusieron guardia á la puerta ni guarnecieron la muralla, sino comenzaron á saquear las casas y cuanto habia, que pues eran soldados, pudieran prevenir los azares que la guerra trae consigo. Hallóse acaso sobre la muralla un viejo labrador que aguardaba se abriera la puerta

para ir á trabajar al campo, y como vió que estaba desguarnecida y la puerta sin guardia, con una hacha que tenia cortó las cuerdas y cadenas del rastrillo de la puerta, y cayó en tierra, y fué esta buena diligencia á tiempo que el conde Holac habia salido á hacer que entrase en la villa más gente, que á no hallarse fuera en esta ocasion le sucediera lo que á los demas que estaban muy cudiciosos del saco enfardelando los despojos; y viéndolos tan cebados los burgueses de Bolduque, tomaron las armas y dieron en ellos dentro de las casas y los degollaron á todos; y para esto fué gran parte una compañía de caballos que se halló en la villa, que era de Monsieur de Hautepena, y con la asistencia de su Teniente, que se llamaba Huter, de nacion aleman y criado entre españoles, se tuvo buen suceso; y entre los rebeldes que murieron fué uno Fernando Truches, Gobernador de los calvinistas que allí acabaron, y hermano del Arzobispo apóstata de Colonia. Sucedió esto á primero de Febrero deste año; con la gente que le quedó fuera de Bolduque el conde Holac se retiró á Frisa vergonzosamente; pero con mayor confianza de poner por obra lo que habia prometido, que ántes que le sucediera, rehízose lo mejor que pudo y levantó dos mil raytres, y con ellos y una buena cantidad de infantería fué á la villa de Malinas para desde allí socorrer á la de Bruselas que pasaba mucha necesidad, porque la guarnicion de españoles que estaba en Vilborde la tenia muy apretada; demás de haberle destruido y corrido las campañas, le ganó algunos castillos y casas fuertes de sus contornos, de los cuales se abastecia, porque estaban á su devocion; y por las contínuas emboscadas y otras facciones que en los pasos estrechos se ponian, estaban tan oprimidos que ya no osaban salir de la villa de Bruselas, tanto estaban de atemorizados, porque como en todos los caminos y avenidas tenian cuerpos de guardia de la guarnicion de Vilborde, no se atrevian á salir, y si lo hacian eran luégo presos.

En este medio llegó de España D. Ambrosio Landriano, hijo del conde Landriano, que ya otra vez habia servido al Rey, nuestro señor, en los Estados de Flandes con gran satisfaccion;

y por remunerar en parte las buenas que tenia, su calidad y servicios, le proveyó Alexandro en la compañía de lanzas españolas que estaba de guarnicion en la villa de Vilborde, que por muerte de Pedro de Tassis estaba vaca, y juntamente le dió el Gobierno de aquella plaza; y el capitan D. Gonzalo Giron que la gobernaba se fué con su compañía de infantería española, por órden de Alexandro, á el tercio de Pedro de Paz, que, como está escrito, estaba á cargo de D. Juan del Aguila, y se quedaron en la misma guarnicion de Vilborde las demas compañías de españoles; y las proveyó Alexandro, la de Juan de Tejada en el alférez Diego de Vargas Machuca, y la de D. Sancho Martinez de Leiva al alférez Baltasar de Hortigosa, y al alférez Juan Pelegrin, que con tanta satisfaccion habia gobernado esta compañía, no habiendo ninguna vaca que poderle dar en aquella ocasion, mandó Alexandro fuese á la villa de Dunquerque por Sargento mayor, que por ser hombre inteligente y que sabia todas las lenguas de aquellos países, le pareció para las pláticas de aquel puerto seria su persona de importancia, como lo fué en todo lo que se ofreció.

Deseaba Alexandro dar buen medio á la empresa de Amberes y que este fuese muy parecido al principio que habia tenido, que aunque dificultoso, como se ha visto, hasta ver el fin trabajaba extraordinariamente, porque un hombre empeñado en una honrada cosa se le ha de procurar ver fin, aventurando vida, honra y hacienda, como lo hacia Alexandro; y para facilitar la empresa de las villas de Malinas y Bruselas, con que la de Amberes se acababa de asegurar, le pareció reforzar la guarnicion de Vilborde con más infantería y caballería, para que con mayor fuerza continuasen en sus correrías y facciones, con que con inmenso trabajo y necesidad las habian hecho en el rigor del invierno, y ser todos los lugares y contornos de los rebeldes, que no poco atemorizados y compelidos vivieron de la guarnicion de Vilborde; y para más oprimirles á que se rindiesen los de las villas de Malinas y Bruselas, rompieron con ellos la guerra ó cuarteles, que ya he escrito lo que en esto se entiende, y de todo punto les quitaron las esperanzas de la misericordia;

y cuantos prendian en las emboscadas que les hacian los ahorcaban de los árboles sin remision, y á los muchachos que no tenian edad los azotaban en presencia de sus padres y los atemorizaban, y á las mujeres, que con la hambre y necesidad salian fuera de Bruselas les cortaban los españoles (todo por órden de Alexandro) las faldas por encima de la cintura, y las volvian á enviar de aquella manera, con que las atemorizaban de suerte que no volvian más; y era tanta la necesidad que pasaba la villa de Bruselas, que mucha gente se vió perecer, y habian echado bando que darian un tanto á quien los llevase bastimentos, y por esta cudicia hubo muchos que se aventuraban de noche, por encima de las nieves y hielos, por rios y caminos desusados, á llevar en cestos sobre las espaldas y como mejor podian algunos bastimentos, y con una certificacion de Monsieur de Temple, gobernador de Bruselas y gran hereje, de como los habian vendido los volvian á cargar de nuevo en Malinas, dándoles de balde los bastimentos, y el dinero que hacian dellos en Bruselas era la ganancia que tenian, que era la que podian desear; y cebados desta codicia no escarmentaban y al fin venian á dar en las manos de la guarnicion de Vilborde y los ahorcaban; y si dellos prendian alguno en Bruselas, no tan solamente no lo ahorcaban, pero no le hacian mal. Tanto era el miedo que tenian y muy mayor la obstinacion. Un fulano, Preboste, hombre noble y de nacion flamenco, se halló en Bruselas á tiempo de las grandes necesidades que pasaban; y como los vió tan hambrientos les hizo creer que sabia hacer de paja trigo artificiosamente con unos molinos de mano; pero un letrado que se llamaba Arcius, asesor de Monsieur de Temple, le examinó y vió que era todo embuste y enredo y le sentenció á ahorcar. Madama de Temple, mujer del Gobernador, le libró la vida por haber confesado que la hambre y necesidad le obligó hacer aquel embeleco por aprovecharse de algun dinero.

El Sargento de la compañía de españoles de D. Gonzalo Giron, que se llamaba Diego Verdugo, habia hecho el oficio de Sargento mayor de Vilborde, y como su compañía se fué á su tercio quedó vaco, y pareciéndole con esta ocasion obligar don

Ambrosio Landriano á Alexandro mandase al alférez Juan Pelegrin dejase el viaje de Dunquerque, le escribió lo hiciese y tornase á asistir en aquella guarnicion, donde su solicitud é inteligencias habian dado mucho fruto. Este órden alcanzó á Juan Pelegrin en la villa de Terramunda, y mandó Alexandro volviese á Vilborde é hiciese oficio de Sargento mayor de todas las tropas que en él habia con retencion del de Dunquerque, y que todas las veces que aquella plaza tuviese necesidad de más gente para resistir los convoyes y otras facciones, se valiese D. Ambrosio de los lugares presidiales que estaban por el Rey, nuestro señor; y como la necesidad de Bruselas era tan grande, se procuraba valer de sus confederados y de cuantos medios podia para no sujetarse al yugo español, tan aborrecido de todos como se ha visto por lo pasado. Esto era causa que la guerra anduviera más viva y de darle ocasion á D. Ambrosio Landriano de aprovecharse luégo del órden que tenia de Alexandro, porque habiendo entendido que el conde Holac habia juntado en la villa de Malinas grandes fuerzas para socorrer la de Bruselas, escribió á las villas de Nuestra Dama de Hao, Lovayna, Terramunda, Gante y otras, para que le enviasen alguna gente. Hiciéronlo así y se juntaron número de mil y quinientos soldados entre caballería é infantería, sin las tropas que habia en Vilborde, y todos juntos en esta plaza, dejándola bien guarnecida, fueron á recibir al conde Holac que ya iba marchando con cinco mil hombres, y le representaron la batalla á dos leguas de Vilborde. Púsose en sitio fuerte donde esperó con sus escuadrones bien formados; y como vió los de los católicos no ménos bien puestos, aunque muy inferiores, temió, y sin osar ir adelante se retiró y pasó el rio de Malinas con tanta presteza que, cuando los católicos quisieron ir sobre él, no dió lugar, y embarcó toda su infantería en el rio y la envió á Malinas, y él se fué por tierra con la caballería, que por ser mucha y buena se confió de poderse volver con ella sin ningun riesgo.

Jorge Basto, albanés, Comisario general de la del ejército católico estaba en la villa de Liera de presidio, y con él D. Sancho Martinez de Leiva con su compañía de lanzas españolas, y

teniendo aviso que el conde Holac se iba retirando, salieron á él una noche y le ocuparon el paso, tocando siempre á la sordina porque el Conde y los rebeldes no se escapasen; y habiéndolos descubierto, les dieron un Santiago con tanto valor que los rompieron y desbarataron; y aunque el Comisario general dió órden á D. Sancho se retirase, contentándose con la victoria que habian tenido, y que por ser de noche les pudiera suceder al contrario, volviéndose (como suele ofrecerse por mal gobierno) en favor de Holac la victoria, fué á tiempo que se habia cebado tanto D. Sancho con su compañía en los rebeldes, que les fué dando la carga más de media legua y les degolló cerca de mil raytres, y con el resto se fué Holac huyendo á espaldas vueltas, y á suelta rienda, sin parar, á la villa de Bergas Olzon, y D. Sancho se retiró á Liera habiendo tenido esta victoria, que fué digna de memoria, pues con sola su compañía degolló tanto número de gente. Reprendióle mucho Alexandro por haberse empeñado tanto, y enmendóse tan poco, que siendo como era uno de los más valientes y gallardos Capitanes que hubo en su tiempo, hizo tales facciones como en estos escritos lo veremos.

Ya escribí como el ejército de Francisco Verdugo pasaba el invierno en sus alojamientos, y su persona en la villa de Aldonzel, y estando en ella llegaron el conde Herman de Bergas y su hermano Oswolt, y se ofrecieron al servicio del Rey, nuestro señor, habiendo lucido en esto el consejo que Francisco Verdugo habia dado á sus padres, los cuales eran tan aficionados al nombre español, como se vió, pues con tantas veras procuraron reducir á sus hijos al servicio de su Príncipe, y era de manera que importunaban mucho á Francisco Verdugo que les recibiese el juramento de fidelidad, el cual les dilató hasta que Alexandro los proveyese de algun cargo y los admitiese en el servicio del Rey, nuestro señor, que por hallarse Francisco Verdugo muy obligado á sus padres y quererlos bien, les habia dado este consejo. Habian llegado á Aldonzel con grandísimo peligro de los rebeldes, porque aunque habian llevado pasaporte suyo, supieron despues el intento que llevaban y les hicieron una emboscada en el camino para prenderlos ó matar-

los. En este medio persuadia Francisco Verdugo á Alexandro, que porque la villa de Zutfent era el paso y mejor entrada para Holanda, donde habia sido el nido de la rebelion, procurase si queria ver acabada la guerra tan prolija y sangrienta de aquellos Estados, entrar por aquella parte con un grueso ejército; y para facilitar esta empresa, ganase de camino á la villa de Arnem, que podia con mucha facilidad, pues la de Nimega y de Disburque, vecinas á ellas, se habian reducido al servicio del Rey, nuestro señor, demás de que no era plaza fuerte porque la señoreaban algunas montañas. Alexandro le pareció muy bien este discurso y lo aprobó; pero quiso que se lo diesen por escrito. Hízolo así Francisco Verdugo y envió con él al Capitan Alonso de Frias, y yendo algunas veces á esta negociacion le prendieron los rebeldes y le tuvieron mucho tiempo apretado.

A los 12 de Marzo deste año se rindió la villa de Nimega en la provincia de Güeldres, de su voluntad, y hechó fuera la guarnicion de rebeldes que tenia; ayudó mucho á esto Monsieur de Hautepena y Monsieur de Dornié y otros caballeros católicos de los mal contentos. Es plaza fuerte y de mucha importancia, y recibióla Alexandro á la obediencia del Rey católico, su tio, con los mismos pactos y conciertos de la provincia del Artoes.

Los de la villa de Bruselas habian perdido ya las esperanzas de ser socorridos, porque como la guarnicion de españoles que estaba en la de Vilborde les habia roto los convoyes, y el último del conde Holac no se habia atrevido á pasar, crecian sus necesidades, y la hambre que pasaban era tan grande, que no faltaba sino comerse unos á otros; y aunque pudiera encarecerla mucho, bastará escribir una crueldad de una madre con sus hijos para que se entienda cuánta era la necesidad que pasaban, que viéndose apretados della se atosigaron por no poderse sustentar y murieron luégo. Esta desesperacion causó mucha confusion en el pueblo y se fueron atemorizando é inclinando á la paz con gran desengaño de las promesas de las otras villas, sus confederadas, si bien los más ricos y poderosos estaban tan obstinados en su depravada opinion como si no se vieran pade-

cer y se dejaran ántes morir que rendirse á Alexandro, el cual, movido de su acostumbrada piedad, y que no era posible sustentarse en tan miserable estado, para darles ocasion á que tomasen con tiempo algun buen medio les escribió una carta, que por haber venido á mis manos despues de rendida Bruselas la copié de su original, y decia así:

El príncipe de Parma y Plasencia:

«Caros y muy amados amigos: puesto en los términos en que al presente se hallan vuestras cosas y el ejemplo de vuestros vecinos os debia mover, sin que por nos y por otros fuésedes incitados. Por el amor particular que os tenemos, y á la villa por habernos criado y recibido en ella muchos placeres en nuestra juventud, habemos tenido por bien de escribir estos pocos renglones, que servirán de más que paternal monicion para quedar descargados con Dios primeramente, y con el mundo de todos los daños y calamidades, que no condescendiendo á nuestra justa peticion os sobrevernán, y para poneros por delante algunas de las causas por que debeis dar la obediencia al Rey, mi señor, el cual es tan benigno y humano, que echando de vuestros entendimientos ese nublado que os los tiene y ha tenido ciegos por lo pasado, y áun al presente os pende delante de los ojos, no quiere de vosotros sino aquello que de derecho divino y humano le es debido; y considerad el estado en que os hallais y la poca esperanza de socorro que teneis; y que si quereis aguardar á ser compelidos por esterilidad de guerra, no os puede resultar sino total destruicion y ruina, lo cual podreis bien quitar por el medio de un buen acuerdo, que con facilidad se os concederá; y durante están las puertas de la misericordia abiertas, creedme y entrad, porque despues no os arrepintais, y dadme aviso de vuestra voluntad con brevedad. De Vebre á 25 de Febrero de 1585.»

Pudieron tanto las razones desta carta, que los más obstinados en su rebeldía desearon la paz, no habiéndola jamás querido

admitir, y con acuerdo de todo el Magistrado y de Monsieur de Temple, Gobernador de la villa y de la gente de guerra que la presidiaba, en nombre de sus Capitanes respondieron á Alexandro que estimaban la merced que les hacia y que de muy buena gana admitian la paz, y que desde luégo tratase S. A. della; y así invió al presidente Richardote y á Monsieur de Garmier, secretario del Consejo de Estado, á la villa de Vilborde para que la concluyesen, y de la de Bruselas fué un letrado, que se llamaba Arcius, asesor de Monsieur de Temple, Gobernador de aquella plaza y su Secretario, y Monsieur de Mombeque, y por rehenes destos tres fueron á Bruselas el capitan Baltasar de Hortigosa y el Sargento mayor Juan Pelegrin. Concluyéronse las paces con que saliesen rendidos los soldados rebeldes con sus armas y bagaje, dejándose las banderas, y que jurasen de no servir contra el Rey, nuestro señor, en cuatro meses y sus Coroneles en seis. Serian mil y quinientos infantes repartidos en veintidos banderas y tres compañías de á caballo que tenian cuatrocientos soldados; y que á los burgueses se les concediesen sus privilegios, salvo á los que habian sido causa de la rebelion y sediciones, y que á su costa levantasen las iglesias y templos que habian derribado y las casas de los católicos, y que restituyesen los ornamentos de la Capilla real de palacio, y la hacienda del cardenal Granvela y del conde Pedro Ernesto de Mansfelt, y que pagasen las imposiciones que debian á la Cámara real hasta aquél dia, y los que no quisiesen vivir como católicos se fuesen dentro de dos años. Rindióse esta villa de Bruselas á 19 de Marzo deste año, y con gran aplauso recibieron la guarnicion católica y al capitan Baltasar de Hortigosa, y al Sargento mayor Juan Pelegrin que habian estado en rehenes en tanto que en Vilborde se concluia la paz; les mandó dar la villa dos cadenas de oro de valor de doscientos ducados cada una.

No obstante que se habia rendido la villa de Bruselas y otras plazas de tanta importancia como en este año y en los pasados se ha visto para facilitar la empresa de Amberes, esta se debe á la buena suerte, ingenio y solicitud de Alexandro; se ha de

entender que despues que por su órden se entregó el cuerpo de la vírgen y mártir Santa Leocadia, patrona de Toledo, al Padre Miguel Hernandez, que todavía le tenia en su poder depositado, como queda escrito, y que le dejó en custodia y guardia en la Compañía de Jesús de la villa de Tornay, que teniéndola por abogada juntamente la nacion española, como más interesada, tuvo Alexandro tan prósperos y felices sucesos, pues por intercesion desta Santa Vírgen se los dió Nuestro Señor en el sitio de Amberes, como en estos escritos lo veremos, y encomendándole á ella todas sus acciones, no cesaba de noche y dia en la máquina de la estacada y puente; por momentos trazaba cosas nunca vistas, y como ya algunas estaban en perfeccion y la estacada en defensa, mandó que de todo punto se acabase de guarnecer de la infantería española, y que fuese la más escogida de los terçios, y en las tres barcas que estaban en la furia de la corriente entraron tres valerosos Capitanes españoles con sus compañías, que de cada uno dellos se podia fiar muy bien cualquiera cosa honrada y de peligro, y los dos fuertes de Santa María y San Felipe, que eran los que se miraban de Flandes á Brabante, el poderoso rio Esquelda en medio, fundados en sus dos riberas; y en los remates del puente y estacada mandó Alexandro guarnecerlos de infantería italiana, borgoñona y valona, toda gente escogida y plática; y porque de las partes de Holanda y de Amberes, si con las mareas y aguas vivas y vientos favorables vinieran navíos con todas velas, fuera posible romper y deshacer la máquina de la estacada, mandó Alexandro que de las partes de Lillo y de Amberes, á tiro largo de arcabúz del puente, se hiciesen unos ingenios de maderos muy grandes que atravesasen el rio de ambas partes. Fabricáronse de tal suerte, que cuando bien vinieran navíos á toda furia á querer romper la estacada se quedasen encallados. Pusiéronse unas barcas á manera de sisa de madera con unas puas muy grandes y agudas de hierro, y ya clavadas quedaban puestas en cuatro cruces, y se pusieron ó asentaron encima de unas barcas pequeñas, y de la cruz más alta que estaba asentada en las barcas en cada punta de los maderos que salia de cada cruz

habia una muy aguda de acero, á modo de punta de diamante, y no se podia hundir por estar sobre las barcas, y dentro dellas habia para este efecto muchos barriles vacíos y bien calafateados que servian de estiva y boya y de que no se trastornasen las barcas cuyas cubiertas estaban muy calafateadas, de suerte que no habia respiradero ninguno; y desta manera estaban más boyantes sin que pudiese entrar agua dentro; y los ingenios de cada barca estaban de una parte y otra con dos ferros bien asidas y amarradas, y ántes de llegar á estos ingenios habia otro tanto á lo largo, como de la estacada á ellos, unas barcas pequeñas con unas entenas grandes atravesadas por todo el rio de una parte y otra, muy entretejidas con fuertes cables y gumenas; y cuando bien los navíos fueran con fuerza de viento y marea y los rompieran, hallaran delante el reparo de los ingenios, y si pasaran dellos el del puente y estacada guarnecida de tanta y tan gruesa artillería y mosquetería y de tan buenos y escogidos españoles que los defendieran, que no fuera posible pasar sin que los hicieran astillas, cuanto y más que no hay navío, por fuerte que sea, que navegando á la vela, con viento y marea en favor, en cualquiera parte que tope no se haga mil pedazos. Estos extraordinarios ingenios jamás vistos los hizo Maestre Hance, que fué el que Alexandro sacó del castillo de Lamburque, y, como está escrito, siempre le tuvo consigo y le amó y estimó por su industria y grande ingenio; pero siempre tan satisfecho y pagado como lo merecian sus trabajos y particulares servicios.

Cuando los de Amberes supieron que estaba en defensa y en perfeccion la máquina y fuertes de la estacada y que no los iban á socorrer, comenzaron á temer, y entre ellos se movian nuevos rumores y se inclinaban á la paz, demás que los artificios de Monsieur de Sante Aldegonde tenian en este medio ménos fuerza que hasta entónces; pero con todo esto procuraba desbaratar los corrillos y pláticas que el pueblo hacia, y los atemorizaba por cuantos medios podia; y como tan vigilante, no cesaba con sus acostumbradas inteligencias de solicitar á sus amigos que le ayudasen, y á cuatro Coroneles que lo eran

mucho, dió órden tuviesen buena guardia en la villa, y amenazó á muerte rigurosa á todos los que tratasen de la paz; mandó echar un bando para que volviesen á entrar todos los burgueses que se hubiesen salido el año pasado, pena de la vida, á fin de quitarles el trato con el ejército español, por parecerle que estos eran los que incitaban á los de la villa tratasen de la paz, porque el mayor cuidado que tenia era ver cerrado el rio y que no podia entrarles bastimentos, ni ser socorrido, inventó muchas cosas y máquinas para que se rompiese la estacada, pareciéndole que con algunos fuegos y minas y otros ingenios se podia hacer, y los pusieron por obra en barcas artificiosamente; y aunque Alexandro tuvo aviso desto y se platicaba en todo el ejército, no se hizo caso, pareciéndoles á los ingenieros que el fuego no podia tener fuerza dentro del agua ni ser de ningun efecto; pero los de Amberes siempre tuvieron esperanzas que habian de salir con ello, y escribieron á las islas de Holanda y Gelanda que hicieran lo mismo, para que de una parte y otra, demás del cuidado y desvelo que daria á Alexandro y á su ejército, pudiera ser que una vez ú otra saliesen con su intento, y que de las máquinas de fuego que fabricaban sacasen el fruto que pretendian.

Los holandeses lo hicieron con grandísima vigilancia y tuvieron creido de romper el fuerte y máquina de la estacada, y por esto aprestaron una gran armada cargada de bastimentos y municiones y bien guarnecida de mucha artillería y de valientes soldados para entrar despues de roto el puente y estacada en Amberes y socorrerla. Daban esto por tan hecho como si lo tuvieran en la mano; y porque en este tiempo pensó Alexandro sacar fruto de una gran empresa que se le ofrecia, por haber tenido grandes inteligencias; y aunque sea de paso la habré de escribir y que se entienda cuanto importa á los Capitanes generales estar siempre vigilantes y tener inteligencias con todas las tierras enemigas, sin que les parezca se han de embarazar por tener otras ocasiones entre manos de más importancia; y aunque lo era de tanta la empresa de Amberes, como es de considerar, no por eso dejaba Alexandro con sus inteligencias de

aprovechar el tiempo. Habíalas tenido estos dias en la villa de Ostende con unos burgueses. Situada en Flandes en la marina, á tres leguas de la de Neoporte, como se ha escrito, y habiéndole llegado aviso que se podia ganar con sólo matar una centinela que los rebeldes tenian en un rebellin, y que ocupándolo batir desde él con dos ó tres piezas la puerta de la villa que sale á él, y que cogiendo descuidados los que habia dentro no tendrian lugar de fortificarse ni de prevenir socorro, y con facilidad se podia ganar aunque hubiera mucha resistencia; y habiéndolo entendido Alexandro y tenido seguridad del efecto, encomendó esta empresa á Monsieur de la Mota, que á no hallarse su persona ocupada en el sitio de Amberes no la dejara de la mano, y pudiera ser sacara muy grande fruto de su deseo, y de aquella vez quedara Ostende á la obediencia del Rey, nuestro señor, y se hubiera ahorrado de tanto tiempo, gente y dinero (sin la mucha sangre derramada) como en esta empresa gastó el serenísimo señor archiduque Alberto; pero no podia Alexandro acudir á todo, demás de haberle encomendado á un tan gran soldado como Monsieur de la Mota, el cual fué á ponerlo en ejecucion como Alexandro se lo habia ordenado, y sacóde la guarnicion de la villa de Vilborde tres compañías de á caballo y dos de infantería valona, y de Dunquerque y Neoporte salieron dos de españoles por estar más cerca de Ostende. Con esta gente marchó Monsieur de la Mota sin querer aguardar la demas de otras guarniciones que le habia mandado Alexandro juntase, con tener aviso que iban marchando á toda priesa, y que otro dia siguiente estarian todos juntos. Parecióle que serian bastantes los primeros que he escrito, y que miéntras sustentaban el rebellin llegarian los demas. Esta fué muy mala consideracion, ni la debe hacer ningun Capitan que habiendo de pelear va á emprender cosas de honra y dificultosas. Llegó de noche á Ostende Monsieur de la Mota, y al amanecer puso en órden la gente dando la vanguardia á los valones. Este fué el primer yerro que hizo, no obstante que convidó con ella á un Capitan español, cosa no vista en Flandes, habiendo españoles dar la vanguardia á otra nacion, los cuales puso en la reta-

guardia; pero no dejaron de sentirse y dar su queja á Monsieur de la Mota. Porfiaron sobre los puestos un gran rato, pero no les valió por ser fuerza obedecerle como á su Gobernador, el cual dió órden á los valones que cerrasen con el rebellin. Hiciéronlo gallardamente y con mucho valor le ganaron, y haciendo escuadron dentro lo sustentaron cuatro horas, y siempre los españoles en retaguardia, y por no haber llegado dos piezas de artillería que se esperaban y la mayor parte de la gente, no se batió la puerta de la villa, ni se hizo nada de lo que se pretendia ni de lo que ordenó Alexandro.

Como los soldados rebeldes que habia en la villa vieron perdido el rebellin y que era poca gente la que lo sustentaba, se resolvieron de dar en ella, y abriendo las puertas de la villa salieron por un puente á los católicos, y cerrando con ellos comenzaron á pelear con mucha bizarría, y Monsieur de la Mota dió una órden de muy gran soldado, como lo era, si el suceso fuera como se esperaba, que los dejaran salir sin resistillos hasta ceballos con el pelear, y que siendo muchos se cerrase con ellos animosamente, y que haciéndolos huir entrarian todos juntos á las vueltas en la villa; pero los rebeldes, como eran muchos y que peleaban con osadía, fueron ganando tierra y los católicos perdiéndola, y comenzaban á retirarse á tiempo que las dos compañías de españoles querian cobrarles la vanguardia; pero como el paso estaba embarazado y el retirarse los valones era con violencia, no pudieron y los desbarataron á todos, y los rebeldes cargaron furiosamente y lo acabaron de hacer y echaron del rebellin, con muerte de tres Capitanes valones de los católicos y tres Alféreces y un Sargento y más de cincuenta soldados, y perdieron cinco banderas. De los españoles mataron un Alférez y seis soldados. Con esta pérdida se retiró Monsieur de la Mota, que con ser tan gran Capitan este dia no se aprovechó nada de su experiencia y valor, pues perdió tan buena ocasion como se le habia ofrecido. Mucho importa en la guerra aprovecharse de las que el tiempo ofrece, y más cuando se coge al enemigo descuidado sin prevencion ni reparo; entónces se debe mirar más la faccion que se hace que cuando

está más prevenido, porque la confianza descuida y hace perder el ánimo á los que cometen semejantes empresas, y si se saliera con esta de Ostende fuera á tiempo de mucha importancia, demás de lo que he escrito, para la empresa de la villa de la Exclusa de Brujas, y se aseguraban sus campañas y todo su franco con la de las villas de Ypre, Neoporte, Dixmude y todo el Fornambaque.

Alexandro sintió mucho el mal suceso de Ostende, y con grandísimo rigor trató de castigar las cabezas de los soldados católicos, porque habiendo ganado el rebellin y sustentádolo cuatro horas lo habian desamparado, pues debieran hacer pié en él hasta morir todos en la defensa, si bien en las ocasiones de guerra muchas veces pierden los soldados el esfuerzo que tienen por desórden de sus Capitanes, y como hasta hoy no se ha visto castigar ningun General por semejantes cosas, lo suelen pagar los que ménos pecan. No quiso Alexandro perdonárselo á los capitanes Diego de Arango y Quintanilla, que lo eran de las dos compañías de españoles que fueron á esta ocasion y se retiraron del rebellin con los valones, porque los tuvo sentenciados á cortar las cabezas y mucho tiempo presos, y porque el Quintanilla era valeroso soldado y muy estimado de Alexandro y deseó perdonalle, no le cortó la cabeza á Arango, el cual fué quien en esta ocasion habia pecado más que otros. Y pues mi intento es decir con certeza lo que en este caso pasó, no se ha de afear á Monsieur de la Mota por el órden que dió, porque si bien es verdad que fué de que llevasen la vanguardia sus valones, era por no haberla querido tomar el capitan Diego de Arango, el cual le dijo á Monsieur de la Mota, que pues habia dado el consejo á Alexandro para que fuesen á la carnecería, que enviase á sus valones delante de vanguardia, no obstante la diferencia que los demas españoles habian tenido con los valones por quién la habia de llevar; y haciéndoseme algun escrúpulo de que se podria cargar á Monsieur de la Mota toda la culpa, no he querido dejar, aunque propuse pasarlo en silencio, escribí puntualmente lo que sucedió, que es como se ha referido, y lo que Alexandro respondió en el lugar de Vebre,

donde tenia su corte, al Sargento mayor Pelegrin, tratando de la desgracia de Ostende, que por haber sucedido tan mal habia bien que llorar; dijo que no habia sino bien que reir; y preguntándole el cómo, respondió que no habia de quedar ninguno que volviese con la nueva. Dió á entender en esto que valiera más morir todos peleando que no haber huido; y queriendo despues disculpar á los Capitanes, trayéndole á la memoria lo que hizo la caballería católica en la victoria de Rosendal, respondió con gran disimulacion: «ya sabeis todos lo que son soldados.»

Los holandeses se daban en esta sazon grandísima priesa á prevenir una armada, y corrió voz para ir á romper el contradique y anegar toda la tierra y navegar por encima della y socorrer á Amberes, visto que la estacada y fuertes se lo impedian; y si este designio les fuera fácil ponerlo por obra, salieran con su intento; pero Alexandro que con tanta vigilancia y cuidado prevenia á todo lo que podia suceder, no quiso perder el tiempo y procuró el remedio con mandar hacer prestísimamente cuatro fuertes más en el contradiqne, sin el de la Cruz que fué el primero que en él se hizo, y los más importantes los mandó guarnecer luégo con infantería española, y los otros de valona, y á trechos, por entre fuerte y fuerte, por todo el contradique hizo poner cuerpos de guardia reforzados de españoles, y con su asistencia, todos tan proveidos y fortificados con mucha artillería y municiones, que se pudiera esperar cualquier poderoso ejército por mar y tierra. Los holandeses que tuvieron noticia destas fortificaciones y de la solicitud con que Alexandro se prevenia para resistirlos, habiendo tenido ya el aviso de Amberes de la máquina de fuego que hacian, se resolvieron de todo punto de ir con toda su armada, que era de más de ciento y veinte navíos de guerra, sin las charruas y otros pequeños, y á los 3 de Abril deste año se arrimaron al fuerte de Lifquenock, que en nuestro vulgar quiere decir Canton de Amor, ya nombrado otras veces; está en la isla de Dula de la parte de Flandes, que el año pasado habia ganado el tercio de Pedro de Paz, y de tres galeones grandes que se adelantaron y arrimaron más al fuerte le comenzaron á batir furiosamente, y lo mismo hicie-

ron desde Lillo; y habiéndole abierto una muy gran batería, echaron gente en tierra y le dieron el asalto valerosamente, y aunque los resistieron los católicos, les entraron por fuerza de armas y degollaron á todos cuantos habia dentro que lo defendian.

Con esta victoria pasaron los rebeldes al fuerte de San Antonio que está en el mismo dique, más hácia el país de Vas, y como estaba la mayor parte empantanada, fueron con navichuelos y barcones y lo ganaron; y porque se pudieran tener y aguardar el socorro católico algun tiempo más, no obstante que se tardó por la mucha agua que habia de pasar, mandó Alexandro que cortasen la cabeza al Capitan valon que lo defendia, y lo ejecutaron luégo en el contradique á vista de todo el ejército. Con esta victoria pasaron los rebeldees á ganar el fuerte del Norte, situado en la misma isla de Dula y en el propio dique de Lifquenoek, más hácia las islas de Holanda y Gelanda, arrimáronsele con trincheas y en seis dias le apretaron mucho, y los valonos católicos que lo defendian se hubieron de rendir porque sabian no podian ser socorridos, y les dejaron sacar sus armas, banderas y bagaje; con la presa deste último fuerte se acabó de perder la isla de Dula que les fué de mucho útil á los holandeses para lo que intentaban, y de muy gran inconveniente para salir Alexandro con la empresa de Amberes, y para el ejército católico porque desde esta isla fué molestado todo el tiempo que duró el sitio: no dejó de haber gran descuido en la conservacion desta isla, pero como Alexandro estaba tan ocupado en la máquina de la estacada, que era la más esencial para su intento, no podia prevenir á todo lo que deseaba. Con esta victoria que tuvieron los rebeldes se hallaron más seguros en el rio Esquelda y pudieron abrigar su armada sin estorbo, y con ella se mejoraron más cerca de la estacada; y temiendo Alexandro no se aventurasen los rebeldes á quererla romper con esta poderosa armada que tenian, reforzó de nuevo las guardias y levantó otro fuerte junto á los de Ordan y San Felipe, hácia donde el rio hace una vuelta que era forzoso que los navíos rebeldes bordeasen, y desde allí los

podian ofender. Llamóse este fuerte el de Nardut y estaba frontero dél el del capitan Serrano, que nunca tuvo otro nombre, porque desde que se fabricó entró á defenderle con su compañía de españoles, y fué el más ofendido que hubo de los navíos rebeldes.

El marqués de Rubes salió á ellos una vez con las galeotas que tenia á su cargo, y en la retirada les hizo mucho daño y les ganó tres barcas y echó á fondo otras, con que los atemorizó y no volvieron más, quedando con este castigo refrenados de su atrevimiento. Ya en este medio quisieron los de Amberes experimentar los ingenios y artificios de fuego que tenian hechos para quemar el puente y estacada, los cuales hizo un ingeniero italiano, natural de Monferrat, que habia mucho tiempo que servia á los rebeldes por vivir en su libertad de hereje como siempre lo habia sido, y aunque muchos afirmaron que sirvió en el ejército católico, no se informaron bien, porque jamás estuvo en él ni Alexandro le conoció hasta que se rindió Amberes, que le habló y dijo si queria servir al Rey, su tio, que le daria buen partido, y no quiso y se fué á Holanda con los rebeldes.

A los 4 de Abril se descubrieron al poner del sol diez y siete navíos, entre grandes y pequeños, que salieron de Amberes con la menguante de la marea; los cuatro dellos iban ardiendo por encima de las cubiertas, que hacian hermosa vista, y como la armada de Holanda que estaba á la parte de Lillo estuvo tambien á la mira por lo que podia ofrecerse, mandó Alexandro que todo el ejército español se alertase y estuviese con las armas en la mano y dejasen llegar los navíos, dando órden de lo que se habia de hacer en caso de que de una parte y otra embistiesen con la máquina de la estacada y puente; y envió al capitan Pedro de Castro al lugar de Vebre, donde tenia su corte, y que tomase la compañía de caballos ligeros, españoles, del marqués del Vasto, que se hallaba allí alojada, y fuese con ella al fuerte de Burque, frontero de Amberes á la parte de Flandes, porque supo que al mismo tiempo que los navíos de fuego los navegaron para la estacada, tambien salia mucha infantería de Ambe-

llería del ejército católico, ni el del coronel Gaspar de Robles, baron de Velli, del consejo de Alexandro y muy valiente caballero, y una de las mejores cabezas de su ejército. Murieron los capitanes Geronimo de Figuera Quintanilla, Fuenmayor y Andrés de Espinosa, natural de Toledo, muy valiente y acreditado soldado y otros muchos; y con haberse Alexandro apartado tanto le arrebató el sombrero de la cabeza y le derribó en el suelo y estuvo dos horas sin sentido. El temblor de la tierra se sintió más de tres leguas de allí, y más de una quedaron como aturdidos, porque como la mocion del aire fué tan recio y fuerte los derribó á todos en tierra, y por muy gran espacio no volvieron en sí ni se hallaron en los puestos ni lugar donde ántes estaban, unos quebradas las piernas, rotos los brazos y cabezas; en fin, hubo tantos y diversos extragos, que por ser difíciles de creer no los escribo, mas que á muchos que murieron no se les halló señal ninguna de herida: tanto puede un susto y estrépito infernal que mata á los hombres sin lesion alguna: en la villa de Gante, con estar once leguas de allí, se rompieron cuando tembló la tierra todas las vidrieras de las iglesias y templos , y voló á muchos soldados que despues se hallaron sus cuerpos despedazados y quemados más de media legua, y otros quedaron suspendidos en el aire. Tanto pudo el que movió cuando reventó la mina que hizo este y otros maravillosos efectos. De los que cayeron en el rio se salvaron todos los que sabian nadar, y á un archero de Alexandro, que se llamaba Francisco, hallaron en la parte de Brabante en casa de Maestre Hance, carpintero mayor del ejército católico, que desde el fuerte de Santa María, adonde estaba fué volando por junto al rio Esquelda más de una milla, con estar armado, y se halló vivo y hoy dia lo está; y el vizconde de Bruselas voló de una barca á otra de las de la estacada sin peligro. Los heridos que se hallaron fueron muchos, y con notables y extraordinarias heridas, porque como no eran de arcabuzazos ni de ninguna arma enhastada, ni de cuchilladas, estaban hechos pedazos y otros quemados sin piernas ni brazos. Pareció ser heridas de cadenas, piedras, clavos y otras cosas semejantes, porque de todo traia la mina. Entre estos heridos hubo

tambien muchas personas de cuenta, de calidad y valor; uno dellos fué Pedro Gaetano, duque de Salmoneta, sacó una muy mala herida en la cabeza, y al Padre Miguel Hernandez, con estar dentro del fuerte, salió mal herido en la cabeza y en un hombro y brazo izquierdo, y le dejó sin sentido por muy gran espacio. Halláronse á media legua de allí y en otras partes muchas piedras grandes, que habiendo caido de lado entraron en tierra más de cuatro varas, y otras pequeñas hicieron agujeros de más de una pica en fondo; otras grandes se hallaron, de sepulturas de iglesia y ruedas de molino, que habian hecho hoyos donde cabian cinco ó seis hombres juntos. No se puede encarecer lo que este dia allí pasó, que por ser una hora ántes que anocheciese el infelice suceso causó gran confusion miéntras se esperaba el dia, y la tuvo tan grande Alexandro toda aquella noche como se puede imaginar, porque las voces y alaridos de los heridos, que unos medio enterrados las daban, otras sin saber adonde, y las camaradas de los soldados buscaban á sus amigos y paisanos, llamábanse unos á otros y no respondian; pero la devocion que Alexandro tuvo, fe y esperanza en la vírgen y mártir Santa Leocadia, patrona de Toledo, abogada suya y de todo el ejército español le sacó de aquel miserable conflicto, y amaneciendo el alegre dia, que se contaron 5 de Abril, hizo decir á la Santa muchas misas, y todos con gran devocion esperaron por su intercesion el remedio de sus trabajos, como le tuvieron y se dirá á su tiempo, y por no perderle encareciendo más el daño que hizo aquella diabólica mina, diré la forma que tenia y de la manera que en Amberes la fabricaron.

Era un navío muy grande de alto bordo, de más de ochocientas toneladas, y los demas que sirvieron de minas como este eran de ménos porte, y en ellos las hicieron como la de este grande, y dentro dél, desde la quilla hasta la primer cubierta se hizo una muralla de cal y canto por todos los costados dél, que subia hasta la plaza de armas, y de grueso tenia siete piés, y entre esta muralla y el costado del navío habia un hueco ó vacío no muy grande; pero el que bastó para atacarlo muy bien de finísima y refinada pólvora, y se puso gran cantidad della

en el lastre, pero mucha más en los costados; y sobre la primera cubierta estaba fundado un parapeto de un palmo de alto y cinco de ancho, quedando llano y liso todo el fondo y al rededor habia otro de palmo y medio de grueso, y en medio quedaba un hueco ó vacío de dos piés de ancho y tan largo como lo era el navío; todo el edificio alto y bajo estaba embutido y lleno de muchas losas de sepulturas de iglesia muradas unas sobre otras, que hacian siete piés de grueso y con ángulo relevado y diversos agujeros para atacar y embutir pólvora, como lo hicieron, muy fuertemente para que la mina tuviera más fuerza é hiciera más efecto, y despues de cerrada pusieron encima y en todo lo que sobraba de vacío muchas piedras grandes, fagina embreada y gruesos troncos de árbol, de la misma manera mezclados con medias columnas de piedra, dejando un respiradero, y en él un pequeño fogon para dar fuego, y por los lados y al rededor habia muchos tablones que estaban con gran artificio apuntalados, y por encima de la cubierta ni más ni ménos, y dentro muchos trozos de cadenas, clavos, yunques de herrero, balas de artillería gruesas de hierro colado, y muchos dados de lo mismo, alquitran y caluna, con otros instrumentos para que, en reventando la mina, hiciese el daño y efecto que se ha escrito; y para que se pegase fuego pusieron á la boca del fogon una cuerda de arcabúz buena y refinada y encendida, y que por la otra parte se fuese quemando poco á poco todo el tiempo que les parecio duraria desde Amberes á la estacada, habiendo hecho experiencia con los que habian navegado lo que podian tardar, y teniéndolo tanteado iba la cuerda medida hasta que llegaba el fuego al cabo á donde estaba el fogon. Esto es cosa fácil, porque muchos soldados españoles tienen cuenta por las pulgadas de cuerda que van gastando, saber las horas que han estado de posta; entiéndese cuando no hace viento, porque con él se gasta más, particularmente cuando la cuerda está seca, y por si acaso faltase y no emprendiese hicieron unos artificios como relojes armados con sus ruedas, de tal manera, que habiendo medido el tiempo de Amberes á la estacada en el que la mina podia tardar, diesen en unos pedernales y en prendiéndose el

fuego reventase la mina; que fuese con la cuerda ó con el pedernal no se pudo averiguar, pero en fin hizo efecto, que valiera más no le hiciera, pues fué tan á costa nuestra como se ha visto. Los demas navíos que iban acompañando á este infernal no fueron de efecto, porque solo para divertir á la gente que estaba en la estacada y descuidarla usaron deste engaño, que en los navíos pequeños que iban delante sobre las cubiertas ardian leños y faginas embreadas, dando á entender que solo con aquel fuego habian de quemar la estacada y abrir la navegacion; pero la fuerza y artificio de la mina y fuego pusieron en el navío grande de la manera que se ha escrito, y habiéndolo hecho apagar Alexandro al principio cuando se descubrieron los diez y siete navíos, sucedió despues con el último y grande lo que se ha referido.

No ménos espanto causó á los rebeldes que estaban en la armada holandesa esperando ver el efecto que hacian las minas para ir luégo y abrir la navegacion, que á no quedar tan confusos de haber visto y oido el estampido infernal de la mina, les fuera muy posible salir con su intento y socorrer á Amberes, porque los españoles que defendian el puente y la estacada y habian quedado vivos estaban tan maltratados y sin sentido toda aquella noche, sin saber unos de otros, que pudieran muy bien los rebeldes hacer su efecto; pero Dios, nuestro Señor, por intercesion de la vírgen Santa Leocadia lo impidió; despues de haberle Alexandro hecho decir las misas, acudió con grandísima presteza á ver el daño que recibió su gente y de la manera que habia quedado el puente y estacada, y pareciéndole que ya que la armada holandesa no hizo la noche ántes el efecto que deseaba lo habia de hacer entónces, pues veia el paso abierto y rota la máquina del puente, previno el remedio con grandísima presteza y cuidado; pero túvole muy grande con no poca confusion cuando vió ménos tantos y valerosos soldados y al marqués de Rubes y á Gaspar de Robles, baron de Velli, que le asistian con tanta puntualidad. Fué tan grande el sentimiento que tuvo que por mucho espacio quedó absorto, pero acordándose de la obligacion que se habia puesto y del empeño

tan grande de su reputacion, y que para salir dél era necesario dar de mano á todas las dificultades que se ofrecian, volvió con su ingenio y ánimo acostumbrado á recuperar lo que habia perdido, y quedó tan deseoso de la venganza cuanto no sabré encarecer de quien sentia tanto perder un soldado como otros Capitanes generales un ejército; y se vió muchas veces dejar de hacer algunas facciones, pareciéndole habian de costarle sangre; y en las expugnaciones que hizo de muchas y grandes ciudades procuraba con inteligencias y pláticas y con su grande prudencia reducirlas al servicio del Rey, nuestro señor, ántes que aventurar á perder el más mínimo soldado de su ejército; y cuando venia á darles el asalto era por su obstinacion y rebeldía: diferente de otros Generales, tan carniceros, que les ha parecido, si no era á fuerza de sangre derramada de sus soldados que no lucia lo que hacian, debiendo considerar estos tales cuánta más gloria se saca de un vencimiento sin pérdida de su gente, adquirido por sus buenas trazas é ingenio, que no con la fuerza de las armas.

Otro dia siguiente mandó Alexandro se recogiesen y enterrasen luégo los muertos, y entre ellos pareció el marqués de Rubes con la cabeza hecha pedazos. El de Gaspar de Robles no se halló por entónces, juzgando que alguno le habia escondido por quitalle una cadena de oro que siempre traia; pero despues de algun tiempo, que fué cuando se deshacia el puente, se halló asido á una estaca con su cadena. Despues mandó Alexandro que se reparase el daño que habia recibido el estacada, y la hizo cerrar con grandísima presteza con barcas encadenadas, de la misma manera que estaban ántes que se volaran; y previniendo á lo que adelante pudiera suceder en caso que volvieran á echar de Amberes otros fuegos y minas, dejaron las barcas del estacada más abiertas las unas y las otras que lo estaban de ántes, para que con facilidad, quitando las barcas que fuese necesario, pasasen los navíos, y luégo volverlas á cerrar. Este fué único remedio, y despues se usó de otro no ménos importante, y fué que Alexandro encargó mucho á un Capitan inglés, gran católico y marinero, que se llamaba Torch, que todas las veces que

venian barcas ó navíos de fuego, que fueron muchos, salia con una chalupa muy ligera y bien despalmada, y con un palo que les atravesaba por el timon las hacia dar á la banda y encallaban en tierra hasta que disparaban las minas su furia infernal, y salia á ellas, muy á lo largo, ántes que llegasen con gran distancia donde pudiesen hacer daño, y como la gente estaba advertida se guardaban, y no ménos el Capitan inglés, que en acabando de hacer la faccion volvia prestísimamente con la chalupa que la traia bien armada de marineros y se ponia en cobro; para esto y para que diesen al través, lo hacia tan á tiempo como se podia desear; y á los 14 de Abril vinieron por la parte de Lillo otros dos navíos grandes de fuego, y usando del remedio que se ha escrito dieron en la costa y dispararon la furia infernal que traian sin que sucediese ningun daño, ni le hicieron jamás con esta prevencion que hizo Alexandro; habiendo vuelto á reedificar todo lo que en la estacada y puente se habia desbaratado, y vuelto á guarnecer las barcas de los mejores soldados y Capitanes españoles que tenia. A 21 de Abril batieron los rebeldes el castillo de Lillo, que, visto que los católicos no le podian socorrer, y que no era bien tener tan cerca aquel padrastro, lo pusieron en ejecucion; y porque los católicos que lo defendian tenian necesidad de pólvora, fué el Alférez del coronel Cristóbal de Mondragon á entrársela con una barquilla, y aunque hubo las facciones y escaramuzas que se han referido en aquella parte, siempre habia estado este castillo por los católicos, y Alexandro lo conservaba no más de por dar higa á Lillo, porque para otro efecto no era de ninguna importancia. Los católicos que le defendian se rindieron otro dia siguiente por no tener bastimentos ni poder ser socorrido, y al Alférez cuando les fué á entrar la pólvora y municiones le dieron un arcabuzazo, habiendo hecho este socorro con mucho ánimo y valor y por parte muy peligrosa.

Los rebeldes que defendian la villa de Malinas deseaban quitar cuantos padrastros tenian cerca para hallarse más desembarazados y seguros de los católicos, y viendo á Alexandro tan ocupado en el sitio de Amberes, salieron en este medio y le

pusieron á un castillo que estaba legua y media de Malinas, donde habia treinta soldados italianos de guarnicion, y lo batieron y ganaron en dos dias; y aunque los españoles que estaban de presidio en Vilborde se apercibieron para irle á socorrer, no fué de importancia por haber llegado tarde el aviso.

Y aunque deseo dar fin á lo sucedido sobre Amberes, no me llaman otras ocasiones que se ofrecieron en este medio, por no dejar otras ningunas dellas, porque sucedieron al mismo tiempo.

Habia en una compañía de caballos ligeros de los rebeldes, que estaba de guarnicion en la villa de Malinas, cuyo capitan era Monsieur de Viñater, sobrino de Monsieur de Sante Aldegonde, un Teniente reformado, de nacion francés, que servia en ella y se llamaba Montelimar, el cual habia dias que, saliendo á correr, lo habian preso los españoles que estaban de guarnicion en la villa de Vilborde y á otros seis ó siete soldados que iban con él, y trataban de trocarlo por otro prisionero católico que estaba en Malinas, que era de la compañía de caballos del gobernador D. Ambrosio Landriano. Estas pláticas movia el Sargento mayor Juan Pelegrin, y como de ordinario entraba en la prision, se inclinó más á este prisionero que á los demas para que fuese rescatado, y el Montelimar por mostrarse agradecido, habiéndole ántes persuadido Juan Pelegrin, ofreció hacer un trato para que se ganase la villa de Malinas, que por ser muy valido y acreditado en ella y tener tanta mano con el Teniente de su compañía y con otros muchos soldados amigos della, le parecia saldria con ello. El Sargento mayor Juan Pelegrin lo trató con el gobernador D. Ambrosio Landriano, y no le pareciendo mal este trato dió aviso dél á Alexandro, el cual le dió comision para que lo tratase y le fuese avisando de lo que se hiciese y resultase; y llegando el tiempo de haberse de poner por obra se dió libertad al teniente Montelimar, que fuese á la villa de Malinas con color de procurar la soltura del soldado de D. Ambrosio que se habia de trocar por él, y en rehenes se quedó en la prision de Vilborde un camarada suyo, tambien francés, llamado Dini. Pasáronse algunos dias en que la guarnicion de Vilborde molestaba la de Malinas con sus contínuas

emboscadas, corriendo las campañas y contornos, y al cabo dellos volvió el teniente Montelimar y dió esperanzas del trato, prometiéndolas de manera que se esperaba por horas el buen suceso, y con ellas se entretuvo á D. Ambrosio algunos dias; y con ocasion que salia á correr la campaña con otros amigos soldados, á quien habia dado parte del trato, iba á Vilborde y hacia relacion de lo que andaba tratando, y llegado el dia que se tenia de efectuar se habia ya juntado en Vilborde más de mil hombres, infantería y caballería de todas las guarniciones católicas de los contornos, y dejándole bien guarnecido se estuvo aguardando al Montelimar que llegase para ir á poner en ejecucion lo que se habia tratado, el cual no volvió en ocho dias despues, y trajo con él otro soldado, y dijo que la causa de su tardanza habia sido porque cogieron unas cartas de Alexandro soldados de Malinas, yendo á correr la campaña, que las llevaban al gobernador de la villa de Liera, y decia la verdad, y contenian que enviase parte de la guarnicion que tenia á Vilborde, y se entendió que era para ganar á Malinas, la cual se habia puesto en arma y descubierto el trato, y que por esto no habia podido volver ántes á dar su disculpa; que pues no estaba en su mano, no habia excedido de lo que se habia tratado, y que creyesen deseaba hacerlo con mucho gusto, y que temia volver á Malinas porque si se descubria que era autor deste trato le harian pedazos; y que si le daban licencia entraria á servir en el ejército católico.

Esto decia á fin de engañar al gobernador D. Ambrosio Landriano y al Sargento mayor Juan Pelegrin, y no fuera él buen francés si no lo hiciera, porque esta nacion lo tiene de costumbre entre ellos mismos; y dicen un adagio *que no etipas buen fransue et si la que ne troumpa laltre* [1], que en nuestro español quiere decir: «no es buen francés el que no engaña al otro;» y aunque este trato pudiera escribir más de paso, me ha parecido detenerme para decirlo puntualmente cómo pasó por ser uno de los más extraordinarios que se han ofrecido

[1] Lo dejamos tal como está escrito en el original.

en la guerra. El Montelimar dijo á D. Ambrosio las razones referidas, con una disimulacion tan cauta y fingida como se puede considerar del hombre más astuto y engañoso que en aquellos tiempos hubo. Ofreció de nuevo hacer otro trato, para ir siempre alimentando su traicion, y decia que él habia de arriesgar la vida, y que la daria por bien perdida siendo en servicio de Alexandro, á quien decia era aficionado, y deseaba servir en su ejército al Rey, nuestro señor, porque aunque servia á los rebeldes era católico y que habia mucho tiempo tenia inclinacion de vivir entre españoles; y pareciéndoles á D. Ambrosio y á Juan Pelegrin no se aventuraba nada en agradecerle su ofrecimiento, le cebaron con promesas y buenas esperanzas de que si efectuaba algun trato se le premiaria, y que dijese lo que pensaba hacer para disponerlo como él lo trazase, y que le asistirian en todo lo que fuese necesario. El respondió que desde que no tuvo efecto el trato de la villa de Malinas habia tenido intento de hacerlo en Blocus, que es un fuerte que está á media legua de Malinas, más hacia Amberes, sobre el mismo rio donde se juntan dos brazos que hacen una isla desde él hasta la villa. Este fuerte es un torreon redondo, y en medio dél hay una exclusa para si se ofreciese anegar todo el país poderlo hacer, y tiene dos puertas, una frontero de otra por donde se entra de Malinas, y la otra para salir á la isla, y en cada puerta hay un puente levadizo que hacen la plaza muy fuerte, y tanto, que es inexpugnable; y en la isla tenian todos los de la villa de Malinas y sus contornos retirado su ganado y hacienda, y no se podia entrar á ella sino por este fuerte de Blocus, y habiéndole ganado quedaba Malinas en medio dél y de Vilborde, y tan apretada que era fuerza rendirse; y pareciéndoles á D. Ambrosio y á Pelegrin lo que importaba aceptar esta oferta de Montelimar, lo entretuvieron hasta tener aviso de Alexandro, y habiéndoselo escrito respondió se pusiese por obra, porque ganando á Blocus costaba ménos que Malinas, por ser de mayor importancia para la empresa della, pues era forzoso rendirse, como ya he escrito, teniendo aquel freno y el de Vilborde á ménos costa y con más brevedad que si por fuerza de armas se fuese sobre ella. Con esto se iba

dando calor á Montelimar, y él lo tenia tan grande en su engaño que siempre facilitaba la empresa y daba á entender tenia más gusto en hacer este trato que el de Malinas, y así lo iba fomentando y dando mayores esperanzas en todo lo que trataba, porque como llevaba en su pecho la malicia y traicion, deseaba concluirlo para dar fin á ellas; y aunque D. Ambrosio y Pelegrin le facilitaban la brevedad y asistencia, no por eso dejaron de temer que podria ser el trato doble, y como prevenidos desto iban con grandísimo tiento en esta empresa, y disponiéndola con buen consejo de Alexandro, á quien de todo lo que se ofrecia iban dando parte, pues como prudente General prevenia en semejantes cosas el fin que pueden tener, y este le han de mirar todas las personas que hicieren semejantes tratos, llevando siempre la mira que el que los hace es traidor, y que quien lo es una vez lo será muchas, y se ha de temer esto con grandísimo cuidado, y lo mismo los que mantienen y guardan las fuerzas y plazas por sus Príncipes, para saber de quién se fian y conocer muy bien sus Oficiales y personas que tienen debajo de su dominio, viviendo siempre tan vigilantes que ninguna cosa pueda ser parte para tener descuido, pues jamás han de tener disculpa de haber perdido la honra y plazas que les encomendaron si no es pagándolo con la vida, y esta en la guerra se ha de posponer por la reputacion, que es la que siempre vive en la memoria de las gentes.

Llegó el dia en que el teniente Montelimar habia de poner por obra el trato que he referido, y dió á entender á D. Ambrosio y á Pelegrin que para efectuarlo bastarian doscientos soldados infantes y caballos, porque la plaza de Blocus era pequeña y no habia dentro más de diez soldados y un cabo de escuadra, y decia en esto la verdad, pero hacíalo á fin de lo que en estos sucesos se verá: el modo como se habia de ganar era, que él saldria de Malinas con otros tantos amigos de su compañía por la parte de Blocus, con sus escopetas en las manos y á pié, como que salian á caza y á correr la campaña ó á buscar yerba para dar de comer á sus caballos, y que entrarian dentro, y cogiéndolos descuidados, demás que dellos no se habian de recelar pues se

conocian todos y eran amigos; y estando dentro les darian de puñaladas, y esto habia de ser á tiempo que los doscientos soldados católicos de Vilborde estuviesen emboscados muy cerca de Blocus; los cuales, habiendo entendido el caso y reconocido la plaza, se entrasen dentro con mucha facilidad. D. Ambrosio y Juan Pelegrin (no obstante que les pareció bien la traza del trato) dijeron al Montelimar, que por la costumbre de la guerra, como siempre enjendraba recelos y sospechas, seria bien se hiciese con rehenes y que en son de prisionero se quedase uno de sus camaradas. Ellos lo rehusaron, habiéndoselo propuesto Montelimar, y pareciéndole que si concebian su trato se le habian de entender el intento, para más asegurar su traicion se ofreció á quedarse él en rehenes, que esto dió mucho que pensar despues que se descubrió su maldad y el ánimo con que las iba tratando; y es de considerar, que habiendo de llevar su traicion delante, se ponia en manos de sus enemigos sin saber el fin que habia de tener. Y porque en Malinas no le echasen de ménos y pudiese cumplir con Monsieur de Yama, Gobernador que era della, y con su Capitan, dijo que era menester que saliesen seis lanzas católicas y se emboscasen junto á Malinas, en la parte que él señalaria, y que fingiria salir á tirar á unas palomas y que cerrasen con él y le prendiesen. Esta traza con todas las demas que se han escrito se pusieron en ejecucion, y sucedió así, salvo que en lugar de los doscientos hombres que habian de ir á este efecto, les pareció á D. Ambrosio y á Juan Pelegrin fuesen dos mil soldados escogidos de todas naciones, caballería é infantería, y las dos compañías de españoles de Baltasar de Hortigosa y de Diego de Vargas Machuca, que como habian conocido la astucia del francés, y ser soldados de experiencia, hicieron esta prevencion como la deben hacer todos los que en la guerra trataren con traidores, por lo que puede suceder. Pero el Montelimar, como astuto y cauteloso, para más asegurar los españoles y quitarles las sospechas que pudieran tener dél, porque hasta en esto tuvo conocimiento, hizo otro nuevo trato, que fué vender cuarenta soldados de su misma compañía; el dia que se dejó prender de las seis lanzas católi-

cas dijo que el siguiente habian de salir por tal puerta de la villa á prender ciertos católicos que estaban en el mismo país y llevaban por guía á un Canónigo de la villa ó lugar de Cintron, muy grande hereje, para darles en las manos la presa que habian de hacer. Púsose por obra, y llegado al efecto mataron algunos soldados de los cuarenta, y prendieron otros con casi todos los caballos, y los que se escaparon fué por ser de noche cuando los acometieron, y con la oscuridad tuvieron lugar de huirse.

Dijo tambien Montelimar, que cuando partió de Malinas dejó órden á sus camaradas, que era con los que tenia estas inteligencias, que en sabiendo que estaba preso en Vilborde le enviasen un criado con sus camisas para mudarse en la prision, y que si el trato se habia de ejecutar el mismo dia acordado, que era un lúnes, una de las camisas llevaria una cinta amarilla, y si no habia de ser aquel dia seria azul; y cuando llegó el criado con ellas, se vió que la una llevaba la cinta del color para que se ejecutase el trato, sucediendo todo como lo habia dicho, y aunque en este medio tiempo se tenian dél algunas sospechas, en parte las hacia asegurar en esperanzas; tanta era su solicitud y asistencia; y aquel mismo dia, en la noche, habiéndose recogido los dos mil soldados referidos, marcharon con buen órden por diferente camino para más disimulacion; y no habiendo más de dos leguas por el derecho, se arrodearon siete; todo por industria del Montelimar, para desvelar y necesitar de aliento á la gente católica que, toda la noche, con inmenso trabajo, habia marchado por pantanos y caminos desusados y rotos, y habiendo llegado ántes de amanecer junto á Blocus se emboscó en el puesto que se habia señalado, y como amaneció y el Montelinar vió tanto número de soldados católicos, se conoció en él alguna turbacion, y aunque disimuló, se subió en un árbol muy alto, porque como habia tantas arboledas y espesuras no podia descubrir á Blocus ni á sus camaradas que habian de salir de Malinas á hacer el efecto, y aunque fingido, daba á entender era verdadero, y desde el árbol, siendo ya las ocho de la mañana, avisó á Juan Pelegrin que habia visto á sus camaradas y que dispararon un arcabuzazo en un puesto de-

dicado para aquel efecto, y era la señal de que iban á hacerlo á Blocus; y de allí á un poco dijo habian entrado en él, y que ya disparaban los arcabuzazos y daba á entender mataban los soldados que habia dentro; y aunque no era así, hacia verdad su enredo y traicion porque mataban á un cabo de escuadra y á seis soldados católicos que habia dias estaban presos en poder de los rebeldes de Malinas; y para que entrando la gente católica que estaba emboscada en Blocus viesen como era verdad (pues habia hombres muertos) el embeleco que habia fingido, la cual salió luégo de los puestos que tenia, y con buen órden (habiéndose ya bajado del árbol Montelimar) fueron marchando á Blocus, y se dió órden fuese de vanguardia el cabo de escuadra, La Ribera, de nacion valon, con catorce soldados de á caballo de la compañía del capitan Carandole, y que entrase dentro y la reconociese, y habiéndolo hecho se apeó de su caballo á tiempo que llegaba un Capitan italiano, que lo era de valones y se llamaba Mosquetier, que tambien fué á caballo en su seguimiento, y le dijo que, pues veia los hombres muertos, no se apease, sino que volviese á subir, y á instancia suya lo hizo, y así pasó con sus catorce soldados el segundo puente y entró en la isla, y en su seguimiento fué el capitan Carandole con el resto de su compañía, que serian otros cien caballos, muy buena gente, y llevaba á su cargo á Montelimar, que le hizo subir en un caballo de los que dos noches ántes se habian ganado á los rebeldes de Malinas, que valia más de trescientos ducados; y se advierte desto para que se entienda lo bien que le iba sucediendo al traidor francés para escaparse de sus enemigos, y habia dicho que como plático de aquella tierra y caminos queria ir por guía para tomar ciertos puestos junto á la villa de Malinas para que no pudiesen retirar el ganado de la isla, que era mucho; por esta causa le llevaba el capitan Carandole en la vanguardia y para que advirtiese de muchas cosas que habia ofrecido, y de los puestos y lugares, y porque pudiesen resistir los rebeldes si salieran de Malinas, y para estorbarles que no volviesen á ella los que habian salido; con estas y otras invenciones, que con disimulacion daba á en-

tender y platicaba, los llevaba á la carnicería colgados, al parecer, de ciertas esperanzas; tanto pueden las que promete un traidor fingido que hace parecer verdad lo que no es; y al punto que el Montelimar vió partir los catorce soldados que habia llevado el cabo de escuadra La Ribera, aunque iba al lado del capitan Carandole, con una espuela que un caballo ligero le prestó cuando bajó del árbol (que para su maldad las habia bien menester) picó al caballo y le corrió con grandísima presteza y furia no pensada, y en alta voz (porque le oyesen todos) iba llamando al cabo de escuadra La Ribera, fingiendo y dando á entender le queria dar algun aviso; y sin que el Capitan le pudiese detener ni alcanzar, aunque lo procuró, llegó á los catorce soldados y les dijo que caminasen á toda priesa, que los pondrian adonde fuesen ricos para toda su vida.

Con este cebo picaron los soldados católicos todos y le siguieron hasta que los entró en las emboscadas que tenian los rebeldes de mucha infantería y caballería, que para este efecto habian juntado de las villas de Amberes, Bergas Olzon y de otras, sin los de Malinas que salieron todos con el Gobernador della, que, como se ha escrito, se llamaba Monsieur de Yama, los cuales habian ocupado puestos muy fuertes y hecho una media luna en la isla, á tiro de arcabúz de Blocus, para que cuando en ella hubieran entrado los católicos alzar los puentes levadizos de Blocus y cogerlos entre él y la media luna, y las demas emboscadas, que por todos eran de más de cinco mil soldados rebeldes; y temiendo el Montelimar no tirasen algun arcabuzazo y le matasen, se dió tanta diligencia en adelantarse de los catorce caballos, que como le iban siguiendo fué causa que las emboscadas se descubriesen y se entrasen en ellas; y queriendo el capitan Mosquetier y los catorce caballos revolver para dar aviso á la emboscada cotólica, no lo pudieron hacer, siéndoles forzoso arrojarse al agua y se salvaron, salvo dos que cogieron en prision y uno que mataron; y es de creer, si el Montelimar no se apresurase tanto en adelantarse corriendo el caballo (que fué permision de Dios) no se escapara ninguno de los católicos, pues de la manera que los rebeldes estaban, que

era en puestos muy fuertes, los degollaran á todos aunque más resistencia hicieran; y con el mejor órden que pudieron hicieron su escuadron y se fueron retirando las caras vueltas á los rebeldes que les comenzaron á dar la carga; pero no les osaron acometer: llegaron á Vilborde con no más pérdida de tres soldados ya referidos y de un caballero, hijo de el señor de Esten, que habia ido por su gusto con el capitan Carandole; y para que mejor se advierta la astucia y estratagemas de Montelimar y con el secreto que hacia el trato, no sabian dél sus compañeros con quien lo hacia que eran los que iban y venian con él á Vilborde cuando lo trataba, los cuales creian siempre que el trato era bueno y no doble como se ha visto; tanta era la traicion deste francés, pues con sus mismos camaradas lo era, y les obligó á creer que Alexandro les habia de hacer mucha merced, y con quien sólo lo comunicó y trató era con Monsieur de Yama, gobernador de Malinas que le fomentaba y asistia, y con el Teniente de la compañía de caballos de Monsieur de Viñater, de quien era soldado el Montelimar, y como él tambien francés; y sucedió que Monsiur de Temple, Alférez desta compañía, sin saber nada deste trato sino sólo haber visto hablar en secreto á su Teniente con el Gobernador y otros soldados, tuvo sospechas debia de haber alguno y escribió un papel y lo firmó del nombre de su capitan, Monsieur de Viñater, y lo envió al gobernador de Vilborde, que le decia que por ningun caso saliese aquel dia gente de su guarnicion, y lo envió con un muchacho y llegó á tiempo que ya la gente habia partido al trato de Blocus. Con todo esto, aunque era de noche, llamó á las puertas, y como D. Ambrosio habia dejado órden no se abriesen hasta que volviese se estuvo hasta otro dia que abriendo el papel se supo el caso, y se envió á D. Ambrosio con un soldado á caballo á toda diligencia, y llegó cuando ya los dos mil soldados católicos se volvian retirando á Vilborde. Este alférez Temple era tambien francés y casado en Malinas con una dama principal y católica, y se entendió que á persuasion della escribió el papel, que si llegara á tiempo se le hubiera hecho una burla á Montelimar con que pagara la que él hizo.

Otro dia siguiente del suceso de Blocus supo Monsieur de Viñater que el Teniente de su compañía habia hecho este trato con Montelimar y con el Gobernador sin haberle dado á él parte, de que estuvo tan sentido que le quitó la tenencia de su compañía y mandó á los soldados della no le obedeciesen ni respetasen por Teniente; y saliendo el dia siguiente el capitan Monsieur de Viñater con toda su compañía á convoyar una persona que con pasaporte de Alexandro iba de Malinas, le dijeron sus soldados como el Teniente estaba en la retaguardia haciendo su oficio, y no fué así, sino que salia para despedirse de la compañía, y Monsieur de Viñater, creyendo lo primero que le habian dicho sus soldados, fué sobre él con una pistola en la mano para matarle. El Teniente revolvió el caballo y comenzó á huir, y desnudó su espada diciéndole se detuviese porque si no le perderia el respeto. El Capitan le fué siempre ejecutando y le disparó la pistola, pero no le salió, aunque dió fuego, y el Teniente le tiró una estocada y le dió por la ingle, y cayó del caballo y se fué huyendo, y aunque toda la compañía le siguió dando la carga, como vieron caido á su Capitan no lo pudieron alcanzar, porque se entró en un castillo donde habia guarnicion de católicos y lo llevaron preso á Vilborde, donde estuvo en poder del Sargento mayor, Juan Pelegrin, y sucedió lo que adelante se dirá.

Todavía se estaba el armada holandesa cerca de Lillo, y en este medio zarpó y se fué arrimando junto al contradique porque Alexandro con unas culebrinas que se habia hecho plantar la desalojó de dónde estaba. Los rebeldes, deseosos de retirar su armada ó de dar fin á aquella prolija guerra, hallándose tan cerca del contradique les pareció desembarcar en él y hacer alguna buena faccion, y á los 7 de Mayo, por la mañana, echaron gran número de gente en tierra con intento de reconocer los puestos que los españoles tenian en el contradique, los cuales con grandísimo valor y presteza cerraron con los rebeldes y se trabó muy reñida y caliente escaramuza; y habiendo durado un buen espacio y peleado los rebeldes animosamente hubieron de desamparar el contradique y huyeron á espaldas vueltas

para embarcarse en su armada, y como los españoles los fueron ejecutando apretadamente no pudieron embarcarse tan presto que muchos no se arrojasen al agua por salvarse en sus navíos, y los que no sabian nadar se ahogaron, y otros pasaron á cuchillo.

Quedaron muertos de su parte más de cuatrocientos, y cuatro Capitanes; ellos mataron siete soldados españoles de la compañía de Miguel Benitez, y á su Sargento, y el Capitan salió mal herido. Otro dia siguiente fué Alexandro con el tercio de Pedro de Paz, que estaba á cargo del capitan D. Juan del Aguila y el coronel Cristóbal de Mondragon, y muchas tropas de las naciones católicas á recuperar la isla de Dula, que pareciéndole á Alexandro era de importancia, y que á sus ojos se la volvieron á ganar los rebeldes, habia estado siempre cuidadoso y con aquel pesar de que tan mal y tan presto se hubiese perdido. Y porque esta isla y los fuertes que están en ella no se pudieron reconocer por el mucho fango y agua que tenia, y para emprenderla por donde la vez pasada se habia de rodear mucho, y no era bien que Alexandro se alejase tanto teniendo entre las manos y tan al cabo la difícil empresa de Amberes, y tambien que las aguas habian crecido mucho, por las grandes cortaduras que los rebeldes hicieron en los diques, y así le pareció retirarse y mandó se volviese la gente á sus puestos y cuarteles sin haber hecho más faccion que reconocer esta isla.

Como vieron los de Amberes que los navíos de fuego no hicieron tanto efecto como pensaron, y el remedio que Alexandro habia hallado para detenerlos y hacerles dar en tierra, hicieron otros con tal artificio que pudiesen ir por debajo del agua sin ser vistos, cortando cuanto topasen con unas navajas puestas con tanto ingenio, que sin verse, porque los navíos habian de ir sobreaguados con la estiva y fuerza del agua y corriente de la marea iban cortando cuanto topaban. Un navío que era el mayor llevaba estos y otros ingenios, que luégo se dirán; de la manera que se fabricó fué, que tomaron cinco navíos muy grandes y los juntaron y amarraron muy bien con unas entenas largas y muy gruesas, asidas con fuertes cables ó gu-

menas; habiéndoles quitado á estos navíos todas las obras muertas y dejádolos muy rasos para que mejor fuesen entre dos aguas ó sobreaguados, habiéndolos estivado muy bien de arena para que hiciesen este efecto; y ya juntos, como tengo escrito, les pusieron en las proas unos hierros muy grandes y agudos, con tal artificio, que rompian todo aquello en que topaban, porque con el reflujo y menguante de la marea iba este navío y los demas con grandísima furia; y á los 22 de Mayo salieron de Amberes diez y siete dellos entre grandes y pequeños, por debajo del agua, y uno muy grande que por encima de la cubierta iba ardiendo, llevaba unos ingenios con que guiaba á los demas, los cuales cortaron y deshicieron cuanto hallaron por delante, y arrimándose á la estacada y puente hicieron lo mismo sin podérselo estorbar y pasaron de la otra parte, porque cortaron las amarras y cables que habia, y con mucha diligencia mandó Alexandro abrir el puente para que pasase el que iba ardiendo, con todo eso topó con una barca de las de estacada y la echó á fondo, y aunque llevaba una mina, no reventó porque ya le habian apagado el fuego la gente católica con las galeotas que tenia á cargo el Capitan inglés ya nombrado; pero no le pudieron hacer dar al través como á los demas, porque venia con tal artificio que no fué posible sacarlo del corriente que llevaba, aunque lo procuraron mucho. La presteza con que Alexandro acudia al remedio destas máquinas infernales era extraordinaria, y tanto, que á no verse por la experiencia el valor con que acudia á todo sucediéndole como lo imaginaba, diera mucho que pensar.

Quedó el paso del puente y estacada abierto como la navegacion de los holandeses, pues pudieran si se atrevieran socorrer á Amberes en esta ocasion; pero estaban tan atemorizados y confusos, que no supieron qué hacerse porque la diligencia de Alexandro los traia tan desvelados y cuidadosos que por fuerza habian de ser inútiles las que tenian, y aunque aplicaran las de Inglaterra y Francia con muy pujantes armadas, fuera de la misma manera, porque oponerse á la buena estrella de Alexandro y al esfuerzo y ánimo de los españoles, que con

tanto deseo de pelear estaban en la estacada y puente, era porfiar en vano y contrastar sin remedio en cosas tan imposibles, pues no les valieron cuantas trazas, fuegos, ingenios, armadas ni poder, ni otros muchos que aplicaron, como adelante veremos, para salir con su intento, pues nadie es bastante para vencer imposibles; y lo eran tan grandes el ingenio y gallardía de Alexandro, acompañado con las fuerzas españolas, como se ha visto y se verá; y más teniendo tan buena patrona como la de Toledo que tan de veras intercedia con Nuestro Señor librase á los católicos del infernal poder de los herejes.

A los 25 de Mayo salieron de Amberes otros doce navíos de fuego, que pareciéndoles á los herejes que una vez que otra pudieran salir con su intento, no cesaban con sus ingenios y trazas á romper el puente y máquina de la estacada; pero como no las acompañaban con fuerzas, eran inútiles cuantas diligencias hacian. Salieron nuestras galeotas y les dieron cabo en tierra, y en ella se volaron sin hacer ningun daño, como las demas.

Ya en este medio pasaba Amberes mucha y extraordinaria necesidad, porque como el paso del mar estaba cerrado y por la tierra ocupados los que habia con fuertes y soldados católicos, no tenian de donde ser socorridos, y aunque perdidas en parte sus esperanzas, siempre obstinados en su opinion y rebeldía, y visto que las armadas holandesas no habian cerrado con la estacada y puente, y que les era necesario buscar otras ayudas, intentaron cortar el contradique principal por cerca del fuerte de Ordan y por otras partes, para que juntándose el país anegado de las de Lillo y Ordan pudiesen navegar por él hasta Amberes y socorrerla. Alexandro que á todo estaba vigilante acudió con gran presteza y mandó que de nuevo reforzasen los cuerpos de guardia del contradique y los fuertes que en él habia, y por lo más angosto dél hizo formar nuevos reparos, y por la parte de Estrabruque adonde estaba el conde Mansfelt puso parte del tercio de españoles del Maestre de campo Agustin Iñiguez, y al Maestre de campo Camilo Capezuca con infantería italiana de la más escogida, y le seguian dos cuerpos

de guardia de valones y alemanes, y en la casa fuerte de Convenstreyn, ya nombrada, entró Camilo de Limonte con infantería italiana, y con cuatrocientos alemanes y doscientos valones para acudir á socorrer á la parte donde se ofreciese.

En este medio andaban ya los rebeldes por muchas partes del país anegado con barquillas de Lillo y de Amberes reconociendo por dónde habian de cortar el contradique, y pareciéndoles que por junto al fuerte de la Palata habia más fondo para tener su armada, y que era más angosto, echaron muy gran número de gente en él; y como los vió el capitan Simon de Padilla acudió con su compañía, y cerrando con ellos valentísimamente, porque este Capitan era de los más valerosos españoles que habia entre su nacion, natural de la villa de Torregimeno, del obispado de Jaen, comenzó á resistir á los rebeldes; y como vieron que no los socorrian los demas se retiraron á su armada, habiéndoles muerto Simon de Padilla más de mil soldados, sin dejar vivos más de tres para tomar lengua dellos del designio que tenian y de lo que pensaban hacer, los cuales dijeron á Alexandro que si les hubiera acudido el socorro de Amberes, como esperaban, tenian por cierto ocuparan el contradique; y dieron noticia de otras cosas que Alexandro deseaba saber, con que mandó luégo levantar el fuerte de la Palata, é hizo engrosar el contradique por lo más delgado y por donde los rebeldes le habian comenzado á cortar; y mandó luégo hacer dos nuevos fuertes, el uno le llamaron el de San Jorge y el otro el de San Miguel, é hizo reforzar de gente y municiones el de la Cruz, con otros muchos reparos necesarios en todo el contradique.

Los rebeldes de Amberes que vieron el mal suceso y que todo lo que intentaban era en vano, comenzaron á temer, no obstante que habian fundado sus esperanzas en romper el contradique, que era el último y único remedio que tenian para ser socorridos. En esto hicieron gran instancia y buscaron cuantos medios humanos pudieron adquirir y aprovechar, porque romper la máquina y puente de la estacada ya estaban desengañados de no volverlo á intentar; pero roto el contradique y

juntas las aguas de la parte de Lillo y de Amberes, era muy fácil socorrerla con la navegacion pues se hallaban con sus armadas tan pujantes, y creyeron (como era de creer) que siendo señores de la mar lo serian de la tierra con solo romper aquella poca que los españoles y demas naciones católicas sustentaban.

Parecíales que estando tan fuertes y reparados por cualquiera parte que los acometieran les habia de costar mucha sangre; imaginaban qué ingenio sería poderoso para desalojarlos del contradique; hallábanse embarazados y corridos de ver que extranjeros en tierra ajena, sobre un pequeño espacio de tierra que ocupaban, habiendo pasado en él el riguroso y áspero invierno, se conservasen contra el poder de los Estados rebeldes y de una armada tan poderosa ayudada de tantos confederados; la memoria desto y de la grandeza de Amberes, y que si por un descuido y flaqueza la ocupaban españoles no tenian más que esperar, hallábanse en tanta confusion, envidiosos de la buena dicha de Alexandro y del valor de sus soldados, y que pues el suyo no era ménos, les era forzoso resistir y apocar las fuerzas católicas y poner freno á sus designios, y dar satisfaccion á los reinos de Francia é Inglaterra y otros enemigos de España que estaban á la mira de sus acciones, y que dellas pendia la quietud de todos; y que si Alexandro salia con la empresa de Amberes no les quedaba tierra que posar en Flandes ni Brabante, pues les habia de ser forzoso vivir retirados en las islas de Holanda y Gelanda sin participar del comercio y correspondencia de Flandes y Brabante.

Estas y otras muchas consideraciones les daba tambien qué pensar, y dellas sacaron un solo fruto, y á su parecer único remedio, con que se resolvieron dar fin á la guerra ó perderse, y habiendo trabajado con su ingenio el remedio desto, le hallaron con fabricar un poderoso navío, en quien fundaron todas sus esperanzas, y echar en él todo su resto y fuerzas que les habia quedado. Fabricólo el ingeniero italiano de Monferrat que tenian en Amberes, que fué el mismo que hizo las minas infernales, el cual puso en la nueva fábrica deste monstruoso navío toda su facilidad, ciencia é ingenio. Despues de haberle fabri-

cado, que á su tiempo escribiré la forma que tenia, le pusieron por nombre *El fin de la guerra*, y los españoles cuando le vieron le llamaron la *Carantamaula*. Era de tan excesiva grandeza que ponia admiracion, y sin encarecimiento se podia tener por la octava maravilla. Hiciéronlo con fin de arrimarse con él á la casa fuerte de Convenstreyns y batilla con otros navíos y barcas de todas partes que habian de salir de Amberes, como salieron, y de Lillo. Con esta determinacion salió *El fin de la guerra* ó *Carantamaula* de Amberes y se arrimó al contradique con esperanza de ganar el fuerte de la Victoria, en el cual estaba el capitan Miguel Benitez con su compañía de españoles.

El fin de la guerra comenzó á batirle con grandísima furia, porque llevaba gruesísima y mucha artillería, y habiéndole abierto una gran batería le dieron los rebeldes un sangriento asalto; pero no con tanta furia como lo habian batido, porque se retiraron dél con pérdida de más de cuatrocientos soldados, y *El fin de la guerra*, muy maltratado de los muchos cañonazos que del fuerte le habian tirado, y como era tan grande y no le podian regir, fué necesario aligerarle de la mucha artillería que tenia, y con grande trabajo lo llevaron los rebeldes por el país anegado junto á Ordan, adonde encalló, y aunque hicieron extraordinarias diligencias para llevarlo no fué posible; y no hay que maravillarse, porque era tan pesado, que demás de la mucha y gruesa artillería que tenia llevaba tanta estiva (porque no se fuese á la banda) que pescaba más agua que habia menester para navegar. Tenia de largo este monstruoso navío ciento y sesenta y tres piés, y de ancho sesenta y cinco, y aunque era navío redondo casi parecia cuadrado: en el árbol mayor y en el trinquete tenia dos gavias muy grandes donde en cada una podian pelear diez arcabuceros desenfadadamente. Estaban atrincheados con fuertes cables muy entretejidos, de suerte que ningun arcabúz ni mosquete los podia ofender. No tenia árboles de mesana y contramesana, ni alcázar de popa, la cual era redonda. Tenia dos andanas de artillería con segunda y primera cubierta, y en cada costado seis cañones de batir; en

la plaza de armas no habia jareta, sino unos trincheones ó parapetos de vara y media de ancho embutido de cables y gumenas muy entretejidas, y lana mezclada con aquel betun con que se calafatean los navíos cuando les dan la galagala, y esto con tanta fortaleza que no los pasara un esmeril; y en lugar de cestones, entre las piezas de artillería de la plaza de armas habia unas cajas llenas de cables y cabelotes muy fuertes y llenas de lana y algodon muy calafateadas, con tanta fortaleza, que no las pasara una pieza de batir; y el fundamento que sostenia esta máquina eran unos puntales muy gruesos y encadenados, y en medio cantidad de barriles embutidos, y encima dellos muchos tablones clavados, y todo tan fuerte y calafateado que podian resistir el artillería; y encima del lastre habia una cubierta con parapetos, y en los costados del navío muchas portañolas que servian de troneras para tirar la mosquetería y arcabucería, y otras muchas claraboyas para que saliese el humo del artillería, de modo que no ofendia á los que andaban en la plaza de armas. Llevaba de guarnicion este navío más de mil y quinientos soldados escogidos, todos tiradores, no obstante que por las bandas y en la plaza de armas habia de respeto muchas picas y chuzos para valerse dellos en la ocasion y dar los asaltos á los fuertes que los españoles tenian en el contradique, que les fuera muy posible, si con el ingenio les acompañara el valor que habian menester para resistir las fuerzas españolas. Afirmaron muchos que habia costado la fábrica deste navío, *El fin de la guerra,* más de cinco mil phelipes, que son escudos de á diez reales cada uno, moneda de aquellos Estados; pero les aprovechó tan poco como se ha visto, y aunque su nombre era *El fin de la guerra,* no le dieron, que como estaban tan obstinados no pensaban que le habia de tener; pero le hubo á su costa como se verá en estos sucesos.

Visto Monsieur de Sante Aldegonde y los demas rebeldes de Amberes cuán poco les habia aprovechado la máquina del monstruoso navío, y el poco efecto que hizo, y que ya no les bastaba industria humana para valerse, y que el Rey católico no les habia de perdonar, á su parecer mal fundado, pues aun-

que por lo pasado tenian conocida su gran clemencia y misericordia, su obstinacion no les daba lugar de esperar ningun bien, pues conocian los yerros y maldades que habian cometido contra Dios y su Príncipe; y para añadir males á males, les pareció seria bien, ya que otro remedio no les quedaba, de hacer matar á Alexandro, pues con su muerte pensaba Aldegonde vengaba la de su señor; y muerto el príncipe de Parma, y que quedando el gobierno en algun extranjero no seria tan venturoso como Alexandro, demás que podia caberle á algun señor de los Estados, que por conservarse en ellos y que durase la guerra, que es á lo que todos llevaban la mira, dejaria pasar las cosas como propias y no la haria con tanto rigor. No eran malos pensamientos ni trazas las que en esto tenia Aldegonde, y para ponerla en ejecucion y aprovecharse para el efecto de medios tales, y que se pudiese conseguir tan alta empresa, y no poco difícil, propusieron algunas personas para ello, y en el Consejo de Estado de Amberes se trató cómo se habia de poner por obra.

En este medio se dió el cargo de Capitan general de la caballería católica al marqués del Vasto, por muerte del de Rubes. Alexandro lo habia escrito al Rey, nuestro señor, y por su medio premió sus servicios al Marqués, que era un valeroso caballero, muy parecido á sus pasados; y al conde Cárlos de Mansfelt se le dió el cargo de la máquina de la estacada y puente. Era solícito y valiente caballero, y con su asistencia se suplió mucho la falta del marqués de Rubes. Los rebeldes de Amberes y los de Lillo y holandeses, que todos eran en el trato de la muerte de Alexandro, supieron que lo habia entendido y que vivia con grandísimo cuidado; y así, determinaron por último remedio de perder todos las vidas con solemne juramento que hicieron de romper el contradique y socorrer á Amberes, y dar una sangrienta batalla al ejército español; y como lo juraron lo cumplieron; y para una empresa tan alta y dificultosa juntaron de todas sus guarniciones un poderoso ejército y una muy gruesa armada holandesa, y eligieron por su Generalísimo de mar y tierra al conde Holac, el cual tuvo tan gran determinacion y confianza como lo tuvieron las armadas que

salieron de Amberes y Lillo, y por General dellas y de la infantería á Monsieur de Aldegonde; y habiéndolas juntado estas dos armadas y guarnecídolas con la gente más florida y plática que servia á los estados rebeldes, salieron á los 26 de Mayo, una hora ántes del dia, y cerraron con tanto ímpetu llevando la marea en su favor por las partes de Holanda, Lillo y Amberes, que se echó muy bien de ver la determinacion con que acometieron empresa tan dificultosa. Arrimáronse al contradique, y la armada que vino de Holanda entró por el navillo de Lillo, y de vanguardia della iban cinco barcas de fuego, y las dos eran minas; y aunque vomitaron el fuego y máquina diabólica que llevaban no hicieron mal ninguno. Y ya desembarcados los rebeldes comenzaron á pelear tan gallarda y animosamente con los españoles que defendian y guardaban el contradique, que aunque los resistieron no se lo pudieron estorbar, porque las cargas de la artillería eran tan espesas y apresuradas como las de la arcabucería. Enfrascáronse los unos con los otros tanto en el pelear, que por gran espacio no se reconoció ventaja, hasta que viéndose los españoles algo apretados por tener muchos puestos que guardar en el contradique, y no poder defenderlos todos como quisieran, y porque los fuertes eran lo más importante que habian de sustentar, acudieron á ellos para defenderlos y repararse de la fuerza y orgullo con que los rebeldes les acometian; y habiéndose estos señoreado del contradique, que era lo que pretendian, desembarcaron en él los que habian llegado con la armada que salió de Amberes, y gran número de gastadores y algunos pertrechos tan extraordinarios que jamás se vieron en la guerra. Trujeron muchos cestones y embutidos sacos de lana, tierra y fagina con otros ingenios, y con ellos levantaron con gran presteza catorce trincheones muy fuertes. Pusieron en ellos muchos carros y tornos con sus ruedas, y en ellas unas puas de hierro muy agudas, de más de á tres palmos cada una, y otros materiales diferentes para ofender y repararse, y comenzaron á pelear y á defenderse valerosísimamente.

Los españoles que estaban en los fuertes que vieron que los rebeldes habian ocupado lo que ellos guardaban y tenian á car-

go, aunque pocos para resistir á tantos y tan fuertes, con una honrosa vergüenza y determinacion española salieron á ellos, y cerrando con los inexpugnables y levantados trincheones comenzaron á pelear con singular esfuerzo, y los rebeldes con increible valor los defendian, y atropellaban á los que comenzaban á subir con tanto coraje y gallardía que se ponia duda en alcanzar victoria dellos; de ambas partes no se reconocia ventaja en muy gran espacio, y en este medio comenzaron los rebeldes, que estaban en su armada, desde las gavias de sus navíos, que á prueba de mosquete estaban guarnecidas y atrincheadas, á dar espesas cargas de arcabucería y mosquetería, teniendo siempre á caballero los españoles que de todas partes eran ofendidos, y con un teson y ánimo invencible estuvieron de ambas partes peleando más de siete horas; y en el ínterin cortaron los rebeldes con los gastadores que llevaban de Amberes el contradique por catorce partes, entre los fuertes de San Jorge y la Palata, sin que los españoles ni demas católicos se lo pudiesen estorbar, porque lo acometieron con mucho valor y presteza; demás de la artillería no cesaba de jugar con cargas muy espesas y tan contínuas que faltaba ya la resistencia de los españoles y lo comenzaban á pasar muy mal. Este dia estaba de guardia en el fuerte de la Victoria el capitan Simon de Padilla y D. Diego de Chaves, Alférez del capitan Carmona, que habiéndose señalado más que otros, y Simon de Padilla hecho tanta riza en los rebeldes y muerto á muchos, lo quedaron ellos dos entre gran cantidad de soldados españoles que allí acabaron; y habiéndole sucedido D. Alonso de Córdoba, hijo del duque de Carmona, que aunque comenzó á resistir á los rebeldes con grandísima gallardía, no fuera posible sustentarse si no acudiera Camilo del Monte que se hallaba en el fuerte de San Jorge con la infantería italiana, que acudiendo al socorro peleó esta nacion como se podia desear, y este dia mostró su antiguo valor y resistió á los rebeldes hasta que llegó el coronel Cristóbal de Mondragon, que con su nueva ayuda y mucha experiencia se refrenó gran parte el orgullo y osadía de los rebeldes, que ya comenzaban á entibiarse y á conocer el mal

consejo que habian tenido en hacer tantas cortaduras en el contradique, pues para su intento les importara una como muchas, y fuera posible salir con su propósito de socorrer á Amberes; pero como la marea bajaba y con ella era el menguante más furioso, se vaciaba el agua por las cortaduras con grandísima violencia y se iban los navíos quedando en seco; y temiendo los rebeldes ser perdidos, se comenzaron á retirar con ellos y á recibir mucho daño del artillería de los fuertes de la Palata, de Santiago, de la Cruz y del de Convestreyn; pero muy confiados de que su gente habia de conservar y sustentar lo que tenian ocupado en el contradique, y algunos navíos de los de Amberes que hicieron más instancia que los de Holanda á esperar quedaron en seco y la gente dellos desembarcó en el contradique, donde porfiaron en fortificarse como los demas que lo estaban haciendo; y siempre en este tiempo se peleaba porfiadísimamente de ambas partes; y los de Lillo echaron dos navíos de minas y fuegos para divertir y atemorizar la gente española, y aunque reventaron, no hicieron daño. En este medio tuvieron por muy cierta la victoria de su parte el conde Holac y Monsieur de Sante Aldegonde, y confiados que su gente habia de conservar lo que tenian ganado en el contradique, hicieron cortar una mano del capitan Simon de Padilla, y con ella se embarcaron en una barca y se fueron á Amberes, donde publicaron la victoria de su parte, y que llevaban aquella mano en señal della, y que era del más valiente español que habia. Fueron bien recibidos con salva de mucha artillería y otros regocijos, mostrándoles tenerle muy grande todos los rebeldes y herejes de aquella villa; y aunque todos cantaban la gloria del vencimiento, pudieron hacerlo al fin dél que es cuando se ha de celebrar; no le quisieron esperar Holac y Aldegonde, sino partirse con la primera nueva, dejando las armas sin ver el suceso que sus soldados habian de tener: cosa bien indigna de personas tales, pues solas dos cabezas que tenian que los habian de gobernar y dar ánimo en medio de la batalla, que como se ha visto era la más reñida y sangrienta que hasta aquellos tiempos habia sucedido, la desampararon y se fueron. Mucho deben mirar los

Capitanes generales, demás de las obligaciones con que nacieren, el hábito que profesan, la reputacion de su Príncipe y súbditos, y guardar el valor y ánimo que tuvieren para semejantes ocasiones, pues así como están obligados á ser los primeros que han de acometer en las empresas, lo han de estar tambien á ser los postreros que se retiren dellas sin desamparar sus puestos hasta ver el fin de la victoria, pues tantas veces se ha visto ejércitos vencidos volver á ser vencedores por el ánimo y esfuerzo de los soldados y el buen gobierno de sus Capitanes.

Estaban los rebeldes señoreados en el contradique, y tan cebados en el pelear con los españoles como ellos vergonzosos que durase tanto la batalla: era una cosa jamás vista el furor y porfía con que los unos y los otros peleaban. Iba creciendo la confusion y mortandad á los soldados de ambas partes, y el horrísono son del artillería, voces y estruendo de las armas, así de los fuertes como de las armadas y contradique, que los unos y los otros no cesaban de pelear, de suerte, que el valor y ánimo de todos se atemorizaba, y encendidos y cebados en el pelear no se acordaban del gobierno que habian de tener, que en la guerra es tan necesario y más que las fuerzas. Hacia muy gran falta la persona de Alexandro, y echábanle tanto ménos como era razon, pero hallábase á la parte de Flandes en la máquina de la estacada donde pensaba habia de ser la fuerza del pelear, y aunque quisiera juntarse con la gente que estaba en Brabante y pelear con ella en el contradique, no lo podia hacer en cuatro horas por haber tres leguas muy grandes de la estacada al contradique; y es bien que se advierta que en este famoso sitio de Amberes ocupaba el ejército español toda esta distancia, y áun los españoles del tercio de Pedro de Paz, que gobernaba el capitan D. Juan del Águila, estaban á seis leguas, y todo era poco para ceñir y ocupar lo que fué necesario para expugnar villa tan poderosa, cercada de tantas aguas, diques y contradiques, que para quien no la vió será difícil creerlo ni poder en estos escritos dar á entender una máquina tan poderosa ni jamás vista; y así, lo dejo juzgar á quien los leyere.

Para deshacer la confusion en que los españoles se hallaban y la necesidad que tenian de quien los gobernase, fué bien menester el ánimo de sus corazones invencibles y las fuerzas de sus brazos para resistir las de los rebeldes, que con tanto coraje se defendian y aumentaban. Y se ha de notar que la mayor parte del tercio de españoles de Pedro de Paz estaba de la noche ántes en los fuertes que tenia á cargo el marqués de Barambon, que con sospechas que habian de venir los rebeldes por aquella parte tenia órden de Alexandro de rondar aquellos diques todas las noches; y sintiendo el rumor de la batalla del contradique, fueron de parecer los Capitanes de ir á socorrer á los demas españoles, y consultáronlo con D. Juan del Águila que los gobernaba: dijo que sin órden del conde Mansfelt no podia dejar los puestos que le habian encargado, ni desamparar sus guardias, y no se fundaba mal, pues sabia más que muchos la obligacion que en la guerra tienen todos de obedecer y no innovar cosa alguna sin particular órden de sus superiores. Los Capitanes le persuadieron y protestaron de parte del Rey, nuestro señor, lo hiciese donde nó, que seria á su daño, porque no era posible sino que en más de siete horas que se peleaba lo pasasen muy mal los españoles y demas soldados católicos que ocupaban el contradique.

Vístose D. Juan del Águila convencido de tantas razones y el provecho que podria hacer con su gente, y el daño que de no lo hacer podria resultar, demás de que en la guerra cuando se dan las órdenes no se da la discrecion ni arbitrio, se determinó de marchar con sus soldados con la mayor presteza que se pudo al contradique, y llegó á él al tiempo de la mayor confusion que se podia imaginar, porque el conde Mansfelt, que tenia á su cargo el ejército católico de la parte de Brabante, viendo tanta mortandad y que iban faltando los mejores Capitanes y soldados que habia, y que los rebeldes iban ganando tierra y sustentándose animosamente, y que habian comenzado á levantar un fuerte y le tenian ya en defensa, y que para resistirlos era menester desguarnecer el puente de la estacada y los fuertes, y por la dilacion y peligro que en esto habia, le pareció juntar los Ca-

pitanes españoles á consejo, y con varios pareceres se confundian más. Unos decian convenia se retirasen; otros, se sacase la gente de las guarniciones y mucha artillería, y que se resistiese á los rebeldes; y estando en esta confusion, el capitan Agustin Roman, que lo era del tercio del coronel Cristóbal de Mondragon, y natural de Torrejon de Velasco, dijo al conde Mansfelt con mucha libertad, aunque comedida, que le requeria de parte de Dios, del Rey, nuestro señor, y de la infantería española, que convenia cerrar con los rebeldes y aventurar el resto, y que él seria el primero que acometeria siguiéndole toda la nacion; y porque ya cansados de pelear, y cerca del medio dia, con el rigor del calor (que lo hacia muy grande) estarian fatigados los rebeldes y faltos de alguna esperanza de socorro, por haber perdido más de cuarenta navíos de guerra que habian encallado y con la marea baja, donde no podian volverse á sobreaguar ni pescar el agua que habian menester para navegar, aunque volviese la marea, y que viendo cerrar con ímpetu y valor, y de refresco las banderas españolas, era muy posible que desmayasen y conseguirian una victoria; y cuando sucediese al contrario y los rebeldes llegasen á Amberes, no habria más que esperar en el sitio donde habia sido tan prolijo, que duraba diez y seis meses, y que desta resolucion se sacaban dos frutos, el de la victoria, si se tuviese, y el ahorrar de gasto y tiempo y el prevenir lo que podria ofrecerse. Este parecer apoyó y esforzó mucho otro Capitan, natural tambien de Torrejon de Velasco, muy gran soldado, que se llamaba Bartolomé de Torralva, del tercio que era de Pedro Paz; y pareciéndole bien al conde Mansfelt, respondió que se ejecutase como lo decia; pero que habia de ser de noche cuando los rebeldes procurasen el reposo y no de otra manera. Agustin Roman le replicó y dijo que no habia de ser sino luégo, porque no habia de conocer muy bien la nacion española y de la manera que de noche hacia sus facciones, que pocas ó ninguna tenian efecto, porque la vergüenza y reputacion que tienen les hacia de dia emprender tantos imposibles como se sabe que han acometido; y que pues estaban allí donde todos se veian las caras, y de cada uno lo que ejecutaba y ha-

bia de hacer, suplicaba á S. E. no lo difiriese ni dilatase la ocasion, pues la tenia delante de los ojos, y que veria el fruto que della se habia de sacar.

El conde Mansfelt se halló satisfecho del parecer de Agustin Roman y de los demas Capitanes que se habian conformado con él, y dió luégo órden que se reconociesen los puestos de los rebeldes para irlos á acometer. Hízose así, y aunque los hallaron muy fuertes, se resolvió que se arremetiese luégo y cerrasen con ellos por todas partes, y para hacerlo ordenó el Conde que con ocho banderas del tercio del coronel Cristóbal de Mondragon cerrasen algunos soldados que habia del Maestre de campo Agustin Iñiguez, y con ellos fueron sus Oficiales, que eran el capitan Juan de Castilla, el capitan Luis del Villar, el capitan Juan Verdugo Avila, el capitan Diego Flores, el capitan Diego de la Peñuela, el capitan Diego de Avila de Guzman y la del coronel Cristóbal de Mondragon con su Alférez, y Juan de Herrera con la de Jusepe Cerdan, que por estar de guardia en la estacada iba con su compañía como Alférez della. Todos estos valerosos españoles se apercibieron para cerrar con sus ocho banderas; y los Capitanes del tercio de Pedro de Paz arremetieron sin ellas, porque se las habian dejado con guardia en sus cuarteles; los cuales eran el capitan Bartolomé de Torralba, el capitan Don Miguel de Cardona y el capitan Gonzalo Fernandez de Castro; y disparando dos piezas de artillería, que era la señal de arremeter, hincaron las rodillas en tierra y rezaron la oracion acostumbrada del *Ave María,* y en su santo nombre y en el del glorioso Santiago, su patron, cerraron de vanguardia estos tres y últimos Capitanes, y con su acostumbrado valor pelearon tan valientemente, que aunque hallaron mucha resistencia, atravesaron (á pesar de los rebeldes y de cuantos herejes habia) por los trincheones y por los demas puestos que tenian.

En este medio llegó Alexandro con cien picas españolas que sacó de la estacada, y dió el cargo dellas al capitan Torres de Vivero, del tercio de Pedro de Paz, que pareciéndole habia sido mucho el ruido del artillería en el contradique donde se peleaba, y que su persona podia hacer mucha falta, dejando buena órden

y guardia en la estacada, encaminó con estas cien picas, y llegó á tan buen tiempo como se esperaba, pues con lo mucho que pelearon fué causa del buen suceso que se tuvo. Llegó al fuerte de la Cruz, y puesto en él para dar las órdenes necesarias, entró dentro una bala del artillería enemiga y mató tres artilleros que estaban cerca de su persona. No por esto turbó el ánimo de tan valeroso Capitan, ántes, con el más increible que se sabe, mandó á un mismo tiempo cerrasen las cien picas que habia llevado Torres de Vivero, con los demas españoles que no cesaban de pelear, y uno de los Sargentos que asistian á este Capitan era Alonso de Ribera, general hoy en Chile, ya nombrado, que lo era de la compañía de D. Pedro de Luna, y con catorce soldados que le siguieron, cerró con el trincheon que estaba frontero del fuerte de la Victoria valerosísimamente, y fué el primero que subió en él, haciendo su deber como se podia desear. Los rebeldes peleaban porfiadamente de todas partes, y aunque á un mismo tiempo habian por todas ellas cerrado los españoles, y hecho con su gran esfuerzo cosas muy señaladas, no se habia reconocido ventaja hasta que algunas picas de las ciento que llevó Torres de Vivero, que no ménos muestra de su persona y ánimo dió este Capitan que los soldados, cerraron con una furia extraordinaria, particularmente una dellas, que fué la de D. Fernando Giron, natural de Talavera de la Reina, y hoy es Maestre de campo reformado y del Consejo Supremo de Guerra del Rey, nuestro señor, en su corte, que con ser entretenido cerca de la persona de Alexandro, todo el tiempo que duró el sitio de Amberes estuvo en el puente y estacada sirviendo como el más mínimo soldado en la compañía del capitan D. Pedro Manrique, que en todo lo que allí se ofreció, así en el apagar el fuego de las minas como en otras facciones, donde se señaló más que otros haciendo su deber honradamente.

Parecióle á Alexandro (que en este tiempo se hallaba en la Casa Roja) que en el fuerte de San Jorge, donde asistia el Sargento mayor Simon de Itúrbeda, habia necesidad de socorro, y le envió seis picas de las ciento que habia llevado de la estacada, y viendo el Sargento mayor cuán poca ayuda era aquella, y

que le habia menester mucho mayor, hizo una cosa de muy gran soldado y valeroso, como lo era, que para dar á entender á los rebeldes que eran mayor número el socorro que le habia entrado que las seis picas, las volvió á echar fuera del fuerte, á la cara del enemigo, adonde todavía estaba peleando el capitan Torres de Vivero con los demas, y juntándose con ellas estas seis hicieron su deber animosamente, y Jorge de Ribera Zambrana, que hoy es Capitan del Rey, nuestro señor, era una dellas, y hermano del sargento Alonso de Ribera, ya nombrado; y porque en esta ocasion hizo un servicio muy particular, y ser justo dar á cada uno lo que es suyo, lo escribiré á su tiempo; y ántes de pasar de aquí se advierte que Juan de Ribera Zambrana, tercero hermano destos dos, que tambien ha sido Capitan y Gobernador de Alexandría de la Palla, en el Estado de Milan, y hoy uno de los Sargentos mayores de la milicia general de España en el partido de Alcaráz y de Villanueva de los Infantes, fué tambien una de las picas que envió Alexandro al socorro del fuerte de San Jorge, y embistió de vanguardia muy bien con el trincheon, y peleó con mucha gallardía hasta que se consiguió la victoria. Viéndose los rebeldes acometidos por todas partes y que las fuerzas españolas se ejecutaban con tanta ferocidad y presteza, y que en vez de estar cansados y rendidos habian cobrado mayor brío y esfuerzo, fueron perdiendo el ánimo y la resistencia, y comenzando á desmayar se arrojaban unos al agua, que pensando llegar á sus navíos quedaban ahogados ó enterrados en el fango, otros á espaldas vueltas se escapaban por donde podian. En este medio Jorge de Ribera Zambrana se arrojó al agua tras los rebeldes que peleaban por la parte donde estaba, y les ganó una barca y la trajo ahorro por el pantano hasta abordalla en el contradique, la cual estaba llena de enemigos rebeldes, y juntamente con él llegaron otros soldados y los degollaron á todos, siendo uno dellos Martin de Galli, pienso natural de Cascante, en Navarra, y hoy es Capitan entretenido cerca la persona del virey de Aragon, que no ménos que los demas se habia señalado. Ya los españoles en este medio tenian rotos y degollados gran número de re-

beldes, y los que habian quedado en el contradique se arrojaron muchos al agua, como ya he escrito, y nadando procuraban llegar á sus navíos; pero los españoles les atajaban al paso, matando á muchos é hiriendo á otros, y hubo algunos soldados que con las espadas en la boca se arrojaron á nado tras los rebeldes y llegaron á los navíos, y subiendo por las jarcias y como podian rindieron á los que los gobernaban, y entraron dentro y se apoderaron dellos. Sola la nacion española podia hacer esta fiereza. Puedo asegurar que es cosa jamás vista que soldados nadando abórden con los navíos y los rindan y saqueen.

En este tiempo volvia á subir la marea y comenzaba á entrar tanta agua por las cortaduras que habian hecho los rebeldes, que si Dios no previniera el remedio para volverlas á cerrar, fuera posible anegarse todo el ejército español. Con los cuerpos muertos de los rebeldes y con las faginas, sacos de lana y demas pertrechos con que levantaron los trincheones cerraron los españoles las cortaduras, que cuando hubieran buscado materiales para hacerlo no los hubieran hallado tan apropósito; y fué de mucha importancia tenerlos tan á la mano, porque si hubieran de buscar de otra parte fuera evidente el peligro en que se hallaran, respeto de la violencia con que las aguas se iban juntando, que, como ya he referido, las tenia divididas el contradique. No fué de ménos importancia haber hecho los rebeldes las cortaduras al mismo tiempo que bajaba la marea, pues si fuera con la creciente nadie les estorbara á salir con su propósito, mas Dios, nuestro Señor, que con ojos misericordiosos miraba á los que defendian su santa fe, les dió premios de sus trabajos, y causa bastantísima en esta ocasion como en otras muchas para que los católicos conociesen que milagrosamente les daba su divino favor. No ménos el glorioso Santiago, patron nuestro, acudió como valeroso capitan de Dios y de su Iglesia, contra los infieles. Este dia, pues, se averiguó por relacion que hicieron los rebeldes que se habian escapado en Holanda, que habian visto en el contradique un Capitan valeroso, en un caballo blanco muy resplandeciente, con una cruz

roja en los pechos, como la traen los caballeros de su hábito, y que llevaba una espada sangrienta en la mano, delante de los españoles, y que iba atropellando y deshaciendo las fuerzas rebeldes, y abriendo portillos para que pasasen por cima de los inexpugnables trincheones. No es cosa nueva la aparicion del glorioso Santiago, que aunque indignos los españoles de verle en tales ocasiones, en otra que se ofreció el año siguiente de 86, que á su tiempo la escribiré, le vieron los rebeldes de la misma manera en medio de la batalla, ayudando á sus españoles y devotos soldados; y los que ahora peleaban en el contradique con una presteza jamás vista, cerraron las cortaduras dél y le arrasaron y pusieron toda en tal perfeccion que quedaron muy reparados y libres del peligro en que se habian visto.

En esta batalla tan reñida como sangrienta, murieron de los rebeldes cerca de ocho mil soldados, la flor de los Estados, con ochocientos que se ahogaron y echaron á fondo en tres navíos, y entre ellos murieron Monsieur de Haultain, gobernador de Gelanda y Maestro de treinta caballeros muy particulares; y setenta y cinco Capitanes y trece Coroneles, y perdieron cincuenta y cinco navíos entre grandes y pequeños, y más de ochenta piezas de artillería y municiones, y veinte banderas.

Del ejército católico quedaron heridos quinientos y más soldados de todas naciones, y muertos otros tantos; y solos españoles hubo más de cuatrocientos muertos; y de los Oficiales mataron ocho Capitanes de las naciones; y de los españoles al capitan Alonso de Perea, natural de Madrid, valiente soldado y que habia peleado con mucha osadía, y á su Sargento. Mataron al capitan Simon de Padilla, cuyo valor es muy notorio, é hirieron á su Alférez, y mataron al capitan D. Sancho de Escobar, no ménos arriscado, y al capitan Mateo Ruiz, que dió muestra de su ánimo. Hirieron al capitan D. Juan de Lanuza, caballero aragonés y muy valeroso soldado, y al capitan Gamboa, que con su prudencia y ánimo resistió y mató muchos rebeldes; y al capitan Sancho de Solís, que vendió su vida á costa de mucha sangre rebelde; y hirieron tambien al capitan Bartolomé de Torralva, cuya osadía y prudencia es muy notoria; y

mataron á su Sargento; y porque habia dado á Alexandro la nueva de la primera victoria, le mandó llevar á su tienda, donde le hizo curar y dió de sus vestidos. Era Bartolomé de Torralva digno deste favor y de otros mayores. Hirieron al capitan Juan de Castilla, persona de gran gobierno y partes, y uno de los soldados más viejos y acreditados que habia en el ejército. Mataron al Alférez de D. Alonso de Córdoba y á su Sargento, y al Alférez del capitan Carmona; y hirieron al Alférez de Don Sancho de Escobar; y mataron al Sargento del capitan Miguel de Meneses; y hirieron á Pedro de Avalos, Alférez del capitan Miguel Benitez, que peleó con mucha gallardía, era natural de Toledo, y á otros muchos entretenidos y gente particular y de cuenta. Señaláronse muchos soldados valerosos en esta batalla, y entre ellos el alférez DiegoOrtíz, que lo era del capitan Juan de Rivas, y hoy es en Flandes gobernador de Dunquerque y Teniente de Maestre de campo general, digno de mayores cargos. Estuvo en la Casa Roja por cabo de los españoles que salieron de Terramunda para el sitio de Amberes. Entre ellos fué D. Gonzalo Mejía, sobrino de D. Agustin, que con mucha gallardía, habiendo heredado el valor de su tio, hizo en esta ocasion cosas muy señaladas; y no ménos Juan Jurado, hoy Capitan entretenido en Nápoles; y el alférez Diego de Nodera, hoy alcaide del Peñon; y el alférez Pedro de Ibarra, que es gobernador de la Florida; y Pedro Fernandez de Siles, hoy Capitan en Lisboa; y Juan Serrano, soldado de Torres de Vivero y hoy Capitan en el castillo de Lisboa; y no ménos Juan Iñiguez, hijo del Maestre de campo Agustin Iñiguez, que este dia mostró el valor que heredó de su padre, era bizarro soldado y murió Capitan y gobernador de las Indias; y Alonso de Mesa, soldado de Miguel Benitez, natural de Toledo, y hoy Capitan y Sargento mayor en Pamplona; y otros muchos valientes españoles pelearon y se señalaron aventajadamente. Y aunque pudiera nombrarlos á todos, lo excuso por no ser notado de prolijo; mas pareciéndome hacer notoria la gloria que alcanzaron estos invencibles Capitanes y soldados, y que en sus tierras sepan sus deudos y amigos de la manera que procedieron y sirvieron al

Rey, nuestro señor, servirá de disculpa á mi proligidad, y aunque lo parezca, y que me alargo, no puedo dejar de escribir lo bien y mucho que pelearon los soldados de las nacionos católicas, borgoñona, valona, alemana, y particularmente la italiana que hizo su deber con mucha ventaja en cuanto se le ofreció.

Alexandro que ya habia llegado á ver tan felice victoria y dichoso dia, y á gozar del contento de los que le habian dado, se alegraba tanto con ellos, que con tiernos abrazos y caricias les mostraba el antiguo amor que les tenia. Mandó dar á cada Capitan doscientos ducados de ayuda de costa; á los Alféreces á ciento; á los Sargentos y soldados particulares á cincuenta, y á los demas conforme su calidad, partes y servicios, á veinte y á diez y ocho, con otras muchas más de crecimientos de sueldos y ventajas que les dió. Sabia muy bien Alexandro cuándo y en qué ocasiones habia de premiar sus soldados; diferente de otros Capitanes generales, que por no gastar la hacienda de sus Príncipes, como dije al principio destos sucesos, se quedan con ella y sin alcanzar las victorias que desean; porque si en la guerra falta el premio que siempre anda acompañado de la virtud, se pierde lo uno y lo otro.

Hubo algunos soldados de las dos naciones, española é italiana, que no se habian aventajado en la ocasion del contradique tanto como otros, que dieron muchos memoriales á Alexandro pidiéndole ventajas y ayudas de costa, que estos tales suelen ser más pedigüeños é importunos que los que honradamente pelean y sirven, y enfadado de algunos que le importunaban, que él conocia no se habian señalado (que no todos en la guerra lo hacen), les dijo que callasen, pues callaba el sargento Alonso de Rivera, que era el primero que habia subido en el trincheon y no pedia merced ninguna; pero hízosela despues como sus servicios lo merecian, que eran muchos y muy particulares.

En lo mejor de la batalla del contradique se huyeron del ejército católico nueve banderas de infantería valona, del regimiento del coronel Cárlos de Mansfelt, y habiéndolas hecho volver Alexandro, mandó que los ahorcasen á todos ó los dego-

llasen; pero despues le pareció justificar la causa ántes de proceder contra los culpados, que no fué poca misericordia la que con ellos usó en esto. Hubo pareceres, de soldados muy viejos del ejército, encontrados sobre si se habian de despedir del servicio del Rey, nuestro señor, ó si debian de ser castigados, y habiéndose disputado sobre esto mucho, se resolvió Alexandro en que á sesenta y cinco dellos, que fueron autores de su infamia, se encestasen á vista del ejército con unos escritos de su nombre y naturaleza, puestos en los pechos como *Sambenitos,* que declararan su delito y fueran conocidos de todos, y mandó que se desterrasen del ejército, y que siempre que volviesen á él los ahorcasen de árboles secos.

Otro dia siguiente desta victoria, que fué á los 27 de Mayo deste año, mandó Alexandro que se fuese á reconocer el navío *Fin de la guerra* ó *Carantamaula,* y salió el conde Cárlos de Mansfelt con seis galeotas al país anegado, y ganó otras tres de los rebeldes y el navío sin ninguna resistencia; y sucedió una desgracia en la galeota que iba el Conde, que se dió fuego á dos barriles de pólvora y se quemaron muy mal los soldados, y el Conde y el capitan Diego de Avila Calderon que iba con él, y todos estuvieron á peligro de muerte; en fin, quedaron vivos, pero lisiados y muy feos.

En este medio salieron diez y siete mercaderes de Amberes para Holanda y fueron presos de la gente católica. Alexandro se informó dellos del estado de las cosas de la villa, y habiéndole dicho la verdad, los mandó soltar con poco ranzon que dieron á los soldados que los prendieron. Y en esta misma sazon iban trescientos soldados rebeldes de la villa de Amberes á la de Bergas Olzon, y salió la caballería católica y los rompió y degolló á todos, y ganó tres banderas que llevaban.

Ya escribí como el Teniente del capitan Monsieur de Viñater estaba preso en la guarnicion de la villa de Vilborde, y que era el que hizo el trato de Blocus con Montelimar. En el tiempo que estuvo en esta prision habia hecho al gobernador D. Ambrosio Landriano algunos ofrecimientos de que haria muchos servicios particulares con sus inteligencias al Rey, nuestro

señor, y aunque no se prometia buen suceso dellos, por cumplir con su obligacion, le pareció á D. Ambrosio enviarlo á Alexandro con el Sargento mayor Juan Pelegrin; y aunque lo rehusó el Teniente no pudo hacer otra cosa, y en llegando al lugar de Vebre, donde Alexandro tenia su corte, lo llevó Pelegrin á su presencia y le preguntó Alexandro quién era y cómo se llamaba; y en diciéndole su nombre (que le estuviera harto mejor negárselo), le conoció por él y que era el mismo que en los Estados rebeldes, en el Consejo que se hizo en Amberes por medio de Monsieur de Sante Aldegonde, habia propuesto (que para acabar la guerra) convenia matasen á Alexandro y que él ofrecia hacello, y como el capitan Monsieur de Viñater era sobrino de Aldegonde, mozo y de poca experiencia, le habian dado los Estados y su tio este Teniente para que le gobernase, por ser (á su parecer) prudente y valeroso soldado; el cual, luégo que el Sargento mayor Juan Pelegrin le entró á hablar á Alexandro y díchole su nombre, se arrojó á sus piés y le pidió misericordia como á persona que le habia ofendido. Alexandro le mandó levantar y le preguntó si era francés, y habiéndole respondido que sí, le dijo que ¿cómo no siendo natural de aquellos Estados y vasallo de otro Rey, habia ofrecido matalle? y como no respondia más de pedirle misericordia, dijo Alexandro que contra hombre rendido y preso no habia de poner sus manos ni permitir se le hiciese ningun mal; ordenó al Sargento mayor Juan Pelegrin le volviese á Vilborde y le diesen pasaporte para donde quisiese, sin querer dél ningunos servicios de los que habia (con sus inteligencias) ofrecido haria al Rey, su tio. Aquí se vió más que en otras ocasiones la misericordia de Alexandro, su valor y prudencia, pues teniendo delante de sus ojos á quien le habia querido quitar la vida no quiso tomar venganza, ni lo permitió á ninguno de sus soldados lo tomasen de enemigos rendidos. Digno era este caso para que le imitasen todos los hombres virtuosos del mundo. Éralo tanto, que le obligó á hacer esta hazaña, pues jamás la crueldad se ha visto en los tales, sino en los pusilánimes y de poco pecho, que el temor de sus enemigos les hace tomar venganza dellos cuando los ven á sus piés rendidos.

Á los 15 de Junio deste año iban de la villa de Amberes á la de Bergas Olzon doscientos caballos rebeldes convoyando á unos mercaderes que enviaban los Estados á Holanda, y el capitan D. Sancho Martinez de Leiva habia salido con su compañía de lanzas españolas á batir las estradas por órden de Alexandro, y al desembocar de un bosque á un páramo dió acaso con ellos y los rompió valerosamente, que lo sabia hacer este caballero mejor que muchos; y aunque pelearon y se resistieron los degolló la mayor parte y prendió á muchos, y de lo que desbalijaron sus soldados quedaron ricos, porque lo eran los mercaderes; y en grupa de los caballos llevaban muchos paquetes ó maletas llenas de mercadurías, y cuando se ofrecia entre los soldados tratar de las cosas de la guerra pasada, llamaban á esta la rota de los paquetes.

Los de Amberes, como habian perdido las esperanzas de ser socorridos de los de Holanda y Gelanda, estaban confusos y no sabian qué medios tomar para valerse; y aunque obstinados (por verse oprimidos á toda necesidad) se holgaron hallar algun medio para la paz; pero Monsieur de Sante Aldegonde con sus acostumbradas astucias les divertia, entreteniéndolos con los socorros del rey de Francia, que aunque habian fundado más sus esperanzas, se alimentaban con ellas como si hubieran de dar fruto á su deseo; y los que veian que les faltaban las promesas del francés daban priesa á Aldegonde para que se efectuase la paz ántes que Alexandro no la quisiese admitir, y con saber que el Parlamento de París decia era cosa contra toda ley divina y humana favorecer rebeldes á Dios y á su Príncipe, y tambien que el embajador D. Bernardino de Mendoza hacia mucha instancia para estorbar lo que el rey de Francia habia ofrecido á los flamencos, y que los confederados en la Liga católica de Francia hacian mucho sentimiento y tenian al Rey tan cuidadoso que no le daban lugar ni áun para sus propias cosas, no queria Aldegonde desengañarse, ántes bien persuadia á los de Amberes que serian ciertos los socorros de Francia; y para darles ánimo y armar de nuevo mayores quimeras, les propuso que se diesen á Isabel, reina de Inglaterra, que era be-

nigna y poderosa; y habiendo convencido en este pensamiento á los más poderosos de Amberes, se resolvieron de enviar Embajadores, como lo hicieron, á la Reina, y se pusieron en sus manos para que los favoreciese y sacase con sus fuerzas de la opresion en que vivian.

Aunque Alexandro habia ordenado al Sargento mayor Juan Pelegrin que diesen pasaporte al Teniente de Monsieur de Viñater para que se fuese donde quisiese, no lo habian hecho, ántes bien le dejaban andar libre en Vilborde donde decia aguardaba le trujeren sus vestidos y otras cosas que esperaba de Malinas. Con esta esperanza gozaba de su libertad entre los soldados católicos de aquella guarnicion, y habiendo llegado á noticia de Alexandro, sintió mucho que hombre que le habia querido matar anduviese en lugares del Rey, su tio, y entre sus soldados tan libremente, habiendo mandado le diesen pasaporte para salir de los Estados. Escribió á D. Ambrosio que le hiciese salir dellos y le reprendió por no lo haber hecho. D. Ambrosio comunicó la carta que Alexandro le habia escrito con el capitan Baltasar Hortigosa y con el Sargento mayor Juan Pelegrin, y pareciéndoles que Alexandro estaba con el sentimiento que era razón, y que en alguna manera convenia hacer alguna demostracion, pues habia causas tan bastantísimas, y que quien habia sido traidor lo seria siempre que se le ofreciese, y que pues de hombre desta calidad no se podia esperar enmienda ni era justo quedase sin la pena que merecia, no obstante que Alexandro con su acostumbrada misericordia la habia tenido dél, acordaron de quitalle la vida secretamente, y una noche le entraron en casa de D. Ambrosio Landriano con el secreto posible, y el capitan Hortigosa y Juan Pelegrin le dieron de puñaladas y lo enterraron en una huerta, que despues de mucho tiempo lo supo Alexandro, y aunque no mostró holgarse, pasó por ello con disimulacion sin hablar palabra. En esto mostró cuán justo es que los castigos secretos se den á personas que públicamente por dignos y justos respetos no se les puede dar por solos pensamientos, no habiendo llegado á ponerlos en ejecucion, particularmente habiéndolos tenido contra Príncipes

poderosos y católicos, defensores de la religion como Alexandro; pues no era necesario tener su permision para castigar á traidores desta calidad que ni él la habia de dar ni era justo pedírsela, ni tampoco el capitan Hortigosa y Pelegrin dilatar el tiempo que habian perdido en no dar la muerte á quien se la habia querido dar á su Capitan general, sobrino de su Rey y natural señor; pero siempre que llega el castigo para los traidores no es tarde. Desta suerte se le dió al Teniente de Monsieur de Viñater cuando más descuidado estaba de pagar su culpa; pero ningun traidor se fie en el tiempo, pues aunque tarde, le ha de poner en los brazos de la muerte violenta.

Deseaba Alexandro acabar la empresa de Amberes y coger el fruto de la del contradique, y para esto procuraba apretar los cercados cuanto podia y los inquietaba con la caballería corriéndoles las campañas y batiendo las estradas, de suerte que apénas podia salir persona de Amberes que no diese en manos de los católicos; y para más necesitallos quiso Alexandro ganar el burgorante, que es un arrabal muy grande de Amberes, y para ponerlo en ejecucion marchó de los cuarteles del lugar de Estrabruque, á los 29 de Junio, con mucha infantería y caballería de todas naciones, y con dos piezas de artillería se arrimó al uno de los dos fuertes que en el burgorante habia y le comenzó á batir, y en el ínterin que le abrian la batería dió órden se arrimase parte de la gente al otro fuerte, y con hachas y otros instrumentos que llevaban comenzaron á cortar el rastrillo y puente y á romper la palizada para entrarles. Los rebeldes, atemorizados desto, no quisieron esperar su perdicion porque sabian que si se resistian no habia de tener Alexandro misericordia dellos, y así determinaron desamparar entrambos fuertes, como lo hicieron, y se fueron huyendo á Amberes. Los soldados católicos les fueron siguiendo y mataron muchos dellos bien cerca de la villa, y entre algunas piezas de artillería que habian tirado mató á un Capitan, un italiano, é hirieron otros dos. Acabada esta faccion y puesto guarnicion católica en estas plazas, marchó Alexandro con toda la gente y fué sobre unos castillos y casas fuertes que estaban allí cerca y se gana-

ron con pérdida de tres soldados, y dejándoles presidio se volvió al ejército con la mayor parte de la infantería, y el marqués del Vasto se quedó con toda la caballería y algunos infantes en el burgorante para correr y destruir todas sus campañas y las de Amberes; y para mejor efectuarlo y no dejar en pié ningun sembrado ni cosa que les pudiese dar fruto, recogió el Marqués todo el villanaje y algunos gastadores porque tenian esperanza los rebeldes de Amberes que con la cosecha de aquel año, que era buena en sus tierras y en las de la villa de Malinas, sustentarse estas dos plazas hasta que les llegara el socorro de la reina de Inglaterra en quien tenian sus esperanzas. Alexandro que entendió su designio, envió órden al capitan D. Ambrosio Landriano, Gobernador de la villa de Vilborde, que de las dos compañías de españoles de Baltasar de Hortigosa y de Diego de Vargas Machuca que tenia de guarnicion, y de los lugares presidiales sus vecinos sacase quinientos infantes y siete compañías de caballos, y cuatrocientos gastadores y dos piezas de campaña y fuese á destruir todos los sembrados que habia en los contornos de la villa de Malinas, de suerte que no se pudiesen aprovechar de ninguna cosa. D. Ambrosio salió con todas estas tropas de caballería é infantería, y por Sargento mayor dellas Juan Pelegrin, que, como queda escrito, lo era de Vilborde; y llegados á vista de Malinas, salieron los rebeldes y comenzaron á escaramuzar procurando estorbar la faccion que se iba á hacer. Los católicos dieron sobre ellos y matando algunos los hicieron huir hasta que se encerraron en la villa, y aunque hicieron despues otras dos ó tres salidas para estorbar no se les destruyesen los panes, no fueron de efecto por la grande resistencia que hallaban en los católicos; y como vieron lo mucho que les importaba la conservacion de su tierra y que ya no tenian esperanzas en otros bastimentos ni de donde les viniese, habiéndoles destruido toda la campaña, determinaron de poner todo su esfuerzo en guardar y conservar todo lo que habian sembrado en una isla que hacen los dos rios de la villa de Lovayna y Liera, y en la parte donde se juntan hicieron un fuerte, y desde él una trinchea para la lengua del agua hasta

muy cerca de Malinas que casi tenia toda la isla, y della salian cada noche á hacelle guardia doscientos infantes y una compañía de caballos que era de Monsieur de Viñater, y pusieron dos piezas de artillería en el fuerte á los católicos.

Ya en este tiempo habia acabado el marqués del Vasto de destruir las campañas y contornos de la villa de Amberes y se iba retirando con la gente que tenia á sus cuarteles, á tiempo que habian salido de la villa de Bergas Olzon doscientos caballos de los rebeldes á tomar lengua del ejército católico y de los designios de Alexandro; y habiendo llegado á los cuarteles españoles del lugar de Estrabruque y muerto una centinela de la caballería se tocó arma y se iban retirando, y el Marqués dió en ellos impensadamente; y reconociendo que si no les apretaba se le habian de escapar, cerró con ellos con grandísima furia y los rompió y degolló la mayor parte, y prendió dos Capitanes y un Teniente, habiendo peleado de ambas partes valerosamente, porque viendo los rebeldes que los católicos los ejecutaban de manera que se habian de perder, revolvieron sobre ellos y se comenzaron á defender cuanto podian por espacio de una hora; al cabo della se reconoció la victoria por el Marqués, y los rebeldes se retiraron á espaldas vueltas con mucha pérdida de los suyos: de los católicos quedó muerto el Teniente de la compañía de caballos españoles del capitan D. Diego Sarmiento, y diez soldados que se habian llevado en prision al principio cuando se iban retirando y se comenzó la escaramuza, y despues se rescataron por su ranzon.

Como D. Ambrosio Landriano vió que los rebeldes de la isla junto á Malinas se fortificaban y rehacian de gente, y que la que él llevaba no era suficiente para hacerlos desamparar el puesto que tenian ocupado, demás que se tuvo por cierto lo habian de socorrer, lo escribió á Alexandro, el cual dió órden á Monsieur de la Mota y al marqués de Rentin (por otro nombre Monsiur de Montani) que con trescientos infantes valones y dos compañías de caballos y otras dos piezas de artillería fuesen á juntarse con D. Ambrosio Landriano y apretasen todo lo posible á la villa de Malinas, procurando, si fuese posi-

ble, ganar la isla, porque señoreándose della era fácil la empresa de la villa, y que limpiasen aquellas riberas quitándoles el trato y comercio de sus vecinos, para que con esto quedase Amberes más apretada, no obstante que en este medio lo estaba y que cada dia iba sintiendo más sus necesidades y el miserable estado en que se hallaban, pues en vez de no tener bastimentos para los burgueses y soldados rebeldes habian entrado todos los que se huyeron del burgorante y de sus fuertes, y de los demas castillos que habia ganado Alexandro, y casas fuertes, que no era poco el número de gente que destas plazas habian salido, y estos ayudaban á comer los bastimentos que tenian en la villa, que era una carga bien pesada: usó Alexandre de este ardid para estrecharlos más y que se rindiesen con mayor brevedad.

En llegando Monsieur de la Mota y el marqués de Rentin sobre la villa de Malinas, batieron un fuerte de los rebeldes que estaba en el camino por donde habian de pasar y darse la mano con la gente que tenia D. Ambrosio, y habiéndoles abierto la batería dijeron no se querian rendir, y dándoles el asalto los degollaron á todos, con que quedó libre el paso y se juntaron los soldados de D. Ambrosio con los de la Mota y Rentin, y fueron á ponerse enfrente del fuerte que los rebeldes hacian en la isla en la junta de los dos rios; y atrincheándose desta otra parte le plantaron el artillería y le comenzaron á batir, y tambien la trinchea que habian hecho; y despues de batido se pretendia que con unas barcas y escalas que llevaban de propósito hacer un puente, que era por lo más estrecho del rio, y pasar á la isla y asaltarla, y ganar el fuerte y trinchea; pero no sucedió así porque estando en estas pláticas y á punto de ejecutar lo que se habia acordado, iban de Amberes á Malinas por el rio (no sabiendo que estaban allí los católicos) tres charruas de guerra cargadas de bastimentos, armas y municiones, y la que iba delante llevaba ocho piezas de artillería, cuatro en cada costado, y muy bien guarnecida de soldados mosqueteros; y como fueron descubiertos, mandó el marqués de Rentin á los capitanes Baltasar de Hortigosa y Diego de Vargas Machuca, que con sus

compañías de españoles cerrasen con ellos y la ganasen. Hicíronlo con tanto valor y presteza, que aunque quisieron escaparse no pudieron, porque demás de ser el rio estrecho iban contra la corriente, y ántes de dar la vuelta estaban los españoles á bordo, y con las cargas de mosquetería que dieron á los rebeldes que iban embarcados los hicieron amainar y entraron dentro y degollaron la mayor parte dellos porque comenzaron á resistirse, y á otros prendieron.

La última charrua que iba en retaguardia se escapó porque arrimó á un fuerte de los rebeldes que estaba á la orilla del rio, á la parte de Villabruque, donde no la pudieron ofender, y mandó el marqués de Rentin que entrasen algunos soldados en las tres charruas rendidas, y en la que habia las ocho piezas de artillería los españoles, que era la mayor, con ella se arrimasen á la trinchea que estaba en la isla y la batiesen y ganasen; y cuando lo comenzaron á poner en ejecucion los rebeldes que la defendian y los del fuerte lo desampararon y comenzaron á huir, y los españoles siguiendo el alcance los encerraron en Malinas; y para quitalles de todo punto la plática de Amberes por el rio y estrechallos más, se hizo un puente en la misma parte donde estaban los rebeldes con las barcas y escalas que se llevaban de respeto para el otro; y habiéndolo ya acabado pasó por él á la isla la mitad de la gente y cuatro compañías de caballos, y el resto se quedó de la otra parte.

Otro dia siguiente se fué una milla de Malinas en la misma ribera y se comenzó á hacer una estacada y puente en el rio para que no pasasen barcas de Amberes á Malinas, y quitándoles el trato y comunicacion, como ya referí, vendrian más fácilmente á tratar de la paz; y habiéndose efectuado con brevedad se hizo en la cabeza de la estacada un fuerte para la seguridad del paso y defensa della, y en la isla, á trescientos pasos de la estacada, habia una casa fuerte, la cual se atrincheó y fortificó y en ella entraron de guarnicion los valones que habia llevado el de Rentin y la Mota, con que quedó la villa más oprimida y la campaña segura y desembarazada: con estas facciones

y prósperos sucesos iban ya perdiendo los de Malinas el ánimo, y particularmente los de Amberes, de donde se tenia aviso faltaban los bastimentos y pasaban notable necesidad, y tanta, que el pueblo confuso daba voces y pedia que se le diese pan ó paz, cosa muy puesta en razon, y que les obligó á los del Magistrado á hacer muchas juntas; pero no resolvieron nada por las dificultades que se les ofrecian respecto de que siete Coroneles que con sus regimientos habia en aquella villa, sólo dos querian paz y los cinco la contradecian. Tenian entre todos ochenta Capitanes, y los seis decian lo que los cinco Coroneles, que era aborrecer la paz, y los setenta y cuatro la pedian juntamente con el pueblo comun. Con estos pareceres encontrados crecia la confusion, de manera que estuvieron los unos con los otros para tomar las armas y darse la batalla. En fin, pudo tanto la voz del pueblo y la necesidad de los pobres, que para entretenerlos envió el Magistrado dos Comisarios con una embajada á Alexandro, al cual hallaron en el camino, que volvia donde tenia su corte de haber ganado el fuerte de Estrabruque y le habia rendido. Alexandro oyó y recibió muy bien los Comisarios, y habiendo tratado con ellos algunas cosas de la villa, de su obstinacion y rebeldía, le dejaron sembradas muchas esperanzas de paz y de que con grande brevedad darian la obediencia al Rey católico, y sin haber hecho otro efecto se volvieron á Amberes.

En este medio escribieron los de Holanda y Gelanda para entretener á los rebeldes de Amberes, que con mucha brevedad les enviarian nuevos socorros de armadas bien guarnecidas de infantería, pero que les habian de pagar el sueldo que habian de haber. Esto no era con más fin de que no perdiesen las esperanzas, que fué causa se entendiese que ya los unos y los otros estaban tan apurados que no podian ayudarse á sí, particularmente á sus vecinos. En esta misma sazon llegó un mercader de Alemania que se llamaba Daniel Glaner, y Alexandro le dió licencia que entrase en Amberes con unas cartas y comision que llevaba para el Magistrado y Gobierno de aquella villa de los lugares marítimos del Imperio y para todos los mercaderes

de su nacion, con órden de persuadillos que tratasen con Alexandro de la paz, y lo mismo con la villa y Magistrado, y si no lo hacian que se saliesen con sus bienes y hacienda de Amberes todos los del Gobierno della.

Quedaron con esta embajada atemorizados, y como iban conociendo el miserable estado en que se hallaban y la poca esperanza que tenian en socorros extranjeros, y que las astucias y mañas de Aldegonde iban aflojando, la confusion creciendo y aumentándose la necesidad, y ya con tan pocas fuerzas que no podian ménos sino perecer ó rendirse á la misericordia de Alexandro, y porque lo postrero era el medio más útil para conservar sus vidas, familias y haciendas, le enviaron personas diputadas para tratar la paz, y á los 9 de Julio partieron de Amberes Monsieur de Sante Aldegonde, Escobio, Amerode señor de Dulfe y Alhese, y otros, y fueron al ejército español, donde llevaron todo lo que habian menester para mostrar que no tenian en Amberes necesidad de comida. Alexandro los recibió y agasajó con aquellas entrañas piadosas que tenia, y los hizo regalar y oyó con mucho gusto, y Monsieur de Sante Aldegonde, que tenia comision de todos (demás de ser muy gran orador) para hablalle le suplicó le oyese aparte. Concedióselo así, y aunque su oracion fué muy larga, Alexandro le respondió breves y sustanciales palabras; y por no ser yo tan prolijo como él, diré en las más breves que pueda lo que le dijo: que la clemencia, valor y grandeza de ánimo, acompañado de todas virtudes que en S. A. serenísima se encerraban le habia dado ánimo á él y á sus compañeros para arrojarse (como lo hacian) á sus piés, para manifestarle los trabajos y calamidades en que la pobre villa de Amberes estaba; y confiados en la fama que por todo el mundo se extendia de cuán abiertos tenia S. A. sus brazos á recoger y amparar las pobres ovejuelas del Rey, nuestro señor, que iban derramadas sin dueño ni pastor que las gobernase, y cuán de veras les cumplia lo que les prometia, sin jamás haber perdido en ello un solo punto, les ponia espuelas á suplicar á S. A. que por amor de un solo Dios los oyese, amparase y tomase su proteccion como á ver-

daderos vasallos del Rey, su tio, sin mirar de allí adelante los yerros que habian cometido contra su real Corona, manteniéndoles sus privilegios antiguos, que de la feliz memoria del emperador Cárlos V, abuelo de S. A., tenian en aquella villa; y porque en ella (hasta aquel dia) se ejercitaban diez y siete religiones en diferentes lugares y de diversas naciones, á cada una dellas dar y señalar una casa ó iglesia donde pudiesen hacer sus oraciones; y asimismo suplicaba á S. A. serenísima que mirase con ojos de piedad la gran ruina y trabajo en que todos, chicos y grandes, pobres y ricos se hallaban, así mercaderes como gentiles hombres, ciudadanos y oficiales, y que habia muchos dias que los mercadantes no trataban en dar, haber ni cobrar, ni los caballeros en recibir sus rentas, ni labradores en coger sus frutos de sus posesiones, ni oficiales sin tener labores que hacer por estar tan pobre y acabada la infelice villa, como por haber diez y ocho meses que S. A. tenia cerrada la ribera y navegacion y comercio de la mar, que era la causa de su gran miseria y necesidad á los pobres habitantes, y de su parte y de la suya suplicaba á S. A. serenísima que fuese servido de no permitir que entrase guarnicion de soldados dentro de Amberes, porque seria la total ruina de la pobre villa, y el Rey, su tio, no sacaria della el fruto y subsidio que todos deseaban de dalle desde aquel dia en adelante. Y asimismo pedian y suplicaban á S. A. que fuese servido de dalles su palabra de no mandar se levantase el castillo, pues habia tantos años que estaba por tierra; y pues fué ocasion de una gran parte de los levantamientos de los Estados á causa de las disensiones que hubo entre Monsieur de Champani, gobernador de Amberes, y de Sancho de Avila, Castellano del castillo, de donde resultó que la pobre villa padeciese tan gran castigo como fué el saco que se le dió por los españoles que estaban amotinados en la villa de Alost; y asimismo suplicaba á S. A. que mandase dar órden que el rebelde que se quisiese reconciliar con la Iglesia y con el Rey, nuestro señor, que fuese admitido y abiertos los brazos de la clemencia para recibillos, y el que no que se le diese un término competente para que pudiese des-

habitarse y vender sus bienes con dalle seguro pasaporte para poder salir é irse á habitar donde más les conviniese, y á los que quedasen no apretarles con nuevas imposiciones y nuevos tributos, porque si se les ponia era fuerza vender el rico sus bienes y el pobre sus hijos, y la villa quedaria perdida y deshabitada; y que S. A. serenísima mirase el mal suceso que hubo de la décima que el duque de Alba puso en todos los Estados, que fué causa de la destruicion dellos, y áun de una muy gran parte de la real hacienda del Rey, nuestro señor, y de un gran derramamiento de sangre que en ello ha habido y habria si Dios por su infinita misericordia no ponia la mano; y S. A. con su gran prudencia no lo remediaba amparándolos y recibiéndolos debajo de su proteccion y amparo, como padre de misericordia y como Príncipe en quien todos tenian puesta su confianza de su remedio y salud de sus casas y haciendas, y porque hasta aquél dia para sustentar la guerra se habia sacado gran suma de dineros de muchos particulares sin debellos, y los tales podria ser que los pidiesen por justicia á S. A. ahora como veian la ocasion presente.

Alexandro, cansado de oir la larga oracion que Monsieur de Sante Aldegonde le habia hecho, y que juntamente con todas estas cosas que pedia le concediese, instaba tambien en la salida de los españoles y demas extranjeros de los Estados, para quedarse apoderados dellos, que era á lo que tiraban, no le quiso oir, y á sus largas pláticas y proposiciones, fundadas todas en malicia y contra nuestra religion é Iglesia romana, y en deservicio del Rey, su tio, respondió que no pensaba concederles cosa contra su conciencia y reputacion, y resueltamente los volvió á enviar á Amberes. He dicho puntualmente mucho ménos de lo que Aldegonde dijo á Alexandro, pero en sustancia, fueron formales palabras las que he referido, sacadas de una oracion que llevaba escrita para Alexandro, que por haber llegado á mis manos puedo asegurar son del mismo original y en el propio estilo. Era Aldegonde muy orador, filósofo, bien entendido, gran latino, con otras buenas partes que le acompañaban; pero el mayor hereje calvinista que hasta entónces hubo.

En este tiempo dispensó Su Santidad que el arzobispo de Colonia fuese tambien obispo de Munster, porque Guillermo, hijo del duque de Cleves, que tenia esta dignidad, se casó (no habiendo tenido órdenes) porque su hermano, el Duque, no tenia otro sucesor ni heredero, y porque siendo este Perlado más poderoso pudiese mejor resistir los rebeldes ó herejes de sus tierras que tan desvergonzadamente hacian la guerra y la oprimian y sujetaban.

Despues que Monsieur de Hautepena fué parte para que la villa de Nimega diese la obediencia al Rey, nuestro señor, escribió á Alexandro que pues los sucesos iban tan prósperos por aquella parte, le parecia se sitiase á la villa de Grave, situada en la ribera del rio Mosa, y que limpiándosela de los navíos rebeldes que la ocupaban quedaria el paso seguro para los católicos, que por no tenerle habian cesado de navegar y los mercaderes el trato. Alexandro le respondió que le hiciese algunos fuertes al contorno de la villa en partes acomodadas, y que sintiesen los rebeldes se les ponia freno para sus correrías; púsolo por obra de la manera que se lo habia ordenado, y limpió la ribera de la Mosa.

Cuando Monsieur de Sante Aldegonde, Escobio, Amerode y los demas volvieron del ejército católico á la villa de Amberes sin ninguna resolucion de la paz, se disgustaron tanto los burgueses, que si bien los que la deseaban no perdian las esperanzas de tenella, los rebeldes obstinados temieron, pareciéndoles se les habia de acabar su imperio y potestad; que cuando ésta se imprime en pechos de hombres bajos y sin ley es difícil desarraigarla, porque no mirando por el bien de su república sino á sus particulares intereses, procuran les dure el gobierno á costa de sangre y sudor de pobres. Estaban estos oprimidos por católicos, y otros levantados por herejes y poderosos; mas Dios que no olvida á los que verdaderamente se le encomiendan, puso en tal término las cosas de Amberes, que con mucha brevedad se vieron trocadas, hecha la paz, levantadas las iglesias y puesto todo el gobierno en las manos de Alexandro, sin que bastasen las astucias de Aldegonde, ni la obstinacion de los re-

beldes, ni su fuerza y poder á estorballo; que pareciéndole, segun las maldades y graves delitos que contra Dios y el Rey, nuestro señor, habian cometido, no pudieran alcanzar perdon dél, dilataban la paz y se entretenian y obstinaban sin mirar el fin de sus desdichas, ni en el miserable estado en que se hallaban, demás de haberles dado á entender Aldegonde que su nueva religion seria establecida y duradera, cosa que hizo vivir á los calvinistas en mayores esperanzas y los llevaba por el camino que queria.

En este medio se tuvo aviso que á los 18 de Julio, por órden del Rey, nuestro señor, el duque de Terranova, gobernador del Estado de Milan, entregó al duque Otavio, padre de Alexandro, el castillo de la ciudad de Plasencia, y le sacó la guarnicion de españoles dejándosele libre y á su voluntad con toda el artillería, pólvora, armas, pertrechos y municiones que tenia. Esta grandeza hizo el Rey católico, por complacer á Alexandro y remunerarle en parte los muchos y particulares servicios que con tan general satisfaccion le habia hecho, de que se le mostraba obligado; que aunque para lo mucho que merecia era corta satisfaccion, se estimó en mucho por haberse vencido la dificultad que siempre se tuvo deste entrego; pero los grandes merecimientos de Alexandro y las muchas victorias que habia dado á España, gobernándose siempre con gran prudencia y valor y con tanto aumento de la fe católica, alcanzó esta merced y otras muchas del Rey católico, su tio.

El conde Mauricio, hijo del príncipe de Orange, que asistia en Holanda, estaba á la mira de los sucesos de Amberes, y tan confiado de tenerlos buenos, que si bien se prometia ocupar los Estados y establecerse en ellos con tan buen nombre como su padre, el verlos empleados con tanta asistencia en resistir la buena fortuna de Alexandro le parecia negocio tan duradero que, aunque la desconfianza le molestaba para verse en su potestad, le entretenian las esperanzas que siempre Monsieur de Sante Aldegonde le daba, y tan fundadas en sus pretensiones, que jamás espero ménos de lo que le aseguraban; y porque en esta sazon vino á mis manos una carta que le escribió á Holanda

despues de haberse visto con Alexandro, y ser apropósito de lo que voy escribiendo, me pareció ponerla en este lugar y traducirla del francés en nuestro vulgar. Decia así:

«Monseñor: Nuestros hechos estaban aquí en tal estado que, si yo los dejara llegar á lo último, este pobre pueblo fuera indudablemente perdido; y así, fué necesario hacer un particular trato (aunque yo desee que se hiciera en general), lo cual el tiempo estorbó y tambien el príncipe de Parma no lo quiso oir, y todavía yo, en este extremo, procuré el bien del país con que saliesen dél los extranjeros y juntamente con ellos sus amigos y aliados; y en cuanto á lo de la religion, yo estimo y tengo por cierto que si Holanda y Gelanda insisten en ello y lo proponen y demandan ántes que la guerra se meta por ellas, que les será concedido. Vuestra Excelencia me ha enseñado lo que ántes no quisiera creer, y pues que el proponer y demandar no puede ser dañoso, yo estimo que no me tendrá Vuestra Excelencia quisiese proponer y venir en algun concierto, en ningun tiempo tuvo ni tendrá abierta la puerta ni ocasion mejor que en éste; y bien se que las heridas de las cosas pasadas están aún frescas; mas tambien es necesario que la prudencia remedie en los sabios lo que el tiempo cura en los locos, porque tener esperanzas en socorros y ayudas de extranjeros téngolo por cosa de risa, como muchas veces lo habemos visto, lo cual por experiencia en muchas cosas abre los ojos al enemigo; y créame Vuestra Excelencia, Monseñor, que si estos negocios se hubieran de comenzar, que no llegaran al punto que han llegado; mas á las cosas hechas y que no tienen remedio no lo hay mejor que el olvido. Vuestra Excelencia es discreto y tiene entendimiento, y así le suplico ponga todas estas cosas ántes en la balanza de la razon que no en la del dolor y venganza y de otra pasion, porque, en efecto, todas las pasiones ofuscan el juicio, y las del fresco dolor pasan sobre todas las demas; y así, es lo más temerario y difícil el aconsejar á un corazon noble y generoso. Si Vuestra Excelencia me quisiere asegurar que no burlará de mis consejos y quisiese dar oidos á lo que le propusiere, yo me determinaré á

hacer (con su consentimiento) tales apuntamientos, que con ellos la guerra se acabe y el país quede quieto, y los extranjeros salgan fuera, quedando todos con una resolucion fuerte y firme, y todo el país muy obligado para siempre á Vuestra Excelencia; y esta magnanimidad de virtud será eternizada para siempre en la excelentísima casa de Vuestra Excelencia con un loor inmortal, y el beneficio será inestimable, porque el azar de la guerra no puede estar sino revuelto en fuente de miseria y calamidad, y Vuestra Excelencia en todas las penas y trabajos del mundo como en cosa dudosa; y Dios me es testigo que no deseo otra cosa (ni es, Monseñor, decir esto) sino el bien de Vuestra Excelencia, como lo deseé siempre al Padre, mi señor y maestro, de gloriosa memoria, padre de Vuestra Excelencia, cuya persona guarde nuestro Señor, etc. En Amberes á los 19 de Julio de 1585.—Phelipe Marnix, señor de Sante Aldegonde.»

Por las razones desta carta se conocerá cuáles serian las buenas de un hombre tan pernicioso en las repúblicas de aquellos países, como astuto y sedicioso. Fué maestro del príncipe de Orange y Vicario general de la nueva religion de Calvino, y tan perseguidor de los católicos que siempre que los pudo tener debajo de su mano no salieron della. No dejaba de conocer las fuerzas del Rey, nuestro señor, y que ningunas eran bastantes para resistirlas, y que los socorros que esperaban y les habian prometido eran fundados sin poder, razon ni justicia; pero su obstinacion y mala naturaleza (en fin, como hombre olvidado de Dios) le tenia ciego su entendimiento, pues con él hacia tantas y tan depravadas maldades como se ha visto.

No dejaban los rebeldes (aunque cansados de la guerra y desengañados de su poca fortuna) de procurar inquietar á los españoles que estaban en la estacada y puente. Echaron en este medio por la parte de Lillo, con la fuerza de la marea, tres minas de fuego; la primera se detuvo en los ingenios y flotas que estaban ántes de llegar á la estacada, y aunque hizo algun daño no fué de consideracion: la segunda sucedió ántes de llegar al puente, y se consumió sin hacer mal: la tercera se fué

entreteniendo y quitaron dos barcas de la estacada para que pasase, y llegando á la ribera, en la misma lengua del agua, despues de haber pasado el puente y la estacada el agua arriba, reventó su furia infernal y no hizo ningun daño la mina que llevaba; y de alegría deste buen suceso hicieron los fuertes y estacada mucha salva de artillería y mosquetería, que como estaban tan al peligro destos navíos y minas de fuego, siempre que el buen suceso se les ofrecia lo celebraban como era razon.

Ya los de Amberes no podian tolerar ni sufrir las necesidades que pasaban, y las voces de los pobres y confusion de los niños y mujeres, y al ver que los de Malinas estaban tan apretados como ellos, y que los unos ni los otros no podian valerse ni remediarse, determinaron diputar veinticuatro Comisiarios para tratar la paz con Alexandro, y partieron de Amberes para el ejército español á los 24 de Julio. Aldegonde fué uno dellos, y los demas eran elegidos de los burgueses, por los Consejeros. Alexandro los recibió muy bien, y con mucho amor los hizo regalar en el lugar de Vebre, donde tenia su corte, y porque no habia alojamiento suficiente y el tiempo lo permitia, les armaron las tiendas de Alexandro, donde estuvieron con mucha comodidad y tan bien asistidos y regalados como la misma persona real si estuviera presente; que en esto quiso mostrar Alexandro su grandeza; y habiéndoles dado intento de recibirles en la gracia del Rey, su tio, los remitió para tratar de los capítulos de la paz á sus Consejeros y Presidentes, Richardote, Pamelio, Asonville y Vanderburg.

Los rebeldes de la villa de Malinas que vieron les habian quitado la plática del rio y que no tenian correspondencias ni comercio, y que los de Amberes trataban de la paz ántes de acabarse el estacada y puente que los españoles hacian en su ribera, con la asistencia del marqués de Rentin y Monsieur de la Mota, enviaron un Teniente de la compañía de caballos que tenian de guarnicion, de parte de Monsieur de Yama, gobernador de Malinas, y pidió seguro para salir á tratar de la paz con el marqués de Rentin; y habiéndosele dado, salió el Gobernador y ofreció la villa á la obediencia del Rey, nuestro se-

ñor, y juntamente el fuerte de Blocus, que estaba en la isla; que es el del trato que hizo el francés Montelimar, con otros dos que estaban la vuelta de Villabruque en la misma ribera del rio, á los cuales entraron guarnicion católica; y habiéndose vuelto el Gobernador, Monsieur de Yama á la villa, salió de allí á dos dias con otros seis Capitanes y acabaron de concluir la paz con el marqués de Rentin; y hechos y concluidos los pactos y conciertos, salieron los rendidos con no más de sus armas y bagaje, dejándose once banderas y un estandarte, que se enviaron á Alexandro, y el Cabo ó Coronel que era de estas banderas rendidas se decia Monsieur de Burgue, y fué el que rindió el castillo de Amberes á los estados rebeldes en tiempos pasados. Fué esto á los 29 de Julio, y se enviaron las capitulaciones al ejército á firmarlas de Alexandro, y en volviendo entró la guarnicion católica en Malinas, á los 3 de Agosto, y por Gobernador della quedó Monsieur de Prona, caballero flamenco y muy gran católico. Este mismo dia echaron los de Lillo, con la fuerza del viento y marea, otros dos navíos de fuego; el uno voló ántes de llegar á la estacada y no hizo daño, y al otro salieron las galeotas, y no lo hicieron tan bien como otras veces, porque teniéndolo aferrado se les desasió de los garfios y fué navegando á la estacada, y quitaron con grandísima presteza dos barcas para que pasase, y en acabando de pasar reventó la mina y mató cuatro soldados españoles y otros tantos heridos, sin hacer otro daño.

En tanto que los veinticuatro Comisarios de la plaza de Amberes iban platicando los capítulos della con los cuatro Presidentes y Consejeros reales, ya nombrados, que en esto se pasaron algunos dias, mandaron el marqués de Rentin y Monsieur de la Mota, que aún estaban con el campillo en el sitio de Malinas, que aprestasen diez y siete barcas de las mejores que se hallaron en aquella villa; en las cinco dellas, sobre la primera cubierta, se hizo una esplanada y en ellas se plantaron otras tantas piezas de artillería, con que se podia muy bien batir cualquiera fuerza, y las amunicionaron dentro todo lo necesario para este efecto. En las otras doce barcas embar-

caron las dos compañías de españoles de Baltasar de Hortigosa, Diego de Vargas Machuca y los valones del marqués de Rentin y algunos gastadores; y estando toda esta armadilla y campillo á punto, se fué sobre el fuerte de Villabruque, que está en la misma ribera, y en llegando le hallaron desamparado, porque la noche ántes, sabiendo los rebeldes que iban sobre ellos, se fueron huyendo á la villa de Amberes y se dejaron en el fuerte muchas municiones y catorce piezas de artillería, y apoderándose de él los católicos le dejaron guarnicion, y pasando más adelante, con el mismo órden, fueron sobre el fuerte de Santa Margarita, que es la misma ribera más hácia Amberes, frontero del castillo de Raplamunda, cuya plaza y la de Villabruque eran de las más fuertes é inexpugnables que habia en los Estados de Flandes; y llegados sobre él envió el marqués de Rentin un trompeta á decilles se rindiesen y diesen la obediencia al Rey, nuestro señor, pues lo habian hecho Malinas y los demas fuertes de aquellos contornos. El Gobernador salió á hablar con el Marqués, y le dijo que de muy buena gana rendirian la plaza al Rey católico, no porque ella lo merecia, pues era la más fuerte que habia en Flandes (y decia verdad), sino porque no tenia bastimentos ni municiones, ni esperanzas de que le habian de socorrer, y con esto se rindieron. Salieron los soldados sin armas ni bagaje, dejándose una bandera que tenian, la cual se envió á Alexandro con las demas que se habian ganado; y los rendidos se fueron á Amberes, serian ochenta soldados; y habiendo guarnecido este fuerte y acabadas todas las empresas que en este año se habian conseguido con la guarnicion de Vilborde en todos aquellos contornos, como ya he escrito, se deshizo este campillo, y el marqués de Rentin y Monsieur de la Mota se fueron al lugar de Vebre, donde estaban Alexandro y las compañías de españoles para hacerle guardia, que por estar allí los diputados de Amberes se hicieron con ostentacion, y se reforzaban cada dia con más cuidado que ántes por el mucho concurso de naciones que allí acudian; y para el autoridad de Alexandro y de su corte eran de mucha importancia; las demas compañías de valones y ale-

manes y caballería se fueron á sus guarniciones, y D. Ambrosio Landriano, gobernador de Vilborde, pasó á Brabante con su compañía de caballos españoles, y Juan Pelegrin se fué á servir su plaza de Sargento mayor de la villa de Dunquerque.

Entre las cosas que trataban los cuatro Presidentes reales con los comisarios de Amberes, fué se trocasen los prisioneros que de una parte á otra habia, conforme las calidades de cada uno, y al conde de Agamont, que estaba preso por los Estados rebeldes en el castillo de Ramequin, se diese por Monsieur de la Nua, que aún se estaba en prision por Alexandro en la villa de Terramunda á cargo del capitan Juan de Ribas, Gobernador della; y en el tiempo que estuvo preso escribió el libro que referí del *Arte militar*, en su lengua francesa, muy doctamente, y en las cosas de la guerra discurrió como experimentado y prudente Capitan, y celebró mucho la obediencia y valor y puntualidad con que la infantería española servia á sus Príncipes, como he apuntado; y concluido de ambas partes el trueque de los prisioneros (el cual se hizo con condicion que jurase Monsieur de la Nua que miéntras viviese no militase contra los dos reyes de España y Francia, si no fuese habiendo entré ellos rota la guerra abiertamente); los demas Capitanes se incluyeron, aunque con alguna dilacion, y habiéndolos enviado Alexandro á la villa de Amberes con el capitan Pedro de Castro y que fuesen con él y el presidente Richardote y Moriansarte para que los firmase el Magistrado y Gobierno de la villa y que los determinasen, sucedió un escándalo notable: que viendo el pueblo que los Magistrados y Consejeros y algunos de los Diputados miraban más por sus particulares que por el bien comun, se alteraron de manera que con insolencias iban ya perdiendo el respeto á los Consejeros y Magistrados, y les amenazaron que si no concedian los capítulos saldria el pueblo á hacer los conciertos con Alexandro. Tuvieron tanto miedo desto, que sin dilacion concedieron los capítulos como se habian hecho, y los firmaron dándolo á entender al vulgo que estaba tan alborotado y furioso, que fué bien menester para apaciguarse, porque con la variedad de las sectas que habia en Amberes, que eran diez

y siete religiones y noventa y cuatro sectas (como algunos dicen) causaban estos escándalos, y solamente se conformaban cuando habian de ser contra los católicos, que en los demas particulares se dividia cada uno con los de su religion, y no solamente la division dellos era entre católicos y sectarios, pero los protestantes estaban entre ellos mismos contrarios y divididos, y todos los más poderosos deseaban la guerra, porque con ella se autorizaban y establecian en su potestad, y ambiciosos del gobierno, se estaban obstinados y rebeldes contra Dios y su Príncipe y natural señor, por cuyo respeto no querian ni abrazaban ningun concierto de la paz. Los católicos la deseaban y eran en mayor número que los sectarios, pero más pobres y ménos poderosos, que era causa de andar tan subjetos y perseguidos. El más principal, así en el ser hereje como en la rebeldía, era Monsieur de Sante Aldegonde, y tan pernicioso y malo como se ha visto, y siendo hechura del príncipe de Orange y su privado, ¿qué se podia esperar dél? Y como se halló fuera de la villa, hubo muchos de los interesados que con cartas y otras diligencias solicitaban secretamente á sus amigos y parientes concluyesen la paz con Alexandro, porque sabian de su gran clemencia la concederia con justos y medianos medios. Esto aprovechó mucho para que se efectuase, demás del temor que tuvieron de la alteracion del pueblo y vulgo de Amberes.

Con esto se dió fin á los trabajos, guerras y persecuciones de los católicos, desdichas y opresiones que tuvieron, y comenzó á reinar la paz tan deseada de los buenos como aborrecida de los herejes y poderosos, la cual se divulgó por todos los Países-Bajos que estaban á la mira de ver en lo que habia de parar una empresa tan dificultosa y temida de todos, que por haber puesto tantos duda en el buen suceso estuvieron con más cuidado, esperando el fin no tan próspero y felice como le hubo. Con él se dió satisfaccion á todos los Estados de Flandes y aumento á la fe católica, y al Rey, nuestro señor, lo que podia desear. Celebráronle con muchas alegrías, particularmente en Amberes, que como locos de contento (los que le tenian) corrian por las calles alegremente y decian á voces

altas: «¡viva el Rey católico de España, nuestro Príncipe y señor!» y el que no las daba le maltrataban los católicos y vituperaban y tenian por enemigo, que no pocos hubo encubiertos que les pesaba de ver tan regocijados á aquellos que ántes estuvieron tristes y oprimidos; y en las esquinas y demas partes donde hallaban las armas, memorias del duque de Alanson (que hasta entónces se habian conservado), las iban borrando y poniendo en su lugar las de su natural señor.

A los 11 de Agosto quiso tambien Alexandro celebrar el fin dichoso de tan dificultosa empresa de haber ganado á Amberes con recibir el órden del Toison que dias ántes le habia enviado el católico Rey, su tio, y para que este contento fuese general y todo el felicísimo ejército participase dél, se puso en arma y en lucidos y hermosos escuadrones, de la una y otra parte del rio Esquelda, y la guarnicion española que habia en el puente y estacada con las armas en la mano estuvieron en sus puestos, sacando para este alegría los Capitanes y soldados del ejército los mejores vestidos y galas que tenian, y en el fuerte de San Felipe, despues de aderezado como convenia, en presencia de muchas damas y de todos los señores y títulos de los Países-Bajos y de la gente más granada del ejército, con las ceremonias acostumbradas recibió Alexandro el Toison de mano del conde Pedro Ernesto de Mansfelt, que tambien era deste órden, y Maestre de campo general de todo el ejército católico, y ántes y despues de la misa, y cuando se le daba, dispararon toda el artillería de los fuertes de San Felipe y Santa María con la de los diques y contradiques, y la estacada y guarnicion della con las de los escuadrones que estaban en arma hicieron muchas y apresuradas salvas, y á coros tocaban las trompetas y ministriles con otros dulces y varios instrumentos que no ménos regocijaban que las alegres y espesas cargas de mosquetería y arcabucería que daban, y lo mismo todos los navíos del armada, y esto con tan general contento y regocijo, que olvidaron los muchos y grandes trabajos, hambres, fríos, desnudeces y enfermedades que en el prolijo sitio de Amberes habian padecido, pues en el rigor del invierno, con la mayor constancia que se

puede considerar, resistieron el inmenso poder de los Estados de Flandes con sus amigos y aliados; y esto con tanta necesidad y fortaleza, que para valerse (si así se puede decir) hacian oficio de bagajes, particularmente la nacion española, que con el agua, lodos y nieves hasta la cinta llevaban sobre sus hombros lo que habian de comer, caminando una, dos y tres leguas por un miserable pan de municion tan negro y pajoso como la vida que pasaban, y no todos los dias se lo daban, y desde donde iban por él hasta los fuertes y cuarteles lo llevaban en sacos y costales sobre sí, las más veces desguazando el agua hasta los pechos, sin que estos trabajos y otros mayores les obligase á dejar sus puestos y banderas, que con asistencia nunca vista jamás los desampararon; resistiendo (como ya se ha escrito) y siendo tan pocos el poder y fuerzas tan pujantes de los rebeldes, que para ofenderlos por mar y tierra se aprovecharon de instrumentos y pertrechos no vistos ni usados en la guerra. Estos trabajos y otras muchas adversidades recibieron con tanto gusto y paciencia como si á cada uno le importara su salvacion; hacíaseles todo muy fácil y sufridero por lo mucho que amaban y querian á Alexandro, al cual, despues de haber dado el Toison, le acompañaron hasta su corte con la mayor pompa y grandeza que se puede imaginar; y admirada una dama de haberlo visto y parecerle que á ningun Monarca del mundo se le podia igualar las suntuosas fiestas y regocijos que se le habian hecho, las estuvo mirando atentamente, aunque no vió á Alexandro, y le preguntó el Maestre de campo Camilo Capezuca qué miraba con tanto cuidado, y le respondió lo referido, y que cómo á un hombre se le podia celebrar de aquello suerte, que se le enseñase porque le queria ver desde más cerca. El Maestre de campo se le enseñó, y dijo que un criado era del rey de España á quien se hacia toda aquella honra y grandeza, dándole á entender los que merecian los que á tan buen amo sirven, pues por el criado (aunque era el que se podia desear), se echaba de ver lo que era y podia el señor.

A los 17 de Agosto fueron concluidos los capítulos de la paz de Amberes; y porque deseo dar fin á las cosas desta villa, que

tan prolijas y cansadas han sido, escribiré las más sustanciales: que los burgueses y naturales della renunciasen todos los juramentos, ligas y confederaciones que habian hecho contra el Rey, nuestro señor, y que le daban la obediencia como á su natural Príncipe, y que en su nombre recibian á Alexandro para unirlos con los demas vasallos fieles de Brabante y los de las demas provincias con quien como de ántes tuviesen trato y comercio; y que á todos los vecinos y residentes de Amberes les perdonaba el Rey católico, sin excepcion de personas, en todas las faltas y delitos que contra él hubiesen cometido, por graves y enormes que fuesen, y lo mismo á los herederos de los que fuesen muertos, aunque se hubiesen hallado en los Consejos de Guerra y Estado, así en el tiempo del archiduque Matías como en el del duque de Alanson; y que con los que habian sido estorbadores de la reconciliacion en todas las villas y lugares de los Países, con particular perjuicio, y al presente se hallasen en Amberes, saliesen fuera; y que si á contemplacion de la villa permitian se quedasen, fuese con que no se entrometiesen en las cosas de la guerra, ni hiciesen malos oficios contra el servicio del Rey católico, pena que fuesen severamente castigados: que todos los burgueses de la villa, ausentes y presentes, que despues de la reconciliacion de los Estados del Artoes y Henaut volviesen á la posesion de sus bienes, aunque estuviesen enajenados, y los gozasen desde el dia desta concordia, y lo mismo se entendiese con todos los créditos que se hallasen en pié, como el Rey, nuestro señor, no hubiese dispuesto dello; y se declaraba que todos los ausentes que quisiesen gozar desta gracia saliesen de las villas y tierras de los rebeldes dentro de tres meses, siendo comprendidos todos los de los lugares de Brabante que por causa de la guerra se habian retirado á la villa de Amberes; y porque no se despoblase, por ser tan poderosa y del mayor trato y comercio que hay en Europa, se les permitió que por cuatro años no se tratase del particular de la religion, con tal que no se viviese desordenadamente ni con escándalo; y que los que en este tiempo no quisiesen vivir como católicos se saliesen de la villa, disponiendo de sus bienes á su

voluntad ó haciéndolos administrar por tercera persona; y muriendo, sucediesen sus más cercanos herederos por vía directa ó indirecta: que ningun Tesorero, Depositario ó Receptor puesto por el Magistrado ó por los Estados no pudiese ser molestado por las partidas que constase haberse pagado por ellos, ni se les pidiese cuentas sino por causa de hierro ó fraude, y se viese por quién tocaba y en qué forma: que entrase el Rey, nuestro señor, en sus bienes, dominios y derechos, y lo mismo todos los Perlados, colegios, capítulos y monasterios, hospitales y otros lugares píos y sagrados, y en general todas las personas eclesiásticas y seglares que habian servido y seguido al Rey católico; lo mismo con los que hubiesen estado neutrales, que todos pudiesen tomar sus haciendas y gozallas pacíficamente, aunque estuviesen enajenadas, salvo lo aplicado á las fortificaciones de las villas y lugares y otras costumbres públicas; y lo fabricado en la villa de Amberes en los sitios vacíos de los eclesiásticos, porque los burgueses hicieron instancia que no se pudiese detérminar sin conocimiento de causa, se diputaron Comisarios que, oidas las partes, lo determinasen conforme á justicia: que en caso que todos los comprendidos en las mercadurías y en ellas interesados con los de Holanda y Gelanda y otras provincias, y por continuarse la guerra les confiscasen sus bienes, que Alexandro prometiese cuando se tratase con ellos fuese sin perjuicio de los de Amberes, y con condicion se les satisficiese de lo que hubiesen de haber; y que se aderezasen los puentes y pasos para que volviese el comercio como ántes, pagando al Rey, nuestro señor, sus derechos y tributos, y á quien más se debiesen. Y aunque Alexandro deseaba se quitasen todos los que se habian puesto durante la guerra para mayor beneficio de los vasallos, consentia, para que pagasen sus deudas, se continuase advirtiendo no se pagase nada á los que fuesen enemigos, que se les conservase todos sus privilegios antiguos y modernos, generales y particulares, para que los gozasen como ántes de la rebelion y sediciones. Y porque convenia que los templos fuesen restaurados y se reedificasen, que el Magistrado tratase la forma que para ello se habia de tener:

que los que se quisiesen ir por el rio se les diese navíos á su costa á precios moderados, dando fianzas de volvellos con los marineros: que se volviesen los prisioneros de ambas partes que no hubiesen hecho ranzon ó talla pagando los gastos, salvo Monsieur de Teleni por quien Alexandro ofrecia hacer buen oficio con el Rey, su tio, como lo hizo por Monsieur de la Nua, su padre: que toda el artillería, pertrechos, armas y municiones que habia en la villa se entregase á Alexandro con todos los navíos de guerra, y que cuando entrase en ella la guarneciese con dos mil infantes y dos compañías de caballos, alojados de suerte que no desacomodasen los burgueses de la villa, y que procurasen el que Holanda y Gelanda volviesen á la obediencia del Rey, nuestro señor; no habia castillo ni guarnicion en Amberes, y en caso que no lo hiciesen, por ser frontera, se resolveria lo que conviniese con participacion del Magistrado para resistir á los rebeldes; y cuanto á la gente de guerra que estaba en el ducado de Brabante, Alexandro procuraria se entendiese no la tenia para hacer daño á los del país, sino recuperar el patrimonio del Rey, su tio; y aunque con justa causa les podia pedir Alexandro todos los gastos que habia hecho desde que comenzó á poner el sitio á la villa de Amberes hasta este dia, teniendo consideracion á que no quedase destruida, se contentaba con no más de cuatrocientos mil florines de Brabante, en término conveniente, para ayuda á pagar el ejército; y cuanto á Monsieur de Sante Aldegonde, pues queria seguir la parte de los rebeldes, habia de jurar de no tomar las armas contra el Rey católico en un año entero.

Otros muchos pactos y conciertos se capitularon, que por evitar proligidad los excuso y parecerme ser estos los más sustanciales que los que dejo de escribir, los cuales se juraron y firmaron de la mano de Alexandro y de la de los Diputados, y prometió de hacellos ratificar con letras patentes con el sello del Rey, su tio, dentro de cuatro dias; y á los 20 de Agosto se publicaron con grandísimo aplauso en acto público, asistiendo á él los cuatro Presidentes de los Consejos reales y el capitan Pedro de Castro, delante de las casas de la villa, que es el lugar

más público della, donde se hizo notorio dellos y de la confirmacion de la paz de suerte que los pudieron muy bien oir todo el pueblo de Amberes, el cual en altas voces decia: «¡viva el rey católico de España, nuestro señor!» y por todas las calles y plazas públicas hacian lo mismo. En acabando este solemne acto y publicacion se fueron los que eran católicos á la iglesia mayor á dar gracias á Dios por la merced que les habia hecho, que hasta entónces nadie se habia atrevido á entrar en ningun templo; demás de que se lo impedian los tenian profanados y violados con sus sectas, ritos y depravadas costumbres.

A los 27 de Agosto entró en Amberes y en el fuerte de Flandes, que está frontero del de la otra parte del rio Esquelda, la guarnicion católica de valones y alemanes, y salieron los soldados rebeldes y se fueron á las islas de Holanda y Gelanda, y este mismo dia entró Alexandro en la villa acompañado de toda la nobleza del ejército español y de todos los señores, Príncipes y títulos de los Estados, y con solemne triunfo y acompañamiento fué recibido del nuevo Magistrado y burgueses de Amberes; con gran aplauso, pompa y regocijo hiciéronle muchas y diversas fiestas, celebrando el contento que tenian con banquetes y comidas extraordinarias que acostumbran en aquellos Estados, que son las más estimadas y de más cuenta. Hiciéronse muchos arcos triunfales y otros artificios por donde habia de pasar Alexandro, y con diversas músicas y sones y extrañas alegrías y regocijos fué recibido y solemnizado de los católicos: en todos los Estados que estaban á devocion del Rey, su tio, se hicieron muchas fiestas y grandes aparatos en que mostraron el contento tan esperado de los buenos como aborrecido de los malos; y estos alborozos duraron en todos los Países-Bajos tres dias.

Los soldados del ejército español, no con ménos contento, quisieron celebrar el que tenian habiendo alcanzado una de las más memorables victorias que hubo ni habrá en el mundo. En toda la estacada y puente hicieron muchos y diversos arcos triunfales cubiertos de varias y olorosas flores, pinturas y follajes, y de cada uno pendian de una parte y otra muchos pa-

peles y pergaminos, y en ellos diferentes letras y geroglíficos, epígramas y sonetos y otros versos en loor de Alexandro, así en latin como italiano, flamenco, francés y en español. Todas las barcas y bordes del puente guarnecidas de espadañas y juncias, y por todo el suelo sembradas muchas flores, que como no tenian los soldados otros tapetes ni alfombras, manifestaron con este adorno su deseo. En los fuertes, diques y contradiques era lo mismo. Tres dias estuvieron en escuadron haciendo muchas y alegres salvas, y el artillería daba tan menudas y apresuradas cargas como si fuera arcabucería: sonaban todos los instrumentos militares de cajas, pífanos y trompetas, sin las chirimías, clarines y cornetas de la Capilla real de Bruselas, que causaba un general regocijo. ¿Qué mucho, si estaba presente el mismo Marte, y que para celebrarle se habia juntado toda la máquina y furia de la espantosa guerra? Este era el famoso Alexandro, que como vió el contento con que sus soldados se regocijaban, quiso hallarse entre ellos y fué á la estacada; y habiéndola visto con tanto adorno, le pareció aprovecharlo con hacer un banquete á todas las damas y señoras católicas de los Estados; y habiendo despachado diversos mensajeros en que las enviaba á convidar, vinieron de las villas de Gante, Brujas, Ypre, Bruselas, Terramunda, Lovayna, Malinas y Liera, y de otras partes, y se juntaron más de ochocientas damas, la nata y flor de los Países-Bajos, y sobre el mismo puente, estacada y rio se extendieron muchas y largas mesas expléndidamente aderezadas. Sentáronse en ellas y fueron regaladas y bien servidas al uso del país. Comieron tres dias que duró esta fiesta con gran abundancia de comida, y todas las sobras que se levantaban de la mesa, en sus mismos platos, las arrojaban al rio Esquelda y las vasijas en que bebian, y despues las pescaban en unas redes donde debajo del agua se recogian, y así volvian á servir cuando se ofrecia por ser todo el servicio piezas de plata y oro. Los más particulares que trinchaban y servian eran el conde Mansfelt y sus dos hijos Cárlos y Otavio, el duque de Aríscote, el príncipe de Puioys, el marqués de Albre, el de Barambon Monsieur de Capres, el príncipe de Simay, el marqués de Ren-

tin, Monsieur de Hautepena, el conde Arambergue, el marqués de Bergas, el de Burgante y Fornos y otros muchos señores del país, titulados y particulares; y de los del ejército español, el marqués del Vasto, el coronel Cristóbal de Mondragon, Don Sancho Martinez de Leiva, Ferrante Gonzaga, D. Rodrigo de Castro, D. Cárlos de Luna, Pedro Gaetano, duque de Salmoneta y otros Capitanes de caballos muy particulares, de las dos naciones española é italiana, y los del país. Alexandro con los señores de su corte y cámara y otros gentiles hombres y Capitanes entretenidos acudia á todos los lugares de las mesas, y con el agrado y rostro alegre que solía, daba muestra de agradecer el favor que le hacian. Destas damas y de los que las servian no faltaron brindis ni de quien les hiciese la razon al uso del país, por las saludes del Sumo Pontífice, del Rey, nuestro señor, y de Alexandro; y con varios dulces instrumentos, despues de levantadas las mesas, hubo muchos saraos, bailes y danzas extraordinarias, con otras fiestas jamás vistas; y dado fin á estos regocijos y participado todos los católicos de los Estados del general contento por la memorable victoria del sitio de la villa de Amberes, mandó Alexandro, á los 2 de Setiembre, que se deshiciese la máquina y puente de la estacada con los demas ingenios y artificios que habia en todos los cuarteles y fuertes de aquel sitio.

Derramáronse las nuevas de las victorias que en él hubo por toda Europa, y habiendo llegado á Italia á los oidos del duque Otavio, padre de Alexandro, que asistia en Parma, le escribió una cosa (entre otras), que por ser muy particular y digna de memoria me ha parecido escribirla: que pues habia ganado la villa de Amberes, contrastando fuerzas tan poderosas como las de los Estados de Flandes, Francia é Inglaterra con otros aliados, y servido al Rey, su tio, con tanta limpieza y satisfaccion, que se fuese á su casa ó se muriese: dando á entender en estas dos razones, que habiéndole subido su buena fortuna al postrer escalon que suele dar á los Príncipes más favorecidos y dichosos, ántes que de él cayese ó se derribase, como suele hacerlo cuando más de veras estan los hombres con

el pié sobre la bola, que es lo mismo que suele hacer la confianza en quien no considera las subidas y bajadas desta miserable vida, dejase la que tenia en Flandes y la fuese á pasar á su casa ó se muriese (si no lo habia de hacer), y dejase experimentar á otros las mudanzas y azares que la guerra trae consigo. Quisiera yo saber decir y exajerar lo que se encierra en estas dos sentencias que el duque Otavio escribió á su hijo Alexandro, el cual, aunque le pudiera tirar el amor de sus padres y el descanso de la paz, pues no hay hombre lleno de trabajos en la guerra que no la desee, quiso ántes acabar la vida (como acabó) en servicio del Rey, su tio, defendiendo la fe católica por sustentar la Iglesia romana como verdadero Capitan della, que no el descanso ni el ócio que otros Príncipes en la paz desean, que no poca lástima es en estos tiempos, pues no se halla ninguno que se incline ir á la guerra; ántes bien, son tan enemigos de los que la siguen y profesan, como se ve por experiencia; y porque no es muy fuera de propósito, diré lo que á otros Capitanes y á mí nos sucedió estando la corte en Valladolid: yendo á visitar al conde de Palma, valeroso caballero y amigo de soldados (no poco reprendido por esto), habia sido Capitan con nosotros en el armada real del mar Océano en tiempo del Adelantado mayor de Castilla, no ménos honrador de soldados que todos los que más bien nos han querido en este mundo. Dijo el Conde que se alegraba de vernos en su casa y de honrarnos en su coche y en la calle y plazas públicas de la corte, si bien temia las reprensiones que algunos amigos suyos le daban, sin los que le habian dejado porque andaba con nosotros, y que esto le animaba á hacernos más merced. No sabré decir la causa por que huyen de la guerra los que la habian de seguir, siendo en estos tiempos los soldados más premiados y mejor asistidos del Rey, nuestro señor, que en los pasados, y más en Flandes, donde se goza ahora de la paz y descanso que en tiempo de Alexandro no se tuvo, si bien con las armas en la mano de noche y de dia la procuró, como se ha visto; como era tan amigo de soldados, aunque más le reprendieran, no quiso serles desagradecido que dejase de remunerar los muchos y particula-

res servicios que habian hecho al Rey, su tio, en el sitio de Amberes y otras partes, ayudándole á ganar tantas victorias. Y así, mandó luégo que á la nacion española é italiana les hiciesen sus cuentas y se les pagase todo el sueldo que se les debia, y por la muestra que habian dado, á los 13 de Agosto fueron pagados y satisfechos de todo lo que se les debia, que eran treinta y siete pagas, y se les dieron en oro á los 20 de Setiembre, y algunas compañías que estaban vacas destas dos naciones las proveyó en personas capaces y suficientes; y del tercio de Pedro de Paz hizo Maestre de campo á D. Juan del Águila, que como á Capitan más viejo dél y de tanta experiencia y que le habia gobernado, tuvo Alexandro por bien de honrarle y hacerle merced. A los 24 de Octubre dieron muestra la infantería de las naciones, y á los 27 la caballería, y por ella mandó Alexandro se les hiciesen sus cuentas para darles satisfaccion de lo que se les debia.

En los cuarteles del dique de Calo habia dos regimientos de valones, y como vieron que á los españoles é italianos se les habia pagado la que se les debia y á ellos no se les daba satisfaccion, sin considerar que como naturales de los países podian vivir en ellos con más comodidad que los españoles é italianos que eran extranjeros, y que el peso de la guerra y los trabajos lo llevaban con más incomodidad, les pareció intentar por fuerza y desvergonzadamente (sin mirar el crímen tan grande que cometian, digno del mayor y más riguroso castigo que se sabe, y de las muchas dificultades que habia para salir con su mal intento) que se les diesen sus pagas, y á los 29 de Octubre se amotinaron y tomaron por defensa el fuerte de San Felipe, que era uno de los dos donde se fundó el estacada en la parte de Flandes; y habiendo sabido Alexandro que lo habian hecho y comunicádose con los otros valones que estaban de guarnicion en el fuerte de Flandes, situado en el mismo dique, frontero de Amberes, para que con los que habia de presidio en esta villa comunicarse todos y entregarla, si pudieran, á los rebeldes despues de haberla saqueado, cosa que si lo intentaran salieran con ella porque la máquina de la estacada estaba deshecha y

todos los fuertes del contradique con los demas desmantelados; y acudiendo Alexandro con la presteza que solia para el remedio desto, mandó pasar cuatrocientos españoles al país de Vas ó de Veter porque no se juntasen los amotinados con los demas valones, y en Amberes hizo guarnecer la muralla con el regimiento de alemanes del conde Arambergue, que estaba alojado en el burgorante y hácia la parte del castillo; se hizo esto con más cuidado, porque habiendo Monsieur de Champani (á quien Alexandro habia hecho gobernador de Amberes) avisádole que los valones amotinados habian tenido inteligencias con los de la villa, tratando de saquearla, y que habian de entrar por junto al castillo, para este efecto mandó se reforzase de más gente por aquella parte y que los burgueses católicos tomasen las armas, los cuales estuvieron con ellas en las manos con mucha vigilancia, temerosos no les sucediese lo que en tiempo del Comendador mayor, que fueron saqueados y oprimidos á toda miseria y esterilidad.

Habiendo Alexandro puesto guardia suficiente en Amberes, remediado los daños é inconvenientes que se podian ofrecer, supuesto que no habia de castigar á todos los amotinados ni convenia dejarlos en su libertad, trató de apaciguarlos y darles alguna satisfaccion; y por medio del capitan Gaona, que aunque era español servia entre los valones con Monsieur de la Mota, se les dieron algunas pagas, á los últimos de Octubre, con que quedaron satisfechos y desamotinados. Sintió tanto Alexandro de que se le hubiesen desvergonzado y perdido el respeto (por ser los primeros que en su tiempo lo habian hecho), que se conoció del semblante que mostró los castigara con sus propias manos; y en una plática que sobre esta materia se movió dijo, en presencia de las cabezas más particulares del ejército, que cuando fuera cualquiera nacion de las extranjeras las desamotinara con una espada y rodela; pero que á los valones lo estaba por hacer con un palo, pues no merecia otro castigo gente que tan sin ocasion y á tiempo que deseaba darles sus pagas le habian perdido el respeto; y aunque estas palabras pudieran ofender á cualquiera otra nacion de las que por inobediencia se castiga

con la espada, no lo sintieron los valones, porque á ellos y á los alemanes se hace con un palo, porque dicen que es del gobierno y mando y con él no es afrenta; y si algun Oficial los castigase con la espada harian ellos lo mismo defendiéndose con las suyas y procurando matarlos, porque dicen que con armas desnudas no tienen superioridad con ellos, y así se les permite esta igualdad con sus Oficiales y sus superiores; pero con el baston ó palo, que dicen es del gobierno y mando, permiten ser castigados, y yo los he visto muchas veces dar de palos por inobediencia; diferente de las dos naciones, española é italiana, que quieren los castiguen con la espada. Pero no sé yo si Alexandro dijo aquellas razones con este intento, si bien se entendió por diferente camino, y como siempre se creyó que ninguno de sus soldados llegaran á atrevérsele, lo sintió demasiado; pero como sean cosas tan odiosas las de un motin y que no sufren perdon, quiso Alexandro que en ningun tiempo se pudiese decir dél que habia perdonado Oficiales amotinados, y así mandó luégo que ahorcasen cuatro Capitanes, sin que bastase nadie á que les diesen otra muerte, sino que acabasen como traidores amotinados; cosa jamás vista serlo ningun Oficial, sino sólo los soldados que como desordenados pierden el respeto á sus Capitanes y toman las armas contra ellos y contra su Príncipe; pero en este motin, los mismos que lo habian de remediar dieron calor á él y lo permitieron, y esta fué la razon por donde Alexandro mandó darles este castigo.

El presidio que los rebeldes tenian en la villa de Ostende corria en este tiempo las campañas y contornos de las villas de Brujas y de Ypre, y hacian notable daño á los naturales retirándoles mucho ganado y prisioneros; y para atajar sus atrevimientos y quitarle el paso mandó Alexandro que partiesen del ejército un regimiento de alemanes y otro de borgoñones, con alguna caballería, á órden de Monsieur de la Mota, y fué á los contornos de Ostende, hizo dos fuertes cerca de la villa, con que quedaron más recogidos y refrenados los enemigos.

Despues de rendido Amberes quedaron los Estados de Flandes tan atemorizados, que escribieron á Alexandro algunas

de las islas de Holanda y Gelanda que le darian entrada en ellas con todo el ejército español; y si bien pudiera tener deste ofrecimiento alguna seguridad, lo dejó hacer, porque si levantaba su ejército del sitio de Amberes, habiendo pasado tantos trabajos y con tanta sangre derramada, sin darles dineros debiéndosele tantos, podria amotinársele á tiempo que aunque quisiese remediarlo no podria, y tambien porque habia dado palabra á toda la infantería del ejército, particularmente á la española é italiana, de darles sus pagas si salia con la empresa de Amberes (como lo hizo), y esta fué la causa de no ir á poner en ejecucion la de las islas como deseaba. Previno esto como prudente Capitan para no poner á sus soldados en ocasion que le perdiesen el respeto, y cuando les dió el remate de sus pagas sin quedarles á deber nada, como he referido, se habia pasado la sazon del verano, y entrado el invierno con tantos temporales y tan recio como se vió; no por esto dejó de ir á ponerlo en ejecucion, mas fué á tiempo que las islas se arrepintieron por haber anegado á la gente española en la isla de Bomel con la fuerza de su ejército y armada, como adelante lo veremos. Alguno habrá que le parezca que por señorear Alexandro las islas de Holanda y Gelanda pudiera levantar el ejército del sitio de Amberes y entrar en ellas sin darles sus pagas ni cumplir la palabra que le habia dado, y que pudiera ser no amotinarse ni perderle el respeto. Débese considerar que un Capitan general ha de estar siempre prevenido á lo que puede suceder, demás que tenia indicios que si lo hiciera sin pagarle se le habia de amotinar, como se vió en los valones, y de no guardalle la palabra se recrecieran muchos inconvenientes, pues por ningun caso ni acontecimiento la ha de dar un Capitan general, sino es para cumplilla, porque tal vez podria prometella á sus soldados que no lo creyesen y se dejase de hacer y conseguir el servicio de su Príncipe, y es gran falta en algunos Generales dar palabras y esperanzas de aquello que no han de cumplir, pareciéndoles que con ellas se entretienen sus soldados. El fruto que se saca desto es no creerles aunque digan la verdad, que no es pequeña falta para quien profesa reputacion, pues mal la

puede tener un hombre sin verdad. Jamás faltó della ni de la que ofrecia Alexandro á sus soldados en todas ocasiones, aunque perdiese cualquiera empresa que hubiese de intentar, como lo hizo el duque de Alba estando sobre la villa de Mons en Henaut con la nacion española en escuadron, y el Duque juntó á las banderas que representándoles sus necesidades algunos soldados les dijo que les daba su palabra de darles tres dias buenos; y respondió un soldado que se llamaba Antonio Moreno, natural da Baeza, no el que fué Maestre de campo, sino otro particular, «¿sí? como los que nos suele dar el Duque,» y aunque éste oyó la voz no supo quién lo habia dicho, y poniéndose la mano en el pecho respondió con mucha mansedumbre: «si haré, á fe de caballero, aunque pierda esta ocasion y otras muchas;» y lo cumplió como quien él era, porque luégo los llevó á la villa de Malinas derechamente sin ir á otra parte, y la ganó y duró tres dias el saquealla, y los tuvieron tan buenos que quedaron muy ricos. Si los Capitanes generales imitasen á Alexandro y al duque de Alba harian sus cosas más acertadas cumpliéndoles las palabras que dan á sus soldados, pues de no hacerlo resultan los inconvenientes que dejo considerar al que lo fuere.

Deseaba Alexandro coger fruto de las esperanzas que con sus inteligencias le habian dado los de las islas de Holanda y Gelanda para entrar en ellas, y habiendo comenzado á licenciar parte del ejército y que se pusiese en las guarniciones de más importancia, envió con el resto dél al conde Cárlos de Mansfelt para que le gobernase y entretuviese guardando el órden que llevaba de Alexandro de la manera que le habia de repartir y alojar; llegó con él al lugar de Tornante, donde hizo un dia alto hasta que llegase con su tercio de españoles el Maestro de campo D. Francisco de Bobadilla, que murió conde de Puñonrostro y del Consejo supremo de la Guerra del Rey, nuestro señor, en Madrid el año de 1610; y aunque parezca fuera de propósito decir los servicios y partes de D. Francisco, no es justo excusarlo, pues los hizo tan buenos como el mundo sabe. Comenzó á servir al Rey, nuestro señor, este valeroso Capitán desde el año de 1564 sin haber estado retirado ni dejado el ser-

vicio. El primer cargo que tuvo fué Capitan de caballos ligeros de la guardia del duque de Alburquerque, siendo Gobernador y Capitan general del Estado de Milán, y con licencia suya pasó á los Estados de Flandes con el duque de Alba el año de 1566, y se halló con él en todas aquellas guerras, donde sirvió gallardamente en las ocasiones que se ofrecieron, y le dió el Duque una compañía de arcabuceros de infantería española del tercio de Julian Romero que era la del capitan Juan Osorio de Ulloa, el año de 1570; y el de 1582 fué en España Maestre de campo para la jornada de Portugal y las islas Terceras, y despues de haberse hallado en todas ellas le mandó el Rey, nuestro señor, volviese á Flandes tercera vez con su tercio de españoles para la empresa de Amberes, por la necesidad de gente que tenia Alexandro, y llegó á la villa de Anamur á los 14 de Agosto deste año, donde hizo alto por haberse ya platicado la paz de Amberes. Descansó algunos dias y dió muestra á su tercio y le repartió cuarenta mil ducados que el duque de Terranova le habia dado en el Estado de Milán para este efecto por órden del Rey, nuestro señor, y habiéndoles dado satisfaccion á todos sus Capitanes y soldados y tenido órden de Alexandro para juntarse con los demas tercios españoles y el conde Cárlos de Mansfelt, partió de Anamur y llegó á Tornante, donde, como ya escribí, le estaban esperando; y ya todos juntos, marchó el Conde otro dia con todas estas tropas y llegaron á la villa de Alost, donde dió órden al Maestre de campo D. Juan del Aguila fuese con su tercio y un regimiento de valones y una compañía de caballos á un lugar abierto que se llama Harpen, junto á la villa de Grave, para desde allí, corriéndole sus campañas, dar calor á Monsieur de Hautepena en los fuertes que le estaba haciendo; llegó D. Juan á los 20 de Noviembre, y á los 22 partió el conde Cárlos de Mansfelt con los tres tercios de españoles del coronel Cristóbal de Mondragon, de D. Francisco de Bobadilla y el de Agustin Iñiguez, repartidos en sesenta y una banderas y con la compañía de Arcabuceros á caballo de españoles del capitan Juan García de Toledo, quedándose en la villa de Alost los italianos, valones y alemanes, y con el resto

del ejército llegó el Conde á la villa de Bolduque, la cual dió barcas y todo lo necesario para que por allí cerca pasasen el rio Mosa estos tres tercios de españoles y la compañía de caballos á la isla de Bomel con seis piezas de artillería; y habiéndose hecho y dejádolos en ella á cargo del Maestre de campo Don Francisco de Bobadilla, se fué el conde Cárlos á Harpen, adonde estaba D. Juan del Aguila con su tercio, y dejó órden que los dos de italianos de los Maestres de campo Camilo Capezuca y D. Gaston Espínola fuesen á alojar á Roste y á Roy y las demas naciones en Alost y sus contornos.

Á el padre Miguel Hernandez, de la compañía de Jesús, que tenia á cargo el cuerpo de la gloriosa vírgen y mártir Santa Leocadia, patrona de Toledo, le ordenó Alexandro en este mismo tiempo que se aprestase para llevar esta santa reliquia á la ciudad de Toledo, por haber tenido cartas del Rey, su tio, para este efecto y enviádole un privilegio del Sumo Pontífice y otros recados necesarios para trasladar el cuerpo con la solemnidad y decencia que se requiere. El padre Miguel Hernandez fué bien despachado de Alexandro y le dió la escolta que hubo menester de infantería y caballería hasta salir de los Estados, y partió de Amberes con el santísimo cuerpo, á los 22 de Noviembre, para España y su ciudad de Toledo, quedando la infantería española harto desconsolada de su partida, y la echaron tanto ménos en sus trabajos y tribulaciones, particularmente á los primeros de Diciembre en la isla de Bomel, como á su tiempo se verá.

En tanto que el conde Cárlos de Mansfelt estaba en el lugar de Harpen con el tercio de españoles del Maestre de campo D. Juan del Aguila haciendo un fuerte, riberas del rio Mosa, en un dique que va de la villa de Rabesten á la de Grave, para quitar la plática de las islas y los socorros que por el rio podrian ir á Grave, porque el intento de Alexandro era ganar aquella villa y limpiar la ribera de la Mosa quitando todas las que en ella habia de los rebeldes, juntáronse en Holanda y Gelanda y armaron y guarnecieron de muy buena infantería más de doscientos navíos, entre grandes y pequeños, porque viendo

las fuerzas españolas encerradas en la isla de Bomel les creció un ánimo extraordinario de anegarlos y deshacerlos y quitar de aquella vez el yugo español que tenian sobre sus hombros, como siempre decian, con que de todo punto cesaron las inteligencias que Alexandro tenia de ganar las islas, porque los dellas mudaron de parecer con la buena ocasion que se les ofreció de anegar las sesenta y una banderas de infantería española que D. Francisco de Bobadilla tenia á su cargo (como ya escribí) en la isla de Bomel, á la cual se arrimaron los rebeldes con su armada y cortaron dos diques junto á la villa de Bomel; pero el que está entre los lugares de Dril y Rosan, que es donde D. Francisco de Bobadilla tenia alojados y repartidos los tres tercios españoles ya nombrados, no lo pudieron cortar aunque lo intentaron por muchas y diversas partes, porque D. Francisco con su experiencia y valor habia repartido las guardias de manera que aunque los rebeldes acometieran por cualquier parte hallaran mucha resistencia, y á no hacérsela tan grande como se la hicieron indubitablemente quedaran todos los españoles anegados y perecieran, porque si cortaran aquel dique entrara toda el agua del rio Mosa y pasara sobre los diques haciendo la tierra un anchuroso y espantoso mar.

Los rebeldes que vieron todos los españoles sobre el dique llamado Empleu, y que habian retirado á él todas las vacas de la isla, se acercaron con su armada y los comenzaron á cañonear y á dalles muchas y apresuradas cargas de mosquetería y arcabucería. D. Francisco de Bobadilla con las seis piezas que tenia hizo tirarles á tiempo que la noche iba cerrando, y por ser muy oscura y haberles calmado el viento comenzaron los navíos rebeldes á largarse, y no osaron intentar cosa ninguna; y para hallarse D. Francisco más á la mano de lo que podria ofrecerse, se pasó, á los 3 de Diciembre, con la retaguardia de su gente de la otra parte del rio Mosa cuando comenzaba á amanecer, y no habiendo aún bien llegado á la iglesia del lugar de Empleu (que entre ellas y Bolduque, está el país anegado) vieron navegar por él más de otros cien navíos de armada que iban ocupando el paso para que no pudiese pasar ninguna barca, por

pequeña que fuese, de los españoles sin que la cogiesen. Don Francisco que vió le iban sitiando y que el capitan D. Antonio de Pazos, que habia comenzado á pasar de vanguardia para llegar á el lugar de Unguen, donde estaba todo el bagaje de los tercios españoles, se habia retirado por haberle ido dando caza cuatro galeotas de rebeldes y héchole retirar á un castillejo donde habia una escuadra de soldados italianos en una isleta junto á la iglesia de Empleu, á la mano izquierda como se va á Bolduque, fué á reconocer el armada rebelde y se informó del designio que llevaba; y habiéndolo hecho D. Francisco á su satisfaccion, acordó aquella noche de enviar al capitan Bartolomé de Torralva en una barquilla, que aunque tenia su compañía en el tercio de D. Juan del Águila, con su licencia asistia con D. Francisco, porque era su vasallo y le amaba mucho. Fué tambien con el capitan Torralva Pedro de Luque, gentil-hombre de artillería, para que procurase sacar alguna de la villa de Bolduque, para ponerla en los puestos y lugares más convenientes de la otra parte de lo anegado, para desalojar los navíos rebeldes, y ambos pasaron aquella noche, llevando por guía un soldado flamenco que gobernaba la barquilla, que lo era de la compañía del capitan Berquen, que estaba de guarnicion en un fuerte vecino de allí; era muy católico amigo de españoles y muy bien intencionado, y toda la ayuda y asistencia que le pidió D. Francisco le dió muy cumplida.

Llevaba Torralva cartas suyas para el conde Cárlos, que estaba en Harpen, á seis leguas de Bolduque, con aviso del suceso y que le procurase socorrer con toda brevedad y enviase un pliego que iba en el suyo para Alexandro con el mismo aviso; y por ausencia de Pedro de Luque quedó con el artillería en Empleu Hernan Gomez, soldado particular y que entendia muy bien el cargo que le habian dado. D. Francisco mandó hacer un fuerte alrededor de la iglesia, donde estuvieron de guarnicion los capitanes Alvaro de Barragan y Estéban de Peñalosa con doscientos soldados para asegurar y limpiar el paso del rio Mosa hasta la isla, y en esta iglesia se pusieron seis banderas, y á las demas de los tercios se les señaló sus cuar-

teles en torno della con órden de que los atrincheasen y fortificasen para estar cubiertos y fuertes de las facciones que los rebeldes, si lo intentaran, pudieran hacer; y asimismo mandó D. Francisco se hiciesen cestones para lo que pudiera ofrecerse, con las seis piezas de artillería que Hernan Gomez tenia en aquel sitio, al cual dió órden que con ellas batiese los navíos enemigos para que no se acercasen á tirar con la suya como lo habian hecho; y á los 4 de Diciembre mandó ocupar dos isletas que estaban junto al cuartel del tercio del Maestre de campo Agustin Iñiguez. En la frente de una dellas hizo poner una pieza del artillería, que fué de mucho efecto porque cubria el cuartel, y hizo alargar los navíos rebeldes que entraban á tirar y se retiraron con mucho daño. Estas dos islas estuvieron á cargo de los capitanes D. Pedro de Luna y D. Juan de Mendoza, y en todo cuanto se ofreció acudieron con mucho cuidado y valor. El conde Cárlos de Mansfelt tuvo el aviso que D. Francisco le envió, y con mucha brevedad fué á la villa de Bolduque, y desde ella envió en una barquilla al alférez Francisco de Zambrana, natural de Linares, que servia cerca de su persona, á decirle á D. Francisco quedaba recogiendo algunos navíos para pelear con los de los rebeldes, y que dentro de dos dias los tendria juntos y aprestados, que procurase entretenerse lo mejor que pudiese. D. Francisco de Bobadilla volvió á enviar al alférez Francisco de Zambrana para que le dijese al Conde como quedaba advertido, para que cuando él saliese con los navíos como decia para franquear los pasos y echar dellos á los rebeldes, en el mismo punto saldria D. Francisco con algunos de sus Capitanes y los soldados escogidos que cupiesen en nueve pleytas que tenia, y cerraria con ellas con lo navíos rebeldes. Esta honrada determinacion de D. Francisco pocos Capitanes la tuvieran, por querer con nueve pleytas ó barcos cerrar con una armada tan poderosa; era muy de considerar y valor tan extraordinario como este sea tenido muy en la memoria para ejemplo de otros Capitanes. Tambien le envió á decir que no apresurase el socorro de manera que por hacello sin tiempo dejase de tener efecto, porque él se defenderia y susten-

taria hasta acabar la vida, y que aunque tenia falta de bastimentos y municiones, le habian quedado algunas vacas, pero sin género de pan y otra cosa. Esta misma noche volvió con la respuesta del Conde el mismo alférez Zambrana, y dijo á Don Francisco que con grandísima dificultad se hallarian marineros que quisiesen volver con la barquilla para dalle aviso de lo que se acordase, por no atreverse á pasar, respecto de que la armada rebelde ocupaba todo lo anegado de largo á largo, y aunque se aventurasen habia grandísima dificultad de poder pasar, no obstante que haria sus diligencias; y las mayores que pudo hacer D. Francisco en esta ocasion fué dar á los marineros que gobernaban la barquilla á cada uno diez escudos, y prometió darles el mismo premio todas las veces que se aventuraran á pasar, conque hubo (movidos deste celo y codicia) siempre marineros que se ponian en peligro. Para estos y otros semejantes no hay remedio más eficaz que el dinero, pues sin él no hay que esperar buenos sucesos en las pretensiones, particularmente en las de guerra.

Otro dia, jueves, 5 de Diciembre, por la mañana, llamó el Maestre de campo D. Francisco de Bobadilla á los Sargentos mayores de los tres tercios de españoles, y les dió órden que en las nueve pleytas (tres para cada tercio) embarcasen en cada una diez picas, diez mosqueteros y quince arcabuceros, y dos Capitanes escogidos en cada una, y que estuviesen apercibidos para cerrar con el armada holandesa, cuyo General era el conde Holac; en tanto que llegaba el conde Cárlos con los navíos que habia ofrecido para embestir con los de los rebeldes, los Capitanes y soldados que los Sargentos mayores ya habian señalado para este efecto se confesaron y comulgaron, como siempre que han de pelear lo acostumbra la nacion española, y conformados todos de morir ó salir con tan honrada empresa, estuvieron esperando el órden y hora en que habian de hacer el efecto. Este mismo dia pasó D. Francisco al castillejo de los italianos, llevando consigo á los capitanes Manuel de Vega y Juan de Castilla, ambos valerosos y de muy gran consejo, y á otros de los más viejos y experimentados que habia en los tercios españoles,

con los cuales se aconsejaba y consultaba cuanto se le ofrecia por coger fruto en ocasion tan peligrosa de su mucha experiencia. Tambien llevó consigo al Capitan flamenco ya nombrado que gobernaba el fuerte para ver y reconocer un desguazo que le dijeron y aseguraron que habia para poder salir del país anegado y que los navíos de los rebeldes no podian navegar por él sino por un canal, y pareció tener esto indicio de verdad porque el armada de los rebeldes estaba dando fondo, puesta en alas sin salir de un puesto ni desmandarse á una ni á otra parte, si bien se vió presto el desengaño; y siendo necesario dar desto y de otras cosas aviso al conde Cárlos de Mansfelt con persona de confianza y que supiese decir á boca en el peligro tan grande que se veian aquellas banderas, se ofreció Melchor Martinez, Capitan de infantería española, del tercio del coronel Cristóbal de Mondragon. Era soldado de mucho valor y plático en las cosas de la navegacion, y dijo á D. Francisco que él iria de muy buena gana á hacer aquel servicio, y que se le diese una barquilla que él daria una vuelta con ella á toda el armada rebelde, y los reconoceria, y los puestos adonde estaba, é hizo en esto tanta instancia que se lo concedió, y le dió el órden que habia de guardar y cartas de crédito para el Conde. Embarcóse con tres soldados españoles de su compañía, hombres animosos y de quien tenia gran satisfaccion, y no quiso llevar un soldado plático, flamenco, de los del fuerte que le daba Don Francisco para lo que se le podia ofrecer, que le fuéra de harta importancia. Atravesó con su barquilla desde el castillejo por todo el país anegado, enfrente del dique Rosman, y como los rebeldes le descubrieron le enviaron á dar caza con dos navíos ligeros y con la galeota Capitana que tenian, que lo era mucho, y fué atravesando por todo el país anegado para ganalle el dique al capitan Melchor Martinez ántes que llegase á él. Esto fué causa de ver el desengaño que se esperaba, porque Don Francisco y sus Capitanes tuvieron siempre por muy cierto que no podia el armada rebelde navegar por el país anegado, sino por un canal sólo, que era lo que juzgaron desde léjos y muchos lo aseguraban. El capitan Melchor Martinez se habia alar-

gado tanto con su barquilla que llegó al dique mucho ántes que los rebeldes, llevándoles de ventaja más de un tiro de mosquete; y si saltara en tierra con los tres soldados españoles que llevaba, no le sucediera el perder la vida como la perdió, porque no sabia si estaba aquel país por los rebeldes ó por el Rey, nuesto señor. Hizo un gran yerro en no haber querido llevar el soldado flamenco que le daba D. Francisco, que, como ya escribí, era muy plático, y le dejó por llevar tres soldados españoles; y como no se determinó á saltar en tierra cuando llegó al dique, se resolvió de irse navegando á fuerza de remos agua arriba, y los rebeldes le fueron siguiendo y dando caza; pero sucedióle mal, porque se le embarazó la barquilla en unas ramas, y todo el tiempo que estuvo trabajando para zafarse dellas le ganó la galeota de los rebeldes para acercársele, y como vió el capitan Melchor Martinez que estaban sobre él se arrojó al agua con sus tres soldados españóles que llevaba, y visto que los rebeldes los arcabuceaban se pusieron sobre el dique para escaparse por tierra; y yendo caminando por él á toda priesa le alcanzó un mosquetazo al Capitan y le dió por los riñones y le derribó en tierra; y tornándose á levantar con mucho valor sacó las cartas que llevaba y las arrojó, y no pudiendo caminar volvió á caer, y un soldado de los que iban con él las cogió, y él con los otros dos, visto que los rebeldes habia desembarcado y que los iban alcanzando, procuraron escaparse dejándose el Capitan muy mal herido sin poderlo retirar, aunque lo procuraron. Llegaron todos tres donde estaba el conde Cárlos y le dieron las cartas y el aviso de lo que habia sucedido al Capitan. Sintiólo mucho el Conde, y más los españoles que con él estaban, por ser Melchor Martinez un Capitan animoso y de mucha experiencia. Los rebeldes le llevaron á la galeota y le curaron con mucho cuidado.

El Maestre de campo D. Francisco de Bobadilla echó de ver (luégo que el Capitan se habia alargado con la barquilla) el desengaño, porque los navíos rebeldes navegaban por el país anegado y no se podia desguazar por aquella parte como se lo habian dado á entender, y envió á llamar á los capitanes Juan

Ruiz de Villaoslada y Juan de Valencia, que lo era de su tercio, y á Hernan Gomez, que los habia dejado prevenidos en las pleytas con dos piezas de artillería para que fuesen á ocupar una isleta que está frontera del castillo de donde el capitan Melchor Martinez habia partido, que sólo lo aparta y divide un canal de agua de cincuenta piés de ancho. Ganaron estos Capitanes esta isleta sin que los rebeldes se lo estorbasen, y en ella plantaron dos piezas de artillería, cubriéndolas con seis cestones que llevaban para este efecto; comenzaron á atrinchear los soldados para cubrirse de los muchos mosquetazos y artillería que les tiraban los rebeldes desde su armada, y á ella hacian lo mismo los españoles con el artillería que habian plantado; y los de D. Juan del Aguila que se hallaban con el Conde, y en tierra firme, plantaron en la iglesia del lugar de Horte un medio cañon y dos piezas de artillería que habian sacado de Bolduque, y con ellas Pedro de Luque, que no ménos diligencia habian puesto para tirar á el armada rebelde que los demas españoles sitiados, y se les hizo por esta parte mucho daño, y se fueron apartando del órden en que estaban puestos, por donde se conoció le habian recibido y que dejaban la guardia que tenian puesta. D. Juan del Aguila mostró bien en esta ocasion el deseo que tenia de librar á los aislados, porque hizo que los de su tercio, con inmenso trabajo, tirasen el artillería (por falta de caballos) á fuerza de brazos, y á una parte y á otra para desalojar el armada rebelde que estaba delante de la postrera isleta que D. Francisco de Bobadilla habia mandado ocupar cerca del castillo; á la mano derecha habia otras isletas y bajíos en medio del país anegado que era el paso para la villa de Bolduque por haber entre ellos muchos bajíos; y en estos pasos, por ser los más necesarios que los rebeldes habian de ocupar para salir con su intento, estaba de ordinario mucha guardia de navíos, y su galeota Capitana atravesada en el paso más importante; y como vieron que los españoles habian ocupado la isleta vecina del castillo y que se fortificaban y cubrian, y que desde ella podrian apoderarse de las demas, como lo tenia determinado D. Francisco en acabando de fortificarse, para

asegurar lo que se habia ganado levantaron los rebeldes aquella misma noche un fuerte en cada una de las islas, y puéstolos casi en defensa; al amanecer, cuando lo vieron los españoles se comenzaron á afligir, con no pequeña confusion por ver que les habian ocupado los pasos y que el sitio se apretaba por mar y tierra, y ser tan poca la que poseian que apénas cabian en ella, veíanse en muy gran turbacion y trabajo, y el menor que pasaban era el frio, hambre y desnudez, que tanto les apretaba por estar al rigor del tiempo sin ningun reparo donde poderse cubrir ni valer de noche y de dia, y sobre unos diques yermos y solos, donde iban ya perdiendo las esperanzas de ser socorridos.

La causa de no haber D. Francisco de Bobadilla hecho ocupar las demas islas, era por estar algo léjos del cuartel de los españoles, y si las ocupara ántes que las otras quedaran los soldados y barcas de manera que no se pudieran socorrer, demás de ser las islas pequeñas y muy rasas; y arrimándose á ellas los bajeles de los rebeldes sin podérselo estorbar, los acañonearan y deshicieran sin darles tiempo para cubrirse y repararse, y la mayor prevencion que para esto se pudiera hacer eran cestones, y estos fueran de bien poco provecho por el tiempo que se habia de gastar para llevarlos de tierra y estar el armada rebelde á la mira y tan cerca que se apoderaran de las islas primero que los españoles, sin podérselo estorbar; y para salir con ello era necesario irlas ganando y fortificando, dejando seguras las espaldas para cualquier acontecimiento. Deste mismo parecer fueron todos los Capitanes viejos y de más experiencia que allí estaban.

En este medio le llegó á D. Francisco de Bobadilla un aviso del conde Cárlos, que habia enviado por cincuenta barcas y estaban á dos leguas de allí, y le parecia las tendria juntas y á punto ántes del dia para embarcarse en ellas con el tercio de D. Juan del Aguila que le habia hecho ir allí para cerrar con el armada rebelde, y que á un mismo punto hiciese D. Francisco lo mismo; y para que se conociese el tiempo en que habia de ser, mandaria el Conde ántes de partir que hiciesen muchos

fuegos y ahumadas en la iglesia del lugar de Orte y que disparasen dos piezas de artillería; y habiendo entendido bien este órden D. Francisco de Bobadilla y deseándolo poner en ejecucion para que de aquellas banderas españolas no triunfasen los enemigos de la Iglesia, ni pereciesen tan buenos y valerosos soldados que militaban debajo dellas, dió órden á los Sargentos mayores que apercibiesen los Capitanes y soldados que estaban señalados para embarcarse en las pleytas una hora ántes del dia. Hízose así y estuvieron esperando (con un ánimo increible) que amaneciera para ejecutar el órden que los Sargentos mayores les tenian dado, y habiendo llegado el deseado dia, que fué viérnes 6 de Diciembre, no vieron en la iglesia de Orte las señales del fuego que esperaban, ni oyeron el ruido de las piezas de artillería. Esto le dió mucho que considerar á D. Francisco de Bobadilla, y creyó (como era de creer) no habia podido más el conde Cárlos y que se debian de haber ofrecido algunas dificultades y nuevos inconvenientes, pues no ejecutaba lo que habia acordado, porque del Conde y su gran solicitud y cuidado no se podia imaginar cosa que no fuese muy enderezada al servicio de Dios y del Rey, nuestro señor; que si á los principios de la guerra se pudo tener dél la misma sospecha que de los demas caballeros del país, siempre que tuvo á cargo el ejército católico sirvió con gran cuidado y lealtad, y aunque era valeroso caballero y de ánimo arriscado, no todas veces tuvo en la guerra la buena dicha y fortuna que otros Capitanes, que no es la menor parte que ha de tener un General en semejantes ocasiones; y en ésta trabajó tanto por librar los cercados españoles que intentó cuantos remedios le fueron posibles, pero todos tan inútiles y de tan poco fruto que no se sacó dellos, aunque se procuró, el que deseaba. Puso este mismo dia, por la mañana, en descubriendo los fuertes que los rebeldes habian levantado, tres piezas de artillería en el dique de la villa de Grave, frontero de las isletas, y los comenzó á batir tan furiosamante por espacio de dos horas que les hizo mucho daño, aunque no de manera que dejasen de llevar su obra adelante; y deseando saber D. Francisco de Bobadilla qué fuese la causa de no haber

salido el Conde á embestir con el armada enemiga, le envió el alférez Guzman, valiente soldado, que lo era de la compañía del capitan Agustin Roman, en una barquilla; y esta misma noche, despues de las once, llegó en otra de parte del Conde el alférez Francisco Zambrana y le dió aviso como sabiendo los rebeldes que el Conde habia juntado aquellas barcas para pelear con ellos, habian salídoles al paso y que las quemaron todas sin dejar ninguna, y que no tenia remedio ni sabia otro para poderle socorrer, quitándole de todo punto con estas nuevas las esperanzas de ser socorrido; pero que le aconsejaba procurase de salir ganando las cortaduras por donde los rebeldes habian entrado en el país anegado, ó que se volviese á la isla de Bomel.

Esta nueva puso á D. Francisco y á sus Capitanes y soldados en tanta confusion como se puede imaginar, porque siempre creyeron que saliendo el Conde á pelear con aquellas barcas, como habia ofrecido, y ellos con las pleytas á un mismo tiempo, fuera su único remedio; y el que decia el Conde de salir por las cortaduras, habíalas ya reconocido D. Francisco, y no era posible, ni tampoco por la parte del fuerte de los flamencos, que le tenia á cargo el capitan Berquen, de su misma nacion; y si alguna confianza se podia tener, demás de que todas se iban perdiendo para ser socorridos, era ir por la mano derecha de la villa de Bolduque desde donde estaba el Conde, y acometer de noche á ganar dos cortaduras que tenian los rebeldes ántes de llegar á una torremocha, que es un fuerte donde habia guarnicion de italianos de nuestro ejército; y al mismo tiempo se habian de ganar otras dos cortaduras para juntarse los españoles sitiados con los del tercio de D. Juan del Aguila; pero habia muy grandes dificultades para ponerlo en ejecucion; y porque no le quedase á D. Francisco ninguna diligencia por hacer, le pareció enviárselo á decir al Conde, á los 7 de Diciembre, y despachó al capitan Hernando de Barragan, del tercio del coronel Cristóbal de Mondragon, y que le persuadiese al Conde emprendiese esto pues no habia otro remedio ni se imaginaba, y este lo era tan incierto y casi imposible, como se deja

ver de los que saben ó han experimentado la guerra de Flandes, con tantas aguas entre diques y cortaduras dellos, inundada la tierra, con hambres, frios y desnudez y otros trabajos intolerables que los soldados pasan; pero ningunos tan grandes ni tan sin remedio como los destos afligidos y encerrados españoles, donde no podian mostrar ni valerse del valor y osadía que tenian; cuando supieron que los rebeldes habian quemado las barcas y que el Conde no sabia cómo librarlos, aunque lo procuraba, se comenzaron á afligir demasiadamente; pero tan constantes con su acostumbrado ánimo, como siempre lo han tenido, clamaban todos por Alexandro, y le dijeron á D. Francisco que por qué no le enviaba á decir el trabajo en que se hallaban, porque sabian por experiencia, que si lo supiera hubiera ido por la posta á darles remedio; y que si alguno habia en este mundo, con su ingenio y valor, se le daria y procuraria con grandísimas veras; tanta era la fe y esperanza que tenian en este heróico y católico Príncipe, que fuera de la de Dios, no la tenian en esta vida sino en su persona, y por ella pusieran las suyas cien mil veces en sacrificio. Respondióles D. Francisco que ya le habia escrito, aunque sospechaba que el conde Cárlos, confiado de que al principio de sus trabajos podia socorrerlos y librarles dellos, habia dilatado el despacho, pues él creia que si Alexandro le hubiera recibido fuera á toda diligencia á favorecerlos y ayudarlos. Esta confianza la tenia Don Francisco como todos sus soldados y Capitanes, y es cosa para notar que á todos les parecia que si estuviera donde se hallaba el Conde fuera bastante para remediallos; pero eran muy vanas esperanzas, porque estaban de manera que solo Dios era poderoso para sacarlos de aquel peligro, porque fuerzas humanas, ni ingenios de hombres no eran bastantes; pero siempre esperaban en el de Alexandro, y á veces le llamaban y decian que si le vieran presente se facilitara todo. Grande prueba de amor y de lealtad, pues aunque es costumbre entre soldados viejos españoles usar de libertades y hablar de sus Príncipes y Generales en tiempo de trabajos y necesidades que la guerra trae consigo, jamás movieron sus labios, con ser esta ocasion

más apropósito para descansar con la lengua y decir las libertades que suelen; ántes bien se alababan y decian sus grandezas, acordándose de haberle visto padecer y sufrir las miserias de la guerra de la misma manera que ellos; teníanle por padre amado, y él los conoció siempre por hijos obedientes, confesando que esta virtud de la obediencia española le dió la gloria de sus victorias y tenia la corona dellas tan merecida como es notorio.

Habíanseles acabado á los encerrados españoles los bastimentos que tenian, y algunas vacas y caballos que habian recogido, y por no tener qué comer ya no les faltaba sinò perder el sufrimiento; y viéndose D. Francisco contrastado de tantos trabajos y fortunas, el poder y fuerzas del armada de los rebeldes, las hambres, frios y necesidades, pasándolas sobre unos diques yermos y pelados á la inclemencia del riguroso tiempo, y que tenian la muerte delante de los ojos, que los amenazaba, llamó á todos sus Capitanes y soldados, y con eficacísimas razones les dijo que bien sabian los remedios que habia buscado para librarse de aquel tan espantoso peligro en que estaban, y cuán inútiles habian sido y de ménos fruto las diligencias del Conde, y que cada uno por su parte y todos en general habian hecho lo posible para librarse, y no pudieron, que le parecia, por último remedio y más acertado, que volviesen todos sus corazones á Dios y le llamasen, suplicándole no fuesen parte sus muchos pecados y culpas para que dejase de mirar con sus ojos de misericordia aquellas pobres almas y banderas católicas que habian peleado por defender su santa Iglesia romana, y que les amonestaba y requeria olvidasen las cosas deste mundo y desde luégo quitasen la mala costumbre que algunos tenian de jurar, y que haciendo esto tenia por cierto que Dios los socorreria; y encargó mucho al padre Fray García de Santistéban, de la órden de San Francisco, que hoy es Guardian de su convento de la villa de Martos, merecedor de otras mayores dignidades por su virtud, buena vida y costumbres. Era su tio el capitan Juan de Castilla, natural de Granada, y él capellan de su compañía y que administraba los Sacramentos con mucho cuidado

en todo el ejército español. Encargóle que hiciese á todos los soldados que estaban en la iglesia y cuarteles que se confesasen y comulgasen, y les predicase con gran fervor lo mismo que él les habia dicho. Hízolo así y lució de manera el trabajo que este bendito Padre habia tenido, que en breve espacio les hizo á todos estar muy dispuestos para recibir un dichoso martirio, pues lo fuera muy grande morir todos, defendiendo la fe de Jesucristo, á manos de aquellos rebeldes tan herejes como inhumanos. Y ántes de pasar adelante diré un milagro que en este medio sucedió.

Estando un devoto soldado español haciendo un hoyo en el dique para guardarse debajo de la tierra del mucho aire que hacia y del artillería que los navíos enemigos disparaban, á las primeras azadonadas que comenzó á dar para cavar la tierra saltó una imágen de la limpísima y pura Concepcion de Nuestra Señora, pintada en una tabla, tan vivos y limpios los colores y matices como si se hubiera acabado de hacer; acudieron otros soldados con grandísima alegría y la llevaron y pusieron en una pared de la iglesia, frontero de las banderas, y el Padre Fray García de Santistéban hizo luégo que todos los soldados le dijesen una *Salve,* y lo continuaban muy de ordinario.

Este tesoro tan rico que descubrieron debajo de la tierra fue un divino nuncio del bien (que por intercesion de la Vírgen María) esperaban en su bendito dia, que fué á 8 de Diciembre, como presto lo veremos, y en memoria deste milagro, en algunos tercios españoles y en otros muchos lugares presidiales donde la infantería española tiene costumbre de fundar cofradías y hermandades de nuestra señora del Rosario, mudaron la advocacion para que fuesen de la limpísima y pura Concepcion como lo hizo en la casa real de la Aljafería en Zaragoza el primer Capitan y Alcaide della, Cristóbal Vazquez de Peralta, y hoy dia todos los soldados que allí están de presidio celebran las fiestas de la Concepcion con grandísima puntualidad; y el tiempo que yo tuve á cargo aquella plaza se hacia y continuaba con mucha devocion, con asistencia de los ministros del Rey,

nuestro señor, que allí hay, y porque la memoria de tan excelente milagro como Nuestra Señora hizo á estos encerrados y afligidos españoles no se pierda y quede perpetua una tan santa devocion entre la infantería española, voy estableciendo y formando cofradías y hermandades en todas las compañías de la milicia de mi distrito en el obispado de Jaen, donde el Rey, nuestro señor, me mandó que le sirviese de Sargento mayor dellas; y aunque se han ofrecido muchísimas dificultades y las justicias y ciudades procurádomelo estorbar, se han vencido todas con el ayuda y favor de Nuestra Señora de la Concepcion, pues á honra y gloria suya, y no por otro respeto las he fundado, y lo mismo creo van haciendo los demas Sargentos mayores de la milicia general de España en todos sus distritos.

Quedaron tan consolados los sitiados españoles despues de haber dicho la *Salve* con extraña devocion á la nueva imágen que habian descubierto, que no sentian tanto la hambre y necesidades que comenzaron á padecer, porque de todo punto se les habian acabado los bastimentos; y aunque este trabajo era intolerable, no ménos le tenian del terrebilísimo viento y malos temporales que hacia, estando de todas partes cercados y ceñidos de agua, sobre un dique tan yermo y pelado que no habia á qué arrimarse, ni abrigo ninguno tenian, porque paja y palos para hacer barracas, como acostumbran estando en campaña, no lo hallaban, ni leña para hacer fuego; todo les faltaba y padecian tan inmensos trabajos que ni los sabré encarecer ni escribir.

El Maestre de campo D. Francisco de Bobadilla y sus Capitanes habian hecho dos cuevas en que se entraban, y apénas cabian en cada una catorce personas; y en la que estaba el Maestre de campo manaba tanta agua, que para poderla habitar era necesario estar cubriendo el suelo de tierra de rato en rato y no aprovechaba. Visto por el Maestre de campo D. Francisco el poco remedio que tenian de salvar las vidas si no les venia de la mano de Dios, como esperaban, hizo llamar á todos sus Capitanes y les dijo que ya habia llegado la última hora en que tomasen resolucion de lo que habian de hacer, pues no

convenia dejarse morir encerrados y á manos de la hambre y necesidad, sin que los rebeldes por algun camino dejasen de conocer su ánimo y valor, y que le parecia se quemasen las banderas y estandarte de la compañía de caballos del capitan Juan García de Toledo, y que se hundiese ó enterrase el artillería, y que en las nueve pleytas que habia con los Capitanes y soldados ya nombrados que tenian de ir en ellas, que eran los más particulares, se cerrase de noche con las galeotas más gruesas del armaba rebelde, procurando ganárselas ó perder las vidas, y no en tan miserable estado como en el que se hallaban. Á todos les pareció bien la honrada determinacion de D. Francisco, aunque algunos Capitanes y soldados, más temerarios que prudentes, desconfiados de la divina misericordia, dijeron que en caso que no tuviese efecto lo que se habia acordado se repartiesen en el dique tantos á una parte como á otra y se diesen la batalla matándose unos á otros, porque los rebeldes y enemigos de Dios no triunfasen dellos. No tan solamente no quiso D. Francisco oir aquellas bárbaras pláticas, pero las abominó y expresamente mandó no se tratase dello ni se diese oidos á aquellas temeridades, porque siempre tuvo confianza en Dios que le habia de sacar de aquel peligro tan temeroso como afligido, pues siempre los honrados y cristianos caballeros que con tan buena intencion sirven á nuestro Señor y á sus Príncipes, en los mayores naufragios son ayudados y socorridos como lo fué D. Francisco por la mucha fe y confianza que tuvo en Dios, digna de ser celebrada entre católicos y valerosos Capitanes, diferente de otros que sus acciones encomiendan ántes al esfuerzo y buena fortuna de sus personas que á la inmensa misericordia de Dios, nuestro Señor.

Los burgueses católicos de la villa de Bolduque, habiendo entendido la resolucion que D. Francisco y sus soldados tenian de cerrar con las galeotas, ofrecieron al conde Cárlos de Mansfelt que entrarian por el país anegado hasta llegar á las isletas que los españoles habian ocupado y que se juntarian con ellos, y para esto echaron un bando en toda la jurisdiccion y contornos de Bolduque, que todos los hombres y mujeres de catorce

años arriba se juntasen á trabajar. Hiciéronlo así, y con el mayor gusto y ánimo posible acudieron á ofrecer sus personas, mas viendo no eran de provecho ni habian de salir con ello por las grandísimas dificultades que se ofrecieron, acudieron al verdadero remedio todos los vecinos de la villa de Bolduque, y con gran evidencia mostraron en esta ocasion el amor particular que tienen al Rey, nuestro señor, por ser una de las más leales que hay en Flandes, ni que con más veras hayan acudido al servicio de su Príncipe; comenzaron á hacer muchas y devotas procesiones en todos los conventos de frailes y monjas y por las calles y plazas públicas; toda la clerecía hicieron lo mismo con grandísimos ayunos, disciplinas y rogativas, visitaban todos los lugares píos y sagrados, y los afligidos españoles comenzaron á hacer lo propio al mismo tiempo que los de Bolduque, que para valerse en tan notable peligro eran las verdaderas armas que habian menester, pues como soldados valerosos se aprovecharon en cada ocasion de las más necesarias para ofender á los enemigos de la Iglesia y para salvar sus armas. Todas las damas y señoras más principales de la villa, honestamente vestidas, con tiernísimas lágrimas iban por las calles con imágines en las manos exhortando al pueblo continuasen sus devociones y rogativas. Sacaron en todas las iglesias el Santísimo Sacramento para que viéndole patente les creciese la devocion, y para animar á los sitiados españoles, con grandísimas lumbres de cera blanca, los clérigos de la iglesia mayor llevaron el Santísimo Sacramento á la marina, y desde la lengua del agua se le enseñaban para que le adorasen y recibiesen consuelos, y le tuvieron tan grande y con tanta fe en que nuestro Señor les habia de sacar de aquel miserable trabajo, que luégo al punto se echó de ver que los habia mirado con sus ojos misericordiosos; y para que se entienda y vean los cristianos de cuanta importancia es la devocion del Santísimo Sacramento, que desde el sábado, á 7 de Diciembre, por la mañana, víspera de nuestra Señora de la Concepcion, que los de la villa de Bolduque comenzaron la primera procesion y sacaron el Santísimo Sacramento, en aquél mismo tiempo mudó Dios (por intercesion de

su bendita Madre) el tiempo y costumbre de los cielos, de tal manera, que con hacer muy gran humedad, comenzó á helar tan fuertemente (y jamás en aquellos países hasta mediado Enero en adelante no lo suele hacer) que se engrosaron los hielos por algunas partes más de dos picas, y habia crecido el agua en todo el país anegado y en el rio maravillosamente. Viendo los españoles y los vecinos de Bolduque el riguroso tiempo y la mudanza que con tanta brevedad habia hecho, continuaron en sus devociones con mayor eficacia, pues veian sacaban el fruto dellas que deseaban, que era el único y verdadero remedio para su libertad de los españoles que no ménos que los burgueses habian acudido (como más interesados) á rogar á Dios les librase de aquel peligro.

Parece cosa extraordinaria que en tierra de tantos herejes y donde tan mal quieren á los españoles hubiese flamencos tan piadosos que se azotasen por ellos y tan de veras procurasen su remedio, los cuales no cesaban en sus plegarias y procesiones; y el domingo siguiente, á 8 de Diciembre, dia de Nuestra Señora de la Concepcion, hicieron nuevas procesiones, plegarias y disciplinas, y derramando muchas lágrimas clamaban al cielo por la libertad de los españoles; y á los que encontraban del tercio de D. Juan del Aguila los agasajaban y daban bien á entender el sentimiento que tenian de ver á los demas en aquel trabajo tan peligroso, y para sacarlos dél habia dado la villa de Bolduque al conde Cárlos todas sus municiones y artillería y cuanto les habia pedido, con entrañable amor y voluntad, así gente que le ayudase como bastimentos y otras cosas; y miéntras más iban continuando en Bolduque en sus devociones y los sitiados españoles con las suyas, se iban engrosando los hielos y cuajando de tal manera como se podia desear, ni que jamás en Flandes tal cosa ni con tanta brevedad se hubiese visto, pues para hacer tan grande efecto era necesario helar más de veinte dias.

El sábado ántes, en la tarde, habia llamado un atambor de los rebeldes con una caja; mandó D. Francisco de Bobadilla le respondiesen con otra y viesen lo que queria. Dijo que traia un

recaudo, y que si le daban licencia pasaria á dársele. D. Francisco se le mandó dar é hizo que le entrasen con los ojos cubiertos, como se acostumbraba en la guerra, para que no viese de la manera que estaban en los cuarteles sus soldados. Pasó por ellos sin poder ver nada hasta que le entraron en la cueva de D. Francisco, y allí le dijo como el capitan Melchor Martinez era ya muerto, y que apénas que le prendieron no vivió más de un dia y dos noches, y que le habian curado con grandísimo cuidado, y que si queria D. Francisco enviar por su cuerpo se lo darian de muy buena gana. Agradeció este ofrecimiento y dijo enviaria por él y dió al atambor seis escudos de oro y ofreció diez para el que lo habia curado, y á los soldados que le habian guardado treinta. Con este buen despacho se volvió el atambor á su armada.

Esta misma noche escribió el Conde á D. Francisco que amaneceria el domingo con cuatro piezas de artillería en el dique de Rosman, que estaba frontero de unas isletas á la mano izquierda de la que los españoles tenian ocupada junto al castillo, y desde aquel sitio batiria el armada rebelde y procuraria enviarles, miéntras se hacia esta faccion, algunas barcas de pan. Que estuviese apercibido para ocupar las isletas y plantar en ellas alguna artillería para que por su parte se abriese y desembarazase el paso que habian ocupado los rebeldes; y que se informó de algunas personas pláticas, si por alguna parte podia esguazar la gente española el país empantanado y retirarse á tierra firme, y que le habian dicho no era posible por ser aquella muy baja y fondable, particularmente toda la que estaba anegada, pues navegaban por ella los navíos y armada de los rebeldes; pero que si se rompia un dique que estaba á la parte de la villa de Hasdem podria ser que se vaciase mucha parte del agua y quedarse en seco algun paso para poderse librar la gente, y que para este objeto habia enviado al capitan Bartolomé de Torralva con trescientos españoles del tercio de D. Juan de Águila, y que de lo que resultase le daria aviso.

El capitan Bartolomé de Torralva fué á poner en ejecucion lo que el Conde habia ordenado é hizo dos muy grandes cortadu-

ras en el dique, y aunque los de Hasden se lo procuraron estorbar, no salieron con ello, y en vez de ser el único remedio que los sitiados españoles esperaban, fué para ponerlos en mayor peligro, porque creció el agua más de dos codos y casi llegaba por algunas partes á vacar el altura del mismo dique donde estaban, con que de todo punto perdieron las esperanzas de su remedio; y visto que no le tenian y que los rebeldes les amenazaban á que se rindiesen, y que ninguna diligencia les aprovechaba, se afligian y continuaban en sus devociones y plegarias. D. Francisco, que era tan gran caballero como soldado y valeroso, no cesaba de amonestallos cristianamente para que se valieran del sufrimiento, que si los rebeldes por fuerza de armas fueran á asaltallos, que bien sabrian defenderse y triunfar dellos; pues tantas veces lo habian hecho en las ocasiones que con ellos se les ofrecieron; fuera de gran importancia si los rebeldes tomaran esta resolucion; pero jamás les pareció acertado ni les pasó por el pensamiento, ni eran tampoco soldados que habian de aventurarse á pelear con gente desesperada, pudiendo vencellos con estarse en sus navíos, como lo hicieron, teniéndolos sitiados, sabiendo que la hambre y frios los habia de acabar y consumir á todos.

Domingo, 8 de Diciembre, dia de Nuestra Señora de la Concepcion, poco ántes que amaneciera comenzó el Conde á batir el armada rebelde por la parte que habia avisado con tres piezas de artillería que los soldados del tercio de D. Juan del Águila habian plantado á fuerza de brazos, y fuera del trabajo y peligro de estar sitiados, como los demas, pasaban muchas necesidades, y por librarlos pusieron todas sus fuerzas con grandísimo ánimo y valor sin dormir ni descansar todo el tiempo que duró el sitio y trabajo, siendo asistidos de D. Juan del Águila, Maestre de campo, y no ménos el Conde trabajando todos lo posible; pero tan en vano como si no hicieran ninguna diligencia.

Los navíos rebeldes que vieron les hacian notable daño las muchas y apresuradas cargas del artillería española, se comenzaron á apartar del puesto que tenian, y se cubrieron (los

que estaban por aquella parte) con las isletas que se habian de ganar. D. Francisco, que vió era tiempo de hacer alguna buena faccion, mandó embarcar en las pleytas doscientos soldados á cargo de los capitanes Jusepe Cerdany, D. Alvaro Suarez y Melchor Martinez de Prado, todos tres muy valerosos, y el ingeniero Juan Francisco, y tambien Hernan Gomez, que tenia á cargo el artillería, y embarcó tres piezas para ocupar estas isletas; y habiendo hecho D. Francisco reconocer las que eran más apropósito para ocupallas y el lugar por donde se habia de entrar en ellas, guardándose de la mayor parte de la armada rebelde, que, como ya escribí, se habia arrimado á ellas por librarse del artillería que les tiraban los españoles del tercio de D. Juan del Águila, ordenó al Sargento mayor Cristóbal Lechuga, natural de Baeza, soldado de valor y bien entendido, que hiciese á los Capitanes que ocupasen las isletas á una hora de noche por no ser vistos ni sentidos de los rebeldes, y que los soldados llevasen las cuerdas cubiertas y con el mayor silencio que se pudiese, aunque pocas veces lo suele tener la nacion española en las facciones que hace de noche, y tambien por haber entendido que los rebeldes tenian gente en las isletas, y llegando á ellas para ponerlo en ejecucion, se le pegó fuego (desgraciadamente) á un soldado en un frasco, y los rebeldes que estaban en tierra sintieron la faccion que los españoles iban á hacer y se fueron huyendo á embarcarse á sus navíos, y faltó muy poco que no cogiese en prision al más principal de los rebeldes un soldado catalan, valiente y particular, que se llamaba Felipe de Valgornera, y era entretenido en la compañía del capitan Jusepe Cerdany, hallándose con una alabarda en las manos cerró con los rebeldes valerosamente y los hizo huir, y se entró tras dellos en el agua hasta hacerlos embarcar; y habiéndose los españoles apoderado de la isleta, se dieron priesa á plantar las piezas de artillería que llevaban para batir á los navíos rebeldes, y habiéndolo comenzado á hacer se fueron retirando; en este medio (particularmente aquella misma noche) se iban los hielos engrosando á grandísima priesa por el aire y tiempo tan frio que hacia, que era el más extraordinario que

jamás se vió; cuajaba el agua á medida del deseo de los españoles porque no tenian más esperanzas que esta para su remedio. Los rebeldes, que conocieron el peligro manifiesto en que se iban poniendo si esperaban ver sus navíos encajados y asidos en los hielos, comenzaron á media noche á alargarse y salir del país anegado, que les valió harto haber tomado esta resolucion, porque si esperaban se vieran en mayor peligro que los españoles, los cuales fueran sobre los hielos, como ya lo tenian acordado, y cerraran con los navíos y se los ganaran ó pusieran fuego. D. Francisco de Bobadilla que vió los navíos rebeldes salir por las cortaduras que habian hecho al país anegado y entrarse en el rio Mosa, hizo guarnecer todo el dique á lo largo detras de las trincheas que habia mandado hacer de toda el arcabucería y mosquetería que habia en los tercios, y como los navíos rebeldes iban pasando la vuelta de la villa de Hasden, por delante de la iglesia de Empleu, y los cuarteles que tenian los españoles les iban dando muchas y apresuradas cargas; y se les hizo mucho daño, habiéndolo despues confesado los mismos rebeldes, y que les habian muerto más de trescientos soldados y marineros, y tambien se les habia tirado con una pieza de artillería que se quedó en la iglesia de Empleu, y las otras cinco, de seis que eran, se plantaron en las isletas que habian ganado, como tengo escrito; y Hernan Gomez trabajó con ellas con tanta puntualidad y cuidado como se puede desear.

Cuando los rebeldes iban pasando con sus navíos por el rio abajo les decian á los españoles en lengua castellana, que no era posible si no que Dios era español, pues habia usado con ellos un tan gran milagro, y que nadie en el mundo sino él (por su divina misericordia) fuera bastante á librarles de aquel peligro y de sus manos.

D. Francisco de Bobadilla que vió la mayor parte del armada rebelde habia pasado por el rio, le pareció que los fuertes que fabricaron en los pasos por donde era forzoso salir los sitiados españoles los habrian desamparado, se fué dos horas ántes que amaneciese á la isleta que estaba delante del castillo, y llevó con él dos pleytas guarnecidas de Capitanes y soldados escogi-

dos para ocupar los fuertes, y dejó órden en los cuarteles á los Sargentos mayores que en las pleytas que en ellos quedaban pusiesen algunos soldados y Oficiales y estuviesen apercibidos para lo que se les ordenase; y en llegando á la isleta envió á reconocer lo que habia, y se entendió que aún se estaban en los fuertes algunos rebeldes y navíos junto á ellos, y que á la mano izquierda del país anegado, cerca de las isletas que aquella noche se habian ganado, no parecia ningun navío, y que por aquella parte estaba todo tan helado que no se podia barquear; y se vieron algunos navíos á la mano derecha del país anegado, á la parte de unas cortaduras que estaban en un dique cerca de allí, aunque por el hielo y la mucha oscuridad de la noche no se podia reconocer bien; D. Francisco esperó que amaneciese para poder mejor ordenar lo que convenia, y descubriendo el dia se vió que estaban seis navíos junto á los fuertes y que habia gente dentro dellos; aguardó una hora despues de amanecido, entendiendo que de la iglesia de Orte, que estaba de la otra parte, que era donde estaba el Maestre de campo Don Juan del Águila con su tercio de españoles, salieron algunos con una galeota que allí tenian y otro navío grande hecho de dos barcones, con el cual el conde Cárlos habia mandado poner una culebrina sobre un tablado, con parapeto á prueba de mosquete, donde podrian los soldados estar cubiertos; y viendo Don Francisco que no salian y lo que importaba ganar aquellos fuertes, pues haciéndolo quedaba libre el paso, si bien algunos le pusieron muy grandes dificultades; pero el capitan Juan de Valencia que le vió triste y lleno de confusion le dijo si queria se ganasen aquellos fuertes. Respondióle que no deseaba otra cosa, pues si los ocupaban era la redencion de todos; el Capitan le respondió que él iria de muy buena gana y los ganaria. Don Francisco le puso los brazos al cuello y le abrazó, y dijo que bien le pagaba el haberle hecho Capitan; que fuese muy enhorabuena, y que esperaba en Dios y en su valor y osadía habia de tener buen suceso; y mandó que se entrase en las pleytas que habia hecho aprestar, y ordenó á los Capitanes que iban en ellas fuesen á aquel efecto, y así lo hicieron, y les tocó la van-

guardia en una pleyta á los capitanes D. Pedro Ramirez de Arellano y Juan de Valencia, y la otra los capitanes Hernan Tello y Gabriel Ortíz. Ordenó tambien al capitan D. Antonio de Pazos que fuese saliendo tras estas dos pleytas con otras tres, y todas cinco iban la vuelta de los fuertes entre las isletas que tenian ocupadas los españoles. Con esto se dió á entender á los rebeldes que eran más pleytas que las cinco que habian visto, porque no podian descubrir lo que estaba detras de las isletas. En este medio envió D. Francisco á decir á los Sargentos mayores que estaban en los cuarteles donde tenian su gente, que las pleytas que habian quedado en ellos saliesen á socorrer á los demas españoles que iban sobre los fuertes; y esto fué á tiempo que comenzaban á entrar de nuevo algunos navíos de los rebeldes en el país anegado por las cortaduras de la mano derecha, que el hielo iba cesando y hacia blandura y se iban muchas barquillas de gente á socorrer los fuertes, por donde se entendió habian sacado la que tenian y querian volver á ocuparlos.

Los capitanes D. Pedro Ramirez de Arellano y Juan de Valencia que vieron el designio de los rebeldes, pusieron la proa, aunque con inmenso trabajo, la vuelta de los fuertes, quebrando los hielos con los remos y con otras cosas para poder navegar, procurando muy de veras pasar adelante; y aunque algunos de los que iban con ellos les persuadian seria mejor volverse y saltar en tierra, porque lo que emprendian era imposible salir con ello por impedirlo los muchos y grandes hielos, no les pareció consejo acertado á estos dos valerosos Capitanes, sino de pasar adelante rompiendo hielos, dificultades é inconvenientes, y les respondieron que lo que les ordenó y á lo que habian salido era á ganar los fuertes, y que por ningun caso podian dejar la empresa, aunque pereciesen todos en el camino. Valerosa respuesta y determinacion honrada, pues deben los que se precian de obedientes Capitanes observar las órdenes sin mirar en inconvenientes, y rompiendo los que se ofrecen, aventurarse á emprender lo que se les encomienda por muy dificultoso que sea, como hicieron estos dos Capitanes, que con haberles segunda vez los que con ellos iban dificultado el suceso, no fué

posible volver atras; y dijo el capitan D. Pedro Ramirez de Arellano que hiciesen lo que él para conseguir su intento, que era ir dando golpes desde la proa de la pleyta en los hielos, con que se iba siempre adelante; y ántes de llegar á los fuertes como un buen tiro de mosquete, les comenzaron á desamparar los rebeldes y embarcarse con mucha presteza en su armada, y se fueron alargando á toda priesa hasta llegar á su galeota que estaba junto á la cortadura á la mano derecha.

Túvose por cierto que, como vieron los rebeldes que las pleytas de los españoles iban saliendo por entre las islas, no podian ver ni juzgar lo que quedaba detras dellas, se persuadieron que eran muchas más y que si esperaban los habian de hacer pedazos, y ansí tuvieron por más acertado irse á poner en salvo, como lo hicieron, y los españoles ocuparon los fuertes, con que de todo punto se aseguró la salida y quedaron puestos en su libertad, pues aunque volviera á deshelar y á hacer mucha blandura y el armada rebelde tornara (aunque fuera más poderosa) á ocupar los pasos y puestos que habia tenido, no era bastante á defender la salida á tierra firme á los tres tercios de españoles que habia sitiado.

El conde Carlos que vió este buen suceso, que estaba frontero del castillo en donde se hallaba D. Francisco, fué á darle el parabien del buen efecto que se habia hecho, y ordenó que en las pleytas y esta galeota se embarcasen todos los enfermos que D. Francisco habia hecho recoger en el castillo, que eran más de trescientos, y su misma persona los fué á embarcar con el mayor amor que se podia imaginar, porque siempre este valeroso caballero se le tuvo muy grande á todos los soldados. Quisieron los rebeldes al pasar las pleytas y la galeota embestir con ellas, pero el conde Cárlos habia hecho mejorar una culebrina, y en comenzándoles á tirar con ella y con las piezas que estaban en la iglesia de Orte se alargaron, demás que los muchos y gruesos hielos que habia no les dejaban navegar. Despues de haber pasado los enfermos y gente inútil, envió Don Francisco de Bobadilla un atambor á los rebeldes para traer el cuerpo del capitan Melchor Martinez, y les llevó los cuarenta

escudos que habia prometido. Los rebeldes le enviaron y Don Francisco le mandó hacer un solemne entierro. Los demas españoles, en las pleytas y pontones que los de Bolduque habian fabricado para su pasaje, comenzaron á romper los hielos para poder barquear mejor y que la gente pasase con más brevedad, y mandó que se embarcasen las banderas primero que nadie, y ordenó que con las del tercio del coronel Cristóbal de Mondragon se embarcase y las llevase á cargo el capitan Gaspar de Holasso, natural de Baeza y valiente soldado; y con los del Maestre de campo Agustin Iñiguez el capitan D. Pedro de Luna, y con el de D. Francisco de Bobadilla el capitan Diego Coloma; y estando para embarcarse llegó el conde Carlos de Mansfelt, con que se alegraron tanto los españoles como se puede desear, y les llevó mucha cantidad de pan, que no poca necesidad tenian dél por haber más de ocho dias que no lo habian probado; y fué acompañando las banderas hasta Bolduque, y despues de hecho el primer pasaje se huyeron todos los marineros de las pleytas sin querer tornar á ellas, pareciéndoles que si volvian por más españoles se habian de ver en el mismo peligro que estuvieron. Tanto puede el haberse visto en él, sin esperanza de remedio, que con haberle tenido hace tanta impresion el temor en la memoria de algunos, y más en gente desta calidad que no la pierden de los trabajos pasados, pues les parece que siempre los tienen presentes y no han de saber salir dellos. El Conde hizo buscar gente para barquear las pleytas y otras barcas que tenia apercibidas para acabar de poner en salvo los españoles, pero no los pudieron hallar, ó á lo ménos no hicieron mucha diligencia las personas á quien lo encomendó; y porque habian avisado dello á Don Francisco, el mártes, á los 10 de Diciembre, envió ántes que amaneciese á los capitanes Manuel de Vega y á Diego de la Peñuela, personas valerosas y de mucho cuidado. Puesto el posible, hallaron marineros y barcos suficientes con que acabó de pasar la gente, habiéndoles pagado todo el dinero que quisieron, que para semejantes ocasiones no se ha de reparar en él. El postrer hombre que se embarcó para salir de aquel peligroso trabajo fué D. Francisco

de Bobadilla, que hasta en esto quiso mostrar su valor y dar ejemplo á todos sus soldados. Estuvieron en aquel trabajo nueve dias los afligidos y ya libres españoles sin comer los más dellos, molestados de los rebeldes, de frios, de la desnudez y hambre, causa de que enfermaron muchos; habiéndose señalado en el ganar las isletas y en todas las facciones que se ofrecieron muchos soldados particulares y trabajado y asistido como se puede desear, en especial Alonso Jorge y Juan de Ribera Zambrana, ya nombrados, y lo mismo Alonso Mesaludeña, que despues fué Capitan de infantería española en Flandes, y hoy es Sargento mayor de la milicia general de España en el partido de Córdoba, y muy valiente y bien entendido soldado; y no ménos los alféreces Simon Antuñez, Diego de Recha Costilla, Juancho Duarte, Gaspar de Biedma, Juan Herrera, natural de Cuellar, y Francisco de Escamez y otros muchos particulares soldados, especialmente Juan Iñiguez, hijo del Maestre de campo Agustin Iñiguez. Los de la villa de Bolduque los agasajaron á todos y con sumo amor curaron á los enfermos, y á los que estaban sanos les dieron refresco de pan, queso y cerveza; y para mostrar Dios su piadosa clemencia, hizo tanta blandura que comenzó á deshelar, sin haber durado el rigor del hielo más de dos dias, que bastó para cuajar milagrosameute todas las inundaciones de las aguas, de tal manera, que se engrosaron más de media pica en fondo; y tan fuerte quedó lo helado, que podia pasar el artillería por encima. Nadie puso duda en conocer fué un evidente milagro, y los mismos rebeldes lo decian cuando se retiraban desde sus navíos, y que no creyeran que por tan extraño camino hubiera Dios librado de sus manos á los españoles; y se tuvo por cierto si allí perecieran, volvieran de nuevo la mayor parte de los Estados pacíficos á rebelarse, que no fuera cosa nueva pues tantas veces lo han hecho. Eran cinco mil y más españoles repartidos (como ya he escrito) en sesenta y una banderas y un estandarte de caballos. No se estimara en tanto la pérdida de todos como la reputacion de tantos y tan valerosos soldados y Capitanes como allí habia. Los del tercio de D. Juan del Aguila no corrieron ménos riesgo, y habian sentido en tanto extremo

el peligro en que sus amigos y paisanos se vieron, que de muy buena gana (si creerse puede) trocaran sus vidas por las suyas, y cuanto humanamente pudieron hacer para socorrerlos pusieron por obra; pero Dios por su misericordia quitó á todos de ese cuidado, con que se remediaron muchas cosas y se rompieron los designios de los rebeldes, y se conoció el intento de muchos personajes del país, que como vieron á los españoles en aquel aprieto y creyeron no se libraran, se descubrieron sus deseos y abrieron el camino para muchas cosas que tuvieron remedio, porque el tiempo que las habia cubierto nos las fué enseñando en las ocasiones que veremos.

El conde Cárlos de Mansfelt habia dilatado de enviar aviso á Alexandro del trabajo en que estaban los tres tercios de españoles, pareciéndole que con las diligencias que hacia los sacaria dél; pero habiendo llegado á su noticia, sin haber visto carta del Conde ni de D. Francisco de Bobadilla, partió de la villa de Bruselas para la de Bolduque, caminando de noche y de dia con extraña diligencia, sin más corte ni acompañamiento que la compañía de caballos de su guardia, y con el mayor sentimiento que jamás hombre pudo tener; y con una determinacion tan honrada como dél se podia esperar, y no de otro Príncipe en el mundo, de entrarse en una barquilla á padecer con los españoles, cuando no tuviera ni hallara remedio de podellos socorrer y librar. Con esto les pagaba el amor que siempre le tuvieron y el deseo de verle. Tenian muy gran razón de llamarle á voces y clamar por él cuando se veian en aquel peligroso trabajo, pues como verdadero padre, amigo y compañero iba á padecer y morir como el más mínimo soldado español que allí estaba. ¿Qué General hay ni ha habido de quien se pueda escribir una eterna y gloriosa hazaña como ésta, pues sin mirar respetos, ni calidad, ni otras obligaciones que pudiera, siendo nieto de un emperador, Cárlos V? Mas en esto le parecia que de su voluntad fuese á padecer un eterno martirio, pues lo era y muy grande sufrir, y pasarle Dios á manos de herejes y enemigos de su Iglesia. Cuando de Alexandro no se supiera más de esta fineza, bastara para darle nombre á sus heróicas hazañas; pero

como fueron tan notorias y vistas de los ojos del mundo, ni me detendré en referirlas ni encarecerlas. Llegó, pues, Alexandro á la villa de Arentales, donde tuvo nueva cierta que los españoles estaban ya libres en la de Bolduque. Diósela Monsieur de Vasoñi, y fué tanto el contento que recibió que le abrazó muchas veces y le dió en albricias el gobierno de la villa de Bolduque; y porque convenia volverse á la de Bruselas, con la misma diligencia lo hizo sin pasar adelante, pues no habia para qué, y no hallarse con descomodidades, pues fué tan á la ligera. En llegando á su corte escribió á D. Francisco de Bobadilla una carta que, por haber llegado á mis manos me pareció copiarla, y decia así:

«Del Capitan y Sargento mayor Diego de Escobar, habrá vuestra merced entendido el cuidado y congoja que me dió la nueva que tuve del riesgo en que se hallaban las sesenta y una banderas de infantería española del cargo de vuestra merced; y así, para cumplir con el mio y con la obligacion que tengo á la nacion y persona de vuestra merced, juzgando por lo menor de todo aventurar la mia, mi sangre y el resto para acudir en general á esta necesidad, y en particular á la del más mínimo soldado dellos, partí de aquí el mismo dia en extrema diligencia, y llegando á Arentales supe con sumo contentamiento mio como se habia salido del trabajo, y que vuestra merced y la gente con los demas quedaban en salvo sin pérdida de ninguna cosa, de que doy infinitas gracias á nuestro Señor, y á vuestra merced las que se deben por haberse gobernado con la prudencia, valor y destreza que se esperaba en esta parte, dando las que les toca desto á los Capitanes, Oficiales y soldados, á quien de la mia dirá vuestra merced la satisfaccion con que quedo desta faccion; y por tenerla cumplida y el regocijo que deseo, no falta sino una relacion de vuestra merced, que la espero con el mayor del mundo, y buenas nuevas de su salud y de la de los amigos, que lo son todos, y nuestro Señor guarde á vuestra merced. De Bruselas á 16 de Diciembre de 1585.—*Alessandro Farnese.*»

D. Francisco estimó esta carta como era razon; no ménos los Capitanes y soldados por los favores y mercedes que les hacia en ella; que no poco alivio es para ellos en semejantes acontecimientos razones y cartas regaladas de sus Generales y superiores, pues siempre mueven y son agradecidas; y costando tan poco como un pliego de papel, las encarecen algunos de manera que les parece pierden el autoridad de Generales y de quien son si satisfacen á sus Capitanes con razones ó papeles que algunas veces suelen hacer tanto efecto como las obras.

Despues de haberse curado los enfermos españoles en Bolduque y refrescádose los sanos, los hizo alojar el conde Cárlos en la campaña, ménos siete compañías que quedaron á ocupar un puesto junto á la villa de Grave, que como Alexandro tenia intento de ganarla, y perdidas ya las esperanzas de hacer pié en las islas de Holanda y Gelanda, para cuyo efecto habia mejorado su ejército á la isla de Bomel, mandó al Conde que apretase el sitio de Grave, el cual, juntamente con D. Juan del Aguila, se volvieron al lugar de Herpe, donde habian estado para este mismo efecto, y luégo se comenzó, juntamente con un regimiento de alemanes, á hacer un fuerte á media legua de Grave, sobre un dique del rio Mosa, cerca de la villa de Rabesquen, que lo es del duque de Cleves. Hízose otro fuerte frontero deste á la otra parte de la Mosa, que es á la del ducado de Güeldres, que correspondia con este otro que se habia hecho á la de Brabante.

Monsieur de Hautepena que con un buen número de gente habia hecho otros fuertes para sitiar la villa de Grave y corrídoles las campañas, ganó en este tiempo á los rebeldes dos fuertes, y en el uno cinco piezas de artillería gruesas, y muchos bastimentos y municiones, con las cuales fué á batir unos castillejos que están sobre el rio Mosa, á la parte de la villa de Nimega, donde habia ciento y treinta soldados de los rebeldes, y se rindieron á los últimos de Diciembre deste año de 1585. Salieron con sus armas y bagaje y se fueron á la villa de Grave; y lo que sucedió veremos más adelante.

LIBRO DÉCIMO.

DE LAS GUERRAS CIVILES Y REBELION DE FLANDES, EN QUE SE ESCRIBEN LOS SUCESOS DEL AÑO 1586.

SUMARIO.

Alexandro da órden á Monsieur de Hautepena sitie la villa de Nus.—Los españoles aprietan el sitio de Grave.—Los rebeldes hacen un fuerte cerca de Venló.—Alojamiento del ejército español.—El capitan Pedro de Corvera ocupa una abadía cerca de Venló con cien soldados.—Francisco Verdugo ordena á Juan Bautista de Tassis haga un fuerte junto á la villa de Arnem.—Aníbal Gonzaga rompe los rebeldes.—El conde de Solms, gobernador de Gelanda, con sesenta heridas.—Causas que le movieron al coronel Esquenque para dejar el servicio del Rey católico.—Desórdenes y daños que el Esquenque hacia.—El Esquenque hace un fuerte en el rio Val.—Segundo y tercero desden que Alexandro dió al Esquenque.—Merced que hizo Alexandro al Esquenque.—El Esquenque sitia el fuerte de Nimega.—Francisco Verdugo pasa el Rin con su ejército y va sobre el Esquenque.—Francisco Verdugo sitia un fuerte de los rebeldes.—Ríndese el fuerte de los rebeldes á Francisco Verdugo.—Muerte del capitan Claraute.—Juan Bautista de Tassis entra en el país de Utreque á recoger las contribuciones para el sustento de los soldados católicos.—Los rebeldes cierran con la gente del cargo de Juan Bautista de Tassis.—Por el buen consejo de Francisco Verdugo tiene Tassis victoria de los rebeldes.—El conde de Murs y el coronel Esquenque huyen en lo mejor de la batalla, y Monsieur de Villers queda preso en poder de Tassis.—El Esquenque sitia la abadía que defendia el capitan Corvera.—El Esquenque asalta el abadía y Corvera se defiende con mucho valor.—Dan los rebeldes á la abadía segundo y tercero asalto, y los españoles los resisten.—Los rebeldes rompen y degüellan los españoles, y queda en su prision el capitan Corvera.—Buen gobierno de D. Francisco de Bobadilla.—Por órden de Alexandro reforma catorce banderas españolas D. Francisco de Bobadilla.—Alexandro da licencia á D. Francisco de Bobadilla para venir á España.—Los Estados rebeldes ponen en prision á Monsieur de Aldegonde porque rindió la villa de Amberes á Alexandro.—Las islas de Holanda y Gelanda dan la obediencia á la reina de Inglaterra.—Ayudas de Isabel de Inglaterra contra el Rey católico.—Artificios de Isabel, reina de Inglaterra.—Isabel de Inglaterra procura dar la muerte á Alexandro.—Fuerzas de Isabel de Inglaterra contra el Rey católico.—Pasa el rio Mosa por Mastriq el tercio de D. Juan del Aguila á órden del conde Cárlos.—El príncipe de Liege va sobre Nus.—El capitan Hernando de Barragan rompe al coronel Esquenque y le degüella mucha gente.—El conde Holac desembarca con su ejército en el castillo de Mega.—

Los rebeldes baten y ganan por asalto un fuerte de católicos junto á Bolduque.—Alexándro junta un socorro para la empresa de Grave.—Designio del ejército rebelde.—El conde Cárlos procura divertir el designio de los rebeldes.—El capitan D. Gonzalo Giron reconoce y toca arma á la armada rebelde.—Los rebeldes ocupan un puesto y se fortifican.—D. Juan del Aguila pasa el rio Mosa con su tercio por un puente peligroso y va sobre el puesto de los rebeldes.—D. Juan del Aguila da órden se acometa á los rebeldes, y por no ordenar sus soldados lo hacen con desórden y sin concierto.—Pierden los rebeldes los puestos que defendian.—Notable desórden de españoles.—No es disculpa en la guerra no prevenir los malos sucesos.—Fea retirada de españoles.—El sargento D. Jerónimo de Vega y el autor no desamparan su bandera y defienden á su Alférez.—Muerte del sargento D. Jerónimo de Vega.—El autor da buen cobro de la bandera.—Los rebeldes prosiguen su victoria.—Rehácense los españoles y vuelven sobre los rebeldes y los hacen retirar.—Los soldados y Oficiales españoles que más se señalaron en el reencuentro del dique de Batemburque.—Número de los españoles muertos en la rota de Batemburque.—Número de los heridos de la rota de Batemburque.—Número de los rebeldes muertos en el reencuentro de Batemburque.—Aparicion del apóstol Santiago en la rota de Batemburque.—Sentimiento que hizo Alexandro por el mal suceso de la rota de Batemburque.—Los rebeldes ufanos del daño que hicieron á los españoles en la rota de Batemburque.—Los rebeldes ganan el castillo de Batemburque.—El conde Holac socorre la villa de Grave por el país anegado rompiendo un dique.—El conde Cárlos procura estorbar los socorros de Grave.—Una barca de españoles se pierde y se ahogan todos.—Los rebeldes se retiran á su armada despues de haber socorrido á Grave.—No tienen efecto las inteligencias de los rebeldes en ganar por trato algunas plazas.—El conde Cárlos hace un fuerte para apretar el sitio de Grave.—Otro fuerte para apretar el sitio de Grave, llamado el de la Higa, y por qué se dijo.—El alférez Alonso Mendo rompe á los rebeldes y prende al capitan Bordas y muere en la prision.—Juan Bautista de Tassis rompe en Huysum á los rebeldes y les degüella algunos, y ellos á los rebeldes.—Desgraciada y lastimosa muerte del conde Oswolt.—Juan Bautista de Tassis se retira con su gente á Groeninghen y lleva preso á Monsieur de Steynmalts.—Buen respeto de Francisco Verdugo á las cartas del rey de Dinamarca.—El rey de Dinamarca, agradecido de los buenos respetos de Francisco Verdugo le envia un presente.—Manda Alexandro levantar el sitio de Nus y que Hautepena lleve la gente al de Grave.—Alexandro llega al sitio de Grave y su ejército le recibe con muchos regocijos.—Sentimiento del conde Mansfelt porque su hijo Cárlos procedia tibiamente en el sitio de Grave.—Valor de Alexandro.—Alexandro aprieta el sitio de Grave.—Valor de Martin de Morales, soldado español.—Alexandro manda atajar el rio Mosa con un puente y estacada para quitar las pláticas á Grave de otras villas.—Vistas de Alexandro y Francisco Verdugo en el sitio de Grave.—Los rebeldes ganan por asalto un fuerte de los católicos.—Monsieur de la Mota pone buena guarnicion en Brujas y castiga á los que la querian entregar á los rebeldes.—Alexandro aprieta el sitio de Grave.—Batería de Grave.—Descúbrese un trato de Nimega.—Alexandro castiga á los culpados del trato de Nimega.—Los cercados de Grave no admiten la paz que les ofrece Alexandro.—Alexandro manda batir un rebellin de Grave.—Los españoles asaltan el rebellin de Grave y los rebeldes le defienden animosamente.—Españoles botados de la batería.—Los españoles recuperan lo perdido y ganan el rebellin de Grave.—Retíranse los españoles del rebellin con órden de Alexandro y muerte de los capitanes Sancho de Solís y Sotomayor.—Número de los rebeldes muertos en el rebellin de Grave.—Los españoles que se señalaron.—Los rebeldes sitiados en Grave piden la paz y

Alexandro se la concede y se rinden.—El castillo de Mega se rinde y Alexandro sosiega la villa de Nimega.—Veinte españoles ganan dos barcas de bastimentos.—El castillo de Batemburque se rinde á Alexandro.—Isabel de Inglaterra hace cortar la cabeza al gobernador de Grave porque la rindió á Alexandro.—El Esquenque hace mucho daño con sus correrías á las tierras católicas.—Ardid de Alexandro y descuido del Esquenque.—Los rebeldes del fuerte de Val se rinden á merced de Alexandro.—El Esquenque rompe un cuerpo de guardia de caballería italiana y se retira con grande peligro.—Alexandro pone sitio á la villa de Venló.—Ríndense los rebeldes de la media luna de Venló.—Gana Monsieur de Hautepena por asalto el castillo de Val y degüella á los rebeldes.—Los españoles de Mondragon ganan un fuerte en la isla de Venló.—Los españoles de D. Juan del Aguila zapan el rebellin de Venló con daño dellos.—La villa de Venló se rinde al Rey católico.—El castillo de Esbal se rinde á Monsieur de Hautepena.—El Esquenque rompe una compañía de caballos católicos hallándolos apeados.—El Esquenque no guarda la palabra á ochenta valones católicos y los degüella cruelmente.—Alexandro deja el sitio de Arnem y va sobre Nus por cumplir la palabra al obispo de Colonia.—Los rebeldes ponen sitio á Hasselt.—Mondragon hace levantar del sitio de Hasselt á los rebeldes y se embarcan.—El capitan D. Juan Chasco ocupa un puesto en la isla de Nus por órden de Alexandro.—Escaramuza entre los sitiados de Nus y soldados católicos.—Los rebeldes asaltan y degüellan los españoles, y prenden al capitan D. Juan Chasco y matan á D. Antonio de Pazos.—Alexandro aprieta el sitio de Nus.—Vistas de Alexandro y el obispo de Colonia.—Los sitiados salen á las trincheas españolas y son resistidos.—Los rebeldes sitiados acometen las trincheas italianas y las desamparan feamente, y las vuelven á recuperar.—Muerte del capitan Julio Grimaldo.—Plántase el artillería sobre Nus y Alexandro convida con la paz á los sitiados.—Los sitiados de Nus intentan una maldad debajo de seguro, no vista ni usada en la guerra.—Valor de Alexandro.—Baterías de Nus.—Los que reconocieron las baterías de Nus.—Alexandro ordena al sargento Pedro de Aybar gane un torreon en la muralla de Nus.—Los rebeldes quieren recuperar el torreon perdido y no salen con ello.—Los que se señalaron en el torreon.—Los españoles dan el asalto á la villa de Nus.—Minas que se volaron en Nus.—Incendio de la villa de Nus.—Alexandro entra en Nus á remediar el fuego y desórdenes que hubo.—Milagro de un cuerpo santo.—Número de los rebeldes que murieron en Nus.—Castigo que da Alexandro al gobernador de Nus y á sus soldados.—Bárbara costumbre.—El Pontífice envia un Nuncio á dar á Alexandro el capelo y estoque por defensor de la Iglesia romana.—Recibe Alexandro el capelo y estoque á vista de su ejército, y le celebran.—Alexandro determina ir sobre Rimbergue.—Alexandro pone sitio á la villa de Murs.—La villa de Murs se rinde á Alexandro.—Alexandro reconoce á Rimbergue.—Alexandro levanta su ejército del sitio de Murs y va sobre Rimbergue.—La villa de Alpe y otras plazas se rinden á Alexandro.—El Esquenque degüella á los enfermos y gente desmandada del ejército español.—Sitia Alexandro á Berquerim.—Alojamientos del ejército español.—Notable suceso.—Alexandro envia á llamar á Francisco Verdugo para que se halle en el sitio de Berquerim.—Gánase la isla que hace el Rin frontero de Berquem.—Desaloja Alexandro con su armada las charruas que están en el Rin.—No permite Alexandro hablen sus soldados con los rebeldes de Rimbergue.—El Capitan y Sargento mayor, Agustin de Herrera hace un fuerte en la isla de Rimbergue.—Alexandro da órden á Francisco Verdugo vaya á romper una tropa de herreruelos de la reina de Inglaterra.—El conde Licestre, inglés, gana á Disburque.—Alexandro bate el armada rebelde.—Crueldades de herejes.—Alexandro levanta el sitio de Berquerim y pasa el Rin con su ejército.—Manda Alexandro fortificar la abadía de Vesel.—Fuerte y puente que

manda Alexandro hacer sobre el Rin.—Muerte del conde viejo de Bergas.—Vistas de Alexandro y Francisco Verdugo.—Alexandro apresta un convoy para abastecer á Zutfent.—Buen consejo de Francisco Verdugo.—Alexandro va á buscar el ejercito rebelde.—Sitio y alojamientos del ejército rebelde.—Los católicos rompen á los rebeldes y les prenden un Capitan, el cual hace relacion á Alexandro de su designio.—Buen consejo de Francisco Verdugo y valerosa resolucion de Alexandro.—Alexandro determina socorrer á Zutfent—No osa el conde Licestre acometer á Alexandro.—Alexandro abastece á Zutfent.—Los émulos de Francisco Verdugo le hacen malos oficios con Alexandro.—Alexandro se resuelve ir á la ligera á romper una tropa de raytres enemigos.—Trabajos de españoles.—Amor y buenos respetos de D. Sancho Martinez de Leiva.—No halla Alexandro los raytres que va á buscar y se vuelve á su ejército.—El ejército aprieta el sitio de Zutfent.—El marqués del Vasto va por órden de Alexandro á socorrer á Zutfent.—Los rebeldes ocupan el paso para estorbar el socorro de Zutfent.—Buen órden de marchar.—La famosa escaramuza de Zutfent.—Gran presteza en ordenarse las picas españolas.—Continúase una encendida escaramuza.—El escuadron volante de los rebeldes cierra con el católico.—Entra el socorro católico en Zutfent.—La caballería rebelde cierra con el escuadron de las picas españolas.—Continúase la escaramuza.—El escuadron volante rebelde cierra con el español cuarta vez y es resistido.—El marqués del Vasto cierra con el escuadron rebelde.—Arenas, soldado español, libra de la muerte al marqués del Vasto y dió un famoso encuentro de lanza á un rebelde.—Francisco Verdugo sale de Zutfent á recibir el socorro y previene el peligro.—Francisco Verdugo y Juan Bautista de Tassis llegan al escuadron español y se alegra de velle, y lo mismo el marqués del Vasto, y le aconseja lo que ha de hacer.—Confusion de Francisco Verdugo y del conde Licestre.—Continúase la escaramuza.—Aníbal Gonzaga y Jorge Cresia cierran con los rebeldes desordenadamente.—Francisco Verdugo da órden de acometida al escuadron rebelde por dos partes.—Seis Alféreces españoles ayudan á romper el escuadron rebelde y se señalan.—Los rebeldes, rotos y desbaratados, se retiran.—Los soldados españoles que más se señalaron en la escaramuza de Zutfent.—Prudencia y valor del capitan Manuel de Vega.—El capitan D. Pedro Manrique se señaló en la escaramuza de Zutfent y el capitan Diego de Vargas Machuca.—Alexandro va en persona á socorrer segunda vez á Zutfent.—El conde Licestre no puede ganar un fuerte de los católicos por asalto y se retira con pérdida de mucha gente.—Valor de un soldado español.—Buenos respetos de Francisco Verdugo.—Alexandro disgustado con Francisco Verdugo.—Los émulos de Francisco Verdugo perturban el servicio del Rey católico.—Sentimiento de Alexandro por la muerte del duque Otavio, su padre.—Alexandro encarga su ejército á Francisco Verdugo.—Los émulos de Francisco Verdugo no dejan de perseguirle.—Alexandro espera con su ejército el designio del enemigo y llega Ferrante Gonzaga con tres mil tudescos.—Manda Alexandro que se retire su ejército á invernar, y las partes donde estuvo.—Alexandro se retira á invernar á Bruselas.—El Esquenque pide contribuciones al Estado de Cleves y le amenaza, y los del país se fortifican y le cierran los pasos.—Llega á Flandes Antonio Manrique con un tercio de españoles.—Juan Bautista de Tassis saca la gente del fuerte que defendia y le desampara, y los rebeldes le ocupan.—El conde Licestre gana por inteligencias la villa de Deventer y la presidia.—El coronel Estanley trata con Juan Bautista de Tassis rendir á Deventer al Rey católico.—Buenos respetos de Francisco Verdugo.—Juan Bautista de Tassis trata con Alexandro del rendimiento de Deventer, y le hace merced.—Juan Bautista de Tassis se apodera de la villa de Deventer por órden de Estanley.—El fuerte de Zutfent recuperado.—Muerte del capitan Rolando Jorge—Los émulos de Francisco Verdugo no pro-

curan con Alexandro lo desautorice.—Francisco Verdugo envia preso á Monsieur de Villers al castillo de Linghen.—Francisco Verdugo deshace con sus inteligencias las del conde de Mura y demas rebeldes.

Alexandro envió órden á Monsieur de Hautepena, que despues de puestos en defensa los fuertes que hacia á la villa de Grave, fuese con la gente de su cargo á poner sitio á la de Nus, riberas del Rin, que lo es del arzobispo de Colonia, que por haberle ofrecido ganar á aquella plaza quiso Alexandro no dilatarle el tiempo; y en el ínterin que Hautepena fué á poner en ejecucion lo que se le ordenaba, partió el tercio de D. Juan del Águila del lugar de Herpe con las siete compañías de los demas, á los 3 de Enero deste año; fueron á alojar una legua de la villa de Grave, á un lugar que se llama Mill, á la parte de Venló; en él estuvieron catorce dias haciendo otro fuerte, á tiro de cañon de la villa de Grave, con que la iban oprimiendo y necesitando para que no pudiese señorear su campaña; y puesto ya en defensa, se partió el conde Cárlos al castillo de Os, que está cerca de la villa de Venló, á reconocer un sitio para hacer otro fuerte, y allí estaba alojado el tercio de italianos de Camilo Capezuca. Los rebeldes tuvieron aviso de que se iba á hacer, y se adelantaron, y en el mismo sitio se fortificaron y hicieron un anchuroso y hermoso fuerte. Al conde Cárlos le pareció que ántes de ponerlo en defensa seria bien desalojarlos, y para poderlo hacer envió á la villa de Bolduque por tres piezas de artillería, y se partió el tercio de D. Juan del Águila con órden de recogerse del rigor del tiempo y dividirse en sus alojamientos para pasar el invierno. Llegaron á Roste juntamente con los italianos, donde hicieron un dia alto hasta que llegó el tercio del coronel Cristóbal de Mondragon, que en aquél lugar y en el del Roy, que está á media legua dél, habian de alojar y hacer dos fuertes aquel invierno junto á la villa de Venló para quitarle la plática con la de Grave, y el conde Cárlos se quedó con ellos y recogieron las siete compañías de su tercio que habian andado con el de D. Juan del Águila, el cual con el de los italianos marcharon otro dia siguiente la vuelta de Roremunda, llevando para lo que podria ofrecérseles cuatro compañías de

caballos, y fueron á hacer alto, ribera del rio Mosa, á un lugar que se llama Val, que era la parte por donde habian de pasar, y lo hicieron con seis barcas y dos pontones que llevaron de la villa de Roremunda, con no pequeño trabajo, y alojaron en el país de Cleves, de la otra parte del agua, junto á Cleni, villa suya, donde se rehicieron hasta que marcharon la vuelta del país de Liege, y el tercio de los italianos fué á invernar al Estado de Lamburque, y el de D. Juan del Águila y las cuatro compañías de caballos se dividió y repartió en el Ducado de Treves, dejándose algunas compañías en Momedí. Llegaron todos á este invernadero á los primeros de Febrero deste año.

En este medio le pareció al conde Cárlos de Mansfelt (como persona á quien habia quedado el cargo de apretar el sitio de las villas de Venló y Grave) ocupar una abadía que está riberas del rio Mosa, que es el paso de Venló, y dió órden al capitan Pedro de Corvera, natural de Baeza y muy valiente y particular soldado, que con cien soldados españoles del tercio del coronel Cristóbal de Mondragon ocupase aquella abadía y se atrinchease en ella. No previno el Conde el peligro en que los ponia respecto de no poderlos socorrer por estar la abadía de la otra parte del Mosa, y les sucedió lo que adelante se verá; que por no olvidar tanto los sucesos de Francisco Verdugo en Frisa, habiéndome detenido en los del sitio de Amberes, será justo volver á ellos y no dejarlos tan atras.

En tanto que el conde Cárlos de Mansfelt habia hecho los fuertes á la villa Grave, envió el coronel Francisco Verdugo á Juan Bautista de Tassis á hacer un fuerte junto á la villa de Arnem, adonde se divide el rio Isel del Rin, á la punta de los dos rios llamados Isclort. Hízole, aunque no muy sustancial, si bien dió harto estorbo y no poco cuidado á los rebeldes; y estando Tassis acabándole de forticar, salieron los de Arnem á escaramuzar con sus soldados, y Aníbal Gonzaga, á quien se habia dado la compañía de caballos de Maximiliano de Bois, cerró con los rebeldes, acompañado con alguna caballería, y los rompió y degolló á muchos, y entre ellos quedó por muerto y medio desnudo el conde de Solms, que por los Estados rebel-

des era gobernador de Gelanda; y habiéndole retirado los de Arnem para dalle sepultura, vieron que no estaba muerto y le curaron con grandísimo cuidado; tenia más de sesenta heridas, y las más dellas mortales, segun afirmaron despues á Francisco Verdugo, y fué tan venturoso y bien cuidado que sanó de todas ellas. Sintieran mucho los rebeldes su muerte por que perdieran la mejor cabeza que tenian.

Habíale parecido á Alexandro que si se ganaba la villa de Grave iría en persona con el ejército á la de Nimega á dar calor á Francisco Verdugo y á Juan Bautista de Tassis, para que con la gente que tenia en Frisa fuesen sobre la villa de Arnem el rio abajo para hacerla un fuerte cerca de un molino de viento que estaba en aquella parte, y que Alexandro iría por la de la Velua; y porque en este tiempo proveyó por Gobernador de la provincia de Güeldres á Monsieur de Hautepena, cesó el intento y se concertaron él y Francisco Verdugo de juntarse en la villa de Zutfent para buscar algun medio de poder entretener la guarnicion que habia en aquella plaza. Partió Francisco Verdugo para este efecto de la villa de Groeninghen y fué á la de Zutfent con el conde Herman y el de Oswolt, su hermano, y avisó á Monsieur de Hautepena como habia llegado allí, suplicándole apresurase su ida porque Francisco Verdugo tenia necesidad de volverse luégo á Frisa. Respondióle en vez de ir donde le decia, porque importaba al servicio del Rey, nuestro señor, que él se llegase allá con toda la gente de guerra que habia llevado con él y la demas que pudiese sacar de Zutfent, porque el coronel Martin Esquenque y el conde de Murs habian sitiado un fuerte y le batian.

Y aunque en los sucesos del año pasado escribí que dejó el servicio del Rey católico el coronel Esquenque por volverse con los enemigos de la Iglesia, y hacer obras de las que solia ántes de reducirse á la verdadera religion, y que por apretarle Alexandro se volviese á ella, diré, para que mejor se entienda, las demas causas que le obligaron á semejante desatino, y el proceder que siempre tuvo: cuando la primera vez estuvo en servicio de los rebeldes se apoderó (tiránicamente) de la Seño-

ría de Bleymbeque, quitándosela á un muy cercano deudo suyo, verdadero y ligítimo heredero della, no con otro fin sino de amparar en esta plaza á sus compañeros y aliados, con quien andaba y hacia algunos desconciertos; y para poderla conservar y sustentar en su potestad se pasó á servir al Rey, nuestro señor, y fué á tiempo que Alexandro le empleó en el socorro que envió al conde de Renemburg, que fué ántes que Francisco Verdugo fuese por Gobernador y Capitan general de la provincia de Frisa, y en el camino peleó con el conde Holac y le sucedió bien. Hallóle Fracisco Verdugo en Frisa, pero duró poco en ella porque Alexandro le envio á llamar para el sitio de la villa de Tornay, y fué con la corneta de Adan Valant, y le hizo Alexandro Coronel de mil caballos. El y sus soldados se gobernaron tan mal en aquella jornada que se los despidió á todos, y á él ni más ni ménos, y dejó Alexandro en el servicio del Rey, su tio, á la corneta de Adan Valant. Esto sintió el Esquenque demasiadamente y fué el primer disgusto que recibió de Alexandro, y se tornó á Bleymbeque, donde habia dejado una compañía de arcabuceros á caballo, con la cual se hacia contribuir de todos los contornos y lugares circunvecinos, haciendo mucho daño. Con esta compañía solia ir el Esquenque con Francisco Verdugo á los socorros y otras facciones cuando los rebeldes tenian sitiado á Bronckorst. Todos los soldados del Esquenque, ántes que la villa de Nimega se reduciera al servicio del Rey, nuestro señor, le corrian la campaña, y á los vecinos della que cogian los ahorcaban y hacian á los burgueses muy malos tratamientos. Por esta causa querian en extremo muy mal los desta villa al Esquenque, y por hacerles mayor despecho (porque en el ódio y enemistad corrian parejas), hizo un fuerte en el rio Val, que pasa por ella, que le estorbaba la navegacion y quitó todo el comercio; cuando hizo esta plaza ya Nimega trataba de reducirse al servicio del Rey, nuestro señor, y cuando lo estuvo se desmanteló y deshizo el fuerte; y pareciéndole al Esquenque que habia sido la causa para que la villa se redujese, pretendió con Alexandro ser Gobernador della y de todo el Ducado de Güeldres, pero se lo dió á Mon-

sieur de Hautepena, de que se sintió mucho el Esquenque por ser ya segundo desden que le dió; y habiéndole pedido despues el regimiento del baron de Hanault, que por su muerte estaba vaco, tampoco se lo quiso dar Alexandro. Con este tercer disgusto y con haberle quitado el caballero Cigoña todas las contribuciones que él habia puesto en los contornos de Bleymbeque, para conservar y entretener su compañía de arcabuceros á caballo, le fué fuerza despedilla y se fué al sitio de Amberes, donde estaba Alexandro, á procurar le hiciese merced de algun cargo, y por sus servicios ó entretenimiento contentábase con una compañía de caballos, y de volverse á servir con ella á Frisa debajo de la mano de Francisco Verdugo. Tampoco quiso Alexandro hacerle esta merced, sólo de cien escudos de entretenimiento al mes; y pareciéndole no era sueldo suficiente para pasar con él, por estar enseñado á mandar y á vivir con libertad, trató secretamente con el conde de Murs de volverse á servir con él á los Estados rebeldes, como lo hizo desde el sitio de Amberes de la manera que atras lo dejo escrito, y prosiguió en la enemistad de la villa de Nimega con más ódio que ántes le tenia, y lo mismo con Monsieur de Hautepena por haberle dado el gobierno del Estado de Güeldres que el Esquenque pretendia; y la primera cosa que hizo, siendo segunda vez enemigo del Rey, nuestro señor, fué sitiar este fuerte y batille juntamente con el conde de Murs, como atras dejo apuntado. Y porque algunos autores han escrito no más de que el coronel Martin Esquenque dejó el servicio del Rey católico por un desden que le dió Alexandro, sin declarar causas ni razon, me pareció decir la que tuvo para desdeñarle, que fué, no haberse querido volver á Dios ni dejado la secta de Martin Lutero, habiéndoselo amonestado muchas y diversas veces; y si lo hiciera, no sólo el gobierno de Güeldres, pero todo cuanto pretendia le diera Alexandro, porque era muy amigo de premiar lo servicios que sus Capitanes y soldados hacian en la guerra; pero siendo contra Dios y su santa fe, le parecia no podia lucir nada que el Esquenque hacia, con ser un valiente caballero; pero, como he referido, no sé si lo acertó Alexandro, pues por buena razon

de Estado debia conservar su amistad y no ponerlo en tan gran desesperacion como le puso; ni sé para qué pueda ser bueno algunos Capitanes generales que sin causa desdeñan á sus Capitanes y soldados, por sus particulares propios y ódios mal fundados, pues se ha visto dejar el servicio de sus Príncipes y pasarse á otros donde con ménos gajes y ménos razon se han hecho conocer dellos en la guerra, poniéndolos en tan gran aprieto como se ha visto, particularmente á personas tales como al Esquenque; pues aunque ellos sean viciosos, de mala vida y conciencia, siendo hombres de efecto, y que en las cosas de la guerra lo saben hacer y poner en ejecucion cualquiera empresa, se debe muchas veces disimular con ellos y no desdeñarlos, pues nadie, por ruin que sea, es bueno para enemigo, y fuélo tan malo el Esquenque en perseguir los católicos como la historia lo dirá.

Ya queda escrito como Francisco Verdugo y el conde Herman y el de Oswolt, su hermano, fueron al socorro del fuerte que el coronel Martin Esquenque y el conde de Murs batian. Hiciéronlo con grandísima diligencia, dejando atras todo su bagaje por ir más desembarazados. Esto hizo Francisco Verdugo por la mucha voluntad que llevaba de pelear con el Esquenque, respecto de haberle escrito Alexandro (dos dias ántes) que le sacase en campaña y lo hiciese. Por esta causa apresuró el viaje y fué derecho á Isclort, donde habia gente católica, y pasó el Rin por cerca de la villa de Husem, que lo es del duque de Cleves, en el país de Velua. Desde allí enderezó su camino á la villa de Nimega, donde le fué á encontrar Monsieur de Hautepena y le dió aviso que el conde Murs y el Esquenque se habian retirado y dejado de la empresa del fuerte, porque supieron los iba á buscar Francisco Verdugo, al cual rogó (con grandes encarecimientos) Monsieur de Hautepena se llegase á Nimega y dejase su gente alojada en sus contornos. Junto á esta villa, riberas del rio, tenian los rebeldes un fuerte: deseando los burgueses della y Monsieur de Hautepena ganalle, por ser mal padrastro y de mucho estorbo, rogaron á Francisco Verdugo que ántes de irse con su gente se pusiese sitio y se ganase, y

trian artillería y municiones; pero no fueron suficientes
pólvora para poderlo batir. Por esta causa no se atrevió
o Verdugo á ganarlo por batería. Hízolo reconocer y
s despues que con la zapa le ganaria con más brevedad,
staba fabricado con mucha fagina y árboles. El foso
i seco porque habia en él muy poca agua y era arenis-
reciéndole que zapando lo que habia desde ella hasta
vendria á caer todo abajo, envió al Teniente coronel
ıtista de Tassis por una parte para que abriese y guiase
:hea, derecha al fuerte; y Francisco Verdugo, con los
ıanos Condes, abrió otra por la otra parte, y despues
das, á un mismo tiempo fueron á desembocar el foso,
omenzaron con grandísimo ánimo y brevedad á zapar,
dije, desde el agua hasta la fagina; y como los rebel-
n que se les iban arrimando y el efecto que se suele
ı la zapa se rindieron, habiendo peleado con los cató-
erosamente; y al entrar á zapar en el foso dieron los
una pedrada al conde Federico, que habia llegado de
á ver á sus hermanos, y entre ellos cayó sin habla
golpe que recibió con la piedra. Entendieron todos le
uerto. Mataron al capitan Claraute, que lo era de una
a del regimiento del baron de Velli; fué valeroso sol-
le mucha opinion. Bien creyó Francisco Verdugo que
el Martin Esquenque fuera á socorrer este fuerte, pues
ba en la villa de Arnem, que está una legua de allí,
consigo toda la gente de guerra con que habia sitiado
e de Nimega. La causa de no haberlo hecho no se en-
mas de parecerle no podia oponerse al valor y buena for-
e Francisco Verdugo, no obstante que no le faltaba al
ıque; pero la diferencia era muy grande, como se deja
erar á los que vieren las facciones del uno y del otro. La
más particular que á Francisco Verdugo le movió de irse
on Monsieur de Hautepena, fué para tratar con él de la
a que habia de entretener la guarnicion de la villa de
t, que pasaba notable necesidad. Parecióle á Monsieur
de Hautepena que era bien entrar en la Velua y valerse de las

contribuciones que estaban repartidas, poniéndolo en ejecucion, y que si no eran bastantes se acrecentasen. Francisco Verdugo le respondió que tenia mucho que hacer en la villa de Groeninghen, y que pues la Velua era de su gobierno le serviria en ello, y lo hiciera de muy buena voluntad; pero que le era forzoso partirse por la mucha falta que su persona hacia en Frisa. Monsieur de Hautepena le dijo que le dejase al Teniente coronel Juan Bautista de Tassis con toda la gente para hacer lo que habian tratado. Concedióselo Francisco Verdugo, y partióse á la villa de Aldonzel.

Juan Bautista de Tassis fué á poner en ejecucion lo que se le habia encomendado, que era recoger las contribuciones, y se entró con su gente la vuelta de Utreque; y habiéndolo sabido el conde de Murs, el Esquenque y Monsieur de Villers, Gobernador que era del país de Utreque, y que se habia retirado Francisco Verdugo, juntaron sus fuerzas y fueron con determinacion de romperle y degollarle toda la gente católica que llevaba, y para resistir tan gran número de la rebelde le valió mucho á Juan Bautista de Tassis ser tan buena y bien disciplinada la que llevaba, así infantería como caballería, que para cualquier empresa era más importante; mostraron bien en esta ocasion ser soldados pláticos y viejos; y sin encarecimiento eran los mejores que en aquel tiempo servian al Rey, nuestro señor, en la provincia de Frisa, y esto decia á Francisco Verdugo, que con su experiencia y ánimo criaba muy buenos y pláticos soldados; y estando alojado Juan Bautista de Tassis en un lugar que se llama Hameronghen, junto á la villa de Rhenen (donde de improviso le asaltaron y cerraron con él los rebeldes ya nombrados con todo su ejército, y porque Tassis tenia dividida la infantería de la caballería, dejaron ellos en su retaguardia su infantería), y comenzaron á pelear de ambas partes valerosísimamente, y lo pasaran muy mal los católicos si Juan Bautista de Tassis no se aprovechara de un consejo que le habia dado Francisco Verdugo, que si se le ofreciera pelear tuviese un cuerpo entero de caballería para que acudiese á las ocasiones que se ofreciesen, que fué esto causa de tener Tassis este dia la

victoria, como la tuvo, porque habiendó roto la caballería rebelde con la suya, cerró despues con ella y dió sobre la infantería enemiga que iba llegando en este medio; y aunque procuró resistir á la caballería católica, no le fué posible, porque como iba victoriosa ninguna fuerza le fué bastante para que dejase de ser rota y deshecha toda la infantería rebelde, y escaparon della muy pocos soldados vivos, que á todos los degollaron y perdieron su bagaje. El conde de Murs y el coronel Martin Esquenque volvieron las espaldas en lo mejor de la batalla y se fueron huyendo, y Monsieur de Villers quedó preso en poder de Tassis; y porque Francisco Verdugo era su muy conocido y en su juventud, sirviendo todos al Rey, nuestro señor, habian sido muy grandes amigos, se lo compró á los soldados que le habian preso, y se lo llevó Francisco Verdugo y tuvo siempre consigo; siendo buen intercesor con Alexandro para que permitiese se rescatase en doce mil florines, como lo hizo; y le envió libre.

Esta feliz victoria que tuvo Juan Bautista de Tassis sin haber perdido en ella ningun soldado y degollado á tantos de los rebeldes, si bien es justo, despues de Dios, atribuirla á su valor y destreza, se ha de entender que la alcanzó por la fortaleza de sus soldados, y ésta no se entiende por tenerla cada uno en sí, sino en ser pláticos y bien ordenados, como ya he referido; y el esforzado y prudente Capitan que en la guerra quisiere alcanzar victorias de sus enemigos ha de procurar tener su gente en buen órden y disciplina, y mirar con grandísimo cuidado no se la rompan ni desbaraten, pues teniendo su escuadron firme y entero podrá decir que tiene fuerzas para resistir las contrarias, pues no consisten en el mucho número de los soldados, sino en que sean bien ordenados y pláticos para poder decir que son fuertes, pues aunque sean muy pocos, sabiéndose poner en un escuadron reducido á pelear, y no para ser visto, sin que en ninguna manera se lo puedan romper y deshacer, será superior en fuerza á sus enemigos, que aunque sean innumerables, si les falta la plática y el órden, no serán de tanto efecto como pocos y bien ordenados, como los que tenia Juan Bautista de

Tassis, pues con ellos fué parte para defenderse, romper y desbaratar al conde de Murs, Monsieur de Villers y al coronel Martin Esquenque, pues siendo tan poderosos y tan grandes soldados fueron vencidos de pocos soldados experimentados.

El capitan Pedro Corvera, que con órden del conde Cárlos de Mansfelt estaba en el abadía riberas del rio Mosa para guardar el paso de Venló, como he apuntado, habia procurado que el Conde le diese con qué fortificarse y algunas municiones para defenderse; y pareciéndole no las habia menester, se le dejó allí hasta que llegasen los tercios para pasar de la otra parte, que para este efecto se habia ocupado esta abadía. No podia ignorar el Conde que no estaban en muy gran peligro, pues para habellos de socorrer era necesario pasar el rio, y esto (por ser tan caudaloso) no podia ser con tanta brevedad, que si los rebeldes fueran á asaltarlos no los degollaran sin podérselo estorbar; y sucedió así porque habiéndolo entendido el coronel Martin Esquenque, y deseando desquitarse del mal suceso que habia tenido, recogió con grandísima presteza las reliquias que le habian quedado, que serian doscientos infantes y cuatrocientos caballos, y puso sitio á el abadía, y fué con tanta brevedad que no lo entendió el Conde; y aunque lo supiera le fuera muy dificultoso el socorrerla por las dificultades que se han apuntado. El Esquenque envió un atambor al capitan Pedro Corvera diciéndole se rindiese y le haria buena guerra. Respondióle que él no podia desamparar aquel puesto, ni dejarlo sino por fuerza de armas, que él y sus soldados las tenian en las manos, y que esperaban con ellas recibirle si querian echarlo de aquella abadía. El Esquenque no dilató el darle el asalto y cerró con su gente valerosamente; pero halló muy gran resistencia en los cien españoles y en el capitan Pedro Corvera, porque con un ánimo increible pelearon y se defendieron, de manera que no les pudieron entrar por las partes que los acometieron, con no tener ninguna fortificacion, sino todos al descubierto se defendieron con mucha gallardía é hicieron retirar al Esquenque con notable pérdida de los suyos, los cuales se volvieron á rehacer pareciéndoles que dándoles el segundo asalto les entrarian, por

ser tan pocos, aunque muy fuertes, no por estarlo en el abadía, sino por el buen órden que tenian, y pareciéndole al capitan Pedro Corvera que era su último remedio (habiendo de pelear sus cien soldados con seiscientos), los ordenó de tal manera que dió bien que entender á los rebeldes, que pensándolos hallar descubiertos (como lo estaban), los vieron tan cerrados y prevenidos que les fué necesario mucho ánimo y osadía para acometellos, y con la mayor que pudieron les dieron el segundo y tercero asalto, y fueron tan inútiles como el primero pues no les pudieron entrar.

Visto por el Esquenque la fortaleza de los cien españoles, y que le habian muerto y herido muchos soldados, se determinó á poner fuego en el abadía para abrasalla, como lo hizo por todas partes, y comenzó á arder con tanta presteza que le obligó al capitan Pedro Corvera á recoger todos sus soldados y salir á pelear con ellos á la campaña; y poniéndolos en buen órden, cerró con gran osadía y valor con los rebeldes y los rompió y desbarató, hiriendo y matando á muchos, que á no tener el Esquenque conocimiento de que eran tan pocos se pusiera en huida; pero rehaciéndose con su gente y atropando su caballería, volvió sobre los españoles, y cogiéndolos en medio cerró por todas partes y los rompió y degolló á todos sin dejar ninguno á vida, salvo á seis soldados muy mal heridos y el capitan Pedro de Corvera con dos arcabuzazos, que juntamente con ellos los llevó el Esquenque en prision, y los hizo curar y regalar, estimando en mucho al Capitan por haberse defendido y peleado. Tambien el Esquenque perdió más de trescientos soldados y otros muchos heridos.

Habia mandado Alexandro al conde Cárlos se diese priesa á conducir las tropas y tercios á sus alojamientos, y en este medio los comenzó á dividir; á los soldados de las naciones hizo alojar en el ducado de Cleves y de Juliers; como ya he referido, los italianos y los españoles quedaban en sus alojamientos con órden de mejorarse hácia el país de Liege para la reformacion que se habia de hacer. Sólo el tercio de D. Francisco de Bobadilla no habia marchado, y se estuvo en la villa de Bol-

duque, curándose y rehaciéndose de los trabajos pasados, y habiándole llegado órden del Conde que marchase, se fué á alojar al país de Liege, donde luégo que llegó le ofrecieron contribuciones en dineros, que tambien las suelen dar en bastimentos, para todos los soldados de su tercio, como se acostumbra en algunos países de los de Flandes; pero pareciéndole el daño que desto se seguia á los naturales, y que su intento no era aprovecharse, sino servir al Rey, nuestro señor, con tanta limpieza como en todos los cargos que este prudente caballero tuvo, mandó que en especie de pan, carne y cerveza se diese á todos los soldados cada dia lo que fuese justo y razon para sustentarse, que no poco admirados quedaron todos los Gobernadores y Burgomaestres del país de Liege, pareciéndoles cosa muy nueva no querer recibir dineros de contribucion, que á este fin tiraban otros muchos Maestres de campo y Gobernadores de tropas y otros personajes del país que en algunas ocasiones gobernaban el ejército católico por ausencia de Alexandro, que por enriquecerse hacian y deseaban que durase la guerra á costa de los pobres vasallos; y porque este no es lugar, ni mi intento es de escribir los grandes excesos que algunos hacian, quedará para quien tratare dello.

Alexandro dió órden á D. Francisco de Bobadilla que juntase los tercios españoles en el castillo de Dalem y comision para que hiciese una reformacion, porque algunas compañías estaban pobres de gente, y habiéndolas D. Francisco hecho poner en campaña, reformó catorce banderas de los Capitanes ausentes, y las demas de las que le pareció que con justa causa querian ir á España á sus pretensiones; otras se repartieron en los demas tercios, con que quedaron ajustados y sus compañías más llenas de gente. Hízose esta reformacion á 12 de Febrero deste año, y si estas se cometiesen á personas como D. Francisco de Bobadilla, tan cristianas y desinteresadas, no habria tantos quejosos; y así deben mirar mucho los Capitanes generales á quién las encomiendan, cuando bien no las hacen por su misma persona, que esto seria lo más acertado, porque algunos, por ódios y respetos particulares, suelen reformar los Capi-

tanes de mayores servicios y otros de buena edad, que los podrian hacer muy buenos, y dejan los viejos, enfermos é inútiles, ó algunos tan mozos y sin experiencia, elegidos por favor, de que se sigue notable daño al servicio del Príncipe, sin mirar lo mucho que importa en la guerra, y áun en la paz, que sean los Capitanes de las partes y servicios que se requiere, pues no ménos va que la reputacion de todo un ejército; pues tantas veces se ha visto perderse muchas victorias por no ser los Capitanes experimentados ni de valor, y aunque entre tantos no puede dejar de haber algunos desta calidad, se ha de mirar mucho en las reformaciones no dejar en pié ni con compañías á ninguno destos, pues hay ocasion para reformallos sin que puedan formar quejas.

Estando D. Francisco de Bobadilla en este alojamiento del país de Liege invernando, le llegó una carta de su hermano en que le avisaba se habia retirado al convento de San Agustin en Valladolid, por no tener ya con qué seguir el pleito del Condado de Puñonrostro, y viendo que no iba más en esto que el ser y calidad de su casa, conservando su antigüedad, envió D. Francisco á Bruselas, donde se hallaba Alexandro, á pedir licencia para venir á España á seguir este pleito, y rehusó el dársela por lo mucho que le queria y estimaba; y vista la razon que tenia se la concedió.

Habiendo llegado Monsieur de Aldegonde á las islas de Holanda y Gelanda despues de haber entregado la villa de Amberes á Alexandro, le pusieron en prision, haciéndole cargo los holandeses que no habia defendido la villa ni conservádose en ella como tenia obligacion, como estaba á su cargo y dél dependian las cosas de la guerra y del gobierno. Hiciéronlo á fin de molestarle, y porque él habia dicho y afirmado que ellos anduvieron muy remisos y temerosos en socorrerle, y que lo pudieron hacer muy á su salvo. Y porque la primera queja en estas cosas suele aprovechar, quisieron curarse en salud los holandeses y dar toda la culpa á Monsieur de Aldegonde, el cual hizo publicar un edicto en que se disculpaba de los cargos que le ponian, de suerte que le dieron libertad; y quedando

los unos y los otros confusos y llenos de quejas, sin saber qué hacerse, y que los seis meses que dió Alexandro de término á los rebeldes cuando ganó á Amberes se habian cumplido en este tiempo, para que tomasen resolucion en dar la obediencia al Rey católico, su tio, no sabiendo qué hacerse ni de quién ampararse para desechar de sí el yugo español, que tanto aborrecian, y viendo tambien el desengaño que los embajadores de Amberes trujeron del rey de Francia, sin tener esperanzas que en ningun tiempo los habia de socorrer, se resolvieron dar la obediencia á Isabel de Inglaterra, reconociéndola por tal, entregándole las islas de Holanda y Gelanda para que las poseyese como suyas, si bien algunas plazas le dieron en empeño; tal era su ceguedad y rebeldía, pues ofrecian y daban lo que no era suyo á quien no lo procuraba, aunque se entendió habia hecho grandes diligencias de secreto para que la reconociesen por señor, habiéndoles ofrecido siempre gente y dineros, como lo hizo en todas las ocasiones que tuvieron necesidad della; hubo en el consejo de Inglaterra algunos pareceres de que no convenia que se embarazase aquel reino con el de España, ni se diese más causa de enemistad con ella de la que habia; y así, remitieron de ver y acordar esto á consulta; pero la Reina, deseosa de adquirir reinos (propia costumbre en las mujeres ser vanas y codiciosas) y tener debajo de su mano á los holandeses, pareciéndole con su favor inquietar con más fuerza los mares de España y hacer en Flandes más vivamente la guerra contra el Rey católico que hasta entónces la habian hecho los flamencos, las admitió y puso debajo de su proteccion á todas las islas de Holanda y Gelanda, y abiertamente divulgó en su reino esta resolucion y arboló banderas contra el Rey, nuestro señor, para hacerle la guerra en los Estados de Flandes; y aunque procuró despues dar algun color para hacer esto con aparentes causas y razones, no halló ninguna apropósito, legítima, que pudiese cuadrar y estar bien; con todo eso daba á entender que los Reyes no tenian obligacion de satisfacer á nadie de sus acciones y movimientos, y que por usar ella de su natural clemencia y buena inclinacion habia recibido á los Países-Bajos

en su proteccion por haber ellos acudido á valerse della; y daba á entender que siempre entre flamencos é ingleses tenian establecida perpetua paz y buena correspondencia, y que visto que el Rey católico los oprimia y queria sujetar por fuerza, no guardándoles sus privilegios y palabra, que esto y haber recibido siempre de los flamencos mucha y buena amistad le movia (siendo ella tan cristiana y cabeza de la Iglesia, que con ser como se sabe, se ponia este título) á recogellos y amparallos como amigos vecinos y cosa propia, demás que el rey de Francia se lo habia enviado á rogar por lo bien que á él le estaba, y la Reina le echaba harta culpa par haber comenzado á ampararlos y socorrerlos y dejádolos en lo mejor y cuando más lo habian menester, y daba á entender no salia della este pensamiento sino de algunos consejeros del francés, que siendo sobornados del Rey católico, nuestro señor, habian sido parte con su Rey para que no diese más favor á su hermano el duque de Alanson para ayudar á los flamencos.

La Reina daba todas estas disculpas, no con poco artificio, y todo á fin de poner en guerras civiles al francés con sus vasallos y darles siempre qué sospechar dellos, particularmente de los duques de Umena y de Guisa, y del Cardenal, su hermano, con todos los demas Príncipes católicos de Francia, á los cuales deseaba ver en perpetua guerra y con grande servidumbre. Otras muchas cosas y disculpas daba Isabel de Inglaterra y escribía al Rey católico por haber recibido á sus vasallos debajo de su proteccion, pero no concluian ni eran bastantes, ni lo podian ser, pues iba contra toda razon y derecho, y más haciendo tan gran ofensa á Dios; y no sé yo qué mujer haya habido que con igual artificio procurase establecerse en reino ajeno y tiranizar lo que no era suyo, siendo tan ingrata al Rey, nuestro señor, y á los beneficios que en su mocedad recibió dél cuando se casó en Inglaterra, pues no le debia ménos que la vida; mas ¿cómo habia de conocer esto quien no conocia á Dios y le habia perdido el respeto, y en medio de sus disculpas y satisfacciones procuró que secretamente matasen á Alexandro? y para esto hizo muchas y extraordi-

narias diligencias, y públicamente, siendo ya admitida de los holandeses y gelandeses, les envió guarnicion de infantería y caballería inglesa y por General y Gobernador al conde de Licestre, gran privado suyo, y le entregaron las mejores fuerzas que habia en las islas. Quedaron los moradores dellas tan contentos con ser vasallos de Isabel, que lo manifestaron bien por los muchos regocijos y fiestas extraordinarias que le hicieron al Conde, pues cuando entrara la misma persona real no le hicieran más. Duraron estas fiestas ocho dias, y en Lóndres se hicieron otras muchas celebrando el contento que la Reina tenia, y á todos los holandeses que se hallaron en su corte les mandó hacer grandes fiestas y agasajos con que los cebaba para traerlos con mayor gusto á todo lo que queria; particularmente hizo la Reina grandes favores y mercedes á Monsieur de Sante Aldegonde, por ser la persona por cuya mano habian corrido las capitulaciones; y las que se hicieron para las cosas de la guerra fué que Holanda diese cada mes doscientos mil florines y Gelanda cien mil. Las demas villas y lugares y otras provincias les repartieron, conforme la posibilidad que tenian, y la Reina les ofrecio seis mil caballos y diez mil infantes ingleses. Pusiéronlo por obra y comenzaron tambien los de las islas de Holanda y Gelanda á levantar un grueso ejército y armada para ir á socorrer la villa de Grave, que fué lo primero que intentaron cuando se unieron con la reina de Inglaterra; y con los fuertes que se habian hecho y la gente del ejército español que el conde Cárlos tenia alojada en todos los contornos de la villa de Grave, gastándoles las campañas, ponian en gran necesidad á los cercados, y tan oprimidos, que sin aguardar los ingleses y holandeses la sazon del verano atropellaron las dificultades del rigor del invierno, y estuvieron muy apercibidos para irlos á socorrer.

Alexandro, que despues que ganó la villa de Amberes habia estado haciéndole fortificar el castillo y reparando su salud en la villa de Bruselas, que de los muchos trabajos de la guerra la traia muy quebrada, no se habia descuidado en saber los designios de la reina de Inglaterra y las fuerzas que juntaba

para el socorro de la villa de Grave, y para resistirlas y enfrenar el nuevo orgullo de los ingleses mandó que se desalojase el tercio de D. Juan del Águila y las diez compañías del de Iñiguez que habian quedado en pié de la reformacion que hizo D. Francisco de Bobadilla, y las tenia á cargo el capitan Acasio de Yera, natural de Avila, valiente soldado y muy bien entendido, y cuatro compañías de caballos ligeros españoles: salieron de sus alojamientos, á 26 de Febrero, no habiendo áun bien comenzado á descansar en ellos, porque la obligacion del soldado y obediencia que profesa no le da lugar á estar un punto ocioso, pues ha de preferir su reputacion á los mayores regalos y deleites del mundo, y no ha de hacer caso dellos ni los ha de buscar el que vive en los trabajos, asperezas é inquietudes que la guerra trae consigo, que pocas veces ó ninguna le permiten estar ocioso. El último dia de Febrero llegó Don Juan del Águila con su tercio y la demas gente á la villa de Mastriq, y por ella pasaron el rio Mosa, y allí le llegó órden del conde Cárlos que marchase con toda aquella gente la vuelta de Maseque, donde hizo un dia alto para esperar las diez compañías que no se habian acabado de juntar; y habiéndolo estado, marcharon otro dia siguiente la vuelta de Roy hasta llegar á Sambeque, que es en el país del Cuco, donde se hizo un dia alto para recoger toda la gente que Alexandro habia ordenado se juntase en aquella parte, que ya iban llegando de sus alojamientos; y estando todas las tropas y tercios incorporados, fueron á un lugar, riberas del rio Mosa, que se llama Guemerte, donde llegó el conde Cárlos á juntarse con ellos, y á los 8 de Marzo pasaron el rio Mosa y se alojaron en unos lugares del duque de Cleves por repecto de estar más á la mano si los rebeldes iban á socorrer á Grave y esperar en estos alojamientos el designio que llevaban, y tambien por dar calor al príncipe de Liege que iba con su ejército por aquella parte sobre la villa de Nus, situada en la ribera del Rin, y se la tenian ocupada los rebeldes, vasallos suyos que le hacian la guerra; y para atemorizarlos se mejoró el conde Cárlos con todas las tropas católicas de infantería y caballería cerca de una villa del duque

de Cleves que se llama Sante, donde estuvieron diez dias; y porque el villanaje desamparaba sus casas y pasaban mucha necesidad los soldados católicos, fué necesario llevarlos á alojar á la isla de la Rina, y en ella le llegó aviso al conde Cárlos como los rebeldes de Holanda y Gelanda, y gran número de ingleses, todos soldados pláticos y de los más viejos que habia en los Estados, se habian embarcado en gran número de charruas y navíos de guerra, y que en el lugar de Longostrate se rehacia y engrosaba el ejército rebelde, por cuyo respeto le fué forzoso desalojar el Conde toda la gente que estaba en la isla de la Rina y volver á pasar el rio Mosa, como lo hizo á media legua de Moque, más hacia Grave, junto al castillo de Humo, uno de los que habia ganado Monsieur de Hautepena. Este mismo dia, en la noche, que fué á los 24 de Marzo, quiso el coronel Martin Esquenque pasar el rio Mosa por entre dos fuertes que tenian ocupados cuatro compañías de españoles del tercio del coronel Cristóbal de Mondragon, cerca de la villa de Venló. El capitan Hernando de Barragan, natural de Zamora y valiente soldado, que estaba con ellos, tuvo avisó y salió á él y con mucho valor los rompió y degolló gran parte de su gente que tenia desembarcada, y los siguió y fué dando alcance hasta hacerlos embarcar y volverse á donde habian salido; aunque el Esquenque iba experimentando lo mal que le estaba haberse apartado del servicio del Rey, nuestro señor, todavía instaba en hacerle la guerra lo más vivamente que podia.

Despues de haber pasado el Conde con toda la gente el rio Mosa, fué á alojar con ella á un lugar que se llama Gelanda, á una legua de la villa de Grave. En él estuvieron ocho dias hasta que llegaron trescientos soldados españoles del tercio de D. Francisco de Bobadilla, que aún se estaba alojado en el país de Liege; y porque se entendió que los rebeldes irian á socorrer á la villa de Grave por el lugar de Herpe, ya nombrado, que tambien era paso para el castillo de Mega, adonde el conde Holac habia ya desembarcado con un gran número de gente y estaba en él con su armada. Parecióle al Conde llevarlo á alojar al lugar de Herpe, y la demas gente que estaban en el de

Gelanda se mejoró á otro que se llamaba Os, una legua de Mega y dos de la villa de Bolduque, porque era paso forzoso para Grave, y estar más á la mano y dársela con los cuatrocientos soldados de D. Francisco de Bobadilla. Fué esto á 3 de Abril, y en este tiempo batieron los rebeldes un fuerte cerca de Bolduque que tenia guarnicion católica, y le dieron dos asaltos; y aunque los de dentro se defendieron valerosamente, como la fuerza de los rebeldes era mucha, los obligó á rendirse con pactos que salieron con sus armas, banderas y bagaje, y se fuesen á Bolduque. Con esta empresa y las esperanzas que tenian de la reina de Inglaterra (de quien ya se prometian grandes socorros), tuvieron tanta confianza de dárselos á la villa de Grave, que desguarnecieron sus fuerzas para engrosar su ejército y con él deshacer el de los españoles y echarlos fuera de los Estados. Alexandro, que de todo lo que se ofrecia por aquellas partes tenia avisos, dió órden se desalojase parte de la caballería, y el resto del tercio del Maestre de campo Don Francisco de Bobadilla, que eran once compañías y las gobernaba el capitan Manuel de Vega Cabeza de Vaca, esforzado y prudente soldado, y que se juntase con el conde Cárlos, y que del tercio viejo de Mondragon, que estaba á cargo del capitan Juan de Castilla, le enviase trescientos soldados, y por Cabo y Gobernador dellos fué Juan de Chasco, experimentado y particular soldado, y natural del reino de Navarra. Murió castellano de Orbitelo. Pasó Manuel de Vega el rio Mosa por la villa de Roremunda, y se juntaron todos en un lugar que se llama Teureque, media legua de Grave, y se desalojó del lugar de Os toda la demas gente porque destruia la campaña, y porque los rebeldes habian embarcado todo su ejército en navíos de guerra y charruas de armada en el rio Mosa con demostracion de socorrer la villa de Grave, y que el ejército católico lo tuviese así entendido, y que habia de ser por el agua para que por ella echase sus fuerzas; pero el intento de los rebeldes no era éste, sino hacer por tierra este socorro pareciéndoles saldrian con ello habiendo descuidado á los españoles. A los 12 de Abril llegó Jorge Basto, Comisario general de la caballería

católica, con veinte y ocho compañías de á caballo, y este mismo día las once de infantería del cargo del capitan Manuel de Vega, y á los 14 se mejoraron los rebeldes con su armada la vuelta de Rabesquen, villa del duque de Cleves, situada riberas del rio Mosa; y pareciéndole al conde Cárlos que seria bien divertirlos y romper si podia sus designios, envió aquella misma noche el tercio de españoles del Maestre de campo D. Juan del Águila, y á los trescientos soldados del coronel Cristóbal de Mondragon que gobernaba el capitan Juan Chasco, al fuerte que llamaron el de la Barlota (porque se quedó en el presidio este capitan valon), está media legua de la villa de Rabesquen, en la misma ribera de la Mosa, y en él estuvieron toda la noche en escuadron con grandísima vigilancia hasta ver lo que resultaba de haberse mejorado el armada rebelde; y para atemorizarla y ver la punta que hacia, envió D. Juan del Águila un Capitan de su tercio, que se llamaba D. Gonzalo Giron, natural de Salamanca, esforzado soldado y muy honrado caballero, con sesenta soldados españoles á tocarles arma y reconocerlos, y habiéndolo hecho como se podia desear, les dió una carga de arcabucería y mosquetería desde encima de uno de los diques que guarnecen el rio Mosa. No hicieron los rebeldes rumor ninguno porque no habian quedado en los navíos más de los marineros, que, como ya he escrito, sólo fué hacer punta por el agua con ellos para divertir los españoles. Esta misma noche y la tarde ántes habian desembarcado el ejército rebelde de la otra parte de la Mosa, donde reconocieron un puesto muy fuerte y lo comenzaron á fortificar para con más seguridad y sin estorbo socorrer la villa de Grave, descuidando siempre, á su parecer, á los españoles que entendian que habia de ser el socorro con el armada, la cual en este medio se mejoró media legua más hacia el fuerte que estaba frontero del de la Barlota, de la otra parte de la ribera, que, como he referido, se correspondian y eran cabezas del puente y estacada que se habia hecho para quitar la plática y navegacion de la villa de Grave con las demas y que por el rio no la pudiesen socorrer.

El puesto que el ejército rebelde habia ocupado era en el

dique que llaman de Batemburque, y en él se apoderaron de una exclusa y se fortificaron con grandísima presteza en ella. Este dique está de la otra parte de la villa de Rabesquen, el rio Mosa en medio. Hicieron un fuerte y dos trincheones muy altos y los guarnecieron con ochocientos infantes de los más pláticos y viejos soldados que tenian en su ejército, y la mayor parte dellos eran mosqueteros, para desde allí procurar ganar con más comodidad un castillo que está á media milla de allí, cerca de Grave, guarnecido de soldados católicos, que se llama Batemburque, de donde el dique toma el nombre; es uno de los que Monsieur de Hautepena habia ganado; y siendo señores dél podian los rebeldes socorrer á Grave con más facilidad y sin estorbo alguno, y por esta causa habian ocupado esta exclusa y puesto; y habiéndolo entendido el conde Cárlos y Don Juan del Águila, acordaron fuese con su tercio de españoles y á su retaguardia los trescientos del tercio viejo del coronel Cristóbal de Mondragon, y que desalojase los rebeldes del puesto que habian ocupado. D. Juan del Águila recogió su gente y pasó el rio Mosa por el puente y estacada, con harto peligro porque aún no estaba acabado de hacer y todas las estacadas se meneaban, y era tanto el viento que hacia y la gran corriente del agua que se temió no se hundiese con los españoles que lo pasaban; y hallándose de la otra parte y á vista de los rebeldes quiso el capitan Juan Chasco, con los trescientos soldados españoles que tenia á su cargo, llevar la vanguardia y pelear primero con los enemigos que el tercio de D. Juan del Águila, pareciéndole que por haber marchado el dia ántes de retaguardia le tocaba aquel puesto; y pienso que no iba muy fuera de razon. D. Juan del Águila dijo que por ser él Maestre de campo le pertenecia, y no á él, y así que su tercio habia de llevar la vanguardia. El capitan Chasco le respondió que la llevase su persona si era servido, pero que habia de ser con los trescientos soldados y no con su tercio, ó si no que, pues todos eran españoles, se mezclasen los unos con los otros y de aquella manera harian la órden y podrian pelear juntos. En tanto que estaban en estas diferencias se hallaron muy

cerca de los rebeldes (porque desde que pasaron el puente se habia ido siempre marchando) y ya no era tiempo de tenerlas ni de perderle, sino de aprovecharlo con las armas en la mano y dar á las obras lo mucho que habian gastado en las palabras, poco necesarias cuando es forzoso haber de pelear sin poder excusarlo los unos y los otros. D. Juan del Águila hizo marchar sus soldados y ordenó á D. Gonzalo Giron, Capitan de su tercio, que era el que la noche anterior habia ido á tocar arma y á reconocer el armada de los rebeldes, que con el arcabucería que llevaba de vanguardia trabase una escaramuza y cerrase con ellos. Hízolo con mucha gallardía, y la manga de los mosqueteros, sin órden, le fué siguiendo, y tras ella el escuadron de las picas á la deshilada juntamente con las banderas; con este desórden se comenzó á conocer el mal suceso que se tuvo, porque temerosos los soldados del tercio de D. Juan del Águila que los trescientos del de Mondragon no les ocupasen la vanguardia se apresuraron á caminar cuanto pudieron, y aunque se comenzaron á hácer dos ó tres hileras de picas, se desordenaron luégo, pues aunque el valor de la nacion española es tan conocido, no se pueden con él sólo alcanzar las victorias, pues para conseguillas son necesarias las fuerzas, y estas están en el órden de los soldados puestos en escuadron, que es la muralla inexpugnable de un ejército, y sin ella no hay reparo ni defensa para abrigarse y favorecerse los soldados rotos y desordenados que en muchas ocasiones se han visto perder muy grandes ejércitos por el mal gobierno de su Capitanes.

Los que en esta faccion se hallaron, cerraron (aunque desordenadamente) con los rebeldes, peleando con grandísimo brío; y estándolo haciendo llegaron los trescientos soldados del tercio del coronel Mondragon, que, como ya he escrito, iban á cargo del capitan Juan Chasco y de retaguardia del de D. Juan del Águila, y mezclándose con los demas pelearon todos con mucha gallardía; y haciéndole á los rebeldes perder los puestos, les ganaron los trincheones, el fuerte y exclusa y una charrua, y aunque se defendieron y pelearon con gran valor, haciendo notable resistencia, la ejecucion de los españoles fué tanta que les hicie-

ron á los rebeldes ir huyendo á espaldas vueltas más de media legua, siguiendo el alcance los españoles juntamente con las banderas. Este fué el mayor yerro de los que aquél dia se hicieron, pues jamás se ha visto banderas, sin órden, ir siguiendo el alcance de enemigos rotos, pues es costumbre en buena disciplina y órden militar quedarse en el escuadron de las picas; pero si no le hubo ni quien diese órden que se hiciese, ¿qué mucho que los Alféreces siguiesen sus soldados; aunque no tuvieron ellos la menor culpa? pues como Oficiales y personas á quien les habian encomendado las banderas, que representan la persona Real y la reputacion de todo un ejército, habian de poner mano á sus espadas y á cuchilladas detener los soldados haciendo sus hileras formar su escuadron para guardar sus banderas y abrigar en ellas y debajo de las picas á los soldados, si acaso volvieran rotos y desbaratados, que se habia de presumir ser así, como de esto se tiene tanta y tan larga experiencia; pero no previniendo lo que les habia de suceder, así el Maestre de campo D. Juan del Águila como los Alféreces, Capitanes y soldados fueron siguiendo el alcance, degollando y matando á muchos rebeldes, hasta que llegaron á una plaza de armas donde el dique hacia un recodo que cubria la vista de poder ver lo que habia detrás dél, y en aquel sitio estaba un gran escuadron formado del ejército rebelde con todas sus banderas, y en tan buen órden como se podia desear. En él abrigaron todos sus soldados que iban rotos y desbaratados, y reconociendo los rebeldes que los españoles eran pocos y desordenados, sacaron los rebeldes de su escuadron algunas hileras bien puestas, y en órden y animosamente cerraron con los españoles, que como habian seguido el alcance tan largo trecho estaban fatigados y no podian retirarse, demás que habia comenzado á llover y estaba el dique resbaloso y con gran dificultad se podia caminar por él; y aunque quisieron los españoles ordenarse y hacer hileras, visto lo mucho que les importaba, no les dieron lugar los rebeldes tampoco para repararse, si bien no habia donde poderlo hacer por ser todo el dique yermo y exento; cerraron con ellos y les hicieron retirar con tanta presteza como los habian

acometido; y como los que estaban en el armadá vieron que los suyos volvian á recuperar lo perdido, se mejoraron algunas charruas y comenzaron á tirar muchos cañonazos á los españoles; los cuales, viéndose acometidos por dos partes sin esperanza de socorro, volvieron las espaldas feamente, perdiendo toda la tierra que habian ocupado, y á muchos dellos les fué forzoso arrojarse al agua de un país anegado que los rebeldes habian roto un dique del rio Mosa para hallarse más fuertes, y por allí se escaparon; y algunas banderas españolas se vieron perdidas (cosa muy nueva para ellas, buscar los que las llevaban dónde poderlas escapar) porque de la armada rebelde habia comenzado á saltar gente en tierra y cogieron las banderas en medio dellos y de los que las seguian. La que estuvo casi perdida fué la del capitan Baltasar de Hortigosa, porque el Alférez que la llevaba desplegada y sobre el hombro dió una caida, y queriéndose levantar con ella se le asió el tafetan á una espuela, no pudiéndola desasir ni levantarse; llegaron los rebeldes sobre el Alférez para quitársela y matarle, pero D. Jerónimo de Vega, Sargento de Baltasar de Hortigosa, sobrino del presidente Hernando de Vega, valiente caballero y natural de Tordesillas, no se habia apartado de su Alférez todo el tiempo que se comenzaron á retirar los españoles, ni tampoco Alonso Vazquez, soldado de su misma compañía, y le defendieron, y viéndose apretados de los muchos rebeldes que cargaban sobre ellos, levantó D. Jerónimo la bandera y la comenzó á defender con mucha gallardía, pero costóle la vida, porque le dieron los rebeldes muchas heridas y le mataron. Alonso Vazquez que no atendia sino á defender la bandera de su compañía, cerró con ellos y se la quitó y dió buen cobro della, y salió herido de un picazo.

Deben mirar mucho los Sargentos mayores en la guerra no permitir á ningun Capitan, Alférez, Sargento ni soldado, por particular que sea, que traiga botas ni espuelas, pues sólo es permitido á los caballos ligeros y á todas las personas que han de pelear á caballo; mas á un infante que sólo á ratos ha de subir en una mala roza (como ellos dicen) ó en un rocin, sólo para ir descansados al peso de la bandera, ¿qué necesidad hay

de adornos, botas y espuelas, como algunos usan en la guerra ir de balandranes y otros trajes de muchos años á esta parte tan embarazosos y de tan mal parecer en la infantería como se deja ver? pues en la guerra, fuera de sus armas, miéntras ménos bagaje y cosas que guardar tuviere el soldado vivirá en mejor órden y policía, pues á su hábito y oficio es muy desembarazado y le afea mucho cualquiera cosa que le pueda dar estorbo. El Maestre de campo Pedro de Paz, todo el tiempo que lo fué y Sargento mayor, no permitió á sus soldados trajes embarazosos, ni capillas en los capotillos de dos aldas, como algunos usan ponérselas, que estando de centinela mal podrán oir ni ver lo que se les encomienda; pero estos tales soldados no tienen ellos la culpa, sino sus Oficiales pues se lo consienten. Si el Alférez del capitan Baltasar de Hortigosa se quitara las espuelas cuando con su bandera cerró con los rebeldes, ó cuando se vino retirando dellos, ni se viera en el peligro que estuvo ni su bandera entre los enemigos, que si se perdiera, no sola su reputacion, pero la de todo su ejército quedara muy empeñada; y así, deben mirar los soldados y Oficiales en semejantes ecasiones despojarse de todo lo que les puede embarazar, para no perder la vida y reputacion que á tanto riesgo de perdella la tuvo esta bandera; y habiéndola juntado con las demas Alonso Vazquez, se fueron retirando, y siempre los rebeldes siguiéndolos con gran esperanza de ganarlas y degollar á todos los españoles. En este medio aún no habian acabado de pasar el puente del rio Mosa y el estacada los demas españoles, por estar tan malo y peligroso como se ha escrito, y tambien el aire y mucha agua que llovia los embarazaba. Sólo las diez banderas del tercio del Maestre de campo Agustin Iñiguez habian acabado de pasar, y otros muchos soldados y Capitanes del tercio de D. Francisco de Bobadilla; y haciendo escuadron los unos y los otros llegaron á tan buen tiempo que abrigaron y recogieron los españoles de D. Juan del Aguila, y los trescientos del coronel Cristóbal de Mondragon, que todos mezclados volvian rotos y descompuestos retirándose de los rebeldes, sobre los cuales tornaron á cargar de refresco en muy buen órden estas diez compañías,

gobernadas de Acasio de Yera, natural de Avila, acreditado y prudente Capitan, y con ellas los demas soldados rotos que habian abrigado, y cerrando valerosamento con los rebeldes les hicieron retirar á espaldas vueltas hasta el escuadron de sus banderas, que tan bien iba marchando y dando calor á sus soldados que cargaban sobre los españoles; y despues de haber peleado de ambas partes animosamente, dejando los rebeldes dos charruas de guardia en la exclusa, se retiraron á su armada y toda la gente española á sus cuarteles, que á no haberlos abrigado y defendido las diez banderas que gobernaba el capitan Acasio de Yera, sin duda los rebeldes aquel dia triunfaran de la nacion española, que no ménos que en esto paran semejantes desórdenes como la que tuvieron.

En esta muy buena faccion se señalaron muchos soldados, particularmente del tercio de D. Juan del Aguila, Francisco Moreno, natural de Baeza, soldado de Hortigosa, que hoy es Alférez reformado en Flandes; y Juanetin de Casanova, y Juan Sanchez de Porras, que hoy es Sargento mayor de la milicia del reino de Granada, ambos soldados de Simon de Itúrbeda; y el alférez Riquelme, natural de Múrcia, peleó honradamente; y el alférez Juan de Inestrosa, y el sargento Andrés Perez, de la compañía de D. Alonso de Mendoza; y el alférez Diego de Nodera, que hoy es Capitan y alcaide del Peñon; no ménos el alférez Pedro de Ibarra, que despues fué Capitan y Gobernador de la Florida en las Indias; y Pedro Fernandez de Siles, hoy capitan en Lisboa; y el sargento Bustos; y Antonio Pinto de Fonseca, Sargento del capitan D. Ramon Cerdan, peleó como valiente soldado; y el cabo de escuadra Gaytan, natural de Talavera de la Reina, se señaló más que otros; y particularmente D. Antonio de Sotomayor, natural de Salamanca, que despues fué Capitan y hoy es Sargento mayor de la milicia del partido de Toro y Zamora, muy acreditado soldado; y ni más ni ménos Juan Serrano, soldado de Torres de Vivero, y hoy Capitan de infantería en el castillo de Lisboa; y los ayudantes Sotomayor y Hernando de Mota; y no ménos Alonso Hortigosa de Tobar, natural del Espinar de Segovia, y otros muchos Ofi-

ciales y soldados deste tercio, que como arremetió de vanguardia, aunque con gran desórden, llevaron lo peor.

El alférez Antonio Sarmiento de Losada quedó preso entre los rebeldes y peleó con ellos con grandísima osadía. Lo mismo hizo Alonso Vazquez, soldado de Hortigosa, y quedó muy mal herido por defender su bandera, como se ha referido; y los Capitanes que deste tercio se señalaron fueron Bartolomé de Torralva, Baltasar de Hortigosa, D. Ramon Cerdan y Torres de Vivero; los demas hicieron lo mismo con mucho valor, y no ménos los trescientos del coronel Mondragon; y de las diez compañías del gobierno del capitan Acasio de Yera, fué Juan Iñiguez, hijo del Maestre de campo Agustin Iñiguez, que con gran valor dió muestras de su persona, y otros muchos; y particularmente del tercio de D. Francisco de Bobadilla, el sargento Francisco María, natural de Baeza, peleó este dia con mucha osadía y salió muy mal herido de un picazo en el pescuezo; y Juan de Ribera Zambrana, natural de Ubeda, animoso y arriscado soldado, siendo una de las ochenta y una picas de la segunda hilera del escuadron al arremeter del primer trincheon, fué de los primeros que subieron y siguió á los rebeldes hasta sus banderas, y embistiendo el conde Holac con su caballo á un soldado, terciándole la pica Juan de Rivera, le hizo retirar y le salvó. Pelearon animosamente Juan de la Rentería, hoy Castellano del castillo de Benasque, en las montañas de Jaca; y lo mismo Iñigo de Otolora, valiente vizcaino, que despues fué Capitan; D. Vicente de Ijar, honrado caballero; y no ménos D. Baltasar de Borja, del hábito de Montesa; y en particular D. Pedro de Arce, que despues fué Capitan en España, muy arriscado soldado y honrado caballero. Otros muchos se señalaron valerosísimamente, y no ménos los rebeldes por ser la primera vez que á españoles se les atrevieron en campaña; mas como vieron tan buena ocasion, no la quisieron perder y pelearon tan bien y con tanto ánimo como se podia desear. Mataron más de trescientos españoles, y los más dellos del tercio de D. Juan del Aguila, que los mataron en la primera escaramuza, y D. Miguel de Cardona y Gonzalo Fernando de

Castro; y del tercio del coronel Cristóbal de Mondragon, al capitan Diego Flores y á Jusepe Cerdan; y de las diez compañías del cargo del capitan Acasio de Yera, á D. Juan del Castillo; y del tercio de D. Francisco de Bobadilla, á D. Pedro Ramirez de Arellano, animoso Capitan y natural de Sevilla. Tambien mataron al Sargento del capitan Torres de Vivero, y á D. Gerónimo de Vega, de la de Baltasar de Hortigosa, de la manera que se ha escrito, y á D. Antonio Brochero, natural de Salamanca, que peleó este dia con grandísimo esfuerzo y mostró bien el ánimo y valor que heredó de sus pasados. En todas las guerras destos países se habia señalado este caballero con mucha gallardía y ánimo. Heridos hubo más de cien españoles, y entre ellos el capitan Juan de Paz y el capitan Baltasar de Hortigosa en una rodilla y quedó estropeado, y el capitan D. Ramon Cerdan y el Sargento de D. Gonzalo Giron, y al capitan Juan Chasco.

De los rebeldes murieron más de setecientos soldados y entre ellos trece Capitanes, y uno, gallardo en extremo, que le decian el Salvaje, y á un Coronel de mucha opinion en los Estados rebeldes, los cuales afirmaron por cosa muy cierta que cuando la última vez los rompieron é hicieron retirar hasta sus banderas, vieron un Capitan muy furioso, vestido de blanco, con una espada sangrienta y una cruz en los pechos muy resplandeciente en un caballo blanco, y que les pareció cosa jamás vista, porque él sólo los retiró é hizo en ellos muy grande estrago. Coligióse era el glorioso Santiago, patron nuestro, que les fué á dar ayuda en aquel dia por haber sido el más aciago que los españoles tuvieron en Flandes. Fué gran desgracia hallarse sin caballería, que á tenerla, de aquella vez quedaran los holandeses rotos y deshechos, porque todas las fuerzas que tenian las habian juntado para esta ocasion.

El conde Cárlos tuvo allí dos compañías de caballos que eran bastantes, y las hizo pasar de la otra parte de la Mosa, y aunque volvió por ellas cuando se comenzó á pelear, como el puente estaba peligroso y malo no fué posible que llegasen á tiempo, ni su persona se halló en esta ocasion por este respeto,

sólo la del Maestre de campo D. Juan del Aguila, por cuya cuenta corrió este dia lo que he referido. Cuando le llegó á Alexandro el aviso deste suceso lo sintió mucho por ser la primera fealdad que los españoles hasta entónces habian hecho en Flandes, ni jamás les sucedió cosa semejante, particularmente el tercio de D. Juan del Aguila, que siendo del Maestre de campo Pedro de Paz, le dió á Alexandro tantas victorias como se han escrito con muy poca pérdida; pero habrase echado de ver lo que importa en las ocasiones del pelear el buen órden y disciplina militar y lo mucho que conviene no hacer ninguna faccion sin caballería, ni sin tener primero bien ordenados y en fuertes escuadrones á los soldados, pues averiguadamente son las fuerzas defensivas de un ejército, y tan poderosas como se deja entender á los que han militado en la guerra.

Los rebeldes quedaron tan ufanos de haber medido sus picas con las españolas, porque hasta entónces, como ya he escrito, no se habian atrevido en muchas ocasiones que se habian ofrecido, si no era detras de las murallas ó trincheones fuertes, que les creció la confianza de poder salir con otras empresas más dificultosas; y si bien en ésta no quedaron del todo vencedores ni señores del campo, por haber recibido los españoles tanto daño, al ménos, ufanos y gloriosos de haber (aunque con pérdida suya) molestádoles este dia, no tanto en las personas como en la opinion, que es lo que más se debe sentir, mayormente cuando se pierde por..... [1] en cosas que no ménos va que la de sus Príncipes; y deseando los rebeldes aprovechar el tiempo ya que sus fuerzas las tenian juntas, las pusieron en ir á ganar al castillo de Batemburque, que, como he apuntado, está en el mismo dique, riberas de la Mosa, á una milla de la villa de Grave, el cual batieron y asaltaron, y no pudiéndolos entrar por la batería, ni los católicos ser socorridos, se hubieron de rendir con pactos de salir con sus armas, banderas y bagajes, á los 23 de Abril.

Con esta empresa, les quedó á los rebeldes toda la tierra

---

[1] Hay un claro en el original.

(por la parte de Grave) más desembarazada y sin ningun padrastro para poder más á su voluntad socorrerla y amunicionarla, y porque pasaba grandes necesidades les daban los cercados mucha priesa por no verse en otras mayores, de suerte que les obligase á rendirse; y dando ánimo á su determinacion, marchó el conde Holac con una buena parte de su ejército, dejándose la otra cerca de la villa de Rabesquem á la del castillo de Mega por haber tenido de los cercados de Grave aviso que rompiendo uno de los diques del rio Mosa (que en aquel tiempo iba muy crecido) se podia anegar gran parte de aquel país con las crecientes y avenidas del rio, y en navíos y barcos pequeños socorrer la villa; hiciéronlo así, y con grandísima osadía y presteza arrojaron treinta y seis barcas en el país que habian anegado para este efecto, cargadas de bastimentos y municiones; y á pesar de los españoles, las navegaron á la villa de Grave sin podérselo estorbar, quedando tan contentos de haberla socorrido, que la noche siguiente, por la misma parte les entraron otras cuarenta barcas muy bien armadas de marineros y lijeras, tan á su salvo como las pasadas, por no podérselo impedir, demás que iban bien guarnecidas de mosquetería y de arcabucería; con todo eso le pareció al conde Cárlos hacer alguna diligencia para estorbar no pasasen más navíos, y con una galeota que estaba en el fuerte de la Barlota y cuatro barcas pequeñas que hizo traer de Bolduque las mandó poner en el paso bien guarnecidas de arcabucería y mosquetería española. Esto fue á tiempo que las barcas rebeldes se habian desvergonzado de manera que pasaban cuantas querian: hubiera sido de gran importancia prevenir ántes este remedio para refrenar sus atrevimientos, haciéndoles el daño que se pudiese, como despues se hizo, porque comenzando á darles grandes cargas desde la galeota y barcas, y ni más ni ménos de encima del dique, con harta arcabucería y mosquetería de que estaba guarnecido, les hicieron conocer cuán mal les habia estado pasar de dia sus socorros con tanta libertad; y como las barcas de los españoles eran pocas y con ruines marineros (que bastaba ser suyas para prometerse cualquier

desgracia por la experiencia que se tiene del mal recaudo que en la navegacion se dan, y lo poco que se precian de marineros, y ménos estimacion que dellos se hacen) se trabucó una barca y se fué á pique, y se ahogaron los españoles que iban dentro, y tambien mataron algunos, y entre ellos al Sargento de Don Francisco de Bobadilla cuando comenzaron á escaramuzar con las barcas de los rebeldes; y á ellos les mataron los españoles más de doscientos soldados y los mejores marineros que tenian, por el mucho cuidado que el capitan Alonso de Espinosa Calderon (natural de Chinchon, que hoy es Sargento mayor de la milicia general de España, en el partido de Guadalajara, valiente y solícito soldado) tuvo en darles muchas y apresuradas cargas; y el capitan Bartolomé de Torralva hizo lo mismo desde una iglesia que estaba anegada por la parte de Grave, y la tenia guarnecida de mosquetería, y era fuerza pasar muy cerca della los navíos ó barcas rebeldes para socorrer á Grave.

Esto fué causa que recibiesen tanto daño, y habiéndola ya socorrido (en las veces que habian pasado) con cuatrocientos soldados más de los que en ella habia, se retiraron á su armada, teniendo en poco esta pérdida por haber conseguido su intento; y pareciéndole iban sus cosas tomando mejor pié, y que Grave se sustentaría mucho con el socorro que le habian entrado, procuraron con las inteligencias que tenian ganar por trato á la villa de Bolduque, y se descubrió en este tiempo y se castigaron á los burgueses que lo hacian, habiéndolos hallado muy culpados, y se supo de otro que tambien habian hecho en la villa de Neoporte, del condado de Flandes, y el Gobernador della, que era el capitan Diego de Avila Calderon, ahorcó al Burgomaestre y á cuatro burgueses, que eran los que habian ofrecido entregar esta plaza á los rebeldes; y si ésta y la de Bolduque señorearan, por ser marinas y de tanta importancia, dieran harto cuidado para haberlas de recuperar.

Parecióle al conde Cárlos de Mansfelt (no obstante que la villa de Grave estaba socorrida) apretarla por todas partes y que sintiesen la necesidad que tenian de comunicarse con los rebeldes, y así dió órden que por donde habian hecho la corta-

dura para anegar el país se les hiciese un fuerte. Púsose en ejecucion y en el mismo dique, á media milla de la villa, se fabricó y puso en defensa con mucha brevedad. Fué de grande importancia, porque se entendió que por aquella parte entraban y salian sus espías con los avisos que llevaban de su armada y ejército, y de lo que pasaba en el español. Entraron de guarnicion con el capitan Bartolomé de Torralva en este fuerte cien soldados españoles, y se mudaban cada dos dias, porque se hacia con toda seguridad. Fabricóse otro fuerte más pequeño á tiro de mosquete de Grave, aunque le salieron á estorbar, trabándose algunas escaramuzas y echando todas sus fuerzas los cercados para que no se hiciese; pero con todo eso se acabó y puso en defensa, y por que les quitó con este fuerte que no pudiesen sacar sus ganados á pacer á la campaña, ni poder hacer leña ni otras cosas que habian menester, y sentirlo mucho, le pusieron los españoles por nombre el fuerte de la Higa, y se la dieron muy grande con él, pues desde entónces no pudo salir de Grave una persona que no se la prendiesen ó matasen. Con éste y los demas puestos que los españoles habian ocupado quedó Grave muy apretada.

Despues de la victoria que tuvo el Teniente coronel Juan Bautista de Tassis del conde de Mur y del coronel Martin Esquenque, cuando se prendió á Monsieur de Villers, sucedió que enviando el conde Guillermo de Nasao dos compañías de á caballo, la una de arcabuceros y otra de lanzas, de la cual era capitan Monsieur de Bordas, caballero francés, y de la otra Bernalt Cessin, á tomar unas barcas que habia en la villa de Estembique, donde estaba la compañía de lanzas españolas del coronel Francisco Verdugo, y yendo estos dos Capitanes á ejecutar el órden que llevaban, se tocó arma, y con algunos garabies del regimiento de Monsieur de la Mota salió á ella el alférez Alonso Mendo, que lo era de la compañía de Francisco Verdugo, y con algunas lanzas los acometió y rompió valerosamente, y prendió al capitan Monsieur de Bordas, y de una herida que sacó murió de allí á pocos dias. Sintió mucho esto el conde Guillermo de Nasao porque le estimaba por ser esforzado Capitan.

Las contribuciones que les habian repartido á los de Frisa para sustentar la gente de guerra no las querian pagar, y siempre que lo habian de hacer era por fuerza de armas; y pareciéndole á Francisco Verdugo que por haber helado mucho y ser el tiempo riguroso era buena ocasion, envió á llamar á Juan Bautista de Tassis, que se hallaba en la villa de Zutfent, y que llevase la mayor parte de la gente que en ella tenia de guarnicion, y que fuese juntamente con el conde Herman de Bergas y Oswolt, su hermano, y los señores de la Coquela y Rinavelt, y entrasen en Frisa á cobrar las contribuciones; y habiéndolo entendido los rebeldes juntaron sus fuerzas, y con mucha cantidad de trineos se pusieron al paso, llevando en ellos su gente y vituallas. Juan Bautista de Tassis no lo supo y prosiguió su camino y quiso entrar en la Vilat, que es un pedazo de tierra en aquella provincia, ganada con diques y con ellos se conserva, y la gente que la habita es muy rica y poderosa. En este medio comenzó á deshelar porque ya era mediado Abril, y el tiempo, aunque riguroso, no tenia tanta fuerza, y por este respeto le obligó á Juan Bautista de Tassis no pasar adelante; y cuando se volvia dió con los rebeldes de improviso, no habiendo sabido dellos; los cuales, viendo que se volvia se apoderaron de un lugar que se llama Huysum, junto á Liewerdt para ocuparle el paso. Juan Bautista de Tassis se puso al rededor deste lugar con la caballería que llevaba, y ordenó á los Condes y demas señores que cerrasen con los rebeldes dentro de Huysum, y que él les guardaria los pasos para que no se escapase ninguno. Hiciéronlo gallardamente, y se comenzó á pelear de ambas partes con grandísimo esfuerzo, y mataron á muchos rebeldes, y ellos algunos católicos, porque el reencuentro fué muy reñido; y habiendo el conde Oswolt peleado con un Alférez de los rebeldes y muértole y quitádole la bandera, por celebrar el contento de la victoria que dél tuvo, comenzó con ella á voltear y hacer muchas gallardías, tremolándola al viento. Fué tanto lo que abrazó la bandera, que se le revolvió el tafetan á la cabeza, y no pudiéndola desenvolver, llegó un soldado católico y le dió un picazo por el

colodrillo y lo mató, creyendo que era Alférez de los rebeldes.

Hizo gran lástima la muerte deste caballero porque era muy animoso y habia dado muy grandes esperanzas de hacer otros muchos y notables hechos. Era diestrísimo en las armas y buen hombre de á caballo; muy discreto y de gran bondad. Murió tambien otro Capitan católico, no ménos valeroso que el Conde, que se llamaba Enrique Vandelde. Quedaron los rebeldes rotos y deshechos; y por la blandura que el tiempo hacia, y no poderse hacer la guerra en aquel país si no es en tiempo de hielos, se retiró á gran piesa Juan Bautista de Tassis con toda su gente á la villa de Groeninghen, donde se hallaba Francisco, Verdugo, y le entregó preso al Teniente del conde Guillermo de Nasao, que se llamaba Steynmalts, hombre noble y valeroso vasallo del rey de Dinamarca. Era Cabo y Gobernador de todos los rebeldes que Tassis habia roto y desbaratado, y cuando tuvo nueva deste suceso su padre, envió un mensajero á Frisa, no sabiendo que estaba preso, á buscarle con cartas suyas y de otros caballeros, sus parientes y amigos, y entre ellas una del Rey. Francisco Verdugo recibió este mensajero y abrió é hizo leer todas las cartas. Lo que contenian era enviarle á llamar á gran priesa porque el Rey tenia gran necesidad de su persona, por haber corrido en esta sazon una voz por los lugares marítimos de que á persuasion de algunos Príncipes y señores de Dinamarca pretendia la Corona imperial y quitarla á quien la tenia. Francisco Verdugo no quiso abrir la carta del Rey como las demas, y se la envió cerrada, juntamente con el prisionero sin quererle llevar ningun rescate, y le escribió que se le enviaba por haber entendido tenia necesidad de su persona para que le sirviese y él no perdiese su comodidad y la merced que le podia hacer; y que á otro Príncipe ninguno de este mundo se le enviaba sino á él; que él quisiera darle un presente de más importancia que un prisionero, y que le recibiese del más ministro y criado que tenia el Rey católico de España, su señor; y que por guardar el respeto á su real carta no la habia querido abrir. Hizo esto Francisco Verdugo, así por usar de su acostumbrada cortesía como por saber por

este camino el fin á que tiraba el rey de Dinamarca, y otras cosas que pudieran ser de algun útil al servicio del Rey, nuestro señor. Y en presencia del de Dinamarca llegó el prisionero y le dió la carta de Francisco Verdugo; y habiéndola leido, se holgó extrañamente de la cortesía y buen término que habia usado, dando libertad á su prisionero y criado porque le honraba y queria mucho. Y estimó extrañamente no haber querido abrir su carta Francisco Verdugo, al cual se la volvió á enviar para que él lo hiciese y que viera lo que en ella escribia á su criado, no sabiendo era su prisionero; y acordándose el Rey que teniendo Francisco Verdugo los años pasados en Holanda á cargo la armada del Rey católico, le habia hecho otro semejante servicio de libertarle unos navíos que de unos vasallos suyos estaban detenidos, quiso en esta ocasion mostrar su grandeza y pagarle éste y aquel servicio con enviarle un muy grande y rico presente, y en él se pareció ser de mano real, y la mayor parte dél envió Francisco Verdugo á Alexandro, que para ser más estimado quiso que participase dél. Conviene mucho y es de gran consideracion que los Príncipes y Generales den cargos en sus provincias á personas prudentes, corteses y bien entendidas, para que en semejantes ocasiones sepan lo que han de hacer con los Reyes, como Francisco Verdugo, pues pudiera ser otro que estuviera en su lugar no tener con el de Dinamarca la correspondencia que tuvo; y cuando bien le restituyera el prisionero fuera por grande interes, y, por ventura, no se lo diera, porque hay hombres tan duros de condicion y poco pláticos, viéndose en su potestad, que les parece pueden vivir sin buenas correspondencias, siendo cierto que los Príncipes y Reyes las han da tener, y que se han menester los unos á los otros; y teniendo criados y ministros que las sepan conservar, pueden vivir seguros de que no disgustarán á los Príncipes con quien tratan y tienen comunicacion; y se vió lo que importó haberla tenido buena Francisco Verdugo con el rey de Dinamarca, pues por su medio supo algunas cosas que deseaba, y avisó dellas á Alexandro, que no poco fruto se sacó para lo que se pretendia.

Alexandro que habia entendido el adverso suceso del tercio del Maestre de campo de D. Juan del Águila en el dique de Batemburque y que los rebeldes por esta causa habian socorrido á la villa de Grave con alguna nota y menosprecio del ejército español, no le pareció dilatar el tiempo sin ir á remediar la flojedad que habia en las facciones que el conde Cárlos hizo en el sitio de Grave, y para hallarse en las que se habian de ofrecer en aquella empresa, y que con su presencia la facilitaria y refrenaria el orgullo de los rebeldes que tanto se habian desvergonzado tomando bríos para salir con sus designios. Mandó que el sitio que Monsieur de Hautepena tenia puesto á la villa de Nus con cuatro mil hombres le levantase y marchase con ellos la vuelta de la villa de Grave y se juntasen con los que tenia el conde Cárlos de Mansfelt. Hízolo así, y pasando por tierras del duque de Cleves, cerca de un fuerte que está sobre el rio Mosa que se llama el de Emedelar, donde habia guarnicion de católicos, llegó á los 4 de Mayo, y porque se tuvo nueva que los rebeldes se habian retirado con su llegada, dió órden el Conde se fuesen á sus cuarteles los trescientos soldados españoles del tercio del coronel Cristóbal de Mondragon, que estaban á cargo del capitan Juan Chasco, y porque tambien por aquella parte diesen cuidado á los rebeldes y al coronel Martin Esquenque que se tenia aviso se rehacia en la villa de Venló, y levantaba de nuevo gran número de infantería y caballería en el ducado de Güeldres. Alexandro se habia aprestado con la diligencia y solicitud que solia, y recogió alguna caballería y llegó con ella al ejército español, que estaba en el sitio de Grave, á los 17 de Mayo deste año, que sabiendo su venida halló á toda la nacion española en escuadron con un regocijo extraordinario. Le hicieron muchas y alegres salvas de arcabucería y mosquetería, mostrando un grande y general contento, que demás de amarle como á padre, les pareció que con su llegada remediaran sus necesidades y se facilitaria la empresa de Grave, como lo hizo. Habíanlas pasado en este sitio todo el invierno muy grandes, y tantas, que aunque no se pueden comparar con las del sitio de Ninoven, casi les parecieron, pues en el fuerte que estaba frontero del de

la Barlota, donde ya escribí estaba el capitan Manuel de Vega Cabeza de Vaca con las banderas del tercio de D. Francisco de Bobadilla, por no poder los soldados dél pasar por el puente, que ya dije cuán peligroso estaba, comieron ocho dias raíces de yerbas, de que enfermaron muchos; y como eran bisoños sentian más las necesidades. Pasáronlas todos en general en el sitio de Grave muy excesivas y extraordinarias.

Llegó con Alexandro el conde Mansfelt, y le pesó mucho de que su hijo el conde Cárlos hubiese procedido tan tíbiamente, y de verle tan embarazado en el sitio de Grave, sin haber hecho en tanto tiempo ninguna buena faccion ni cosa que diese cuidado á los rebeldes, más de lo que se ha escrito; y despues de haber dado todos los Capitanes españoles la bienvenida á Alexandro, y saludádoles como él solia con tanta voluntad y amor, fué á reconocer todos los fuertes, avenidas, puestos, surtidas y cuarteles que habia en el sitio de la villa de Grave, porque su intento no era dilatarlo, sino arrimársele con trincheas y asaltarla, así por atemorizar el brío de los rebeldes como porque en las empresas más dificultosas las facilitaba y salia con ellas; especialmente le dió el cielo una gracia particular para expugnar una plaza, y así de su solicitud y cuidado se prometieron siempre muchos y prósperos sucesos. Y estando este mismo dia junto á un fuerte de la otra parte del rio Mosa, uno de los que habia ganado Monsieur de Hautepena, dispararon de Grave una pieza de artillería y le mató á Alexandro el caballo entre las piernas, y quedó en pié sin atemorizarle ni mostrar alteracion más que si no le hubiera sucedido semejante caso, porque jamás á este animoso Príncipe se le conoció miedo ni mudanza en el rostro en muchos mayores peligros que se le habian ofrecido. Diéronle luégo otro caballo y subió en él con notable serenidad y desenfado, y fué á acabar de reconocer lo que le quedaba para sitiar la villa á la cual iban. En este medio iban á entrar en ella tres rebeldes, uno marinero y los dos soldados, y fueron presos por los españoles; y llevándolos á la presencia de Alexandro los examinó, y le hicieron relacion como vístose tan apretados y con algunas necesidades, intentaban hacer un gran socorro y

entrarlo en la villa por la otra parte del rio Mosa, que es por la del país de Güeldres, donde tenian hecha una media luna en la ribera, á la lengua del agua, frontero de Grave, y sacando desta villa algunas barcas entrar en ellas el socorro; que lo pudieran hacer con sèguridad, sin que los católicos se lo pudieran estorbar por aquella parte, porque por las demas no les era posible por tenerlas ocupadas el ejército católico. Alexandro mandó que cada noche saliesen cuatrocientos españoles de los dos tercios de D. Francisco de Bobadilla y de D. Juan del Aguila y se emboscasen en el lugar y paso por donde se entendia habia de entrar el socorro. Los rebeldes tuvieron este aviso y no se atrevieron á intentarlo con mucha gente por no ser sentidos; les pareció una noche aventurarse por aquella parte un Capitan y cuatro ingenieros con seis soldados de guardia y un Sargento, el cual iba de vanguardia reconociendo por huir de la emboscada de los españoles, y encontróse con uno dellos que estaba de centinela, que se llamaba Martin de Morales, soldado del capitan Alonso de Espinosa Calderon, del tercio de D. Juan del Aguila. Era muy valiente, y tan arriscado como en estos escritos se verá. Fué despues Capitan, y murió entretenido cerca la persona del virey de Aragon; y como descubrió á los rebeldes cerró con ellos con mucha osadía, y prendió á el Sargento, y el Capitan, ingenieros y soldados se volvieron huyendo sin osar ir adelante.

Alexandro le pareció quitar todos los inconvenientes que le podrian estorbar para ganar la villa de Grave, y no habiendo ningunos por la tierra por estar bien ocupada con fuertes y otros puestos, quiso que por la mar no socorriesen la villa, ni por la parte de Güeldres, que era de la otra del rio Mosa; y así le mandó atajar con un puente y estacada, así para estorbar la navegacion como porque todo su ejército se diese las manos sin que la ribera lo impidiese. Hízose con grandísima presteza, á tiro de cañon de la villa de Grave, en la parte más estrecha y más apropósito.

Habia en este medio dado órden que se llevasen al ejército muchas municiones y artillería; y el mismo dia que se habia

acabado el puente y estacada llegaron algunas, y de la villa de Nimega seis piezas de artillería y dos de la de Bolduque, y cinco que llevó Monsieur de Hautepena, que con otras diez que Alexandro habia traido cuando llegó de Amberes, eran de número veinte y tres muy buenas, todas de batir y reforzadas.

Deseaba Alexandro verse con Francisco Verdugo, por haber muchos años que no lo habia hecho, y pareciéndole buena ocasion el hallarle tan cerca, le envió á llamar, y para tratar con él á boca muchas cosas del servicio del Rey, su tio, que no las podia remitir al papel, particularmente para la entrada que deseaba hacer en Holanda. Llegó Francisco Verdugo con trescientos alemanes y su compañía de lanzas españolas, y se vió con Alexandro, y acordaron de poner en ejecucion la empresa de Arnem despues de haber ganado á Grave; y porque en este medio le llegó nueva á Francisco Verdugo que era muerta su mujer, no estuvo con Alexandro más de tres dias; y pidiéndole licencia para irla á enterrar, se la concedió y se volvió con la gente que trujo á Groeninghen donde la habia dejado enferma; y los pocos dias que estuvo ausente, ocupado con Alexandro, pareciéndoles á los rebeldes se detendria en el sitio de Grave, y que no podria acudir á todas partes, sitiaron un fuerte que estaba guarnecido de soldados católicos, frontero de la villa de Nimega, de la otra parte del Rin, que era uno de los que habia ganado Monsieur de Hautepena al coronel Martin Esquenque. Batiéronle y diéronle dos asaltos, y aunque los cercados se defendieron animosamente, se hubieron de rendir por no poder ser socorridos. Salieron con sus armas y bagaje. Eran valones, y se rindieron á los 29 de Mayo deste año.

En la villa de Brujas habian quedado algunos burgueses á devocion de los Estados rebeldes (no obstante que cuando la rindió el príncipe de Simay al Rey, nuestro señor, habia puesto en ella Alexandro guarnicion católica y dádoles oficios y magistrado á quien lo eran) habian tratado en este tiempo de entregarla á los rebeldes, y juntaron en la villa de Ostende más de cuatro mil hombres para irla á ocupar, por ser villa tan grande y de mucha importancia. Los burgueses que hacian este trato

les despacharon que fuesen con brevedad y les entregarian la villa.

El correo que llevaba las cartas deste aviso era católico y bien intencionado, y se fué con ellas á Monsieur de la Mota, que gobernaba á Gravelingas; y viendo lo mucho que importaba remediar una cosa tan necesaria, juntó con mucha priesa algunas tropas de gente de las guarniciones más cercanas, y se entró con ella en Brujas, y poniendo recaudo en esta villa la presidió y castigó á los burgueses que hacian el trato rigurosamente; y habiéndolo entendido Alexandro le dió las gracias de lo bien que habia remediado este negocio.

Ya en este tiempo se iban los españoles arrimando á la villa de Grave, y Alexandro mandó recoger todo su ejército para tenerle más á la mano en lo que se podia efrecer en esta empresa; hizo que se desalojase el tercio viejo del coronel Cristóbal de Mondragon de los cuarteles que tenia y fuese á Grave, porque siempre se habia estado en ellos desde que salió de la isla de Bomel, salvo los trescientos soldados que gobernaba el capitan Juan Chacon, que siempre habia andado con el rigor del tiempo con el tercio de D. Juan del Aguila, que en todo el sitio de Grave llevaron el peso de los trabajos, y no ménos el tercio de D. Francisco de Bobadilla; y en los alojamientos que habia tenido el tercio del coronel Cristóbal de Mondragon entró á ocuparlos en su lugar el capitan D. Sancho Martinez de Leiva con cuatro compañías de acaballo y la suya que era de lanzas españolas, para la seguridad y conservacion de aquel país, y que con ella pudiesen ir libremente bastimentos al ejército español. Y habiendo ya Alexandro recogídole todo, se arrimó con trincheas á la villa de Grave, que era lo que él deseaba para dar fin á una empresa tan prolija, y las comenzó á abrir á 1.° de Junio.

Los tercios de españoles de D. Francisco de Bobadilla y de D. Juan del Aguila, por la parte de la villa de Rabesquen, sobre el dique de la Mosa, y en el mismo sitio plantaron cinco piezas de artillería; y los italianos y demas naciones con la gente que habia llevado Monsieur de Hautepena por la de Venló, y

el tercio viejo de españoles del coronel Cristobal de Mondragon se puso de la otra del rio Mosa, frontero de la villa de Grave, que es á la de Güeldres, el rio en medio, y allí plantó doce cañones gruesos de batir; y ya abiertas las trincheas y plantada toda esta artillería para batir y asaltar á Grave, le vino aviso á Alexandro que el Burgomaestre de la villa de Nimega, con inteligencias que habia tenido con los rebeldes, se la queria entregar, siendo ayudado de algunos caballeros de Nimega, y que sólo aguardaban que Alexandro comenzase á batir á Grave para entregársela aquel mismo dia, porque viéndole ocupado en aquella faccion lo podian hacer más á su salvo. Alexandro envió luégo por el Burgomaestre y demas culpados y los hizo castigar á todos rigurosamente, y mandó fuese un trompeta á Grave á decirles de su parte al Gobernador que la defendia y á los demas rebeldes, que si querian la paz y entregar la villa al Rey, su tio, les haria buenos pactos, y que le parecia buen acuerdo por excusar la mucha sangre que se podria derramar, que se rindiesen; donde nó, que era forzoso ganarla por fuerza de armas, no obstante que en cualquier tiempo usaria con ellos de su acostumbrada clemencia. No quisieron oir al trompeta ni respondieron ninguna cosa.

Este mismo dia por la mañana, que fué el de *Corpus Christi*, visto por Alexandro su obstinacion, mandó batir la villa por las partes que le habia plantado el artillería, y por la de donde estaban los tercios de D. Francisco de Bobadilla y de D. Juan del Aguila batieron un rebellin que estaba en la ribera del rio Mosa, y lo mismo hicieron las doce piezas que habia plantado el tercio viejo del coronel Cristóbal de Mondragon, de la otra parte del rio, para que con más brevedad se pudiera arrasar.

A las cuatro de la tarde se acabó de hacer la batería, y mandó luégo Alexandro que los capitanes Torres de Vivero y Sancho de Solís arremetiesen con cincuenta soldados españoles al rebellin, y que se apoderasen dél y lo sustentasen. Hiciéronlo con mucho valor y osadía, y los rebeldes se defendieron valentísimamente y les arrojaron á los españoles muchas guirnaldas de fuego, bombas y artificios, y tiraron (sin el arcabuce-

ría y mosquetería, que fué mucha) gran cantidad de piedras y otras cosas que bastaron para hacer retirar de la batería á los españoles, que raras veces se ha visto la nacion española volver el pié atras en semejantes ocasiones; pero en ésta tuvieron una sola disculpa, que los muchos fuegos arrojadizos que los rebeldes les tiraban los abrasaban, y para defenderse dellos fué necesario arrojarse al rio muchos soldados; pero volviendo en sí entre el fuego y la vergüenza en que habian caido, recuperaron el valor de lo que tenian perdido y tornaron á arremeter con singular esfuerzo, sin que el mucho fuego, humo, piedras y otras cosas se lo estorbasen, y se pusieron sobre la batería y ganaron el rebellin; y teniéndolo ya señoreado y peleando de ambas partes porfiadísimamente, mandó Alexandro que les hiciesen la seña de retirarse, pareciéndole debian de estar tan fuertes los rebeldes que no convenia ganalles la villa por aquella parte, sino que se les abriese la batería por otra que no fuese tan fuerte, y que no era justo pereciesen allí aquellos cincuenta españoles, porque como siempre usaba hacer las facciones sin derramamiento de sangre de sus soldados, procurando siempre que no aventurasen las vidas, no quiso en esta ocasion que las perdiesen hasta ver el mejor y más breve remedio que el tiempo le ofrecia, y salir con la empresa.

Retiráronse del rebellin los que habian quedado con vida, porque muchos dellos la perdieron, y entre ellos el capitan Sancho de Solís, é hirieron muy mal al capitan Torres de Vivero y al capitan Juan Ruiz de Villaoslada, y á otros muchos soldados de pedradas y quemaduras; y este dia, por la mañana, habian muerto los rebeldes al capitan Sotomayor. Era valeroso y prudente soldado, natural de Guadalajara. En este asalto, que no fué poco reñido, les mataron los cincuenta españoles á los rebeldes más de doscientos soldados con los que habia muerto el artillería cuando se batia el rebellin. Estos cincuenta soldados fueron escogidos de todos los tercios españoles, y los más dellos Alféreces reformados; y los que más se señalaron fué Juan de Rivera Zambrana, ya nombrado, que peleó valerosamente; y Francisco Moreno y Alonso Hortigosa de To-

var, y los alféreces D. Francisco de Borja, Cristóbal de Montero, D. Bartolomé de Amaya, Martin de Morales, Gaspar de Biedma y Andrés de Castron de Toledo, que peleó con los demas animosamente; y D. Francisco Luzon se señaló con más brío que otros, y salió herido de un arcabuzazo en el brazo izquierdo; y no ménos el alférez D. Fernando Barrionuevo, y Juan Caballero de Ibarra, y Salvador de Amaya, y Gonzalo de Tero, y Alonso Vazquez.

Otro dia, por la mañana (al tiempo que Alexandro habia mandado que de nuevo comenzase la batería por la misma parte, por haberse informado era la más flaca, y con determinacion de darles un asalto general), salió un atambor de la villa con una carta para Alexandro pidiéndole los cercados la paz, tan deseada en aquella ocasion dellos, como de ántes la habian aborrecido, temerosos de perder las vidas, pues solos los cincuenta soldados españoles que arremetieron el rebellin los habian apretado tanto y puesto sus vidas tan á riesgo, no osaron esperar el segundo asalto, y esto les hizo más que otra cosa rendirse; y con gran temor pedíanle pactos misericordiosos; y como Alexandro no les habia negado su clemencia, se los concedió, y aquel mismo dia se hicieron, y el siguiente salieron rendidos con sus armas, banderas y bagajes, que fué á los 6 de Junio. Serian mil hombres, muy buenos soldados, y mandó Alexandro les diesen pasaje en unas barcas por el rio Mosa hasta Bomel, pasando por el castillo de Mega, é hizo reedificar la batería y presidiar, abastecer y amunicionar la villa de Grave, y habiéndose hecho bastantemente, ordenó al conde Cárlos de Mansfelt que con alguna infantería valona fuese sobre el castillo de Mega y le ganase. El Conde lo fué á poner en ejecucion, y en llegando á él se le rindió sin batería. Los de la villa de Nimega, que como ya he escrito, habian tenido inteligencias con los rebeldes, estaban algo temerosos de que Alexandro no les diese algun castigo; y como la nacion flamenca es variable, y que en este medio deseaban darse á los rebeldes, le pareció ir á la villa de Nimega aquel mismo dia y hacerles un parlamento, y como tenia particular gracia en saber ganar

voluntades, se las llevó tras sí y dejó á todos los burgueses tan contentos y satisfechos, que por muchos años no se entendió dellos ninguna novedad; y habiendo hecho Alexandro esta aprovechada diligencia, se volvió á Grave.

El mismo dia que el conde Cárlos fué sobre el castillo de Mega iban dos barcas cargadas de bastimentos al castillo de Batemburque, que las enviaban los rebeldes. Acertáronlas á descubrir veinte soldados españoles; emboscáronse y dieron sobre ellas y las rindieron y saquearon. En este medio pasaban los del castillo de Batemburque muy gran necesidad, y con esta pérdida quedaron sentidos y desconfiados de socorro, y algunos soldados se fueron con los rendidos de Grave, porque forzosamente pasaron por allí por no verse padecer, visto que las barcas se las habian ganado los católicos; hizo Alexandro que en aquel puesto se detuviesen algunos dias los rendidos de Grave, y que no se desembarcasen hasta tener nueva que se habian rendido los del castillo de Mega, porque no se juntasen con ellos, haciendo más fácil la empresa que con todos juntos si se mezclaran, como lo fué; y habiendo el conde Cárlos acabádola, le mandó Alexandro fuese con la misma gente sobre el castillo de Batemburque. Hízolo así, y en llegando á él, como estaban temerosos por saber que Grave se habia rendido con las demas plazas y que á la buena fortuna de Alexandro nadie la podia contrastar, se rindieron luégo sin hacer más diligencia que habérselo enviado á decir. Serian trescientos soldados rebeldes, muy buena gente. Salieron sin armas, banderas ni bagaje. Presidió el Conde el castillo y con toda su gente se volvió á Grave, y en ella mandó Alexandro se entrasen todas las municiones y artillería con que se habia batido, salvo la que se sacó de la villa de Nimega, porque mandó se le restituyese.

Cuando el Gobernador que defendia á Grave llegó á Inglaterra, le hizo la Reina cortar la cabeza por no haber peleado con los españoles hasta acabar las vidas, pareciéndole habia perdido la nacion inglesa muy gran reputacion en no defender aquella plaza. Alexandro deseaba limpiar todas las que estaban por los rebeldes en la ribera de la Mosa, para que todas trata-

sen y se correspondiesen, siendo del Rey, su tio, pues cualquiera que quedara por ganar no podian comunicarse, ménos en las demas villas y lugares de todos aquellos contornos. Por este respeto dejó la empresa de la villa de Arnem, que como he referido, habia concertado con el coronel Francisco Verdugo de irla á ganar, que pienso fuera de más importancia para la seguridad del ducado de Güeldres y Frisa, como por ser la verdadera entrada para Holanda; pero Alexandro mudó de parecer y mandó que las municiones y artillería que habia hecho entrar en Grave se embarcasen en la Mosa y caminasen la vuelta de Venló, villa que está en la misma ribera y la tenian los rebeldes muy bien presidiada, y á devocion del coronel Martin Esquenque, el cual inquietaba desde esta plaza todas las de los católicos y sus contornos, y eran sus entradas y salidas para correr todo el ducado de Güeldres, y tenia seguros todos los pasos para Frisa, y molestaba todos los moradores destas provincias.

Esto hizo á Alexandro dejar la empresa de Arnem, y tambien porque deseaba mucho coger al Esquenque en Venló, donde se entendia que estaba; y para descuidarle y poderlo hacer con más seguridad hizo derramar nuevas por todo el ejército que iba con él sobre Güeldres. El Esquenque, no muy advertido, creyó el designio y desguarneció á Venló, dejándola con no más de trescientos soldados, y los demas hizo entrar en Güeldres y en Vagtendon, que es un castillo y presidio muy fuerte, pareciéndole que estando aseguradas y guarnecidas estas dos plazas no iría Alexandro á la de Venló; mas como era tan solícito y no se descuidaba en ninguna cosa, ántes que el Esquenque mudase de acuerdo y se previniese, mandó á Monsieur de Hautepena que, á la ligera, se adelantase con un buen número de gente de las naciones, y con algunos soldados españoles que hizo Alexandro sacar de doce compañías, cuatro de cada tercio, y parte de la caballería, y fuese junto á la villa de Venló y ocupase todos los pasos y puestos para que no entrase ningun socorro ni persona en la villa; y al conde Mansfelt y á su hijo Cárlos dió órden, otro dia siguiente, á los 13 deste, fuesen con los alemanes y borgoñones y algunos valones con

parte de la caballería y cuatro piezas de artillería, y sitiasen el fuerte de Val, que está en la ribera de la Mosa, uno de los que en ella tenia el coronel Martin Esquenque. Llegó el Conde con esta gente y lo batió, y los rebeldes que estaban dentro, sin darles el asalto se rindieron á merced de Alexandro, y se la hizo de que saliesen con sus armas y bagaje. Este mismo dia se levantó con el resto del ejército del sitio que habia tenido en Grave, y fué á toda priesa á media legua de Venló, porque tuvo aviso que la iba á socorrer el Esquenque y á entrarse dentro con ánimo de defenderla; y aunque esto era lo que Alexandro deseaba para haberle á las manos, tuvo por mejor cogerle los pasos por si podia matalle ó prendelle. Llegó á tan buen tiempo (aunque era á media noche) para poder hacer algo de la faccion que deseaba, porque despues de haber requerido las guardias y los puntos que habia ocupado Monsieur de Hautepena, sin saber el coronel Martin Esquenque que estuviese allí el ejército español, llegó dos horas ántes del dia con trescientos caballos y fué á dar sobre un cuerpo de guardia de la caballería italiana, y pasó por él rompiendo las centinelas hasta llegar á una emboscada que tenia Monsieur de Hautepena con los españoles y demas gente que habia llevado, y queriendo abrir portillo para pasar adelante con su gente, cerró una barrera Alonso de Ribera Zambrana, Alférez del Capitan de D. Pedro de Luna, y la guarneció y defendió con algunos soldados, que fué causa que el Esquenque no pasara por aquella parte; y habiéndose tocado arma en los demas, dieron sobre él con mucha presteza y osadía, haciéndole volver las espaldas, y se fué retirando á rienda suelta, á vista de todos los escuadrones del ejército católico; la caballería italiana y española le fué dando el alcance hasta encerrarlos en el castillo de Vagtendon, y si no mudara de caballo quedara preso ó muerto. Matáronle más de cien soldados de los trescientos que llevaba, y en prision quedaron más de setenta.

Este mismo dia, que fué á los 15 de Junio, se arrimó Alexandro con todo su ejército á la villa de Venló; y otro dia llegó el conde Mansfelt con la gente que habia ganado al castillo de

Val, y toda el artillería tambien, que eran veinte y tres piezas y las municiones que se habian embarcado en Grave por el rio Mosa. Comenzóse á hacer en él un puente de barcas para servicio del ejército y darse la mano con la gente que estaba á la parte de la villa de Roremunda, que eran los italianos, algunos valones y alemanes y parte de la caballería que Alexandro habia hecho pasar para ganar una media luna que tenian forticada los rebeldes en la lengua del agua, como la que hicieron en Grave en la misma ribera. Mandó Alexandro que se comenzasen á abrir las trincheas para asaltar la villa á toda priesa, y que se zapase un rebellin por la parte donde estaba el tercio del Maestre de campo D. Juan del Aguila, y luégo hizo arremeter á la media luna; y entendiéndolo los rebeldes que la defendian se rindieron ántes de llegar á las manos, y pidiéronle que se querian quedar en el servicio del Rey, nuestro señor, y Alexandro se lo concedió. Eran cincuenta soldados de los viejos que tenian en su servico los Estados rebeldes. Este propio dia, que fué á los 19, dió Alexandro órden á Monsieur de Hautepena que fuese con alguna caballería é infantería y seis piezas de artillería á ganar el castillo de Val, que estaba por el Esquenque. Hízolo con mucha brevedad, y despues de haberle abierto una buena batería, ántes de darles el asalto les convidó con la paz, y no queriéndola admitir los rebeldes, les dió el asalto y los degolló á todos, peleando de ambas partes valerosamente. Acabada esta facion se volvió Monsieur Hautepena al ejército español.

Este mismo dia mandó Alexandro que, en la media luna que se habia ganado de la otra parte del rio, se plantase el artillería, por parecerle sitio y lugar más conveniente para abrir la batería á Venló y asaltallos por la lengua del agua: desta otra parte, que era la más flaca, comenzóseles á batir las defensas con diez piezas gruesas, y aquella misma noche ordenó Alexandro que fuese el tercio de españoles del coronel Cristóbal de Mondragon á ganar una isla que está entre el rio Mosa, y á un brazo que de ella sale y pasa por junto á las murallas de Venló y en ella habia un pequeño fuerte. Hiciéronlo así, y habiéndolo ganado se atrinchearon en la isla. Siempre iba el

tercio de D. Juan del Aguila zapando el rebellin, aunque le mataron alguna gente, porque de noche sacaban luces los rebeldes sobre la muralla y tiraban á ojos vistos á los españoles que zapaban; y aunque D. Juan del Aguila sabia muy bien lo que habia de hacer, por su mucha experiencia y soldadesca que habia aprendido, se le dió culpa por no haber hecho al principio lo que despues, que eran algunas mantas ó reparos para que los soldados se cubriesen y zapasen con más seguridad, y como no se hizo, le mataron muchos y muy buenos.

Los rebeldes de Venló que vieron que por tantas partes los iban apretando y con tanta presteza, y que el socorro del Esquenque se lo habian roto, trataron de rendirse y no venir á las manos con los españoles. Los burgueses solicitaban la paz con los soldados que tenian de guarnicion, temerosos no los saqueasen y matasen los españoles, y habiéndose conformado los unos y los otros de rendirse, otro dia siguiente, á las cuatro horas de la tarde, se oyeron en la villa grandes voces y extraordinario ruido, tanto, que puso en arma á todo el ejército español creyendo querian salir á las trincheas, y fué que los soldados y burgueses se habian desconformado sobre si se rendirian ó nó; pero al cabo de un gran rato se descubrieron todos sobre la muralla y dieron grandes voces á la gente del ejército español pidiéndoles á gran priesa no les tirasen ni hiciesen mal, porque se querian rendir, que no poco les pesó á los soldados, porque esperaban, ya que á Grave no la habian saqueado costándoles tanta sangre y trabajos, se holgaran hacerlo en Venló. Alexandro mandó suspender las armas y envió un trompeta á Venló para que si querian la paz saliesen á tratalla. Hízolo el Gobernador, y habiendo platicado de los pactos y conciertos, se rindieron, dando la obediencia al Rey, nuestro señor; y otro dia siguiente salieron sin armas, banderas ni más bagaje que el que pudiesen llevar acuestas. Serian trescientos soldados, buena gente. Estaba dentro la mujer del coronel Martin Esquenque y un hermano suyo. Alexandro mandó los llevasen á Ostral para que desde aquel lugar se fuesen donde quisiesen. Rindióse esta villa de Venló, dia del glorioso San Pedro, á los 29

de Junio deste año. La gran solicitud y presteza que Alexandro tuvo en sitiar esta plaza, quitándole los socorros y arrimándose á ella por todas partes con tanta brevedad, fué causa del buen suceso; y le tendrán todos los Generales en las empresas que hicieren imitando á este prudente Capitan, que por el servicio del Rey andaba tan cuidadoso y desvelado como se ha visto; y de tal manera, que si era posible, cual el otro Alejandro, no dejaba lo de hoy para mañana ni lo diferia. Con esto y la buena suerte que tenia atropellaba inconvenientes y vencia imposibles, y con su presencia acababa cualquiera cosa que tenia entre manos; y si la de Grave estuviera hasta entónces en las del conde Cárlos, aunque era muy valiente y osado Capitan, la ventura y dicha le acompañaba pocas veces, que si estas andan unidas con el valor y prudencia de un General saldrá con cuanto se le encomendare. Estas y otras muchas partes tenia Alexandro que alcanzaba tantas victorias como en estos sucesos se han visto y se verán.

A los 3 de Julio mandó Alexandro á Monsieur de Hautepena que con una buena cantidad de gente de las naciones del ejército español, y alguna caballería, y con seis piezas de batir fuese á ganar el castillo de Esbal, que tambien estaba por el Esquenque. En llegando á él se le arrimó con trincheas, y en comenzándole á batir un torreon se rindieron los soldados rebeldes que le defendian. Serian cincuenta; buena gente. Salieron sin armas ni bagaje. Presidiólo Monsieur de Hautepena de infantería católica, y volvió victorioso al ejército español. Este mismo dia iba el coronel Esquenque á socorrer este castillo, y en el camino supo que era rendido y no pasó adelante, y se volvió corriendo las campañas de los católicos, haciéndoles todo el daño que podia con cuatrocientos caballos que llevaba, y encontró con una compañía de lanzas católicas que iban de Frisa al ejército español. Estaban apeadas y dando de comer á sus caballos en unas praderías por tenerlos cansados y serles forzoso llegar aquel dia al ejército. El Esquenque gozó de tan buena ocasion, y cerrando con ellos los rompió y prendió la mayor parte; y algo más adelante encontró con ochenta valones que

iban á pecorea ó á correr la campaña; y como le reconocieron, se arrimaron con mucho valor y presteza á unos setos, de donde comenzaron á escaramuzar y á dar á la gente del Esquenque algunas cargas, el cual les envió á decir que no se resistiesen, que les daba la palabra que si se rendian que los dejaria ir libres al ejército católico. A los valones les pareció acuerdo provechoso, porque si se apeaban los rebeldes y cerraban con ellos, por ser como se ha escrito cuatrocientos hombres, que se habian de perder, y debajo de la palabra del Esquenque rindieron las armas, y le suplicaron que pues eran soldados de sueldo y no fragales les guardase la palabra. Hízolo tan mal, que se la rompió y los degolló á todos, salvo dos ó tres que se huyeron y llevaron la nueva al ejército. Débese mucho mirar en la guerra la persona que en semejantes ocasiones da la palabra, y que sea de tanto crédito y valor que la seguridad della les haga fiarse y creer se les ha de guardar: mas del Esquenque, ¿cómo se podia fiar nadie que fuese católico, como lo eran estos valones? Pues habiendo perdido tantas veces el respeto á Dios, viviendo tan licenciosamente, haciendo á amigos y á enemigos una misma cara, y la guerra tan abiertamente como la hacia, que aunque era dichoso y osado Capitan, faltábanle muchas partes para alcanzar tan famoso nombre. Bien conocido le tenia Alexandro, y más el coronel Francisco Verdugo, pues aunque confesaban ser el provecho para el servicio del Rey, nuestro señor, no negaban su crueldad y modo de proceder, particularmente ser tan grande hereje como se ha visto.

Francisco Verdugo estuvo esperando la órden de Alexandro para el sitio de la villa de Arnem, creyendo que, ya que no lo puso en ejecucion despues que ganó la de Grave, lo haria en acabando lo de Venló, y aunque Alexandro lo deseaba, parece que se lo impedian otras cosas de no ménos consideracion, porque ofreció mucho tiempo habia la palabra á Ernesto de Baviera, obispo de Colonia, de ganarle la villa de Nus, situada en las riberas del Rin, que el conde de Murs se la habia ganado por inteligencias y la presidió de gran número de rebeldes y enemigos de la Iglesia, y le corrian todas sus tier-

ras y molestaban los moradores, de suerte que no podian vivir en paz; ni el Obispo, aunque lo procuraba, desarraigar la herejía de la gente que allí se habia recogido de las fronteras de Brabante; y pareciéndole á Alexandro que era bien ántes que se pasara la sazon del verano cumplirle la palabra, marchó del sitio de Venló (despues de haberla guarnecido y amunicionado) con todo el ejército español; y á los 9 de Julio llegó á Nus en dos dias, y despues de acuartelado y reconocido los puestos, le llegó aviso que los rebeldes habian ido por la parte de Flandes sobre un fuerte donde estaba guarnicion católica, y no pudiéndolo ganar, desembarcaron mucha gente en la isla de Vater, y fueron á poner sitio á Hasselt, villa muy fuerte y de importancia; está á dos leguas del fuerte del Saso que con inteligencias que habia tenido la pensaron ganar por trato, y lo mismo al Saso; y si les sucediera como lo intentaron, fuera muy gran pérdida por ser la llave de Gante y seguridad del Condado de Flandes, y desde él corrieran todos los países de Brujas, y su franco con los de Ypre, y dándose la mano con los rebeldes de Ostende y la Exclusa, pusieran en grande trabajo y miseria todo aquel país. Parecióles que con seguridad saldrian con esta empresa por ver á Alexandro ocupado en las de Brabante, donde viéndole empeñado le fuera dificultoso ir por tierra tan distante á socorrer las marinas de Flandes, donde, siendo ellos señores de la mar, con tanta facilidad podian con sus armadas inquietar aquellas partes, como lo hacian; y habiendo tenido el coronel Cristóbal de Mondragon, Castellano que era del castillo de Amberes, aviso que los rebeldes eran desembarcados en el país de Vas ó isla de Vater; y el designio que llevaban, con grandísima presteza y con el cuidado que él acostumbraba hacer todas sus facciones como experimentado Capitan, sacó de su castillo algunos españoles y otros de la guarnicion de la villa de Terramunda, y fué la vuelta de los rebeldes (habiendo avisado ántes á Monsieur de la Mota que, con alguna gente de las guarniciones del Condado de Flandes, se viniese á juntar con él) que tambien habia tenido el mismo aviso, y llegó con dos mil hombres. Llegaron cerca de

Hasselt con estos y con los que el coronel Mondragon llevaba, y tomaron los pasos á los rebeldes; y viendo que los habian entendido sus designios y que no podian hacer efecto ni faccion, se volvieron á embarcar en su armada y se fueron á sus guarniciones. El coronel Cristóbal de Mondragon y Monsieur de la Mota hicieron lo mismo, dejando más bien presidiada que estaba á la villa de Hasselt, y prendieron y castigaron á los que se tuvo sospecha tenian inteligencias con los rebeldes.

El mismo dia que Alexandro puso sitio á la villa de Nus, que fué á los 11 de Julio, desampararon los rebeldes un fuerte y un trincheon que tenian ocupados en una isla pequeña que hace el Rin cerca de la villa. Á Alexandro le pareció para más apretalla ocupar aquel puesto con cien soldados españoles del tercio del Maestre de campo D. Francisco de Bobadilla, porque estaban más cerca del rio y junto del cuartel donde alojaban. Fué con ellos el capitan D. Juan Chacon, valiente soldado, y hoy Maestre de Campo de infantería española en el castillo de Lisboa, ocupó el puesto en la isla, como se le habia ordenado, y reforzó el trincheon con un buen cuerpo de guardia para si los rebeldes quisieran volver á apoderarse de lo que habian dejado.

Otro dia siguiente iba de Colonia navegando por el Rin una charrua de armada con gente católica, llena de bastimentos y los llevaba al ejército español; y pareciéndoles á los soldados que iban dentro seria bien dar una vista á los de la villa de Nus que estaban sitiados, se acercaron á las murallas; los rebeldes que vieron que siendo tan pocos se les desvergonzaban, salieron á ellos más de ochenta soldados y comenzaron á escaramuzar con ellos valientemente; y como los de la charrua eran muy pocos y no pudieron resistillos, se fueron retirando al trincheon donde estaba el capitan D. Juan Chacon con los cien españoles, y para dar calor á los de la charrua que se iban recogiendo, hizo salir algunos soldados á escaramuzar con los rebeldes, y los unos y los otros se encendieron de manera que se peleó más de una grande hora con mucha gallardía de ambas partes; mas apretándoles los españoles

con gran osadía, hicieron retirar hasta la villa á los rebeldes, y como della vieron que se habian empeñado tanto, sacaron más infantería y gran tropa de caballería, y con animoso coraje, cargaron sobre los españoles, y para que no se pudiesen retirar al trincheon les cogieron las espaldas. Á D. Juan Chacon le pareció enviarles á socorrer con más soldados de refresco, y les dió órden que desempeñasen los primeros soldados, que lo estaban mucho, y se viniesen todos retirando al trincheon. No fué esto tan á tiempo como quisieran, aunque lo procuraron, pero no les fué posible hacer más diligencia porque los rebeldes con su caballería se habian puesto entre el fuerte y la gente española que estaba peleando con los de la villa; y aunque procuraron retirarse á sus puestos no fué posible, ni tampoco desempeñarlos, pero procuraron irse al trincheon que estaba dividido del fuerte, aunque con muy gran trabajo, y en él los cercaron los rebeldes por todas partes con mucho número de infantería y caballería, y les dieron dos asaltos habiendo muerto algunos de ambas partes; y porque á los españoles les habian faltado las municiones y no tenian con qué tirar á los rebeldes, peleaban con las espadas, que era muy poca defensa para las muchas cargas que los rebeldes les daban de arcabucería y mosquetería, y ser tantos que no los podian ofender ni resistir los españoles, ni tampoco ser socorridos por no haber ocupado el paso del rio, que fué la causa de su mal suceso y de tener más brío los rebeldes del que tuvieran; y con él y haber perdido el miedo á los arcabuzazos, porque no habia quien les tirase, cerraron valentísimamente con los españoles y degollaron la mayor parte dellos, sin quedar vivos más de doce soldados, y muy mal heridos, y se los llevaron presos á la villa, y tambien al capitan D. Juan Chacon, que aunque habia peleado con mucho ánimo no pudo resistir tantos rebeldes como habian cargado. En esta faccion mataron al capitan D. Antonio de Pazos, que por curiosidad fué aquel dia á ver el fuerte. Serian treinta soldados los españoles que mataron, y de los rebeldes fueron más de ochenta, sin otros muchos heridos. Sucedió esto á los 15 de Julio. Sintió Alexandro mucho que sin haber

podido socorrer esta gente le fuese tan mal, y más de que el capitan D. Antonio de Pazos, que por ser tan curioso le costase la vida; y bien pudiera estarse en su puesto, que era la obligacion que tenia, y no por desampararlo dar mal ejemplo á los soldados, pues debe el que lo es en las ocasiones de la guerra no apartarse un punto de su bandera y puesto sin expreso órden de sus Oficiales y superiores, pues pudiera suceder haber de hacer alguna faccion este Capitan con su compañía, y no hallándose en ella al tiempo de la ocasion perder más que la vida, que en no ménos se estima que la reputacion, y aunque no la perdió por ir sin órden donde le matasen, tampoco ganó ninguna por haber sido en tan mala ocasion.

Ya Alexandro se comenzaba á arrimar á la villa por todas partes, haciendo abrir las trincheas por las que le pareció más convenientes para salir con la empresa de Nus, y los rebeldes que habia dentro se defendian con mucha gallardía. La nacion italiana, con las demas, se iban con sus trincheas mejorando al arce del foso; y la española con las suyas hacia lo mismo, y los unos y los otros con igual trabajo resistian el orgullo de los rebeldes, que por tener dentro una buena cabeza que los gobernaba se defendian con mucho ánimo. En esto consiste el buen suceso de las ocasiones, pues siendo esforzado el Capitan lo serán todos sus soldados, y si tibio y flojo, de la misma manera.

A los 16 de Julio llegó al ejército español Ernesto de Baviera, obispo de Colonia, á verse con Alexandro, y á darle las gracias de la merced que le habia hecho en quererle ganar aquella villa. Este mismo dia salieron della los rebeldes, que pareciéndoles podrian coger descuidados á los españoles en sus trincheas, les acometieron con grandísima ferocidad y osadía, pero fueron resistidos con mucho brío y les hicieron retirar, habiéndoles herido algunos soldados y muerto á dos; y pareciéndoles habian sacado poco fruto desta salida, y deseando hacer algun daño al ejército español y atemorizar á sus soldados para quitarles el brío y fuerzas que podrian tener si los asaltasen, salieron segunda vez de la villa, á los 21 de Julio, y dieron en las trincheas de los italianos, acometiéndoles por tres partes

con mucho ánimo y presteza; y habiéndoles cogido algo descuidados, no hicieron la resistencia que convenia, y apretándoles los rebeldes les hicieron perder los puestos y las trincheas, retirándose feamente; y los demas italianos que estaban en el cuartel acudieron á socorrerlos con mucha gallardía, volviendo á recuperar lo perdido, y los rebeldes se retiraron á la villa con pérdida de dos soldados, habiendo ellos muerto treinta italianos, y entre ellos al capitan Julio Grimaldi, y otro muy mal herido. Estas dos salidas de los rebeldes fueron causa para que las demas naciones del ejército español estuviesen alertadas y con las armas en las manos; y fué de mucha importancia, porque otro dia siguiente salieron de la villa los rebeldes tercera vez, y dieron con grandísima presteza en las trincheas de los borgoñones, y halláronlos tan bien puestos y apercibidos que les obligó á volverse á la villa con dos soldados heridos. El Gobernador della, que se llamaba Kloet, gran soldado y mayor hereje, habia querido tentar los ánimos de los que tenian sitiados; y así, por todas partes hizo salidas, como se ha visto, así para que se conociese el ánimo que tenia como por amedrentar sus enemigos; que es buena industria á los principios de una guerra hacerse conocer con las armas en la mano para tener siempre en desvelo y atemorizados á los contrarios.

Ya en este tiempo habian llegado de la villa de Roremunda ocho piezas de artillería que esperaba Alexandro, y muchos pertrechos y municiones que sólo faltaban para batir la villa, y con estas ocho llegaron á número de treinta y seis piezas gruesas de batir, las cuales hizo Alexandro plantar en cuatro camaradas; y luégo envió un trompeta á decir al Gobernador y á los Capitanes que estaban con él que se rindiesen y les haria buena guerra, con pactos tan á su gusto como los pudieran desear. El Gobernador respondió lo haria de muy buena gana, y que suplicaba á Alexandro le hiciese merced de dalle veinte y cuatro horas de término. El se las concedió; y en tanto que se cumplian se fortificaron á grandísima priesa por aquella parte donde tenian plantada el artillería. Hiciéronlo á este fin, y no para rendirse como se tuvo entendido; y ya cumplido el tér-

mino, que fué otro dia por la mañana, tocaron una caja y dijeron querian hablar con Alexandro; y habiéndolos oido, le pidieron cuatro pagas que se les debia de sueldo, y otras cosas muy desenvueltas é impertinentes, no usadas ni vistas en la guerra á soldados sitiados, y por ningun caso convenia que Alexandro se las concediese. Y visto no habian salido con su pretension, intentaron una maldad jamás vista en la guerra, que estando hablando con ellos debajo de palabra y sobre seguro, suspendidas las armas de ambas partes como se acostumbra, armaron y guarnecieron la muralla de mucha arcabucería y mosquetería y dieron grandes y apresuradas cargas á los católicos, obligándoles á retirarse, aunque sin pérdida, con mucho peligro, y le tuvo Alexandro tan grande que se entendió no se retirara con vida; pero jamás se le conoció mudanza en el rostro ni en los pasos hasta que llegó al cuartel con los que le acompañaban; y como era tan prudente y experimentado Capitan, entendió el falso intento de Kloet, y que habia sido aquella plática por suspenderle las armas en tanto que se fortificaban, y matar con aquella traicion á cuantos pudiesen, particularmente á Alexandro, pues era de creer habia de estar presente á lo que platicaban. Quedó tan corrido y enojado, que mandó que á toda priesa, otro dia siguiente, que fué el del apóstol Santiago, patron nuestro, al amanecer, abriesen la muralla batiéndolos apresuradamente por dos partes, no obstante que estaba plantada el artillería por cuatro. Hízose como se deseaba hasta las seis de la tarde, y estando las baterías hechas mandó Alexandro las fuesen á reconocer el sargento Pedro de Aybar, natural de Cazorla, valentísimo y arriscado español, y el capitan Barlota, que lo era de una compañía de valones y no ménos gallardo y animoso; y habiendo hecho entrambos muy buena relacion, y que se podia arremeter y dar el asalto, mandó Alexandro que se diese, pero que se ganase primero un torreon que estaba arrimado á una puerta de la villa, adonde se habia hecho la batería, y que allí se hiciesen fuertes para poder mejor ganar otra puerta que está más adentro, en otra segunda muralla, porque esta villa tiene dos y es algo

fuerte, y en medio de ambas hay un foso ó barbacana antigua. Envió Alexandro veinte soldados españoles á cargo del sargento Pedro de Aybar, y le ordenó arremetiesen con ellos y ganase el torreon y la puerta primera que estaba batida. No pasó adelante, aunque lo hizo gallardísimamente, por estar cortado el paso entre las dos puertas y barbacana, de altura de una pica en alto, y así se fortificó en el torreon y puerta batida con tanta presteza y denuedo, que aunque los rebeldes procuraron echarle del puesto que con tanto ánimo habia ocupado aquella misma noche, no salieron con ello y perdieron algunos soldados que les mataron los españoles en dos asaltos que les dieron, despues de haberles batido el torreon. Los que le defendian pelearon muy bien, demás de ser gobernados por un tan animoso soldado como Pedro de Aybar. Uno dellos fué Alonso de Mesa, natural de Gibraltar, y el que primero subió á él de ocho soldados de su compañía que se habian señalado, y de los demas lo hicieron con singular esfuerzo en cuanto allí se ofreció.

Otro dia siguiente, que fué el de la gloriosa Santa Ana, mandó Alexandro que se continuase la batería de la villa de suerte que se les pudiese dar el asalto sin dilacion. Hízose así, y á las ocho de la mañana, despues de reconocida la batería y puesta en órden la gente, mandó Alexandro arremeter á ella. Hiciéronlo valerosamente los españoles que tenian la una batería. Entraron primero en la villa matando y rompiendo á los rebeldes que la defendian: de otra batería que tenian los italianos no lo hicieron ménos bien, pero entraron algo despues, y los unos y los otros comenzaron por dos partes á apretar á los rebeldes que habian quedado vivos, y á espaldas vueltas les hicieron huir y encerrar en un pequeño castillo que está dentro en la villa. Las demas naciones del ejército español entraron despues por las baterías y comenzaron á saquearla con poca piedad, pero no toda porque los rebeldes tenian hechas tres minas para volar á los soldados católicos que entrasen por aquellas partes, y habiendo volado las dos á tiempo que andaba la furia del asalto, hicieron algun mal, pero no el que podian esperar. Con todo eso se pegó fuego á las casas, sin que se pudiese saber ni en-

tender quién lo habia hecho, y comenzó á arder la villa á gran priesa. Fué á tiempo que se habia levantado un recio viento, y ayudó al fuego de manera que en breve espacio se quemó la mayor parte de la villa. Hubo pareceres que los rebeldes lo habian hecho para que los católicos no se aprovechasen del saco; otros que de las minas que habian volado se emprendió; esto tengo por más cierto, si bien no se averiguó. La desgracia pasó adelante y el fuego hacia su oficio con grande admiracion del ejército por no poder nadie acudir al remedio; viendo la confusion y voces de niños y mujeres, que por librarse del fuego daban en las manos de los soldados católicos, Alexandro con la presta diligencia que solia en semejantes ocasiones, habia entrado á caballo en la villa y puesto gran remedio en librar al pobre vulgo que andaba descarriado. Hizo recoger las más personas que pudo, á quien libró de la muerte. Los que no hallaron tan buen valedor caian en los brazos della donde perdian las vidas. El fuego habia hecho tanto estrago, que de seis mil casas que tenia la villa no quedaron en pié ciento; quemáronse todas las demas, y estas no quedaran en pié si milagrosamente no detuviera el fuego nuestro Señor para no pasar adelante, respeto de un cuerpo santo que un burgués católico tenia en su casa, y sin llegar á ella, reservó no se quemasen las demas que se seguian. Fuera este saco muy rico y lo quedaran todos los soldados del ejército español, por ser Nus villa situada (como ya he apuntado) en las riberas del Rin, de gran tráfago y mercadurías por el comercio y trato de la navegacion, y estar en los confines de Flandes y entradas de Alemania y Frisa, donde tiene grandes correspondencias con el reino de Dinamarca y otras provincias ricas y poderosas. Tenia de guarnicion mil y quinientos soldados, grandes herejes, que murieron á manos de los católicos en el asalto, sin quedar vivos más de los que se retiraron al castillo, que serian cien hombres, á los cuales mandó Alexandro ahorcar aquella tarde; y al gobernador Kloet le hizo dar garrote, al cual hallaron en su casa herido de dos arcabuzazos. Lo mismo hicieron de dos Capitanes que se habian retirado con él, sin que los unos ni los otros con-

fesasen la fe católica. Acabaron como herejes, y Kloet, siendo persuadido á convertirse respondió le diesen á beber, y bebió tanto vino (como entre ellos se acostumbra, en particular si se ven en el artículo de la muerte cuando por justicia se les dá) que no la sintió tanto como los demas que estaban en su más libre juicio. Desta manera acabaron estos herejes; y Kloet, que ántes habia pensado ser todo el poder de España muy poco para ganarle la plaza que defendia, tan grande era el ánimo deste Capitan, pero mal fundado, pues se prometia esto. El ni los demas quisieron conocer por señor al obispo Ernesto de Baviera, ni por cabeza de la Iglesia de su obispado. Sólo decian que la villa de Nus era libre y no reconocia superioridad á nadie sino al Emperador, y que sólo era Ernesto de Baviera obispo de Liege.

En este tiempo llegó al ejército español un Nuncio de Sixto V, Sumo Pontífice, que le enviaba con carta y embajada para Alexandro, agradeciéndole ser tan verdadero Capitan de Dios y de su Iglesia romana, y en premio le envió el estoque y capelo que consagró la noche de Navidad, que es una ceremonia usada de los Pontífices, cuyo capelo y estoque guardan para los Reyes y Príncipes defensores de la fe católica; y habiéndolo sido tanto Alexandro, y que ninguno hasta hoy con mayor celo y fortaleza se le pudiese igualar, quiso Su Santidad (siendo tan digno de tan gran merecimiento) darle lo que tan justamente era suyo; y el primer dia del mes de Agosto deste año, estando todo el ejército español en lucidos y formados escuadrones, así caballería como infantería, mostrando un grande y general contento con muchas salvas y escaramuzas, recibió Alexandro de mano del Nuncio y legado de Su Santidad el estoque y capelo con las ceremonias acostumbradas, y asimismo gran número de indulgencias y perdones, y muchos granos benditos para que repartiese á los soldados y Capitanes de su ejército. Quedó Alexandro con este honrado favor enviado de la mano del Potífice tan agradecido y contento como se puede imaginar, y en acabando de recibirle, que fué en presencia del obispo Ernesto de Baviera y de otros Prelados, Príncipes y Señores

de su corte, dieron los escuadrones muchas y apresuradas cargas, continuando las escaramuzas hasta la noche que se fueron á sus cuarteles.

Tenia Alexandro determinado de ir á poner sitio y ganar la villa de Berquerin ó de Rimbergue, que por estos dos nombres es llamada, y por haber otras del mismo en Flandes, y estar ésta situada sobre la ribera del Rin toma dél este apellido, porque siendo esta plaza de Ernesto de Baviera, obispo de Colonia y hallarse presente, instó con Alexandro se la fuese á ganar por habérsela ocupado el conde Murs, de la misma manera que hizo á la de Nus; no lo pudo rehusar, si bien deseaba desembarazarse de las cosas del Obispo por acudir á las del Rey, su tio, y aunque es verdad todo era servicio suyo, pues se hacia en defensa de la fe católica. Parece que estando la reina de Inglaterra unida con los Estados de Flandes, y que procuraba con todas sus fuerzas ayudar á los Estados rebeldes, era justo acudir á ellos y resistirlos como á cosa más propia; pero habiendo hecho ya Alexandro resolucion de ir sobre Rimbergue, mandó retirar el artillería de las baterías que se habian hecho á la villa de Nus, y la mayor parte della y muchas municiones las hizo embarcar en algunos navíos con infantería de escolta por el rio abajo, y por tierra dos compañías de caballos para que fuesen más seguras la vuelta de Rimbergue. La demas artillería marchó con el ejército para lo que podria ofrecerse. Divulgóse por todo él como la jornada era cierta para Rimbergue, y habiéndolo creido así algunos, les costó la vida, como á su tiempo lo veremos. Parecióle á Alexandro, yendo marchando con su ejército, sitiar la villa de Murs, que lo es del Conde deste nombre, gran hereje y Capitan de los rebeldes, y su Gobernador de algunas provincias suyas, como ya he escrito; y habiéndose acampado el ejército cerca desta plaza, envió Alexandro un trompeta al Gobernador della que la rindiese, donde nó, le abriria las trincheas y la ganaria por fuerza de armas; pero si con tiempo lo hacia, echaria de ver en los conciertos cuánto le habria valido admitir la paz que le ofrecia. El Gobernador respondió que de muy buena gana entregaria la plaza á su Alteza

con condicion que fuese para el Rey católico, pues la iba á conquistar, y no para el obispo de Colonia, que como todos los herejes le aborrecian por ser tan gran católico y buen Prelado no podian disimular el rencor que le tenian; y tambien les parecia que siendo del conde de Murs aquella villa, no era justo se diese al Obispo, que es lo que ellos tenian creido. Alexandro les envió á decir que no seria sino del Rey, su tio, y que desto les daba la palabra y de dejarlos salir como quisiesen. El Gobernador aceptó este partido, y con sus soldados, que eran trescientos, buena gente, desamparó la villa y salieron della con sus banderas, armas y bagaje; y quedándose todo el ejército acampado en este sitio, partió Alexandro otro dia siguiente con mil españoles y alguna caballería y fué á reconocer á Rimbergue.

Estaba dentro el coronel Martin Esquenque con tres mil hombres escogidos, que por haber sabido que Alexandro la iba á sitiar á persuasion del obispo de Colonia, no mirando que era suya aquella plaza, se habia entrado dentro con gente escogida con intento de defendella. Tenia en el rio dos charruas de guerra para dar aviso á las islas de lo que se ofreciese, porque si fuese necesario le enviasen socorro, y para traerles bastimentos siempre que los hubiesen menester, que como el Rin es tan caudaloso no se lo podia estorbar si no era con un armada poderosa. Pusiéronse estas charruas el rio arriba para estorbar no viniesen por el Rin bastimentos de Colonia al ejército español, que no era el ménos importante designio para necesitarlo y hacer cuanto daño pudiesen. Alexandro reconoció la villa y todos los puestos y avenidas que tenia, y cogió en prision algunos rebeldes que habian salido á tomar lengua del intento que llevaba, pero cayeron en sus manos y se informó dellos de todo lo que pasaba y deseaba saber de Rimbergue. Retiróse dél y volvióse á Murs, donde habia quedado el ejército. No quiso detenerse en este sitio, más de haberle elegido para su corte todo el tiempo que estuviese sobre Rimbergue. Levantóse dél otro dia siguiente con todo el ejercito, que fué á los 9 de Agosto y pasó con todo él en escuadron cerca de Berquerin

donde le tiraban algunos cañonazos, sin que hiciesen mucho daño, y habiendo pasado á vista della, comenzó á marchar una legua de allí á una villa pequeña que se llama Alpe, presidiada de rebeldes. Envióles á decir Alexandro que se rindiesen, donde nó, les abriria la batería y daria el asalto; y como vieron que á su gran valor nadie era bastante á oponerse, y el suceso de los de Nus, y que á cualquiera plaza que llegaba se le rendia luégo, les pareció hacer lo mismo. Pidieron la paz y concedióela Alexandro y les hizo merced de que saliesen con sus armas, banderas y bagaje. Este mismo dia se rindieron otros dos castillos (de voluntad) que estaban cerca de Alpe, guarnecidos de rebeldes. Presidiáronse de soldados católicos.

El dia que el ejército partió de Murs, no creyendo algunos que pasara á sitiar la villa de Alpe, sino que se quedara sobre Berquerin, adonde habia corrido la voz que se iba, se quedaron atras algunos soldados enfermos, mujeres y vivanderos, y otras gentes menudas del bagaje por no poder seguir el ejército, respecto de haber llovido mucho y estar los caminos muy malos y lodosos. Quedáronse en algunas casas y otro dia salió el coronel Martin Esquenque con alguna caballería á batir las estradas y á tomar lengua del designio de Alexandro; y hallando esta gente pobre y enferma, dió sobre ellos y los degolló á todos y desbalijó, sin dejar ninguno con vida. Serian cien personas entre soldados, mujeres, niños y otros. Era cruel Martin Esquenque; jamás perdonó amigos ni á enemigos en ninguna ocasion que se le ofreció; y ántes de pasar adelante no puedo dejar de escribir dos yerros que en la partida del ejército español hubo, no sabré á quién dar la culpa, si bien el Comisario general de la caballería no pudo estar libre della, ménos su Capitan general, Alexandro, no pudo prevenir á todo, pues dadas una vez las órdenes necesarias, y sabiendo cada uno las que le toca observar, no habia para qué advertir dejasen en la retaguardia del ejército, como se acostumbra, algunas compañías de caballos, que esto toca al General de la caballería, y más habiendo de pasar por tierras de enemigos; pues si el dia que se fué cerca de las murallas de Berquerin en buena razon de

guerra se habian de quedar en la retaguardia algunas tropas de caballos para la defensa de la infantería, por si de súbito dieran en ella los rebeldes, y tambien ántes de salir de los cuarteles y alojamientos recoger todos los enfermos, mozos, mujeres y gente menuda y echarlos de vanguardia; y si lo hubieran hecho no sucediera haberlos degollado tan sin piedad como lo hizo el Esquenque; y en cosas tan claras y costumbres de guerra tan conocidas, no hay que advertir más de que fué un descuido muy grande, y no sé cuál pueda ser más, pues se sabe que de retaguardia de un ejército, aunque vaya marchando por tierras de amigos ha de llevar caballería, así para la guardia y defensa della, y que vaya muy abrazada con la infantería de retaguardia, como para batir las estradas y recoger toda la gente cansada y enferma que se queda atras, y algunos soldados traviesos y desmandados que suele haber para volverlos y hacer ir á sus puestos. No ménos yerro fué mudar de intento en el camino de ir á ganar el ejército la villa de Alpe, habiéndose dado la órden y corrido la voz que iba á la de Rimbergue, porque teniéndolo así creido, aquella pobre gente católica que mató el Esquenque se quedó por el mal tiempo en aquellas casas donde perdieron las vidas; y si supieran que el ejército pasaba una legua más adelante de Berquerin, nó se desabrigaran dél ni quedaran atras, pues se esforzaran á caminar visto les quedaba á las espaldas aquella villa enemiga.

Mucho importa que un ejército encaminado á una jornada no la deje, porque mudar de intento sin primero recoger todo lo que puede quitar la reputacion, pues se sabe que un solo bagaje que se lleve el enemigo se pierde, claro está cualquier mal suceso, y no por falta del Capitan general, sino por la de sus ministros; y si Alexandro mudó de parecer en el camino fué con acuerdo de su Consejo, pues no emprendió cosa que no fuése vista en él; y es cierto que daria la órden á los Sargentos mayores y Comisario general de la caballería y al marqués del Vasto, como dueño della, y pues era del Consejo de Guerra de Alexandro no era menester advertirle lo que le tocaba para dar las órdenes á sus ministros y que todos supiesen lo que

habian de hacer; pero como los descuidos de la guerra no tienen disculpa, con escribir yo puntualmente lo que este dia pasó se conocerá lo mucho que importa no perder un solo punto el órden y costumbre militar que se tiene cuando un ejército va marchando en ocupar los puestos que á cada uno le toca, pues basta una vez advertirlo un Capitan general para que se observe lo que ordena.

Habiendo Alexandro guarnecido la villa de Alpe y los dos castillos que se le rindieron, levantó el ejército, á los 13 de Agosto, y marchó á Berquerin y le puso sitio; y si á alguno le pareciere que pudiera haber dejado la empresa de Alpe para despues de la de Berquerin, pues era tan fácil, con que se hubiera redimido la sangre que vertieron aquellas cien personas que acabaron á manos del Esquenque, se ha de entender que, como el sitio de Rimbergue habia de ser más largo, no quiso Alexandro tener cerca dél tierra enemiga que le corriese é inquietase la gente y cuarteles de su ejército, sino quitar primero todas las que habia en aquellos contornos que le pudieran molestar, y esta fué la causa de haber ganado ántes esta plazas que la de Berquerin; y cuando determinadamente fué sobre esta villa no mudara de parecer y fuera á Alpe, quedara en medio destos inconvenientes y no haber mirado el que hubo ántes de ponerse en camino.

No todas las veces los Consejeros de un Capitan general mudan de parecer tan de súbito en una ocasion que no les quede la puerta abierta para todo lo que se ofreciere, pues está ya muy aprobado en la guerra que es de prudentes Capitanes mudar de parecer y consejo, y el que Alexandro tenia, no todas las veces de uno como todos los demas del mundo, resolvia lo que convenia; y así se ha de entender que, aunque su determinada voluntad era ir derecho á sitiar á Berquerin, convino ganar primero á la villa de Alpe, como se hizo, por las causas y razones ya escritas. Llegó Alexandro á Berquerin, y habiéndole puesto sitio se comenzó á acuartelar el ejército. Toda la infantaría de las naciones tomaron sus puestos y cuarteles á la parte de la villa de Alpe, muy cerca della, y con esta gente quedó el

marqués del Vasto con la mayor parte de la caballería. Los tres tercios de españoles se alojaron de la otra parte de Berquerin, que es á la de la ciudad de Colonia, cerca de una villa fuerte que se llama Osen, que es donde estuvo la persona de Alexandro; y toda su corte como tengo escrito, se aposentó en Murs; y porque en este medio sucedió un caso digno de admiracion me ha parecido escribirle. De los soldados enfermos que mató el Esquenque el dia que salió de Berquerin á batir las estradas, le dieron á un español veinte y siete heridas mortales y entre ellas un arcabuzazo que le pasó el cuerpo, y teniéndole por muerto, le desnudaron y dejaron en cueros entre los demas, y estaba arrimado á una zanja y en el agua hasta la mitad de las piernas. Dos dias despues que el ejército llegó á poner sitio á Berquerin fueron dos soldados valones á buscar paja y horcones para formar su barraca, y llegaron cerca de donde estaba aquel soldado herido, el cual, como oyó ruido de gente, dió voces y llegaron á ellas los dos valones, y viendo que las daba un hombre en cueros, el cuerpo en el lodo y los piés en el agua, tan seco y ensangrentado, con tantas heridas que ya las bocas dellas estaban muy hinchadas, corruptas y llenas de gusanos, se admiraron cómo podia hablar un hombre tan desemejado. Preguntáronle de qué nacion era; respondió que español, del tercio de D. Francisco de Bobadilla y soldado de la compañía de Juan Ruiz de Villaoslada. Los soldados valones, movidos de piedad, hicieron una angarilla con unos palos atados con las cuerdas de sus arcabuces y le pusieron en ella, y sobre los hombros con inmenso trabajo le llevaron al cuartel de su compañía. Conociéronle sus camaradas; llamaron el médico y cirujanos: dijeron que no era posible vivir aquel hombre, ni sus heridas podian ser curadas, por estar corruptas y llenas de gusanos, la carne toda azul y podrida, que sin duda milagrosamente vivia y que no podian entender otra cosa. Confesáronle y recibió los Sacramentos y al cabo de dos dias murió como un santo. Diez estuvo en el agua y lodo, y en carnes vivas, sin comer bocado, de la manera que se ha escrito. Averiguóse que era buen cristiano y muy devoto de Nuestra Señora, y que de

las pagas que habia recibido en Anamur, cuando llegó de España, y de otros dineros que lícitamente y con su trabajo podia adquirir se lo enviaba á una madre pobre y á una hermana doncella que tenia en España, tan necesitadas que no podian alimentarse. Déjase bien entender que todo esto fué suficiente para que este soldado no muriese sin confesion y se salvase.

Alexandro envió á llamar al coronel Francisco Verdugo, que pues se hallaba tan cerca, recogiese alguna gente y fuese al sitio de Berquerin, así para tratar con él algunas cosas del servicio del Rey, su tio, como para que su gente si se ofrecia hiciese alguna faccion, y que se juntase con la del duque de Saja de la otra parte del Rin, que por órden de Ernesto de de Baviera la traia á cargo, y por ser la villa suya le iba á favorecer, y su gente la llevaba á su costa. Eran seiscientos alemanes repartidos en tres banderas, y algunos valones que sacaron de las guarniciones de su Obispado, y trescientos cuarenta caballos, vasallos del Duque, muy buenos soldados. Esta infantería y caballería se juntó con la de Francisco Verdugo, que eran trescientos valones infantes y dos compañías de caballos. Alexandro dió órden, á los 15 de Agosto, que de los tres tercios de españoles fuesen cuatrocientos soldados y ocupasen los puestos que habian de tener los de Francisco Verdugo y del duque de Saja, y habiendo llegado á ellos y acuarteládose, mandó Alexandro que los unos y los otros se embarcasen en unos pontones que habia y en una charrua de armada, y fuesen á ganar una isla que hace el Rin con un brazo que dél sale, que está frontero de la villa de Rimbergue.

Pusiéronlo en ejecucion, y sin que los rebeldes la defendieran la ganaron, y los que habia en ella se fueron huyendo á la villa en unas barquillas pequeñas que tenian. Alexandro quiso ocupar este puesto para limpiar la ribera del Rin y que no entrase por ella bastimentos á Rimbergue y apretalla por aquella parte, pareciéndole no la podia ganar por batería, habiéndoselo dado así á entender, que no poca suma de dineros se gastaron por haber tenido este engaño en el largo y prolijo sitio desta plaza, que con lo que ella costó al Rey, nuestro señor, se

pudieran haber conquistado otras muchas mayores y tenido muy buen suceso; y es cierto que si Alexandro se hubiera arrimado con trincheas la ganara y con la zapa sin ninguna dificultad por ser plaza poco fuerte, y otras más inexpugnables las ganó y facilitó el sitio; y los defensores que habia dentro, aunque eran muchos, estaban muy atemorizados por este respeto, y más que todos ellos la cabeza y Gobernador que tenian; que, como ya he escrito, era el coronel Martin Esquenque, y habia hecho una puerta falsa en la muralla que salia al rio donde tenia una pequeña barca para irse huyendo cuando se viera apretado de Alexandro, el cual prosiguió en el sitio siendo mal informado de otros que no tenian tan buena intencion como Francisco Verdugo, que no podia ganar por batería, pero él le dijo siempre la verdad, y que con la zapa seria señor della con mucha brevedad, como despues se vió por experiencia ser plaza más flaca que otras muchas.

Mandó Alexandro otro dia siguiente, despues de haber ganado la isla, que entrasen en ella cuatro piezas de artillería, y las plantaron frontero de Berquerin ó Rimbergue, que ya he escrito es una misma villa, aunque se llama por estos dos nombres. Pusiéronse en una punta que la isla hace, y della mandó Alexandro batir tres charruas de armada que estaban junto á la villa; y temiendo no las echasen á fondo, zarparon y se fueron Rin abajo; pero no lo pudieron hacer dos ó tres barcones que estaban arrimados á las charruas, porque habiéndolos batido se echaron á fondo. En tanto se hacia esta faccion hablaban los rebeldes de encima de su muralla á la gente que estaba en la isla y les decian, como suelen, algunas libertades, particularmente un español que se llamaba Fulano Cabañas, que habia muchos dias servia á los Estados rebeldes, que, como ya he escrito, él y otros andaban olvidados de Dios en tan mal estado; mandó Alexandro que no los respondiesen ninguna cosa, no obstante que no cesaron de hablar todo el tiempo que los católicos se fortificaron en la isla, y por Gobernador de la gente que en ella habia entrado nombró Alexandro al capitan Agustin de Herrera, natural de Valladolid. Sargento mayor del tercio de

D. Juan del Aguila, valeroso soldado, y tan valiente como amado de los soldados, que por su buen proceder y partes era digno de otras mayores honras y mercedes: murió Maestre de campo y castellano de Gante. Ordenóle Alexandro hiciese en la isla un fuerte; púsolo en ejecucion Agustin de Herrera, y se hizo inexpugnable. Duró la fábrica cerca de un mes con grande asistencia de Alexandro, y cuando estuvo en defensa le hizo guarnecer con cuatro compañías de las del duque de Saja, y con seis piezas de artillería y muchas municiones, y Agustin de Herrera con el resto de la gente, salió de la isla y fué á sus cuarteles.

Milord Robert, conde de Licestre, General de la reina de Inglaterra, que, como tengo escrito, despues de la muerte del príncipe de Orange servia á los Estados rebeldes, andaba en este tiempo con el ejército que habia formado de ingleses y de irlandeses, y de los flamencos rebeldes, campeando la vuelta de Arnem. Alexandro tuvo nueva que se iban á juntar con él un gran número de herreruelos que por órden de Isabel, reina de Inglaterra, se levantaban en aquellos países, y que habian de pasar por el de Linghen, y para estorbarles el paso ordenó á Francisco Verdugo que fuese con la gente de su cargo y procurase deshacer esta caballería y romperla. Partióse del ejército católico con la gente que habia llevado á él y con la más que pudo recoger, y tomó los pasos y avenidas por donde los herreruelos se habian de ir á juntar con el conde de Licestre; pero no fué de efecto por no haberle tenido la leva desta gente, porque enviando Francisco Verdugo corredores á tomar lengua y saber el designio que tenian, la trujeron de que por falta de dinero se deshacian todos y se volvian á sus casas, y habiéndose certificado desta verdad, recogió su gente y se fué la vuelta de Grol y allí supo como el conde de Licestre iba á sitiar la villa de Disburque, donde habia de guarnicion una compañía del regimiento del baron de Velli. Francisco Verdugo puso otra del suyo, y les entró las municiones necesarias para defenderse, y porque no podia oponerse con la gente que tenia á la de Licestre, que era un ejército muy poderoso, se retiró; con él llegó

sobre Disburque y le sitió y abrió dos baterías, y por no tener la muralla terrapleno, sino ser toda casa muro, hizo fácil la entrada; y queriéndolos dar el asalto, se rindieron los soldados católicos, los cuales desarmaron y dejaron ir libremente, poniendo en prision á los Capitanes de las dos compañías y al Gobernador de la villa; y aunque Francisco Verdugo dió aviso á Alexandro, que pues no estaba más de siete leguas de allí fuese á socorrer á Disburque con todo su ejército, no lo hizo porque en este medio se hallaba embarazado batiendo la armada rebelde; y sabiendo que habia ocupado la ribera, media legua de Rimbergue, más abajo de la ciudad de Vesel, salió á los 11 de Setiembre con cuatro piezas de artillería y la comenzó á batir para desalojarla, y aunque los rebeldes lo pudieran estorbar, no lo hicieron, estando alojados en una abadía que está en la misma ribera, con intento de ir á socorrer á Berquerin, pero tampoco se determinaron. Hicieron estos enemigos de Dios en ella las mayores maldades que jamás se han visto en ella.

Habia diez y siete cuerpos santos, y aunque los quemaron todos, permitió Dios milagrosamente quedasen enteros los huesos sin que el fuego los pudiese consumir. Procuramos recogerlos todos y los entregamos á los Abades que de en medio de los rebeldes se habian huido. Quemaron toda la iglesia y la mayor parte de la casa, la cual tenian hecha caballeriza. Y habiendo desalojado Alexandro los navíos rebeldes y dejado en defensa el fuerte de la isla de Rimbergue, partió con el ejército español, á los 12 de Setiembre, y fué á alojar á media legua de la villa de Sante, que lo es del duque de Cleves, y otro dia siguiente pasó el caudaloso Rin con todo el ejército, dejándose todo el bagaje dél en la villa de Burick con algunos alemanes y valones de la guarnicion, y parte de la caballería, bien en contra la voluntad de los burgueses, que tambien son vasallos del duque de Cleves. Hízolo Alexandro por complacer al obispo de Colonia, por sujetar á la ciudad de Vesel y serle muy desobediente con ser tierra suya. Es otra segunda Ginebra y áun pienso que le es igual: vívese en ella con grandísima libertad, y públicamente se predican las nuevas religiones y todos los

templos profanados. No sé yo en este tiempo cómo esté esto, pero en el que digo, estando el ejército allí cerca, entré algunas veces y no ví en todos los templos una sola imágen donde hacer oracion.

Toda la ciudad estaba llena de herejes sin haberla podido el Obispo sujetar ni de nuevo plantar la fe de Cristo. La persona de Alexandro se quedó á alojar en Burick, y todo el ejército en la abadía donde los rebeldes habian alojado. Allí hizo alto quince dias y al rededor della se acuarteló todo el ejército, porque por estar la mayor parte quemada no cupo en ella más de la caballería.

En este tiempo mandó Alexandro que en las cuatro esquinas de la abadía se trazasen cuatro caballeros y se fortificasen. Hiciéronse muy buenos y de suerte que abrazaron y hacian través á todas las cuatro cortinas. Esta abadía está riberas del Rin, á la parte del país de Munster, y frontero della mandó hacer un fuerte que abrazaba el mismo dique del Rin, y desde él á la abadía se hizo un puente sobre el Rin, de muchas y grandes barcas, y tan fuerte que pasaba toda el artillería por él y el bagaje del ejército, y demás de ser de tan gran servicio para él, lo hizo Alexandro á fin de quitar la plática del Rin con las villas rebeldes que estaban en su ribera, particularmente para que por el agua no pudiese ser socorrida la villa de Rimbergue. Abrazaban las cabezas destos fuertes todo el puente: en ellos mandó Alexandro entrar guarnicion de soldados de las naciones y alguna caballería, y despachó luégo á Francisco Verdugo para que se fuese á ver con él á la villa de Burick, donde se hallaba, y habiendo de pasar por el castillo Ulft entró en él por besar las manos al Conde viejo, padre de los condes Herman de Bergas y sus hermanos, que estaba muy enfermo y habia escrito á Francisco Verdugo le fuese á ver ántes de su muerte para encargarle sus hijos y que le tuviesen por padre, que por ser tan grande y católico caballero y haber sus hijos (despues que se redujeron al servicio del Rey, nuestro señor, y dejado el de los Estados rebeldes) héchole muchos y particulares derramando tanta sangre, me ha parecido hacer

memoria dellos, y para que se sepa el agradecimiento y fidelidad que Francisco Verdugo tenia con sus amigos, pues despues y ántes que el Conde viejo le encargase sus hijos los amparó y tuvo como á tales, haciéndoles tan buenas obras como se ha visto y en estos sucesos se apuntará. Murió de su enfermedad de allí á pocos dias que Francisco Verdugo fué á Burick á verse con Alexandro, que por haber tenido nueva que el conde de Licestre habia engrosado su ejército y que iba con determinacion de sitiar la villa de Zutfent, le envió á llamar para ver la resolucion que seria bien se tomase. Hizo juntar todos los de su Consejo y los propuso seria bien ir á socorrer la villa de Zutfent. Todos se conformaron con su parecer, si no fué un consejero que lo contradijo; y habiéndose resuelto Alexandro con los demas, partió á ponerlo en ejecucion con la gente más escogida que tenia en su ejército. Serian cinco mil infantes y mil y quinientos caballos, y ordenó á Francisco Verdugo fuese haciendo el oficio de Maestre de campo general, que demás de ser muy plático en todos aquellos países, su experiencia y valor le habian enseñado tanto que se le podia encomendar cosas de mayor importancia; y habiendo hecho el ejército la primera jornada le alojó Francisco Verdugo la segunda junto á Bredevord, y allí se juntó la gente de su cargo con la demas del ejército. Serian cuatrocientos infantes y dos compañías de caballos, porque la demas tenia en sus guarniciones.

Parecióle á Alexandro que seria bien llevarse de camino alguna cantidad de trigo y de otras vituallas para abastecer á Zutfent, y así hizo sacar de la villa de Bredevord todo el que habia con centeno y otros granos, y con gran número de municiones. Hizo cargar trescientos y más carros y fueron marchando con el ejército, y aquel dia se fué á alojar junto á la villa de Borkeló, que lo es del país de Munster. En ella se aposentó Alexandro y toda su corte, y para su guardia le entró Francisco Verdugo una compañía de alemanes de las de su cargo, y ántes que el ejército se acabase de acuartelar vino nueva como los rebeldes que estaban alojados desta otra parte

del rio (que eran número de seis mil) y los que habian destruido y estado en la abadía junto á Vesel se habian juntado de la otra parte de la ribera con el conde Licestre. Este aviso le dió cuidado á Alexandro porque sus fuerzas eran pocas y las de Licestre muy poderosas, porque su ejército pasaba de diez y ocho mil infantes y cinco mil caballos.

Alexandro llamó á los de su Consejo juntamente con Francisco Verdugo, y le tuvieron así á caballo, como se hallaban, por haberlos cogido, como ya he referido, este aviso ántes de acamparse el ejército. Alexandro les propuso queria entrarse dentro de la villa de Zutfent. Algunos consejeros le dijeron no convenia á su autoridad que lo hiciese, pues tenia allí personas y Capitanes de importancia que lo podian hacer. Volvió el rostro á Francisco Verdugo, y le dijo le diese su parecer. Respondióle se conformaba con el suyo, y que le parecia, pues S. A. tenia aviso de que Licestre y los demas rebeldes se juntaban, y que seria lo mas cierto, no obstante de que él no la habia tenido ni de Juan Bautista de Tassis ni de su Teniente, á quien con su compañía habia enviado á la villa de Zutfent, se entrase dentro en ella y que seria una cosa donde más particularmente se conoceria su valor y osadía, y que entendiesen los rebeldes que los iba á buscar donde ellos estaban; y con esta resolucion fué marchando con la mayor parte de la caballería, y pasando por cerca de la villa de Locchum, preguntó Alexandro á Francisco Verdugo le dijese el sitio y lugar donde habia tenido la batalla y victoria de los rebeldes los años pasados. Francisco Verdugo le enseñó los alojamientos y sitios y de la suerte que la habia alcanzado, que fué de la misma manera que la dejo escrita.

A Francisco Verdugo le pareció seria bien enviar adelante algunos descubridores por lo que podria ofrecerse, y habiéndoselo advertido á Alexandro, le ordenó fuese persona que supiese bien la tierra y reconociese las partes más ocultas donde pudiese haber emboscadas. Francisco Verdugo envió al capitan Mário Martinengo con su compañía de caballos á descubrir un camino estrecho y lleno de arboledas que forzosamente se habia

de pasar por él ántes de llegar á Zutfent, que por ser muy plático en aquella tierra el capitan Mário y haber estado en ella de guarnicion fué muy apropósito porque sabia todos los pasos; y habiendo reconocido los que iba á ver, halló que el conde Guillermo de Nasao, gobernador de Frisa por los Estados rebeldes, se estaba todavía alojado con la gente de su cargo desta otra parte del rio en una montañuela donde se habia fortificado muy bien, y enfrente della tenia un puente de barcas para darse la mano y comunicarse con el ejército del conde Licestre que estaba de la otra parte del rio; y así pasó Alexandro con mucha seguridad, y se entró en Zutfent, y el ejército español se quedó alojado cuatro leguas desta villa y dos de la de Locchum.

Entró Alexandro en la iglesia mayor, y despues de hecha oracion se subió á la torre para desde ella ver el ejército de los Estados rebeldes y el del conde Licestre, y fué á tiempo que iba marchando para acercarse al fuerte de Zutfent, que, como he apuntado, le tenian sitiado; pero Francisco Verdugo habia hecho á Juan Bautista de Tassis que se rehiciese de gente y pasase á él para defenderle.

En este medio envió el conde Licestre un Capitan escocés para que se fortificase en un puesto de importancia, y dió impensadamente con los católicos que estaban trabajando en el puesto que él iba á ocupar; cerraron con él y rompieron la gente que llevaba, y aunque procuró escaparse, no fué posible; quedó preso y le llevaron á Alexandro, que no poco gusto recibió porque deseaba tener lengua del designio de los rebeldes. Este escocés se la dió tan entera como se pretendia.

Otro dia siguiente, por la mañana, entró Alexandro en Consejo para tratar la resolucion que se habia de tomar en lo que dijo el Capitan escocés, y quedó acordado lo que Alexandro pretendia, que era quedarse en Zutfent para socorrer el fuerte y defender la villa si Licestre la quisiera asaltar. Francisco Verdugo le dijo que aunque habia importado su ida allí para animar su gente y divertir á su enemigo, y que no entendiese le huia el rostro, sino que le iba á buscar, que era lo que él le ha-

bia aconsejado, no se debia entender para que S. A. se quedase encerrado en Zutfent, que no convenia ni á su reputacion ni á la de su ejército. Alexandro replicó y ordenó á Francisco Verdugo y á todos los demas de su corte que se fuesen á los cuarteles del ejército, y desde allí le enviasen socorros y bastimentos y todo lo necesario porque no pensaba hacer otra cosa. Francisco Verdugo le volvió á suplicar no lo hiciese, pues por ningun caso convenia, ni se ha visto otro Príncipe ni General encerrarse en ninguna plaza para defenderla, y que mejor estaria S. A. en el ejército para enviar las provisiones que él pedia y lo que más fuese necesario, que no ellos, pues haria más con su presencia en una hora que todos en muchas: demás desto era hacer agravio en buena razon de guerra á muchas personas de las que estaban allí y tenia cerca de la suya, y cualesquiera dellas muy suficiente para defender á Zutfent, y más estando allí el Gobernador de la provincia á quien de derecho le tocaba. Respondióle Alexandro, que pues él sólo era de aquel parecer, se quedase muy en buena hora y defendiese la plaza. Obedecióle Francisco Verdugo y se quedó en ella, y Alexandro se volvió á Borkeló, donde estaba su ejército, con determinacion de enviar á Zutfent un muy gran socorro juntamente con los carros que ya escribí tenia cargados de trigo, centeno y otros granos, bastimentos y municiones; y aunque Francisco Verdugo, advertido del camino que habia de llevar y que lo reconociesen, supuesto que no volveria por el que fué, no se hizo, y así pasó Alexandro con grandísimo peligro, porque habiendo sabido el conde Licestre que estaba en Zutfent le tenia para la vuelta tomados los pasos con mucha infantería y caballería, y aunque le encontró no le osó acometer, porque la ventura deste Príncipe era grandísima, y nuestro Señor le tuvo guardado para defensa de su Iglesia.

Y la causa de quererse encerrar y defender á Zutfent no fué otra cosa más de que, como era tan arriscado y de ánimo invencible, le pareció que por ser las fuerzas de su ejército tan pocas y que no podia oponerse á las del conde Licestre, y que él habia de sitiar á Zutfent, queria hallarse dentro para

defenderla, y para saber de todo con probar lo que era estar sitiado, pues habia pasado este gran Capitan por todas las empresas y facciones que hay en la guerra, y más habiendo expugnado y rendido tantas plazas, queria ver y experimentar si le ganaban á Zutfent; pero no obstante que se conocia su valor, no convenia á la reputacion de un Generalísimo, hallándose en campaña, aunque con ejército inferior, encerrarse en una villa donde por tantas partes habia de ser combatida; pues sabiendo Licestre y todos los Estados rebeldes y la reina de Inglaterra que se hallaba dentro en Zutfent, habian de echar todas sus fuerzas para cogerle en ella, y pudiera ser que fueran bastantes para salir con su pretension; demás de que así como á un Capitan no le es permitido en ninguna ocasion ausentarse de su compañía por hallarse en otra mayor; ni un Alférez de su bandera, ni el soldado desampararla, pues para sólo serlo perfecto no ha menester más de saber que jamás la desamparó; ni más ni ménos un Capitan general está en esta misma obligacion de no apartarse de su ejército en ningun acontecimiento, pues si el que deja una bandera pierde tanta reputacion, el que las desamparare todas ¿qué será? particularmente si se perdiesen por ausencia del Capitan general, se deja considerar que podria ser bastante (á mi parecer) ninguna cosa para soldar un yerro semejante; y aunque Alexandro pudiera en Zutfent hacer mucho, no era nada si se preferia sola una villa á toda la reputacion de un ejército, y de su tio, el Rey, nuestro señor; y así debe mirar mucho un Capitan general no apartarse de su ejército ni de su guion un solo punto, para buscar nuevas ocasiones, pues la guerra trae tantas consigo que sin procurarlas se vienen á las manos; y un adagio que hay entre soldados me ha contentado siempre que se le he oido decir, que jamás el que se preciare de serlo ha de rehusar las ocasiones que se le ofrecen y lo que sus Oficiales le ordenan, ni que tampoco las ha de ir á buscar, pues parece que cumple con hacer lo que le mandan y lo que se ofrece, sin rehusarlo, porque en esto consiste la obediencia, y no intentar cosas nuevas, donde si les suceden mal, en vez del premio de su buen deseo

le suelen castigar, no obstante que hay algunas ocasiones donde no le está mal al soldado procurallas, como reconocer un puesto, batería y otras cosas semejantes.

En llegando Alexandro á su alojamiento de Borkeló envió á Francisco Verdugo toda la gente de su cargo con algunos bastimentos, porque la que con él entró en Zutfent y su corte habian comido á discrecion á costa de los burgueses y dejado la villa necesitada en vez de abastecerla, que era lo que se procuraba.

Ya escribí los émulos que Francisco Verdugo tenia, que envidiosos de sus victorias siempre interpretaban sus cosas muy diferente de lo que eran, y como andaban cerca de la persona de Alexandro con facilidad algunas veces le hacian persuadirse á creer muchas cosas fuera de camino y de razon. Tanto puede la envidia, que hace á la virtud una guerra desconocida y perpetua á los amigos de los hombres, que por maravilla deja sosegarlos ni de perseguir á los que con celo de cristianos y valerosos soldados sirven á sus Príncipes. Habíanle dado á entender á Alexandro que los herreruelos que por órden de la reina de Inglaterra habian estado levantados, que eran los que pocos dias ántes Francisco Verdugo fué con su órden á deshacer, no era así, ántes bien, con más fuerzas se habian levantado y que iban á juntarse con el conde Licestre; y pareciéndole á Alexandro que si les daba lugar á esto seria de muy gran inconveniente y que podrian todos juntos, siendo su ejército tan poderoso, darle mucho en que entender, se resolvió, con parecer de los que se lo habian aconsejado, de ir á romper estas compañías de herreruelos ó de raytres, y con grandísima presteza levantó su ejército, y por ir más á la ligera dejó todas las banderas en la villa de Aldonzel y con ellas á Monsieur de Hautepena y algunos valones y alemanes de guardia.

Marchó Alexandro (como se vió) desembarazado, y deseoso de romper esta gente, haciendo las mayores jornadas que jamás infantería hizo, y sacándola de su paso, se deja ver cuál podria ir; pero como entendian que iban á pelear y que por momentos les decian estaban muy cerca de los enemigos, no

sentian el trabajo del camino, que fué tan grande y presuroso que ví á soldados muy robustos y gallardos tendidos en el suelo sin poder ir atras ni adelante. Fué la causa que, como iban sudando, abiertas las carnes, desguazaron un rio que los acabó de echar á perder por estar el agua muy fria y ser ya los primeros de Octubre; pero reservó deste trabajo D. Sancho Martinez de Leiva, Capitan de lanzas españolas, á todos los soldados de la compañía de Baltasar de Hortigosa, que como era la que él habia tenido de infantaría, heredada de su hermano Alonso Martinez de Leiva, acordándose de sus amigos y camaradas se puso ántes de desguazar el rio con su compañía de caballos y los pasó en las grupas dellos, y á otros muchos de diferentes compañías, que como le conocian por haberse criado entre ellos todo el tiempo que sirvió de Capitan de infantería, que fueron más de siete años, diferente de algunos de este tiempo, que en comenzando á serlo no se contentan con un tercio, sin tener tantos servicios ni calidades como D. Sancho, usó con ellos la misma amistad que con los que habian sido sus soldados.

Sólo este honrado caballero pudo en semejante ocasion prevenir este remedio usando más de la piedad de infante, que de la correspondencia de caballo ligero, que en Flandes siempre han sido opuestos. No sabré dar más razones que, como en la infantería española servia en aquel tiempo la gente más particular desta nacion y en la caballería alguna de ménos quilates, no porque dejase de haber gente muy particular y honrada en ella, siempre solian tener poca correspondencia los unos con los otros. Llegó Alexandro con todo su ejército cansado y necesitado á la villa de Linghen, y aunque en ella no tuvo aviso ninguno de lo que iba á buscar, pasó á la de Haesluyn, donde los herreruelos se habian deshecho y consumido, sin haber tenido efecto la leva que dellos se hacia por falta de dinero, de la misma manera que Francisco Verdugo lo habia dicho; y asegurado Alexandro desta verdad y de que en toda aquella provincia no habia un tan solo raytre, se volvió á Linghen donde dió un refresco de pan, queso y cerveza á su gente, que no poca necesidad habia pasado.

Bien pudiera Alexandro haber enviado corredores á saber el suceso de los raytres sin mover su ejército, que fuera de más importancia que haberlo sacado de sus cuarteles, por lo que adelante se dirá, y no quedara tan corrido por no hallar cierto lo que entendió habia de ser; pero como se lo aseguraron personas de tanta importancia y que andaban cerca de la suya, no pudo ménos que darles crédito y hacer lo que le aconsejaban, pues si fuera como se lo habian dicho hubiera sido faccion de mucha importancia; y si Alexandro enviara corredores á saberlo (que fuera lo más acertado) parece ponia duda en la verdad que á su parecer la habian asegurado, y no fuera buena correspondencia, siendo personas tales, no darles crédito; pero debe un Capitan general estar muy advertido en semejantes ocasiones ántes de mover su ejército, informarse muy particularmente del designio de sus enemigos, valiéndose de buenas espías para no caer en faltas semejantes, pues por haberla hecho Alexandro de los cuarteles donde habia estado, sucedió que, creyendo el conde Licestre que de todo punto se habia ido para no volver á ellos, hizo pasar la mayor parte de su ejército el rio desta otra parte, y se juntó con los frisones rebeldes que tenia el conde Guillermo de Nasao, y habiéndolo hecho, tomaron todos los pasos y avenidas y se arrimaron á la villa de Zutfent y comenzaron á abrirles las trincheas. Francisco Verdugo que vió se le iban acercando y la necesidad que tenia de socorro, escribió á Alexandro lo que pasaba; el cual, con la presteza y diligencia que solia, se volvió á alojar á los mismos cuarteles de Borkeló que él y su ejército habian tenido; y pareciéndole que con la persona de Francisco Verdugo estaba bien presidiada la villa de Zutfent, y su fuerte con la del teniente Juan Bautista de Tassis, y que sólo de municiones y bastimentos tenian necesidad porque de soldados habian los que bastaban, dió órden que se aprestasen los trescientos y tantos carros, que ya escribí estaban cargados, y otros muchos más que se habian recogido para entrarlos en la villa de Zutfent, y señaló la persona del marqués del Vasto que hiciese este socorro; y mandó que de los tres tercios de infantería es-

pañola se nombrasen de cada compañía cinco soldados de los más particulares, y lo mismo algunos valones de los regimientos que allí habia, que por todos eran seiscientos infantes y trescientos caballos, toda gente escogida. La noche ántes escribió Alexandro al coronel Francisco Verdugo como le enviaba este socorro para que estuviese advertido y le ocupase un puesto de mucha importancia para hacerlo con seguridad. El que llevó la carta era un caballero ligero, y saliendo los de la villa de Locchum á batir las estradas, dieron con él y le prendieron. Por esta causa no supo Francisco Verdugo que le iban á socorrer, que no poco quejoso estuvo.

Los de Locchum avisaron al conde Guillermo de Nasao y á Licestre, y los enviaron la carta que Alexandro escribió á Francisco Verdugo con el caballo ligero; y estando advertidos, se pusieron en el paso que habia de ocupar Francisco Verdugo, que era junto á la montaña, donde los frisones rebeldes se habian fortificado y tenian el puente para pasar de la otra parte de la ribera y darse la mano con el conde Licestre, como ya he referido. Formaron dos grandes escuadrones de caballería y uno de infantería de gran frente, y algo separado dél uno volante de picas bien puesto: éste se arrimó al mismo camino por donde habian de pasar los carros que llevaban el socorro á Zutfent, y le abrazaron dos grandes mangas de arcabucería y otra separada de mosquetería. Serian todos número de ocho mil rebeldes, los más dellos frisones, soldados viejos acostumbrados á pelear con la gente de Francisco Verdugo. Esperaron con grandísima gallardía y confianza de romper y desbaratar al marqués del Vasto, el cual fué marchando con el carruaje, llevándolo al costado izquierdo del escuadron de la infantería española y valona que, como he dicho, era número de seiscientos infantes; y al mismo lado tenian el camino por donde forzosamente habian de pasar, que era á la frente del escuadron rebelde; de manera que entre él y el de los católicos estaba el camino. Desta suerte se fué marchando. La mitad de la caballería se habia dejado el marqués del Vasto en la campaña de Locchum, villa de los rebeldes muy cerca de Zutfent, para asegurar la retaguardia del

socorro, que aunque fué buen órden de guerra y puesto en razon, hizo harta falta no hallarse la caballería junta. Ya eran las ocho de la mañana cuando ella y la de los rebeldes habian comenzado á escaramuzar, y cuando el carruaje y los seiscientos infantes católicos dieron sobre los escuadrones de los enemigos.

Quisiera saber escribir ó ponderar una de las mejores facciones que hasta aquellos tiempos jamás se vió en Flandes, pues para encarecer alguna buena entre soldados viejos traen á la memoria la escaramuza de Zutfent, la cual se comenzó á trabar la más encendida y fogosa que se puede imaginar. Bien quisiera el marqués del Vasto hacer alto y que el carruaje, si pudiera ser, volverlo atras y tomar algun puesto fuerte y sustentarse hasta tener socorro de Alexandro ó de Francisco Verdugo (si alguno se lo pudiera dar), pero como los carros iban encaminados unos tras otros, y eran de los largos de cuatro ruedas que se usan en los estados de Flandes, no podian, aunque quisieran, volver atras, demás de no haber otro camino y ser forzoso ir por él; y cuando se pudiera hacer esta faccion, los escuadrones rebeldes, siendo tan superiores, no dieran lugar ni se sacara otro fruto que ser los católicos rotos y deshechos, si no es que milagrosamente Dios los quisiera librar. Y hallándose trabada la escaramuza de la arcabucería española y la rebelde, que ya en este medio se habia enfrascado, se mejoraron las picas en una pequeña plaza de armas que habia frontero del escuadron de los rebeldes, orilla del mismo camino, desta otra parte, por donde los carros á un mismo tiempo comenzaron á pasar, y con una presteza jamás vista se pusieron estas picas en escuadron sin que fuesen ayudadas de ningun Oficial ni Sargento mayor, porque cada soldado lo fué este dia, que teniendo en la memoria la rota y desórden del tercio de D. Juan del Aguila en el dique de Batemburque, se comenzaron á ordenar prudentísimamente y con tanta presteza que fué un pensamiento, sin que la fuerza de los rebeldes lo pudieran estorbar, si bien lo procuraron con grandísima osadía, y ni más ni ménos cuando comenzaron á pasar los carros fueron á señorearse de la pequeña plaza de armas que ya las picas españolas habian; y hecho el prestísimo

escuadron, y guiado de los capitanes Manuel de Vega, que lo era del tercio de D. Francisco de Bobadilla, y de D. Pedro Manrique, del de D. Juan del Aguila, se arrimaron á la orilla del mismo camino, desta otra parte, por donde iban pasando los carros, y de la otra estaba el de los rebeldes; de manera que entre los frentes destos dos escuadrones contrarios no habia más plaza de armas que un camino estrecho, por donde, como digo, iban pasando los carros, y por encima dellos terciaban las picas y peleaban cuanto se podia, y por debajo la arcabucería les daba apresuradas cargas. Aquí se comenzó á trabar la escaramuza de ambas partes con más calor que al principio, porque los rebeldes eran á detener los carros que no pasasen, y los españoles á guiarlos y defenderlos; y así se peleaba con grandísimo teson y osadía.

En este medio el escuadron volante de los rebeldes, que era más superior que el católico, cerró con él por un costado con mucha presteza; pero fué tan resistido con la misma fuerza que lo acometieron, y terciando las picas los unos con los otros se dieron recísimos botes hasta que la arcabucería española los hizo retirar con estraña ligereza, porque este dia ella y la valona hicieron todo aquello que humanamente se podia. Los que por la frente peleaban y defendian los carros, sirviendo los soldados arcabuceros de carreteros, porque los que lo eran se habian huido, á picazos y cuchilladas los encarrilaron é hicieron pasar contra todo el poder rebelde h asta ponerlos en las puertas de Zutfent, que desde esta villa á donde se peleaba no habia un pequeño tiro de mosquete.

Quedáronse las dos frentes de los escuadrones católico y rebelde en las dos orillas del camino, estando ya desembarazado de los carros sin acometerse ántes más en órden estuvieron á la mira de lo que cada uno debia hacer; pero como hasta entónces no habia hecho la caballería ninguna faccion, cerró en este medio la rebelde con el escuadron de las picas españolas por un costado con la mayor furia y presteza que se ha visto; pero aunque la recibieron en ellas terciándolas con grandísima gallardía, hubo de romper dos ó tres hileras sin poder los caba-

llos hacer mayor portillo, y habiéndose quedado ensartados en ellas, no pudieron los demas hacer otra faccion, y se retiraron con pérdida de algunos.

Siempre la arcabucería y mosquetería de ambas partes escaramuzaba, volvió segunda vez el escuadron volante á cerrar con el español, pero halló la misma resistencia que en la primera, y la caballería rebelde dió vuelta á todo él, reconociéndolo por todas partes, y como le veia (aunque pequeño) tan cerrado y fuerte, no le osaba acometer; pero aventuróse otras dos veces pensando sacar más fruto que de la primera, y le sucedió lo mismo sin poder hacer ningun portillo, que era lo que deseaba, para que por él entrase la caballería rebelde á acabar de romper y deshacer el escuadron español. El marqués del Vasto, con la poca caballería que tenia, habia acometido con mucho valor al escuadron volante de los rebeldes, pero no hizo efecto; y revolviendo su caballería se puso á pique de perderse; y estuvo tan empeñado, que hallándole un enemigo le dió dos ó tres cuchilladas, que á no estar tan bien armado pudiera perder la vida; y se la debió este dia á un caballo ligero, español, que se llamaba Arenas, que le socorrió con mucha presteza, porque al enemigo que le iba cargando al Marqués, enristró con él y le pasó la lanza y banderola por la otra parte del cuerpo, que fué causa de librarse.

Francisco Verdugo, que estaba dentro de la villa de Zutfent, aunque habia oido el arcabucería, si bien no veia la parte donde se peleaba, no se acababa de persuadir lo que fuese, porque como no tenia aviso de Alexandro dudaba mucho en ello; pero viendo que no podia ser otra cosa sino el socorro que le iba y que los rebeldes habian dado con él, se acabó de certificar, y con singular presteza salió á la puerta de la villa y vió las escaramuzas; y como prudente y experimentado Capitan hizo cargar un carro de pólvora y balas, echando de ver lo que sucedió, que los soldados no tenian más que la que llevaban en los frascos, y ya la habian gastado toda, y llegó á tan buen tiempo que fué el único remedio para el arcabucería valona y española; porque volviendo á llenar sus frascos y las bolsas de

balas, tornaron á la escaramuza animosamente. Francisco Verdugo hizo entrar los carros de los bastimentos, que ya en este tiempo iban llegando á la villa; mandó tocar arma, y aunque no tenia obligacion de desampararla, lo hizo, pareciéndole (pues habia tanto que se peleaba) pudiera ser de algun efecto su persona; y á toda prisa le ví llegar á la frente del escuadron con sola una hacha de armas en la mano y la gola puesta. Salió sólo acompañado del Teniente coronel Juan Bautista de Tassis, y dejó órden que le siguiese su compañía, que se quedaba poniendo á caballo, y alguna infantería, y llegó á tiempo que se peleaba de la manera que he referido; y entrándose en medio del escuadron se holgaron tanto los soldados de velle, que cuando no tuvieran gana de pelear, él se la pusiera. Preguntó por el marqués del Vasto, y habiéndose juntado los dos, le dijo qué le parecia que se hiciese. Francisco Verdugo le respondió que estaban tan cerca los unos de los otros y tan empeñados peleando, que no sabia cómo se habian de apartar si no era chocando, y que si se retiraban sin pelear correrian los católicos muy gran peligro; y que le parecia que cerrando él con la gente (que ya á toda priesa iba saliendo de Zutfent) por un costado y que el Marqués acometiese por la frente, se conseguiria la victoria. El Marqués preguntó lo mismo á Juan Bautista de Tassis, y le respondió lo propio que Francisco Verdugo. El Marqués le dijo que no tenia órden de Alexandro para pelear, sino sólo de entrar el socorro en Zutfent, y que pues ya estaba hecho, que le parecia se diese órden como desempeñar la gente sin pelear; mas en este medio llegó la caballería que el Marqués habia dejado cerca de la villa de Locchum, y tambien la gente que salia de Zutfent, y ni más ni ménos el conde Licestre, y siendo todo á un tiempo acometió á las del fuerte de Zutfent, de la otra parte del rio; y las defendia el conde Herman de Bergas y Monsieur de la Coquela, Teniente coronel de Monsieur de la Mota.

Hubo una muy grande escaramuza, y se defendian los católicos valerosamente haciendo cosas muy señaladas por haberlos acometido los rebeldes con mucha presteza. Francisco Verdugo

y el Marqués y Juan Bautista de Tassis, que oyeron el ruido de los arcabuzazos desta escaramuza, creyeron era dentro de la villa de Zutfent, que no poco confuso se halló Francisco Verdugo por habella desamparado; que aunque conoció lo mal que habia hecho ya no podia dar remedio á ninguna cosa de lo que dentro se habia ofrecido. Lo mismo le sucedió al conde Licestre en pensar que la escaramuza de los españoles con los frisones rebeldes del conde Guillermo de Nasao era tambien dentro de la villa, pareciéndole se levantaba contra el Rey católico, y esto le hizo en este medio cerrar con las alas del fuerte de Zutfent; y hallándose todos confusos y que siempre se escaramuzaba, no podia sosegar Francisco Verdugo, creyendo que por haber sacado la gente de Zutfent y dejado tan poca, los burgueses la habian acometido, y hecho lo mismo Licestre por la parte donde le tenia abiertas las trincheas hácia la puerta que llaman del Pescado; quiso Dios que á poco rato supo Francisco Verdugo que las escaramuzas no eran dentro de la villa, sino de la otra parte. Con esta buena nueva se alentó mucho, y fué á tiempo que Aníbal Gonzaga y Jorge Cresia, sin órden del marqués del Vasto, cerraron con sus compañías de á caballo con los escuadrones rebeldes desordenadamente, que cansados de tantas pláticas no tuvieron sufrimiento, y lo hicieron por pasos tan dificultosos que se vieron en mucho peligro; y tanto, que se perdió Jorge Crescia, y á Aníbal Gonzaga le dieron una cuchillada en el pescuezo, muy grande, por no llevar celada, que no fué poco quedar con la vida. Cayó del caballo y le salvaron con dificultad. Volvió á retirarse la caballería con la misma desórden que habia acometido, y se vino á favorecer del escuadron de la infantería española, que fuera posible rompelle; pero Francisco Verdugo con notable presteza, acompañado de Nicolao Basta, acudió á detenella, juntamente con Evangelista de las Cuevas, que hacia oficio de Comisario general de la caballería católica; y no pudiendo Francisco Verdugo hacer lo que deseaba, sacó su compañía de lanzas españolas, que ya habia salido de Zutfent y se iba retirando con las demas, y aunque la caballería rebelde habia seguido á la católica,

no la ejecutó más de hasta haber llegado al escuadron de la infantería española; y habiendo hecho alto los unos y los otros, se fué Francisco Verdugo á la infantería á darle calor para que acometiese por la frente, porque ya habia dado órden que la gente que él sacó de Zutfent acometiese por el costado del escuadron rebelde, como lo hizo valerosamente, y tan bien, que comenzó á retirarse, no obstante que tenian un camino hondo que les servia á los rebeldes de foso, que no era de poca importancia para estar más fuertes; y al mismo tiempo que los de Zutfent hicieron esta acometida, se salieron del escuadron de los españoles, sin órden, algunas picas, y entre ellas los alféreces Gaspar de Biedma, Juancho Duarte, Venero Avila, Catalinaga y Luna, y cerraron por el camino hondo con grande valor, y ayudaron á romper el escuadron rebelde, que viéndose desbaratado por dos partes se comenzó á retirar á toda priesa hasta el rio, donde tenia su puente y la montaña fortificada, á donde se reparó. Los demas soldados que se señalaron, habiendo peleado pica á pica con mucha osadía, fueron: Hernando Osorio, Alonso de Masaludeña, D. Pedro de Arce, que despues fueron todos Capitanes. Asimismo se aventajaron Diego de Hita, Pablo Ferrer, Francisco de Torres y Alonso de Hortigosa; D. Francisco Luzan, natural de Ronda y hoy es Capitan de infantería española; Gerónimo de la Cueva, que hoy es Capitan entretenido en Milán; y Juan de Ribera Zambrana, gran soldado; y no ménos Francisco Moreno, de la compañía de Baltasar de Hortigosa; y Alonso Vazquez, tambien soldado della, y ambos estuvieron en la primera hilera de la frente del escuadron, donde se señalaron con otros muchos que en esta ocasion mostraron su gran osadía, y la infantería valona hizo lo que se podia desear; pero quien llevó el peso del trabajo en este dia fué el capitan Manuel de Vega, que con su ánimo y prudencia, gobernando con grandísimo cuidado y solicitud, y de manera, que sin hacer agravio á nadie, este valiente Capitan mostró en esta ocasion lo mucho que tenia encubierto, que en pocos Capitanes se halla gobierno y valentía. Estas dos cosas mostró con prudencia. El capitan D. Pedro Manrique le asistió con

grandísimo cuidado y presteza en cuanto se ofreció; y el capitan Diego de Vargas Machuca, que hallándose con las picas cuando la caballería rebelde cerró la primera vez, fué causa de que no se desordenasen más hileras de las dos que rompieron los rebeldes, peleó con ellos como se podia desear.

De los demas Oficiales que allí se hallaron, como hubo ocasiones que sobraron para todos y se consiguió tan honrada victoria por su valor y de sus soldados, no me alargo en encarecer cuán bien acudieron á sus obligaciones en esta faccion, que fué la más reñida y honrada que se puede desear, por haber resistido tan poco número de gente á tanta multitud, quedando vencedores con muy poca pérdida, habiéndole herido y degollado á los rebeldes muy mucha gente; que por no estar cierto los que fueron no lo escribo; pero sucedió que uno dellos, habiéndolo derribado del caballo y tenídolo por muerto, se estuvo en la frente de su escuadron tendido en el suelo todo el tiempo que duró la escaramuza, que fué más de dos horas; y pasadas, llegó á él un mozo de un español y dijo: «este hereje tiene la color de vivo»; y sacó la espada para darle una estocada. El enemigo se levantó con mucha presteza y dijo no le matasen, que daria cuatro mil escudos de ranzon. Los que le oyeron hicieron poca cuenta dellos, y le dieron de estocadas, y acabó la vida con otros muchos que allí hubo. A Alexandro le llegó nueva, estando en lo mejor de la escaramuza, de cómo se peleaba; y poniendo duda en la victoria, sintió tanto no haber ido él con aquel socorro que no lo pudo sufrir, y con la presteza que solia levantó el resto del ejército con harta confusion; y estando haciendo escuadron el Sargento mayor Agustin de Herrera, para ir marchando, le llegó segunda nueva del buen suceso que se habia tenido, y se volvió á su alojamiento.

Parecióle á Alexandro que seria bien socorrer segunda vez á la villa de Zutfent, porque habiéndose de volver á Brabante, si no quedaba bien abastecida y amunicionada podia correr peligro, hizo de la villa de Linghen y otras juntar muchos carros cargados de bastimentos y entrarlos con su misma persona en

Zutfent, con determinacion que si el ejército rebelde le salia al paso para estorbárselo, como hizo al primer socorro, pelear con él procurando romperle y desbaratarle: puso todo su ejército en órden y fué marchando siempre en escuadron por los páramos de Locchum. Á los 12 de Octubre llegó á Zutfent sin estorbo y entró el socorro dentro y su misma persona con él, dejándose el ejército á la vista de la villa; y este mismo dia batió el conde Licestre un fuerte pequeño que la gente de Francisco Verdugo habia hecho en una de las alas del grande que tanto tiempo habia le tenia sitiado; dióles el asalto valerosamente, pero fueron resistidos con grandísima osadía, degollándoles más de trescientos rebeldes, y visto que no le pudieron ganar, se retiraron con esta pérdida, habiendo herido y muerto á algunos católicos; y porque es bien quede memoria de un soldado español de la compañía de caballos de Francisco Verdugo, escribiré el que tuvo en este asalto; que habiéndole cortado á cercen por la muñeca toda la mano con un montante un soldado rebelde, se hizo atar la pica al brazo, y ayudándose con la otra mano, volvió á pelear hasta que los rebeldes desampararon la batería. Y habiendo Alexandro abastecido y amunicionado á Zutfent, se retiró con todo su ejército á los mismos cuarteles donde habia estado, habiéndolo aquella noche muy mal pasado por haber sido áspera y terrible del mucho frío que hizo, porque estuvo en campaña rasa sin ningun reparo; y ántes de partirse llamó á los de su Consejo para tratar de la manera que habia de quedar aquella plaza, supuesto que el ejército rebelde estaba sobre ella y ser forzoso retirarse el español, y para otras cosas que convenian al servicio del Rey, su tio; resolviéronse algunas dellas, que el coronel Francisco Verdugo se quedase dentro de Zutfent; no le pareció (siendo persona de tanta opinion como se sabe) quedaba de manera que la pudiera conservar, así por no dejarle ningun dinero y otras cosas muy forzosas y necesarias para hacer la guerra, como porque la villa tenia otro Gobernador, y no era justo desdeñarle siendo persona de satisfaccion y que habia servido muy bien al Rey católico, demás que estando allí el Gobernador de la provincia

parecia más bien darle el cargo de defenderla que no á él, pues bastaba haberla ganado y sustentado con tanto derramamiento de sangre, y á lo último ponerla como la ponia en manos de Alexandro como su Generalísimo, con que pensaba quedara descargado y haber cumplido con su obligacion; y que así le suplicaba le tuviese por excusado, no obstante que pues el ejército rebelde habia mudado de alojamiento, dando muestras de retirarse, como de allí á pocos dias lo hizo, no era necesaria su persona; pero con todo eso, si Alexandro gustaba quedase, lo haria de muy buena gana con tal que le descargase del gobierno que tenia, y sin más obligacion que la de un soldado, que como tal y con una pica serviria como siempre lo habia hecho.

No obstante que esta respuesta que dió Francisco Verdugo estaba fundada en razon, por muchos respetos y causas que dejo de escribir, no le pareció bien á Alejandro y quedó con algun desabrimiento, y le dijo que si no lo queria hacer que otro lo haria. Pareció cosa muy nueva entre Alexandro y Francisco Verdugo haber pasado semejante plática, así por hallarse S. A. y el Rey su tio bien servido de él, como porque Alexandro le amaba y ser hechura de Madama Margarita de Austria, su madre; pero los émulos tan grandes que tenia, envidiosos (como otras veces he referido) de sus victorias, valor y virtud, podian tanto con Alexandro que algunas veces le turbaban la voluntad que le tenia. Retiróse con su ejército (como ya he escrito) á los alojamientos de Borkeló, y Francisco Verdugo, en vez de desdeñarse, se mostró más agradecido y obediente, no quiso disgustarle más y le fué siguiendo, procurando con su humildad, llena de mucha prudencia volver en su gracia, y pareciéndole estaba en ella, mirando como miraba lo que convenia al servicio de su Rey, le suplicó se sirviese poner sitio á la villa de Locchum, pues era cosa fácil salir con ello con mucha brevedad, con que toda aquella provincia quedara más segura, y no ménos la villa de Zutfent por tenerla tan cerca. Dióle buenas esperanzas de hacerlo ántes de irse, y como no las vió cumplidas, supo Francisco Verdugo la causa; y fué que, sus

émulos le dieron á entender á Alexandro queria, siendo ya entrado el invierno empeñarle en Frisa para que perdiese la reputacion y se le deshiciese su ejército: otras cosas añadieron con que de todo punto no emprendió nada de lo que Francisco Verdugo le decia, y averiguadamente era lo que convenia para el servicio de Dios y de la majestad católica.

Andaba cerca de la persona de Alexandro un ingeniero italiano, de quien hacia mucha confianza, que se llamaba Propercio, y pareciéndole que hiciese en el fuerte y en Zutfent ciertas fortificaciones, se lo dejó á Juan Bautista de Tassis y gastó en ellas más de seis mil ducados sin ningun provecho, pues con la primer creciente del rio se las llevó todas. Sintió esto Francisco Verdugo, pareciéndole que aquel dinero que allí se habia malgastado fuera más necesario para la gente de guerra y otras cosas de no ménos importancia, que á las veces suelen sentirse más por la estrecheza del tiempo que en otros donde hay mayor socorro y comodidad. Esta le faltó siempre á Francisco Verdugo, y los que le dieron fué tan de tarde en tarde como se ha visto por lo pasado y adelante se dirá.

Estando Alexandro en los alojamientos de Borkeló llegó un correo de Italia con aviso de la muerte del duque Otavio, su padre. Dió grandes muestras de sentimiento, y en todo el ejército español se tuvo, porque en las ocasiones de placer ó de tristeza las sentia de la misma manera que Alexandro, con que se conocia el grande amor y voluntad que todos le tenian. Desde entónces perdió el nombre de Príncipe de Parma y le pusieron el de Duque; no por esta novedad se lo daré en estos escritos, sino continuaré con el de Alexandro, que demás de ser suyo propio, le convenia por su valor, magnanimidad, virtud y prudencia y de otras muchas partes de que era dotado, como tantas veces he referido, y al fin de su vida lo veremos.

Y habiendo Alexandro resuelto su partida con todo su ejército, dió órden al coronel Francisco Verdugo que fuese á la villa de Groeninghen y pusiese en órden algunas cosas que convenia le tuviesen, y que en desembarazándose dellas fuese á encargarse de todo el ejército español que habia de quedar al rededor

de la villa de Vesel, que está cerca de la abadía donde escribí habia quedado el bagaje para la empresa de Rimbergue. En llegando á Groeninghen le dió una muy grande enfermedad de que estuvo deshauciado y con muy pocas esperanzas de la vida. Dió aviso dello á Alexandro, y con fe de los médicos del estado en que se hallaba por cuyo respeto no podia ir donde le habia ordenado, y que le suplicaba encargase el ejército á otra persona en el ínterin que cobraba su salud para poderle ir á servir. No faltó quien dijo á Alexandro que Francisco Verdugo lo hacia de industria; pero no decia á qué fin, y le daban la culpa por haberle hecho tantas mercedes. Entendian muy mal esto, pues aunque estaba tan enfermo fuera de muy buena gana á hacer lo que se le habia ordenado, pero su poca salud no le dió lugar para ello, que bien se holgara de poderlo hacer para satisfaccion de los que le querian mal por hallarse más cerca de Alexandro, pero eran inútiles pensamientos, porque haber de persuadir á personas obstinadas en su mala opinion, cuando la tienen de alguna, es negocio difícil, y más querer hacer fuerzas cuando ya no son de provecho con gente de esta calidad, por habérselas impreso en el corazon una mala voluntad, y era la que le tenian de manera que jamás cesaban de perseguirle. Entre las cosas que le habian supuesto, decian que ofreció á Alexandro para el socorro de Zutfent muchas municiones, y si fuera esto así, no le dijera cuando llegó á Breborte con todo el ejército que no era bien empeñarse tanto no llevando vituallas, y esto se lo dijo muchas veces y con muy gran sentimiento y celo de que acertase en el servicio del Rey, su tio; y cuando fuera lo que ellos decian, se vió por experiencia en los alojamientos de Borkeló el mucho grano que sacó para socorrer á Zutfent, y el que quedó en las aceñas y granjas, pues batian los del ejército en ellas con que se sustentaron y mantuvieron desde que en él entro hasta que salió.

Alexandro partió con todo su ejército de los alojamientos de Borkeló y fué dos leguas del abadía junto á la villa de Vesel, donde se habia quedado todo el bagaje, que, como ya escribí, era donde tenia determinada su jornada. Acuartelóse en

la misma parte donde habia estado, y sin hacer faccion por algunos dias estuvo á la mira de lo que hacia el ejército rebelde; en este medio llegaron tres mil tudescos bisoños que llevaba de Alemania Ferrante Gonzaga, que por órden de Alexandro habia ido á levantar algunos meses ántes, el cual los hizo entrar de guarnicion en los fuertes que mandó fabricar en las dos riberas del Rin, donde estaba el puente, y con ellos alguna infantería valona y todos los borgoñones para que por el rio no pudiesen los rebeldes socorrer á Rimbergue. Con esta gente y alguna caballería quedó Monsieur de Hautepena, y Alexandro dió órden que el resto del ejército fuese á invernar. Un tercio de italianos entró en la villa de Burique para que Monsieur de Hautepena tuviese á la mano más infantería si la hubiese menester, y tambien quitalle por aquella parte al coronel Martin Esquenque las entradas en el ducado de Güeldres y provincia de Frisa. El otro tercio de italianos fué á pasar el invierno á la villa de Os, que lo es del duque de Cleves, como la de Burique, por si el conde de Licestre con el suyo, ó Guillermo de Nasao iban á hacer alguna faccion á la gente de Hautepena ó á la de Francisco Verdugo, y mandó Alexandro fuese á pasar el invierno en el país de Munster (para socorrer á los unos y á los otros si se ofreciese) el tercio de españoles del Maestre de campo D. Francisco Bobadilla, que le gobernaba el capitan Manuel de Vega Cabeza de Vaca, y con él para el mismo efecto quedaron seis compañías de caballos á cargo de D. Sancho Martinez de Leiva, Capitan de una dellas; y porque si de Alemania ó de los Países de Suiza los entraba alguna gente de guerra por el Estado de Lamburque, siendo tan vecino, fué á invernar en él D. Juan del Águila con su tercio de españoles y dos compañías de caballos, á los 24 de Noviembre deste año; y porque de Francia no entrase alguna gente suelta á los países del Artoes y Henaut, entró á alojar el tercio viejo de españoles del coronel Cristóbal de Mondragon en los contornos de Felipevilla y de Jatelet, y en algunos lugares del Anamurues y del país de Liege con tres compañías de caballos; y habiendo Alexandro repartido el ejército para pasar el invierno en las partes que he escrito, fué á la villa

de Bruselas, adonde tenia su corte, á hacer lo mismo y á descansar de los trabajos de la guerra, si puede hacerlo el que anda en ella, y más con tantos cuidados como tenia que le traian tan desvelado como se ha visto.

En este medio quiso Martin Esquenque socorrer á Berquerin, pareciéndole no habia quién se lo estorbase por estar el ejército español invernando, y para hacer este socorro con más comodidad pidió á las tierras más cercanas del duque de Cleves que le contribuyesen; y parecióles era demasiada desenvoltura, pues siendo libres querer hacerles aquella vejacion quien no tenia parte en ellas ni poder para ello, respondieron que no querian, y él les amenazó que les habia de quemar todo el país si no lo hacian; los moradores dél dieron aviso al duque de Cleves, el cual mandó hacer una leva de gente y con ella guarneció los lugares más importantes y fabricó un fuerte en un paso que era el más forzoso que el coronel Esquenque habia de hacer para poner en ejecucion lo que tenia intentado, y con él quedaron sus tierras seguras de poder entrar en ellas por aquella parte.

En este tiempo llegó un tercio de españoles á los Estados de Flandes, á cargo de D. Antonio Manrique, que hoy es conde de Morata en Aragon, valentísimo caballero y que habia servido en aquellas guerras honradamente, así de soldado del capitan Simon de Padilla como de Capitan. Alojóse la infantería que trajo en el país de Liege.

Cuando el conde de Licestre supo que Alexandro se habia retirado de Zutfent, prosiguió en el sitio del fuerte y le fué apretando cuanto pudo; y viendo Juan Bautista de Tassis y el ingeniero Propercio no podian conservarse en él ni sustentarlo, sacaron la gente y municiones que tenia y lo desampararon; y advirtiendo los rebeldes lo que les importaba ir ganando tierra, y que sin fuerza de armas habian salido con su pretension, se apoderaron del fuerte y lo guarnecieron de muy buenos soldados y lo amunicionaron y abastecieron largamente; y habiendo hecho esto el conde de Licestre intentó de retirarse, y ántes de ponerlo por obra, con inteligencias que habia tenido, procuró

guarnecer la villa de Deventer (que era de católicos) con soldados rebeldes; y habiéndole sucedido como lo deseaba, la presidió con el regimiento de Monsieur de Estanley y con otras compañías sueltas de infantería inglesa y otras de irlandesas. Este Coronel era católico y persona de mucha estima, así por esto como por hallarse con poca satisfaccion del conde Licestre, y no muy bien con él ni con sus ingleses. Despues de pocos dias que estuvo de guarnicion en la villa de Deventer se comunicó con Juan Bautista de Tassis, que estaba en la de Zutfent, y trató de reducirse al servicio del Rey, nuestro señor, y entregalle aquella plaza, pues era suya de derecho; y que por este servicio no queria ni pretendia ninguna recompensa. Y teniendo Juan Bautista de Tassis muy bien entendido el celo y voluntad de Monsieur de Estanley, y con las veras que habia movido esta plática, fué á la villa de Groeninghen y dió aviso della á Francisco Verdugo, y le respondió que cosas tan graves y de importancia no podia resolvellas sin dar primero parte á Alexandro. En esto mostraba cuánto importaba el reconocimiento que se debe á los generalísimos, demás de la obediencia que el soldado profesa, que es el principio y fin que ha de tener para poderlo ser perfecto, y aunque importaba ocupar á Deventer por lo que podria ofrecerse, sin arriesgar ninguna cosa, no quiso Francisco Verdugo (no obstante que se hallaba tan léjos de Alexandro) hacerlo sin darle parte, y que le ordenase lo que fuese servido; y para esto le envió á la córte de Bruselas, y de como lo dejaba con tan poca salud como he referido, y que estuvo muy cerca de perder la vida. Negoció tan bien Tassis, que no sólo le dió Alexandro órden que la plática que habia tenido con Monsieur de Estanley la concluyese y efectuase, mas tambien que hiciese su residencia en la villa de Groeninghen, creyendo que Francisco Verdugo era muerto, para que sirviese su plaza en el ínterin que proveia otra cosa. Juan Bautista de Tassis continuó la plática con Estanley y sacó tan buen fruto della como se podia desear; y habiendo juntado un campillo de gente católica para poner en ejecucion el trato, le llevó con ella Monsieur de Estanley y le entró en la villa de Deventer una noche, y

hizo escuadrón en la plaza sin ser sentido de los burgueses, á los cuales ni á los ingleses no se les hizo ningun mal, dejándoles ir libremente donde quisiesen. El capitan Rolando Yorque, inglés de nacion, estaba en aquella plaza con Monsieur Estanley, y habiéndose apoderado Tassis della, se fué al ejército rebelde y dió aviso al conde Licestre del suceso de Deventer, y puso tanto miedo á los que estaban en el fuerte de Zutfent (todo por industria de Monsieur de Estanley), que los hizo salir fuera y lo desampararon, de suerte que no sólo fué causa de entregar la villa de Deventer al Rey, nuestro señor, mas tambien de que el fuerte hiciese lo mismo. Despues deste buen suceso sirvió Monsieur de Estanley debajo de la mano de Alexandro como muy honrado y valiente caballero, y con tanta fidelidad él y su regimiento como se podia esperar. Alexandro le hizo merced de trescientos escudos de entretenimiento al mes, y al capitan Rolando Yorque le dió una compañía de caballos, con la cual sirvió al Rey católico hasta su muerte, que fué, segun se supo, de tósigo que le dió un cocinero suyo.

Cuando Alexandro entendió el buen suceso de la presa de la villa de Deventer, procuró con grandísima brevedad se diese satisfaccion á la gente de guerra que la presidiaba, y le envió un Oficial del Tesorero general para pagarles lo que se les debia, y lo mismo á la guarnicion de Zutfent, y que allí hiciese el comisario Francisco Vazquez (que era el que en aquella provincia tenia la cuenta y razon de lo que se debia á la gente de guerra) las libranzas, y que las firmase Juan Bautista de Tassis, sin que Francisco Verdugo interviniese en ellas ni se ocupase en nada. Esto causó grande admiracion y se echó de ver lo mucho que sus émulos podian con Alexandro, pues le deponian de su autoridad y mano que hasta allí tuvo, pues por ella habia corrido y firmado desde que pasó á aquella Provincia todos los socorros y pagamentos que se habian hecho á la gente de su cargo, y se vió por experiencia que el innovar de estilo, y que no siendo Tassis más de un Teniente de un Coronel y Francisco Verdugo Capitan general de la gente de guerra que

habia en Frisa, cuánto podian sus émulos y la envidia, que si comienza á perseguir á un hombre virtuoso no cesa hasta ponerle en mucho aprieto, y particularmente siendo Francisco Verdugo dotado de tantas partes como es notorio; y la mayor que descubrió en esta ocasion fué sufrir y callar, obedeciendo el órden de Alexandro, no obstante que la villa de Deventer era de su gobierno y la gente de guerra que habia dentro servia debajo de su mano; y aunque lo sintió como era razon, como no era nada amigo de distribuir la hacienda del Rey, nuestro señor, por haber vivido siempre con tanta limpieza, disimuló como prudente, sin dar á entender su sentimiento, porque sus émulos echasen de ver no le tenia de lo que ellos maquinaban para derribarle. Estúvose en este tiempo en la villa de Groeninghen padeciendo con el espíritu, procurando tener gratos á los burgueses, que no ménos le perseguian y querian mal, temiendo no se comunicasen con Monsieur de Villers, que, como he referido, le tenia en prision en su casa, y por este respeto le envió al castillo de Linghen, con que les quitó la plática que con él habian comenzado á tener, y envió órden al Drosarte que no le dejase tratar con ningun extranjero, si no fuese en presencia suya, y que lo estrechase la prision y lo tuviese con muy buena guardia; pero Monsieur de Villers era tan astuto y de tan buen entendimiento que supo granjear al Drosarte, de manera que le daba la libertad que queria; y como en este medio los Estados rebeldes hacian una gran leva de gente para engrosar su ejército, y que le iban de Alemania muchas tropas de herreruelos, que forzosamente habian de pasar por muy cerca de Linghen, tuvo sospecha Francisco Verdugo que el Drosarte de aquella villa con Monsieur de Villers tuviesen algunas inteligencias para entregarla á los rebeldes con la ocasion de haber de pasar por Eloquemburque y el país de Linghen, y se echó muy bien de ver, porque para recibir estos herreruelos se acercó el conde Murs con mucha infantería y caballería junto á la villa de Esbol. Francisco Verdugo hizo poner en alerta toda la gente de sus guarniciones y prevenida para el caso que el conde de Murs se moviese á emprender alguna cosa salirle al

paso, que con las muchas espías que tenia y soldados á caballo que batian las estradas y corrian cerca de los cuarteles rebeldes, le ponian tan vigilante como él lo era para lo que se ofreciese. Con esta prevencion y estar las postas á caballo, á trechos, que dentro de breve espacio le dieran aviso de cualquier movimiento que los rebeldes hicieran, no salió á buscarlos en campaña, y por no tener dineros que dar á sus soldados y no destruir los sembrados, que forzosamente esperaba (para conservarse) el fruto dellos; y la empresa y faccion que el conde de Murs hizo en esta jornada lo veremos en el año siguiente por haber sucedido en él.

LIBRO UNDÉCIMO.

DE LAS GUERRAS CIVILES Y REBELION DE FLANDES, EN QUE SE CONTIENEN LOS SUCESOS DEL AÑO 1587.

SUMARIO.

El Esquenque gana por trato al duque de Cleves la villa de Rudorte.—El Esquenque gana al duque de Cleves la villa de Croco.—El castillo de Bao se entrega al Rey católico por catorce mil ducados que dió Alexandro al Castellano y soldados.—Alexandro da órden á Monsieur de Hautepena recupere la villa de Rudorte.—Sitio de Rudorte.—Los españoles procuran quitar el fuego de las minas y se señalan Alonso, Jorge y Juan de Rivera, hermanos.—Los rebeldes desamparan el rebellin de Rudorte y se rinde la villa al Rey católico.—Monsieur de Hautepena recupera el castillo y villa da Croco.—Los labradores de Munster y Vesfalia hacen una gran junta y van sobre la gente del cargo del capitan Don Sancho Martinez de Leiva.—El villanaje del país de Munster no osa pelear con D. Sancho Martinez de Leiva.—Los villanos cierran con los alojamientos de D. Sancho Martinez de Leiva y le degüellan la gente de su bagaje.—D. Sancho Martinez de Leiva socorre la gente de su bagaje con mucho peligro y rompe el villanaje.—Valor y osadía del capitan D. Sancho Martinez de Leiva.—El duque de Cleves da paso franco por sus tierras al coronel Esquenque, más por temor que por voluntad.—Manda Alexandro reformar las banderas españolas que llevó á cargo D. Antonio Manrique en los demas tercios.—Los rebeldes tratan de ganar la villa de Amberes con inteligencias.—Descúbrese el trato de Amberes y castiga Mondragon á los culpados.—Los rebeldes recorren las campañas de los católicos de Brabante, y el remedio que da Alexandro para remediallos.—Los españoles del presidio de Liera rompen y degüellan los rebeldes.—Castigo de rebeldes por estar rota la guerra.—Loable castigo entre españoles.—Buenos respetos de españoles.—Alexandro intenta ganar en un dia por inteligencia las villas de Ostende y Exclusa de Brujas.—Alexandro junta todo su ejército para la empresa de Ostende y la Exclusa.—No tienen efecto las inteligencias de Alexandro.—Fortaleza de la Exclusa de Brujas.—Alexandro pone sitio á la villa de la Exclusa con mucho trabajo de su ejército.—Los rebeldes refuerzan el presidio de la Exclusa.—Los capitanes D. Alonso de Mendoza y Juan de Paz hacen un fuerte con sus compañías.—Los rebeldes ganan algunas barcas del ejército español.—Los españoles baten la armada rebelde.—Los españoles se arrojan en el agua y asaltan los navíos rebeldes.—Monsieur de la Mota hace mucho daño á los navíos rebeldes.—Los españoles recuperan las barcas perdidas y ganan algunos navíos.—El armada rebelde se retira.—Alexandro aprieta el sitio de la Exclusa y le abre las trincheas.—La primera guardia española que entró en las trincheas

de la Exclusa.—Los rebeldes de la Exclusa salen á estorbar no les abran las trincheas, y los españoles los resisten y maltratan.—Múdase la guardia de las trincheas de la Exclusa.—Salen encamisados cuatrocientos rebeldes de la Exclusa á las trincheas de los españoles y los resisten con valor.—Rebeldes heridos y presos.—Monsieur de la Mota herido de un mosquetazo.—En lugar de Monsieur de la Mota encarga Alexandro las trincheas á Monsieur de Montani.—Necesidades y trabajos del ejército español.—Abundancia de bastimentos en el ejército español y de municiones.—Artillería plantada en puestos importantes.—Alexandro cierra el paso á los navíos rebeldes con una fuerte estacada.—Múdase la guardia de las trincheas de la Exclusa.—Alexandro muda la guardia de las trincheas en ménos tiempo.—Por qué se mudaban las guardias fuera del estilo ordinario.—El conde Holac hace un fuerte en Longostrate, gana un castillo á los católicos y otras plazas.—El conde Holac arruina las campañas de Brabante.—Monsieur de la Barlota lleva al ejército español cuatrocientos valones de socorro.—Los valones ganan un puesto á los rebeldes.—Muerte de cuatro gentiles hombres italianos y de cinco españoles.—Múdase la guardia de las trincheas de la Exclusa.—Con las inteligencias de Alexandro gana por trato la villa de Güeldres Monsieur de Hautepena.—Costumbre de la guerra.—Gran confusion en la villa de Güeldres y queda rendida al Rey católico.—Alexandro hace merced al gobernador de Güeldres y se queda con el mismo cargo.—Los rebeldes de la Exclusa asaltan las trincheas de los valones y reconocen un ingenio para hacerlas.—Salen segunda vez los rebeldes de la Exclusa á llevarse el ingenio.—Múdase la guardia en las trincheas de los españoles.—Prision de los capitanes Juan de Castilla y el valor que tuvieron Gonzalo de Luna y Gaspar de Olasso.—Manda Alexandro hacer un camino para el servicio de su ejército.—El capitan D. Pedro Manrique escaramuza con los rebeldes y los retira con algun daño.—A la sirga son navíos que navegan sin viento ni remos, tirados de caballos con unas cuerdas, por tierra.—Los calvinistas de Amberes intentan dar la villa á la reina de Inglaterra por trato.—Refuerza Alexandro la guarnicion del castillo de Amberes con trescientos españoles.—Múdase la guardia española en las trincheas de la Exclusa.—Los holandeses aprestan una armada para socorrer la Exclusa.—Manda Alexandro reformar de gente las guardias.—Crecen los trabajos á los españoles en el sitio de la Exclusa por falta de gente.—El conde Holac acrecienta sus fuerzas.—Daños que el conde Holac hace en Brabante.—Alexandro da órden á Monsieur de Hautepena vaya sobre el conde Holac.—Los rebeldes desamparan el castillo de Yndoven y Hautepena lo presidia de católicos.—Inconsideradamente va Hautepena sobre Holac.—Holac espera á Hautepena con determinacion de pelear.—Escaramuza entre católicos y rebeldes.—Valor de Jorge de Rivera Zambrana.—Los españoles socorren á los irlandeses, valones y alemanes.—Refuérzase la escaramuza entre católicos y rebeldes.—Los españoles rompen á los rebeldes.—Los rebeldes hacen mucho daño á los españoles.—Muerte de Monsieur de Hautepena.—Por muerte de Monsieur de Hautepena eligen en su lugar á Manuel de Vega Cabeza de Vaca.—Pareceres de las cabezas del ejército.—Valor y buenos respetos de Manuel de Vega.—Fortaleza de los puestos que tenian los rebeldes.—La artillería rebelde bate el escuadron de los españoles.—Buena resolucion del capitan Manuel de Vega.—Gran desórden de soldados de las naciones.—Constancia y fortaleza de españoles.—Palabras de Manuel de Vega á los Capitanes.—Valor de Apio Conde y obediencia.—Razonamiento de Manuel de Vega á sus soldados.—Famosa y memorable retirada de españoles.—Los españoles que más se señalaron en la famosa retirada de Manuel de Vega.—Número de los rebeldes que murieron en la retirada de Manuel de Vega.—Ríndese un castillo de rebeldes á los españoles.—Alexandro aprieta el sitio de la Exclusa con ingenio y fuerzas.—Fuerte de las puentes y

pavesadas.—Manda Alexandro batir las defensas y que se pongan los puentes en el foso del fuerte.—Los rebeldes de la Exclusa se defienden y los españoles se retiran á sus trincheas.—Flotas sobre barcas, como las de la estacada de Amberes.—Múdase la guardia de las trincheas de los españoles.—Manda Alexandro cegar el foso del fuerte y poner los puentes.—Notable escaramuza.—Ganan los españoles parte del fuerte de los rebeldes.—De dónde tomó nombre la villa de la Exclusa.—Los rebeldes del fuerte lo desamparan y queman lo que en él tenian.—Los valones católicos se apoderan del fuerte y se fortifican en él.—Muerte del capitan Estroperni.—El marqués del Vasto va á encargarse de la gente de Monsieur de Hautepena.—Manda Alexandro poner las flotas en el canal de la Exclusa que va al mar.—Múdase la guardia de las trincheas.—Francisco Verdugo va sobre el conde de Murs y los demas rebeldes.—El capitan Alonso Mendo toca arma á los rebeldes y pica su retaguardia.—Francisco Verdugo sigue al conde de Murs y demas rebeldes.—El conde de Murs ocupa á Meppen.—Francisco Verdugo encierra en Meppen al conde de Murs y le toma los pasos.—El capitan Alonso Mendo hace daño á los rebeldes.—El conde de Murs se escapa de las manos de Francisco Verdugo.—Francisco Verdugo cierra con el conde de Murs y su gente y le degüella alguna.—La villa de Meppen y los soldados del conde de Murs se rinden á Francisco Verdugo.—Manda Alexandro batir las defensas de la Exclusa.—Levas de gente que manda hacer Alexandro para rehacer su ejército, y jornada de Inglaterra.—La forma de los puentes que Alexandro mandó hacer para la empresa de la Exclusa.—El capitan Bartolomé de Torralva asiste en las trincheas por órden de Alexandro.—Los rebeldes cortan un dique y anegan la tierra con daño de los labradores.—Los españoles se apoderan de una isla y los rebeldes la desamparan.—Los rebeldes, desde la Exclusa salen á recuperar la isla perdida y trábase una gallarda escaramuza con daño de ambas partes.—Los heridos y muertos que hubo en la Exclusa.—Escaramuza de ambas partes.—Manda Alexandro plantar el artillería para batir la Exclusa.—Manda Alexandro poner el puente y se hace con peligro.—Batería de la Exclusa.—Número de los rebeldes que defendian la Exclusa.—Fortaleza y disposicion de la villa de la Exclusa.—El capitan D. Fernando Giron reconoce la batería de la Exclusa.—Múdase la guardia de las trincheas de la Exclusa.—La costumbre que tiene la guardia de las trincheas.—El capitan D. Ramon Cerdán reconoce por órden de Alexandro un torreon de la Exclusa y se apodera dél.—Los rebeldes baten el torreon con muerte de algunos españoles.—El capitan D. Ramon Cerdán maltratado de la batería.—Retíranse los españoles del torreon con órden del marqués de Rentin.—Valor del alférez Antonio Pinto de Fonseca.—El Maestre de campo D. Juan del Aguila herido de un arcabuzazo.—El capitan Juan Brabo de Lagunas ocupa un puesto y se fortifica y hace perder los suyos á los rebeldes.—Matan y hieren los rebeldes desde su media luna á muchos españoles.—Manda Alexandro reparar el puente y plantar en la isla alguna artillería.—Refuérzase la guardia de las trincheas.—Aprieta Alexandro el sitio de la Exclusa y arrímase con la zapa.—Trabajo que los españoles pasaron en las continuas guardias de las triancheas y puestos que tuvieron en la Exclusa.—Un trompeta de los católicos prende una espía de los rebeldes.—Buena astucia de soldados rebeldes.—Buen ardid de Alexandro.—Escaramuza entre españoles y rebeldes.—Los capitanes Domingo de Idiaquez y Antonio Gomez ponen el puente y se señalan.—Muerte del capitan Antonio Gomez y de otros Oficiales y nombres de los heridos.—Los españoles ponen otro puente de la otra parte de la Exclusa y pelean con los rebeldes.—Da órden Alexandro vuelva el marqués del Vasto al sitio de la Exclusa y al conde Cárlos que se encargue de su gente.—Los rebeldes intentan socorrer la Exclusa con su armada y hacen señas de fuego.—Múdase la guardia de las trincheas.—Minas de

fuego que echan los rebeldes de la Exclusa para quemar los puentes y no hacen daño.—Piden socorro los de la Exclusa con fuegos y ahumadas.—Prevenciones de Alexandro para estorbar el socorro de la Exclusa.—Designios de los rebeldes.—Los rebeldes van sobre el fuerte de Blanca Vergue y le acometen de improviso.—Los católicos del fuerte de Blanca Vergue se defienden con mucho ánimo.—Los rebeldes se retiran de Blanca Vergue con daño.—Valor del conde de Lambergue.—Alexandro va al socorro de Blanca Vergue.—Buena prevencion de Alexandro.—La armada rebelde se retira.—El marqués del Vasto con el tercio de D. Francisco de Bobadilla llega al sitio de la Exclusa.—El conde Cárlos con la gente de su armada conserva las campañas de Brabante.—Temores de los sitiados de la Exclusa y procuran ser socorridos.—Nuevas señales de pedir socorro los sitiados de la Exclusa.—Los cercados de la Exclusa determinan de rendirse.—Rehenes que se dieron á los rebeldes de la Exclusa.—Los pactos que Alexandro concede á los rebeldes de la Exclusa.—Costumbre de la guerra.—La villa de la Exclusa se rinde al Rey católico.—Algunos de los que se señalaron en el sitio de la Exclusa.—Número de los rebeldes muertos y heridos que defendian la Exclusa.—Número de los católicos muertos y heridos que hubo en la Exclusa.—Levas de gente en Alemania para Francia, contra católicos.—Alexandro se retira á la villa de Bruselas y deja órden al conde Lambergue de lo que habia de hacer en los cuarteles y puestos que hubo en la villa de la Exclusa.—Fuerte que mandó Alexandro fabricar y parte en que está.—Divídese el ejército de Alexandro en algunas partes.—Alexandro da el gobierno de la Exclusa con nueve compañías de españoles al capitan Juan de Rivas.—La caballería que estaba en el sitio de la Exclusa se levanta dél.—Húndese debajo de tierra un fuerte que fué de importancia.—Los tercios españoles se levantan del sitio de la Exclusa y el capitan Juan Chasco gobierna á Terramunda.—Por las muchas lluvias se anegan los cuarteles y no se puede caminar.—El conde Lambergue levanta la gente de los cuarteles de la Exclusa y guarnece con ella los fuertes de Ostende.—Alexandro comienza á disponer la jornada de Inglaterra.—Todo el ejército que estuvo sobre la Exclusa se retiró á sus alojamientos.—Prevenciones de Alexandro para la jornada de Inglaterra.—Manda Alexandro poner bastimentos para la jornada de Inglaterra y embargar navíos.—Fábricas de navíos.—Llega de Italia á Flandes el Maestre de campo Cárlos Pinelo con seis mil italianos.—Leva de marineros que hizo Alexandro para la jornada de Inglaterra.—Elige Alexandro la villa de Brujas para su corte y prevenir y proveer lo tocante el armada para Inglaterra.—El conde Cárlos va por órden de Alexandro á Gante para alistar el artillería para la jornada de Inglaterra.—El capitan Mateo Serrano va á Frisa con órden de Alexandro por el tercio del coronel Estanley.—Juan Bautista de Tassis tiene órden de Alexandro para apretar el sitio de Rimbergue.—La villa de Meppen se entrega á los diputados del país de Munster.—Francisco Verdugo encarga el gobierno de Zutfent y Deventer al conde Herman de Vergas.—Alexandro encarga á Francisco Verdugo el gobierno de la gente que está en las riberas del Rin.—Llega á Flandes un tercio de españoles á cargo del capitan D. Antonio de Zúñiga.—Reparte Alexandro las banderas del cargo del capitan D. Antonio de Zúñiga en los presidios y saca las viejas.—Las banderas viejas de infantería española se recogen á sus tercios.—Aprestos para la jornada de Inglaterra.—D. Alonso Perez de Guzman, duque de Medina Sidonia, General del ejército y armada que se apresta en Lisboa para Inglaterra.—Correspondencias de Alexandro y el duque de Medina.—Buen órden del Rey católico para limpiar y deshacer las banderas en Cataluña.—Llegan á Flandes diez y ocho banderas de infantería española á cargo de D. Luis de Queralta, caballero catalán.—Recoge Alexandro todo su ejército para invernar y tenerlo á la mano para la jornada de Inglaterra.—Fortaleza de la villa de Cortray.—El

ejército de Alexandro numeroso y bien disciplinado.—Nombres que los españoles ponian á los tercios y por qué causas.—El tercio del Papagayo.—El tercio de los Colmeneros.—El tercio de los Vivanderos y por otro nombre el de los Sacristanes.—El tercio de los Almidonados y por otro nombre el de los Pretendientes y el de las Victorias.—El tercio de la Zarabanda.—El tercio de los Cañutos.—El tercio del Ducaton.—El tercio de Ginebra.—Y el del Camapalo.—El coronel Martin Esquenque gana de improviso la ciudad de Bona

El coronel Martin Esquenque sintió tanto que el duque de Cleves le hubiese (con el fuerte que fabricó como he referido) quitado los pasos y entradas que hacia en sus tierras, que procuró (despechado desto) vengarse y lo puso en ejecucion con ganarle por trato la villa de Rudorte, que estaba en aquel medio bien descuidada de semejante acaecimiento; lo hizo con entrar dentro algunos soldados suyos en hábito de mercaderes, y no hallando en la puerta de la villa guardia suficiente, se apoderaron della y la ganaron sin resistencia alguna, y lo mismo del castillo que esta villa tiene, y en lo alto dél levantaron una bandera blanca que era la señal que habian de hacer para que la demas gente del Esquenque, que habia quedado emboscada en el campo, supiese como estaba ganada la villa. Fuéle de mucha importancia por estar riberas del Rin, y procuró estorbar que no pasasen por él barcas la vuelta de Vesel para necesitar la gente del ejército español que habia quedado en las villas de Burique y Osen á una legua de Rudorte, de la otra parte del Rin, hácia el país de Vesfalia y el de Munster; con esta empresa le pareció al coronel Martin Esquenque, y con haber de allí á pocos dias ganado otra pequeña villa que se dice Croco, tambien del duque de Cleves, por buena industria, un dia que hacia una niebla muy oscura hizo cargar un carro de heno, y unos soldados suyos, en hábito de labradores que servian de carreteros, y el Esquenque iba detras dél atravesarónse en la puerta de la villa; los soldados que la guardaban no fueron poderosos á defenderla porque estaban descuidados; cerrando con ellos se apoderó de la villa, y siendo señor della y de la de Rudorte le pareció podia quitar la plática y vituallas á la gente católica que estaba en los fuertes y puente, y en

Burique y Osen, y libertar á Rimbergue; pero no le sucedió lo que en esto habia pensado, como presto escribiré.

En este medio sucedió que el Gobernador que estaba por los Estados rebeldes en el castillo de Bao, trató con el de la villa de Estembergue, que estaba por el Rey, nuestro señor, que de buena gana se lo entregaria si se le diese buena recompensa, y teniendo seguridad de ser cierta esta plática, avisó á Alexandro, y le cometió no la dejase de la mano hasta concluilla, y dándose buena maña el gobernador de Estembergue efectuó la entrega del castillo, con que Alexandro diese al Castellano para él y sus soldados catorce mil ducados; y habiéndoles recibido, entregó al Rey, nuestro señor, el castillo que, como he apuntado, es muy fuerte y de mucha importancia. Habia dentro buena parte de municiones, trigo y otros granos en gran cantidad, que todo valia poco ménos que los catorce mil ducados que se habian dado por él. Cuando las plazas se rinden con semejantes conciertos, se puede dar por muy bien empleado el dinero que se da por ellas, pues demás del ahorro, siendo de tanta importancia, se debe estimar, procurando mucho los Generales en semejantes ocasiones ver cómo aventuran el dinero de sus Príncipes cuando por él les entregan algunas plazas, y no como otros, que es de más importancia lo que dan por ellas que lo que ellas valen. El Gobernador que rindió este castillo era francés: él y cien soldados que tenia se quedaron en el servicio del Rey, nuestro señor, y Alexandro los aventajó é hizo merced.

Monsieur de Hautepena dió aviso á Alexandro de la manera que el coronel Martin Esquenque habia ocupado las villas de Rudorto y Croco, y lo mucho que importaba volverlas á recuperar para tener limpia y exenta la ribera del Rin, y que se consiguiese el fin que se habia tenido en ocupar los fuertes y puente para la empresa de Rimbergue, y visto era de importancia, le ordenó Alexandro que desalojase el tercio de españoles del Maestre de campo D. Francisco de Bobadilla, que gobernaba el capitan Manuel de Vega, por estar más á la mano que los demas, y que fuese con seis piezas de artillería y ba-

tiese esta villa y la ganase. Monsieur de Hautepena la sitió y abrió las trincheas por la parte de un rebellin donde habia un molino, y al plantar el artillería hicieron los de la villa mucho daño á los españoles, los cuales se arrimaron á él con la zapa y descubrieron una mina maestra; y porque con el artillería los habian batido y de noche con la zapa se procuraba hacer más batería, sacaban los rebeldes para vella y descubrilla muchas veces lunas de la mina, y con otros artificios de fuego la reconocian, y tambien el foso; y queriendo los españoles estorbárselo, salieron algunos á apagar el fuego y entre ellos el alférez Alonso de Ribera y sus dos hermanos Jorge y Juan, todos tres ya nombrados, y con gallarda determinacion y mucho peligro de sus vidas quitaron los fuegos de suerte que no se consiguió el intento de los enemigos. Apoderáronse los españoles del rebellin é hicieron pié en él animosamente, habiéndolo desamparado los rebeldes que se entraron en la villa, y visto que el artillería les habia de abrir puerta á los españoles, temerosos que no los degollasen si se defendian, acordaron de rendirse con pactos de salir sin armas ni banderas y con algun bagaje. Eran cuatrocientos soldados muy gallardos, de los mejores y más pláticos que seguian la parte del Esquenque. Mataron en este sitio más de treinta españoles y otros muchos heridos, porque al plantar el artillería se les hizo mucho daño. Monsieur de Hautepena mandó guarnecer esta villa y levantó el sitio y se volvió con la gente á sus mismos cuarteles, salvo el tercio de D. Francisco, que, por haberlo pasado mal en su alojamiento, le mudaron al país de Vesfalia porque lo era muy mejor, y de camino recuperaron el castillo y villa de Croco, y le dejaron guarnicion católica. Esta faccion se hizo en el mes de Marzo deste año.

A los primeros de Abril volvió á alojar el tercio de Don Francisco de Bobadilla á los países de Munster y Vesfalia, habiéndose retirado del sitio de Rudorte, como há poco que escribí, y estando en estos alojamientos se hizo una gran junta de los villanos destos países y sus contornos con determinacion de tomar las armas, como lo hicieron, y echar dellos á los españo-

les; y yéndolo á poner en ejecucion, con más osadía de soldados prácticos que de labradores, fueron á dar por la parte donde estaba alojado el capitan D. Sancho Martinez de Leiva con su compañía de lanzas españolas y otras tres que tenia á su cargo, que eran de los capitanes D. Felipe de Robles, la de Carandolé y otra de arcabuceros á caballo; y habiéndole entendido, hizo tocar arma y recoger su gente para salirlos á recibir á la campaña, que por no tener infantería no le pareció esperar en sus alojamientos, sino salir al paso al villanaje, que con extraña determinacion se comenzaron á ordenar y á ceñir los alojamientos de la caballería. D. Sancho Martinez de Leiva habia hecho entrar en la iglesia del lugar, donde estaba todo el bagaje, mujeres, niños y enfermos, y en algunas casas que estaban más cerca della con bien poca guardia. Quejábase D. Sancho del capitan Manuel de Vega que gobernaba el tercio del Maestre de campo D. Francisco de Bobadilla, por no haberle querido enviar alguna infantería, con habérsela pedido con tiempo y dádole aviso como le iban á sitiar, y de que tambien estuviese en órden, por haberlo sabido D. Sancho primero que Manuel de Vega, el cual se puso en arma y guardó sus alojamientos sin querer socorrer á D. Sancho; y si bien hubo disculpa, no sabré decir cómo la admitió Alexandro, más de el mal suceso que por falta de infantería tuvo D. Sancho. Los villanos hicieron dos escuadrones de más de tres mil hombres, sin osar acometer á D. Sancho, sino sólo darle vista y entretenelle por dar lugar á una buena parte de villanos que, encubiertos por un bosque, habian entrado en el alojamiento de D. Sancho y que cerrasen con la iglesia y casas donde estaba la gente del bagaje. Hiciéronlo animosamente y comenzaron, como no habia resistencia, á degollar las mujeres y mozos del bagaje y á saquear cuanto habia en el alojamiento; y sintiendo D. Sancho este suceso, le pareció acudir al remedio, no obstante que se halló con gran confusion, pareciéndole que si con su gente se empeñaba dentro del alojamiento, que era un lugar pequeño, podrian los dos escuadrones mejorarse, por estar muy cerca, y sitialle, y si dejaba de hacerlo corria peligro la gente de su

bagaje; y si acometia á los escuadrones con tan pocos soldados era forzoso perderse por estar con sus picas muy fuertes y cerrados y bien guarnecidos de arcabucería, aunque poca, que aunque villanos, no lo parecieron en saberse poner en órden para defenderse y ofender á D. Sancho, que lo pudieron hacer muy á su salvo; pero este arriscado caballero acudió á lo más necesario, y atropando sus soldados con buen órden, volvieron las riendas de los caballos y entraron dentro del alojamiento y cerraron con los villanos valerosamente. Fué á tiempo que habian muerto muchas mujeres y muchachos y saqueado la iglesia y cuanto tenian en las casas, y se iban retirando. D. Sancho cerró con ellos y los rompió y desbarató con gran osadía. En este medio se habian mejorado los dos escuadrones é iban ciñendo el alojamiento y ganando los pasos por donde D. Sancho se habia de retirar, pero teniendo en poco sus diligencias volvió á dar sobre ellos con grandísima determinacion y osadía, atropellándolos y abriendo camino por las espesas picas, por donde pasó con sus soldados, é hiriendo en los enemigos con tanto coraje y valentía que les degolló más de quinientos hombres y recuperó parte de su bagaje sin haber perdido más de diez soldados que le mataron y le hirieron dos ó tres.

En este medio llegó el aviso desto á Manuel de Vega, y envió de socorro dos compañías que aquel dia habian salido de guardia, que eran la de Diego Coloma, á cargo de su alférez Antonio Caballero, y la otra era de D. Juan de Mendoza; todas dos compañías no llevaban ochenta soldados; pero fueron de grande importancia, y con mucho valor cercaron con un lugar donde el villanaje tenia sitiada una iglesia y en ella alguna gente del bagaje de la caballería. Acometiéronles por una puerta que no habia otra salida para escaparse, y por allí les dieron los españoles algunas cargas y los hicieron mucho daño. Los villanos quisieron volver á ganar la puerta para huirse, y cerraron con ella dos ó tres veces, pero con poco valor, no obstante que era muy gran número; tenian muy pocas armas de fuego, porque las más eran venablos, picas y alabardas. Fuéles forzoso arrojarse algunos á los fosos del lugar; otros se

entraron en un corral y allí degollaron á muchos y los desbalijaron, y con esta faccion quedó la caballería socorrida y libre, si bien D. Sancho formó quejas de Manuel de Vega por haberle enviado tarde este socorro habiéndole avisado con tiempo. Dió por disculpa, como he referido, que no queria aventurar sus soldados adonde se perdiesen como lo estaba D. Sancho, al cual habia dicho muchas veces que no se empeñase tanto ni se desabrigase de la infantería, porque era mejor valerse de las contribuciones y que todos estuviesen recogidos, que este era el intento de Manuel de Vega; pero como D. Sancho no estaba á su órden, sino que cada uno gobernaba su gente, buscó alojamiento más cómodo para sustentar los caballos de su compañía y las demas, y los capitanes D. Alvaro Suarez y Ledesma con las suyas de infantería habian entrado de vanguardia, y aseguraron los alojamientos al principio que entraron en ellos con muerte de muchos villanos. Esto hizo á D. Sancho estar más seguro. Alexandro que supo el suceso envió á castigar los autores deste atrevimiento, y habiéndose hecho averiguacion por todos los lugares, pagaron su culpa.

El coronel Martin Esquenque habia hecho algunas correrías en el ducado de Cleves, y tanto daño, que le comenzaron á temer todos los vasallos del Duque, el cual por bien de la paz le concedió libre paso por sus tierras, habiéndosele quitado ántes, como ya he escrito; dió órden que si pasaba con banderas y estandartes como la gente del Rey, nuestro señor, gozase de alojamientos á discrecion, y si pasaba sin ellas le diesen posadas por sus dineros sin hacerles malos tratamientos. Granjeó el Esquenque del duque de Cleves este buen hospedaje, más de fuerza que de voluntad.

Las banderas españolas de los tres tercios viejos estaban pobres de gente, y para reforzarlos mandó Alexandro, á los 18 de Mayo, se reformase la gente que habia llegado de España por el mes de Diciembre á cargo de D. Antonio Manrique, que, como ya escribí, es hoy conde de Morata y muy valiente y honrado caballero. Hízose esta reformacion en el lugar de Gibe y repartieron los soldados igualmente en las compañías

de los tercios, á cada una como les tocaba, y porque el de Don Francisco se hallaba tan léjos en sus alojamientos de Munster y Vesfalia, se entretuvo la gente que le cupo en la villa de Liera, desde donde hicieron algunas correrías y facciones hasta que se juntaron con su tercio.

Los rebeldes de Holanda y Gelanda, visto que les habia faltado el trato y comercio con la villa de Amberes, y lo mucho que les importaba si la volvieran á recuperar, hicieron cuantas diligencias pudieron para que tuviese efecto, y no habiendo de ser por fuerza de armas, que esto era dificultosísimo, aunque se juntasen todas las de Inglaterra, Francia y Estados de Flandes, procuraron con inteligencias poner por obra esta pretension y se la encomendaron al capitan Alonso Vanegas, mulato y español, de quien tengo ya escrito servia en los rebeldes; y estaba de guarnicion en la villa de Bergas Olzon, con su compañía de lanzas, el alférez de Llera, tambien español, y comunicado con él este trato acordaron de platicallo con un soldado del castillo de Amberes, conocido deste Alférez, al cual escribieron prometiéndole grandes dádivas y el gobierno de Amberes y el del castillo si salia con ello; y no pudiendo él sólo dar fin á una empresa tan dificultosa, lo comunicó con otro soldado amigo suyo, de quien se fió. No fué tan secreto que no se vino á entender, de suerte que llegó á oidos del coronel Cristóbal de Mondragon, que desde que se ganó Amberes era Castellano del castillo. Dióse tan buena diligencia que prendió los culpados y los ahorcó; sucedió esto á los últimos de Mayo deste año. Estos soldados españoles que hacian este trato no se pudo saber de qué tierra fuesen, ántes se presumió eran de otra nacion, y porque es justo disculpar la mia, sabiendo cuán leales han sido á sus Príncipes, y que por maravilla se ha visto que español natural haya entregado plaza con traicion. Háse de avertir que hay muchos soldados que sirven entre españoles, que no lo son; particularmente pasó á Flandes (como diré á su tiempo) un tercio de catalanes que llevó D. Luis de Queralta, donde habia mezclados muchos franceses, que como simboliza su lengua con la catalana, se encubren; y he conocido yo algunos

disimulados, que como confina Cataluña con Francia, se mezclan y viven entre españoles, donde se desconocen. Lo mismo es en Aragon, donde hay tanta cantidad de franceses y tan ladinos, como se crian desde pequeños entre los naturales, que con dificultad se echan de ver, y algunos destos se van en las compañías que se levantan en España y pasan á Flandes y á Italia por soldados, que nadie juzga dellos ser de otra nacion; y tambien algunos muchachos flamencos y valones que sirven de mochileros á los soldados españoles en Flandes, como se crian desde niños entre ellos, aprenden la lengua maravillosamente y la plática de la soldadesca mejor que sus amos, y en teniendo edad, por favor y otros respetos, ó por remunerar los servicios que les han hecho, les sientan las plazas de soldados, y como con el tiempo y edad se van desconociendo y se mudan de unas compañías á otras, los tienen por españoles; y como á estos les llama la naturaleza de su patria más que otros respetos, es fuerza hacer traiciones; y hemos visto por experiencia que los mejores soldados y más pláticos que en Flandes tienen los rebeldes, y que nos han hecho la guerra más vivamente, son los que han sido nuestros mochileros. Estos tales y los franceses mezclados, como maman en la leche el odio y la enemistad de España, no hay que maravillarse la muestren en las ocasiones que se ofrecen, y no puedo persuadirme, por las causas que he referido, que sean españoles naturales algunos que sirven á los enemigos rebeldes, sino destos mezclados que he dicho; si acaso no son moriscos, que tambien suelen pasarse muchos á Italia en las compañías, y yo he conocido algunos. En fin, de gente de la calidad referida se ha de presumir estas y otras cosas, y no de un verdadero español, pues todos son tan católicos y de tan verdadero celo en el servicio de Dios y de su Príncipe como se ha visto. Débense remediar estos excesos habiendo buenos Comisarios de muestras, Veedores ó Contadores cuando las toman á la infantería española en los embarcaderos y otras partes, porque si examinasen bien á los soldados para saber su filiacion y naturaleza, no se encubririan estos tales, ni en Flandes, pues por dádivas y otros respetos se so-

lian sentar plazas de extranjeros entre la infantería española. Hubo un tiempo en esto tanta rotura y desórden, que no hay que maravillarse que en el castillo de Amberes, por medio de las pláticas destos tales intentase el capitan Alonso Vanegas, mulato, apoderarse dél; deste tengo averiguado que era español, natural de la ciudad de Andújar, como atrás dejo escrito.

Como los rebeldes vieron descubierto el trato del castillo de Amberes y el poco fruto que habian sacado de sus inteligencias, procuraron hacer cuanto daño pudieron en los contornos de Amberes, y reforzando el presidio de la villa de Bergas Olzon se daban la mano con los de Lillo y corrian las campañas y tierras de Brabante; y para remediar sus desórdenes y atrevimientos, y que los pasajeros pudiesen caminar, que no lo hacian sino con grandísimo riesgo de sus vidas, mandó Alexandro que en las villas de Bruselas y de Amberes, en cada una, hubiese un Preboste de campaña, y que con gente de guerra de á pié y de á caballo corriesen y asegurasen de noche y de dia los caminos y lugares peligrosos. Fué de gran importancia este remedio, porque sabiendo los rebeldes y frabutes la solicitud destos Prebostes y las fuerzas que llevaban sin cesar de correr las campañas, se refrenaron en sus salidas y desórdenes, demás de haber tomado muy gran escarmiento; pocos dias despues de descubierto el trato del castillo de Amberes, en una buena tropa de caballos de los rebeldes de Bergas Olzon, que habiéndose alargado á correr las campañas de la villa de Malinas y tenido aviso desta salida, se dió á las de Amberes, Liera, Arentales y á toda la campiña con el castillo de Vesterlo, y salió mucha gente de cada una, y cogiéndolos todos los caminos y pasos por donde se habian de retirar, vinieron á dar en manos de los españoles, que ya escribí estaban de presidio en Liera, que de la reformacion de Gibe tocaron al tercio del Maestre de campo D. Francisco de Bobadilla, y por estar muy léjos no se pudieron juntar con él, y en tanto que no lo hacian servian en cuanto se ofrecia para la seguridad de las campañas de Amberes y Liera haciendo otras facciones de mucha importancia, y habiendo dado con los rebeldes los rompieron valerosamente,

degollando la mayor parte y á los demas cogieron en prision, y al Cabo que los gobernaba, que era el Alférez español de la compañía del capitan Alonso Vanegas que con sus inteligencias hacia el trato del castillo de Amberes. Ganáronles tambien una muy gran presa que habian robado de las tierras de los católicos, entráronla en Liera y se repartió por iguales partes á los soldados de las guarniciones convecinas, y los prisioneros llevaron á la villa de Amberes y los ahorcaron á todos, que por estar rota la guerra con los de Bergas Olzon no se permitió quedase ninguno con vida. Los españoles de Liera no quisieron por su parte otra cosa que al Alférez, que por ser de nacion suya y servir á los rebeldes le pasaron por las picas, castigando desta suerte su traicion y maldad y dar ejemplo á los demas para que sepan de la manera que vienen á parar los que hacen semejantes delitos, y que siendo desta calidad no los perdonan, ántes bien, posponiendo todos los intereses del mundo procuran conservar su reputacion y buen nombre, como se vió en esta ocasion, pues siendo estos españoles de la guarnicion de Liera, los que prendieron y rompieron á los rebeldes y les quitaron toda la presa de la manera que se ha visto y de buena razon habian de llevar la primera y mejor parte, no la quisieron y la perdonaron porque les diesen al Alférez para hacer justicia, y con su muerte dar honrada cima á otros españoles. Desta manera la conservan los desta nacion en cuantas ocasiones semejantes y en otras que se les ofrece.

Ya era fin de Mayo y deseaba Alejandro hacer alguna faccion de importancia ántes de pasarse la buena sazon del verano, y aunque tenia muchas partes adonde acudir y hacer la guerra, si bien no podia en este medio ir á las islas de Holanda y Gelanda como deseaba, por no haber sacado fruto de sus inteligencias, le pareció limpiar el condado de Flandes, y que en él no hubiese tierras enemigas, y que los moradores viviesen en paz y quietud, mas no la podian tener porque de las villas de la Exclusa de Brujas y Ostende eran perseguidos y molestados. Solas estas dos plazas habian quedado por los rebeldes, que eran fortísimas y de mucha importancia, y no habia intentado Ale-

xandro acometellas por no podérseles quitar el socorro. Son bien conocidas por haber costado tanta sangre el ganar la una como reputacion en perder la otra, y haber sido en estos tiempos y tener la memoria tan viva de lo mucho que han costado. Intentó Alexandro una cosa digna de ser escrita de otro mayor ingenio que el mio; porque vistas las dificultades que habia para ganarlas por fuerza de armas, quiso en un mismo dia señorearlas si pudiese; mas no le sucedió como pensaba. La traza habia sido buena, pero la suerte muy contraria, de que nadie se debe maravillar que pueda todas veces tener asida un Capitan la fortuna por los cabellos, porque los azares de la guerra, como contrarios de la buena suerte, perturbaban muchas veces el intento y empresas que á un General se le ofrecen; pero como sepa disponerlas con honrada determinacion, queda descargado de lo que se le podria imputar, y tan victorioso como si hubiera tenido efecto lo que habia de emprender.

Levantó Alexandro todo su ejército de las partes donde habia estado invernando, salvo el tercio del Maestre de campo D. Francisco de Bobadilla, que para dar calor á las cosas de Frisa y fuertes que estaban á las riberas del Rin para la empresa de Berquem se habia quedado en sus alojamientos de Munster y Vesfalia, y á los primeros de Junio comenzó á marchar el tercio de D. Juan del Águila, y pasando el rio Mosa por Mastriq, fué la vuelta de la villa de Brujas en el condado de Flandes, y ántes de llegar se juntó con el tercio viejo de españoles del coronel Cristóbal de Mondragon en la villa de Terramunda, y desde allí mandó Alexandro fuesen al fuerte del Saso las compañías de los capitanes Torres de Vivero y D. Antonio de Sotomayor, por estar ausentes á mudar las de el Capitan y Sargento mayor Agustin de Herrerra, la de Antonio Gomez con la de Arango; las unas y las otras eran del tercio de D. Juan del Águila, y deste mismo salió de Terramunda la compañía de Idiaquez y entró la de Alonso de Vega en su lugar, que era del tercio viejo; pero no se mudó el Gobernador desta plaza, que, como queda escrito, era el capitan Juan de Rivas, persona de pecho y prudencia. Trocó Alexandro estas guarniciones, porque para

la empresa que iba á hacer quiso llevar compañías con Capitanes, y tambien por darles gusto á los Oficiales que tal vez le tienen en campear y tal en recogerse á descansar de los trabajos de la guerra, que por ser tan excesivos á nadie está mal procurarlos algunas veces.

Estos dos tercios de españoles llegaron cerca de Gante, á los 7 de Junio, y este propio dia partió Alexandro de Bruselas y hizo el mismo viaje y fué recogiendo todas las naciones de su ejército, así caballería como infantería, en un lugar grande que se llama Audemburque, que está tres leguas de la villa de Brujas y dos de la de Ostende, donde tenia Monsieur de la Mota hecho un fuerte y otros dos cerca dél para darse la mano, con que por aquella parte tenia cerrados los pasos á los rebeldes de Ostende y á los de la Exclusa de Brujas para que no les corriesen las campañas ni molestasen los católicos; y teniendo en este cuartel del lugar de Audemburque acampado Alexandro todo su ejército con esperanzas de coger fruto de sus deseos, que eran, como ya he escrito, ganar estas dos plazas en un mismo dia, se descubrió un trato que con sus inteligencias tenia en la una, y el mal suceso de la otra, que fué enviar á Monsieur de la Mota como persona que tenia bien conocida la disposicion y sitio de la villa de Ostende á darle de improviso, sin que se entendiese, una escalada vista. Esta es una faccion que si se sabe emprender es de importancia por la poca costa y ahorro de gente, pertrechos y municiones que se tiene. Fué Monsieur de la Mota á ejecutarla por la parte de la villa vieja, que es por la misma que le acometió en el mes de Marzo del año pasado de 1585, y habiéndola llegado á reconocer la halló fuerte de guarnicion y de agua, demás de haber sido descubierto, que le fué fuerza retirar la gente y volverse al ejército, y dió cuenta de ello á Alexandro, y fué á tiempo que habia acabado de saber cómo se descubrió el trato que tenia en la Exclusa de Brujas, cosa que lo sintió extrañamente no haber salido con una de las dos empresas, con que en parte, demás del gran servicio que se le seguia al Rey, su tio, quedara con algun gusto del que pensó tener, habiendo trazado tan bien y tan á

tiempo dos facciones de importancia y perderlas por mal suceso.

Se debe sentir y aprender, los que se precian de buenos Capitanes generales, cuánto les conviene por todas las vías posibles intentar con buenas inteligencias y con otras trazas á ganar las villas á sus enemigos sin aventurar su gente por fuerza de armas, como algunos hacen, que les parece si no hay mucha sangre derramada no son buenas facciones las que intentan, las cuales no se han de emprender, si no es á más no poder, como hizo Alexandro, que viendo la dificultad de ganar á Ostende, que lo era muy grande, como por experiencia se ha visto, lo que le costó ganarla al señor archiduque Alberto, la dejó sin quererla acometer por fuerza de armas; y pareciéndole que la Exclusa de Brujas no las pudiera resistir con ser la plaza tan fuerte como se sabe, y ya que tenia allí su ejército junto, se determinó á sitiarla y no perder el tiempo sin aprovechar el deseo de su ejército, que le tenia muy grande de pelear y aprovecharlo donde luciese; y para que se entienda emprendia un sitio dificultosísimo, es bien se sepa que la villa de la Exclusa es una de las más fuertes é inexpugnables que hay en Flandes, así por los muchos navillos, rios y fosos que tiene, como por no se le poder quitar el socorro si no es con grandísima dificultad, y tener un castillo tan fuerte como la villa.

A los 11 de Junio partió Alexandro del lugar de Audemburque con todo su ejército á ponerle sitio. Está á tres leguas de Brujas y otras tres de donde partió el ejército, y fué necesario caminar trece para sitiarla por los muchos pantanos que tenia y las grandes inundaciones que las aguas habian hecho por haber los rebeldes cortado algunos diques; pasó la infantería grandísimo trabajo, porque iba desguazando todo el país anegado con mucha dificultad, y el terreno y diques que habia por aquella parte era la isla de Casante, que es la que saquearon algunos españoles desordenados del tercio del coronel Cristóbal de Mondragon cuando estuvo alojado en el lugar de Iclo el año de 1584, por el mes de Febrero, como tengo escrito, y no habia otra parte donde poderse acuartelar el ejército, si no era en esta isla, como se hizo en la ribera del navillo

que entra del mar á la Exclusa de Brujas, y della pasa á la villa de Dama, que estaba por el Rey, nuestro señor, y una pequeña legua de la de Brujas donde llega la marea y creciente del mar por uno de los dos navillos que se dividen desde el fuerte de la Exclusa: uno dellos pasa á mano derecha de la villa de Dama, yendo á ella y á Brujas desde la Exclusa, y el otro entra por medio de Dama. En este sitio tan húmedo y desacomodado se acuarteló el ejército y entró en él á los 13 de Junio. Este dia llegó el conde Cárlos de Mansfelt con un regimiento de alemanes y seis piezas de artillería, las cuales hizo plantar Alexandro á la boca del navillo para estorbar el paso á los navíos que intentaron socorrer la Exclusa; pero no se lo pudieron impedir.

Este mismo dia algunas barcas que llevaban el bagaje de ocho compañías de ingleses que habian entrado de socorro en la Exclusa, sobre cinco que tenian de guarnicion, que todas eran trece, creyendo que la iba á sitiar Alexandro, la guarnecieron y amunicionaron con grandísima presteza. Estas barcas volvieron á salir vacías, y aunque les tiraron algunos cañonazos no se lo pudieron estorbar. Llegó tambien este mismo dia el marqués del Vasto con ocho compañías de caballos, que eran suficientes para este sitio, pues el socorro que los rebeldes habian de hacer no le esperaba Alexandro por tierra sino por el mar. Alojáronse en la retaguardia de los cuarteles de la infantería.

En su tanto, no fué este sitio ménos dificultoso y reñido que el de la villa de Mastriq; y así procuró Alexandro ir con mucho tiento reconociendo los puestos y avenidas por los canales y cortaduras que habia en los diques que, como dejo escrito, los rebeldes anegaron gran parte de la tierra para estar más fuertes; y porque en el canal que va de Pechelingas á la Exclusa se iban en este medio juntando gran número de bajeles de armada y pudieran, saltando gente en tierra, socorrerla por aquella parte, mandó Alexandro á los capitanes D. Alonso de Mendoza y Juan de Paz, del tercio del Maestre de campo D. Juan del Aguila, que con sus compañías de españoles fuesen

á una cortadura que habia en el dique., que va de Casante la vuelta de Pechelingas, é hiciesen un fuerte para resistir por aquella parte las facciones que los rebeldes intentasen. Levantáronlo en breve tiempo y lo pusieron en defensa. Antes de ponerse Alexandro sobre esta villa de la Exclusa, habia dado órden al coronel Cristóbal de Mondragon, Castellano que era del castillo de Amberes, recogiese de aquella villa muchos marineros de los más pláticos y los enviase en algunas barcas por las riberas de Terramunda y Gante hasta la Exclusa para servicio del ejército, y poderse dar la mano unos á otros en este sitio, que, como habia tantos canales y navillos que pasar, eran muy necesarias. Partieron diez y seis muy bien armadas de remos y marineros. Los rebeldes tuvieron este aviso y las esperaron muy cerca de la Exclusa, y habiéndolas descubierto les fueron dando caza hasta hacer embestir en tierra á la mayor parte dellas. Los marineros las desampararon y se acogieron á las demàs que no alcanzaron, y en ellas llegaron á la Exclusa; las otras se llevaron los rebeldes. No es cosa nueva hacer estas pérdidas por el agua nuestra nacion, y así todas las veces que se me ofrece escribirlas, temo, por no saber á quien dar la culpa, ni sé que puedan ser mejores marineros ni más venturosos los de otras naciones que los españoles, sino que el no inclinarse á la navegacion como los demas es causa de sus infelices sucesos, y no hay que maravillarse, pues los premios de los soldados que sirven en la mar no son iguales á los que lo hacen en campaña, y no sé si es acertado, pues son mayores los peligros y trabajos de las embarcaciones que los que se pasan marchando en tierra; y si se hiciese, ya que no fuese más, sino tanta estimacion de las batallas navales como de las murales, y otras donde se espera mayor premio, habria más marineros y soldados de mar; y como ven al contrario de lo que esperan, pocos se inclinan á la navegacion, y es de tanta importancia el hacerlo, como tantas veces por experiencia lo habemos visto, y se sabe que el Príncipe que fuere señor de la mar lo será de la tierra, y con sólo ella y sin marineros ni armadas no lo podrá conservar.

Iba creciendo la armada de los rebeldes en este medio y ocupando todo el canal de Pechelingas y acercándose á la boca dél, y temiendo Alexandro algun mal suceso, ordenó, á los 16 de Junio, á los capitanes D. Pedro Manrique, del tercio de Don Juan del Aguila, y á Gregorio Ortíz, del del coronel Cristóbal de Mondragon, que fuesen con trescientos soldados españoles, ciento cincuenta de cada uno, y tres piezas de artillería con una compañía de alemanes para la guardia della, todos á órden del conde Cárlos de Mansfelt, y se pusiesen frontero de la armada de los rebeldes y la comenzasen á batir. Hiciéronlo valentísimamente y como se podia desear al tiempo que amanecía y que la marea comenzaba á bajar; y como el artillería hacia mucho daño á los navíos, se comenzaron á retirar para ocupar puestos seguros; pero no lo pudieron hacer algunos como pensaron porque se iban quedando en seco por no poder pescar el agua que habian menester para retirarse. Los españoles que los vieron encallados, con una osada determinacion se arrojaron al agua, y desguazando con inmenso trabajo por el mucho fango que habia, cerraron con los navíos rebeldes, y á un mismo tiempo los marineros que habian llegado de Amberes en sus barcas, á fuerza de remo, embistieron por el navillo saliendo á la mar por aquella parte valerosamente, y por la de la villa de Ostende estaba Monsieur de la Mota con su gente para impedir el socorro que della podia ir á la Exclusa, y viendo la faccion que los españoles hacian mandó dar muchas cargas de arcabucería y mosquetería á los navíos que á fuerza de vela y remo se habian procurado retirar, pero con mucho daño; y no lo pudieron hacer dos charruas de armada y un bajel muy grande por haberse encallado, y aunque comenzaron á defenderse no pudieron resistir los españoles, que entraron dentro y mataron á los rebeldes y recuperaron tambien las barcas que habian perdido los marineros de Amberes. El bajel grande estaba cargado de trigo y de otros muchos bastimentos para entrarlos en la Exclusa, y las dos charruas de muchas municiones, y con ocho piezas de artillería y tres medios cañones de batir desencabalgados para la defensa de la Exclusa.

Esta victoria fué parte que la armada rebelde se retirase á la mar y quedó por entónces desocupado el canal, y viéndose Alexandro con ménos cuidado (porque le tenia muy desvelado de que los rebeldes habian de socorrer la Exclusa) la comenzó á apretar y á arrimársele con trincheas con mucha dificultad, y para poderlas abrir fué necesario hacer diversos puentes en algunos navillos y fosos, y no se podia ménos por la fortaleza que esta villa tenia por todas las partes; y porque se habian de ganar ciertos puestos para arrimarse á ella que los rebeldes tenian ocupados, ordenó Alexandro, á los 18 de Junio, que se mejorasen diez compañías de españoles de los dos tercios y alguna caballería, así para hacer las trincheas como para dar calor á los que las habian de abrir, y que se juntasen con la gente del cargo de Monsieur de la Mota, que era de las naciones, número de dos mil hombres que sólo servian de tener, como ya he referido, ocupados los pasos por la parte de Ostende para que por ella no socorriesen los rebeldes la villa de la Exclusa, que era de mucha importancia; y Monsieur de la Mota con su grande ánimo y experiencia acudió á todo lo que se ofreció como se podia desear. Mas porque la nacion española llevó en este sitio todo el peso del trabajo como en los demas se ha visto, habré de particularizar menudamente las facciones que se hicieron, nombrando los Capitanes y sus compañías en las guardias que tenian, porque se mudaban cada ocho dias por su órden, respecto de que se repartiese el trabajo que pasaban, y que se sepa á quién les sucedia el de las facciones y del pelear.

Bien echo de ver que es proligidad escribir cosas menudas y trabajos de la guerra en estos escritos por la brevedad que deseo tengan, mas tambien es justo darle á cada uno lo que le toca y no quitar la gloria á quien por su virtud y méritos la gana á costa de su sangre. Las primeras compañías y guardias que entraron para hacer las trincheas fueron las de los capitanes Bartolomé de Torralva, Juan Bravo de Lagunas, Diego de Vargas Machuca, del tercio del Maestre de campo D. Juan del Aguila, y del coronel Cristóbal de Mondragon las de los capitanes Pedro de Albricio, caballero del hábito de San Juan;

Gregorio Ortíz, Pedro de Corvera, la de Becerra y la del capitan D. Francisco Mendoza. Estas compañías españolas con sus Capitanes se arrimaron con grandísima dificultad lo más cerca de la villa que pudieron, dando principio á las trincheas, lo mismo la gente de Monsieur de la Mota, y comenzando á trabajar los ocho dias primeros que les tocó, salieron siempre los rebeldes á ellos, á estorbárselo, trabando muchas escaramuzas y peleando valientemente; siempre llevaron lo peor, porque los españoles los resistian con su acostumbrado ánimo, de manera que les hacian volver á la villa muy á su pesar, matándoles é hiriéndoles á muchos dellos, señalándose con gallardía los capitanes Juan Bravo de Lagunas y Bartolomé de Torralva, y no ménos Pedro de Corvera, que ya estaba libre de la prision en que le tuvo el Esquenque. Pasados los ocho dias mandó Alexandro mudasen á estas compañías las de los capitanes Simon de Itúrbeda, la de Antonio Gomez y la de Fadrique de Villaseca, que eran del tercio de D. Juan del Aguila, y del del coronel Cristóbal de Mondragon las de los capitanes Hernando de Barragan, Alonso Ruiz Fajardo, D. Luis de Zúñiga, esforzado caballero, la de Alonso de Narvaez y la de Juân de Castilla, habiendo ocupado sus puestos y guardias á los 25 de Junio; salieron de la villa de la Exclusa cuatrocientos rebeldes encamisados, y con notable osadía cerraron con las trincheas de los españoles por la parte donde estaba la compañía del capitan Simon de Itúrbeda, que era más cerca de la villa y el puesto más peligroso por ser de arcabuceros. Resistiéronlos con mucho brio y de manera pelearon que los hicieron volver las espaldas con el mismo ímpetu que habian acometido á las trincheas, y los fueron siguiendo hasta encerrarlos en el foso de una media luna que tenian fortificada, y en ella habian dejado un gran número de gente para abrigallos si volvieran rotos; habiendo sucedido de la manera que lo previnieron, incorporáronse con ellos, y volviéndose á rehacer, tornaron á cerrar con los españoles con grandísima gallardía, y peleando todos muy bien, no se reconoció por un gran espacio ninguna ventaja, y aunque los rebeldes eran muchos y que peleaban debajo de su

muralla, que por tenerla bien guarnecida hicieron algun daño á los españoles, no los pudieron resistir, porque volviendo sobre ellos con las espadas en las manos les hicieron retirar á su media luna, y los españoles se volvieron á sus trincheas con pérdida de un soldado y cinco heridos, y á los rebeldes les mataron ocho é hirieron á más de veinte, y se trujeron tres prisioneros; el uno era un Alférez, que no poco se holgó Alexandro porque deseaba saber lo que pasaba en la villa, y dél se informó y supo el ánimo con que estaban de defenderla. Habia acudido Monsieur de la Mota con alguna gente á socorrer las trincheas, porque tenia cargo dellas, y fué á tiempo que le dieron un mosquetazo por el nacimiento del brazo derecho, y por aquel lugar se lo cortaron. Sintiólo Alexandro con muy justa razon por ser este caballero un muy gran soldado y de las mejores cabezas que habia en el ejército español, y en su lugar envió para tener á cargo las trincheas y lo demas que se ofreciese al marqués de Rentin, por otro nombre Monsieur de Montani, Gobernador que era del país de Henaut y General del mar de Flandes.

Curóse Monsieur de la Mota en la villa de Brujas, y sanó de su herida, y aunque con un brazo ménos, sirvió despues al Rey, nuestro señor, en todas las ocasiones que se ofrecieron con grande asistencia y voluntad. En este sitio pasó el ejército muchas hambres y necesidades, y fueron tales que los primeros ocho dias que duró el acuartelarse y ocupar los puestos no vinieron bastimentos ni se hallaba género de sustento por dineros ni sin ellos, y fué necesario que los soldados comiesen muchas hierbas del campo y cañaliejas que nacen sobre los diques, de suerte que enfermaron muchos y otros se volvieron locos; pero despues, con el cuidado y solicitud de Alexandro fué tan bien avituallado el ejército, que hasta hoy no se ha visto en Flandes cuarteles más bien proveidos que los que hubo en este sitio, porque en las mismas trincheas se vendian las perdices y otros regalos, sin haber quien los comprase, y todo en muy moderados precios. Tambien sobraron las municiones y pólvora sin que al Rey, nuestro señor, le costasen ningun dinero, que

porque Alexandro quitase el padrastro de la villa de la Exclusa con ganarla, que era muy grande, ofrecieron las demas, como la de Gante, Brujas, Ypre y otras, de dar cuanta pólvora y municiones se gastasen; y en este tiempo llegaron tantas de todos los contornos, que andaban en las trincheas las esportillas llenas de balas de mosquetes y arcabuzes, rodando, que fué una cosa jamás vista. Llegó tambien mucha artillería, y Alexandro la hizo plantar en los puestos y partes más necesarias para si por alguna vinieran los rebeldes á socorrer la villa como siempre se tuvo entendido lo habian de hacer; y para estorbarlo se valió Alexandro de su natural ingenio y solicitud, de suerte que no le quedó nada por hacer en este sitio tanto trabajoso como difícil, todo le parecia poco; segun la muestra que habian dado los holandeses y la reina de Inglaterra de socorrer esta plaza, los que la defendian tenian tan altas esperanzas de su libertad, que les hacia defenderse y pelear con mayor coraje; y pareciéndole á Alexandro que por la parte del navillo que entra en la Exclusa, donde hay un bajo que la marea hace muy ancho por ser el terreno llano y que sobrepuja mucho á las crecientes del mar, podian entrar los socorros, mandó hacer una estacada muy grande y fuerte, con que por aquella parte quedó cerrado el paso.

Á primero de Julio mudaron las guardías de las trincheas las còmpañías de los capitanes D. Pedro Manrique, Domingo de Idiaquez y Alonso de Espinosa Calderon, del tercio de Don Juan del Águila; y del del coronel Cristóbal de Mondragon las de los capitanes Juan Chasco, Gaspar de Olaso, Gonzalo de Luna y Mora, Juan Ramirez y la del coronel Cristóbal de Mondragon, y desde entónzes dió Alexandro nuevo órden que se mudasen estas guardias cada cuatro dias, porque era mucho trabajo estar los ocho en las trincheas donde le pasaban muy grande. En las de los valones se mudaban, como es costumbre, cada veinticuatro horas porque tenian cerca dellas sus cuarteles y no ocupaban puestos tan peligrosos como los españoles, que esta era una de las causas porque las guardias se mudaban en tantos dias; y como ya he escrito, era justo participasen todos de los

trabajos y descansos que la guerra trae consigo, si acaso hay en ella algunos. Esto tengo por dificultoso hallarlos ninguno entre tantas miserias y desdichas.

Pareciéndole á la reina de Inglaterra y á los Estados rebeldes que Alexandro no se levantaria del sitio de la villa de la Exclusa sin ganarla, procuraron divertirle, así por ver si le hacian levantar el sitio, como porque viéndole embarazado en él, hacer alguna empresa de suerte que sacasen algun fruto, y que esto fuese por mano del conde Holac, el cual en este tiempo fué con una armada y mucha infantería la vuelta de un lugar abierto, muy grande, que se llama Longostrate, á cinco leguas de la villa de Bolduque. Allí hizo un fuerte para correrles las campañas y ganó un castillo de católicos para el mismo efecto, y como no habia quien se lo estorbase hacia estas facciones muy á su salvo destruyendo los campos y molestando los labradores, y á los más ricos se llevó en prision y parte de sus haciendas, y en la que hizo mayores daños fué en la de Yndoben y sus contornos; y cerca desta villa ganó otro castillo y le presidió de sesenta soldados rebeldes, con órden que se hiciesen contribuir de toda aquella comarca y recogiesen en él lo que robasen y todas las contribuciones, y el conde Holac con la demas gente que llevaba fué recogiendo mucho ganado y haciendo robos y correrías por todo el Ducado de Brabante. Alexandro tenia necesidad de gente, porque para tan grande sitio como habia ocupado en el de la Exclusa le faltaba mucha, y así habia dado órden de ir recogiendo la más que pudiese y rehacer su ejército y no dividirle, estando opuesto á todas las fuerzas inglesas y de los Estados rebeldes, por cuya causa no pudo enviar por entónces á castigar las desórdenes que hacia el conde Holac y su gente. En este medio, que eran los 2 de Julio, llegó Monsieur de la Barlota con cuatrocientos soldados valones que habia recogido por todo el Anamurues con órden que Alexandro le habia dado para rehacer algunos regimientos desta nacion que estaban muy pobres de gente. Dieron muestra otro dia siguiente y los repartieron en todas las banderas valonas. Habia un puesto cerca de la villa de la Exclusa, que te-

nian ocupado los rebeldes, de gran importancia, y estaba muy cerca de las trincheas y cuarteles de los valones, y á los 3 de Julio dió órden Alexandro le fuesen á ganar. Hiciéronlo con mucha osadía, y los rebeldes lo defendiron y pelearon muy bien; pero no lo pudieron sustentar porque los valones se dieron tan buena maña con el valor que mostraron, que ganaron el puesto y le señorearon; pero perdieron más de veinte soldados y les hirieron á otros, porque los rebeldes tenian muy guarnecida su muralla y daban desde ella muchas y apresuradas cargas á los valones católicos de arcabucería y mosquetería. Tambien mataron á cuatro gentiles hombres italianos, entretenidos cerca la persona de Alexandro, y á cinco españoles que habian ido á socorrer á los valones. A 5 de Julio fueron á mudar la guardia de las trincheas las compañías de los capitanes D. Ramon Cerdan, D. Juan de Viveros, Antonio Gonzalez, y la del Sargento mayor Agustin de Herrera, del tercio de D. Juan del Águila; y del coronel Cristóbal de Mondragon las del capitan Luis del Villar, de Diego de la Peñuela, de Don Luis de Godoy, de Diego de Escobar y la de Diego de Rojas.

En este medio se sacó muy gran fruto de las inteligencias que Alexandro habia tenido para ganar la villa de Güeldres por trato. Habia ordenado á Monsieur de Hautepena que desalojase el tercio de españoles del Maestre de campo D. Francisco de Bobadilla, del país de Munster, donde todavía se hallaba, y un regimiento de alemanes y otro de valones de los que estaban en las riberas del Rin, junto á Vesel, con algunos italianos y caballería. Toda esta gente era del cargo de Monsieur de Hautepena que, como he apuntado, estaba alojada en Burique, y en los dos fuertes y estacada junto á la villa de Vesel para la empresa de Rimbergue. Fué tambien el Señor de Estanley con su regimiento de irlandeses, que es el que rindió al Rey, nuestro señor, la villa de Deventer; pasó la ribera del Rin por Vesel, donde se juntó con la demas gente de Monsieur de Hautepena. Mandóle que, llevándola todo recogida y en buen órden, marchase á la villa de Güeldres, porque al Gobernador della y un hermano suyo la habian de entregar; y sabida la hora y dia, se

apoderaron de la puerta principal por donde habian de entrar á ganar esta plaza, guarneciéndola bien con parte de la muralla con la compañía del Gobernador, á quien habian comunicado que esperaba un convoy que el Esquenque enviaba á los soldados. Lo tuvieron por muy cierto y que era para amunicionar y socorrer la villa, y que por los grandes calores que hacia marchaban de noche. Este engaño con tanta apariencia de verdad tuvo á sus soldados sin sospecha, y pareciéndole al Gobernador que tardaba Monsieur de Hautepena, y que podria amanecer sin que tuviese efecto lo tratado, envió á su hermano, á toda diligencia, por el camino que habia de hacer Hautepena, y habiéndole hallado le dijo apresurase la marcha ántes que viniese el dia. Hiciéronlo con grandísima brevedad; pero no sin mucho trabajo, porque iba la infantería desguazando pantanos y malos caminos, que siendo de noche siempre parecen más difíciles de pasar, aunque lo eran mucho. Con todo eso llegaron á las puertas de Güeldres á tan buena ocasion que el Gobernador tenia abierta la puerta, y les dijo en alta voz fuesen bien venidos, por disimular con sus soldados, y á Monsieur de Hautepena que caminase á toda priesa hasta la plaza principal donde habia un cuerpo de guardia de la compañía del Esquenque, que la degollasen y se apoderasen dél. Hiciéronlo muy bien los soldados católicos que llevaba consigo, y habiendo cogido de improviso á los rebeldes no tuvieron tanto que hacer. Tocóse arma en la villa con grandísima priesa, y como acudian á sus puestos y los hallaban ocupados, causó gran confusion; pero deshízose en breve espacio por el buen órden que tuvo el Gobernador, que él, su hermano y todos sus amigos que sabian el trato, y algunos burgueses católicos se pusieron sobre las cabezas unos lienzos blancos para ser conocidos como la gente de Hautepena, que llevaba la misma divisa, y cuando todos confusos y apresurados tomaron las armas y comenzaron á pelear, sabian con quién lo habian de hacer; pero los rebeldes y algunos ingleses que estaban de guarnicion en la villa andaban desalumbrados por las voces diferentes que apellidaban, sin saber donde acudir.

Los católicos, que sabian el trato con el Gobernador, tenian aquella noche por nombre á Santa María, y los rebeldes á San Antonio. Unos lo apellidaban, otros al Esquenque, los ingleses á la Reina, los católicos á Santa María, y la gente de Hautepena al Rey de España, nuestro señor; pero como los que tenian su voz eran la mayor parte de la gente, hicieron escuadron en la plaza y se fueron señoreando de la villa. Los rebeldes se escapaban como podian; tanto era el temor y el asombro que en un instante tuvieron, que desampararon las guardias sin hacer resistencia, habiendo perdido muchos soldados, y otros quedaron mal heridos. De los católicos no peligró ninguno ni se saqueó esta villa por la buena diligencia que tuvieron Monsieur de Hautepena y el Gobernador; pero algunos soldados desmandados y otros que se salieron del escuadron se aprovecharon muy bien, que estos tales, como son más solícitos al enfardelar lo que roban que á cumplir con sus obligaciones, siempre se ven más medrados que los que no se apartan de sus puestos ni banderas. Alexandro hizo mucha merced al Gobernador, y le dejó con su mismo oficio en la villa, y la hizo presidiar con quinientos hombres de los que llevaba Monsieur de Hautepena, y se sacó mucho más fruto della que el que sacó el conde Holac en Brabante y la campiña de las correrías y robos que habia hecho.

Los de la villa de la Exclusa se defendian cuanto podian, porque con las grandes esperanzas que tuvieron de ser socorridos cobraron tanto brío y ánimo, que sin perderlo un punto hacian muchas acometidas emprendiendo facciones de muy famosos soldados. A los 7 de Julio hicieron una salida á las trincheas de los valones, y de camino fueron á reconocer un ingenio, semejante á un carro que Alexandro habia mandado fabricar para acabar de hacer las trincheas, que, como eran tantas las salidas que hacian en ellas, no podian trabajar sino con mucho peligro. Era este ingenio fundado sobre una caja muy crecida, de madera, con cuatro ruedas grandes por los costados; tenia unos palos gruesos que servian de pavesada á entrambas partes con unos tablones fuertes atronerados á prueba

de mosquete, y por la frente deste ingenio estaba de la misma manera; y el hueco ó espacio que tenia entre las pavesadas era como el de un carro mayor que los ordinarios de cuatro ruedas que hay en Flandes. Los rebeldes cerraron con increible presteza, unos á las trincheas y otros á reconocer este ingenio; los que iban dentro estaban sin armas, porque como trabajaban no las habian menester; y como no pudieron resistir los enemigos, desampararon el ingenio y se fueron retirando por la misma trinchea hasta un reducto pequeño que tenian en ella, que les servia de cuerpo de guardia, y dél salieron los valones á recibir á los rebeldes con bizarra gallardía y dieron sobre ellos; pero no pasaron del ingenio. Allí comenzaron á pelear un gran rato hasta que los rebeldes se retiraron á un fuerte que tenian, y de camino procuraron llevarse el ingenio; pero no pudieron, y como vieron que los valones católicos no los seguian, volvieron á salir por segunda vez adonde estaba el ingenio para llevárselo, y por ser muy pesado no pudieron hacerlo, más de trastornarlo en el navillo, porque la trinchea pasaba junto á él, y sin hacer más faccion se retiraron los rebeldes á su puesto. Este mismo dia se acabó de hacer otro ingenio de la misma traza que éste, pero más fuerte y capaz para acabar de abrir las trincheas por la parte de los españoles que no las habian puesto en perfeccion por el peligro grande con que las hacian, si bien las tenian ya en este medio muy cerca del foso de la villa, habiéndoles costado harta sangre y trabajo. A los 9 de Julio se mudó la guardia de las trincheas, que por no haberse abierto en Flandes en aquellos tiempos otras con tanto peligro, era necesario, como tengo referido, participasen todos dél; entraron este dia las compañías de los capitanes Bartolomé de Torralva y Diego de Vargas Machuca, y la del Maestre de campo D. Juan del Águila; y del tercio del coronel Cristóbal de Mondragon las de los capitanes Alonso de Solís, Gregorio Ortíz, Juan Verdugo de Avila, Andrés de Miranda y la de Diego de Avila de Guzman, el cual gobernaba su tercio por ausencia de Juan de Castilla que habia dias estaba preso en Holanda, yendo con los capitanes Gaspar de Olaso y Gonzalo

de Luna y Mora desde su alojamiento, el invierno, pasando á la corte de Bruselas, los prendieron unos frabutes; y teniéndolos una noche encerrados en una casa, se concertaron de huirse y matar los que pudiesen, y hallándose sin armas, Gonzalo de Luna con una mano de un mortero de palo, grande, y Gaspar de Olaso con un palo que encontró, que al cabo dél tenia una porra, cerraron con los frabutes y mataron algunos dellos y se escaparon; Juan de Castilla, aunque lo procuró y hizo su deber, no pudo huirse, y estando resueltos de quererle matar, mudaron de acuerdo por haber entendido que era Capitan, y le dejaron pensando sacar dél rescate que les diese más provecho que de su muerte; y así se le llevaron preso á Holanda. Todos estos tres Capitanes eran valentísimos y soldados muy viejos y de experiencia. Y Gonzalo de Luna y Mora es hoy Castellano y Alcaide de Fuenterrabía, y Superintendente de toda la gente de guerra de la provincia de Guipúzcoa, habiendo sido ántes Maestre de campo de infantería española, y servido en Flandes con muchísima opinion de famoso Capitan.

Alexandro procuraba ir recogiendo la gente de más importancia para ocupar los puestos más peligrosos, y el mismo dia que los rebeldes salieron á llevarse el ingenio hizo retirar de la cortadura que estaba la vuelta de Pechelingas, donde habian hecho un fuerte las compañías de españoles de los capitanes D. Alonso de Mendoza y de Juan de Paz, quedando en su lugar sesenta valones de los que habia llevado Monsieur de la Barlota, y la compañía de caballos ligeros del capitan Alonso de Mondragon; y porque para el sustento y servicio de la gente del ejército convenia tener más á la mano los bastimentos, y para ir á la villa de Gante y fuerte del Saso y otras partes eran los caminos muy largos por donde iba, hizo Alexandro un atajo que fué de mucha importancia, en un desguazo que hacia el agua, que sobrepujaba de las crecientes y avenidas que entraban por las cortaduras de los diques con que los rebeldes habian empantanado el país; mandó hacer un puente de barcas asidas á unas fuertes estacas de unos muy grandes árboles, con que su gente estuvo más recogida y se daba la mano con

gran facilidad; y á 9 de Julio llegaron de la villa de Gante muchas barcas así para este puente como para otros, y cantidad de marineros, y este mismo dia salió de los cuarteles la compañía de españoles del capitan Pedro Manrique á hacer escolta á estas barcas, porque al pasar de un castillo de los rebeldes no les estorbasen el paso; con todo eso salieron á escaramuzar con la compañía de D. Pedro; pero él los hizo retirar con algun daño y ellos mataron un marinero que traia á la sirga por tierra una barca, y lo mismo las demas, porque si vinieran dentro pudieran los rebeldes, dándoles cargas, hacerlas acostar á la parte donde estaba el castillo y ganarlas; por este respeto por la otra de la ribera las llevaban á la sirga con que llegaron al ejército más seguras.

Algunos burgueses calvinistas que encubiertamente vivian en Amberes, que cuando se rindió se habian quedado en ella, procuraron con su dañada intencion incitar á otros para si por algunos medios podian entregar la villa á la reina de Inglaterra, con quien traian inteligencias, y desde ella batir y señorearse del castillo, aunque era empresa muy dificultosa y que para salir con ella fuera necesario hacer muy gran ruido en los Estados de Flandes, aunque con más secreto se hiciese. Como veian á Alexandro tan empeñado en el sitio de la villa de la Exclusa, si lo intentaran pudiera ser salir con ello, pues era fácil juntar una poderosa armada de Inglaterra y las Islas, y pasando la palabra que era para socorrer la Exclusa, como se habia entendido y platicado, con un tiempo hecho y marea en favor dar de improviso en la villa de Amberes y abrilles las puertas los vecinos della con gran voluntad, pues siempre se les conoció cuán poca tenian al dominio español y lo mucho que deseaban verse exentos dél, y para remediar en parte lo que podria ofrecerse y romper los designios de los rebeldes. Mandó Alexandro en este medio que los trescientos españoles que ya escribí estaban depositados en la villa de Liera hasta que llegara á Brabante el tercio de D. Francisco de Bobadilla, á quien habian tocado de la reformacion que se hizo en Gibe de las diez y siete banderas que habian llevado de España el capitan

D. Antonio Manrique, entrasen en el castillo de Amberes, con que se dobló la guarnicion y quedaron los calvinistas de la villa atemorizados, y les dió mucho que considerar se les hubiese entendido su designio, y más que desde entónces proveyó Alexandro Sargento mayor de los burgueses de la villa, que en sus cofradías tenian formada una muy buena milicia para su defensa, costumbre antigua en aquellos Estados.

A 13 de Julio se mudaron las guardias en las trincheas del sitio de la Exclusa con las compañías de españoles de los capitanes Juan de Paz, Fadrique de Villaseca, Juan Bravo de Laguna, D. Alonso de Mendoza, todas del tercio de D. Juan del Aguila; y de las del viejo, que era el del coronel Mondragon, entraron las de los capitanes Pedro de Albricio, Alonso de Narvaez, Pedro Corvera y la de Becerra, y aunque advertido que en todas las guardias hubo muchas facciones honradas y grandes reencuentros y escaramuzas, llevando siempre los españoles la mejor parte, escribiré lo que sucedió un dia de una salida que hicieron los rebeldes á las trincheas, aunque sea de paso.

Un Capitan español hizo una fealdad, que fué desamparar su puesto, y acudiendo Alexandro, como era tan vigilante y presto en todas las cosas á remediar la flaqueza que hubo en guardarle, dijo con mucha cólera, á tiempo que ya los españoles lo habian vuelto á recuperar, á Hernando de Mota, Ayudante de Sargento mayor: «¿Qué Capitan habeis puesto aquí que tan mal ha sabido sustentar el puesto que tenia á cargo?» Respondióle con mucha flema: «uno de los que V. A. ha hecho.» Esta respuesta tan aguda hizo callar á Alexandro y templarle la cólera que llevaba, que parecia tener gana de hacer una gran demostracion, y mirando bien lo que el ayudante Hernando de Mota le habia respondido le dijo: «Vos teneis razon, que ese Capitan yo le hice; pero advertí que aunque todos los más que hay en este ejército son hechuras mias, unos son de gracia y otros de justicia.» Y sin decirle más picó el caballo y pasó á remediar algo si habia en las trincheas.

Mostró Alexandro en estas palabras tan breves como discretas su mucha prudencia, pues no tan solamente quiso satisfa-

cer al Ayudante con darle á entender que los Capitanes que él criaba eran valerosos (pues los elegía por sus muchos servicios hechos en la guerra y sangre derramada, justificando en esto la justicia que tenian), mas tambien que por gracia elegía otros habiendo llegado á Flandes cargados de cartas y favores llevados de España, de personas á quien no podia perder el respeto, para que les diese compañías sin haber sido soldados. Destos tales ó de otros semejantes era el que desamparó el puesto elegido por gracia, ruegos é intercesiones, que no todas veces puede un Capitan general hacer otra cosa, pues para alcanzar todas las que hay en el mundo en cualquier estado hay medios y diligencias que suelen ser de más importancia que la justicia, y más si es vendida por dineros como algunos Capitanes generales y otros ministros de la guerra hacen. El Sargento mayor (que como he escrito era el capitan Agustin de Herrera) y su ayudante Hernando de Mota no pudieron ménos (pues las guardias corrian en las trincheas como á cada Capitan tocaba) de poner al que he apuntado en el puesto que desamparó, pues fuera quitarle su reputacion hacer otra cosa poniendo otro en su lugar, y no es permitido en guardias ordinarias escoger ningun Capitan más que otro para ocupar puestos peligrosos, si no es permitiéndolo la ocasion, pues en ellas tal vez puede un Sargento mayor hacer á su voluntad lo que no puede en otras, y así se ha de entender; y que en la guerra hay de todo género de gentes como en los demas estados.

Los rebeldes sentian tanto ver que Alexandro se iba á arrimar á toda priesa (aunque con grandísima dificultad) á la villa de la Exclusa, como no irla á socorrer, no porque no lo deseasen, sino por no atreverse, pues en ningun tiempo lo pudieran hacer más á su salvo ni con más comodidad por hallarse Alexandro con muy poca gente y muchos puestos que ocupar, que no poco cuidadoso le tenia verse con tan pocas fuerzas empeñado en un sitio donde le corria tanta reputacion. Pasó una voz en este medio que se aprestaba una nueva armada en las islas de Holanda y Gelanda, que no es cosa nueva todas las veces que lo quieren hacer hallarse los navíos tan á la mano, pertre-

chos, gente y municiones, y con tan poca costa como por nuestros pecados tantas veces habemos visto y experimentado, siéndoles tan fácil á los ingleses, flamencos y holandeses como difícil á los españoles, que con ser sus armadas más costosas, de mayores fuerzas y aprestos son más inútiles y de ménos efecto, por la poca estimacion que se hace de los que sirven en ellas, como ya otra vez lo escribí. Entendió Alexandro querian los rebeldes de aquella vez socorrer por la mar la Exclusa, hallándose sin fuerzas de gente y navíos, pero con tanto cuidado y solicitud que igualaban á la de los rebeldes. Eran en esta sazon las crecientes de mar grandísimas, que los marineros llaman aguas vivas, y con ellas se entendió querian socorrer la Exclusa, por serles más fácil respecto de que subia y sobrepujaba el agua por aquella parte que lo habian de hacer más que por otra ninguna, y todo el tiempo que duraron mandó Alexandro, particularmente de noche, que fuesen seis compañías de españoles, tres de cada tercio de los que en aquel sitio habia, y que guarneciesen con ellas los bajeles que se ganaron cuando se sitió la Exclusa, y en las barquillas que se habian llevado de Amberes con órden (como eran pequeñas y ligeras) de irse á socorrer á la parte más necesaria que se ofreciese.

Todas estas fuerzas eran sin ninguna y de ménos consideracion para resistir la armada rebelde si viniera, como se entendió, á socorrer la Exclusa; pero Alexandro no podia sacar otras ni tenia de donde le viniesen, y pareciéndole que con hacer su posible en todas sus facciones quedaba con satisfaccion de su voluntad y celo con que servia al Rey, su tio. Padecieron los españoles en estas guardias de los navíos y de las barquillas excesivos trabajos, porque se mudaba con el mismo órden que las de las trincheas, pues los que salian dellas, en vez de irse al cuartel para descansar, entraban otras tantas noches en esta guardia de la mar, con que se les acrecentaba lo mal que pasaban, pues saliendo de uno daban otra vez en otro mayor, y no podia ser ménos porque habia muy poca gente en el ejército, y tantos puestos que guardar que era forzoso repartilla sin dejar

las armas de las manos en todos los que ocupaban; pero en pasando las aguas vivas se les alivió el trabajo porque se retiró la guardia de las barcas, pareciéndole á Alexandro no eran necesarias pues se habia pasado la sazon en que los rebeldes tenian de hacer su efecto de socorrer la Exclusa; y como no osaron acometerla les pareció, ya que tenian el gasto hecho, reforzar la gente que el conde Holac traia en la campiña con la que tenian en su armada, y así se la enviaron, con que el Conde se halló con mayores fuerzas, y con ellas, sin haber quien se lo estorbase, comenzó de nuevo á hacer grandes correrías y entradas en Brabante, molestando los paisanos; retiró todo el ganado y muchos prisioneros, y fué esto con tanto exceso, que le obligó á Alexandro poner remedio en ello y holgarse á no hallarse embarazado para ir en persona á castigar al conde Holac, y no pudiendo ser, envió órden á Monsieur de Hautepena que se desalojase con el mayor número de gente que pudiese de todas naciones, y entre ellos el tercio de infantería española del Maestre de campo D. Francisco de Bobadilla y fuese en busca del conde Holac, y que si le esperaba le diese la batalla, y si no procurase hacerle retirar.

Monsieur de Hautepena puso en ejecucion el órden de Alexandro, y habiendo recogido toda su gente, pasó el rio Mosa por la villa de Venló. Serian cinco mil infantes y cuatrocientos caballos, los cuales iban á cargo de Apio Conde; supo que el conde Holac habia dejado en el castillo de Yndoven sesenta soldados rebeldes de guarnicion, y pareciéndole no dejarlos á las espaldas lo fué á recuperar; habiéndolo entendido lo desampararon ántes que llegase Hautepena y se fueron á su ejército, que era de número de ocho mil y más infantes y dos mil caballos. Fué de mucha consideracion haberle vuelto á cobrar, porque era donde retiraban sus robos y la mayor ladronera que tenian. Presidiólo Hautepena de soldados católicos, y pasó en busca de Holac, el cual estaba sobre un castillo y fuerte junto á la villa de Bolduque, guarnecido de gente del Rey, nuestro señor. El sitio que tenia era fuerte, y lo hacia más haber ocupado el rio que pasa por Bolduque con algunas

charruas de armada en la parte que se junta con la Mosa; y sin tenerlo reconocido (porque los espías que habia enviado no supieron darle buena relacion), marchó con determinacion de romperle y hacerle levantar de sobre el castillo y fuerte. Hízolo mal en proseguir el camino sin estar muy bien informado de la manera y en qué parte estaba alojado el conde Holac, que á saberlo, sin duda le rompiera, porque aunque llevaba ménos gente era más valerosa y más experimentada, particularmente el tercio de españoles de D. Francisco Bobadilla, que sólo fuera bastante, por haber en él tan famosos soldados, demás que tenia Holac su gente dividida en dos cuarteles y fuera más fácil romperlo ántes que se juntasen; y sucedió así, porque habiendo entendido que Monsieur de Hautepena le iba á buscar, recogió su gente para esperalle y la puso en buen órden, dejando guarnecidas las trincheas que tenian hechas al fuerte y al castillo con quinientos soldados de los mejores de su ejército; pero en un puente que habia hecho en el rio tomándolo por espaldas, formó sus escuadrones y á la frente dellos puso todos los carros de su bagaje y artillería para que le sirviesen de trincheas, y habiéndose puesto con tanta comodidad y fortaleza, esperó á Monsieur de Hautepena que ya iba llegando para darle la batalla sin haberla reconocido ni saber el puesto que tenia, que fué segundo yerro, pues lo pudiera hacer con facilidad; y así le sucedió diferente de lo que pensaba, porque habiendo tocado arma la caballería católica, que iba de vanguardia, y dado impensadamente con los escuadrones rebeldes, la dió á la infantería que iba siguiendo, y della iban de vanguardia cuatro compañías de irlandeses de los que rindieron á Deventer, del regimiento de Monsieur de Estanley, á los cuales seguian los valones y á estos los alemanes; y de retaguardia de todos iba el tercio de españoles del Maestre de campo Don Francisco Bobadilla; y la vanguardia dél llevaba el capitan Juan Ruiz de Villaoslada; y como la caballería y la infantería de las naciones se hallaron tan empeñadas con los rebeldes y comenzaron á pelear de ambas partes animosamente, dió órden Monsieur de Hautepena que pasasen los españoles de vanguar-

dia, y no pudiéndolo hacer por aquella parte sin que se desbaratasen los unos y los otros, y viéndose desordenados era fácil quedasen rotos por los rebeldes, fué necesario rodear para poder ponerse en la frente del escuadron de los rebeldes por unos pantanos de agua muy grandes, y siendo forzoso reconocellos para habellos de pasar, estuvieron dudosos, no sabiendo por dónde lo habian de hacer el capitan Manuel de Vega que los gobernaba y D. Pedro de Luna y Hernan Tello, tambien Capitanes.

En este medio llegó Jorge de Rivera Zambrana, natural de Úbeda, que hoy es Capitan reformado, y viéndolos deseosos de pasar á socorrer las naciones que peleaban con los rebeldes, y no sabiendo por dónde lo habian de hacer, sin que le diesen órden fué desguazando; y viendo los Capitanes que habia abierto el camino, le fueron siguiendo por el agua, y arrojándose á ella con un invencible pecho la fueron desguazando (con darles á los pechos) más de una legua, pasando tan gran trabajo como se deja imaginar; pero no cesó la priesa, porque comenzaron á pasar y llegaron á tan buen tiempo á ponerse enfrente de los escuadrones rebeldes, que á tardarse un breve espacio, sin duda, degollaban á los irlandeses, valones y alemanes, con los cuales habian peleado muy bien y estaban tan empeñados que fué necesario tan buena ayuda como la de los españoles para librarse de las manos de los rebeldes que los habian traido muy acosados. Las picas alemanas no hicieron en esta ocasion lo que debian, porque anduvieron muy tíbiamente; suplieron su descuido y flaqueza los irlandeses y valones, que hasta que llegaron los españoles habian hecho su deber gallardamente y señaládose como se podia desear; y habiendo los españoles afrontado su escuadron con el de los rebeldes, ocuparon un puesto de importancia para desalojarlos; pero ellos que deseaban la victoria, ufanos de la que habian tenido, procuraron con gran diligencia triunfar de aquella vez de los españoles, y sacaron quinientos soldados de los mejores que tenian por la parte del fuerte para arremeter con ellos, y escaramuzando arriscadamente comenzaron á pelear con grandísima porfía de ambas

partes; mas como las escaramuzas de los españoles son poco duraderas, y su cólera y valor no da lugar á dilatar sus facciones, procurando dar fin á lo que tienen entre manos, cerraron con los rebeldes con singular presteza y osadía y los rompieron y degollaron muy gran número dellos, haciendo lo mismo á otros muchos que los fueron á socorrer, y á los demas hicieron huir á espaldas vueltas hasta pasar el puente que tenian en el rio á la otra parte, y en ella (arrimada á la misma ribera) estaban muchas charruas de armada, guarnecidas de piezas de artillería, con que apresuradamente comenzaron á batir el escuadron de los españoles haciéndoles notable daño, porque además de haber muerto á muchos, destrozaban piernas, brazos y cabezas de otros, quedando muy mal heridos sin poderlo remediar y á peligro de perder las vidas, como las perdieron, particularmente Monsieur de Hautepena, que andando ordenando lo que se ofrecia y discurriendo por los escuadrones, le acertó una bala de artillería naranjera de resurtida y se le quedó en el pescuezo y cayó de su caballo en tierra.

Con esta llorosa muerte se enriqueció la antigua é ilustre casa del conde Barlamont, de quien era hermano; sintióse como era razon, y mucho más todo el ejército, particularmente la nacion española que le amaba en extremo, por ser Monsieur de Hautepena un caballero de muchas y buenas partes, y leal al servicio del Rey católico, valiente y esforzado en las ocasiones de guerra, prudente en sabellas disponer, y gobernaba con mucho amor y suavidad, habiendo siempre dado gran muestra de su virtud y nobleza. Hizo notable falta en los Estados y Alexandro le echó ménos por ser una de las buenas cabezas que tenia; y, porque no se desanimasen las naciones, hizo Manuel de Vega que cubriesen el cuerpo y que no se supiese su muerte hasta pasada la ocasion. Y la falta que hizo este gran caballero en ésta la suplió el capitan Manuel de Vega Cabeza de Vaca, que gobernaba el tercio de D. Francisco. No por esto dejó de haber muy grande confusion entre los demas que gobernaban, y pareciéndoles hubiese una sola cabeza á quien todos obedeciesen, acudieron á él y le dijeron se nombrase uno,

y que fuese con brevedad por el mucho peligro en que estaban todos. Manuel de Vega se conformó con su parecer, pero ninguno (aunque eran muy grandes soldados, dignos de mayores cargos) lo pretendió, y no hay que maravillarse, porque en tales ocasiomes vale más obedecer que gobernar; en fin, convinieron todos con que Manuel de Vega lo fuese, así por su esfuerzo y experiencia, como por ser español, y se conoció en esta ocasion dar las demas naciones el primer lugar á la española, cosa que pocas veces lo suelen confesar, si no es á fuerza de tormento; y lo fué muy grande el de este dia para todos con la de las armas rebeldes, que estas les hicieron temer tanto que dieron por bien empleada la eleccion que habian hecho, conociendo que sólo el pecho de un español tan gallardo como Manuel de Vega las pudiera resistir; y porque era amigo de acertar, particularmente en lo que tenia entre manos, les pidió parecer de lo que habian de hacer; respondiéronle que cerrase con los rebeldes, pues ya no era tiempo de otros consejos, y como el suyo, lleno de experiencia fué siempre muy acertado, les dijo que no convenia, ni á él le estaba bien ejecutar aquella resolucion, pues sólo se podia reservar para el Rey, nuestro señor, ó para Alexandro, su sobrino; que él era un pobre soldado, y si sucedia romper los enemigos, le habian de castigar por habellos acometido sin órden, y si le sucedia mal no tenia segura su cabeza; pero que no obstante esto, lo aventuraria si viera que se podia sacar victoria de aquella faccion; y, á mi parecer, no era posible por estar los enemigos tan fuertes, porque á la frente del escuadron de los españoles habian levantado un muy alto trincheon, y por los dos costados, otro cada uno más alto que un hombre, y á las espaldas el rio y puente para retirarse cuando les fuera necesario, y en todos estos puestos mucha artillería y con ella batian furiosamente nuestro escuadron, de suerte que por ninguna parte no podian ser acometidos; y demás del trincheon que tenian por la frente de su escuadron, habia dos andenes de carros que la ceñian toda y tambien los trincheones, la cual estaba muy guarnecida de arcabucería y mosquetería, y en el centro de estas fortificaciones tenian

formado su escuadron, y á la retaguardia dél más de dos mil soldados apercibidos con las armas en las manos para el socorro si les fuera necesario valerse dél, y ni más ni ménos algunas tropas de caballería de la misma manera, y tan confiados, que si los españoles los acometian se habian de perder, como Manuel de Vega lo imaginaba. Y esto fué lo que le hizo dudar en el parecer que le daban sus compañeros, los cuales, viendo que les crecia la confusion y que el enemigo batia el escuadron de los españoles furiosamente, y que los iba menoscabando, le dijeron que ordenase lo que mejor estuviese, que ellos le obedecerian. Manuel de Vega respondió á Monsieur de Duerpe, Teniente que era en este tiempo de Coronel del regimiento de Alexandro, y asimismo al coronel Estanley, que lo era de los irlandeses, y al Teniente coronel de los alemanes del conde de Barlamont, y á Apio Conde, Gobernador de la caballería, que hiciesen con buen órden y flema que su gente se retirase algunos pasos más atras sin volver las caras ni descomponerse de sus hileras ni puestos, pues era cierto que de no ir bien ordenados vendria pérdida de todos ellos; y á Apio Conde que se pusiese con la caballería de retaguardia de los escuadrones y fuese haciendo lo mismo sin desabrigallos, y que despues de hecho esto se tomaria el mejor medio que se pudiese; pero que por entónces convenia irse desempeñando poco á poco. Los Gobernadores fueron á ejecutar este órden, y la primera manga que movieron para retiralla, volvieron todos las caras y se pusieron en huida, á espaldas vueltas, sin poderlos detener, aunque sus Coroneles y Capitanes lo procuraron con grandísima diligencia.

Los españoles se estuvieron firmes en su escuadron, sufriendo la batería de las piezas que á toda priesa no cesaba, haciéndoles notable daño, y como vieron que los soldados de las demas naciones habian huido, parece que á cada uno se le infundió un nuevo ánimo; Manuel de Vega reprendió mucho á sus Gobernadores porque tan mal habian cumplido el órden que les dió; respondieron que no habian podido más, que allí estaban sus personas para morir con los españoles, y que no harian otra cosa, y lo mismo á Apio Conde, porque vió que la

caballería tambien se alargó, y con un semblante sosegado les dijo á todos que esperaba en Dios (que aunque los españoles servian de muro para que sus soldados se salvasen) los habia de retirar, y no á espaldas vueltas como ellos lo hicieron, y que esto haria sin ayuda de ninguno. Pudieron tanto estas razones de Manuel de Vega con Apio Conde, que fué y recogió los más soldados de á caballo que pudo y volvió con ellos á favorecelle, y le dijo que dónde queria que los pusiese; ordenóle que en la retaguardia del escuadron ó en un costado, donde ménos daño recibiesen del artillería, y que se estuviesen con ellos, como lo hizo, y le dijo no se apartaria de allí sin que él y sus soldados quedasen hechos pedazos. Bien pudo Apio Conde prometer esto, porque era muy gallardo soldado; Manuel de Vega le dijo que no dudaba dello, y que esperaba que con su ayuda se salvarian todos sin peligro, y así se puso en la vanguardia y hizo un razonamiento al escuadron de sus españoles, muy breve pero eficaz, en que les dió á entender de la mucha importancia que era no desordenarse ni descomponerse un punto de sus hileras, pues en la fuerza dellas estaba su salvacion, y en no volver las espaldas á los enemigos, porque ellos estaban esperando á que lo hiciesen para rompellos y desbaratallos, y sin duda lo hicieran. Demás desto les dijo, discurriendo por todas las hileras, que sin calar las picas, sino arboladas como las tenian se fueran retirando poco á poco, caminando atras en la forma que lo he referido.

Tuvieron los soldados este órden tan bien entendido, que cualquiera dellos era un Sargento mayor, y dando con muy bueno los pasos atras, avisándose los unos á los otros, se fueron retirando de los escuadrones rebeldes más de un tiro de mosquete, y como la tierra era llana y desembarazada, lo fueron haciendo con mucha gallardía; Manuel de Vega mandó hacer alto, así para ir más recogido como para atemorizar á los rebeldes; los cuales vista la novedad en el marchar de los españoles y la entereza con que lo hacian, no se atrevieron á salir de sus fortificaciones, y tambien porque se receló el conde Holac, que los gobernaba, que habia alguna em-

boscada de gente católica. Manuel de Vega prosiguió en su viaje en el mismo órden hasta que la distancia le tuvo seguro, que fué junto á un paso estrecho y con mucha agua, de una cortadura que los rebeldes habian hecho en un dique para que los españoles no se retirasen. El agua que pasaba por ella iba inundando la tierra, y los españoles la fueron desguazando hasta más de la cinta, y en librándose deste mal paso se quedó la caballería de retaguardia y el escuadron de los españoles (que todavía estaba formado) se deshizo y se fué reduciendo á hileras, y se fué marchando sin ningun peligro ni más daño que el que habia recibido del artillería enemiga cuando estuvieron á pié quedo. La caballería hizo su deber, y no ménos la infantería; todos hicieron una de las más gallardas retiradas que jamás hasta aquellos tiempos hubo, porque sin dejar de pelear con los rebeldes, que eran en tan gran número, á vista dellos y á su pesar y despecho se fueron retirando en la forma que he escrito, y mostraron en esta ocasion ser tan grande su prudencia como su valor. Señaláronse en ella muchos y particulares soldados, como D. Martin de la Cerda, natural de Ronda, que con gran osadía hizo lo que era obligado; y lo mismo Alonso de Mesa Ludeña, soldado de Manuel de Vega, ya nombrado; y los tres hermanos Alonso, Jorge y Juan de Ribera Zambrana, soldados de D. Pedro de Luna; y D. Francisco de Luzaumada, de la compañía de Diego Coloma; y Hernando Osorio, Antonio Caballero de Ibarra, lo mismo Pedro Palomeque y otros muchos y honrados españoles; y en particular sus Capitanes y Oficiales, y el Sargento mayor Cristóbal Lechuga, vigilante en todo lo que le tocó de su oficio, como en otras ocasiones.

Cuando las retiradas son desta suerte, que no parecen huidas como las que hacen algunos ejércitos de otros, á espaldas vueltas, perdiendo su reputacion y la de su Príncipe, se deben estimar y tener en mucho al Capitan prudente y valeroso que las hace, digno de eterna fama; y la mereció cada uno deste tercio de D. Francisco Bobadilla, pues hicieron de su parte su deber, mostrando gran valor en esta retirada, en particular Manuel

de Vega, que como Cabo dellos llevaba el peso y gravedad del trabajo y gobierno que en semejantes ocasiones debe tener quien es merecedor de que se lo encarguen y encomienden sus Generales. El número de los rebeldes que los españoles mataron en esta ocasion pasó de seiscientos, y casi otros tantos heridos; y de los españoles y demas naciones cerca de ochenta soldados, y á dos Sargentos, y muy pocos heridos, y entre ellos un Sargento y el Alférez de D. Juan del Castillo. Con esta victoria ganada con tan gran reputacion, hicieron alto aquella noche en unos casares donde habia un castillo guarnecido de treinta soldados rebeldes, los cuales se rindieron al punto que supieron que los españoles habian llegado sobre él, y ni más ni ménos otros que estaban en un fuerte á media legua deste cuartel; los unos y los otros se hacian contribuir de todos aquellos contornos, y les corrian las campañas, y fué de importancia habellos recuperado por el mucho daño que hacian á los católicos de aquel país. La noche que llegaron á este alojamiento se tocó una arma muy viva, y se entendió que los rebeldes daban sobre los cuarteles. Despues se supo que habia salido de los de las naciones, y que al temor que les duraba les pareció iban sobre ellos, y esta fué el arma que tocaron.

Alexandro no cesaba un punto de apretar los rebeldes que tenia sitiados en la villa de la Exclusa, que, por ser plaza tan fuerte, se valia de su ingenio más que de sus fuerzas por ser tan pocas como he referido; pero sacábalas de tanta flaqueza que era una cosa jamás vista, pues para un sitio tan espacioso como habia ocupado no las tenia la poca gente con que se hallaba; pero el valor que mostraba las suplia de la misma manera, como si las tuviera muy poderosas con un muy grande y crecido ejército. Trabajaba el espíritu y la industria de suerte que sacaba fruto de todo lo que iba haciendo, y sin perder tiempo hizo llevar de la villa de Brujas mucha cantidad de barcas, y sobre ellas mandó fabricar con su raro ingenio unos puentes hechos de piezas, y cada uno cargaba sobre su barca, de altor de un hombre, semejante á las pavesadas de las galeras, y por los lados de ambas partes se seguia una cor-

tina de tablones que servian de muralla, y en medio dellos dos aceras de tablas, embutidos los huecos de mucha lana y borra mezclada con un terraplen de tierra bien tupida y fuerte, y lo estaban tanto estos ingenios ó puentes, que como no fuese gruesa artillería de batir, resistia todas las demas armas de fuego que hay en la guerra, como piezas naranjeras, mosquetes de posta, de pijote y otros. Cada una destas barcas tenia cuatro gruesos aldabones á los cabos de los puentes para irlas asiendo las unas á las otras con unos cables y cadenas fuertes; como fuesen llegando á la parte donde se habian de poner, que era en los fosos de la villa y del fuerte, y las llevaron por el navillo que va de la villa de la Exclusa á la de Brujas, que pasa tambien por la de Dama, por el cual se fueron navegando hasta los fosos, y en llegando á ellos ó á la parte que se quisiesen poner, daban fondo, y con cuatro ferros que echaban bien formejados, demás de las amarras de los cables y cadenas con que estaban tan fuertemente asidas, que si no era quemándolas no las podian dividir ni apartar en ninguna faccion de pelear, si no era muy despacio y con mucho tiempo; hizo (sin estos puentes) Alexandro fabricar otras muchos, y tambien ingenios jamás vistos para pasar algunas canales, surtidas y fosos de las trincheas y poder cerrar con el fuerte, que ya he escrito tenian los rebeldes muy guarnecido y casi inexpugnable; y porque como suele suceder no faltasen al mejor tiempo municiones y otros pertrechos, les previno é hizo traer con tanta abundancia de municiones, que, como ya he apuntado, rodaban por las trincheas y cuarteles la pólvora, cuerda y balas, cosa jamás vista en ningun sitio de plaza, como los que en éste habia; y estando ya todo prevenido para batir y asaltar esta villa tan inexpugnable, mandó Alexandro, á los 16 de Julio deste año, que la artillería que ya estaba plantada batiese á las defensas, y que esta misma noche se pusiesen los puentes en el foso del fuerte de los rebeldes y que se cegase; y por ser muy clara y apacible se dejó de ejecutar esta faccion, porque con la oscuridad se hiciera mejor efecto, no obstante que se intentó y comenzó á poner por obra; y habiéndolo entendido los rebel-

des comenzaron desde la muralla (que la tenian muy bien guarnecida de artillería y mosquetería) á tirar tan apresuradamente (ayudados de la claridad que daba la luna), que les fué forzoso á los españoles retirarse á sus puestos y á las trincheas, en las cuales y en una plataforma que tenian comenzada á fabricar para desalojar de su muralla á los rebeldes habian trabajado maravillosamente sin cesar ni perder hora de tiempo. Hirieron á muchos soldados y entre ellos al capitan Pedro de Albricio, del hábito de San Juan, que esta noche tenia la vanguardia de las trincheas.

Este mismo dia habia hecho poner Alexandro otras ocho barcas pequeñas que llegaron de la villa de Gante en la boca del navillo de la Exclusa, á modo de flotas como las que se pusieron en los ingenios de la estacada y puente de Amberes, que estaban á trechos, y de suerte que entre la una y la otra cabian otras dos, y este vacío ocupaba una gruesa entena asida en medio de cada barca, de suerte que no se pudiese llegar la una á la otra, ni desviarse como estaban, aunque más el agua y viento lo procurasen; cada una tenia dos ferros, uno por popa y otro á proa, con que estaban más asidas y fuertes. Pusiéronse para seguridad de los ingenios y puentes.

A los 17 de Julio se mudó la guardia de las trincheas, y aunque en ellas habian pasado los trabajos y facciones que se han escrito, no fueron ménos los que se ofrecieron cuando las compañías que entraron á mudar la guardia este dia, que fueron del tercio viejo, las de los capitanes Juan Chasco, Juan de Castilla, D. Luis de Zúñiga, D. Francisco de Mendoza y la de Hernando Barragan; y del tercio de D. Juan del Águila fueron las de los capitanes Simon de Itúrbeda, Domingo de Idiaquez, Antonio Gomez y la de Arango; y habiendo guarnecido las trincheas y ocupado sus puestos, mandó Alexandro que esta noche cegasen parte del foso del fuerte de los rebeldes, y que en él se pusiesen los puentes desde las surtidas de las trincheas. Tocó hacer esta faccion al tercio del coronel Cristóbal de Mondragon, por estar en la vanguardia dellas, y así lo hizo el

capitan Hernando de Barragan, que era deste tercio y se halló á la desembocadura de la surtida de las trincheas, y en ellas (yéndolo á poner en ejecucion) se trabó una de las más fogosas y reñidas escaramuzas que jamás se ha visto en parte semejante, y más siendo de noche. Pelearon valerosísimamente los españoles con los rebeldes, no con pequeña confusion, porque con la oscuridad les dió mucho que entender á los unos y á los otros, y habiéndoles costado mucha sangre por haber muerto de ambas partes gran cantidad de soldados y herido á otros, se consiguió lo que se pretendia, que fué poner los puentes en el foso y cegar la mayor parte dél, y se les ganó una estacada encubierta, á la cual iban á salir las trincheas de los españoles, y por la parte de las de los valones se les ganó la mitad del fuerte que estaba á la mano izquierda de la villa de la Exclusa por haberse comenzado las trincheas por la parte de la de Dama, situada en el camino real de Brujas para la Exclusa.

Habian hecho los valones unos hornillos para volar una punta de un rebellin del fuerte de los rebeldes para que hiciesen escarpe y portillo para mejor asaltalle y entrar dentro, y aunque era de mucha importancia para este efecto, no fué necesario ponerles fuego para que se volasen, porque en el ínterin que la escaramuza andaba más reñida y trabada hizo Alexandro poner los puentes y batir la punta del rebellin, y se ejecutó tan bien que excusó poner por obra las diligencias que se habian hecho; y los valones, viendo el efecto que hizo el artillería, cerraron por lo batido del rebellin y ganaron la mitad del fuerte con grandísimo valor, sin poder pasar adelante respecto de estar en medio dél la exclusa de donde la villa toma este nombre, y está en el navillo que va á Brujas á mano derecha de Dama, y pasa por medio del fuerte y le divide en dos partes. Quedáronse los valones en la que habian ganado y los rebeldes en la otra, y degollaran muchos más si los valones se detuvieran un poco en no cerrar con el fuerte, porque lo hicieron sin órden, y si la esperaran, lo acometieran de suerte que no se escapara ningun rebelde; pero esta misma noche, viendo su perdicion y que no podian sustentar la mitad del fuerte que

ocupaban, sacaron dél todas las armas, bastimentos y municiones que tenian, y las llevaron á la villa y pusieron fuego á las casas y barracas que habia dentro en el fuerte, y lo desampararon.

Los valones que vieron como ardian y el grande efecto que el fuego iba haciendo, se mejoraron para entrar dentro, pero estorbólo Alexandro, pareciéndole que pudieran los rebeldes haber dejado algunas minas y otros engaños para volar los que entrasen, y hasta ver el fin que el fuego hiciese detuvo la gente y no la dejó entrar hasta que amaneció y fué de dia muy claro, y habiéndose apoderado dél, se comenzaron á fortificar por la parte del agua, que es hácia la villa, donde podian estar con más seguridad y hacer más ofensa á los rebeldes, los cuales tambien habian muerto y herido á muchos soldados católicos en esta faccion, y entre ellos mucha gente particular, que por todos serian veinte; y uno de los muertos fué Monsieur de Estropeni, Capitan de una compañía de valones del regimiento del conde Otavio de Mansfelt, hijo del Conde viejo, y hermano de Cárlos, ya tantas veces nombrados. Este Capitan era valeroso y Teniente de Monsieur de Hautepena.

En este medio mandó Alexandro que fuese el marqués del Vasto con tres compañías de caballos á encargarse de la gente que habia estado á cargo de Monsieur de Hautepena; partió á los 19 de Julio, y tambien mandó se comenzasen á poner las flotas de las barcas que habia mandado hacer en el canal que va de la mar á la exclusa, para estorbar por aquella parte demás del puente que estaba hecho no lo pudiesen romper ningunos navíos. La guardia de las trincheas salió á 21 de Julio, y la fueron á mudar las compañías de los capitanes D. Pedro Manrique, D. Juan de Viveros y Alonso de Espinosa Calderon, todas del tercio de D. Juan del Aguila; y del del coronel Cristóbal de Mondragon, las de los capitanes Gaspar de Olaso, Juan Ramirez, Diego de Rojas, Gonzalo de Luna y Mora y la del coronel Cristóbal de Mondragon.

Entendí abreviar con el sitio de la villa de la Exclusa pareciéndome lo podia hacer en más breve suma, y por esto habia

dejado al coronel Francisco Verdugo esperando al conde de Murs para desbaratarle ó romperle de la manera que dejo escrito; mas viendo que me es fuerza alargarlo por ir corriendo con el tiempo y dias en que se ofrecian las facciones, dejarélas en las manos de Alexandro hasta ver el fin que tuvieron en este medio las de Francisco Verdugo, el cual, viendo que el conde de Murs iba marchando, se levantó con la gente que tenia y fué la vuelta de Covorden, recogiendo de camino la que pudo sacar del país de Groeninghen, y de la guarnicion de la villa de Estembique; y pensando tendria lugar de poderse juntar con la que estaba alojada en el país de Tuvent, no pudo porque halló á los rebeldes alojados en el lugar de Ulsent, camino forzoso que habia de hacer para ir allá. Visto esto Francisco Verdugo, marchó la vuelta dellos mejorándose á un lugar que se llama Emelinken, distante una legua, donde estaban. Allí tuvo lengua que habiendo sabido su llegada se fueron retirando la vuelta de la villa de Linghen, y pareciéndole seria bien irles picando en la retaguardia, guió su gente al mismo alojamiento que aquella noche habian tenido los rebeldes, y desde él envió (para que lo hiciese) al capitan Alonso Mendo, el cual con parte de la compañía de lanzas de Francisco Verdugo fué á poner en ejecucion lo que le habia ordenado, que era tocar arma al conde de Murs y á los demas rebeldes que llevaba consigo para entretenerlos, en tanto que él llegaba, y no darle lugar de salir con el intento que tenia de entrar en Linghen y apoderarse de aquella plaza sacando fruto de sus inteligencias; y en tanto que el capitan Alonso Mendo iba á hacer esta faccion, para darle calor y asegurarle, envió Francisco Verdugo la infantería que llevaba por el camino de los pantanos, le dió órden acudiesen los unos y los otros á la villa de Oetmarsum donde los iba á esperar. Llegó á ella y halló alojado al capitan Mario Martinengo con toda la caballería que habia estado en el país de Tuvent, y tambien la compañía de lanzas del capitan D. Rodrigo de Castro, hermano del conde de Lemos, muy honrado y valiente caballero, que estuvo de guarnicion en Linghen, y le habia enviado á llamar para hacer un efecto del

servicio del Rey, nuestro señor. Esto dió mucho que pensar á Francisco Verdugo y temió no sucediese alguna desgracia en esta ausencia en aquella villa, habiéndola desamparado á tiempo que el conde Murs se iba á entrar en ella; y para remediar este yerro ordenó luégo Francisco Verdugo, con la mayor presteza que pudo, al capitan Mario que con su compañía y la de D. Rodrigo de Castro se partiese por diferente camino del que llevaba el conde de Murs, y que con toda diligencia se entrase en Linghen.

Habíale tocado muchas armas y entretenídole de manera al Conde y á los demas rebeldes que con él iban, que no pudieron caminar más que hasta el abadía de Oetmarsum, pero procuró caminar de noche por asegurar al capitan Alonso Mendo que no le siguiese, y continuó en su camino de Linghen; pero ántes de llegar supo habian entrado dentro las compañías de los capitanes Mario y D. Rodrigo de Castro, que no poco sentimiento tuvo, y torció el camino á la mano izquierda, la vuelta de la villa de Meppen, dejando el rio Ems á la derecha, con demostracion de no dar á entender y disimular la inteligencia que tenia en la villa de Linghen; y habiendo Francisco Verdugo esta misma noche hecho reposar su gente, y la que habia estado alojada en el país de Tuvent, que por haber llevado apresurada la marcha y desguazado el camino de los pantanos tenia necesidad de hacerlo, caminó á toda priesa en seguimiento del conde de Murs, con determinacion de rompello y desbaratalle lo más cerca dél que pudo. En llegando á la villa de Linghen tuvo aviso que el Conde se habia señoreado de la de Meppen, y para salir con ello buscó ocasion de que le diesen vituallas, por sus dineros, y otras cosas que habia menester. Los burgueses, codiciosos de vender lo que tenian y descuidados de lo que les sucedió, le dejaron entrar en la villa y se apoderó della. Francisco Verdugo que le vió encerrado en Meppen, le pareció ocuparle los pasos, así para quitalle los bastimentos como para estorballe la retirada en Alemania; envió parte de su gente á la villa de Haesluyn (que ésta y la de Meppen son del país de Munster) para que se apoderasen della. Dejaron entrar la gente

con asistencia de un caballero católico y muy aficionado al servicio del Rey, nuestro señor, que se halló dentro, y por su buen medio tuvo efecto esta empresa. Con ella se le quitó el paso al conde de Murs, que era lo que se pretendia. El resto de la gente que tenia Francisco Verdugo la puso en puestos de importancia, con que la villa de Meppen quedó más apretada y el Conde más imposibilitado de poderse escapar, si no era con gran dificultad. Bien quisiera Francisco Verdugo arrimarse á la villa con trincheas y batilla y asaltalla, con que de aquella vez se le acabarian al Conde sus designios, pues no podia ménos de quedar muerto ó preso en las manos de Francisco Verdugo; pero no se atrevió á hacer esta faccion sin órden de Alexandro, por ser Meppen villa del Imperio, y así, le despachó á toda diligencia dos ó tres correos, suplicándole le diese órden de lo que habia de hacer y le declarase si podia poner artillería en campaña para batir al conde de Murs; y no tuvo respuesta de ningun aviso ni resolucion de lo que habia de ejecutar. No por esto dejó Francisco Verdugo de hacer la guerra al Conde desde léjos en cuanto podia; y el capitan Alonso Mendo, con su valor acostumbrado, le mató en diversas veces mucha gente, habiendo salido á trabar algunas escaramuzas; y viéndose el Conde apretado y que si esperaba le era forzoso perderse, determinó salirse una noche de la villa y escaparse á uña de caballo, rompiendo las centinelas y cuerpos de guardia que Francisco Verdugo le habia puesto; y habiendo éste (por las espías que tenia) entendido la determinacion del Conde, dió aviso al de Bárlamont, que por entónces gobernaba el país de Güeldres y la gente que estaba en los fuertes y riberas del Rin, por muerte de su hermano Monsieur de Hautepena, para que la desalojase y fuese á juntarse con la que tenia Francisco Verdugo, para hallarse con más fuerzas y procurar no se le escapase el de Murs. El conde de Benthen, su cuñado, y de su misma religion, tuvo aviso desta junta, y como el de Barlamont caminaba á toda priesa se lo escribió al de Murs, y temeroso de verse en las manos de los católicos, determinó de escaparse una noche, como lo hizo, con sola la caballería, porque no osó

aventurar la infantería. Francisco Verdugo habia dado órden al capitan Mario, que le hizo venir á gobernar la villa de Haesluyn, que pusiese muy buena guardia y reforzada cerca de las puertas de la villa de Meppen todas las noches, y en sintiendo ruido que se abrian para escaparse el de Murs, hiciese poner fuego á una casa que estaba allí cerca, que era la seña para advertir á Francisco Verdugo que saliese con su gente al camino por donde habia de escaparse el Conde. Podíase hacer esto en media hora desde donde estaba, y ocupar el puesto ántes de una que habia menester para llegar á él el conde de Murs. Tambien dió órden Francisco Verdugo al capitan Mario que, en poniendo fuego á la casa se fuese retirando hasta juntarse con él, y lo podia hacer muy fácilmente porque tenia ménos camino que andar que el conde de Murs. Los soldados que el capitan Mario habia puesto de guardia y en las centinelas se descuidaron, y tanto, que el Conde con toda su caballería salió aquella noche de Meppen sin ser sentido, llevándose preso al Drosarte. A Francisco Verdugo se le dió tarde este aviso; con todo eso y con hallarse con poca gente por no haber llegado el capitan Mario con la que tenia, cerró con el conde de Murs y con los demas rebeldes que llevaba, y los fué entreteniendo y escaramuzando hasta que llegase Mario, y mató á algunos de los que quedaban atras.

El conde Barlamont iba caminando en este medio harto apriesa, pero no llegó á tiempo aunque lo procuró y deseo mucho. Francisco Verdugo fué siguiendo al de Murs hasta el lugar de Ulsen, pero como iba tan apriesa y retirándose á rienda suelta, era excusado el seguirle, pues no se le podria alcanzar. Francisco Verdugo hizo alto, y poco despues llegó el de Barlamont. Esta ocasion perdida por un descuido no pudo dejar de sentirse, y fuera de gran importancia salir con ella por lo mucho que el conde de Murs inquietaba todo el país de Güeldres y Frisa, particularmente las entradas que hacia en Alemania eran á mucha costa de las tierras de Cleves y Juliers, que las tenia destruidas, ni más ni ménos las del arzobispo de Colonia, á quien era opuesto en todas las ocasiones que se ofrecian

por aquella parte. Francico Verdugo déseó en extremo cogerle, y fiándolo del capitan Mario, creyó le sucediera bien; pero, ¿quién le podrá disculpar de un descuido tan grande? No debe en la guerra ningun Capitan que se preciare de serlo fiar cosas semejantes y donde tanta reputacion se aventura de soldados descuidados, pues debe con su misma persona rondar las centinelas y puestos por donde se espera sacar fruto de la empresa que se va á hacer, y si el capitan Mario y sus Oficiales, sin descuidarse, con sus soldados rondaran aquella noche las centinelas y no reposaran un punto visitando los puestos y avenidas donde tenia repartidas sus postas, no le sucediera tan fea cosa como se ha escrito, pues le faltó una de las más importantes que ha de tener un Capitan en la guerra, que es el ser muy vigilante, que sin ésta, el ánimo, osadía, pecho y demas partes no tienen fuerza si no están acompañadas de la vigilancia ó cuidados, que es el que hace en la guerra esperar en las ocasiones el buen suceso de la victoria, pues nadie le puede alcanzar durmiendo, si así se le puede decir al soldado que no vela. Cosa clara y sabida es que del cuidado de las centinelas y guardias pende la seguridad de un ejército, pues son las verdaderas y fuertes murallas dél, y así, el Capitan ó soldado que en la guerra no fuere cuidadoso y vigilante no tiene para qué ir á ella.

El conde Barlamont se retiró á sus puestos, y Francisco Verdugo se volvió con su gente á la villa de Meppen á procurar rendilla y apretalla, por lo mucho que importaba volverla á recuperar por ser paso para Groeninghen, y podia molestarla y correrle las campañas; y habiéndose Francisco Verdugo resuelto de apretar este sitio, lo comenzó á poner por obra, y como lo supo la infantería rebelde del conde de Murs que se hallaba dentro, y que sin la caballería estaba muy desabrigada, se resolvieron de rendirse, y trataron de hacerlo con Francisco Verdugo, y él les dió palabra de concederles buenos pactos, y debajo della salieron de la villa dos Capitanes á tratallo: el uno era escocés y el otro valon. Lo que se concertó fué, que si dentro de un término limitado no eran socorridos del conde de Murs ó de Licestre, que dejasen la plaza y se fuesen á Holanda.

Alexandro apretaba el sitio de la villa de la Exclusa de manera, que aunque los rebeldes se defendian con grandísima gallardía no les bastaban ni podian oponerse, no obstante que estaba sin fuerzas de gente (que son las verdaderas y más importantes en la guerra); como tengo dicho, mandó á los 22 de Julio, dia de la Magdalena, que con tres piezas de artillería se batiesen algunas defensas que hacian notable daño á las trincheas. Hízose esta batería desde el fuerte, y no cesaba de noche y de dia tirándoles y á las partes de la villa donde con más calor se defendian para que los españoles pudiesen trabajar y hacer sus facciones con más seguridad.

En este medio mandó Alexandro que en Alemania, Borgoña y en todo el país de valones se hiciese una gran leva de gente, así para rehacer los regimientos viejos de las naciones que habia en el ejército (por estar muy falidos della), como para una grandiosa jornada que se intentaba hacer para Inglaterra, que no poca parte de cuidados y trabajos le costó á Alexandro, como adelante escribiré. Los puentes que se habian hecho sobre las barcas se acabaron de poner en perfeccion, porque cada dia los hacia Alexandro enmendar y poner como se podia desear para el dia de mayor ocasion, y fueron de tan gran efecto, que sin ellos no fuera posible cegar los fosos, ni hacer faccion de importancia, sino á costa de mucha sangre y reputacion. Quedaron muy vistosos despues de puestos en el lugar que habian de tener. Hacian una calle muy derecha, y tan ancha que podia caminar por ella un escuadron de siete soldados por hilera. Estuvo este puente tan firme, que desde el dia que se puso no hizo sentimiento de menearse ni en otra manera, y porque como no se habia podido tomar la medida, ni era posible sino á ojo, sino del largor que habia de tener, faltaron pavesadas por la parte de tierra, y en su lugar, pusieron unos angeos que sirvieron de cortinas al puente y de pavesadas, y los soldados iban cubiertos cuando pasaban por él; y estando puesto en perfeccion, y las municiones y artillería prevenida para batir y asaltar la villa, mandó Alexandro á los Sargentos mayores de los dos tercios de españoles del coronel

Cristóbal de Mondragon y de D. Juan del Aguila que sacasen cuatro compañías, dos de cada uno de los que estaban en los cuarteles, y que las reforzasen con más gente de la que estaba de guardia en las trincheas de los españoles, en las cuales asistia en este tiempo, por órden de Alexandro, el capitan Bartolomé de Torralva, y por eso no fué con su compañía, que era una de las que se habian nombrado.

Las otras tres eran la del Maestre de campo D. Juan del Águila, que tambien la de Torralva era deste tercio; y del de Mondragon las de los capitanes Hernando de Barragan y de Andrés de Miranda, y que fuesen con unas barcas pequeñas á ganar una isleta que se hace en la puerta que sale de la villa de la Exclusa para la de Dama, entre el pantano y el navillo que va á Brujas, el cual se hacia del agua que se vaciaba por una cortadura que los rebeldes tenian hecha en el dique que va de la villa de Dama á la de la Exclusa, y junto á ella lo habian cortado, con que anegaron gran parte de la tierra y el agua hizo notable daño á los sembrados y arboledas de todo aquel país, por ser salada, que los crecientes de mar, como ya he escrito, llegan á la villa. A los 23 de Julio, en la noche embistieron las barquillas (donde iban estas cuatro compañías españolas) con la isla, para ganar un cuerpo de guardia que los rebeldes tenian en ella, los cuales le desampararon luégo que vieron que los españoles se habian apoderado de la isla, y se entraron huyendo en la villa con pérdida de algunos que les mataron y de tres prisioneros, y dellos se informó Alexandro del estado en que los rebeldes tenian sus cosas dentro de la villa, que no fué de poca consideracion, porque deseaba (para el buen suceso desta empresa) saber lo que pasaba en ella.

Los españoles se comenzaron luégo á fortificar en la isla con grandísima presteza y se atrinchearon, y porque tenian falta de tierra lo hicieron con cajas y saquillos llenos della, sacada con harto trabajo. Ellos y la fagina suplieron la que faltaba. A los rebeldes les pareció recuperar esta isla por lo mucho que les importaba, y salieron (con grandísimo valor y osadía) cuatrocientos y cerraron con los españoles, que no con ménos

ánimo los esperaron que ellos habian acometido; y midiendo las picas los unos con los otros se dieron gallardos botes, derramando mucha sangre, y la arcabucería de ambas partes trabaron una gallarda escaramuza; peleóse valientemente y lo hicieron pica á pica muy gran espacio hasta que la vergüenza española no pudo sufrir que los rebeldes durasen tanto en el pelear, y teniéndola muy grande de los que los miraban, cerraron con ellos con grandísima presteza y los hicieron huir á espaldas vueltas hasta encerrarlos en la villa. Y porque algunos dellos no acertaron la surtida por donde habian salido para volver por ella, se arrojaron al foso y entraron por la muralla, y fué con muy gran pérdida, porque los españoles mataron y hirieron muchos rebeldes, sin que dellos hubiese más de cuatro muertos y dos heridos, que fueron el capitan Gonzalo de Luna y Mora, y Juan Arias, Alférez del Maestre de campo D. Juan del Águila, muy gran soldado, natural de Villarrubia de Ocaña, y hoy es Castellano del castillo de Otranto. Otro dia siguiente, que fué á los 24, mandó Alexandro plantar la batería á la villa con diez y ocho piezas gruesas, que fué víspera del glorioso Santiago, patron y abogado nuestro, y bien pensaron los españoles en su santo dia entrar en la villa. Estas diez y ocho piezas se plantaron en cuatro camaradas, y todas hicieron una misma batería, que era en una cortina de la muralla, y en un cabo que habia en ella, que era través para los españoles y dél les hacian notable daño, y miéntras la batería andaba más caliente mandó Alexandro que se pusiese el puente, que fué una faccion harto peligrosa, porque aunque los rebeldes se defendian en la batería procurando volver á fortificar lo batido, tiraban á los que ponian el puente y daban grandísimas cargas. A las tres de la tarde estaba la batería llana y se podia bien arremeter y dar el asalto; pero el intento de Alexandro, segun se coligió, era atemorizar á los rebeldes, obligándoles á que se rindiesen por excusar la sangre que se habia de derramar en el asalto; al ménos dió muestras de ser esto así, porque no quiso que aquella tarde se diese, si bien otros juzgaron que lo dejó de hacer por estar los rebeldes muy fuertes por dentro de la bate-

ría, y en aquella parte tenian sus escuadrones muy bien formados y con determinacion de morir en la batería ántes que rendirse. Eran dos mil hombres de los más viejos soldados de los Estados rebeldes, y para tanto número de defensores no se habia hecho más de una batería, que daba mucho que pensar, pues obligó á creer queria Alexandro, si podia, ganar esta plaza sin darle el asalto, así por las razones que he escrito como por ser villa de mucha importancia y puerto de mar, donde puede invernar y aprestarse una muy grande armada siempre que se ofrezca, y porque podria servir de escala y cámara de municiones para la jornada que se prevenia para Inglaterra.

Es la Exclusa, villa pequeña pero fortísima por la disposicion de sitio que tiene, y ella tan exenta y desembarazada que no tiene padrasto que la pueda ofender, demás de las muchas aguas y pantanos que la hacen inexpugnable, y el navillo grande que entra del mar, que es el puerto, no ménos, y en la una cabeza dél tiene un castillo muy fuerte cerca de la villa, y de importancia para la guardia y defensa de la marina, por estar opuesta á Pechelingas, villa en la entrada y vecina de las islas de Holanda y Gelanda, y con ella se habian de hacer los socorros que esperaban los rebeldes de la Exclusa, que con grandes esperanzas estaban (en este medio) aguardándolos; quiso Alexandro que reconociesen la batería y ver de qué manera estaban, y cómo se ponian para esperar el asalto; y habiéndose de encomendar esto á persona estimada y de experiencia, no obstante que en todo el ejército español las habia de mucha satisfaccion y de grandes partes, lo encomendó á Don Hernando Giron, Capitan del tercio de D. Juan del Águila, natural de Talavera de la Reina, que ya he escrito es hoy del Consejo de guerra del Rey, nuestro señor; y habiéndole ordenado Alexandro que fuese á reconocer la batería, lo hizo valerosísimamente y con tanto cuidado como se puede imaginar, pues dél se fió una cosa tan importante.

La relacion que dió á Alexandro fué, que no diese el asalto porque los rebeldes estaban muy fuertes, y que le parecia su Alteza lo suspendiese por entónces hasta que con más acuerdo

viese lo que convenia. Esta misma relacion habia traido ántes el capitan Hernado de Barragan que la habia ido á reconocer con algunos soldados, y creyendo los rebeldes les iban á dar el asalto, comenzaron á mover sus escuadrones para defender la batería; pero como no era el intento de Alexandro el que pensaron, cesó la faccion, si bien podrán juzgar algunos soldados de experiencia, que en buena razon de guerra, despues de abierta una batería es forzoso el asaltalla, así por redimir la reputacion que en esto se empeña como por no dar lugar á que los enemigos se fortifiquen y cobren nuevos bríos, entendiendo que los sitiadores no se atreven á asaltallos; y no es bien darles ocasion por ningun caso á que puedan pensar esto, ni que en ninguna manera hay flaqueza, pues della nace el brío y valor del contrario; pero Alexandro, además de las causas referidas, le movió ver la mucha sangre que se habia de derramar, y que seria bien excusalla viendo habia en la Exclusa tanta cantidad de gente y la poca que él tenia, y no era bien aventuralla en asaltos, que tambien es de muy grandes Capitanes, como Alexandro lo era, siempre que pueden alcanzar victoria de sus enemigos sin derramar sangre ni aventurar sus fuerzas, guardándolas para mayores ocasiones, no teniéndolas muy sobradas.

A los 25 de Julio se mudó la guardia de las trincheas, que no poco pesar tenia Alexandro de dar á sus soldados tanto trabajo, mas era forzoso por los pocos que tenia y no habia en quien repartirlo. Del tercio de D. Juan del Águila entraron las compañías de los capitanes D. Ramon Cerdan, Simon de Itúrbeda, Diego de Vargas Machuca, Juan Brabo de Laguna, Antonio Gonzalez, y la del Sargento mayor Agustin de Herrera; y del tercio del coronel Mondragon las compañías de los capitanes Diego de la Peñuela, D. Luis de Godoy, D. Luis de Zúñiga, Luis del Villar, Pedro de Solís y Andrés de Miranda. Este dia tocó la vanguardia de las trincheas á las compañías del tercio de D. Juan del Águila; y para que se entienda el estilo que se acostumbra en semejantes ocasiones se advierte que iban mezcladas las unas con las otras, digo de

ambos tercios, porque al que le tocaba la vanguardia no entraba con todas sus compañías, sino solamente ocupaba la guardia con la primera, y ésta tomaba la vanguardia, y luégo el otro tercio seguia con la segunda compañía, y el que entró con la primera llegaba con la tercera; y en este órden las iban mezclando cada tercio la suya, y al que le tocaba la primera era de vanguardia. Desta suerte participaban todos los tercios de las ocasiones como de los trabajos y descansos, para que nadie pudiese formar quejas como algunos Capitanes suelen, sin tocarles, pretender puestos que no son suyos; mas no tienen ellos la culpa, sino los Sargentos mayores que se lo consienten, de donde suelen nacer mil diferencias y pesadumbres difíciles de remediar en las ocasiones; y para evitallas debe el buen Sargento mayor tener muy gran cuenta con las guardias y puestos que han de ocupar sus Capitanes.

Este dia le tocó la vanguardia con su compañía á D. Ramon Cerdan, natural de Zaragoza, y por esta causa fué con órden de Alexandro la noche siguiente á reconocer un torreon que estaba en la muralla de la Exclusa medio batido. Era el de la puerta que sale para ir á la villa de Brujas, y que reconocido, viesen si se podian fortificar en él, porque desde este torreon pretendia Alexandro batir una media luna que los rebeldes habian comenzado á hacer dentro de la muralla de la villa, y estaban ya en ella tan fuertes que para entrallos convenia batilla y asaltalla, y lo mismo las trincheas que tenian para defenderse de los españoles y de su artillería que les hacia mucho daño. Llegó D. Ramon Cerdan con los soldados más particulares de su compañía, que por todos eran quince, y con algunas escalas que para este efecto llevaba, siendo asistido de Antonio Pinto de Fonseca, su Alférez, natural de la ciudad de Oporto, en Portugal, valientísimo y experimentado soldado, que despues fué Capitan, hoy es del hábito de Cristo, y de Diego Ruiz de Castelblanco, su Sargento, para que con ellos y con los quince soldados que llevaban reconocer el torreon. Uno dellos era Juan Rojano, persona de cuenta y que en todas aquellas guerras habia servido y señaládose como muy valiente español. Pusie-

ron en él las escalas, y porque no alcanzaban ingirieron las chicas con las grandes. Subió el primero el capitan Ramon Cerdan y cuatro soldados, con dos rodelas fuertes para resistir las cargas de la arcubucería que por aquella parte daban. Esta no cesaban de tirar por haber sentido á D. Ramon y á sus soldados. Reconocieron el torreon con harto trabajo y no hallaron espacio ninguno para fortificarse, sólo un poco de lugar donde apénas cabian los cuatro soldados que subieron con él, y allí con dos medias sacas de lana se comenzaron á reparar con grandísima dificultad, y tambien con algunos saquillos llenos de tierra que habian llevado, y en una caja ó arca rota que allí hallaron pusieron algunos. Todo esto era muy inútil defensa por ser el torreon muy flaco y de bajo parapeto, y no se podia con la brevedad que era necesaria hacer ninguna fortificacion que aprovechase, aunque lo habian procurado con grandes veras. En este medio comenzaba á amanecer, y como les rebeldes vieron que el torreon estaba ocupado, asestaron su artillería en él y le comenzaron á batir, y del primer cañonazo le mataron á D. Ramon dos soldados de los cuatro que tenia, y á un criado suyo que llevaba la rodela, é hirieron otro soldado; y de los segundos tiros dieron en el arca ó caja que habian terraplenado con los saquillos de tierra y en unos maderos que habian atravesado para estar más fuertes, y le dieron al capitan D. Ramon Cerdan tan grande golpe que le derribaron en tierra, y sobre él cayeron los saquillos y otros materiales. Atormentáronle de manera que le molieron el cuerpo y le hicieron reventar la sangre por los oidos, ojos y boca; y viendo el marqués de Rentin el mucho daño que la artillería hacia en el torreon, y que no era posible sustentarlo los españoles, les dió órden que se retiraran, é hizo llevar á su tienda al capitan D. Ramon Cerdan para que le curasen. Tenia el Marqués, como ya he escrito, cargo de las trincheas en aquella parte y órden de Alexandro (porque como su persona no podia acudir á todo) que asistiese á lo que se ofreciese, como lo hizo como muy honrado y valiente caballero. El alférez Antonio Pinto de Fonseca salió tambien muy maltratado, y con

algunas heridas de ladrillos que le dieron en la cabeza, sin que por esto se quisiese retirar ni desamparar su puesto. Era animoso soldado y uno de los de buena opinion que servian en el ejército español. Los rebeldes habian dado muchas y grandes cargas de arcabucería y mosquetería, é hirieron algunos soldados, y entre ellos salió con un arcabuzazo en el tobillo del pié derecho el Maestre de campo D. Juan del Aguila, el cual retiraron á la tienda del marqués de Rentin, donde le curaron.

Cuando D. Ramon Cerdan subió al torreon habia dado órden Alexandro que le siguiese alguna infantería para lo que se le podia ofrecer, porque con solos los soldados de su compañía no podia resistir á los rebeldes si acaso salieran á quererle echar del torreon; y así al pié dél estuvieron de respeto muchos soldados de la compañía del capitan Diego de Vargas Machuca, del tercio de D. Juan del Aguila, que, como mejoró de puesto la de D. Ramon, por ser de vanguardia, le siguió ésta, la cual, habiéndose adelantado, lo hizo tras della; por la misma órden la del capitan Juan Brabo de Laguna, famoso soldado, que hoy es Maestre de campo en Saboya, como ya he escrito, ocupó un puesto en lo más bajo del torreon, donde habia una puerta cerrada con piedras, y la hizo abrir á sus soldados y entró por ella y pasó á otro torreon, en el cual se fortificó con gran presteza; y con la misma que este valiente Capitan tenia hizo á los mosqueteros y arcabuceros de su compañía que diesen muchas cargas á los rebeldes, y fueron de tanto efecto que les hacian mucho daño por aquella parte; y como Alexandro vió el efecto que el capitan Juan Brabo hacia con sus soldados, le fué enviando á la deshilada más arcabucería española para que con mayor fuerza inquietase á los rebeldes, que comenzaron á sentir mucho el daño que recibian, pues no pudieron estar seguros en sus puestos, y así les obligó á desampararlos; y cuando la noche que ocupó el capitan Juan Brabo el que tenia le mataron algunos soldados, y un poco ántes á su Sargento, que fué cuando D. Ramon Cerdan subió á lo alto del torreon, desde la batería y media luna que los rebeldes tenian, como hacia través á la trincheas españolas, ma-

taron algunos soldados, particularmente cuando pasaban por el puente por la parte donde estaban puestos los angeos que, como he referido, servian de cortina por no alcanzar las pavesadas que se habian hecho; y ni más ni ménos hirieron á otros muchos, y entre ellos al capitan D. Fadrique del Aguila, arriscado soldado, y á Martin de Morales, Alférez de la compañía del capitan D. Antonio de Sotomayor, que aunque estaba de guarnicion en el fuerte del Saso habia ido con órden de Alexandro á hallarse en el sitio de la Exclusa; y porque en el de la villa de Grave este Alférez, siendo soldado de la compañía del capitan Alonso de Espinosa Calderon, habia hecho algunos servicios particulares, tenia dél satisfaccion y le dió licencia. Murió Capitan entretenido cerca la persona del virey de Aragon. Era muy animoso soldado.

A los 26 de Julio, dia de la gloriosa Santa Ana, en la noche, hizo Alexandro plantar en la isleta que se habia ganado una pieza de artillería para batir otro torreon y un molino que hacia través á los españoles, que pretendian por aquella parte arrimarse á la villa; y porque hacian gran daño los rebeldes á los soldados españoles que pasaban por la parte del puente donde estaban los angeos por falta de pavesadas, hizo Alexandro este mismo dia que se pusiese lo que faltaba, con que quedó reparado y libre la gente del daño que los rebeldes les hacian, y esta misma noche mandó que en la isleta se plantasen otras dos piezas de artillería, sin la que ántes se habia puesto, y con todas tres mandó batir el torreon y el través del molino, y se hizo maravillosamente.

A los 28 mandó Alexandro se reforzase la guardia de las trincheas con trece compañías de infantería española; las siete del tercio del coronel Cristóbal de Mondragon, y las seis del de D. Juan del Águila, que por estar abierta la batería é irse los españoles acercando á la muralla, y tener nueva que los rebeldes iban á socorrer la villa, fué necesario doblar las guardias, como en semejantes ocasiones se acostumbra, y pareciéndole á Alexandro (porque no le quedase nada por hacer) no aventurar su gente en el asalto, y que seria bien arrimarse con la zapa, mandó

que se hiciese con mucha brevedad, y se fué ejecutando, de suerte que los rebeldes se iban atemorizando y cobrando más cuidado que el que hasta allí habian tenido, y lo pusieron muy grande en que fuesen socorridos de Holanda por la parte de Pechelingas y como adelante lo veremos. Bien creo es proligidad decir los nombres de los Capitanes que con sus compañías entraron este dia á reforzar la guardia; pero viendo que hay tantos vivos y que he comenzado á nombrallos, lo habré de hacer por haber sucedido algunas facciones miéntras estuvieron en las trincheas, si bien habré de tener á otros quejosos por no hacer memoria dellos; mas no es posible, así por no cortar el hilo á la sustancia de lo que voy escribiendo, como por no hacer mucho al caso

Basta advertir, como atras lo he hecho, que fué tan grande y excesivo el trabajo que los españoles pasaron en este sitio, que no le he hallado otro mayor, particularmente en las trincheas, donde por falta de gente los tuvieron muy grandes; y las compañías que entraron en ellas fueron del tercio de D. Juan del Águila, las de los capitanes Domingo de Idiaquez, Juan de Paz, Diego de Arango, Antonio Gomez, D. Alonso de Mendoza, Bartólomé de Torralva y la de Fadrique de Villaseca; y las del tercio del coronel Cristóbal de Mondragon fueron de los capitanes Pedro de Albricio, Diego de Avila de Guzman, Alonso de Narvaez, Gregorio Ortiz, Pedro de Corvera, Juan Verdugo de Avila y la del capitan Alonso Ruiz Fajardo. En este medio que estaban estas compañías de guardia en las trincheas con las demas que he escrito, sucedió un dia, despues de haber batido la villa, que los rebeldes que la defendian echaron una espía della con muchas cartas y avisos del Gobernador y de otras personas, todas en una caja de hoja de Milán muy pequeña para el armada que los rebeldes tenian en el canal, y por no poder llegar á tiempo se quedó la espía emboscada cerca de la marina entre unos juncos; fué á tiempo que pasaba por allí un trompeta de la compañía de caballos que aquel dia estaba de guardia en la marina, y como vió el bulto, creyendo era persona, con más valor de soldado que de trompeta, cerró con la

espía, la cual procuró huirse, mas no pudo porque el trompeta con mucha presteza le asió y le quitó una daga que llevaba, y con ella le dió una puñalada en el pescuezo, porque todavía intentó huirse: llevólo donde estaba su compañía de guardia, y los Oficiales della lo enviaron á Alexandro habiéndole quitado la caja donde llevaba las cartas. Hízolas leer, y todas contenian una misma cosa; escribian á los rebeldes de la armada y de Pechelingas que los españoles les habian abierto la batería y dádoles cinco asaltos muy sangrientos en siete horas, y que los habian muerto muchos soldados, y de su parte perdido algunos, y de ambas partes habia muchos heridos, que los fuesen á socorrer pues se hallaban apretados y con tanta necesidad que no podian defenderse más, y que si no lo hacia perdian una muy gran ocasion, porque los españoles eran muy pocos y que estaban muy amedrentados y en su ejército habia muy poca gente y que con facilidad habrian victoria dellos, que fuesen y que la alcanzarian sin duda alguna. Escribian esto á fin de darles ánimo para que los fuesen á socorrer, pues era cierto mentian, y que los españoles no les habian dado ningun asalto cuanto más cinco como ellos decian. Visto por Alexandro estos avisos que enviaban los de la Exclusa á los de su armada, hizo copiar las cartas, y los originales volvió á entrar en la misma caja donde el espía las llevaba, y le hizo llevar cerca de su armada donde los rebeldes della lo pudiesen ver y hallar, habiendo ya muerto de la puñalada que le dió el trompeta en el pescuezo. En esto suelen parar casi todas las espías, porque pocas ó ninguna suelen escaparse por el peligro en que se ponen cuando llevan semejantes avisos. Usó Alexandro deste ardid para desanimarlos y que no volviesen á enviar otra espía ni más avisos.

El mismo dia que se reforzó la guardia de los españoles en las trincheas, se mejoraron más hacia la villa llegando á la misma puerta que habian batido. Llevaban la vanguardia las compañías de los capitanes Antonio Gomez y Domingo de Idiaquez, y estos dos Capitanes con sus soldados trabaron con los rebeldes una muy reñida y sangrienta escaramuza sobre el haber de sustentar el puesto que habian ocupado, porque lo de-

fendieron muy bien, y los españoles por ganárselo pelearon como se podia desear, señalándose Domingo de Idiaquez y Antonio Gomez muy gallardamente, y echaron un puente (á pesar de los rebeldes) en una de dos exclusas que habia entre las dos puertas batidas, y allí se fortificaron lo mejor que pudieron; pero el haber salido con esta empresa fué á costa de mucha sangre española, porque mataron al capitan Antonio Gomez y hirieron á Domingo de Idiaquez y al capitan Juan de Paz de algunas pedradas que los rebeldes tiraban; mataron tambien al Sargento del capitan Bartolomé de Torralva y á otros muchos soldados, y entre ellos uno abrasado, porque estando escaramuzando se le voló el frasco grande, y con el muelle, carga y herraje le dió por la garganta y se la abrió; y deseando los españoles desalojar á los rebeldes de la media luna y trincheon donde se habian fortificado, ofreciéndose la ocasion plantaron otro dia siguiente una pieza de artillería entre las dos puertas del torreon batido, y con el silencio de la noche (por no ser sentidos ni les quedase nada por hacer) echaron otro puente en la otra parte de la exclusa que habia quedado, donde, como ya he escrito, se habian fortificado; con esta faccion se arrimaron más á los rebeldes, y tanto, que median las picas con ellos y se tiraban muchas piedras y arcabuzazos, y como podian se ofendian los unos á los otros, y algunas veces con las espadas, y con hallarse tan cerca no se mejoraban mucho de los puestos que habian ocupado.

El marqués del Vasto habia andado campeando en la campiña y Brabante con la gente que tuvo á cargo Monsieur de Hautepena, y porque habia pedido licencia á Alexandro para volverse al sitio de la Exclusa, ordenó al conde Cárlos de Mansfelt se partiese á los 30 de Julio y fuese á la campiña y se encargase de aquella infantería, y que el Marqués trajese el tercio de españoles del Maestre de campo D. Francisco de Bobadilla, que por la necesidad que tenia dél le encargó que con toda diligencia caminase hasta incorporarle con el ejército español, porque como habia tantos que guardar en el sitio de la Exclusa y tan poca gente, convino apresurase sus jornadas,

como lo hizo; demás que se habia entendido que los rebeldes juntaban una gruesa armada con grandes fuerzas para socorrer la Exclusa, y en el canal que del mar va á ella se habian mostrado en este medio algunos navíos, y desde la villa todas las noches hacian grandes fuegos y ahumadas pidiéndoles socorro, y lo mismo á Pechelingas, que desde ella se veian muy bien las lumbres, porque la distancia que hay daba lugar á ello, y lo mismo hacian desde la armada rebelde y de Pechelingas, con que les advertian á los cercados los habian entendido; y con esta correspondencia y con los avisos que les daban sus espías, les crecia la esperanza de ser ciertos sus socorros, que no poco cuidado tenia Alexandro, pareciéndole que si los intentaban le pudieran poner en algun aprieto. Ya eran los 2 de Agosto y la guardia española de las trincheas lo pasaban mal porque desde el 28 del pasado habia estado en ellas, que fueron cinco dias. Ninguna persona sino las que allí se hallaron podrá creer el trabajo que los españoles pasaban con tanta incomodidad, que fué inmenso é intolerable. Las compañías que mudaron esta guardia fueron: del tercio de D. Juan del Aguila, la de los capitanes D. Juan de Vivero, D. Pedro Manrique, Alonso Espinosa Calderon, y la del Maestre de campo. Del del coronel Cristóbal de Mondragon entraron las de los capitanes Gaspar de Olasso, D. Francisco de Mendoza, Gonzalo de Luna y Mora, Baltasar Becerra, Hernando de Barragan, Juan de Castilla y la de Juan Chasco.

La misma noche que estas once compañías entraron de guardia echaron los rebeldes de la Exclusa, con la marea que á ella va del mar, una barca bien estivada, con dos minas de fuego para quemar si podian el primer puente que los españoles habian echado en el navillo para darse la mano los unos con los otros; y el servicio del ejército, que, como ya he escrito, estaba fundado sobre barcas, y como Alexandro vió ir la de fuego mandó con gran brevedad abrir el puente y que la dejasen pasar, y ántes de llegar á él reventó la una mina, y en pasando voló la otra y dió al través en la lengua del agua, y allí se acabó de abrasar sin haber hecho ningun mal. Pasado esto vol-

vieron los españoles á cerrar el puente. En este tiempo que los rebeldes de la Exclusa echaron estas minas, hacian muchas señales de fuegos y ahumadas en lo alto del castillo, de la misma manera que ántes, pidiendo el socorro que esperaban. Respondíanles con otro desde el armada, que todavía estaba surta en la boca del canal, y sus navíos eran en mayor número que otras veces habian ido; pasaban de ochenta. Los más dellos eran de alto bordo, bien marinados; estaban guarnecidos de cinco mil rebeldes de los más viejos soldados que tenian en las islas, por cuya causa se entendió entraran á socorrer la Exclusa. No se habia descuidado Alexandro de acudir al remedio, porque con gran brevedad habia hecho poner en las barcas reforzada guardia con gente española y mosquetería alemana, y que guarneciesen un trincheon que habia mandado hacer en toda la ribera del navillo, por la misma lengua del agua, frontero de donde estaban puestas las flotas de barcas, y este trincheon cogia y abrazaba toda la distancia que habia entre otros dos que se fabricaron á modo de reductos, en los cuales hizo poner Alexandro cinco piezas de artillería gruesas, dos en el uno y en otro tres, y en lo raso de la campaña se habian plantado dos, que por todas eran siete, que bastaban para defender la boca del canal por si acaso la armada rebelde intentara entrar en él, como se tuvo entendido, á socorrer la villa de la Exclusa. Sin estas siete piezas de artillería habia mandado poner Alexandro otras diez y seis en las siete charruas que escribí se ganaron cuando se puso sitio á la Exclusa, y para que los rebeldes no cortasen el estacada hizo poner otras dos piezas de artillería, y para que si viniesen por tierra no se arrimasen por aquella parte y si lo hicieran recibieran muy notable daño.

La causa porque los rebeldes habian juntado aquel dia mayor número de navíos fué con dos designios: el uno atemorizar á Alexandro y ver si podian hacerle levantar del sitio, porque como no se atrevian á socorrer la Exclusa por mar ni por tierra se valian de los medios y ardides que podian; y visto que su primer designio no les habia aprovechado, se valieron del segundo; todo por obligar á Alexandro dejase la empresa tan di-

fácil que tenia entre manos. Y así fueron sobre un fuerte que se llama Blanca Vergue, que está cuatro leguas de la Exclusa, cerca de la villa de Ostende, no léjos de la marina. Esta faccion fueron á hacer con la mayor parte de su armada, dejándose algunos navíos en la boca del canal, del cual partieron á los 3 de Agosto, y en llegando á vista del fuerte de Blanca Vergue desembarcaron su gente y fueron marchando la vuelta dél con buen órden; y pareciéndoles que estaba tan flaco que lo podian ganar de improviso, pusieron en la vanguardia algunos rodeleros y montanteros y cerraron con mucho valor con un rastrillo que estaba ántes de llegar al fuerte, como los acostumbra á haber en todos los que fabrican en Flándes, que es buena fortaleza para que no los puedan ganar por escalada ni de improviso, ni arrimarse á ellos sin ser sentidos.

Los católicos que defendian á Blanca Vergue habian armado la muralla con toda la mosquetería que tenian, y dieron á los rebeldes tan buenas cargas, que les hicieron mucho daño, y se defendieron tan gallardamente como se podia desear; pero como eran muchos y porfiaron á ganar el rastrillo, no con ménos ánimo del que tuvieron al principio, le comenzaron á señorear, y los católicos se retiraron á otro rastrillo que habia ántes de entrar á la puerta del fuerte, y desde la muralla trataron tan mal á los rebeldes que les hicieron mucho daño, y tanto, que les obligó á retirarse, y aunque los católicos que defendian el fuerte, que eran trescientos valones animosos que habian peleado como tales, se atribuyó la resistencia tan grande que hicieron al conde de Lambergue, que dos dias ántes, con órden de Alexandro (porque antevió este suceso como prudente y experimentado Capitan), habia entrado á socorrer y á defender á Blanca Vergue, y lo hizo tan gallardamente y como tan honrado caballero como se vió, pues con trescientos hombres resistió á más de cuatro mil que á la desesperada habian cerrado con el fuerte, que cuando semejantes ocasiones se cometen con esta determinacion suelen tener buen suceso (aunque á costa de mucha sangre) porque un improviso y una acelerada determinacion atemoriza y turba á los defensores de una plaza, si bien es mucho aventurar á cureña

rasa y sin ningun reparo á los soldados en semejantes facciones.

El conde Lambergue dió aviso á Alexandro con grandísima brevedad, ántes que los rebeldes le acometieran, del intento que llevaban, y con mucha presteza envió de los cuarteles que estaban más cerca cuatrocientos valones y alemanes, para que ántes que los rebeldes llegasen se encontrasen en el fuerte, y esta presta diligencia (aunque no llegaron á tiempo) fué en tanto que su persona llegaba con la compañía de caballos de su guardia, y con una buena tropa de españoles de los dos tercios que desta nacion allí tenia; y habiéndolos juntado, pasó el rio ó canal que entra del mar á la exclusa, y fué con gran determinacion de socorrer y que no se perdiese el fuerte de Blanca Vergue porque era de mucha importancia, así para estorbar las correrías que los rebeldes de Ostende hacian por aquella parte como para la seguridad de toda aquella tierra, para cuyo efecto se hizo, y habiendo pasado Alexandro el rio para ir á este socorro, previno como siempre lo más necesario y forzoso para que en tanto que él iba á hacer este socorro, los rebeldes que habia en la Exclusa, y el resto de la armada dellos que quedaron á la boca del canal, no cerrasen á un mismo tiempo con los cuarteles y trincheas; hizo sacar de cada compañía de infantería española cinco soldados, habiéndolos puesto todos en escuadron en pasando el rio, y con ellos guarneció las charruas y flotas que habia en el rio. Y estos soldados fueron demás de las guardias ordinarias y extraordinarias que habia en estas charruas; y con un regimiento de alemanes hizo guarnecer el trincheon y reductos para la guardia dellos y de la artillería que estaba asentada en la boca del canal, con que quedaba seguro y guardado el paso; y con otro buen número de alemanes y la caballería reforzó la guardia de los cuarteles con que además de asegurarlos, cuando bien los rebeldes lo intentaran por aquella parte socorrer la Exclusa, hallaran resistencia; y habiendo Alexandro con este órden guarnecido y asegurado todos los cuarteles y puestos que habia ocupado en el sitio de la Exclusa, partió con sus escuadrones bien for-

mados y en buena disposicion á socorrer á Blanca Vergue, y en comenzando á marchar le llegó aviso del conde Lambergue de la faccion que los rebeldes habian hecho, y como se retiraron con alguna perdicion á su armada. Alexandro hizo alto aquella noche en el mismo lugar que le dieron esta nueva, y, otro dia siguiente, por la mañana, se volvió con su gente, y con ella, como ántes estaba, ocupó sus mismos puestos y cuarteles.

Visto por los rebeldes su mal suceso y que en nada que ponian la mano le tenian bueno, se volvieron á embarcar en su armada, y la navegaron la vuelta de Pechelingas, dejándose en la boca del canal algunos bajeles gruesos de guardia, como lo habian acostumbrado todo el tiempo que duró el sitio; y este mismo dia que Alexando se retiró á los cuarteles hirieron al capitan Alonso de Espinosa Calderon, porque se halló en la vanguardia de las trincheas, y tan cerca de los rebeldes como dejo escrito, pues siempre peleaban sin dejar las armas de las manos.

El marqués del Vasto habia hecho grandes jornadas con el tercio de españoles del Maestre de campo D. Francisco de Bobadilla por hallarse en el sitio y asalto de la Exclusa; llegó á los 5 de Agosto, y con seiscientos infantes valones que sacó de Amberes, y algunos alemanes y tres compañías de caballos para el mismo efecto, los unos y los otros eran muy pocos para lo mucho que Alexandro tenia que guardar en aquel sitio. El bagaje de toda esta gente se habia quedado atras por ir más desembarazada, y ella habia marchado tan á la ligera y con tanta priesa por hallarse en el asalto como lo deseaba.

El conde Cárlos que habia ido á encargarse del resto desta gente campeaba en la campiña para conservar los panes y sembrados porque los rebeldes no los fuesen á talar y acabar de destruir como lo habia hecho ántes el conde Holac, y si no se guardaran los que habia quedaran los labradores este año muy inposibilitados de poder vivir, porque los habian molestado de manera que en mucho tiempo no pudieran recuperar tan gran pérdida como la que habian tenido. Prevenia á todo

lo que se podria ofrecer Alexandro, enseñado de su mucha experiencia y valor.

Los rebeldes sitiados en la Exclusa vieron los nuevos socorros que le habian llegado á Alexandro, demás de que por sus espías tenian noticia dellos, y se comenzaron á atemorizar, de manera que este dia que llegó el marqués del Vasto, más que otros, hicieron grandes señales á Pechelingas y á su armada para ser socorridos; pero no se atrevian á poner en ejecucion lo que deseaban, y pudieron muy á su salvo hacerlo y no con mucha pérdida, pues en este medio habian aumentado sus fuerzas y era llegado el número de sus navíos, y todos en la boca del canal á ciento y cincuenta entre grandes y pequeños; con todo, no se atrevieron, si bien desde encima del castillo, habiendo cesado los fuegos, hicieron los cercados nuevas señales con una vela puesta en una asta á modo de trinquete de galera. Algunas veces la volteaban como bandera, y otras la levantaban en alto á la parte de la mar; pero apresuradamente las hacian y con grandes diligencias se mostraban por ser vistos, deseando el socorro. No se quisieron dar por entendidos este dia los de la armada, pues no les respondieron ni hicieron caso de las señales que hacian, como otras veces, con que parece les dieron á entender perdiesen las esperanzas y remitiesen á su arbitrio la resolucion que quisiesen tomar; y pareciéndoles á los cercados que en ningun tiempo mejor que aquel pudieran ser socorridos, por ser el mar creciente, que, como ya he escrito, le llaman los marineros aguas vivas, y tener el viento favorable y tan grande armada, y guarnecida de mucha y buena infantería, y que en otro ninguno pudieran tener más fuerzas ni mejor ocasion, acordaron de rendirse y dar la obediencia al Rey, nuestro señor, considerando, demás desto, que si esperaban el asalto no habian de tener los españoles misericordia dellos, ni Alexandro si dilataban la paz los recibiria á merced; y hallando para su defensa estos contrarios se resolvieron de todo punto á lo más cierto para librar sus vidas, pero no la reputacion, pues en uso de guerra no era la villa de la Exclusa plaza para rendirla sin

esperar siquiera dos ó tres asaltos, porque estaban los rebeldes tan fuertes en ella que lo pudieran muy bien hacer y defenderse de los españoles de manera que ántes que entraran derramaran mucha sangre, y fuera posible no ganalla en más largo tiempo, particularmente si los rebeldes tuvieran dentro una tan buena cabeza como lo fué en Mastriq el Capitan y Sargento mayor Sebastian Tapino, que con ser muy ménos fuerte aquella plaza y tener Alexandro más fuerzas de gente que en la Exclusa, le dió tanto que entender y que pensar como se ha visto; y si los de ella pelearan (aunque enemigos de Dios) no fueran ménos las dificultades que se le ofrecieran á Alexandro. Y así importa mucho en cualquiera ocasion tener una buena cabeza, y lo merecia la villa de la Exclusa por ser tan inexpugnable como se sabe.

Los rebeldes, determinados de abrazar la paz, llamaron con una caja, y respondiendo con otra los españoles, desde sus trincheas les preguntaron lo que querian, y dijeron que rendirse, que no poco les pesó pues esperaban sacar provecho de sus trabajos, si por fuerza de armas, como entendieron, entraran en la Exclusa. Dieron luégo aviso á Alexandro, y él envió al marqués de Rentin para que les hablase, y habiéndolo hecho pidieron rehenes; salieron de la villa dos Capitanes á tratar los conciertos, y en su lugar entraron otros dos de los españoles, que fué el capitan Bartolomé de Torralva, del tercio de D. Juan del Aguila, y del del coronel Cristóbal de Mondragon, Gaspar de Olasso. Esto fué á las cinco de la tarde. Los pactos se hicieron luégo, que fueron: salir los rebeldes de la villa y castillo de la Exclusa rendidos, con las banderas tendidas, balas en las bocas, cuerdas encendidas y con todo su bagaje. A los que no son soldados les parecerá que ya que estos rebeldes salieron rendidos, que no importan lo hagan más de una manera que de otra; pero es bien advertirles que cuando lo merece la plaza que rinden por ser fuerte y tan inexpugnable como lo era la villa de la Exclusa de Brujas, se les da esa facultad de salir á punto de guerra, con que parece en cierta manera sueldan la flaqueza de haberse rendido; si bien la comun opinion que hay

entre soldados, es decir que no hay rendir bueno; y á mí me lo parece así, pues el soldado que profesa honra y sigue la bandera ó estandarte de su Príncipe, ántes ha de morir hecho pedazos que rendir la plaza que se le ha encomendado, pues no ménos pierde que la fidelidad y reputacion; mas como en la guerra están introducidas semejantes costumbres donde hallan más ó ménos reputacion en unas que en otras, es fuerza seguir algunos las que mejor les parece para suplir en parte la quiebra de su reputacion y flaqueza, pues le obliga á rendirse á sus enemigos pudiendo no hacerlo, está claro quiere más la vida que la reputacion; pero como hay tantas maneras de rendirse, unas por hambre, otras por falta de socorro, ó por ser la plaza que defienden muy flaca y no tener valor los defensores, no me detendré en averiguar lo mucho que hay que decir en esto, así por no ser este su lugar como por dar fin al sitio de la Exclusa. Acabados de hacer los conciertos y rendidos los rehenes, mandó Alexandro esta misma noche que se mejorasen los españoles que estaban en las trincheas y tomasen puestos muy cerca de la villa, como se acostumbra para tener ganada tierra por lo que podria ofrecerse. Esto se hace con seguridad por la suspension de armas que hay de ambas partes en tales ocasiones. Estuvieron así toda aquella noche hasta otro dia siguiente que salieron los rebeldes rendidos fuera de la villa, que fué á los 6 de Agosto deste año; y dejándola desembarazada mandó Alexandro que en ella y en el castillo entraran cuatro compañías de españoles, dos de cada tercio, en tanto que daba órden á lo que se debia hacer y miraba la persona que habia de quedar por Gobernador.

Señaláronse en este sitio todos los Capitanes españoles, porque las ocasiones fueron tantas que hubo para todos, y lo mismo para los de las naciones. A los soldados les cupo la mayor parte, y pelearon con mucho valor Juan Sanchez de Porra, que hoy es Sargento mayor de la milicia de Granada, y García del Hoyo, Sancho de Tuesta, el alférez Juan de Alfuaraz, Juanetin de Cassanova, Pedro de Vicuña, y los dos Ayudantes del Sargento mayor de los dos tercios trabajaron en este sitio por-

fiadamente. El del tercio viejo se llama Martin Lopez de Aybar, natural de Valencia del Cid, prudente y experimentado soldado; el de D. Juan del Águila era Hernando de Mota, natural del Burgo de Osma, no ménos que su compañero; aventajáronse Juan de Aguilar, natural de Toledo, y Antonio de Ceballos, y Juan Gonzalez de Reaza, soldados del capitan Torralva, y Juan Rojano y otros muchos, y particularmente el alférez Pedro de Ibarra mostró su valor como en otras muchas ocasiones en que se halló. El número de los muertos y heridos que hubo en este sitio fueron seiscientos soldados rebeldes, cuatro Capitanes, tres Alféreces y seis Sargentos; y sin estos fueron los heridos más de cuatrocientos, porque el dia que salieron rendidos iban en escuadron novecientos hombres, repartidos en trece banderas, sin los heridos que iban en trece barcas que se diputaron para ellos y para el bagaje, y algunos burgueses calvinistas que no quisieron gozar de la paz ni de la misericordia de Alexandro. A todos los desembarcaron en su armada que estaba en la boca del canal, y las barcas se volvieron á la Exclusa; de los soldados católicos, entre españoles y demas naciones, mataron ochenta y siete soldados, y los heridos fueron doscientos veintiocho; y dos Capitanes muertos y Sargentos, y dos Alféreces; y heridos fueron ocho Capitanes y un Maestre de campo de españoles, y dos Coroneles de valones, y cuatro Alféreces, cuyos nombres dejo escritos.

En el mismo tiempo que se rindió la villa de la Exclusa se hacia en toda Alemania una gran leva de gente por órden de Enrique de Borbon, príncipe de Bearne, para contra los católicos de Francia. Asistia á ella el duque Francisco Casamiro, autor antiguo de muchos herejes del Imperio, como se ha visto en las entradas que hizo en Flandes en ayuda de los de aquellos Estados. Los duques de Guisa y Umena, cristianísimos Príncipes hacian la guerra en Francia contra Enrique en favor de los católicos, que no poco oprimidos y molestados los traian. Háme parecido apuntar esto en este lugar, aunque no lo sea, más por haber prometido escribir las facciones dé Alexandro y ser algunas dellas en Francia en favor destos Príncipes y de los

demas católicos, me ha sido forzoso apuntar esto para dar principio á los sucesos que adelante escribiré.

Como Alexandro habia estado tan ocupado en las cosas de la guerra no pudo desembarazarse para las del gobierno, si bien los Estados le daban alguna priesa para que fuese á la villa de Bruselas, donde le esperaban juntos para tratar muchas cosas, así de la conservacion dellos como porque se comenzaban á mover algunas pláticas importantes para la jornada de Inglaterra, que se habia de hacer el año siguiente, como ya he apuntado, y porque ántes de partirse convenia dejar bien pertrechada la villa de la Exclusa y fortificados los puestos que se habian de guardar para la defensa della, que como le costaba tanto y el tiempo trae tantas mudanzas en las cosas de la guerra, si acaso los rebeldes quisieran volver á recuperar aquella plaza, siendo puerto de mar y tan importante, quiso dejarla de suerte que en ningun tiempo le pudiese dar cuidado el volverla á socorrer; y habiendo dejado la órden que en todo se debia tener, como luégo lo escribiré, se partió del sitio de la villa de la Exclusa para la de Bruselas, á los 9 de Agosto deste año con toda su casa y corte y las compañías de su guardia. Dejó al conde Lambergue por Cabo y Gobernador de toda la gente de guerra que habia estado acuartelada en la isla de Casante, y al marqués de Rentin con la que asistió en la otra parte del rio hácia la de Brujas, sin moverse los unos y los otros de los cuarteles que habian tenido. Estos dos Gobernadores fueron ejecutando el órden de Alexandro; hicieron retirar todos los ingenios que se habian fabricado para el sitio de la Exclusa, que fueron muchos y de extraño artificio, y limpiaron las riberas y navillos desbaratando los puentes, flotas y lo demas que se fabricó, y habiéndose hecho y retirado toda la artillería y municiones se envió á la villa de Brujas y al fuerte del Saso la que se les habia sacado, y la demas la entraron en la villa de la Exclusa para la defensa della, que eran veintiseis piezas de batir, y tantas municiones y pertrechos, que para muchos años no tenian necesidad de ninguna cosa.

A 14 de Agosto se comenzó á fabricar un fuerte que Alexan-

dro habia dejado designado á la parte de la isla de Casante en la entrada que hace el navillo ó canal que va de la mar á la Exclusa, que es donde se habian puesto las flotas para defensa del puente y ocupar el rio, por ser por aquella parte muy angosta. Hízose á fin de tener en guardia y custodia el navillo y para el amparo de la tierra de la isla de Casante, porque si con armada los rebeldes quisieran por aquella parte acostarse para saltar en ella no lo pudiesen hacer, y así quedaron con este fuerte muy seguros los habitadores de la isla, y no ménos sus haciendas, que harto destruidas habian estado con las ocasiones de la guerra.

El tercio del Maestre de campo D. Francisco Bobadilla y los valones y alemanes que con él habian ido, por hallarse en la empresa de la Exclusa se partieron, á los 17 de Agosto, de los cuarteles que habian tenido en ella, la vuelta de Amberes, donde mandó Alexandro entretuviesen en algunos lugares de sus contornos á los españoles, y los soldados de las naciones fueron á alojar á Hoechstrate y la caballería á los lugares de Grol y Mol donde estuvieron hechos alto algunos dias hasta que tuvieron otra órden de Alexandro, como adelante se verá.

El capitan Juan de Rivas, que desde los 15 de Agosto del año pasado de 1584 gobernaba la villa de Terramunda con gran satisfaccion, por ser de las partes que se sabe y que merecia cualquier merced, fué en este medio á la villa de Bruselas por órden de Alexandro, y le mandó que con nueve compañías de españoles, tres de cada tercio, entrase por Gobernador de la villa de la Exclusa, que por ser plaza de tanta importancia la encomendó á su persona, de tan buen gobierno y valor; y habiendo entrado en ella hizo con mucho cuidado reedificar las murallas y arrasar las baterías con gran número de gastadores, y habiendo quitado el escarpe dellas hizo otras fábricas de importancia y los alojamientos para los soldados, respeto de haber quedado esta villa casi despoblada por haberse ido algunos burgueses con los rebeldes; pero de allí á pocos dias se comenzaron á volver algunos, desengañados del mal tratamiento que pensaban tener de los españoles; y como Juan de Rivas se les hacia

tan bueno, de allí á pocos dias fueron poblando la villa, si bien por haberla desamparado perdieron gran parte de sus haciendas.

A postrero de Agosto se partió de los cuarteles del sitio de la villa de la Exclusa la mayor parte de la caballería, y fué á juntarse con el tercio del Maestre de campo D. Francisco de Bobadilla, y con los valones y alemanes que estaban alojados en los lugares que he dicho; y porque se iban ya desembarazando los cuarteles y no estuviese la gente, siendo ménos, tan dividida, se fueron acercando los unos á los otros; y á los 3 de Setiembre se mejoraron los alemanes y valones que estaban á la parte de Brujas á la del rio, que es en la villa de Casante, adonde aún se estaban los dos tercios de españoles, y un regimiento de alemanes, y cuatro compañías de caballos españoles, y dellas quedó por Gobernador el capitan Juan de Añaya de Solís, que tambien lo era de lanzas, y muy honrado caballero y valiente soldado, y que habia servido en aquellas guerras con gran satisfaccion. Era natural de Salamanca y murió Castellano de Pamplona. El fuerte que se estaba fabricando en la entrada del navillo para la seguridad dél y de la isla de Casante se hundió en este medio la mayor parte dél debajo de tierra, porque como se habia fundado muy á raíz del agua y las mareas y crecientes tenian la tierra fofa y esponjosa, el peso de la fábrica hizo su asiento y se hundió altura de una pica debajo de tierra, y fué de importancia, porque se terraplenó y sirvió de cimiento, y volviendo á fabricar sobre él quedó muy firme y fuerte, si bien el gasto que en él se hizo fué sin provecho; pero no se perdió nada de lo que habia caido porque sirvió para el mismo efecto; y quedando ya en defensa mandó Alexandro se fuesen á alojar los dos tercios de españoles que del largo y trabajoso sitio lo habian bien menester; y que el capitan Juan Chasco, que lo era del tercio del coronel Cristóbal de Mondragon, fuese con su compañía de españoles por Gobernador de la villa de Terramunda en lugar del capitan Juan de Rivas, que, como ya he escrito, lo era de la villa de la Exclusa. Partió Chasco á los 13 de Setiembre, y á los 23 los dos tercios, y otro dia ántes el bagaje dellos, y fué por el camino del desguazo con

harto trabajo, llevando todos los carros vacíos por el peligro con que iban, respeto de que llovió mucho y habia grandes aguas y pantanos, y se anegaban en algunos peligrosos pasos que habia, de que no hubo que maravillarse, pues los mismos cuarteles estaban empantanados; tanta era el agua que habia llovido, que las barracas de los soldados se habian casi todas anegado y salídose dellas, y tres dias naturales con sus noches no podian andar por los cuarteles si no era descalzos y con muy grande trabajo, que esto fué causa de llevar los tercios á alojar con más brevedad de la que se entendió, á persuasion del conde Lambergue, que como gobernaba esta gente fué testigo de lo mal que la nacion española lo pasaba en esta isla de Casante; hizo embarcar los dos tercios, y aquella noche durmieron en la villa de Dama, y el siguiente pasaron á la de Brujas, donde estaba Monsieur de la Mota, que desde que le llevaron el brazo no habia salido della. Tenia de Alexandro órden para los alojamientos de aquel dia, que fué á los 24, fueron á hacer noche á la abadía de San Andrés, media legua de allí.

El conde Lambergue, que habia quedado en la isla de Casante con la gente de las naciones y las cuatro compañías de caballos que gobernaba el capitan Juan de Añaya de Solís, dió priesa á que se acabase de poner en defensa el fuerte, y que se amunicionase, y en habiéndolo hecho y entrádole guarnicion se partió con toda la gente la vuelta de Ostende, y con ella guarneció los fuertes que para oprimirla y molestarla habia hecho Monsieur de la Mota, como he referido, y su persona se fué á Bruselas, y las cuatro compañías de caballos á órden de Monsieur de la Mota, el cual las mandó alojar en el condado de Flandes, cerca de las compañías españolas de los dos tercios las cuales hizo entrar en la villa de Ypre, Fornos, Dixmuda y otras; así para tener más enfrenada á la villa de Ostende, como por estar más cerca de las marinas de Flandes; porque como Alexandro comenzaba ya á disponer la jornada de Inglaterra las queria tener más á la mano y juntar todo su ejército en el condado de Flandes, como adelante se verá.

El capitan Agustin de Herrera, que era Sargento mayor

del tercio de D. Juan del Águila, fué con doce compañías á la villa de Ypre, y por Gobernador della. Entraron dentro á los 28 de Setiembre; eran de los capitanes D. Fernando Giron, D. Ramon Cerdan, D. Pedro Manrique, D. Juan de Viveros, Antonio Gonzalez, Agustin de Herrera, Juan Bravo de Lagunas, Domingo de Idiaquez, Diego de Vargas Machuca, Bartolomé de Torralva, Diego de Arango, y la del Maestre de campo D. Juan del Águila, y de su mismo tercio fueron á alojar otras dos compañías á la villa de Neoporte, que eran de los capitanes D. Alonso de Mendoza y Juan de Paz, que por ser aquella villa puerto de mar y no tener más de dos compañías de guarnicion, que eran de los capitanes Diego de Avila Calderon, Gobernador della, y la de Baltasar de Hortigosa, Capitan que habia dias estaba de guarnicion en esta plaza, y con ellas la compañía de lanzas españolas del capitan D. Cárlos de Luna en la villa de Dunquerque; entraron las compañías de D. Luis Godoy y del Capitan y Sargento mayor Diego de Escobar que lo era del tercio del coronel Cristóbal de Mondragon; dió órden á Monsieur de la Mota que entrasen cinco compañías en la villa de Dixmuda á órden del capitan Simon de Itúrbeda, que lo era del tercio de D. Juan del Águila. Los Capitanes della lo rehusaron, y á mi parecer con muy justa razon, porque dijeron les diesen Gobernador del mismo tercio, demás que entre ellos habia persona que podia gobernarlas. Dióse aviso á Alexandro desta diferencia, y en el entretanto se anduvieron estas compañías alojando en algunos lugares cerca de la villa Ypre; Alexandro envió al capitan Simon de Itúrbeda que gobernase las doce de su tercio que estaban en Ypre, y que Agustin de Herrera que las tenia á cargo se fuese á Bruselas, con que cesaron estas diferencias, y las compañías entraron en la villa de Dixmuda con Gobernador de su tercio como lo habian pedido, y ya alojado todo el ejército español, con que quedaron los cuarteles de la villa de la Exclusa desembarazados. Fué apretando Alexandro las cosas del gobierno de los Estados en la Junta que dellos habia hecho en la villa de Bruselas, por hallarse más desembarazado para la jornada de Inglaterra, que iba trazando

y haciendo tan grandes esfuerzos, máquinas y pertrechos como ahora lo veremos.

Mandó sacar de la villa de Ypre toda el artillería y municiones que habia en ella, y que las convoyasen las tres compañías de infantería española de los capitanes D. Fernando Giron, D. Ramon Cerdan y D. Pedro Manrique, y por Cabo dellas su sargento Luis de Carvajal; no llevaban banderas ni Capitanes, que habiendo de ir por tierra de amigos no eran necesarios ni era faccion para ménos que encomendarla á los Sargentos, y por ser el más antiguo el ya nombrado se le encargó este convoy ó escolta. Marcharon la vuelta de Amberes con una patente del Capitan y Sargento mayor Agustin de Herrera, que áun se estaba en la villa de Ypre, para que los Gobernadores de las demas por donde pasasen les diesen asistencia y los alojasen; marcharon la vuelta de Amberes. En esta villa y en las demas marítimas y otras circunvecinas del condado de Flandes mandó Alexandro se hiciese gran número de quintales de bizcocho y se recogiesen de carne acecinada y de pescado seco, y de menestra otra buena cantidad, y en este mismo tiempo hizo envergar algunos navíos de los que habia (más apropósito para la jornada que esperaba hacer á Inglaterra) en las riberas de Gante y de Amberes y en otros puertos, y en el Cayo Atarazanas, destas villas hizo fabricar algunos navíos ligeros, y para este efecto juntó la mejor maestranza ó carpintería que habia en todos los puertos de mar de aquellos Estados; en las villas de Dunquerque, Neoporte, Exclusa de Brujas, Gante y Terramunda hizo que se repartiese para esta fábrica y con mucha brevedad y grande asistencia suya se pusieron en astillero suficiente número de bajeles para formar una buena armada, y la que habia del Rey, nuestro señor, en estos puertos, que era bien poca, la hizo reparar y dar carena como se podia desear, y todos los navíos que habia hecho envergar los recibió á sueldo del Rey, su tio, todo el tiempo que fuese servido ocuparlos en su servicio; pero los unos y los otros eran mejores para barquear dentro que para pelear.

En este medio llegó de Italia el Maestre de campo Cárlos

Pinelo con seis mil italianos, repartidos en veinte banderas que se habian arbolado en Nápoles, que como Alexandro iba disponiendo la jornada para Inglaterra habia enviado órden se levantasen: llegaron muy bizarros y con muchas galas, y deseosos de hallarse en las ocasiones; envióles á alojar al lugar de Tornante y algunas compañías entraron de presidio en la villas de Grave, Venló, Diste y Roremunda, donde estuvieron hasta que se ofreció hacer el socorro á la villa de Bona, que lo es del obispo de Colonia, situada riberas del Rin, como adelante lo veremos.

En tanto que se fabricaban y hacia el apresto de los navíos, que á toda priesa estaban en los astilleros para formar el armada en que el ejército español habia de pasar á Inglaterra, no se habia descuidado Alexandro en proveer personas pláticas para marinarla; envió al reino de Dinamarca á hacer una buena leva de marineros, y, á los 16 de Setiembre deste año, llegaron al puerto de la villa de Dunquerque un gran número dellos en cinco breàs muy grandes, suficientes para otra más poderosa armada; y porque para proveer la que tenia entre manos le era necesario á Alexandro el ausentarse de la corte de Bruselas, partió della á los 18, y fué la vuelta de Amberes con toda su casa y corte, dejando por Gobernador al conde Mansfelt, con órden á D. Cárlos para que desde allí acudiese á todo lo que se ofreciese en Brabante, porque como la máquina y aprestos de la armada habia de ser en las villas marítimas y otras del condado de Flandes, le era forzoso prevenir cuanto podria ofrecerse, y proveer lo que con tanta reputacion conservaba; y habiendo dejado en la villa de Amberes el órden que se debia tener para asistir á la Maestranza que á toda priesa fabricaba los navíos y otras cosas necesarias, pasó á Gante, y allí dejó el mismo órden, y el propio en Brujas donde ya habia llegado toda su corte y casa, porque en esta villa la quiso tener por estar más á la mano y en mejor paraje para dar asistencia á todo lo que traia entre manos, si bien su persona tuvo tan poco reposo en ella que siempre anduvo de una parte á otra con muy gran cuidado; tanta era su solicitud, que miéntras le tenia de las cosas del servicio del

Rey, su tio, no reposaba un punto, ni en todo aquel invierno cesó de acudir con tantas veras á todo lo que se ofreció, como presto se verá. Envió al conde Cárlos de Mansfelt (General de la artillería del ejército católico) á la villa de Gante para que sacase del castillo que hay en ella la más suficiente para que se pudiese embarcar, y que la llevase á la villa de Brujas juntamente con muchas municiones y grandes pertrechos de guerra, y de mar y tierra, porque allí queria hacer la cámara y caja de todas estas máquinas para la jornada. Juntó tantos aparatos y cosas jamás vistas y con tanta brevedad, que parecia no ser posibles en el rigor del invierno hacer tantos aprestos, bastantes para atemorizar el mundo; y al capitan Mateo Serrano, entretenido que era cerca de su persona, envió en este medio á Frisa con cartas para Francisco Verdugo, en que le ordenaba se encargase de las villas de Deventer y Zutfent, y que entrase guarnicion en ellas, porque el tercio de irlandeses que las presidiaba del coronel Estanley queria Alexandro fuese á Flandes para embarcarse á la jornada, que por ser tan enemigos de ingleses y pláticos en aquel reino por ser tan vecino dél, y que podrian hacer algunos servicios particulares con inteligencias de su coronel Estanley, y haber aprobado él y sus soldados tambien en las ocasiones que se habian ofrecido, quiso Alexandro ayudasen á engrosar su ejército que con grandes veras lo iba rehaciendo, y para este efecto esperaba de España un tercio de españoles que se estaba levantando. Tambien mandó que Juan Bautista de Tassis fuese con su regimiento á la villa de Burique y á los fuertes que habia mandado hacer en aquella ribera del Rin, para que reforzada esta guarnicion quedase Rimbergue más apretada y ellos más seguros.

El capitan Mateo Serrano dió tanta priesa á Francisco Verdugo para que le entregase los irlandeses, porque los habia de ir conduciendo hasta Flandes, que le fué fuerza enviar al conde Herman de Bergas á la villa de Deventer á tratar con el coronel Estanley la brevedad de su partida, y en tanto esperó Francisco Verdugo que los rebeldes fuesen á socorrer la villa de Meppen ó que la guarnicion que habia dentro la rindiesen

al Rey, nuestro señor, conforme al tiempo que lo tenian prometido; los diputados del país de Munster que para este efecto estaban con Francisco Verdugo, pudieron tanto con dádivas y promesas, que los rebeldes no cumplieron lo que habian prometido, porque temieron que siendo Meppen del Rey católico y habiéndola ganado en buena guerra no se la restituirian. En este medio se pasó el tiempo que habian prometido de rendirla, y viendo Francisco Verdugo no tuvo efecto, se partió de Meppen para la villa de Deventer por la mucha priesa que el capitan Mateo Serrano le daba, y con ser dos muy grandes jornadas, llegó en un dia, y en tanto (porque no esperaban otra cosa sino que Francisco Verdugo se partiese del sitio de Meppen), la entregaron los de dentro á los diputados del país de Munster. Juan Bautista de Tassis desamparó la villa de Zutfent, y el coronel Estanley la de Deventer; uno para Burique y otro á Flandes, guiándolos Mateo Serrano hasta dejarlos en sus puestos. Francisco Verdugo presidió con la gente de su cargo estas dos villas, y Alexandro le hizo merced, por no desdeñarle, que nombrase y pusiese de su mano las personas que quisiese por Gobernadores, y le envió las patentes con los nombres en blanco para que Francisco Verdugo los pusiese. Bien mereció este favor tras tantos desdenes como por causa de sus consejeros le habia comenzado á dar, y pareciéndole que por estar estas dos villas tan cerca la una de la otra las podia gobernar una misma persona, con que cesaban los inconvenientes que se suelen ofrecer de las competencias de los Gobernadores; nombró Francisco Verdugo al conde Herman de Bergas, digno de otros mayores cargos por su valor y prudencia, calidad y servicios, que despues que se redució al servicio del Rey, nuestro señor, le hizo en la provincia de Frisa; su persona asistia en Deventer, y en Zutfent la del Teniente coronel del baron de Velli, con que estas dos plazas quedaron bien á recaudo; y no asegurándose Alexandro de las correrías é inteligencias del coronel Martin Esquenque, y deseando apretar el sitio de la villa de Rimbergue, mandó á Francisco Verdugo (si bien se podia fiar de Juan Bautista de Tassis) fuese á la villa de Burique y se encargase de

toda la gente de guerra que habia en las riberas del Rin. No lo osó rehusar ni replicarle por no volverle á disgustar como la vez pasada cuando se lo ordenó en la villa de Zutfent. Parece, segun se entendió, quiso mostrar Alexandro que podia hacer y deshacer en los hombres, bajarlos y subirlos á su voluntad y fucia, como se vió en mandar á Francisco Verdugo dejase el gobierno de Frisa por el de las riberas del Rin, donde la persona de Juan Bautista de Tassis era suficiente y del valor y partes que se ha visto por lo pasado, y ya Alexandro le habia hecho Coronel de un regimiento de alemanes cuando le mandó ir al gobierno de la gente de Burique y de los fuertes del Rin, como ya lo he referido.

Llegó en este tiempo á los Estados de Flandes el tercio de infantería española (repartido en diez y siete banderas) que dije se levantaba en España. Llevólas á cargo el capitan D. Antonio de Zúñiga, que hoy es Maestre de campo general en el reino de Portugal, y del Consejo de guerra del Rey, nuestro señor, gallardo y prudente soldado, como adelante se verá, y por lo pasado sirvió en aquellas guerras de los Países-Bajos con tan general satisfaccion de Alexandro como se pudo desear, y siendo Capitan de infantería española del tercio del Maestre de campo Pedro de Paz se señaló en las ocasiones que se ofrecieron muy animosamente, como se vió en Mastriq y en otras muchas, y por ser la gente que llevó bisoña, mandó Alexandro se repartiese y mezclase en los demas tercios y partes donde hubiese infantería española. Dió quinientos soldados para el castillo de Amberes, porque los trescientos que habian estado en él de la reformacion pasada que se hizo en Give, que como tengo escrito habian tocado al tercio de D. Francisco de Bobadilla, los licenció el coronel Cristóbal de Mondragon para que se fuesen á sus banderas. Las demas compañías y soldados sueltos se repartieron; dos compañías entraron en la villa de Terramunda, y porque, como ya he escrito, habia en esta plaza otras dos de soldados viejos, salió la una del capitan Alonso de Vega, del tercio viejo, por estar muy enfermo este Capitan, y la otra de D. Alvaro Osorio, del tercio de D. Juan

del Aguila. En el fuerte del Saso entraron otras dos de bisoños y salieron dél las que habia del tercio de D. Juan, de los capitanes D. Antonio de Sotomayor y de Torres de Vivero; en la villa de la Exclusa de Brujas entraron otras nuevas y salieron las de los capitanes Fadrique de Villaseca, del tercio de Don Juan del Aguila, y la del capitan Baltasar Becerra, del del coronel Cristóbal de Mondragon, con las de Pedro de Albricio, Gonzalo de Luna y Mora, y la de Diego de Rojas, deste mismo tercio; y del de D. Francisco de Bobadilla salieron las de los capitanes Melchor Martinez de Prado y la de D. Pedro de Luna, y cuatro compañías de bisoños que habian quedado entraron en las villas de Dunquerque y Neoporte, que por ser puertos de mar, no salieron las viejas que habia de presidio, porque dellas se habian de dar otros tantos soldados en trueque á las de los bisoños, y así se repartieron de la del gobernador Francisco de Aguilar Alvarado, que lo era de Dunquerque, y de la de D. Luis de Godoy en la del capitan Andrés de Castro que la habia llevado de bisoños; por ser este Capitan mozo y favorecido de Alexandro se le hizo esta merced, y la misma al capitan Juan de Zornoza y Guisasa, que con la de D. Juan de Castelvi entraron en Neoporte; y de las viejas de Baltasar de Hortigosa y de Diego de Avila Calderon, la flor y la nata dellas, porque eran los soldados más viejos y aventajados que tenian, se los dieron al capitan Juan de Zornoza y Guisasa, y él les dió sus bisoños. Este capitan habia servido en Flandes de soldado y sargento de Pedro de Paz, muy acreditadamente, y era persona de mucho ánimo y prudencia, y por sus buenas partes le hizo Alexandro su compañía de arcabuceros y de soldados tan valientes como he escrito, pues eran las reliquias de la de D. Alonso y D. Sancho de Leiva, su hermano, que la heredó Baltasar de Hortigosa, no ménos famoso Capitan que los pasados.

A los primeros de Diciembre deste año marcharon las compañías viejas que salieron de los presidios (habiendo quedado en ellos las de los bisoños que llevó el capitan D. Antonio de Zúñiga, como dejo escrito) la vuelta del condado de Flandes;

habiendo pasado las riberas de Gante y de Cortray se fueron recogiendo hácia la villa de Ypre y alojaron en sus contornos, con que se iban acercando para recibirlas en sus tercios, y Alexandro, con el cuidado que solia, no cesaba de ir engrosando el ejército católico, que como era tan grande el deseo que tenia de pasar con él á Inglaterra habia procurado rehacerlo con la gente más granada que tenia, particularmente de la nacion española, que como en cualquiera ocasion habia de echar mano della procuraba tenerla para lo que se ofreciese. En este mismo tiempo no eran menores los pertrechos y provisiones con levas de gente que en España se hacian para esta grandiosa jornada de Inglaterra, que, aunque para lo que yo he ofrecido escribir no es á propósito, ni yo lo ví, pues siempre me hallé en Flandes en campaña con el ejército católico, me ha parecido apuntarlo, porque desta jornada pendian las máquinas que Alexandro aprestaba, y para que se entienda cuán bien el Rey católico, nuestro señor, iba apercibiendo lo necesario en la ciudad de Lisboa, donde se juntó una gruesísima armada, y por Generalísimo della hizo á D. Alonso Perez de Guzman, duque de Medina Sidonia, que hoy lo es de todo el Andalucía y de su Consejo de Estado, muy prudente y gran caballero; y porque es tan notorio el haber llevádose tras sí la mayor parte de la nobleza de España para esta jornada, no habrá para qué referirla; pero es bien se advierta cuánto importa el buen nombre y fama de un General para que todo el mundo le siga y procure servir debajo de su mano, y por ser el Duque tan á medida del deseo de todos los que se habian de hallar en aquella jornada, le siguieron tantos y tan buenos aventureros que dejaron sus casas, haciendas y descanso por sólo el interes de servir debajo de su mano; y lo es muy grande para el que sigue la guerra, particularmente cuando es al principio della tener un General de las partes y virtud del duque de Medina.

Comenzó á tener correspondencia con Alexandro desde el tiempo que llegó á Lisboa, que como eran las dos personas que habian de poner en ejecucion, cada uno en lo que le tocaba, todo lo que el Rey católico les habia ordenado, no se descui-

daban en advertirse lo que se les ofrecia, como adelante lo veremos. Habia en este tiempo en Cataluña gran cantidad de bandoleros, que no es cosa nueva en los caballeros de aquella tierra á tener bandos y discordias, y porque la gente que les seguian y andaban á su devocion se desordena, y van por toda la tierra, siendo gente belicosa la de toda ella, le pareció al Rey, nuestro señor, limpiarla con procurar sacar toda la gente sobrada que habia ejercitando las armas, y así hizo un perdon general de todos los facinerosos que habia con tal que le fuesen á servir á los Estados de Flandes debajo de la mano de Alexandro, y así mandó levantar un tercio y se arbolaron banderas para él en Barcelona y toda Cataluña, y debajo dellas, demás de la gente de la calidad que digo, se alistó mucha principal y soldados muy valerosos, de suerte que en breve tiempo se formó un tercio de diez y ocho compañías muy lucidas, y habiendo marchado por toda Italia llegaron en este medio á los Estados de Flandes. Iba por Gobernador dellos D. Luis de Queralta, caballero catalan, muy honrado y de muy buenas partes.

Salióles á recibir Alexandro y les hizo muchas mercedes y agasajos, aventajando y dando sueldos á todos los soldados y gente particular de aquellas banderas. Lo mismo hizo con los que habia llevado el capitan D. Antonio de Zúñiga. Mandó alojar á D. Luis y á su tercio en el lugar de Guarnaton, que lo es muy poblado. Está á tres leguas de la villa de Lila, en Flandes, y dos de la de Ypre, donde para el propósito de Alexandro estuvieron muy á la mano y bien alojados, y para que se la fuese dando todo el ejército católico le comenzó á recoger para que pasase el invierno; envió órden al lugar de Tornante, donde se hallaba el tercio de españoles de D. Francisco de Bobadilla, que se desalojase tambien á los dos tercios de italianos de los Maestres de campo D. Gaston Espínola y de Camilo Capezuza, con el regimiento de irlandeses del coronel Estanley, y otros de las naciones borgoñona, alemana y valona, y se fueron recogiendo en el condado de Flandes, donde se entretuvieron con el ménos daño de la gente del país que se pudo, que en esto puso Alexandro notable cuidado, pues con tener este invierno

el ejército (que pasaba de treinta y dos mil hombres) tan recogido, no hicieron desórdenes, con no estar muy sobrados, ántes bien con grandísimas y extremas necesidades así los que habian venido de Frisa como los que se habian hallado en el sitio de la Exclusa; el tercio de D. Francisco de Bobadilla pasó la vuelta de la villa de Ypre y se entretuvo en un lugar que se llama Anascote, donde labran todos los que para mantos de mujeres y otras cosas traen á España. Allí estuvo hasta los 30 de Diciembre que fué á alojar al lugar de Guarnaton, con el tercio de D. Luis de Queralte y las compañías de los tercios viejos de españoles que habian salido de las guarniciones, y entrado en ellas (en su lugar) las de bisoños que llevó el capitan D. Antonio de Zúñiga, se juntaron en el lugar de Berbi, cerca de Guarnaton, donde hicieron alto algunos dias hasta que fueron á acabar de pasar el invierno á unos lugares grandes cerca de la villa de Betuna, donde se entretuvieron hasta la primavera; y porque en este medio los dos tercios de españoles de D. Francisco de Bobadilla y el del cargo de D. Luis de Queralta tenian muy estrecho alojamiento en Guarnaton, mandó Alexandro se ensanchasen, y así le tocó salir fuera deste lugar al tercio de D. Francisco de Bobadilla, y fué alojar al lugar de Vallu y sus contornos, que es uno de los mayores que hay en Flandes.

El tercio de italianos del Maestre de campo D. Gaston Espínola, mandó Alexandro fuese alojar á los burgos de la villa de Cortray, que son muy fuertes por tener dos murallas, la una que abraza por la parte de la campaña todo el burgo, y la otra la villa, y en medio destas dos murallas, que es el burgo ó arrabal, alojó este tercio; y el otro de Camilo Capezuza fué á pasar el invierno á la villa de Meni, dos leguas de la de Cortray y tres de Lila; y el regimiento de los irlandeses de Estanley á unos lugares que hay entre las villas de Ypre y Brujas, y se mudaban de unos á otros porque los labradores participasen de la carga (que no lo es poca) de alojar á los soldados en sus casas. Y con este regimiento de Estanley fué otro de alemanes, donde se entretuvo algunos dias; pero despues mandó Alexandro fuese á alojar á los fuertes de Audemburque.

Ya en este medio se acabó de hacer la leva de gente que Alexandro habia mandado por el mes de Julio pasado, estando en el sitio de la villa de la Exclusa, y fué marchando hasta acercarse al condado de Flandes, que juntamente con toda la caballería que áun se estaba por alojar, fueron á pasar el invierno á unos lugares que para este efecto habian quedado desembarazados cerca de la infantería del ejército, con que, como ya he escrito, quedó formado de número de treinta y dos mil hombres, los más dellos soldados muy pláticos y viejos, y tan experimentados en las cosas de la guerra como se ha visto por lo pasado, y entre ellos siete mil ó más españoles, que pocas veces se han visto tantos juntos en los Estados de Flandes, y bastaban á atemorizar á otro reino muy más poderoso que el de Inglaterra, para cuyo efecto se habian los más dellos destinado en aquellos Estados; y aunque parezca en alguna manera fuera de propósito en este lugar escribir lo que en el lugar de Guarnaton y en otros circunvecinos, donde se habla valon ó francés mal romanzado, sucedió, lo habré de hacer por decir tambien los nombres que los soldados ponian á los tercios de bisoños que iban de España.

Los labradores decian con grandísima simplicidad de los soldados del tercio de D. Luis de Queralte (que como la mayor parte dél era de soldados catalanes, y su lengua casi simboliza con la suya), que eran valones de España, como si en ella los hubiese; los demas españoles que habia en Flandes llamaron á este tercio el del Papagayo, porque como procuraban hablar la lengua castellana, habiendo de vivir entre los demas, y la pronunciaban mal, les pusieron este nombre. Lo mismo hacian á todos los tercios de bisoños que iban á aquellos Estados. A los del de D. Francisco de Bobadilla llamaron los Colmeneros, por que como poco pláticos, no supieron á los principios valerse en los trabajos de la guerra, como los soldados viejos que iban á correr y á buscar como ellos dicen la vida para sustentarla; y así, por no aventurarla, algunos iban á castrar las colmenas que hallaban en los cuarteles, y el contentarse con tan poco les costó muchas enfermedades, porque con el cansancio y

trabajos de la guerra, beber agua no muy buena, sino empantanada, y comer mucha miel, les daba cámaras y calenturas. De aquí les vino el nombre de Colmeneros. El tercio viejo del coronel Cristóbal de Mondragon le llamaban el de los Vivanderos, como gente que sabia vivir y granjear, de manera que pocos ó ningunos dellos pasaban necesidades, y porque se vestian de algunas sayas de labradoras que hallaban en los casares, y como todas son de paño negro, y en los soldados particularmente en la guerra les parece mejor las plumas, galas y el vestido de color que no el negro y de paño, les llamaban tambien los Sacristanes; y verdaderamente que lo parecian algunos dellos, bien diferentes de los del tercio de Pedro de Paz que siempre tuvo nombre en Flandes el de los Almidonados y tambien el de los Pretendientes, porque como Alexandro les favoreció con llamarle el tercio de las Victorias, cuando en el año de 1583 le dieron tantas en un verano rompiendo al Marichal Biron en Rosendal, y ganado tantas plazas como ya dejo escrito, les comenzó á hacer muchas honras y á darles ventajas, y los soldados, engolosinados dellas, no cesaban de pedir é importunar, que esto tienen cuando les comienzan á abrir las puertas de las mercedes; y para ir á pretenderlas á la corte de Alexandro, como habian de parecer en su presencia, se ponian muy galanos y almidonaban los cuellos, y de aquí les vino el nombre de Almidonados y Pretendientes; y porque en aquellos Estados pocas veces acostumbran los españoles entre ellos, si no es con damas y mujeres flamencas ejercitar el bailar ni danzar, cosa aborrecida en la guerra, llamaron al tercio que llevó Don Antonio Manrique, el de la Zarabanda, baile que no lo habian visto en aquellos Estados. Llevaron algunas guitarras, y el tiempo que les duró el estar alojados en el país de Liege se entretuvieron como si estuvieran en España, pero olvidaron muy pronto el son y baile, porque los trabajos y miserias que en Flandes pasan no les dió más lugar á semejante entretenimiento. Al tercio del Maestre de campo Agustin Iñiguez le llamaron el de los Cañutos, porque habiendo estado en las jornadas de Portugal é Islas Terceras, ponian de noche las cuer-

das encendidas en unos cañutos de caña porque los enemigos no las vieran, y como despues pasaron á Flandes con el tercio de la Liga, que era el de D. Lope de Figueroa, hubo muchos soldados que llevaban los cañutos para el mismo efecto, y como en Flandes no se usan, lo riyeron algunos soldados viejos, bien fuera de razon, y les pusieron este nombre, ménos de risa que á otros; como al tercio que llevó el capitan D. Antonio de Zúñiga que le pusieron el del Ducaton, porque desde que se levantó en España hasta que llegó á los Estados de Flandes no recibieron más dineros ni pagas que un Ducaton, que vale diez reales, que les dieron en el Estado de Milan, y llegaron muy pobres y necesitados con un tan corto socorro y lastimabánse mucho desto, y contábanlo á los soldados viejos muchas veces, y algunos dellos lo confirmaron con nombre del tercio del Ducaton. Otros muchos que despues han ido les pusieron nombres como el de Ginebra, porque con el duque de Saboya hicieron allí la guerra; y el del Çamapalo y otros, que por no haber sido en mi tiempo ni ser prolijo en cosa que importa poco no lo escribo.

En tanto que Alexandro habia comenzado á aprestar lo necesario para la jornada de Inglaterra, no se descuidó el coronel Martin Esquenque en hacer algunas levas de gente; y habiendo recogido un buen número y muchas municiones, salió en este medio de la villa de Rimbergue á ganar la ciudad de Bona, situada en las riberas del Rin, más arriba de Colonia, y es del Arzobispo electo della. Una noche oscura entró el Esquenque en el foso, y arrimándose á una puerta que está en la muralla le puso unos barriles de pólvora y la voló, y habiéndola abierto entró con grandísima presteza con toda su gente y se apoderó de la ciudad. Los burgueses entendieron (como vieron el estrépito de la pólvora y el fuego) que se abrasaba, y la desampararon pasándose los más dellos de la otra parte de la ribera, que no fué poca suerte para el Esquenque, pues no halló quien le hiciera resistencia; y habiendo entendido despues el suceso, se volvieron á sus casas y las hallaron saqueadas. Puso el Esquenque en esta plaza un fuerte presidio, y la amunicionó y

abasteció de suerte que le creció la esperanza de sustentarla y defenderla hasta acabar la vida; pero despues pidió el Arzobispo electo socorro á Alexandro, y se le dió y sucedió lo que á su tiempo veremos.

Las compañías viejas de españoles que habian salido de Terramunda del fuerte del Saso y de la Exclusa de Brujas, que ya escribí se andaban alojando en algunos lugares del Condado de Flandes, entraron en este medio (que fué último de Diciembre deste año, habiendo pasado este dia por la villa de Ypre) en el lugar de Guarnaton donde todavía se hallaba el tercio de Don Luis de Queralte. Entretuvierónse allí hasta que se les señaló el cuartel donde habian de alojar; y porque los sucesos de los años siguientes requieren más espacio de lo que me dá el tiempo, por haber sido más diversos y haber abrazado otros no ménos extraños y memorables en diferentes reinos y provincias que los pasados, me ha parecido dividirlos en la segunda parte que prometo escribirla y sacarla á luz con tanta brevedad (dandome Dios vida), que alcanze á esta primera, y será hasta el fin y muerte de Alexandro.

LIBRO DUODÉCIMO.

DE LAS GUERRAS CIVILES Y REBELION DE FLANDES, EN QUE SE ESCRIBEN LOS SUCESOS DEL AÑO 1588.

SUMARIO.

Temores de Isabel, reina de Inglaterra.—Artificios de Isabel, reina de Inglaterra.—El fruto que sacó la reina de Inglaterra de sus artificios.—Isabel, reina de Inglaterra, envia á Flandes sus Embajadores á tratar con Alexandro de algunos medios para la paz ó treguas.—Los soldados españoles hacen fiestas á los Embajadores de la reina de Inglaterra.—Causas que movieron al Rey católico para conquistar á Inglaterra.—Respuesta que Alexandro dió á los Embajadores de Inglaterra sobre aquel reino.—Censos y ameos son heredamientos y casas de campo de labradores.—El ejército católico se acaba de alojar y estar pronto para la jornada de Inglaterra.—Júntanse en Gante algunos navíos de la fábrica de Alexandro para la jornada de Inglaterra.—Parte de la armada que habia de ir á Inglaterra se junta en el puerto de la Exclusa de Brujas con dificultad.—Número de los navíos que se juntaron en el puerto de la Exclusa.—Llegan de Alemania doscientos marineros para el armada de Alexandro.—Las personas aventureras que fueron á Flandes á servir debajo de la mano de Alexandro para hallarse en la jornada de Inglaterra.—Sueldos que da Alexandro á los caballeros aventureros, mercedes y provisiones que hace.—Alexandro reforma los vicios y desórdenes de sus soldados y manda se castiguen y vivan en buen uso militar.—Alexandro envia gente á las fronteras de Francia para estorbar las entradas de los herejes en Flandes y dar calor á los católicos.—Alexandro con gran número de gastadores rompe la tierra para pasar sus armadas.—En los puertos de Dunquerque y Neoporte juntó Alexandro su armada para pasar á Inglaterra.—Alexandro recoge su ejército cerca del mar de Flandes para embarcarlo y pasar á Inglaterra.—Alexandro ordena al príncipe de Simay vaya con parte del ejército al sitio de la ciudad de Bona.—El coronel Francisco Verdugo y Juan Bautista de Tassis van á Bruck donde se ven con el príncipe de Simay.—El Esquenque bate dos navíos católicos y no les hace daño, y se retira á Bona.—Por parecer de Francisco Verdugo pasa el Rin el príncipe de Simay.—Costumbre de la nacion francesa.—El príncipe de Simay hace un fuerte opuesto al del Esquenque, el cual fabrica otro de más importancia.—Muerte del coronel Juan Bautista de Tassis.—Francisco Verdugo aprieta el sitio de Berquerin.—Gran desatino de un Teniente inglés.—El conde Herman de Bergas y sus criados matan á un Teniente inglés y á un hermano suyo.—El coronel Francisco Verdugo en lsitio de Bona por órden de Alexandro.—El daño que los sitiados de Bona hicieron á

los católicos.—Palabras de gran soldado.—Buen consejo de Francisco Verdugo.—El Esquenque sale de Bona y busca socorro y entra en ella.—Los católicos del sitio de Bona ganan dos fuertes á los rebeldes y ponen sitio á otro.—Los católicos dan el asalto á un fuerte de los rebeldes.—Napolitanos y alemanes botados de la batería, y disgusto de Cárlos Pinelo con D. Alejandro del Monte.—Los católicos aprietan el sitio del fuerte de Bona.—Los rebeldes del fuerte de Bona lo rinden al príncipe de Simay y les da paso para Holanda.—Alexandro envia al capitan Morosino á Lisboa con una embajada al duque de Medina.—Manda Alexandro á la nacion española se arrime á la marina para embarcarse y le sigan las demas naciones.—Llega á Flandes D. Jorge Manrique proveedor de la armada que llevaba el duque de Medina á Inglaterra.—Disculpas de Alexandro.—Manda Alexandro hacer alto á su ejército en la lengua del agua por no estar su armada presta para embarcarse, y pasar á Inglaterra.—Llega á Flandes la nueva de haberse desbaratado el armada del duque de Medina, y sentimiento de Alexandro y su ejército.—Pérdida de la galeaza de Nápoles y muerte de D. Hugo de Moncada y del Maestre de campo Nicolás de Isla y de otros muchos Capitanes.—Alexandro manda retirar su ejército á los alojamientos de Umen.—Pérdida del galeon *San Felipe*.—Descuido y flojedad de la gente del ejército católico.—Intenta Alexandro socorrer al duque de Medina y embarcar su ejército.—No tiene efecto el socorrer Alexandro al duque de Medina por las borrascas del mar, y desembarca su ejército y se retira.—Los soldados de Alexandro le murmuran.—Satisface Alexandro á su ejército del cargo que le hacia por el mal suceso de la jornada de Inglaterra.—Los católicos ganan un felibote de la reina de Inglaterra con unos despachos que llevó D. Jorge Manrique á Alexandro.—Alexandro encarga al conde de Mansfelt el ejército que estaba sobre Bona con el príncipe de Simay.—Murmuraciones contra Alexandro.—Divide su ejército Alexandro y refuerza las guarniciones de Flandes.—Júntanse las tropas del ejército en Dufel.—Alexandro da órden al marqués de Rentin vaya á ganar la isla de la Tola.—Pérdida de la armada que llevó á cargo D. Martin de Padilla, Adelantado mayor de Castilla.—El general Martin Bertendona, gran soldado y marinero.—Valor y buenas partes de Don Diego Brochero de Anaya, natural de Salamanca.—Jornada que hizo D. Diego Brochero á Irlanda.—El marqués de Rentin va á ganar la isla de la Tola y el suceso que tuvo.—Peligro en que se vieron los españoles que fueron á ganar la isla de la Tola.—Los rebeldes defienden el paso á los españoles que van á ganar la isla de la Tola y los hacen retirar.—El marqués de Rentin se retira á Rosendal y Alexandro sale en campaña.—Alexandro reconoce el sitio de Bergas Olzon.—Trato que tuvo Alexandro para ganar á Bergas Olzon.—Retírase Alexandro al castillo de Bao y pasa su gente mucha necesidad.—Alexandro pone sitio á Bergas Olzon con su ejército.—Los rebeldes de Bergas hacen algunas salidas al ejército español y trava escaramuzas con daño de ambas partes.—Número de los soldados rebeldes que hay de guarnicion en Bergas Olzon.—Destruye Alexandro las campañas y contornos de Bergas y forma que tuvo en alojar su ejército.—La gente del marqués de Rentin escaramuza con los rebeldes de Bergas Olzon.—El príncipe de Simay aprieta el sitio de Bona y se arrima con la zapa.—Salen los rebeldes de Bona y maltratan los católicos.—Buenos respetos del conde Pedro Ernesto de Mansfelt.—Los cercados de Bona buscan medios (aunque malos) para rendirse.—Ríndese la ciudad de Bona y los pactos que los concedió el príncipe de Simay.—Por órden de Alexandro se levanta el príncipe de Simay del sitio de Bona.—Francisco Verdugo se retira del sitio de Bona á la villa de Burique y de camino se ve con el conde Mansfelt.—No es de parecer Francisco Verdugo se ponga el conde Mansfelt sobre Vagtendon.—El capitan D. Juan de Córdova quedó por gobernador de Bona con órden de Ale-

xandro.—Salida de los rebeldes de Bergas á los cuarteles españoles y de la famosa escaramuza que se travó.—No permitió Alexandro se dijese que habia sitiado á Bergas, y lo que sobre esto sucedió.—Continúase la escaramuza de la villa de Bergas Olzon.—Julian Martinez, valeroso español, prende al capitan Salvaje.—El alférez Pedro Gallego con nueve lanzas rompe y desbarata dos tropas de rebeldes y da un famoso encuentro á uno dellos.—D. Sancho de Leiva dió libertad al capitan Salvaje debajo de su palabra, y por el agradecimiento le envió un presente.—Manda Alexandro ocupar un puesto en el dique maestre.—Manda Alexandro fabricar trineos y otros pertrechos de guerra.—Plántanse siete piezas de artillería en el dique de la Tola.—Plántanse otras cuatro piezas de artillería.—Los rebeldes hacen salvas de artillería y mosquetería por la llegada del conde Mauricio.—Designios de Alexandro.—Alexandro va á poner en ejecucion el trato de la Cabeza de Bergas.—Número de la gente que fué al trato de la Cabeza de Bergas, por cuyo Cabo fué D. Sancho Martinez de Leiva.—Los puestos que D. Sancho Martinez de Leiva dió á la gente que llevó al trato de la Cabeza de Bergas.—Desguazo que hizo Don Sancho Martinez de Leiva para pasar á la Cabeza de Bergas y el trabajo que pasaron sus soldados.—D. Sancho Martinez de Leiva por su persona reconoce el esguazo con notable osadía.—D. Sancho Martinez de Leiva muy mal herido.—Descúbrese el trato de la Cabeza de Bergas con daño de los españoles.—Retíranse los españoles con mucho trabajo y pérdida de muchos.—Valor de D. Sancho Martinez de Leiva y peligro en que se vió D. Alonso Idiaquez.—Los españoles que en el fuerte de la Cabeza de Bergas quedaron presos.—Húyese la guía que dieron á cargo al Sargento de D. Sancho Martinez de Leiva.—Reformacion del tercio del cargo de D. Luis de Queralte y retirada del ejército de los cuarteles de Bergas Olzon.—Dos caballeros piden á Alexandro los arme caballeros y él lo hace.—Alexandro se retira de Bergas y va á invernar á Bruselas.—El ejército español se acabó de retirar de Bergas y aloja en Calentante.—Fuerte que se hizo en Calentante para quitar las correrías de los rebeldes y asegurar á Brabante.—D. Ambrosio Landriano quedó por Gobernador del fuerte de Calentante.—Fuerte que se hizo en Rosendal para la seguridad del país de Brabante.—El ejército español se reparte en alojamientos, y por qué causas y en qué partes.—El conde Mansfelt pone sitio á Vagtendon.—La villa y castillo de Vagtendon se rinde.—Alojamientos que tuvieron las tropas que ganaron á Vagtendon.

Isabel, reina de Inglaterra, que supo la poderosa armada que se habia mandado juntar en la ciudad de Lisboa, y los grandes aprestos y levas de gente que se prevenian para embarcarse en ella, y que Alexandro hacia en Flandes los mismos aparatos, y que en el reino de Escocia no ménos por la muerte que habia hecho dar injustamente á su reina y señora María Estuardo, se apercibian para ayudar al Rey, su hijo, que con grandes veras, incitado (segun decian) del Rey católico, procuraba la venganza de su madre, y á un mismo tiempo darse la mano con el ejército español que estaba en Flandes, se atemorizó de manera que envió sus Embajadores al reino de Escocia

á deshacer los designios y movimientos que contra ella hacian, dándoles á entender que si el Rey católico les habia ofrecido su ayuda, no era por establecer la religion cristiana en Inglaterra (como daba á entender), sino por hacerse soberano señor de todas aquellas islas, y que con este fin y no otro habia hecho tan grandes prevenciones y pertrechos de guerra, y que considerasen los escoceses cuán mejor les estaba conservarse con Inglaterra, siendo tan su vecina, demás de que su rey Jacobo la habia de heredar, como la heredó, y hoy reina en ella, estándoles más bien esto que ser vasallos de españoles, cuyo nombre tan aborrecido de todas las naciones no le habian de poder sufrir ni conservarle, siéndoles más grave y pesado el yugo extranjero que el natural, pues era forzoso que poseyendo el rey de España á Inglaterra haria lo mismo de Escocia. Desta embajada sacó mucho fruto la reina Isabel, pues los escoceses mudaron de intento y se quietaron pareciéndoles que aunándose estos dos reinos resistirian mejor las fuerzas españolas que divididos; y como á mí no me toca ni es mi intento escribir lo que en este medio pasaba en Inglaterra, ni de las muchas prevenciones y aparatos que hacian para resistir las fuerzas españolas, sólo diré que no temió tanto Isabel las que se juntaban en España como las que tenia Alexandro, que por serle más vecinas cuidaba de noche y de dia cómo las habia de resistir; y pareciéndole podria con algun medio entretener las suyas, envió á Flandes sus Embajadores á tratar con Alexandro alguna suspension de armas ó paces, si causa tuvo para pedillas, mas al miedo no le faltan para engendrarlas.

Desembarcaron en la villa de Ostende y fueron á la de Brujas, donde tenia su corte. Alexandro no quiso oirlos sin licencia del Rey, su tio, y en tanto que le despachó un correo, mandó que se entretuviesen en la villa de Neoporte, y ordenó al capitan Diego de Avila Calderon, Gobernador que era de aquella plaza, que los alojase muy bien y regalase. Hízolo como se podia desear; particularmente los soldados españoles de su compañía y los de la de Baltasar de Hortigosa y Juan de Zornoza y Guisasa les hicieron muchas fiestas y saraos y

un torneo, y tan sin costa como suelen cuando gustan de holgarse en los alojamientos en aquellos Estados, que en los inviernos lo tienen de costumbre. Los ingleses se mostraron muy agradecidos, y quedaban tan contentos que daban por hechas y concluidas las paces, pareciéndoles que pues Alexandro los entretenia con fiestas y regalos las deseaba; mas no fué así, porque con mayor cuidado asistia en el apresto de la armada y en recoger y reforzàr su ejército. Pasóse en esto algunos dias. Llegó el correo de España con órden que oyese los Embajadores. Lo que propusieron, segun se entendió, fué que entregarian al Rey católico las plazas que la Reina tenia presidiadas en las islas de Holanda y Gelanda y en los demas Estados, y se asentasen las paces y suspendiesen las armas, y que se maravillaba mucho Isabel quisiese el Rey, nuestro señor, sin causa legítima conquistarle su reino, y otras cosas propusieron no muy fundadas ni con apariencias de razon ni verdad; pero mezcladas en tanto temor que aceptaran cualquier partido como no les tocara en el de la religion, y esto fué lo primero que Alexandro les respondió, que como la Reina diese la obediencia á Sixto V, Sumo Pontífice, y plantase la religion católica en Inglaterra y no persiguiese los que la seguian, y levantasen los templos y restituyesen las rentas que les tenian usurpadas, y que cumpliendo esto, el Rey católico suspenderia las armas, y no de otra manera, pues era la causa que le movia hacer la guerra; y que en lo que decian que sin ninguna queria conquistarle su reino, cuando la que daba no fuera tan legítima, lo era muy grande haberle la Reina usurpado su patrimonio y héchose protectora de Holanda y Gelanda, y ayudado á sus vasallos rebeldes quitándole sus estados, no para dárselos, sino para quedarse ella con ellos; y que si estas no eran causas legítimas, mirase ella cuáles podian ser ménos para dejarle de hacer la guerra, que no pensaba desistir della miéntras la Reina no volvia á plantar nuestra santa fe católica en su reino, que por tan largos años estaba depravada y deshecha.

Con esta respuesta que Alexandro dió á los Embajadores, que era en conformidad de la que tenia del Rey, su tio, se volvieron

á embarcar en Ostende y se fueron á Inglaterra y no volvieron á tratar más en estas materias; y si las razones y consejos que daba Alexandro fueran admitidos, cesaran los inconvenientes y gastos que se ofrecieron, porque dijo siempre que para facilitar la jornada de Inglaterra convenia hacer primero pié en las islas de Holanda y Gelanda, y esperando la sazon del invierno, pasar sobre los hielos las riberas y canales, ganando los navíos que habia en ellas, que era quitarles las fuerzas del mar que estorvaban á no salir con la empresa; y siendo el Rey, nuestro señor, poseedor dellas, haria cierta y segura la jornada; pero jamás se admitió su parecer, y no faltó quien dijo lo hacia para entretener la guerra y establecerse en las islas, para que durando su potestad no se la causase tan presto la ambicion que tenia de mandar, cosa muy fuera de razon para darle crédito.

Alexandro iba apretando la gente del ejército en los alojamientos más apropósito que tenia señalados por dar lugar á la caballería para que ocupase los que dejaba. A los 15 de Enero entró en el lugar de Vallu, que lo es muy grande, el tercio del Maestre de campo D. Francisco de Bobadilla y en su jurisdicion que es de otros trece lugares, donde pasó el invierno, y la caballería se extendió por los censos y ameos donde por la comodidad de los feniles y acinas de avena que hay en aquel país lo pasasen mejor los caballos y los lugares no padeciesen. El tercio de napolitanos del Maestre de campo Cárlos Pinelo llegó en este tiempo á alojar cerca destos cuarteles, con que el ejército católico se acabó de recoger y alojar en las partes más cómodas y convenientes que hubo para estar más á la mano del embarcadero.

La armada que Alexandro habia mandado recoger y fabricar en la ribera y villa de Amberes se habia acabado en este tiempo, y por no perder ninguno mandó que á los 10 de Marzo se partiese á la villa de Gante, adonde tambien se habian recogido otros navíos de las demas riberas que entran y desaguan en la de Amberes; mandó Alexandro que por el navillo que va de Gante á la villa de la Exclusa embocasen toda esta armada para llevarla al puerto que tiene. No hubo poca dificultad para

ponerlo en ejecucion, así por ser el navillo algo estrecho como porque los navíos eran grandes, y para vencer este inconveniente usó Alexandro de su natural ingenio con hacer romper algunos diques y gran parte de tierra firme, para que saliendo el agua por las cortaduras sobrepujase y estuviese á peso de los márgenes del navillo, y esperando las aguas vivas pasó el armada hasta el puerto de la Exclusa; y aunque no fué pequeña maravilla ver navíos de alto bordo por la tierra firme, pues tantas veces lo acostumbran los flamencos, se tuvo á muy buen pensamiento de Alexandro por no haberse visto por aquella parte inundacion tan grande y copiosa. Con esta armada se juntaron en el puerto de la Exclusa más de cien navíos de guerra muy bien armados. El haberlos pasado Alexandro con tanto trabajo pudiendo ir por la mar, se advierte que no era posible porque los rebeldes ocuparon todos los pasos por donde habian de ir, y en ninguna manera lo podian hacer si no era poniéndose á riesgo de perderse, y no parecia justo aventurarlos en tiempo que con tanto trabajo y gasto de hacienda se habian juntado, y lo fuera muy grande y sin sacar ningun fruto si de Neoporte ó Dunquerque los quisieran ir á recibir, porque habia la misma dificultad por estar á trechos y divididos en puestos y parajes gran cantidad de bajeles de Inglaterra, de Holanda y Gelanda.

A los 15 de Marzo llegaron á la villa de Brujas (donde Alexandro estaba y tenia su corte) doscientos marineros que en los puertos de Alemania, como en el de Hamburque y Lugdubeque se habian levantado por órden del Emperador. Llegaron á tan buen tiempo como deseaban. Alexandro los envió á la villa de la Exclusa donde comenzaron á aparejar la armada con los demas que en ella habia, y no era poco hallar para tan grandiosa jornada marineros, por la falta que dellos hay en todas ocasiones. No la tuvo Alexandro dellos porque con su buena diligencia y trabajo los supo adquirir y traer de todas las partes que quiso.

La nacion española, que de su natural es inclinada á las armas y desea las ocasiones, se holgó tanto se hubiese ofrecido

la de la jornada de Inglaterra, que por toda Europa se habia divulgado, que movió los ánimos de muchos que el tiempo los tenia sepultados en la paz, y aunque en España, segun entendí, siguieron al duque de Medina tantos caballeros, aventureros, príncipes y señores, no ménos fueron á buscar á Alexandro para hallarse con él en esta ocasion, pues demás de que su fama los podia llevar tras sí, codiciosos della, le fueron á buscar por tierra pasando por toda Italia, Esguizaros, Borgoña y Lorena, y algunos por Francia y Alemania con harto trabajo, no solamente españoles, pero muchos caballeros de Italia y otras partes; y los de más cuenta fueron D. Amadeo, hermano del duque de Saboya, y otros muchos caballeros que llevó consigo, llegó á la corte de Brujas donde Alejandro le hizo muchos y buenos agasajos; y de España fué el duque de Pastrana, el marqués de la Fabara, D. Juan Manrique de Lara, hermano del duque de Nágera, y D. Alonso de Idiaquez, hijo de D. Juan, del Consejo de Estado del Rey, nuestro señor, y su Presidente de órdenes. Llegaron á los primeros de Mayo, y no fueron ménos bien recibidos de Alexandro, mostrando tan gran contento en ver fuesen á servir cerca de su persona y debajo de su mano tantas y de tan gran estimacion, y por gratificar sus buenos deseos no quiso sirviesen como aventureros, y así les dió sueldos y gajes del Rey, su tio, y á las personas que fueron con estos señores grandes ventajas. Con esta ocasion hizo en este medio muchas provisiones de tercios y compañías que habia vacas, así de infantería como de caballería en todas las naciones del ejército. A D. Sancho Martinez de Leiva, que era Capitan de una compañía de lanzas españolas, le hizo Maestre de campo del tercio viejo de españoles del coronel Cristóbal de Mondragon, y su compañía de caballos á D. Luis de Borja, hijo del duque de Gandía; y á D. Juan Manrique de Lara, Maestre de campo del tercio de D. Juan del Aguila, que por haber quedado estropeado de la herida que le dieron en el sitio de la Exclusa se vino á España con licencia de Álexandro; al capitan D. Antonio de Zúñiga dió una compañía de lanzas españolas, que no poco merecida la tenia por sus muchos y

muy buenos servicios; y al conde Mansfelt se le dió oficio de Lugarteniente de Alexandro, y el suyo de Maestre de campo general á Monsieur de la Mota. Quedaron los pretensores con general satisfaccion de sus servicios, y Alexandro procuró con muchas veras que todos los soldados de su ejército viviesen en buen órden y disciplina militar, que como tenia por cierto el suceso de la jornada que esperaba hacer á Inglaterra, siendo reino extraño, quiso fuesen tan puntuales y bien en órden que encargó mucho á sus Capitanes y Oficiales procurasen quitar de sus compañías el mal vicio que tenian de jurar, y otros que con la ociosidad y licencia que hay en la guerra tienen y aprenden los soldados; y porque como les habia quitado la libertad de la campaña y los tenia á todos recogidos y alojados en poblado, donde habian comenzado, fuera de la nacion española, porque no acostumbra hacer desórdenes, y los labradores ido á la villa de Brujas con algunas quejas, mandó al doctor Salinas, su Auditor general, que fuese á todos los alojamientos á hacer informaciones de los desórdenes que los soldados hacian. Remedió los que hubo y dió satisfaccion á los labradores, que muchas veces por no sufrir el fastidio que los soldados suelen dar siendo huéspedes, se quejan dellos con poca razon, pareciéndoles que con esto se los han de sacar de sus casas, y les levantan hartos testimonios, que no es éste menor trabajo que el que pasan en la campaña, pues en vez de tener algun descanso y sosiego en los alojamientos donde se recogen para pasar el rigor del invierno y hallarse con algun alivio para dar la guerra en el verano, les calumnian y hacen muchos agravios. Tal es la vida del soldado, pues en cualquier tiempo y ocasiones se las dan sin buscarlas para molestarles y perseguirles.

En este tiempo, que eran los 15 de Mayo deste año, envió Alexandro á los confines de Flandes y raya de Francia parte de la caballería del ejército católico y fué á alojar á los contornos de la villa de Sant-Omer, á fin de romper muchos designios, porque como la guerra andaba en Francia tan encendida entre católicos y herejes, á los cuales daba calor y ayuda su Rey

Enrico y el duque de Guisa, defensor de la Iglesia romana, opuesto contra los ejércitos que en esta sazon andaban en Francia, y algunos se arrimaban á las fronteras de Flandes, quiso Alexandro, porque no hiciesen alguna entrada en ellos, pues no fuera cosa nueva por haberlo hecho otras veces, tener gente del Rey, su tio, para resistirlos, y tambien porque si el duque y cardenal de Guisa, su hermano, con los demas Príncipes católicos de Francia tuvieran necesidad de socorro dárselo por aquella parte, como despues lo hizo, y el mal suceso que se tuvo lo veremos en estos que escribo.

Habia ordenado Alexandro que se hiciese una gran leva de gastadores para la jornada de Inglaterra, y estando todos recogidos mandó hacer un pasaje desde la villa de la Exclusa á la de Neoporte para que pasase el armada que allí habia recogido. Hizo abrir la tierra con presteza jamás vista, que como para él no era cosa nueva hacer rios navegables donde la naturaleza no pudo, todo era fácil á la industria é ingenio que el cielo le habia dado, comenzó á guiar el armada por el nuevo navillo que habia fabricado, y por algunas partes que estaba estrecho lo fué ensanchando y aderezando pasos dificultosos que se ofrecian en el pasaje, habiendo anegado gran parte del país. En fin, con su industria y trabajo de los gastadores navegó el armada al puerto de Neoporte, donde ya estaban juntos otra buena cantidad de navíos, y en Dunquerque el resto de los que habia mandado fabricar, porque en estas dos villas, digo en los puertos dellas, se habia de embarcar el ejército, distante la una de la otra cinco leguas y de Inglaterra siete, el mar ó estrecho en medio, y siempre que Alexandro quisiera juntar estas dos armadas le era fácil por estar limpia la ribera del mar de armadas enemigas, no pudiéndose acostar á ella por la guardia que habia en los puestos que la aseguran, demás de los muchos corrientes y bancos que el mar hace en todo el estrecho.

En este medio tuvo Alexandro aviso que el armada que se habia juntado en la ciudad dè Lisboa estaba de verga en alto esperando tiempo para hacerse á la mar, y por no perderle Ale-

xandro levantó su ejército para mejorarlo á las marinas de Flandes y tenerlo tan cerca del embarcadero para que con el primer órden que del Rey, su tio, le llegara tener aprestado y á punto lo que estaba á su cargo, y á primero de Junio mandó desalojar los cuatro tercios de españoles y el regimiento de irlandeses del coronel Estanley, y fueron á un lugar que se llama Bomen, tres leguas de la villa de Ypre y una de la de Dixmuda, y á los ocho, se desalojaron los dos tercios de italianos de los Maestres de campo Camilo Capezuza y D. Gaston Espínola, y fueron á tener su cuartel á un lugar yermo, junto á la villa de Neoporte, que se llama Lombardía, y con ellos se juntaron otros cuatro regimientos, dos de valones, uno de alemanes y otro de borgoñones, y junto á la villa de Dixmuda, á la parte de Brujas, se acuartelaron otros dos regimientos de valones y otro de alemanes; y aunque no querria ser prolijo, no podré dejar de escribir, por ser poco el espacio, donde se recogió el ejército para embarcarse, el buen órden que Alexandro tuvo; y la mayor parte de la caballería se alojó cerca destos cuarteles en el país de Fornambaque hácia la parte de las villas de Bergas Semano, y la de Dunquerque. En este medio llegó el regimiento de alemanes del marqués de Espurg, hijo del archiduque de Austria, era de número de cinco mil y seiscientos soldados repartidos en quince banderas. Fué á tener su cuartel una legua de la villa de Dixmuda, hácia la de Ostende, sin desalojarse hasta que el ejército se volvió á levantar de aquellos cuarteles.

El Arzobispo electo de Colonia habia dado gran priesa á Alexandro para que le favoreciese y sitiase la ciudad de Bona, que ya escribí de la manera que el coronel Martin Esquenque la habia ganado, y porque la guarnicion que tenia dentro molestaba los católicos de los contornos y hacia muchas correrías y entradas en las demas tierras de su Arzobispado, con notable daño dellas y de los labradores, no pudo dejar de valerse del socorro del Rey católico, que era el más importante para su remedio. Solicitábalo tambien el Nuncio de su Santidad, que estaba en este medió en Colonia, y aunque Alexandro sintio mu-

cho desmembrar su ejército por tenerle tan florido y tan á punto para embarcarse á Inglaterra, no pudo ménos que favorecer á causa tan justa, demás del gran útil que recibian las tierras y plazas del Rey, su tio, por ser tan vecinas á las del Arzobispado, temiendo el favor que podian dar por aquella parte á sus vasallos rebeldes, que tan abiertamente y con tanto teson le hacian la guerra en Flandes, tan prolijamente como en estos escritos se ha visto; y para atajarles los intentos y esperanzas que tenian de las ayudas de Alemania, importaba la brevedad deste socorro; y así lo encomendó Alexandro á Carlos de Croy, príncipe de Simay, hijo del duque de Aríscote, que con un buen número de infantería y caballería del ejército católico partió la vuelta de Bona. Era esta gente de las naciones, salvo la compañía de lanzas españolas de D. Juan de Córdova, que hoy es Maestre de campo del tercio de Lombardía, en el Estado de Milan, y muy acreditado caballero y experimentado soldado, y siendo Capitan de infantería española en Flandes sirvió y peleó valerosamente en todas las ocasiones que se ofrecieron con su compañía de lanzas. Iba á este socorro la del capitan D. Felipe de Robles, que tambien era de españoles, hijo del baron de Velli, tan prudente como animoso. Con estas dos de caballos ligeros iban las de hombres de armas que llaman de bandas, la del duque de Aríscote, la del marqués de Habre, la del conde de Heguemont; y de lanzas italianas, la del capitan Bosa, la de Juan Moro, de Francisco de Limont, del marqués de Bentiboglio y la de Jorge Basto, de albaneses, y la de arcabuceros á caballo del capitan Le Hembre, y otras dos de españoles. De la infantería iba el tercio de napolitanos de Cárlos Pinelo, y el regimiento de loreneses del coronel Monsieur de Vademont, y tres de alemanes y dos de valones. Con este (aunque pequeño) florido ejército, puso el príncipe de Simay sitio á la ciudad de Bona, y en estando en él envió á decir al coronel Francisco Verdugo se llegase á ver con él, y que le esperaba en el lugar de Bruf, porque ántes de hacer ninguna faccion queria tomar su parecer. Francisco Verdugo, aunque sin licencia de Alexandro, dejó los fuertes y puestos de la ri-

bera del Rin, que, como he referido, tenia á su cargo, y se partió de la villa de Burique llevándose consigo al coronel Juan Bautista de Tassis, que no ménos bueno era su parecer en las cosas de la guerra que el de cualquier soldado y experimentado Capitan. Llegaron á Bruf donde se vieron con el príncipe de Simay, y en este medio les llegó nueva que el coronel Martin Esquenque habia salido de la ciudad de Bona con una gran tropa de gente y algunas piezas de artillería por la otra parte de la ribera, porque el ejército católico no le ofendiese, y que comenzaba á batir dos navíos de guerra que Francisco Verdugo habia enviado á Colonia, y estaban muy cerca della. Los Capitanes destos bajeles sacaron la gente que tenian en unas barcas y los dejaron batir á la voluntad del Esquenque; pero no les hizo mucho daño por no ser el artillería gruesa; y pareciéndole al príncipe de Simay podria estorbarlo, se puso con alguna caballería é infantería de la otra parte del rio, frontero de los navíos, muy cerca de la ciudad, sin poder hacer otro efecto por no tener barcas para pasar de la otra banda; pero comenzaron de una parte á otra á tirar muchos mosquetazos, pero no se alcanzaban por ser la ribera muy ancha por aquella parte. Francisco Verdugo habia sido de parecer que el príncipe de Simay con su gente se acampase de la otra parte del rio, frontero de la ciudad de Bona, con que se le hubiera estorbado al Esquenque esta faccion, el cual retiró su artillería y gente y se volvió á Bona.

El príncipe de Simay pasó luégo el Rin con toda su gente en barcas que trajeron de Colonia, siguiendo el consejo de Francisco Verdugo, y fué á alojar á un burgo que se llama Duche, que está frontero de la ciudad, y le dijo que se fortificase en aquel puesto importante para la empresa que deseaba. El coronel Esquenque entendió este designio, y se fortificó con grandísima brevedad en la misma parte, opuesto al sitio que el Príncipe habia ocupado, é hizo un fuerte capaz de un buen presidio, con sus alas, á imitacion del que se fabricó en Zutfent. Bien quisiera Francisco Verdugo asistir con el Príncipe en todo el sitio hasta acabarlo, mas como habia ido á él sin li-

cencia de Alexandro, se quiso volver á Burique, y lo hubiera hecho ántes si no le detuviera el Príncipe y el Nuncio de Su Santidad que le aseguraban habia enviado á Alexandro por licencia para que les asistiese, y no sé si Francisco Verdugo cumplió con la obligacion de tan gran soldado como era en dejar los puestos que tenia á cargo en las riberas del Rin por ir sin órden donde no podia merecer premio, siendo dignos de los que en la guerra sirven debajo de la obediencia de sus Generales, y no los que sin órden dellos dejan los puestos y plazas que se les encomiendan; y aunque no es justo se entienda esto por Francisco Verdugo, pues en valor, prudencia y en ser obediente excedia á otros muchos famosos Capitanes, es bien que el que se preciare de serlo sepa cumplir con sus obligaciones, y por no faltar á las que tenia Francisco Verdugo, ántes de ser reprendido de Alexandro, se volvió á Burique en un navío de guerra que allí tenia. Harto lo sintieron el príncipe de Simay y el Nuncio apostólico; y visto no habian podido estorbar su quedada, le pidieron les dejase al coronel Juan Bautista de Tassis para suplir en parte la falta que su persona les habia de hacer. Dióles gusto en esto y les dijo el dia que se partió, que con el regimiento de Monsieur de Vademont acometiesen luégo al fuerte que el Esquenque hacia ántes que lo acabase de poner en defensa. Díjolo á fin porque la mayor parte de los soldados deste regimiento eran franceses, y esta nacion hacia su facciones con gran ardimiento, como ellos dicen, al principio de la guerra y despues tienen ruines medios y peores fines, como se ve por la comun opinion que se tiene dellos, cuando una ocasion se acomete con gran violencia y despues se entibian, y así se dice furia francesa, porque no dura más del primer movimiento. Tambien lo dijo porque no se diese lugar al Esquenque que se acabara de fortificar y poner en defensa el fuerte. No se aprovecharon deste parecer de Francisco Verdugo, y estuvieron tan remisos que dejaron fortificar al Esquenque muy á su voluntad, y se resolvieron de hacer unos fuertecillos muy ruines y de poca defensa al rededor del enemigo, y lo eran tanto, que si dél saliera á acometerlos, sin resistencia se los ganara y dego-

llara la gente que habia en ellos, si bien ántes no lo desampararan, que era lo más acertado. El Esquenque, como astuto y plático Capitan, comenzó á gran priesa á fundar otro fuerte para hacer exento el que habia hecho, de los pequeños que el de Simay tenia, y yendo el coronel Juan Bautista de Tassis el rio arriba á reconocerlo, estaban en unas viñas escondidos cinco ó seis soldados del Esquenque, y el uno dellos tiró á Tassis un arcabuzazo y le dió en la cabeza y le mató. Perdió Alexandro con su muerte un valerosísimo Capitan, y el coronel Verdugo un buen amigo y compañero, y sus soldados una cabeza de las mejores que tenia, como en estos escritos se ha visto, porque demás de que servia con grandísima voluntad al Rey, nuestro señor, su valor y determinacion en las ocasiones les daba tanto ánimo, que siguiéndole se alcanzaron muchas victorias.

El coronel Francisco Verdugo llegó á Burique, y habiendo entendido que la villa de Rimbergue ó Berquerin estaba muy mal proveida, se puso en campaña con la gente del cargo del coronel Juan Bautista de Tassis y otras que sacó de la villa de Güeldres, y se puso en el abadía de Campe, con que de todo punto le quitó el paso y socorros á Rimbergue, y la tuvo tan apretada que era forzoso que el Esquenque la fuese á socorrer ó dejarla perder, y al tiempo que se habia de gozar desta ocasion, le dió una enfermedad á Francisco Verdugo que le obligó retirarse á Burique, donde en llegando halló una carta de Alexandro, duplicada, para que fuese á la ciudad de Bona y asistiese al príncipe de Simay. Sus diligencias y las del Nuncio pudieron tanto, que obligaron á Alexandro á escribírselo. La una carta del duplicado se la llevó un caballero inglés, Teniente de la compañía de caballos del capitan Rolando Jorque que estaba de guarnicien en la villa de Deventer. Habia ido á la corte de Alexandro á pretender su compañía por muerte de su capitan. Negoció mal, y no volvia con gusto, y poco satisfecho de la esperanza que le entretenia de ser Capitan de aquella compañía. Alexandro escribia en la carta que llevó á Francisco Verdugo, que tuviese mucho cuidado con este Teniente, porque no le ha-

bia contentado su modo de proceder. Lo mismo le pareció á Francisco Verdugo, y luégo penetró el pensamiento de Alexandro, y le entretuvo dos ó tres dias cerca de su persona, dándole esperanzas de hacerle merced, en tanto que llegaba una carta que habia despachado al conde Herman de Bergas para que estuviese sobre aviso, que, como ya escribí, era gobernador de Deventer desde que salió de aquella plaza el coronel Estanley, y que si á ella llegaba este Teniente, donde estaba su compañía de caballos, cuyo capitan habia sido Rolando Jorque, viviese con cuidado.

Pasados tres ó cuatro dias se partió y llegó á Deventer. Fuése con un hermano suyo á hablar al conde Herman de Bergas y le halló comiendo, y como era tan cortés le convidó y con silla para que se sentase á la mesa. El Teniente, sin ocasion ninguna, comenzó á hablarle con mucha libertad y aspereza, y sin esperar que el Conde le respondiese puso mano á su espada y le acometió tirándole muchos golpes, y si no fuera por los que estaban á la mesa y algunos criados suyos, le matara sin duda alguna, porque fué muy presto en acometerle cogiéndole descuidado. El Conde se levantó con la mayor presteza que pudo y tomó sus armas y se comenzó á defender, y entre él y los que allí estaban mataron al Teniente y á su hermano, el cual habia ni más ni ménos procurado matar al Conde. Jamás se supo ni entendió qué causa les moviese á estos dos ingleses á emprender una cosa semejante, si bien se sospechó debian querer despues de muerto el Conde levantarse con la villa, por tener su compañía á su devocion, como Teniente della; pero no era posible salir con una empresa como ésta, no teniendo ántes considerada, ni ménos inteligencias con ningun soldado ni burgués de la villa.

Francisco Verdugo se puso en órden para partirse á Bona y cumplir el que Alexandro le habia enviado, aunque la enfermedad le tenia en la cama, y se holgara harto excusarlo hasta tener mejoría; pero temeroso no disgustarlo y caer otra vez en su desgracia, se partió, y no pudiendo ir á caballo ni en coche se embarcó en un navío de armada. Halló

al príncipe de Simay que no habia hecho otra cosa que comenzar á abrir las trincheas, con tener suficiente artillería para batir y asaltar la muralla, y ejército muy bastante para ello. No se pudo dejar de afear tan gran remision como el Príncipe tuvo. Entróse en consejo con Francisco Verdugo y los demas señores que allí habia sobre lo que se habia de hacer, porque hasta que llegase no se resolvieron á ninguna cosa, con haber los enemigos salido de la ciudad algunas veces á acometer los puestos y cuarteles que tenian los católicos, donde les degollaron mucha gente, y quemádoles un cuartel y roto una compañía de hombres de armas, y llevádose preso á Monsieur de Conroy, el cual peleó é hizo su deber como valiente caballero. Era de la casa de Croy, muy prudente y amado de todo el ejército y se estuvo preso en la ciudad de Bona hasta que se rindió. En el consejo que se habia tenido para salir con esta empresa dijo Francisco Verdugo que la plaza que no estuviese del todo cercada y no ganada en veinte y cuatro horas era difícil de hacerlo si los de su parte la querian socorrer y los cercados defenderla. Estas palabras de un tan prudente Capitan son dignas de tenerlas muy en la memoria para que se vea lo que importa al principio de una guerra atemorizar los enemigos y cercados, apresurando los sitios ó cercos de las plazas sin dar lugar á fortificarse ni á pensar la defensa que han de tener los que se hallaren dentro. Francisco Verdugo seguia en esto los pasos de Alexandro, pues hasta hoy no se ha visto Capitan general que con más veras y presteza acometiese un sitio, venciendo en los muchos que tuvo grandes imposibles, como se ha visto. Y habiendo el príncipe de Simay y los demas que en el sitio de Bona se hallaban dado el cargo á Francisco Verdugo para que dispusiese lo que habia de hacer, dijo que convenia se acometiesen los fuertes que el Esquenque habia hecho de la otra parte de la ribera, ántes que otra cosa, porque siendo señores dellos podrian navegar el rio arriba los navíos de armada, y con ellos estorbar el socorro que le pudiera ir á Bona, con que se hacia más fácil la empresa, y no como la habian intentado. Esto se vió por experiencia por lo que despues sucedió, y fué, que viendo el coronel Martin Esquen-

que que el sitio de la ciudad se habia proseguido de veras, y no con la tibieza que al principio, dejó por Gobernador della al baron de Poluyt, y se salió fuera, y fué al Palatinado é hizo una buena leva de gente; y habiéndola levantado la embarcó una noche secretamente en las barcas que para este efecto tuvo prevenidas, y por el rio abajo las navegó y entró en Bona con este socorro, con buena determinacion de defenderla; y sabiendo el príncipe de Simay esta faccion que el Esquenque habia hecho, se dió más priesa para que acometiesen los fuertes; y habiéndolo hecho con mucho ánimo, se ganaron dos que estaban el rio arriba, y despues mandó que se sitiase el grande, y se hizo con grandísimo peligro, y hechas las trincheas se abrió la batería con harta presteza; y porque de la otra parte del rio se descubria todo el fuerte, mandó el príncipe de Simay se plantasen tres piezas de artillería para dar asistencia á los que diesen el asalto, porque tirando á los que se pusiesen á la defensa, que ya estaban descubiertos esperando los enemigos, pudiesen con más seguridad asaltar la muralla y entrar en el fuerte; y habiéndose dado este órden, pareció que el tercio de napolitanos del Maestre de campo Cárlos Pinelo llevase la vanguardia, pero que no arremetiesen hasta que les diesen órden, y sin ella (pareciéndoles que perdian tiempo) cerraron los alemanes y dieron el asalto; y viendo D. Alejandro del Monte, Capitan valeroso y muy honrado caballero, del tercio de Cárlos Pinelo, que era el que estaba señalado para darlo, que los alemanes le habian comenzado á dar, se movió con sus soldados é hizo lo mismo. Los unos y los otros se hallaron confusos y tan atajados, que no pudieron dejar de embarazarse, que esto y mucho más engendra un desórden.

Los enemigos que vieron el que habian tenido, les creció el ánimo y osadía para defenderse; hiciéronlo tan bien y con tanto esfuerzo, que botaron de la batería á los napolitanos y alemanes. El Maestre de campo Cárlos Pinelo sintió mucho la fealdad con que sus soldados se retiraron, y dió la culpa al capitan Don Alejandro del Monte, por haber dado el asalto sin órden. Pesóle mucho de haberle disgustado, porque demás que al Maestre

de campo se le debió, por quien era, todo buen respeto, le habian dado á entender lo habia hecho con malicia por desobedecerle; y como las casas destos dos caballeros son en Nápoles bandos encontrados, con facilidad se persuadió á creerlo, si bien hubo otros que disculparon á D. Alejandro, y dijeron que si se hallaran en el mismo puesto y ocasion hicieran lo propio; pero en cualquiera que se ofrezca, donde la envidia y emulacion pueda hacer su oficio, hay lenguas que procuran poner mal á los que gobiernan. No lo merecia D. Alejandro, que demás de ser un muy valiente caballero y amado de la nacion española, era muy cortés y obediente á las órdenes de sus superiores; ni el Maestre de campo Cárlos Pinelo era de ménos partes, ántes bien fué un muy prudente Capitan y estimado de Alexandro, y que dió siempre mucha satisfaccion en todo lo que le habian encargado del servicio del Rey, nuestro señor.

Retirada la gente de la batería, se fueron arrimando al fuerte con las trincheas, y los alemanes del regimiento del coronel Aquemburque llevaban la suya enderezada á una de las alas que dije tenia el fuerte, á imitaeion del que se hizo en Zutfent; y estando ya cerca della hablaron á los de dentro, que eran de su nacion, y pudieron tanto que les entregaron el ala, y habiéndose apoderado della los católicos estorbaron la salida y entrada á los del fuerte, causa de que comenzaban á pasar y á padecer mucha necesidad. El príncipe de Simay se acercó al fuerte para dar calor á los que le tenian sitiado; y porque se entendió que el coronel Martin Esquenque queria socorrer á Bona por tierra, dejó á Francisco Verdugo alrededor della con toda la gente que tenia. Los del fuerte, viéndose tan apretados y que no los socorria el Esquenque, trataron de rendirse, y el príncipe de Simay los recibió con pactos de que los dejase ir á Holanda. Dióles barcas y escolta para que se fuesen el rio abajo; y en llegando á la villa de Burique no los dejó pasar el conde Federico de Bergas, que era la persona á quien Francisco Verdugo habia dejado en su lugar, porque no llevaban pasaporte ni carta suya. El príncipe de Simay se sintió mucho desto, parecciéndole perdia punto, ó que no se le guardaba el

decoro que se le debia. Diéronselo así á entender algunas personas que no querian mucho á Francisco Verdugo, y no lo entendian bien, porque sólo el Príncipe era dueño de la gente que estaba sobre Bona, y no tenian fuerza sus pasaportes fuera de aquel sitio. A Francisco Verdugo tocaba darlos por tener á cargo la gente de Burique y aquel paso. No ménos bien anduvo el conde Federico de Bergas en cerrárselo y no dejar pasar por él á gente enemiga, y en buena razon de guerra hizo lo que le tocaba. Y aunque los enemigos de Francisco Verdugo (que siempre la virtud los tiene) procuraron ponerle mal con el príncipe de Simay, no fueron poderosos, porque viendo la razon que él tenia y su mal intento dellos (que no todos llegan á conocer esto), lo estimó en mucho más y conoció cuán bien le estaba amarle y contemporizar con él, pues tanto le habia menester, y de allí adelante le hizo mayores mercedes y agasajos.

No se descuidaba Alexandro en prevenir y proveer lo que tenia entre manos, porque deseaba que sus soldados con las armas en ellos las ejercitasen en Inglaterra, en favor de la Iglesia católica, que por tan largos tiempos la perseguian los herejes de aquel reino. Envió desde Dunquerque en un navío al capitan Francisco Morosino, de nacion milanés, y con él algunos soldados españoles de la guarnicion de aquel presidio, á la ciudad de Lisboa con despachos al duque de Medina, y ver (si como era de pensar) habia partido con el armada. Descubrióla ántes de llegar á la Coruña, en el reino de Galicia, habiendo ántes tenido un recio temporal cerca de las islas de Bayona. Con esta buena nueva volvió la proa del navío á Flandes, y dió este aviso á Alexandro, el cual, con el cuidado y presteza que solia, á los 8 de Agosto deste año, levantó los cuatro tercios de españoles de los alojamientos del lugar de Bomel, donde hasta este tiempo habian estado, y con ellos el regimiento de irlandeses del coronel Estanley; y todos juntos marcharon la vuelta de Dunquerque, pasando este dia por las villas de Dixmuda y Fornos. Los tres tercios alojaron aquella misma noche una legua más allá de Dunquerque, y el otro, con el de los irlandeses, se quedó una más atras, y por el mismo órden les fue-

ron siguiendo todos los regimientos del ejército, que eran las naciones; y fueron la vuelta de la villa de Neoporte, porque allí se habian de embarcar, y en la de Dunquerque los españoles é irlandeses con la persona de Alexandro, el cual mandó se mejorase toda la caballería á estos puertos, porque se habia de embarcar de vanguardia, por ser más embarazosa que la infantería, la cual, teniendo por cierta la embarcacion, se habian deshecho en este medio de la mayor parte de su bagaje, y vendido sus rocines ó razas, que ellos suelen llamar caballos pequeños y de poco servicio, útiles para la infantería, que no poco ricos quedaron los labradores de los países de Brujas, Ypre y Fornambaque, porque los soldados los vendian á ménos precio; que harta falta les hicieron despues, aunque hubo algunos Capitanes, Oficiales y soldados que los habian dado á sus huéspedes en confianza para pue se los guardasen y sirviesen dellos en tanto que iban á la jornada, pensando volverian á Flandes, que no pocos discursos hacian, como suelen; pero el cielo tenia las cosas ordenadas muy diferente de lo que todos creyeron, como presto escribiré.

A los 9, que era el dia que el ejército se habia de embarcar, como ya tenian la órden de Alexandro en las armadas que estaban en los puertos de las dos villas de Dunquerque y Neoporte, cinco leguas la una de la otra, como he referido, llegó D. Jorge Manrique, Veedor y Proveedor general de la armada que llevaba el duque de Medina, habíase adelantado della porque tuvo tambien órden de visitar la que Alexandro tenia aprestada en aquellos dos puertos, y habiéndola reconocido dió á entender la poca satisfaccion que se podia tener della; y pienso que decia la verdad, porque el duque de Medina se hallaba ya muy cerca de la costa de Inglaterra y á vista de la armada enemiga, que ya se le habia en este medio representado para darles la batalla, y le pareció á D. Jorge Manrique no habia tiempo para que la de Alexandro pudiera hacer efecto, porque aunque es verdad que en los almacenes de Dunquerque y Neoporte habia gran cantidad de bastimentos y municiones con los demas aprestos y aparatos que estaban prevenidos, no estaban

embarcados ni muchos navíos tan aparejados como fuera necesario para la priesa que él llevaba, si bien estaban con las vergas en alto. La disculpa que Alexandro dió á esto fué, que en veinticuatro horas se podian con mucho lugar embarcarse los bastimentos y demas pertrechos, y no ménos el ejército; y aunque en las embarcaciones suele haber confusion, ya se ha visto con la brevedad que la gente de mar acostumbra hacer estas faenas; y aunque es verdad que del Almiranta y Capitana en que se habia de embarcar la persona de Alexandro no estaban acabados los alcázares de popa ni dorados los corredores, como se pensaba (que esto hizo á muchos no dar buen sentido al pensamiento de Alexandro), se ha de entender que para hacer un pasaje tan breve de siete leguas no era necesario lo que he escrito para navegar, y en esto me remito á qualquier marinero, pues tantas veces con las fortunas y borrascas del mar arrebatan las obras muertas y alcázares de las popas de los navíos y corredores, y no por eso dejan de navegar y hacer su viaje, y si algun tiempo se podia de perder, dilatando la salida de Alexandro á la mar, era el embarcar la caballería y artillería, que mucha della áun no estaba puesta en los andenes ni portañolas de los navíos. Descuido fué (por la priesa que la armada de España llevaba) que no sabré á quién dar la culpa, porque quien vió la solicitud y cuidado de Alexandro no se puede creer estuviese en él la falta, pues jamás la hizo en el servicio del Rey, su tio, sino á los Proveedores y á personas á quien tocaba embarcar el artillería y pertrechos, particularmente el General della, que no todas veces son puntuales, aunque en cosa de tan gran importancia y donde no ménos se aventuraba que la reputacion de España no se habia de tener ni encargar á personas remisas.

Visto Alexandro que no estaban los navíos para poder embarcar su ejército, le mandó hacer alto un dia en la lengua del agua, donde ya habia llegado D. Jorge Manrique, y le daba grandísima priesa para que se embarcase, y no ménos D. Rodrigo Tello, que hoy es Maestre de campo de la milicia de la ciudad de Sevilla, y muy valiente caballero, que pocos

dias ántes habia desembarcado y llegado á la corte de Alexandro con la misma priesa de parte del duque de Medina, y tambien se la daba el príncipe de Asculi, que en este medio habia desembarcado. Todos apretaban cuanto podian en la embarcacion de Alexandro, y su ejército tenia más priesa que todos, porque los soldados dél estaban tan deseosos de pisar la isla de Inglaterra, que les parecia no habian de lograr el intento que tenian de medir las picas con las de los ingleses. Era cosa notable la solicitud que en esto ponian. Lo que Alexandro respondió no sabré decir, mas, á mi parecer, porque me hallé presente, era mucho aventurar un ejército tan poderoso en navíos tan débiles y flacos como los que habia aprestado, si bien ántes á todos parecian suficientes para la embarcacion, mas nó para pelear. Esto le hacia estar sumiso á Alexandro al parecer de algunos; otros juzgaban con buen celo y voluntad solicitaba la jornada, y que decia deseaba ver la armada de España para salir á recibirla; pero, en fin, no lo hacia ni podia en navíos poco aprestados para oponerse á los de Inglaterra y de Holanda, y que poner en contingencia de perder su ejército y á riesgo los Estados de Flandes (cosa muy posible), no se podia dejar de considerar y mirarlo muy bien; pero más lugar hubo para prevenir esto que para decirlo ni considerarlo, á tiempo que su buena fortuna (como algunos decian) comenzaba á declinar. Con esta suspension movieron las lenguas los soldados, que hasta entónces habian estado mudas, á desmandarse y decir de Alexandro lo que jamás habian imaginado; cosa muy nueva para él y para su ejército, que toda la vida no cesaban con eternos loores confesar y publicar sus grandezas; pero como no es cosa nueva á los Generales (pues á su abuelo, Cárlos V, no se lo perdonaron sus soldados) decir dellos sin consideracion lo que á sus pensamientos se les ofrece, pasaba por ello, como los demas á quien la envidia y emulacion han perseguido. En este medio le llegó nueva de que la armada de España se habia desbaratado y peleado con la inglesa; que por haber tantos autores que han escrito el mal suceso que tuvo, y su desgraciada pérdida, y sólo tocarme á mí decir lo que pasaba en Flandes, abreviaré con escri-

bir el notable sentimiento que Alexandro tuvo y todo su ejército con tan mala nueva, particularmente la nacion española, como más interesada le tuvo mayor, y se aumentó mucho más con saber en este mismo dia con el recio temporal y las grandes corrientes y aguajes del Canal ó Estrecho de Inglaterra habia dado al través, en la costa de Francia, junto á la villa de Cales, la galeaza Capitana de Nápoles, donde iba embarcado D. Hugo de Moncada; allí perdió la vida tambien el Maestre de campo Nicolás de Isla, y otros muchos valientes Capitanes y soldados quedaron en el mar por haberse arrojado en él pensando salvar las vidas. La galeaza recuperó Monsieur de Gordan, Gobernador que era de Cales, aunque despues los ingleses pretendieron cobrarla, alegando era suya por haber ido dándole caza; pero Monsieur Gordan excusó pleitos y diferencias con no querérsela dar.

Otro dia siguiente, que fué á los 10 de Agosto, dió órden Alexandro que se retirase todo el ejército á los cuarteles de Umen, donde habia estado alojado, así por lo incómodo que estaba en las marinas de Neoporte y Dunquerque, como por parecerle no era ya menester, habiendo sabido el mal suceso de la armada de España, que aunque no lo habia pronosticado, echó de ver si hubiera salido á la mar con la suya cuando el tiempo le fuera favorable y suficiente para hacer el pasaje, no lo era para pelear con la inglesa y holandesa que en gran número de bajeles estaba repartida en los puestos para pelear, como lo hizo con la de España, dándole tanto en que entender, como es notorio, el haber peleado y defendídose valerosísimamente el duque de Medina, haciendo de su parte lo que debia, á quien este mismo dia dió en la boca del Canal ó puerto de Neoporte, el galeon *San Felipe*, que, compelido de los muchos navíos ingleses y holandeses que le iban dando caza y acañoneando, se fué retirando, á tiempo que las embravecidas ondas del mar le arrojaron en la costa é hicieron dar al través. Iba en este galeon el Maestre de campo D. Francisco de Toledo y otros muchos Capitanes y soldados aimosos. Salvóse toda la gente, y lo mismo fuera del galeon si Monsieur de la Mota y la gente del

ejército que lo estaba mirando se dieran priesa á salvarlo, ó al ménos á sacarle el artillería y municiones. Anduvieron tan tíbios, que, á pesar suyo y á vista de sus ojos, se apoderó Francisco Acle ó Draque, como comunmente le nombran, y sus ingleses deste galeon. Sintió Alexandro tanto esta pérdida como no haberse hallado allí para remediarlo, porque sin duda lo librara de las manos de los enemigos, porque su ingenio y presteza sabia aprovecharlas en cosas muy dificultosas; pero como el cielo por sus justos secretos habia comenzado á dar señales de tanta desgracia en todo cuanto se ponia la mano, era lo propio; pero sabiendo Alexandro que la pérdida de la armada iba adelante, y que pudiera sacar algun fruto dando calor al duque de Medina, habiéndole tambien D. Jorge Manrique, el príncipe de Asculi, D. Rodrigo Tello y otros caballeros y Capitanes hecho instancia que acudiese al socorro, hizo volver con gallarda determinacion todo su ejército, otro dia siguiente, que fué á los 11 de Agosto, y con gran priesa mandó que aquella misma noche se embarcasen las banderas, cada una con diez soldados. La demas gente hizo alto hasta que otro dia se señalasen los navíos en que habian de ir cada compañía, y el resto de las banderas estuvieron aquella noche en la muralla de Dunquerque esperando con notable ánimo los soldados para saber dónde se habian de embarcar.

Otro dia, muy de mañana, lo hicieron todos con increible contento, y Alexandro, que deseaba le tuviesen y abordar con el armada inglesa, y dar socorro y favor á la del duque de Medina, estuvo dos dias con el ejército embarcado, esperando el tiempo, que por haber sido muy contrario y borrascoso no tuvo efecto el mucho deseo que habia mostrado de socorrer al Duque; y no teniendo más que esperar, por haberse pasado la sazon sin poder recuperar nada de lo perdido, volvió Alexandro á desembarcar su ejército, y su persona se fué á la vila de Brujas, donde habia tenido su corte, harto pesaroso de que el cielo hubiese dado tan mal suceso á sus cosas, que con tanto ánimo y gallardía habia emprendido, poniendo en ello todas sus fuerzas, ingenio y solici-

tud. No por esto cesaron las lenguas que habian comenzado á murmurar, porque en desvergonzándose, con dificultad se pueden refrenar; y habiéndolo entendido, dijo en público en la plaza de Dunquerque, sustentaria, no como Capitan general del Rey, su tio, sino como Alexandro Farnesse, á todos los que le culpasen en el mal suceso de la jornada; y con estar delante toda la gente más granada y florida de su ejército, y entre ellos los que habian murmurado, ninguno le respondió ni satisfizo, que tambien en esto dió mucho que considerar. Yo he escrito puntualmente lo que ví y lo que pude penetrar, juzgando por las acciones de Alexandro ser todo lo que hizo muy enderezado al servicio del Rey, su tio, y al aumento de la Santa Iglesia. Si otros más curiosos escudriñaron algunos intentos que sólo Dios pudo juzgarlos para poder escribirlos, lo podrán hacer, que yo sólo he apuntado lo que á vista de tantos ojos pasaba y sucedia; y me remito á los muchos testigos vivos que hay que podrán, sin pasion, confesar lo mismo. Todo el ejército español se volvió á alojar á los primeros cuarteles que habia tenido, y mandó Alexandro le siguiesen algunas compañías que de atras estaban en Dunquerque, la una fué la del capitan Andrés de Castro, y la otra del Capitan y Sargento mayor Diego de Escobar, que lo era del tercio viejo del Maestre de campo D. Sancho de Leiva.

A los 26 de Agosto se tomó un felibote de la reina de Inglaterra que iba en busca de su armada, con despachos y avisos para su General. Llevólos á Brujas D. Jorge Manrique y se los dió á Alexandro. Lo que contenian era el sentimiento que la Reina tenia por no saber de su armada, porque no habian llegado á Lóndres sino veintiocho bajeles, y aquellos muy mal tratados, y á Pechelingas treinta y dos y peor en órden y con poca gente, y que era muerta otra mucha muy particular y su piloto mayor; y que la Reina habia hecho publicar un bando que nadie fuese osado en todo su reino á decir el suceso de la armada, ni dejasen salir navíos de sus puertos para ninguna parte. Por haberse sabido esto en Flandes, por los despachos que Alexandro abrió, lo escribo, pues, como

he apuntado, no es mi intento escribir nada de lo sucedido en Inglaterra ni otras partes, sino sólo las facciones que con el ejército del Rey, su tio, hizo Alexandro, y los Capitanes y mi-ministros que servian debajo de su mano, así en los Estados de Flandes como en el reino de Francia hasta su muerte.

A postreros de Agosto mandó Alexandro se partieran del ejército dos regimientos de alemanes y uno de borgoñones, á órden del conde Mansfelt, y se la dió de que con toda esta gente marchase la vuelta de la ciudad de Bona á encargarse del ejército que el príncipe de Simay tenia sobre ella. La causa desta novedad no la pude penetrar ni entender, más de que debió de querer Alexandro emplearle en otra empresa, y no faltó quien dijo lo hacia por no más de que se entendiese podia hacer y deshacer no sólo á los soldados, Capitanes y demas Oficiales de su ejército, más tambien á los Príncipes. No sé que fuese tan ambicioso que se pudiera colegir de su condicion semejante cosa; pero, en fin, ya habian comenzado á abrir la puerta á las murmuraciones, y con pequeña ocasion entraban por ella para deshacer si podian por este camino, compelidos de la envidia, parte de su buena opinion. No quiso se acabase de pasar la sazon el verano (ya que la jornada de Inglaterra habia tenido tan mal succeso) sin hacer alguna buena faccion, pues tenia tan poderoso y florido ejército, ó bien por fuerza de armas ó con inteligencias, como adelante lo veremos, y así comenzó á levantar su ejército, y á reforzar las guarniciones que le pareció tenian necesidad. A 1.° de Setiembre dió órden que la compañía de infantería española del capitan Buitrago fuese de presidio al fuerte del Saso, que por ser de tanta importancia para la seguridad de la villa de Gante y de todo aquel país, fué muy necesaria, demás de las compañías que la presidiaban, tambien de españoles, como he referido; y dos dias despues se partieron de los cuarteles de Umen el tercio del Maestre de campo D. Francisco de Bobadilla, y el regimiento de los irlandeses del coronel Estanley, y otros dos de valones y alemanes á cargo del marqués de Rentin, y fueron marchando la vuelta de la villa de Malinas, en Brabante, donde cerca de

Villabruque, el chico, hicieron alto hasta que se juntaron con las demas tropas en el castillo de Bao; y á los 5 de Setiembre marchó el tercio viejo de españoles del Maestre de campo Don Sancho Martinez de Leiva, y el de italianos de D. Gaston Espínola, con otros dos regimientos de alemanes y valones, é hicieron el mismo camino, llevando el cargo desta tropa Don Sancho; y otro dia siguiente se levantó de los mismos cuarteles de Umen el tercio de españoles del Maestre de campo D. Juan Manrique de Lara, y el del cargo de D. Luis de Queralte, con el regimiento de alemanes del coronel Ferrante Gonzaga, y fueron siguiendo á los demas; todas estas tropas llegaron al lugar de Dufel, y por otro nombre el de las Mantas, nombrado así de los españoles porque en este lugar se hacian (no se yo ahora), pero en aquel tiempo muy buenas. Por él pasaron el rio que va de la villa de Liera á la de Amberes, habiendo hecho alto hasta los 15, que fué jueves, y este dia marcharon al burgorante de Amberes, y á la última tropa de españoles seguia la que se levantó del lugar de Lombardía, entre Dunquerque y Neoporte, y fué haciendo el mismo camino que los demas hasta Amberes; iba á cargo del Maestre de campo Camilo Capezuza, que era su tercio de italianos y un regimiento de alemanes, y el de valones que llamaban de Alexandro, el cual mandó en este medio al marqués de Rentin, que habia llevado la tropa de vanguardia, que de ella sacase trescientos valones y otros tantos irlandeses, y el mismo número de alemanes, que todos eran novecientos hombres, y con el tercio de españoles del Maestre de campo D. Francisco de Bobadilla, y más tres compañías de caballos, y que fuese la vuelta de Estembergue á ganar la isla de la Tola, con esperanza de que si se hiciese pié en ella tener entrada por aquella parte para la de Holanda y Gelanda, y esperando á los yelos del invierno apoderarse dellas con todo el ejército español, que con este intento lo habia hecho marchar en tropas porque no se embarazasen en aquellos contornos; si todas se alojaran en una parte fuera una faccion importantísima, pues con ménos gasto y no con tan gran armada ni ejércitos como los que se habian juntado para Ingla-

terra se pudiera señorear della desde las islas, que era el intento y parecer de Alexandro, porque desde España, habiendo de ir armadas tan poderosas contra la fuerza de las corrientes y aguajes del Estrecho ó Canal, donde hay tantos bancos y peligros, como se sabe y se ve por experiencia, que áun las mismas armadas de Inglaterra y de los holandeses han periclitado en aquellas costas, y cuando parten de España, en llegando á ellas van divididas y deshechas sin jamás haberlas visto en conserva, ni tomado todas un puerto, sino el que cada navío puede, huyendo de las tormentas y espantosas borrascas que el viento y mar engendran en aquellas islas. Al contrario es cuando dellas salen armadas para la vuelta de España, todas vienen con bonanza y juntas, porque van disminuyendo altura. Esto mismo se ve en el viaje de las Indias, que al ir á ellas van las armadas recogidas, haciendo felicísimos viajes; y cuando vuelven á España, como se multiplica de altura con no haber los canales y corrientes que hay en las islas de Inglaterra, Irlanda, Holanda y Gelanda, vienen con grandísimo trabajo, y miéntras más se fueran acercando por este rumbo al Norte, se verán en muy grandes y eminentes peligros, como tantas veces nos lo ha enseñado la experiencia; y sin la armada que llevó el duque de Medina, los que despues fueron á cargo de D. Martin de Padilla, Adelantado mayor de Castilla, los años de 1596 y el de 97, se vieron en el mismo naufragio, pues habiendo salido con esta última un muy florido ejército y armada del puerto de la Coruña, á los 17 de Octubre deste año, para la isla de Inglaterra, con llevar el Adelantado, siendo un tan gran caballero y valentísimo soldado, tan buenos marineros consigo, y su persona no ménos plática en las cosas de la navegacion, no hubo bien llegado á veinticinco leguas de Inglaterra, hácia el puerto de Talamua, que es donde dijeron habia de desembarcar con el ejército, cuando se comenzó á reconocer los temporales que en aquellos canales y corrientes se engendran, pues luégo comenzaron los navíos á sentirlos, y queriendo el Adelantado proseguir su viaje, no lo consintió el mar, que compelido de sus acostumbrados vientos y reflujos se comenzó á embravecer

de tal suerte, que moviendo una tempestuosa fortuna la hubo tan grande que en breve espacio se dividió toda el armada perdiéndose algunos navíos, y con los demas aportamos á la costa de España á diferentes puertos; y porque no es mi intento escribir ni ponderar tanto los movimientos que en las costas de aquellas islas hace el mar, siendo tan notorias, abreviaré con decir que en el navío donde yo iba embarcado por Capitan de una compañía que truje de Bretaña, con ir en él Martin de Bertendona, General de la escuadra de Vizcaya, gran marinero y gallardo soldado, lo pasamos muy mal, y tanto, que se nos iba el navío á pique por estar abierto de los golpes de las fuertes y crecidas olas que el viento levantó, y haberse tenido toda aquella noche de mar en través, y á fuerza de brazos lo fuimos desgotando, porque las bombas con el arena del lastre estaban ciegas y embarazadas. Tanto pudieron las aguas despedidas de la costa de Inglaterra, que con estar á veinticinco leguas hicieron el efecto que he escrito.

Y porque si algun curioso juzgare como las armadas inglesas y de Holanda van en salvamento á sus puertos, aunque como he referido llegan desbaratadas y divididas, se advierte que yendo á sus casas y al abrigo de sus puertos, aunque con dificultad los hallan y se entran en ellos por que no hay quien se lo estorbe; pero yendo á pelear y á conquistar estas islas enemigas es forzoso llevar el armada recogida, y como se deja ver, si bien mudando la derrota se puede con ménos trabajo y con más seguridad (aunque en el mar pocas veces se halla) hacer esta navegacion, y se vió por experiencia el año de 1601; porque habiéndole encomendado el Rey, nuestro señor, el llevar un socorro de cuatro mil españoles á los católicos de Irlanda á D. Diego Brochero de Analla, gran Canciller, y hoy del Consejo de guerra de Su Majestad católica, protector de la nacion irlandesa y Embajador en la corte de España de la Sacra religion de San Juan, Comendador de Yébenes y Teniente del príncipe Emanuel Filiberto, hijo del duque de Saboya, gran Prior de San Juan, digno de otros muchos y mayores cargos, así por ser D. Diego tan gran cristiano, prudente

y valentísimo caballero, como porque es uno de los mayores marineros que hoy sirven en la corona de España, y más necesarios para las fábricas de galeras y navíos que se sabe, y con haber más de cuarenta y ocho años que navega, ni á su religion ni al Rey, nuestro señor, ha perdido un tan solo batel, ántes bien ganado tantos navíos y galeras, peleando con los enemigos de la Iglesia, en Poniente y Levante, tan gallardamente como es notorio, y en muchos escritos de graves autores lo habemos leido; y aunque yo como testigo de vista puedo decir algunas buenas facciones que en el mar ha hecho (porque teniendo á su cuenta toda el armada Real del mar Océano, y yo Cabo y Gobernador de toda la gente de guerra della y de su cargo, navegué con él y serví debajo de su mano cerca de siete años), pero por no ser este su lugar las dejó de escribir. Salió pues D. Diego Brochero del puerto de Lisboa con toda el armada Real del mar Océano la vuelta de Irlanda, á 3 de Setiembre de 1601, y con los cuatro mil españoles que escribí habian de ir de socorro á los católicos de aquel Reino (los cuales fueron á cargo de D. Juan del Águila), deseó extrañamente llegar en salvamento con ellos, así por el fruto que se habia de sacar desta jornada, porque como tuvieron tan mal suceso todas las armadas de España que habian navegado la vuelta del Norte, y habiendo de hacer ésta el mismo viaje, procuró D. Diego experimentar lo que tantas veces tenia aconsejado, y alargándose de tierra fué con el viento Nordeste, Nornordeste tomando el rumbo del Nordeste, y aunque con algun impedimento se llegó á los cuarenta y seis grados, haciendo desde este paraje el camino del Norte, y á los veintidos dias de navegacion se halló en cuarenta y seis grados y medio Norte Sur con el cabo de Clara, que es en la costa de Irlanda, donde dió un recio temporal, y habiendo pasado se fué viento en popa hasta el Cabo viejo, que es á la entrada del puerto de Quinçal. Hízose un felicísimo viaje con ser la entrada del invierno; y cuando á Don Diego le pareció estaba en el paraje que habia menester para zafarse de los peligros y corrientes de los canales de Inglaterra y de Irlanda, habiéndole sobrevenido un tiempo hecho, como he

referido, para arribar á ella, anubló en popa una mañana y nos hallamos en la costa sin que el mar nos estorbase tomar puerto; y habiendo escogido D. Juan del Águila (como persona que habia de quedar en aquel reino á hacer la guerra) el del Quinçal, entramos en él y desembarcamos la gente, artillería y municiones; con grandísima bonanza estuvimos con el armada en aquel puerto nueve dias, y no teniendo D. Diego órden de quedarse con ella en Irlanda, sino de volverse á España, se hizo á la mar, pareciéndole navegar con el viento Norueste la vuelta de Sur hasta llegar á los cuarenta y siete grados, y allí le dió el viento Sureste. Fué haciendo su viaje con mucho trabajo con diferentes rumbos que los que habia llevado, y siendo forzoso acercarse á Inglaterra para coger el camino más apropósito y navegar con más brevedad, se comenzó á levantar el mar y á engendrar el viento una fiera borrasca, reconociendo que los aguajes y corrientes de los canales ó estrechos que desaguan en aquella costa son la causa de las pérdidas de nuestras armadas, con que D. Diego acabó de experimentar el acertado viaje que habia hecho; y procurando apartarse destos evidentes peligros, llevando su armada lo más recogidamente que pudo, se dejó llevar (puesta la proa en España) de la fortuna que se habia levantado; y habiéndonos alargado de las costas de aquellas peligrosas islas, comenzó á abonanzar el viento y mar, y todos conocimos cuán cierto era el parecer de D. Diego y lo que siempre habia dicho; y si hiciera este viaje como se acostumbra, le sucediera lo mismo que al duque de Medina y al Adelantado mayor de Castilla y á otros, por las causas referidas. Llegamos á Lisboa sin ninguna pérdida, con tan buen suceso en ida y vuelta como se puede desear, y la primera armada española que le tuvo navegando al Norte fué ésta; y porque es razon disculpar al duque de Medina y al Adelantado, por ser tan grandes caballeros, me ha parecido escribir este discurso, y por deshacer la ignorancia del novelero vulgo, que sin saber ni asignar lo que dice, discurre en lo que no vió ni entendió, que el duque de Medina y el Adelantado perdieron dos armadas con que iban á conquistar á Inglaterra, y no juzgan la causa, que

estuvo en la fuerza de los inclementes cielos que compelieron al mar y vientos para tan grandes pérdidas.

El marqués de Rentin, que ya tenia puesta en órden la gente que escribí habia aprestada para ganar la isla de la Tola lo fué á poner en ejecucion. Marchó por el Dique maestre que va de la villa de Estembergue á ella, y con tener dos cortaduras muy grandes, y ser el agua que salia por ellas mucha, la desguazaron ántes de llegar á un canal muy fondable que tiene, y habiendo de hacer lo mismo en él los Capitanes españoles del tercio de D. Francisco de Bobadilla, que eran D. Juan de Mendoza, Gaspar Zapena, Diego de Castro y Mendoza que llevaban el arcabucería de vanguardia, comenzaron á tentar el desguazo, y les pareció temeridad sin reconocerlo pasar adelante. Seguian á estos Capitanes el que llevaba las picas, que era D. Juan Chacon, y los que iban con las mangas de retaguardia, que eran Juan Ruiz de Villaoslada y Ledesma, y les pareció lo mismo; y habiéndose conformado todos, dijeron al Marqués se sirviese de hacer reconocer muy bien el desguazo ántes de aventurar la gente. Respondióles que lo hiciesen por aquella parte, que era el órden que llevaba de Alexandro, que no podia hacer otra cosa; y como la obediencia de la infantería española es tan grande, que aunque vean los peligros manifiestos no los rehusan, comenzaron á pasar el canal, y á pocos pasos que dieron los guías que llevaban se ahogaron ocho dellas, y algunos soldados sin poderlo remediar; demás de ser el canal muy hondo era el agua recia y no permitia desguazo. Toda la gente estuvo en el mismo peligro, y áun el propio marqués de Rentin, porque no era el postrero, respecto que deseaba se hiciese aquella faccion, y esto le hizo facilitar el desguazo. Fué muy gran descuido suyo no llevar algunas barcas para pasar, que le fuera fácil, y sin duda saliera con la empresa; mas fiado en la relacion que las guías le hicieron, se aventuró á ejecutar lo que no habia visto ni reconocido, cosa bien fuera del órden militar, pues jamás debe ningun Capitan aventurar la gente ántes de reconocer los sitios, partes y puestos por donde ha de hacer la faccion, particularmente

en el agua, donde son más inciertas y los peligros mayores.

Comenzaron en este medio á cargar algunos rebeldes que habia en la isla á defender el pasaje de los españoles, y así por esto como por no haber podido pasar á ella, se retiraron con grandísimo peligro, y le tuvieran mayor en la cortadura si no fuera por el sargento Francisco Marin, que con órden del Marqués se puso en ella á guiar los soldados por la parte donde se hallaba pié para desguazar. Con todo eso se ahogaron algunos, y tambien las guías, que pagaron por no haber sabido tomar el desguazo, ni áun pienso que le habian reconocido. Visto por el marqués de Rentin el mal suceso que habia tenido, recogió la gente y fué á alojar con ella la vuelta del lugar de Rosendal, donde estuvo hecho alto hasta que Alexandro salió en campaña, que fue á 19 de Setiembre; su persona y corte llegaron al lugar de Calentante, donde habia dado órden se recogiese parte de su ejército, y el resto se alojó en sus contornos. Hizo allí dos dias altó hasta que acabase todo de llegar, y cuando lo estuvo, sacó dél dos mil soldados escogidos, y con ellos fué á reconocer los puestos y cuarteles que pensaba tener sobre la villa de Bergas Olzon, en Brabante, que está á diez leguas de la de Amberes, el rio Esquelda abajo cerca del mar, importante y fuerte, y para su seguridad y de la campiña convenia reducirla al servicio del Rey, nuestro señor, y quedaba Lillo, que es un castillo en la misma ribera, entre Amberes y esta villa de Bergas, sin poder ser socorrrido por ninguna parte, y aunque, como he escrito, ántes de poner sitio á la villa de Amberes le batió el coronel Cristóbal de Mondragon, no fué posible ganarlo.

Alexandro que deseaba quitar estas dos plazas y limpiar la ribera de Amberes, con que quedara el más rico y lucido país que se podia desear, buscó medios (visto que no habia podido salir con la empresa de la isla de la Tola para desde ella ganar las de Holanda y Gelanda, como ya he escrito), con inteligencias, pues no podia por fuerza de armas rendir estas dos plazas, y así intentó hacer un trato por medio de tres personas, uno francés y los dos ingleses que es-

taban de guarnicion en el fuerte y Cabeza de Bergas. Uno destos dos se llamaba Rostoner, gran hereje, y de quien la reina Isabel tenia mucha satisfaccion, y así le daba mano en la guarnicion de la villa y la del fuerte. El trato que hizo fué doble, como adelante lo veremos. Y habiendo Alexandro reconocido todos los puestos y avenidas que habia en el sitio de Bergas, y señalado los cuarteles para alojar su ejército, se retiró con los dos mil soldados que habia llevado al castillo de Bao. Pasaron allí mucha necesidad, porque como fueron á la ligera y sin bagaje, no llevaron provisiones, ni tuvieron de donde abastecerse hasta que llegaron los vivanderos, que fué de allí á dos dias, y ni más ni ménos el resto del ejército. Hizo Alexandro en estos cuarteles de Bao un dia alto hasta que se fué recogiendo todo. La primera tropa que llegó era la del marqués de Rentin, que fué la que habia llevado para ganar la isla de la Tola. Mandó Alexandro que fuese á alojar una legua de Bao, á la parte de Bergas Olzon, y á los 24 de Setiembre marchó su persona con todo su ejército, que ya habia acabado de llegar en las mismas tropas que se levantó de los cuarteles de las villas de Neoporte y Dunquerque, y fué á poner sitio á la de Bergas, *propter formam,* sin abrir trincheas, con esperanzas del trato que tenia en plática con las personas ya nombradas, porque no podia ganar esta plaza por batería por no podérsele quitar el socorro de la mar, si no era ganándoles el fuerte de la Cabeza, que, con esta esperanza, se entretuvo Alexandro en este sitio con todo su ejército más de cuarenta dias, lo más arrimado á las murallas que se pudo, y en el discurso dellos hicieron los rebeldes algunas salidas debajo de su artillería á los españoles, escaramuzando los más dellos, habiendo pocos que no hubiese muertos ni heridos de ambas partes, como despues diremos. Habia en esta villa de Bergas Olzon tres mil hombres de guerra entre infantería y caballería, con que podrian hacer muy buenas facciones, y aunque intentaron algunas, no les sucedió como pensaban, sólo en el trato del fuerte de la Cabeza consiguieron su intento, y á fin de necesitarlos en tanto que con sus inteligencias no podia Alexandro reducirlos, procuró

por la parte de tierra oprimirlos asolándoles y destruyéndoles todas las campiñas y contornos que tenian, y como en este sitio no se habian de abrir trincheas ni ganar esta plaza por batería, acuarteló Alexandro el ejército por muy buena órden.

Su persona y corte se puso en medio del ejército, que todo estaba acampado en barracas, y su tienda muy cerca del camino que va de la villa de Bergas Olzon á la de Amberes, por estar por aquella parte más á la mano á lo que se ofreciese, siendo las principales avenidas por donde los rebeldes de improviso podian inquietar el ejército para hacerle algun daño. El tercio viejo de españoles del Maestre de campo D. Sancho Martinez de Leiva tenia á su mano siniestra y á su costado déste el regimiento de valones de Alexandro, y junto á él el tercio de italianos del Maestre de campo D. Gaston Espínola, y junto á él otro regimiento de alemanes con el tercio de españoles del cargo de D. Luis de Queralte, y el último, que por esta parte estaba acuartelado, que era á la mano derecha, fué el tercio de infantería española del Maestre de campo D. Juan Manrique de Lara; y una legua destos cuarteles tuvo los suyos el marqués de Rentin con la gente de su cargo, como he dicho, cerca del canal que va de la isla de la Tola al Dique maestre de Bergas; y al tiempo que el Marqués se acuartelaba tuvo una muy reñida escaramuza con los rebeldes de la villa, y anduvieron tan cerca que vinieron á las espadas. Hubo de ambas partes muchos muertos y heridos; pero á pesar de los rebeldes se acuarteló el Marqués en la parte donde Alexandro le habia señalado.

Despues de haber ganado el fuerte del Esquenque el príncipe de Simay en el sitio de Bona, que, como he apuntado, lo habia sitiado y pasado los navíos de armada el rio arriba, se apretó más la ciudad arrimándose al foso con la zapa, el cual estaba muy hondo y fuerte por tener algunas casamatas. El intento del príncipe de Simay fué de que se cegase, mas era faccion larga pero segura para salir con la empresa. Los rebeldes que estaban dentro de Bona, como vieron se les habian arrimado tanto y que no hacian ninguna faccion, procuraron resistir

cuanto pudieron á los católicos, hiciéronlos algunas salidas de improviso y los maltrataron mucho, particularmente por la parte donde estaban los loreneses del regimiento de Monsieur de Vademont, que parece tenian los de la ciudad con ellos más enemistad. En este medio tuvo aviso el príncipe de Simay que Alexandro habia enviado al conde de Mansfelt á encargarse del ejército que tenia sobre Bona; pero considerando se le hacia alguna afrenta (si así escribirse puede), pues le iba á deponer del cargo, se fué entreteniendo y hacia las jornadas muy pequeñas por dar lugar al Príncipe á que ganase á Bona ántes que llegase, el cual se dió tanta priesa, que hallando buena ocasion para ello no cesó de apretar cuanto pudo á los rebeldes, y pareciéndoles á ellos que su socorro tardaba mucho, y que se veian en ocasion de perderse, dijeron que por un Esquenque habian de padecer teniendo tanta ocasion para socorrerlos, que no querian por él verse en tanto extremo; y deseando rendirse, y no hallando causa para hacerlo, la buscaron con darse priesa á gastar los bastimentos y á destruir las municiones que tenian, pareciéndoles ser disculpa ésta para su flaqueza, y tambien por haber sabido que el conde Mansfelt iba con más gente sobre ellos, y que ántes que llegase les haria el Príncipe mejor partido, comenzaron á tratar de rendirse; y como de ambas partes habia tanta voluntad presto se conformaron, y concluyeron la paz á 28 de Setiembre, y este dia salieron los rendidos con sus armas y bagajes, y para la seguridad de su camino pidieron rehenes y personas y las enviaron á Berquerin, y fueron Federico de Aflito y Cola María Carachiolo, Capitanes napolitanos del tercio de Cárlos Pinelo, ambos caballeros y valerosos. El Carachiolo fué despues Capitan de lanzas y sirvió muy á satisfaccion de todo el ejército español. Hubo despues muy gran dificultad de volver los navíos en que habia ido el bagaje de los rebeldes á Berquerin, aunque lo habia solicitado Francisco Verdugo por que estaban á su cargo; pero un Capitan de los rebeldes, que se llamaba Gerit Heriyunque, que era el que con tanta obstinacion habia defendido la villa de Locchum, le dió palabra de volverle los navíos y se la cumplió, porque siendo Francisco Verdugo

gobernador de la villa de Harlen, de donde era natural, fué amigo de sus padres y parientes, y á esta causa se fió dél. Y habiendo sabido Alexandro que la ciudad de Bona se habia rendido, envió órden al príncipe de Simay se levantase del sitio y entregase la gente al conde Mansfelt. Hízolo así y marchó con ella la vuelta de la villa de Vagtendon con órden de Alexandro para sitiarla, que porque hacia mala vecindad á Venló y le corria las campañas á persuasion del coronel Rentin, Gobernador della, mandó Alexandro al Conde le quitase aquel padrastro, el cual fué á Venló á esperar toda la gente para proseguir su viaje.

Fracisco Verdugo se fué en los navíos de armada que tenia á la villa de Burique, adonde supo la llegada del conde Mansfelt á Venló, y porque le era forzoso irse á la villa de Groeninghen se fué ántes á ver con él, por haberle escrito lo hiciese para comunicarle la empresa de Vagtendon que iba á hacer, y habiéndole el Conde pedido su parecer, le respondió Francisco Verdugo era difícil empresa por ser principio de invierno y que entraba muy áspero y lluvioso, y la villa de Vagtendon estaba fundada en sitio pantanoso, demás de que la gente que habia estado sobre la ciudad de Bona no estaba con mucha satisfaccion, ántes mal asistida; con estas dificultades le pareció á Francisco Verdugo se ponia el Conde á mucho riesgo, el cual tenia de Alexandro otras órdenes que habia de cumplir despues de ganado Vagtendon, que no le parecieron ménos dificultosas haberlas de ejecutar, como adelante se dirá, y no era posible sino que quien se lo habia aconsejado á Alexandro era persona mal intencionada ó muy ignorante. Mandó que se quedase de presidio en la ciudad de Bona el capitan D. Juan de Córdova, y por Gobernador della con su compañía de lanzas españolas y con buen número de infantería. Era digno D. Juan deste y otros mayores cargos por ser un muy valiente caballero, plático y bien entendido, y hoy es Maestre de campo de infantería española del tercio de Lombardía del Estado de Milan.

Alexandro se entretenia con su ejército en el sitio de la villa de Bergas Olzon con esperanzas de coger fruto del trato que

tenia entre manos, y no hacia más facciones que dar á entender la habia de abrir trincheas y ganarla por fuerza de armas; pero, como ya he escrito, no era éste su intento, porque siendo plaza que no le podia quitar el socorro de la mar y que estaba con un tan fuerte presidio, no habia de aventurar á perder sus soldados y buena opinion con tanto riesgo y mayor duda si podria salir ó no con la empresa, si bien todavía deseaba la de la isla de la Tola por las razones que he referido, y para esto y romper los designios de los rebeldes que estaban dentro de la villa, iba recogiendo el resto del ejército y ocupando algunos puestos hácia la parte de la isla de la Tola, como escribiré, que porque en este medio hicieron una famosa y determinada salida los enemigos de la villa al ejército español, habiendo ántes hecho algunas no con ménos valor que ésta, la referiré, aunque de paso, con más particularidad que otras por lo bien que este dia, así los rebeldes como los españoles, pelearon. Ya escribí como en esta villa de Bergas Olzon habia tres mil soldados de guarnicion entre caballería é infantería, todos de los más viejos y pláticos que habia en los Estados rebeldes. Un Capitan de caballos estaba entre ellos que era asombro de las naciones que los servian, y en quien tenian los de Bergas en esta ocasion puestas sus esperanzas si Alexandro quisiera ganarla por batería; pero jamás tuvo este intento, y lo dió bien á entender un dia que su secretario le entró á firmar en su tienda unas libranzas, porque diciendo en la fecha de una dellas: en el sitio de Bergas, á tantos de tal mes, la rompió y le dijo que pusiese en el campo junto á Bergas, y no en el sitio, que él no la habia sitiado, porque si lo hiciera, la ganara ó no se pusiera sobre ella. En esto mostró el gran conocimiento que tenia en sitiar plazas y saber cómo las habia de rendir y acometer. Llamábase este capitan Charles ó Cárlos, y por mal nombre le decian el Salvaje. Era mozo, galan y de buen talle, que porque despues le ví preso y hablé en la villa de Amberes en casa del Maestre de campo D. Sancho Martinez de Leiva, puedo certificar sus partes, demás de ser muy discreto discurria bien en las cosas de la guerra. Servia á una dama, hija del Gobernador de la villa de Bergas Olzon, y un

dia en un banquete donde habia otras y algunos Capitanes desta misma guarnicion, dicen que brindaban á uso del país á cuatro y á seis españoles, y algunos hacian la razon á muchos más en servicio de sus damas, y como la comida duraba y se encendian en la conversacion, llegó el bríndis á la dama del capitan Charles ó Salvaje, y él le hizo la razon con un escuadron de españoles, y él la tuvo muy poca en ofrecer lo que no podia cumplir; pero en Flandes (como escribí en la descripcion de aquellos Estados), el uso de beber los empeña de manera en algunas ocasiones, que pocas veces salen bien dellas. La dama aceptó la oferta de su Capitan, y él le volvió á prometer de traelle las cabezas del escuadron de españoles que habia de degollar, y encendido del fuego que los brindis le habian prometido, no quiso dilatar el ofrecimiento que tenia hecho, y ántes de acabar de comer se levantó de la mesa y hizo tocar las trompetas á caballo y á arma la infantería, con tanto tropel y estruendo, que se oyeron en el ejército español, y fué causa de ponerse en escuadron en sus puestos con el cuidado necesario. Los rebeldes guarnecieron la muralla de Bergas para hacer esta salida, con mucha arcabucería y mosquetería, y debajo de su artillería que estaba muy aprestada con muy buen órden, que no todos en esta ocasion estaban comiendo como el capitan Salvaje, porque los tenian bien ordenados salieron de improviso y con gallarda determinacion cerraron con el primer escuadron de españoles que encontraron, que era el del tercio viejo del Maestre de campo D. Sancho Martinez de Leiva, y el capitan Charles de vanguardia de dos tropas de caballos. Trabóse una muy sangrienta y reñida escaramuza, peleando los unos con los otros valerosamente; los rebeldes, que procuraban cumplir la palabra que habian ofrecido, lo tuvieron por más dificultoso que pensaron, porque hallaron tanta resistencia en los españoles, que no pudieron romper su escuadron, aunque lo acometieron con mucha pujanza, al mismo tiempo que desde las murallas de Bergas les comenzaron á dar calor con disparar toda el artillería que habian aprestado, sin que cesase la mosquetería y arcabucería que estaba de mampuesto, y hicieron harto daño á los españoles,

particularmente el artillería, que batiendo á los cuarteles desalojaba los que habia en ellos.

En este medio andaba el capitan Salvaje no ménos furioso que lo habia estado en el banquete, pues ya que no cumplió lo que en él habia prometido, á lo ménos lo intentó tan desatinadamente, que cerrando con el escuadron español peleó muy bien; pero Julian Martinez, soldado de la compañía de españoles del capitan Diego de la Peñuela, hallándose cerca dél, le dió un alabardazo con tan buen pulso que lo derribó del caballo y lo prendió, y aunque el golpe deste soldado infante fué tan grande, como se ha visto, no fué menor el de Pedro Gallego (que despues fué Capitan de infantería española y Gobernador de la villa de Neoporte), que siendo Alférez de caballos de la compañía del capitan D. Antonio de Zúñiga, con nueve lanzas que estaba de guardia en un puesto, viendo que las dos tropas de caballos con que cerró el capitan Salvaje se habian retirado dejándolo ya preso, con buen órden y á atropadas para revolver sobre el alférez Pedro Gallego, salió á recibir con los nueve soldados que tenia, y él con su estandarte en la mano, como valeroso español y hechura de un tan gallardo capitan como D. Antonio de Zúñiga, cerró con ellos y los desbarató y rompió el estandarte en el cuerpo de un caballo ligero rebelde, dejándoselo atravesado en él, que no ménos fruto se sacó deste encuentro que del alabardazo de Julian Martinez, pues fué causa que los rebeldes comenzasen á desmayar y á perder toda la furia con que habian acometido á los españoles. Comenzaron á darles muy grandes rociadas de arcabucería y mosquetería que los obligó á irse huyendo á la villa muchos ménos de los que habian salido, señalándose algunos dellos famosamente, y no ménos los españoles, que con ser acometidos tan de improviso y con tanta gente, sin perder sus puestos ni moverse un punto resistieron el ímpetu de los rebeldes, como se ha visto. Y entre los que en esta escaramuza dieron muestra de sus personas y ánimo, fué uno dellos Diego de Escobedo, soldado de la compañía de D. Luis de Zúñiga, que hoy es Capitan reformado y muy opinado soldado, que en otras muchas

hizo su deber en las ocasiones que adelante escribiré, y particularmente Pedro de Vilches Rueda, natural de Torredonjimeno, que hoy es Sargento mayor de la milicia del partido de Almagro y Ciudad-Real; peleó este dia con grandísimo valor y gallardía, habiendo hecho lo mismo en otras ocasiones; Julian Martinez que despues fué Alférez en el mismo tercio de don Sancho, quedó por dueño del capitan Charles, y pareciéndole que si no lo aseguraba se le podria huir, se lo presentó al Maestre de campo D. Sancho Martinez de Leiva; pero satisfízoselo muy bien, y teniéndole despues preso en su casa en Amberes le dió libertad fiando de su palabra el ranzon que le quisiese enviar; pero el capitan Salvaje, reconociendo el regalo y merced que D. Sancho le habia hecho en su casa, le envió un muy gran presente igual á la calidad de su persona. Alexandro lo tuvo así por bien, y no poco cuidadoso habia estado cuando vió la salida que con tanta presteza los rebeldes hicieron á los escuadrones españoles, y todo el tiempo que duró la escaramuza la asistió y estuvo previniendo la caballería para romper los enemigos que debajo de sus murallas se habian atrevido acometer los nuestros, mas como todo fué con la presteza que se ha visto, no fué necesario.

Ya escribí como no se habia acabado de recoger todo el ejército católico para el sitio de Bergas y faltaban por llegar algunos regimientos, sin las tropas que llevaba á cargo el conde Mansfelt, que eran con las que ganó á la ciudad de Bona, y con ellas habia de sitiar á la villa de Vagtendon y su castillo, como adelante escribiré. Los dos regimientos de valones del marqués de Rentin y del conde de Heguemont, que habian estado alojados en Haudemburque, llegaron al ejército español á los 7 de Octubre deste año, y á los 10 dió órden Alexandro que salieran de los cuarteles donde estaba alojada su persona alguna infantería de todas naciones y fuese al cuartel del marqués de Rentin, y juntándose con la que tenia en él, mandó que ganasen un puesto que estaba en el Dique maestre, que ya dije iba de la isla de la Tola á la villa de Bergas, y que hiciesen un puente en una cortadura que los rebeldes tenian en un contra-

dique que iba desde los cuarteles del ejército al dique maestre, que era la parte donde Alexandro mandó ocupar y hacer pié. Ganóse sin ninguna pérdida; allí hizo abrir algunas trincheas para defenderse del artillería que los rebeldes tenian en la villa, por haber comenzado á jugarla y hacia mucho daño; y porque se repartiese el trabajo de las guardias que en este puesto hubo, mandó Alexandro que de todo el ejército, por sus cuartos, cada nacion las ocupasen y se extendiesen por todo el dique, y porque desde el cuartel donde estaba Alexandro habia más de una gran legua hasta este puesto, se mudaban las guardias cada tres dias, y cada dos las que iban del cuartel del marqués de Rentin porque estaban más cerca. Habia mandado Alexandro, (así para la empresa de la isla de la Tola, si tuviera efecto, como para la de Bergas, siendo señor del fuerte y cabeza della, para cuya causa traia las inteligencias con Rostoner, inglés, y los demas que he nombrado), que se trujesen de la villa de Amberes gran número de municiones y otros pertrechos y artillería, y asimismo muchas barcas de remo; y en los cuarteles mandó Alexandro se fabricasen algunos trineos para llevar el artillería sobre los diques y pantanos, si se ofreciese, con otros muchos ingenios y aparatos de guerra; hizo plantar en el dique de la Tola siete piezas de artillería en dos camaradas, la una que era de tres, frontero de la villa por la parte de la mar, para estorbar que los navíos ni barcas pequeñas no entrasen tan libremente ni tampoco por el navillo que va de la isla de la Tola á Bergas, á la cual entraban cargadas de bastimentos y gente sin que se lo pudiesen estorbar, que ésta era la fortaleza que esta plaza tenia. La otra camarada de cuatro piezas se puso á la parte de un fuerte que los rebeldes habian fabricado á la de la Tola para guardar el paso y entrada de aquella isla, que como estaban advertidos del intento de Alexandro, no se habian descuidado de fortificarse y prevenirse para lo que se les ofreciese.

A los 17 deste mismo mes de Octubre en la noche, hicieron en la villa de Bergas muchas salvas de artillería y arcabucería, y les respondian de los fuertes y armada que estaba en la boca del Canal, y lo mismo desde los diques de la Tola y partes

donde los rebeldes tenian su ejército, sin que cesasen toda la noche las salvas y ahumadas que hacian, y donde más apresuradamente y con mayor estrépito se oian, era en los cuatro fuertes que estaban cerca de Bergas, y en los tres que habia en el dique por donde se iba al país empantanado, que era para la guardia del canal y dique que va derecho á la villa de Bergas; y en el otro que estaba en el que va de la isla á Bergas, frontero del fuerte de la Cabeza, que era el más principal y mayor de todos y de más importancia, pues ganándole era indubitablemente perdida la villa de Bergas, y ésta era la pretension de Alexandro, pues por otro camino no podia dar fin á esta empresa si no era poniendo á riesgo todo su ejército y reputacion. La causa porque en todos estos fuertes y puestos se habian hecho tantas salvas y regocijos, se entendió que fué por haber llegado aquella misma noche el conde Mauricio, hijo del príncipe de Orange, Gobernador de las islas y Capitan general de los Estados rebeldes, que, como he escrito, habia heredado el cargo y oficio de su padre, pero no sus artificios, maldades y cautela, pues aunque era rebelde al Rey, nuestro señor, y olvidado de Dios, hacia la guerra como honrado caballero y soldado muy entendido y valeroso cuanto se podia desear. Fué á oponerse á las facciones de Alexandro y á resistirle en caso que quisiera pasar á la isla de la Tola ó á ganar la villa de Bergas por fuerza de armas. Muy fuera estaba Alexandro de hacer esta última faccion, porque, como ya he referido, lo que le habia llevado á aquel sitio no era ponerlo á esta plaza, sólo entretenerse con las esperanzas que tenia de ganar por trato el fuerte de la Cabeza de Bergas, y de camino ver si podia señorearse de la isla, pues con cualquiera destas empresas que saliera se conseguia el fin de su pretension, quedaba Brabante asegurado y libre la navegacion de la villa de Amberes, y sin el estorbo del castillo de Lillo, porque con esta empresa le era forzoso rendirse, pues no habia parte donde le pudiera ir socorro. Demás desto, quedaba Alexandro (siendo el Rey, su tio, como lo era, dueño destas plazas si sus rebeldes vasallos no se las tuvieran usurpadas), opuesto á la empresa de las islas de Holanda y Gelanda,

que era lo que tanto tiempo habia deseado para señorear á Inglaterra; pero su fortuna, que como algunos émulos que ya se la habian declarado decian habia comenzado á declinar, no le colmó sus deseos y altos pensamientos, porque la muerte le atajó en los mejores dias de su vida, como á su tiempo escribiré.

Ya eran los 20 de Octubre cuando Rostoner, inglés, y sus dos compañeros dijeron á Alexandro efectuase el trato que habian platicado, porque para este dia en la noche se habia, si bien muchos le habian traido en palabras, y como no deseaba otra cosa, lo mandó poner por obra de la misma suerte que se habia trazado; y fué que uno de los compañeros de Rostoner se quedó en poder de Alexandro para guiar la gente por la parte donde el fuerte de la Cabeza habia de ser acometido, y porque esta empresa era difícil y de la calidad que se deja considerar, la encomendó Alexandro al Maestre de campo D. Sancho Martinez de Leiva, y habiéndole platicado y dado órden de la manera que lo debia de poner por obra, le entregó la guía que habia de llevar al fuerte. D. Sancho se la encomendó á Bartolomé Silvestre, Sargento de su compañía, para que con buena guardia la tuviese aprestada al tiempo que fuese necesario. La gente que habia de llevar estaba ya prevenida, cuyo número eran dos mil soldados, los más pláticos y viejos de todo el ejército, entre ellos eran nueve compañías de españoles que habian de llevar la vanguardia con D. Sancho de Leiva, tres de cada tercio, sin otros entretenidos y gente muy particular que se le llegaron, que como era un caballero tan amado y querido de tódas las naciones del ejército, siempre que habia ocasiones, lo buscaban; diferente que á otros que su condicion no les daba lugar para granjear amigos, cosa que en la guerra tanto se aborrece.

Estos dos mil hombres se juntaron en el cuartel del marqués de Rentin, y D. Sancho les señaló los puestos que habia de llevar cada uno; á los Capitanes españoles dió la vanguardia y que fuesen de tres en tres las compañías, una de cada tercio; del suyo fué el capitan Gregorio Ortíz; del de D. Juan Manrique de Lara, D. Alonso de Mendoza, y del de D. Francisco de

Bobadilla, D. Juan de Mendoza. A éste se encomendó el arcabucería de vanguardia, y con las picas que la seguian fueron el capitan D. Francisco de Santotis, del tercio de D. Juan Manrique, y del de D. Francisco de Bobadilla, D. Pedro de Luna, y del de D. Sancho, D. Luis de Godoy. Las picas de retaguardia llevaban Gonzalo de Luna y Mora, deste mismo tercio y del de D. Juan Manrique, Antonio Gonzalez, y Diego de Ledesma del de D. Francisco de Bobadilla, todos Capitanes experimentados y de mucho valor. De retaguardia destos españoles iba el marqués de Rentin con los italianos, valones y alemanes en la misma órden, pero todos á la de D. Sancho, el cual se puso de vanguardia con su Sargento, que llevaba el rebelde que los habia de guiar, bien advertido no le dejase de la mano hasta haber salido con la empresa, que bien se temió D. Sancho del mal suceso que se tuvo; no ménos Alexandro, que como experimentado, receló no le saliese el trato doble. D. Sancho comenzó á marchar con toda esta gente con el buen órden que he referido, cuando comenzaba á anochecer á los 20 de Octubre, y la guía le llevó muy cerca de la villa de Bergas por un gran pantano donde se hacia un desguazo cuando la mar era baja, distancia de un gran tiro de mosquete. Comenzáronle á pasar con inmenso trabajo con la menguante ó baja mar, que habia muchos fosos y canales, y con tan grande ánimo como si fueran por tierra firme con llegarles el agua á los pechos, y por algunas partes más arriba y á otros á la cinta y á ménos; y habiendo caminado más de una gran milla desta manera, llegaron á un canal muy ancho y hondo, el cual habian de pasar á tiempo que la marea iba creciendo, y por no estar reconocido y la guía no muy plática, que como el fin que llevaban era que se ahogasen y pereciesen los que iban á esta empresa, ó al ménos quedasen sepultados en el fango que era muy pesado é insufrible; la noche era muy oscura y hacia un aire terriblemente áspero y frio, y pareciéndole á D. Sancho no era bien aventurar su gente hasta tentar el vado ó esguazo y buscar la parte por donde se habia de pasar, mandó hacer alto y que se reconociese, y aunque esto lo pudiera hacer cualquier soldado particular de

los muchos que allí habia, no lo quiso fiar de ninguno, y quitándose los vestidos se arrojó en el canal con muy gran osadía, y lo reconoció y buscó el vado con el mayor ánimo que se podia esperar. Pocos Maestres de campo, y más siendo de su calidad hicieron esta fineza, pero su gallardía y determinacion, acompañada con el celo que siempre tuvo del servicio del Rey, nuestro señor, no le daba lugar al temor de perder la vida ni á otros respetos. Los rebeldes que habia en el fuerte de la Cabeza estaban en este medio bien advertidos y esperando llegaran los españoles, no para entregalles la plaza, como entendieron, sino para degollarlos, y Rostoner, cabdillo deste trato los animaba y tenia en buen órden esperando la ocasion que deseaba; y pareciéndole estaban ya en paraje los españoles que se les podian acercar y cerrar de improviso (porque tambien temieron algun mal suceso, costumbre propia de traidores), tomaron las armas con grandísimo cuidado para esperar el fin de su traicion. D. Sancho de Leiva habia ya vuelto á nado en este medio de reconocer el esguazo, y comenzó á guiar sus Capitanes y soldados por donde lo habian de pasar, y habiéndolo hecho con mucho peligro, porque la marea crecia á gran priesa, apresuraron el paso, y hallándose la guía cerca del fuerte habló en alta voz dando la seña de como eran llegados, y para dar á entender que los habian oido, dispararon de la muralla un mosquete de posta y le dió la bala á D. Sancho de Leiva en los riñones, que le pasó y deshizo todos los lomos; mas aunque se sintió tan mal herido, no por eso dejó este animoso caballero la empresa, ántes con mayor valor comenzó á esforzar su gente, que ya iba acabando de pasar el canal. Cerraron con el fuerte á la sorda, creyendo eran amigos los que habian de abrir las puertas para entrar dentro, los cuales alzaron el rastrillo y dejaron pasar los españales que les pareció bastaban para que no se apoderasen del fuerte y Cabeza, y volviendo á calar el rastrillo, comenzaron á disparar del fuerte y de la villa mucha artillería, y á dar tan grandes cargas de arcabucería y mosquetería, como si hicieran alva, y en un instante sacaron sobre las murallas muchas luces y lampiones para ver á tirar á los espa-

ñoles que por el agua, que á gran priesa iba creciendo, se volvian á retirar con inmenso trabajo, quedando muchos sepultados en el fango sin poder tornar á sus cuarteles, y otros ahogados, que por no saber nadar, ni atinar al camino por donde habian ido, perdieron las vidas sin que unos á otros se pudiesen valer ni remediar, y entre ellos muchos caballeros y gente particular de los que seguian á D. Sancho, el cual se retiró con el mismo ánimo que habia acometido esta empresa, con estar tan mal herido y desangrado: á D. Alonso de Idiaquez salvaron dos soldados, el uno era Antonio Limones, que por haberle conocido le ayudó á salir del fango donde ya estaba casi enterrado en vida como los demas que allí perecieron, que por ir armado de armas fuertes se vió en este peligro. Valióle el librarle dél á Antonio Limones el ser Capitan, demás que lo merecia por sus muchos servicios y ser tan buen soldado como D. Alonso agradecido, pues le honró y favoreció á medida de sus deseos.

Los que quedaron en el fuerte presos en poder de los rebeldes por haber ido de vanguardia, deseando aventajarse más que otros; fué uno dellos el capitan D. Juan de Mendoza, hermano del conde de Castro, que hoy es marqués de San German, del Consejo de guerra del Rey, nuestro señor, y su Capitan general del artillería de España, Gobernador del Estado de Milan, muy honrado y valiente caballero. El capitan D. Luis de Godoy quedó mal herido y fué tambien preso en el fuerte con otros muchos soldados particulares, y á todos los llevaron á la villa de Bergas Olzon, donde al cabo de algunos dias murió de sus heridas en esta prision. Era natural de Córdoba, muy valiente y gallardo Capitan, y aprobó muy bien en todas aquellas guerras. El capitan D. Juan de Mendoza se rescató y los demas. El Sargento del Maestre de campo D. Sancho Martinez de Leiva, apresurado en la ocasion deste trato, tuvo más cuidado de salvar su vida que de guardar la guía que le habian encomendado, pues se les escapó de las manos, que no poco le pesó á Alexandro porque pensaba darle un muy ejemplar castigo, tal cual le merecen los traidores que hacen semejantes tratos.

Mandó que se retirase toda la gente á sus puestos y cuarteles; y visto que el invierno entraba riguroso y que le habia sucedido mal la empresa, procuró recoger su ejército y entrarlo en guarnicion, y ántes de partir reformó el tercio de españoles que tenia á cargo D. Luis de Queralte, y repartió la gente dél con algunas compañías que quedaron en pié en los tres de los Maestres de campo D. Francisco de Bobadilla, D. Sancho Martinez de Leiva y el de D. Juan Manrique de Lara. En este medio llegaron de España algunos caballeros particulares que iban á servir en aquellas guerras debajo de la mano de Alexandro, y entre ellos dos catalanes, y le pidierou les armase caballeros, que para sus pretensiones y costumbre de Cataluña les era necesario, y no habian ido á Flandes á otra cosa. El lo hizo con las ceremonias acostumbradas, en presencia de todos los Príncipes y señores que habia en el ejército español de todas naciones, y ántes que marchase á su alojamiento mandó retirasen toda el artillería y municiones la vuelta de Amberes, é hizo dejar en el castillo de Bas alguna cantidad de harina y otros bastimentos para el sustento de la guarnicion que lo presidiaba.

A los 9 de Noviembre se partió Alexandro con su casa y corte, y se fué á Bruselas, donde estuvo aquel invierno, y dejó el ejército á cargo del conde Cárlos de Mansfelt y del marqués de Rentin con órden de alojarlo y de otras facciones que habian de hacer, y de retirar las municiones y los demas pertrechos é ingenios que se habian comenzado á fabricar. El conde Cárlos ocupó el alojamiento que tuvo Alexandro, y en éste mismo se retiró el marqués de Rentin con la gente que tenia á cargo, y habiendo comenzado á licenciar parte de la caballería para que fuese alojar ocupando la vanguardia, partió todo el ejército del sitio que habia tenido en Bergas, á los 13 de Noviembre, y fué la vuelta de Calentante, en las mismas tropas y por el propio camino que habia hecho cuando fué á Bergas. Allí hicieron alto todas las naciones, y los tres tercios de españoles se quedaron una legua más atras, en la abadía que llaman de Calentante, para dar lugar á dos regimientos, uno de alemanes y otro de valones, tomasen sus puestos y se acuartelasen en Calentante

con alguna caballería, para hacer un fuerte, que se fabricó y guarneció con esta gente para la guardia y defensa de aquel país y quitar las correrías que los de Bergas intentasen por aquella parte, que como quedaron tan ufanos de que Alexandro hubiese levantado su ejército sin ganar aquella plaza, se habian comenzado á desvergonzar y á correr toda la campiña y tierras de Brabante. Quedó el cargo de hacer este fuerte, y por Gobernador dél y de toda esta gente, D. Ambrosio Landriano, Capitan de lanzas españolas, muy honrado y valiente caballero. Al lugar de Rosendal, en Brabante, que, como ya he referido, es uno de los mayores dél, fueron otros dos regimientos de valones y alemanes, y dos compañías de caballos, para la guardia y defensa de otro fuerte que allí se fabricó para el mismo efecto que el de Calentante. Acabado esto se repartió el resto del ejército y fué á sus alojamientos. Partieron del abadía de Calentante los tres tercios de españoles á los 15 de Noviembre; el del Maestre de campo D. Sancho Martinez de Leiva fué alojar á la villa de Liera con diez compañías, estando su persona con ellas todo el tiempo que duró aquel alojamiento; y á la de Diste fué con otras tres deste mismo tercio el capitan Luis del Villar, que era el más viejo dél, muy experimentado y particular soldado. Otra compañía fué á la villa de Siquem, á una pequeña legua de la de Diste, que para estar á la mano de lo que podia ofrecerse en Brabante y para las entradas de Alemania á Flandes del duque Francisco Casimiro ú otros herejes, que en este tiempo hacian levas de gente, le pareció á Alexandro con este tercio de D. Sancho Martinez de Leiva, y con la caballería que le abrigaba, asegurar aquel país, particularmente la villa de Amberes, porque no cesaban las inteligencias que tenian con los rebeldes de Holanda algunos calvinistas que habian quedado encubiertos, como adelante escribiré. El tercio del Maestre de campo D. Francisco de Bobadilla, que gobernaba el capitan Manuel de Vega Cabeza de Vaca, lo mandó Alexandro repartir en las riberas de la Mosa y parte de Brabante, con que quedaban más aseguradas las entradas de los herejes de Alemania en los Estados de Flandes. La persona de Manuel de Vega, con

diez compañías, alojó en Terlimont, lugar abierto de los mejores de Brabante, y el resto de las deste tercio alojaron dos en la villa de Mastriq, y otras dos en la de Roremunda, y en Sidonia otras dos, y las demas en Juliers. El tercio de D. Juan Manrique de Lara alojó sus quince compañías en la villa de Malinas, y por Cabo dellas el capitan Simon de Itúrbeda; en la villa de Nivela de las Damas alojaron seis á cargo del capitan Antonio Gonzalez; dos alojaron en Aríscote, y una en el castillo y abadía de Venló. Estas compañías se podian dar la mano con las de los otros tercios, de suerte que todos los confines y fronteras de Brabante quedaron asegurados, porque de otras partes no habia de que temer. Dos regimientos de tudescos y cinco compañías de caballos alojaron en la villa de Hoechstrate, á cargo de Jorge Vasto, Comisario general de la caballería; del tercio de italianos del Maestre de campo Don Gaston Espínola fueron algunas compañías á presidiar las villas de Grave y Venló y á el lugar de Grol. El tercio desta misma nacion del Maestre de campo Camilo Capezuza fué á alojar al lugar de Ascote, en la campiña; y porque no era suficiente alojamiento, se mejoró de allí á pocos dias á los contornos de Mastriq, y el resto de la caballería se entretuvo en lugares abiertos de la campiña y Brabante. A los primeros de Diciembre el regimiento de los irlandeses del coronel Estanley fué alojar á un lugar que se llamaba Til, en el condado de Flandes, á cuatro leguas de la villa de Brujas, á la parte de la de Cortray. Desta suerte quedó acuartelado todo el ejército español, salvo las tropas que tenia á cargo el conde Mansfelt, el cual fué con ellas en este medio á sitiar la villa de Vagtendon y su castillo, como he apuntado; y con hallar las dificultades que Francisco Verdugo le habia dicho, con su buena diligencia y valor, acompañado con tan larga experiencia, salió con la empresa, habiéndosele arrimado con trincheas y apretádola de manera que no se atrevieron á esperar el asalto, y los rebeldes que defendian esta plaza se rindieron á los 23 de Diciembre deste año. Salieron sin armas ni banderas, sólamente les permitió el Conde sacasen su bagaje. Serian cuatrocientos infan-

tes, muy buenos; y en su lugar presidió el Conde esta villa y castillo con las siete compañías de escoceses que estaban de guarnicion en la villa de Grave cuando Monsieur de Hautepena la ganó por trato, como he referido. La demas gente se repartió en tres partes, y mandó Alexandro fuesen alojar la una al Ducado de Cleves, y la segunda al de Juliers, y la tercera en el de Güeldres y Treves; y el tercio de los napolitanos del Maestre de campo Cárlos Pinelo fué á alojar al lugar de Roy, en la campiña, y á otros de sus contornos. Con esto quedó todo el ejército español acabado de acuartelar, como se ha visto; donde pasaron el invierno y parte del verano por no haber ofrecídose ocasion de importancia más de algunas correrías que los frabutes de la villa de Bergas Olzon hicieron en los alojamientos de los españoles, y otros sucesos de poca ó ménos consideracion, como en el año siguiente escribiré.

LIBRO DÉCIMOTERCERO.

DE LAS GUERRAS CIVILES Y REBELION DE FLANDES, EN QUE SE CONTIENEN LOS SUCESOS DEL AÑO 1589.

SUMARIO.

Cúmplese el plazo que Alexandro dió á los de Amberes cuando la ganó.—Condiciones del plazo que dió Alexandro á los de Amberes.—No quiere Alexandro conceder más término á los calvinistas de Amberes de los cuatro años.—Alexandro manda prender los calvinistas de Amberes sospechoso de un trato que tenian.—La reina de Inglaterra ayuda con gente á los calvinistas de Amberes para ganarla.—Alexandro previene remedio para guardar la villa de Amberes.—Múdanse las guardias de Rosental y Calentante por falta de forraje para la caballería.—El duque de Umena, General de los católicos de Francia.—Los rebeldes acometen el alojamiento de Camilo del Monte y le saquean el bagaje y hacen otros daños.—El arzobispo de Colonia pide á Alexandro apriete el sitio de Berqoerin.—Francisco Verdugo deja el gobierno de los fuertes del Rin al conde Federico y parte á Groeninghen á poner remedio en las cosas de Frisa.—Herejes anabatistas poderosos en el país de Groeninghen.—Al marqués de Barambon da Alexandro el gobierno de Güeldres y el de los fuertes que habia en las riberas del Rin.—Líbrase el arzobispo de Colonia de una emboscada de los rebeldes.—Provisiones de Alexandro contra el autoridad de Francisco Verdugo.—Sentimiento de Francisco Verdugo.—Alexandro mira por el autoridad de Francisco Verdugo.—Los católicos de Francia piden socorro á Alexandro contra el príncipe de Bearne, y se lo envia luégo.—El conde Lambergue va sobre el castilo de Zebembergue.—El castillo de Zebembergue se rinde.—Procura Alexandro ganar las islas de Holanda y Gelanda y pasar á Inglaterra.—Alexandro abastece y amuniciona la villa de Breda.—El autor preso por órden de Alexandro.—Alexandro se retira á Bruselas y sus soldados á sus alojamientos.—La guarnicion inglesa de Gertrudisberg descontenta y hace desórdenes.—El conde Mauricio ofrece dar sus pagas á la guarnicion de Gertrudisberg y no las admiten.—El conde Mauricio pone sitio á la villa de Gertrudisberg y la bate.—Temor de los cercados de Gertrudisberg y codicia del conde Mauricio.—Inteligencias de Alexandro.—Alexandro va con parte de su ejército á Gertrudisberg.—El conde Mauricio retira su ejército del sitio de Gertrudisberg.—Los rebeldes de Gertrudisberg persuaden á los ingleses no entreguen la plaza á Alexandro.—Los ingleses de Gertrudisberg la rinden á Alexandro.—Alexandro retira su ejército de Gertrudisberg y va á tomar los baños de la fuente de Aspa.—Los rebeldes ganan de improviso la villa de Terlimont.—Los rebeldes cierran con un cuerpo de guardia de españoles en Terlimont.—Los españoles defienden su cuerpo de guardia con mucho valor y los rebeldes le ponen fuego.—Los rebeldes dan un asalto á los españoles y son resistidos con muerte

de su Gobernador.—Muerte del capitan D. Cristóbal Marco y de un Alférez.—Piedad y buenos respetos de un francés enemigo.—El Gobernador de los rebeldes que saquearon á Terlimont da la vida á Juan de Morales, español, y dineros para que se cure.—Número de los españoles muertos y heridos en Terlimont.—Las listas del tercio de D. Francisco se quemaron en Terlimont.—Los rebeldes que saquearon á Terlimont se retiran con el despojo y dan en manos de los españoles y los desbalijan.—Pleito que tuvieron los capitanes Manuel de Vega y Bortolomé de Torralva.—Costumbre de la guerra.—Fiestas que hizo el tercio viejo de españoles.—Gran desórden.—D. Diego de Ibarra reformó en Flandes el mal uso que tenian los Oficiales del sueldo.—Fiestas que hicieron en Flandes los soldados españoles del tercio de D. Juan Manrique.—De la ociosidad en la guerra nacen los desórdenes y dellos daños y necesidades.—La nacion española intenta un motin.—Sitio de la villa de Heusden.—Los herejes tratan de establecer sus sectas en los Estados del duque de Cleves.—Francisco Verdugo avisa á Alexandro y al duque de Cleves los designios de los rebeldes.—Los fuertes de las riberas del Rin se pierden.—Francisco Verdugo hace dos fuertes para facilitar las entradas en Frisa.—El conde Guillermo procura estorbar no se hagan los fuertes de Francisco Verdugo.—El conde Guillermo de Nasao acomete la exclusa de Suasterfilk y Francisco Verdugo la va á socorrer.—Ríndese la exclusa de Suasterfilk.—Sitia á Reyden el conde Guillermo de Nasao y se le rinde por no poderla socorrer Francisco Verdugo.—Bretanga es malos pasos de agua y hoyos.—El coronel Clante se retira de Francisco Verdugo.—Los rebeldes del coronel Clante se embarcan y el conde Federico los ofende.—El coronel Clante y su gente se escapan de las manos de Francisco Verdugo.—Francisco Verdugo admite al coronel Clante para hablarle en Groeninghen.—El coronel Clante descubre el trato que los de Groeninghen tenian con los rebeldes para entregarles la villa.—Malos oficios de los émulos de Francisco Verdugo con Alexandro.—Alexandro envia socorro á Francisco Verdugo.—El coronel Esquenque rompe el socorro de Francisco Verdugo y queda preso el Comisario general Juan de Contreras Gamarra y otros.—El coronel Esquenque gana la ciudad de Nimega y los burgueses le vuelven á echar fuera.—Muerte del coronel Martin Esquenque y castigo que en su cuerpo hicieron los de Nimega.—Buena prevencion de Alexandro.—Justamente manda cortar la cabeza el Maestre de campo D. Sancho Martinez de Leiva al alférez Bonal y Alexandro confirma la sentencia.—El comendador D. Juan Moreo, Embajador particular en Francia por el Rey católico.—Socorro que envió Alexandro á los católicos de Francia.—Manda Alexandro marchar todos los tercios de españoles á órden del conde Cárlos.—El capitan Gonzalo de Luna y Mora, Gobernador que envió Alexandro al ejército español.—El autor hace oficio de Sargento mayor de todas las tropas del convoy que llevó á cargo el capitan Gonzalo de Luna y Mora.—Gran descuido del conde Cárlos.—Los católicos rompen un socorro de rebeldes que iba á Heusden y matan muchos.—Sitio del castillo de Ostel y su batería.—Los rebeldes de Heél no admiten la paz y se defienden.—Los rebeldes de Heél piden la paz y suspenden las armas.—Continúase la batería de Heél.—Rebeldes poco experimentados en cosas de guerra.—Temor y desórden de rebeldes.—Desórden de españoles por culpa del conde Cárlos.—Orden mal entendida cuesta la vida á los rebeldes.—El conde Cárlos marcha con los tercios de españoles y entra en la isla de Bomel.—Fuerte que los españoles fabrican y pláticas que tienen.—Discursos de soldados mal considerados.—El Maestre de campo D. Sancho de Leiva procura evitar las pláticas de sus soldados.—Emulos de D. Sancho de Leiva le hacen malos oficios.—Alteracion de españoles.—Valor y osadía de D. Sancho Martinez de Leiva.—El conde Cárlos se retira del escuadron alterado.—Palabras del capitan Diego de Avila Calderon al conde Cárlos de Mansfelt.—El autor y otros cuatro Sargentos or-

denan cinco compañías y resisten al escuadron de los alterados.—El capitan Diego de Avila Calderon ordena sus soldados.—No quieren los soldados del tercio viejo mezclarse con el de D. Juan Manrique y resisten á los alterados.—El capitan Diego de Avila Calderon resiste á los alterados.—D. Sancho de Leiva trabaja por deshacer el motin de los españoles.—Sanguineo, soldado español muy conocido en los ejércitos de Flandes.—Don Sancho Martinez de Leiva deshace la alteracion de Bomel.—Emulos de D. Sancho procuran enemistarle con el conde Cárlos.—Sale de la isla de Bomel el conde Cárlos con toda la infantería española.—D. Sancho de Leiva lleva consigo al alférez Francisco de Escamez y al autor para prender los culpados de la alteracion.—Castigo que da D. Sancho á los culpados.—Hace alto la infantería española en los contornos de Grave.—Capítulos y cargo que hicieron á D. Sancho de Leiva por la alteracion de Bomel.—El conde Cárlos envia á Alexandro el proceso que fulminó contra D. Sancho de Leiva.—El tercio de Carlos Pinelo va al sitio de Berquerin á órden del marqués de Barambon.—Los católicos rompen un socorro á los rebeldes que llevaban á Heusden y les hacen mucho daño.—El conde Cárlos va sobre el fuerte del Esquenque.—Artillería de los navíos rebeldes hacen daño á los españoles.—El coronel Martin Esquenque conocido por muy valiente Capitan.—El conde Cárlos continúa en el sitio del fuerte del Esquenque.—D. Sancho de Leiva bate los navíos rebeldes y los desaloja.—Fuerte inexpugnable que hizo el Esquenque y en qué parte.—El conde Cárlos se retira del sitio del fuerte del Esquenque.—Fuerte que mandó hacer el conde Cárlos y en qué parte.—El conde Cárlos procura dar toda la culpa de la alteracion de Bomel al tercio de D. Sancho Martinez de Leiva.—El conde Cárlos de Mansfelt da órden á D. Sancho de Leiva vaya con su tercio la vuelta del condado de Flandes.—El duque de Pastrana viene á España y el príncipe de Ascoli se queda en Flandes á continuar sus tercios.—Los condes Mauricio y Holac juntan un convoy para socorrer á Berqnerin.—El conde de Murs socorre á Berquerin por culpa del conde Cárlos.—Segundo socorro que el conde de Murs entra en Berquerin por la remision del conde Cárlos.—El conde de Murs gana un fuerte del sitio de Berquerin.—Grandes servicios del Conde al Rey católico.—El conde Cárlos marcha con todo el ejército español y pasa el rio Mosa por Venló.—El conde de Murs socorre tercera vez la villa de Berquerin y el marqués de Barambon se le opone.—Escaramuza de católicos y rebeldes.—Continúase la escaramuza con daño de los católicos.—Cierran los españoles con los rebeldes y peléase de ambas partes porfiadamente.—Los católicos pelean con incomodidad y trabajo por no tener puesto.—Españoles rotos y desbaratados.—El conde de Murs, ufano de la victoria que tuvo de los españoles, socorre á Berquerin.—Excusas para no pelear del conde Cárlos no bien fundadas.—Muerte de los capitanes D. Diego de la Guerra y Don Cosme Pujalte, y de otros soldados particulares y gente de cuenta, así españoles como napolitanos.—Inútiles diligencias del conde Cárlos.—El marqués de Barambon y el conde Cárlos retiran la gente á sus puestos.—Alexandro da órden á D. Sancho de Leiva marche con su tercio la vuelta de Cambray con diferente designio del que tenia.—Alexandro resuelto en castigar el tercio viejo de D. Sancho de Leiva.—Prevencion de Alexandro para castigar con seguridad al tercio viejo de D. Sancho de Leiva.—Los flamencos desean ver desarmado el tercio de D. Sancho.—Alexandro dió órden á D. Sancho de Leiva desarbolase las banderas de su tercio.—Obedece D. Sancho de Leiva el órden que Alexandro le da para reformar su tercio.—Reformacion del tercio viejo de españoles de D. Sancho Martinez de Leiva y sentimiento de sus Oficiales y soldados.—Obediencia española y palabras de D. Sancho de Leiva dignas de ser escritas.—Permite Alexandro á los soldados del tercio viejo que se vaya cada uno á la compañía que quisiere.—El conde Cárlos recupera un fuerte.—Sitio del fuerte de Res.—Rindese el fuerte de Res al

conde Cárlos.—El conde Cárlos quita las corridas á los rebeldes de Berquerin.—El conde Cárlos da el gobierno de los tercios españoles al capitan Diego de Avila Calderon y fué mal recibido.— Muerte del conde de Mura.— Francisco Verdugo pide socorro á Alexandro y le envia el tercio de españoles de D. Francisco de Bobadilla.

A los primeros de Enero deste año se cumplió el término y plazo de los cuatro que Alexandro habia dado á los calvinistas de Amberes, que comenzaron á correr cuando se concluyeron los capítulos de la paz, en 17 de Agosto de 1585, que, como ya he escrito, les concedió que por este tiempo no se tratase del particular de la religion, con tal que no se viviese con escándalo ni desordenadamente, y que los que pasados estos cuatro años no quisiesen vivir como católicos, se salieran fuera de la villa, disponiendo de sus bienes y haciendas á su voluntad, ó que los hiciesen administrar por tercera persona, y muriendo sucediesen sus más cercanos herederos por vía directa ó indirecta. Las causas que movieron á Alexandro á concederles este capítulo fué porque la villa de Amberes no se acabase de destruir, habiéndolo estado tanto con la continua y prolija guerra que hicieron, y ser los calvinistas los hombres más ricos y poderosos que habia en ella, le pareció por este camino conservarla en estos cuatro años, y tambien por la necesidad de provisiones que estos daban y vendian á la gente más necesitada del pueblo que se les habia acabado el trato y comercio, y tambien para las provisiones del ejército eran de mucho útil; y áunque lo fueran de más, no quiso Alexandro concederles otro término, aunque para ello hicieron muchas y extraordinarias diligencias. Diéronle una súplica en que ofrecian algun interes para la paga de la gente de guerra, con tal que les prorogase la licencia por un término breve para acabar de vender sus haciendas y desembarazarse, con que pudiesen más libremente y con más comodidad mover sus casas y familias. Alexandro que se vió instado con tanta priesa destos calvinistas, y que por tantos caminos habian procurado su quedada en Amberes, dilatando el partirse estando cumplido el plazo, le dió mucho que considerar, y como la experiencia que tenia de la condicion y trato desta gente era tan grande, echó de ver iba fundada su

pretension en alguna malicia, y ésta le hizo antever el daño que le sobrevenia de semejante licencia; hizo prender á los que la pedian, y los apretó de manera que, aunque no confesaron, el mismo tiempo y ocasion le mostraron el desengaño de lo que deseaba saber; y si lo dilatara ó lo concediera, no más de quince dias de prorogacion de licencia, se viera Amberes con grandísimo peligro.

Habian estos herejes (como ricos y poderosos, visto que no podian quedar en Amberes y vivir con libertad y riquezas que solian) escrito á Isabel, reina de Inglaterra, les enviase un buen número de gente y que se recogiese en el fuerte y castillo de Lillo y país de Dula, con algunas barcas de remo pequeñas, y que con disimulacion entrarian esta gente de guerra en la casa de los Esterlines, siendo barqueada de noche, allí de improviso y con gallarda determinacion entrar en Amberes y saquearla con ayuda y asistencia de los calvinistas, y echa con buena priesa, recoger todos los despojos (y áun si pudiesen, quemar la villa, ya que no podian vivir en ella) y retirarse con todos ellos por el pantano frontero del dique que va de Amberes á la puerta de Lillo, y por aquella parte, que es la de la villa nueva, en la cual se podian defender y asegurarse cuando de Amberes salieran á ser acometidos de otra mucha más gente que pretendiera estorbárselo. La reina de Inglaterra que deseaba por cualquier camino molestar y hacer daño á los católicos vasallos del Rey, nuestro señor, con facilidad dió á los calvinistas de Amberes el ayuda que le habian pedido, y con mucha brevedad les envió gente de guerra, tal cual convenia para acometer una empresa de tanta importancia; y la tuvieron depositada en el país ó isla de Dula y en el castillo de Lillo, y al tiempo que la habian de ejecutar fueron descubiertos por las diligencias de Alexandro, el cual, con la presteza que acostumbraba habia dado órden al coronel Cristóbal de Mondragon que saliesen cada noche cien soldados españoles de los que tenia en el castillo de Amberes y rondasen el dique de Lillo, y hiciesen guardia en la casa de los Esterlines y en la villa nueva, ayudando á esto los católicos de Am-

beres, que temerosos de ser saqueados, como así lo habian entendido, acudieron con grandísima vigilancia á este efecto, y les duró algun tiempo el continuar en esta guardia, no obstante que los cien españoles se habian retirado al castillo por no haber sido ya menester, respecto de estar ya descubierto el intento y traza de los calvinistas. Lo que Alexandro hizo dellos no lo pude entender, sólo sé los tuvo presos y muy apretados, y se entendió los hizo castigar secretamente.

A los postreros de Febrero deste año, mandó Alexandro que se remudase la caballería que estaba invernando en la campiña y en los lugares de Rosendal y Calentante, porque los caballos pasaban grandísima necesidad por no tener forraje ni qué darles de comer los soldados, respecto de estar corrida y destruida toda aquella tierra y campañas, porque el tiempo que duró el estar el ejército en los cuarteles de Bergas Olzon se habian alargado los forrajeadores á correr y buscar el sustento de sus caballos, y habian destruido todas aquellas campañas; y como era ya en el rigor del invierno no habia yerba en ellas, por cuya causa se deshizo gran parte de la caballería, y lo mismo desde el sitio de Bergas por las mismas causas. La que mandó en este medio remudar Alexandro de los fuertes de Calentante y Rosendal fué á alojar á los países de Treves y Manedi, donde estuvieron con más comodidad y con designio de hallarse más á la mano para resistir juntamente con los tercios de infantería del ejército español, que estaban alojados y á cargo del conde Mansfelt en aquellas fronteras, al duque Francisco de Casimiro, que se entendió habia hecho una gran leva de gente para ir á socorrer á los herejes de Francia, que en este medio en aquel Reino andaba la guerra muy encendida contra los católicos, de quien era general el duque de Umena, que por haber de tratar de los socorros que Alexandro hizo en el ejército del Rey, su tio, á los franceses católicos, que tan oprimidos y molestados estuvieron de los hugonotes, lo vuelvo á apuntar como adelante lo veremos.

Como los Estados rebeldes vieron todo el ejército español muy quieto pasando el invierno en sus alojamientos, procuraron

inquietarlo con algunos acometimientos de improviso, valiéndose para este efecto de algunos frabutes que se recogian en las guarniciones enemigas, habiendo cerrado con el alojamiento de la compañía de caballos del capitan Camilo del Monte, y aunque se defendieron cuanto les fué posible, perdieron su bagaje, y con el desbalijo dél, que no fué de poca importancia, se retiraron los rebeldes y le repartieron entre ellos, y de camino saquearon algunos casares en los contornos de Amberes y degollaron á muchos de sus moradores porque tomaron las armas para defenderse. Estos y otros mayores daños hicieron confiados que no podian percibir ninguno de los del ejército español por estar distante destos lugares y divididos en sus alojamientos, como he referido. En este medio llegó á la corte de Bruselas, donde se hallaba Alexandro, el arzobispo de Colonia á pedirle con grandes encarecimientos hiciese apretar el sitio de Rimbergue ó Berquerin, porque esta plaza le daba tanto cuidado como si le importara todo su estado el reducirla á su dominio, así por lo que convenia al servicio de Dios como porque deseaba tener venganza del coronel Martin Esquenque y del conde de Murs, que eran las dos personas que más perseguian á los católicos y molestaban los labradores y vecinos de su Arzobispado; pero el fin que tuvieron estos dos Capitanes enemigos de la Iglesia escribiré presto. Francisco Verdugo deseaba ir á la villa de Groeninghen á poner en razon muchas cosas del servicio del Rey, nuestro señor, porque todo el tiempo que habia estado ausente en Burique, gobernando toda la gente de guerra que estaba en los fuertes y puestos de las riberas del Rin para la empresa de Berquen, habian los de Frisa puéstose en contribuciones para los enemigos rebeldes, de manera que estaban á su devocion y tan contentos como se puede imaginar de gente que tanto aborrecia el nombre español, y de dar la obediencia al Rey católico, cosa que tanto tiempo los tenian en prolija guerra por desechar el yugo y subjecion de su natural Príncipe y señor. No sé si Alexandro fué bien aconsejado en sacar á Francisco Verdugo de su gobierno, pues tanto daño recibieron los católicos y el país, y habiendo de poner re-

medio á necesidad tan grande y que éste no le podia dar sino quien tan bien los tenia conocidos como Francisco Verdugo, se hubo de partir despues de haberse visto con el conde Mansfelt, que, como he referido, le fué á ver y aconsejar para la presa de Vagtendon, y dejando en su lugar en Burique y en los demas puestos y fuertes al conde Federico de Bergas, se partió á la villa de Groeninghen y á su gobierno, donde halló tan mal recaudo en las cosas como se deja considerar, pues para recuperar lo perdido le fué necesario trabajar de nuevo. Quien habia sido causa de dar la obediencia y contribuciones á los rebeldes fué el burgomaestre Bal, movido de grandísimo interes que los herejes anabatistas le dieron, habia tantos en todo el país de Groeninghen que fueron poderosos para esto y para otras cosas no ménos dañosas.

El arzobispo de Colonia negoció tambien con Alexandro que le concedió lo que le pedia, con dar órden al marqués de Barambon fuese á las riberas del Rin y se encargase del gobierno de Burique y de la gente de guerra que habia en ellas, con que el conde Federico quedó descargado del cuidado que le dejó Francisco Verdugo; y porque el marqués de Barambon fuese con más gusto á empresa, al parecer de algunos, tan dificultosa como la de Berquerin, le dió Alexandro el gobierno del país de Güeldres, no poco cudiciado dél y de otros muchos. Partió de Bruselas á los 20 de Marzo deste año y llegó á Burique muy confiado de salir en breve tiempo con la deseada empresa de Rimbergue; pero no le fué tan fácil como pensó, porque los azares y suertes de la guerra no están en manos de las gentes, sino de quien las gobierna. Los rebeldes que supieron que el arzobispo de Colonia estaba con Alexandro en la corte de Bruselas, y que era forzoso volverse á sus Estados, le espiaron é hicieron una emboscada, y habiendo dado con él, tuvo tan buena dicha que una tropa de caballería del ejército español le libró dellos y degolló una buena parte. El regimiento del coronel Juan Bautista de Tassis que por su muerte se habia estado vaco, lo encargó en este medio Alexandro á Juan Teseling, Capitan que era deste mismo regimiento, y á Monsieur

de Hesse, proveyó en la Drosardía de la villa de Linghen, y no solamente con patente della, mas tambien de Gobernador del castillo, villa y país, bien contra la reputacion de Francisco Verdugo, pues era quitarle enteramente lo que tenia y le tocaba por título ó patente que Alexandro le habia dado mucho tiempo habia, el cual se movió á hacer esta eleccion sin más causa que su voluntad, porque no hubo quien pudiese juzgar otra cosa, pues deméritos en Francisco Verdugo ni otra que no fuese de muy honrado caballero, leal y valiente soldado, no se hallaba en su persona, ántes bien, tan llena de merecimientos, como en estos escritos y en otros muchos se ha visto, pues sus servicios fueron tan notorios y á los ojos del mundo, que no será posible borrarlos la envidia ni el tiempo de la memoria de las gentes. Sintió tanto de que sin causa alguna hiciese Alexandro una demostracion semejante, que le escribió luégo si era su voluntad no gozase del gobierno de la villa y país de Linghen, conforme las patentes que tenia y juramentos que habia hecho, le suplicaba le descargase del todo dél y le proveyese en la persona que fuese servido, pues quien no era digno del todo, tampoco lo era de la parte, y que por ningun caso no recibiria á Monsieur de Hesse en Linghen, si no era descargándole primero del juramento que habia hecho. Alexandro, que tenia en la memoria sus grandes méritos y servicios, no dió lugar á que la envidia de los émulos de Francisco Verdugo triunfase en esta ocasion de su buena opinion y crédito, y como prudente y cristiano Príncipe, proveyó á Monsieur de Hesse en oficios y cosas de más importancia, aunque Francisco Verdugo se holgara más de que pasara adelante la primera provision con las condiciones que le pedia y servir al Rey, nuestro señor, en otra parte donde más su voluntad fuese, como lo procuraba y habia procurado, por no estar cada dia sujeto á las mudanzas de los tiempos y fortuna que con la envidia de sus prósperos sucesos en tantas ocasiones le hacian contradicion á todas sus cosas .

Los Príncipes católicos del reino de Francia daban en este medio priesa á Alexandro les enviase socorro para hacer la

guerra á Enrique de Borbon, príncipe de Bearne, porque pretendia, sin dar la obediencia á la Iglesia, ser Rey y soberano señor de Francia. Alexandro dió órden á Enrique, hijo del duque de Braucuyque, levantase en Alemania dos regimientos de infantería, y con otros dos de tudescos del ejército español que le dió, le despachó con suma brevedad, y procedió tan bien y gallardamente en favor de los católicos en Francia, que no ménos que la vida le costó en una batalla que el duque de Umena, General de la Liga católica de Francia, dió al príncipe de Bearne.

Hay un castillejo en el lugar que se llama Zebembergue, situado en una isleta de Zelanda que estaba guarnecido de rebeldes y molestaban los contornos de la villa de Breda, y corrian las campañas de los lugares católicos que habia por aquella parte; y pareciéndole á Alexandro era bien ganallo y quitar aquel padrastro, dió órden al conde Lambergue lo fuese á hacer, por ser suyo este lugar, y al Maestre de campo D. Sancho Martinez de Leiva que las trece compañías de su tercio que estaban alojadas en la villa de Diste, á cargo del capitan Luis del Villar, que se alojasen y fuese con ellas á esta empresa, y con alguna caballería y un regimiento de valones. Marchó el Conde á poner en ejecucion el órden de Alexandro. Llegó á los burgos de Breda donde hizo alto hasta recoger las municiones necesarias para dos piezas de artillería que sacó de aquella villa para batir el castillejo de Zebembergue. A este lugar llegó cuando anochecia. Comenzaron los rebeldes á quererse defender tirando desde la muralla algunos arcabuzazos y mosquetes de posta. Envióles á decir el Conde se rindiesen dando la obediencia al Rey católico y les haria buena guerra. Dijeron que en siendo de dia enviarian la respuesta, y como vieron los rebeldes que la plaza no era muy fuerte ni podia ser socorrida con tanta brevedad como era necesario, se rindieron sin esperar batería. Salieron con sus armas y bagaje. Serian cien soldados, buena gente, y se pasaron á Zelanda, que no hay sino un pequeño canal en medio, que divide estas dos islas. Las trece compañías de españoles del cargo del capitan Luis del Villar, y el regi-

miento de valones se alojaron en el lugar de Zebembergue, y todos los vecinos se estuvieron en sus casas, y no fueron poco venturosos no los saqueasen, que con tener los soldados necesidad y haber ido con alguna incomodidad, lo dejaron de hacer por ser vasallos del conde Lambergue y haberse hecho esta empresa á su pedimento. Dos dias despues se retiró esta gente á unos lugares cerca deste alojamiento, donde se entretuvieron hasta que llegó Alexandro, que á toda priesa habia caminado con un buen número de caballería á reconocer y ver la disposicion que por aquella parte de Zelanda habia para entrar en las demas islas á hacer la guerra aquel verano; que como su intento era no descansar un punto hasta señorear á Inglaterra, solicitaba siempre esta empresa por todos los caminos y medios que podia; pero esta honrada determinacion y gallardo intento le atajó la jornada que el año siguiente de 1590 hizo al reino de Francia por órden del Rey católico, su tio, como adelante escribiré. Estuvo en estos casares algunos dias, miéntras amunicionaba y abastecia la villa de Breda; y en este medio sucedió que un soldado catalán, de la compañía que era del capitan D. Luis de Godoy, ya difunto, desgraciadamente puso fuego á unos haces de paja en una casa de su alojamiento, y della se emprendieron otras muchas sin poderlo remediar; los dueños dellas acudieron á Alexandro, el cual mandó prender á Alonso Vazquez, á quien él habia nombrado por Sargento desta compañía y dado el gobierno della; porque desde que murió Don Luis de Godoy estaba sin Oficiales. Túvole preso hasta que entregó el soldado á quien sucedió esta desgracia, y habiendo confesado el caso y la poca culpa que tenia, le dió libertad, y á los dueños de las casas les libró el valor dellas en el sueldo de los soldados españoles destas compañías, que por haberles cabido á muy poco no sintieron la paga, ni es de maravillar haber sucedido esta desgracia por la costumbre que se tiene en Flandes de dormir los soldados sobre la paja, y tan á peligro del fuego, que muchas veces sucede lo mismo por no tener otras camas ni otros albergues donde alojarse.

Alexandro hizo recoger su gente y la mandó volver á los

alojamientos de donde habian salido para esta empresa, y su persona se fué á la villa de Bruselas.

Los Estados rebeldes no entretenian ni pagaban á sus soldados con tanta comodidad como quisieran, que siempre en la guerra no andan tan ajustados los sueldos de los que en ella sirven como en la paz, que áun en ésta muchas veces les falta el dinero y sustento. Hallábanse en este tiempo los soldados ingleses que estaban de guarnicion en la villa de Gertrudisberg, plaza fuerte y de mucha importancia, con algunas necesidades; y por esta causa habian pedido sus pagas al conde Mauricio, y como no podia darles satisfaccion, los entretenia, y á ellos les pareció que el dilatárselas era permitirles de que hiciesen desórdenes; y fué de manera que no se contentaban con robar y correr las campiñas y contornos de las villas católicas, y molestar y perseguir sus labradores, haciendo notables desórdenes y robos, mas tambien dentro de la villa vivian con tanta libertad que le enviaron á decir á Mauricio que si no les pagaba lo que les debia se alzarian con la villa y se la entregarian á Alexandro. El Conde que vió una tan libre determinacion, propuso de castigarlos, y ántes de hacerlo les envió á decir que le entregasen la villa y les daria la mitad de las pagas que les debia. No les pareció á los ingleses buen acuerdo éste, y le respondieron que no pensaban perder nada de su sueldo, que no habia que tratar de conciertos si no se lo daban todo, pues le constaban los trabajos que habian pasado poniendo á peligro sus vidas y derramado tanta sangre por defender á los Estados rebeldes, y cuando fueran naturales dellos, no podian haber hecho mayor fineza que ésta, que tan notoria era á todos y más á Su Excelencia. No le pareció al conde Mauricio de Nasao tener con ellos muchas demandas y respuestas, y creyendo era más obstinacion que desear concertarse, marchó con todo su ejército, á los primeros de Abril deste año, y sitió la villa de Gertrudisberg y con grandísima presteza le abrió las trincheas, y habiéndose arrimado á ella la comenzó á batir apresuradamente, y tanto, que le abrió una muy buena batería; y estando á punto de darles el asalto pidieron los ingleses suspendiesen las armas (arrepenti-

dos de no haberse contentado con la mitad de las pagas) y que los oyesen de nuevo. Concedióselo Mauricio y pidieron otro concierto, y salieron para tratarlo dos Capitanes de los ingleses, dándose rehenes de ambas partes, y se contentaron con ménos pagas de las que les ofrecia Mauricio. Tanto pudo el temor que le habian cobrado; pero él los fué entreteniendo, porque miéntras más duraba la suspension de las armas pensaba hacerles más baja de las pagas que ántes habia prometido, y áun desta quitarles las que pudiese. Esta codicia del Conde y el temor de los ingleses dilató el tiempo de manera que le tuvieron los cercados para fortificarse y reparar la batería, de suerte que á la mañana estaba tan fuerte que no se atrevieron los holandeses de Mauricio á darles el asalto. Alexandro, que á todas estas facciones estaba vigilantísimo, no perdió la ocasion que su buena estrella le ofrecia, y con grandísima presteza tuvo inteligencias con los ingleses cercados, y les persuadió se entretuviesen y procurasen resistir las fuerzas del conde Mauricio, que les ofrecia y daba su palabra de recompensárselo muy á su satisfaccion, y que le entregasen la plaza, y que para conseguir el efecto deste trato marcharia con su ejército y se opondria al del conde Mauricio hasta que se efectuase. Pudieron tanto las promesas de Alexandro con los ingleses, que se obstinaron más contra Mauricio, y dieron grandes esperanzas á Alexandro de lo que les ofrecia, y haciéndolas ciertas con la buena dicha y valor que le acompañaba, levantó parte del ejército español y marchó con suma brevedad la vuelta de Gertrudisberg, dando á entender que iba sobre esta plaza para rendirla y ganarla por asalto, si bien le llevaba el trato que con sus inteligencias habia trazado; pero íbasele ordenando tan bien como lo podia desear, porque en este medio comenzó á llover tan réciamente como suele en Flandes, y crecieron las aguas de manera que obligaron al conde Mauricio á retirarse del sitio, porque ni se pudo aprovechar del artillería y municiones, ni resistir á las fuerzas de Alexandro, creyendo tambien que podrian los ingleses cercados cogerle en medio del ejército católico y dellos y darle por las espaldas. Este temor y ver á su gente en cam-

paña con algunas necesidades que comenzaban á pasar, le obligó á dejar el sitio, restituyéndose las rehenes que se habian dado, no poco corrido de no haber aceptado el partido que los ingleses le pedian, con que fuera señor de Gertrudisberg, y quedara con más entera opinion de la que habia perdido retirándose de una plaza donde tuvo abierta la batería para dar el asalto á soldados casi ya rendidos.

Los burgueses de Gertrudisberg sentian mucho, por ser la mayor parte dellos herejes, que entregasen la plaza á Alexandro, y persuadieron á los ingleses volviesen á tratar de nuevos conciertos, y que ellos alcanzarian la gracia de Mauricio, y les ponian por delante muchas cosas, y ofrecian gran suma de dinero, pero quisieron más entregarse al Rey católico que á los Estados rebeldes, porque siempre les pareció (por estar la llaga tan fresca) que en la primera ocasion habian de tomar venganza dellos quitándoles las vidas, y por asegurarlas, entregaron luégo la villa á Alexandro por ciento cincuenta mil ducados que les dió, á los 13 de Abril deste año; plaza, que si se hubiera de pagar conforme de la importancia que era, costara muy gran suma. Estimóla Alexandro en lo que se puede encarecer, porque para la entrada en Holanda, que era lo que siempre habia deseado para la empresa de Inglaterra, como he referido, era de mucha consideracion, y se facilitaban con esta otras muy mayores. Retiró Alexandro su ejército á los mismos alojamientos que habia tenido, dejando bien presidiada la villa de Gertrudisberg, y su persona fué á la fuente de Aspa á tomar los baños y á beber el agua que en aquella provincia llaman del Pulion, porque de los grandes trabajos que pasaba en la guerra le habia sobrevenido un mal de hidropesía, y otros afirmaban que era del bazo. Cualquiera destas dos enfermedades que fuesen le hacia padecer gravísimas penas, pero con el valor que tenia las resistia muy á costa de su salud.

Antes que el ejército español se retirara á sus alojamientos, sucedió que los frabutes que se recogian en la villa de Bergas Olzon y en otras plazas enemigas se convocaron en este medio con algunos soldados rebeldes destas guarniciones, y con una

muy buena cabeza que los gobernase, elegida por el gobernador de Bergas para hacer una gran presa ó botin, como ellos dicen, juntáronse más de trescientos infantes y alguna caballería, y pareciéndoles era buena ocasion dar en uno de los cuarteles españoles del tercio del Maestre de campo, D. Francisco de Bobadilla, por no haber en ellos más del bagaje, porque fueron con Alexandro las banderas y gente á la presa de la villa de Gertrudisberg, se determinaron cerrar con la de Terlimont, donde se habia quedado el capitan D. Cristóbal Masco con noventa soldados españoles para la guardia del bagaje, y algunos dellos enfermos y estropeados. Caminaron los enemigos por la vuelta de la villa de Ugarda, llegaron á la de Terlimont dos horas ántes del dia, y sin ser sentidos quitaron unas estacas que habia en la muralla y entraron por el portillo que hicieron. Tomaron todas las bocas de las calles que iban á dar á la plaza, donde estaba el cuerpo de guardia de los españoles, que era la casa de la Villa ó del Ayuntamiento. En él habia treinta y cinco soldados, los demas estaban en sus posadas. El capitan D. Cristóbal Masco habia estado con ellos á prima noche, y por estar enfermo se retiró tambien á la suya. Los enemigos, que vieron ser la hora que deseaban tan capaz, y que les ayudó mucho el silencio de las guardias, se fueron mejorando la vuelta de la plaza, y hallándose en ella, todos á un tiempo cerraron valerosamente con el cuerpo de guardia y derribaron las picas de los soldados que habia arrimadas á él, como es costumbre, sin que la centinela que estaba en ellas los pudiese resistir ni hacer más que tocar arma, y mataron otras dos que tenian puestas á lo largo, en la plaza, ántes de llegar á ésta, porque en la muralla no habia ninguna, respecto de ser tan pocos para cubrirla toda, y para haberla de rondar estaba á cargo de los burgueses; y como los españoles no se pudieron aprovechar de las armas por haberles acometido de improviso, se resistieron con las espadas, y con tanto ánimo como se podia desear, sin que en más de dos horas les pudiesen entrar; y visto los enemigos que no podian rendillos por fuerza de armas, pusieron fuego al cuerpo de guardia y cerraron, luégo que comenzó á arder, con los espa-

ñoles y les dieron un asalto; pero fueron resistidos con grandísimo daño que hicieron á los enemigos, y en él perdieron á su Gobernador, y luégo eligieron otro no ménos arriscado que el primero, que fué de mucha importancia para los españoles que habian quedado vivos, porque era más piadoso que el primero, que era holandés, y tenia mandado hacer la guerrra á fuego y á sangre, y que no dejasen ninguno á vida, como se vió en la primera arma que se tocó, porque acudiendo á ella los demas soldados que estaban en sus posadas, juntamente con el Capitan y un Alférez, que era camarada de Manuel de Vega, y los mataron ántes de llegar al cuerpo de guardia, sin tener misericordia de ninguno; y de los noventa que eran no quedaron vivos sino siete ú ocho en el cuerpo de guardia, y esto fué por el nuevo Gobernador, que era francés, y, como he referido, no tan cruel como el holandés, y mandó que hiciesen buena guerra á todos los burgueses y á los pocos españoles que habian quedado vivos, y que solamenle saqueasen á Terlimont, sin hacer otro daño; y habiendo recogido todos los despojos y enfardelado cuanto hallaron en las casas, mandó el Gobernador de los enemigos recoger su gente y que hiciesen alto fuera del lugar, donde visitó lo que llevaban para ver si cumplian su órden de que no llevasen ningun burgués por prisionero, por que los de Bergas los tenian puestos en contribuciones; sólo permitió que llevasen presos los pocos españoles que quedaron vivos, á los cuales preguntó que quién les habia gobernado. Respondiéronle, que su Cabo de escuadra, que se llamaba Juan de Morales, y visto por el Gobernador que habia peleado tan animosamente, quiso conocer al Cabo de escuadra, y mandó que le esperase su gente, y volvió á la villa con algunos soldados que le acompañasen, y entró en el cuerpo de guardia y se le enseñaron, que estaba sin poderse menear, por estar muy mal herido y hecha pedazos una pierna, sin el peligro que esperaba si el cuerpo de guardia caia sobre él, porque los maderos en que se sustentaba estaban ya abrasados y se iban cayendo muchos. Tenia el rosario en la mano encomendándose á Dios. El Gobernador, aunque enêmigo, le hizo sacar, y mandó le pusiesen en la puerta de la

Iglesia, y le dijo le pesaba de su desgracia y que se holgara hallarle sano para regalarle. Sacó de una bolsa diez y seis Angelotes de oro que vale cada uno quince reales, y se los dió para que se curase, y habiendo hecho este piadoso francés una cosa tan digna de servirse, se volvió donde estaba su gente, y marchó con ella la vuelta de la villa de Bergas Olzon, y á la primera ó segunda jornada le sucedió lo que escribiré adelante.

Entre los españoles que murieron fué uno el capitan Don Cristóbal de Masco, como ya referí, y un sobrino suyo que se llamaba Juan de Santa Cruz, ambos caballeros valencianos y muy valientes soldados. Tambien murió abrasado su paje de rodela en el cuerpo de guardia, y dos heridos que se escaparon; fué el uno el comisario Portillo y el otro Pedro Bravo de Butrago, tambien Comisario de muestras. Diéronle dos arcabuzazos en un brazo. Estaban en Terlimont, por órden de Alexandro, haciendo las cuentas del sueldo que se les debia á los soldados españoles del tercio del Maestre de campo D. Francisco de Bobadilla, y por defender las listas que estaban en el cuerpo de guardia y casa que era del Ayuntamiento, pelearon, aunque gente de la pluma, como animosos españoles, y no por esto se dejaron de quemar, y tambien dos ó tres casas que estaban allí junto, que no poca confusion hubo despues para hacer las cuentas de lo que se les debia á la nacion española, y aunque fuera justo hubiera algun ahorro por esta pérdida para la Real hacienda, se entendió se habia menoscabado alguna buena suma. Y aunque el capitan D. Cristóbal Masco era muy honrado y gallardo caballero, no tenia experiencia de soldado, porque el año ántes habia ido á Flandes con un tercio de bisoños, y esto le hizo gobernarse tan mal, pues pudiera haber puesto mejor cobro en la guardia y custodia de lo que tenia á cargo; hizo un yerro muy grande, pues ordenó á su Sargento, que era Francisco Marin, natural de Baeza, que despues fué Alférez del capitan D. Juan de Carvajal, que se fuese con su compañía á la presa de la villa de Gertrudisberg, que él no le habia menester en Terlimont. El Sargento le replicó lo mucho

que convenia se quedase con él y con los noventa soldados, donde era más necesaria su persona que no con la compañía, y no hubo remedio y así le sucedió tan mal, porque el Sargento era soldado de valor y de experiencia, y fuera posible que se defendiera la villa y que el enemigo no entrara. Importa mucho que un Oficial de una compañía, y más un Sargento, que es de quien pende todo el gobierno della, y á quien más respeto tienen los soldados por ser dellos su criminal juez, esté en las partes de donde se espera mayor peligro; pues donde no le hay basta otro cualquier Oficial, y si los que ignoran lo mucho que puede un Sargento, lo supiesen, no caerian en semejantes yerros; pues no ménos poder tiene que el mismo Capitan, porque cuando hace eleccion de su persona para este oficio, no dice que hizo á fulano su Sargento, sino que le dió su gineta, que ésta es la insignia del Capitan, y si se la da al que hace Sargento (no obstante que la que él tiene es una alabarda), es lo mismo que dalle su gobierno, mando y autoridad, pues con ella hace y deshace cuanto se ofrece en su compañía, y áun en las demas de su tercio se suelèn ofrecer ocasiones donde un Sargento puede ordenar (particularmente marchando) como un Sargento mayor ó su Ayudante, pues se sabe que son los Sargentos ministros de los Sargentos mayores.

Los enemigos de la villa de Bergas que habian saqueado á Terlimont se fueron retirando, como he referido, con todos los despojos, que eran muchos, así de los burgueses como todo el bagaje y hacienda de los Capitanes y demas Oficiales del tercio de D. Francisco de Bobadilla, que gobernaba el capitan Manuel de Vega, y esta retirada de los enemigos fué á tiempo que el capitan Bartolomé de Torralva, del tercio de D. Juan Manrique de Lara, se volvia alojar con toda su compañía á la villa de Aríscote, de donde habia salido para la empresa de Gertrudisberg, y como vió á los rebeldes cerró con ellos y les fué picando en la retaguardia, y les quitó mucha parte del desbalijo que llevaban y se entró con esta presa en su alojamiento de Aríscote, sin haber hecho otra faccion. Despues pretendió el capitan Manuel de Vega y los demas Oficiales y soldados que estaban

en Terlimont que les volviese el capitan Torralva los bienes que habia quitado á los enemigos y frabutes de Bergas, alegando que eran suyos; pero aunque anduvieron litigando en esto algunos dias, no tuvo efecto su pretension, porque siempre Torralva se valia con decir que él habia quitado á los enemigos aquella presa (que era muy buena), y que no le constaba fuese de otras personas, particularmente habiéndola ganado en buena guerra, aventurando su vida y las de sus soldados; alegó tambien que se habian pasado las veinticuatro horas de la costumbre que se tiene en la guerra en semejantes ocasiones, que para tener derecho á bienes perdidos desta calidad se han de pedir dentro deste tiempo, y esta misma ley ó costumbre militar se tiene en las armadas reales, y áun entre los piratas, porque de otra manera habria muy gran confusion y no se podria vivir entre los que hacen la guerra en mar y tierra; no obstante lo que Torralva habia respondido y alegado, dió Manuel de Vega y los demas Capitanes la queja que dél tenian á Alexandro, que, como ya escribí, estaba en fuente de Aspa. Remitió la causa á su Auditor general. La determinacion fué larga y no hubo sentencia, y así se quedó este negocio sin acabarse, y Torralva y sus soldados con lo que habia desbalijado. Algunos no se lo tuvieron á buena cortesía ni correspondencia, pues siendo hacienda de españoles y amigos no usasen de alguna magnificencia como la usaron los mismos enemigos de lo que les cupo y llevaron; porque escribiendo el capitan Manuel de Vega en su nombre y el de los demas Capitanes al gobernador de Bergas que le hiciera merced de enviarle veinticuatro banderas nuevas que no se habian arbolado, que fueron en los baules de los Alférezes que las habian hecho por órden de Alexandro para la jornada de Inglaterra, y como no tuvo efecto se habian guardado para otra ocasion, porque las que estaban arboladas habian ido con Alexandro á la presa de la villa de Gertrudisberg, y las nuevas no representaban más del tafetan de que eran hechas, el Gobernador se las envió con mucha voluntad, no mostrando en esto ser enemigo rebelde; y de la plata de Manuel de Vega le envió tambien dos ó tres piezas, que no

poco agradecido quedó del favor que le habia hecho, y este mismo agradecimiento se holgaran tambien de tener los demas Capitanes si se hiciera con ellos esta cortesía, porque habian perdido ellos y sus Alféreces toda su plata labrada y otras muchas joyas y vestidos, que aunque las de los soldados no suelen ser muchas, la necesidad que tienen se las hace estimar en más de lo que son. Y si Manuel de Vega hizo instancia con el gobernador de Bergas, fué porque en ningun tiempo se pudiesen alabar los enemigos ni otra persona que se habian perdido banderas del tercio del Maestre de campo D. Francisco de Bobadilla, que él gobernaba, y si estas que no representaban más que el tafetan, sintió tanto perderlas el capitan Manuel de Vega, cuanto más causa y razon hay para mirar mucho por la custodia y guardia de las que están arboladas; que pues en estos sucesos he dicho lo que representan, no me detendré en referirlo. Alexandro estimó en mucho el cuidado que Manuel de Vega en esto puso, cuando le pidió licencia para escribir al gobernador de Bergas le enviase las banderas, porque sin la de un Capitan general no puede ninguna persona, por grave que sea, escribir ni corresponderse con los enemigos, si no es cuando de una parte á otra se restituyen los prisioneros que tienen.

Todo el ejército español estaba en este medio en sus alojamientos sin hacer ninguna faccion, gozando en ócio del mejor tiempo del verano, cosa bien nueva en Flandes pasarlo sin hacer la guerra; y como la nacion española es tan inclinada á las armas, que cuando las profesan no puede ménos que ejercitarlas, hallábase deseosa se ofreciese alguna ocasion; pero como no la habia, así porque los rebeldes no lo daban como por la poca salud de Alexandro, se ejercitaban en algunos virtuosos entretenimientos. Comenzó el tercio viejo de españoles del Maestre de campo D. Sancho Martinez de Leiva, que se hallaba alojado en la villa de Liera, á dos leguas de la de Amberes, á hacer muchas fiestas y regocijos por haberles dado ocasion la ociosidad, que siempre la trae consigo, de poner los ojos en las damas de aquellos Estados; y los soldados, como amantes nuevos, siendo mejores para pelear con los enemigos que para enamorados, se

dejaron llevar deste sabroso entretenimiento y gastaron cuanto tenian, que para semejantes ocasiones saben buscar lo que han menester, y envidiosos desto (si puede haber envidia para gastar los hombres sus haciendas) los soldados del tercio del Maestre de campo D. Juan Manrique de Lara la tuvieron, y estaba, como ya he escrito, alojado en la villa de Malinas, pusieron todas sus fuerzas en hacer regocijos y fiestas jamás vistas en aquellos Estados, pareciéndoles habian de parecer mejores que las de Liera, así por no dejar envidiosas á las damas de Malinas como por no perder el nombre del tercio de los Galanes, que cuando lo fué del Maestre de campo Pedro de Paz lo habia cobrado, aunque muchos (como ya he referido) le llamaron el de los Almidonados y Pretendientes; y para lucir el deseo que tenian de regocijarse empeñaron todos sus sueldos vendiéndolos por libranzas de paños y sedas y otras cosas que les daban en Amberes á ménos precio una persona que allí estaba correspondiente con algunos Oficiales del sueldo que asistian en la corte de Alexandro, cuyos excesos cesaron con la ida de D. Diego de Ibarra el año siguiente de 91 á aquellos Estados, que, como tan gran ministro, hizo muchos ahorros á la Hacienda real, como adelante lo veremos.

Viendo los soldados del tercio de D. Juan Manrique y los demas abiertas las puertas á las negociaciones de libranzas para vender sus sueldos (que no poco daño resultó desto), comenzaron á comprar galas y vestidos extraordinarios que no habian menester, ni en la guerra se usan, para hacer sus fiestas; y áunque es fuera de propósito escribirlas, por hallarse en este medio los soldados en tanta ociosidad, las apuntaré. Hicieron una compañía de Moros Alárabes ó Boharies; otra de caballos ginetes con lanzas y adargas, vestidos á la morisca; otra de infantería francesa, y una corneta de raytres con otra de tudescos infantes, y otra de lanzas españolas, y de infantería otra compañía desta nacion. Fabricaron un castillo en la plaza de Malinas con sus cortinas y torreones, bien aderezado, y le pusieron guarnicion, y todas las compañías de las naciones que he referido le sitiaron y batieron de la misma manera que lo sabian hacer de veras; y es-

tas burlas parecieron tan bien como se podia desear por la diferencia de trajes con que cada nacion se vistieron, que fueron tan costosos, que no ménos que el buen nombre y opinion que tenian les quitó, como adelante escribiré. Concurrieron á ver estas fiestas todas las damas de los lugares y villas de los contornos de la de Malinas; hubo toros á uso de España, que aunque en Flandes son mansísimos y no se acostumbran á correr, el algazara y vocería de la compañía de los alarbes y demas que habian formado, hicieron á los toros salir de su naturaleza, pues ya que no se embravecieron, al ménos regocijaron la plaza, con que las damas flamencas lo quedaron por extremo. Hubo muchas y gallardas escaramuzas, y algunas salidas que hicieron los del castillo fueron de muy gran risa y pasatiempo, porque los fingidos muertos y heridos que hubo, y ver cómo los retiraban entretenian la gente, y no ménos el bagaje que en la plaza entró bien ordenado de los mozos de los soldados y mujeres que le seguian, todo tan contrahecho á lo verdadero, que con los medios que buscaban de risa y placer para entretener la gente fué una cosa maravillosa; lo mismo cuando asaltaron y ganaron el castillo. Cesaron estas y otras muchas fiestas con la noche, habiendo durado todo un dia con gran aplauso de varias gentes que las fueron á ver, pero quien más las sintió eran los mismos que las hicieron, por haberse empeñado tan sin provecho y gastar lo que no tenian; y como atras he apuntado, la necesidad que estos soldados pasaron despues les obligó á intentar cosas muy feas, porque como los huéspedes no les querian prestar el crédito se les habia acabado, y el salir en campaña se dilataba, comenzaron á hacer discursos y á corresponderse todos los tres tercios de españoles desde sus mismos alojamientos, y ántes de salir dellos habian intentado una alteracion tan odiosa que puso terror á Flandes, por ser la primera que en tiempo de Alexandro hubo, y porque tuvieron órden para salir en campaña lo suspendieron hasta mejor ocasion, como adelante escribiré. El conde Cárlos de Mansfelt habia ido pocos dias ántes desde sus alojamientos con alguna infantería de las naciones y cinco compañías de caballos á poner sitio á la

villa de Heusden. Habíala apretado cuanto le era posible, pero los rebeldes se defendieron valerosamente, y de algunas salidas que hicieron á los católicos recibieron mucho daño, y el Conde siempre sustentaba el sitio con mucho cuidado y vigilancia, que la es menester muy grande en semejantes ocasiones. El coronel Francisco Verdugo, aunque vivia desfavorecido de Alexandro, por cuya causa se entendia no se le daba la asistencia necesaria, no por eso dejaba de hacer la guerra con el mismo cuidado que solía, ántes bien con inteligencias y otros medios procuraba conservar lo que tenia á cargo, como prudente Capitan.

Tuvo avisos en este medio de Holanda y de otras partes, de personas de quien tenia mucha confianza, que se habia resuelto en los Consistorios herejes de los Estados rebeldes el modo mejor que se tendria para establecer la herejía y las falsas sectas de Martin Lutero y Juan Calvino en los Estados del duque de Cleves y riberas del Rin, cuyas provincias abrazan muy gran parte de tierra; y el mejor medio que para salir con esta pretension tuvieron, fué procurar que enloqueciesen al duque Juan, señor de aquellos Estados, Príncipe muy católico y dotado de virtuosas costumbres, y á su Mariscal, llamado Terhorst, no ménos católico y virtuoso que el Duque, y que apoderándose de los fuertes que el ejército español tenia hechos en las márgenes del Rin para estorbar los socorros de Berquerin, y apretar más esta villa, como he referido, y echar asimismo á Francisco Verdugo de su gobierno, saldrian los herejes con su pretension, que para sus designios era una traza bien asegurada, porque era gente que sabia muy bien disponer todo lo que acordaba; y porque Francisco Verdugo habia tenido estos avisos por muy ciertos, los escribió á Alexandro, y lo mismo al duque de Cleves y á Terhorst, su Mariscal, y la misma cuenta dió al conde Cárlos de Mansfelt que aún se estaba sobre la villa de Heusden. Hicieron tan poco caso de los avisos, que en ménos de tres meses sucedió lo del Duque y su Mariscal de la misma manera que Francisco Verdugo lo habia escrito, y el remedio que se puso en la guardia y defensa de los fuertes del Rin fué enco-

mendarlos á un Comisario de muestras, causa que con mucha brevedad se perdieron, habiendo costado tanta suma de dineros al Rey, nuestro señor, el hacerlos y haberlos sustentado en tanto trabajo y costa, como por lo pasado se ha visto, y tambien el echar á Francisco Verdugo de su gobierno. Hicieron los rebeldes tan grandes fuerzas como por las obras ha parecido, y porque en la provincia de Frisa no querian pagarles contribuciones, y cada dia tomaban las armas contra la gente de Francisco Verdugo, mandó hacer dos fuertes para poder facilitar la entrada en Frisa; el uno se fabricó en unas salinas que el señor de Nienoort tenia junto á Niezijl, y el otro junto al Castillo de la villa de Nienoort. Hiciéronse á costa de los de Frisa, aunque estaban en el país de Groeninghen, por sobrellevar á los de esta villa y cargar á las gritanias frisonas, vecinos de ella, porque á los demas no se podian ejecutar con estos fuertes, se hizo fácil la entrada en Frisa.

El conde Guillermo de Nasao juntó su ejército para estorbar la fábrica destos fuertes en el mismo tiempo que Francisco Verdugo los hacia, y en vez de ir sobre él para romperle sus designios con la comodidad que tenia de gente y navíos, se embarcó y fué con ellos la vuelta de la villa de Reyden, donde habia una iglesia fortificada, y un puertecillo riberas del mar, enfrente de la villa de Emden, con intencion de sitiar estas dos plazas; y para quitar á Francisco Verdugo el medio de poderlas socorrer, acometió primero una exclusa pequeña, que se llama Suasterfilk, que Francisco Verdugo tenia bien reparada con un parapeto, solamente para asegurar las vituallas que secretamente iban de Emden y de Hogebonde al país de Emden. Francisco Verdugo que entendió el designio del conde Guillermo, recogió la gente que pudo de la que tenia en uno de aquellos fuertes que fabricaba, y con la diligencia que solia emprender sus facciones, fué á socorrer la exclusa, y llegó á tiempo que la estaba batiendo el Conde, habiéndose ántes adelantado á reconocer el puesto que los rebeldes que llevaba el Conde habian ocupado, y halló que una parte dellos estaba dividida, y de la otra, teniendo la exclusa en medio, y por estar el mar men-

guante no se podian juntar los unos con los otros; y si la infantería que llevaba Francisco Verdugo pudiera marchar tanto como la caballería, sin duda se perdiera el Conde con toda su artillería; y conociendo él esto, se dió priesa á hacer buenos partidos á un Cabo de escuadra que estaba dentro de la exclusa, y con ellos se rindió á vista de Francisco Verdugo, el cual, como por aquella parte no podia hacer ningun efecto, se volvió á Groeninghen á juntarse con otra buena tropa de gente que allí recogió para procurar con algunas barcas entrar por las cortaduras de los diques que habia rotas, y á socorrer á Reyden, porque el Conde con mucha presteza, despues de haber ganado la exclusa, se puso sobre ella, y tenia plantada el artillería, y no eran para sufrilla los dos fuertes, porque jamás los de Groeninghen habian querido que fuesen tales que la pudieran sustentar; pasando Francisco Verdugo con su gente las cortaduras y malos pasos que habia, se rindieron ántes de llegar á tener efecto el socorro, no por falta de diligencia, porque la puso Francisco Verdugo como se podia desear, sino por la flaqueza de los fuertes, procedida de la mala provision que siempre tuvo para hacerlos y fortificarlos como convenia; ni ménos pudo sacar substancia (para este efecto) de los del país, por estar á la voluntad y devocion de los de Groeninghen, sin querer gastar jamás lo necesario para hacer plazas que pudiesen esperar artillería; y así le era forzoso á Francisco Verdugo complacerlos por ser gente de tan extraño proceder y condicion que era menester particular gracia del cielo para gobernarse con ella, y todos los Gobernadores hubieron siempre de encontrarse con los de Groeninghen, porque sabian no poderse conservar con ellos, y aunque Francisco Verdugo lo hacia, era con tanta industria y trabajo como se ha visto y se verá en estos y otros muchos escritos que de las guerras de Frisa y modo de proceder de los de Groeninghen se han hecho.

En este medio sucedió que un caballero del país de Groeninghen, llamado Clante, pidió á los Estados rebeldes le permitiesen levantar un regimiento de la manera y condicion que el señor de Nienoort habia levantado el suyo, y concedídoselo

juntó su gente y procuró buscar parte donde poderla sustentar; y pareciéndole estaria bien la vuelta de Emden, se fué á alojar con ella por aquella parte; y temiendo Francisco Verdugo no se alargase y diese en la señoría de Wedde, fué la vuelta della con alguna gente, y el nuevo Coronel marchó con la suya por el país donde el duque de Alba, de buena y feliz memoria, rompió al conde Ludovico, y fué á dar hácia Aschendorp y Reyden, territorio del país de Munster, del cual pensaba sacar contribuciones para entretener y pagar su regimiento. Francisco Verdugo fué avisado de este designio y juntó cuantos carros pudo é hizo subir en ellos toda su infantería, y dió el cargo de ella al conde Federico, y su persona con las de el conde Herman y sus dos hermanos pequeños iban con la caballería, y caminaron con toda diligencia por la Bretanga, que quiere decir, malos pasos de agua, hoyos y marrazos, por cuya causa iba la infantería en carros. Con todo eso hicieron muy buenas jornadas, y en el camino tuvo aviso Francisco Verdugo que este regimiento del coronel Clante estaba en Reyden, y caminó la vuelta de allá; y siendo avisado de su ida, se fué retirando por un camino más corto del cual ni el drosarte de Wedde ni otra persona habia avisado de él á Francisco Verdugo, porque si lo hicieran no se le escapara ninguno de los rebeldes. Ibanse retirando á toda priesa y él los seguia con la mayor que pudo, y porque el conde Federico se habia quedado muy atras con la infantería, le envió aviso Francisco Verdugo se diese priesa á caminar, porque iba alcanzando con su caballería á los rebeldes, y por hacer más diligencia el Conde mandó á los soldados subir en los caballos que tiraban de los carros, habiéndolos desuncido, y desta suerte le fué siguiendo y él á los rebeldes; yendo ya muy cerca dellos tuvieron una buena suerte de hallar en un lugar del conde de Emden unos navíos, y se embarcaron en ellos y se fueron por el rio Ems abajo, y llegando el conde Federico con la infantería católica comenzó á arcabucear los navíos, y no pudiendo ser gobernados dieron al través en la ribera de la otra parte, y en ella se desembarcaron y se fueron huyendo la vuelta de Locort á tiempo que comenzó

á anochecer; y si el dia durara siquiera una hora no se escapara ninguno, porque ya Francisco Verdugo tenia dos barcas en que pasar su gente la ribera; y pareciéndole que por estar de la otra parte de ella los rebeldes hicieran alto en algun lugar para refrescarse de la larga retirada que habian llevado, y que á la mañana tuviera tiempo de seguirlos, se alojó en el lugar de Weenermoer, que lo es del conde Juan de Emden para que su gente se alentara, que del alcance que iba dando á los rebeldes estaba fatigada, los cuales á media noche pasaron por un puente de Loeort, donde corre otro que se junta con el Ems. Allí se salvó con más miedo que daño, que fué causa que pocos dias despues se le deshizo la gente por no tener con que sustentarla y le envió á decir á Francisco Verdugo que si le queria recibir á sueldo del Rey católico le avisase, porque de buena gana le iria á servir y le declararia algunas cosas que le importaban mucho. Francisco Verdugo trató esto con el Magistrado de la villa de Groeninghen y procuró que le admitiesen el ofrecimiento que hacia y le dejasen entrar dentro á hablar con él. Concediósele salvoconducto para este efecto y se fué á ver con Francisco Verdugo, el cual no le quiso oir sino en presencia de todo el Magistrado, que para el humor que tiene aquella gente era todo menester. Tratóse que sólo el Burgomaestre y Francisco Verdugo le oyesen, el cual lo hizo así y le llevó á su posada; y preguntándole qué era lo que le queria decir, le respondió haber visto cartas de algunos de aquel Magistrado para los enemigos rebeldes ofreciéndoles la reduccion de la villa de Groeninghen y tomar las armas contra el Rey católico; y haciéndole Francisco Verdugo en presencia del Burgomaestre y de otros gran instancia que nombrase las personas que eran, hizo mucha difieultad, y volviéndole á apretar mucho en ello, como convenia, dijo los nombres de dos dellos de los que estaban presentes con el Burgomaestre, y constantemente juró ser verdad, obligándose á la prueba. Quedó de este caso Francisco Verdugo muy maravillado y no poco dudoso en lo que habia de hacer, porque de las personas que le nombró le parecia tener de ellos mejor opinion que de los demas, de quien

imaginaba algunas sospechas; y habiendo pensado el mejor medio que podia tener para que no sucediese algun escándalo, hizo salir de Groeninghen al Coronel y se lo encargó mucho al conde Herman de Bergas, y que le enviase con escolta á una casa suya del mismo Clante que tenia en el país de Groeninghen donde estuvo bien asegurado.

Y porque este suceso dió mucho que pensar y que advertir á Francisco Verdugo, avisó de ello á Alexandro y le pidió le asistiese con gente y dineros ó de otros cualesquiera medios para hacer la guerra más vivamente, porque si no estaba muy á peligro de perderse todas las villas y gente que tenia á cargo en aquel gobierno; pero los consejeros de Alexandro y algunos ministros suyos, opuestos á la buena estrella de Francisco Verdugo, que, como he escrito, eran émulos poderosos que contrastaban y deshacian sus cosas, dijeron que escribia muchas veces que Frisa se perdia, y nunca se acababa de perder; y pidiendo Francisco Verdugo algunos españoles é italianos para mezclarlos con los alemanes que tenia, se burlaban de que pidiese estas naciones para Frisa, como si no hubieran estado en ella muchas y diversas veces. En esta estimacion tenian siempre sus cosas, que era el mayor mal que se podia esperar, pues no hay duda que si este solícito y prudente Capitan fuera asistido como era razon, no sólo hubiera sujetado á Frisa y á otras muchas provincias, pero tambien entrado en Holanda, que era la pretension de Alexandro para la empresa de Inglaterra, y lo que más deseaba, si los émulos de Francisco Verdugo, que si eran conocedores de la mucha importancia que era la provincia de Frisa, no burlaran de sus consejos ni se opusieran á su virtud con deshacer la voluntad que Alexandro le tenia, el cual, viéndose persuadido de lo que Francisco Verdugo le habia escrito y de la razon que tenia, no obstante lo que sus ministros le aconsejaban, le envió al capitan Juan de Contreras Gamarra, Comisario general que era de la caballería española, con su compañía de arcabuceros á caballo, y al coronel Paton, caballero escocés, con su regimiento; y como pasase el Rin el coronel Martin Esquenque

para romper este socorro por haber tenido aviso que á toda priesa se iba á juntar con el coronel Francisco Verdugo, salió del fuerte que habia hecho para oprimir la villa de Nimega, con mucha gente que tenia aprestada para ganarla y dió de improviso sobre la que llevaban el Comisario general Juan de Contreras Gamarra y el coronel Paton, los cuales hicieron poca resistencia por no tener junta toda la infantería. Juan de Contreras peleó gallardamente y salió muy mal herido, y quedó preso en poder del coronel Martin Esquenque y otros soldados españoles con él; escapáronse el Paton y sus Capitanes con alguna pérdida de sus soldados. Tenia el Esquenque muy grande enemistad con él, y por haber dado la villa de Güeldres en manos de Monsieur de Hautepena, de donde procedió una querella vieja que dél tenia; el Esquenque se retiró á su fuerte con la presa que llevaba de Juan de Contreras Gamarra y los demas prisioneros, y dejándolos con buena guarda se partió con toda su gente para la empresa de la villa de Nimega que tanto deseaba; y habiéndola acometido con mucho ánimo se apoderó de ella; pero los burgueses, con asistencia de algunos soldados que tenian pelearon tan bien que le resistieron y echaron fuera de la villa á él y á toda su gente con alguna pérdida, y queriendo saltar en uno de los navíos que habia llevado su gente, cayó en el rio, y por estar armado con armas fuertes se ahogó sin poderle nadie ayudar; los de la villa le sacaron luégo y le hicieron cuartos y los pusieron sobre la muralla, y su gente salvó los navíos en que habian ido á esta empresa. Este es el fin que el coronel Martin Esquenque hizo, tan deseado de los católicos como se puede imaginar por haberlos perseguido tanto como se ha visto.

Los Estados rebeldes sintieron mucho su muerte por haber perdido uno de los mejores Capitanes que tenian y que tantas victorias les habia dado contra la Iglesia de Dios; pero los que la persiguen acaban como este miserable, que por un desden que le dió Alexandro por haberle apretado á ser católico, se olvidó de Dios y vino á tener un fin tan desdichado. Fué valentísimo Capitan y muy cruel, y jamás le vieron reir, y todas sus facciones las hacia sin hablar, ni jamás peleando se le oyó nin-

guna, y cuando estuvo en servicio del Rey, nuestro señor, aconsejó á Alexandro que hiciese un fuerte en aquella parte que él lo hizo y no le dió crédito, que hoy dura junto á Nimega, en una isla y punta que hace el rio Val con el Mosa, habiéndonos costado tanta sangre y reputacion como se ha visto y adelante se verá. Murió el Esquenque á los 11 de Agosto deste año de 1589.

El Conde Cárlos de Mansfelt fué en este tiempo á la fuente de Aspa, donde todavía estaba Alexandro, á pedirle alguna infantería española para apretar á la villa de Uslem y arrimársele con trincheas, porque no se habia atrevido á plantar el artillería más de tenerla sitiada. Alexandro, que deseaba acudir á todo lo que se ofrecia y tener salud para ir en persona á poner en ejecucion algunas empresas que habia acordado, aunque temia levantar los tercios españoles de sus alojamientos sin darles sus pagas, porque no le perdiesen el respeto con alguna alteración, por haber entendido comenzaban á comunicarse, si bien no lo tuvo muy averiguado, dió órden que se desalojasen, queriendo más acudir á las ocasiones de la guerra y esperar el mal suceso en la campaña que no en las villas que tenian presidiadas, donde primero que los sacase dellas se viera en mayores peligros, los cuales deben temer los Capitanes generales que son soldados y prudentes, como lo era Alexandro, y ansí dió buenas esperanzas al conde Cárlos de enviarle con mucha brevedad los tercios de españoles, como lo hizo de allí á pocos dias. Estando el tercio de D. Sancho Martinez de Leiva alojado en la villa de Liera, como he referido, sucedió que el alférez Bonal, soldado de la compañía del capitan Hernando de Barragan y camarada del alférez Alonso Cajero, que lo era desta compañia, por haber puesto mano á la espada en un cuerpo de guardia le hizo prender D. Sancho de Leiva y le mandó cortar la cabeza, sin que nadie fuese bastante á que le perdonase, sólo se acabó con él otorgase la apelacion para Alexandro y que su Auditor general viese al proceso. Confirmó la sentencia, y aunque el alférez Alonso Cajero hizo extraordinarias diligencias para librar de la muerte á su camarada con los príncipes de Lieja, Asculi,

duque de Pastrana y con otros señores de los Estados, no fué posible que Alexandro les otorgase lo que pedian, y escribió á D. Sancho de Leiva ejecutase luégo la sentencia, como se hizo, para que se vea de la manera que en los cuerpos de guardia donde están las banderas que representan la persona real, el decoro y respeto que los soldados les han de guardar y lo que conviene que los Generales y demas superiores castiguen semejantes desacatos y atrevimientos.

El comendador D. Juan Moreo, del hábito de San Juan, natural del reino de Aragon, y hijo de un francés, y Capitan de lanzas españolas en el ejército católico, servia al Rey, nuestro señor, de Embajador particular en los negocios de Francia, llegó en este tiempo á pedir á Alexandro continuase en el socorro de los católicos de aquel reino, que, molestados de Enrique de Borbon, príncipe de Bearne, que pretendia la corona de él, como he referido, y que hacia la guerra muy vivamente opuesto á las fuerzas del duque de Umena, General de la Liga católica, y aunque Alexandro le habia ofrecido cinco mil infantes valones y otro número de españoles con una buena suma de dineros y algunas compañías de caballos, no aceptaron los franceses la infantería, temerosos (por su razon de estado) no ocupasen algunas plazas para el Rey católico, cosa bien fuera de lo que pretendia, que era sólo darles ayuda contra los herejes que Enrique tenia á su devocion, y así les envió Alexandro algun dinero y municiones, porque, como he referido, habia llevado el conde de Agamont trece compañías de las bandas de Flandes y tres de lanzas españolas, que eran la de D. Juan de Córdoba y las de D. Juan Moreo y D. Pedro, su hermano, y otra de arcabuceros á caballo del capitan Cola, Gentil-hombre napolitano, todas número de mil y trescientos caballos, con buena cantidad de armas y de pólvora, y cuatrocientos mil ducados á distribucion de Juan Bautista de Tassis, del hábito de Santiago, y del Consejo de Guerra en Flandes, que iba ayudar á D. Bernardino de Mendoza, Embajador del Rey, nuestro señor, en la corte de París, persona de quien pendia el peso y gravedad de las cosas de aquella villa, como en estos sucesos escribiré.

Aunque temia Alexandro levantar los tres tercios de españoles de sus alojamientos sin darles algunas pagas, lo hubo de hacer, porque le daba priesa el conde Cárlos y le llamaban otras cosas de no menor consideracion, particularmente el deseo que tenia de entrar en Holanda; y pareciéndole lo podia hacer por las islas de Dura y Bomel, mandó que marchase el ejército español la vuelta de ellas, y no sin muchas causas, por haber lucido tanto las inteligencias que habia tenido con los holandeses, los cuales le enviaron personas y rehenes para más seguridad y facilitar la entrada en las islas. Perdióse esta buena ocasion por alteracion que intentaron los tercios españoles en Bomel, como adelante diré, y de camino dar calor al conde Cárlos de Mansfelt, y los tercios españoles partieron de sus alojamientos á 10 de Agosto deste año, que era la cosa que más habian deseado por el mucho tiempo que estuvieron en ellos: sin hacer ninguna faccion llegaron á juntarse al lugar de Tornante, y allí hallaron órden de Alexandro para que fuesen á Amberes una buena escolta de todas las naciones y algunas compañías de á caballo para enviar al ejército una gruesa suma de dineros para socorrer la infantería española, y gran cantidad de paño para las naciones. Nombráronse tres compañías de cada tercio, y lo mismo de las de los regimientos de los valones y alemanes, y de las nueve de los españoles fué por Cabo el capitan Gonzalo de Luna, hoy Maestre de campo y Castellano de Fuenterrabía, y ansimismo llevaba á cargo todo el convoy, y el sargento Alonso Vazquez, que lo era de la compañía del capitan D. Luis de Godoy, y que le tenia á cargo, iba haciendo oficio de Sargento mayor de todas estas tropas. Llegó con todas ellas á la villa de Amberes el capitan Gonzalo de Luna y Mora, y habiendo recibido el dinero y municiones, marchó con el convoy la vuelta de Longostrate, lugar grande en Brabante, cerca de Bolduque, donde halló acababan de llegar á él los tres tercios de españoles, á los 14 de Agosto, y allí les salió á recibir el conde Cárlos de Mansfelt con sumo gozo, por lo mucho que habia deseado y solicitado su llegada; mandó se alojasen en este mismo lugar de Longostrate, donde hicieron alto cinco dias. No

sé si fué acertado juntarlos todos en un alojamiento, pues ya tenia noticia el Conde las pláticas que habian tenido para alterarse, cosa bien fuera del uso y órden de la guerra cuando se tienen semejantes sospechas. Bien quisiera excusar de escribir lo que desde este alojamiento fué sucediendo, así por ser las alteraciones y motines tan odiosos y de tal calidad, como porque ni con la lengua ni con la pluma jamás se habian de traer á la memoria, sino para aborrecerlos y castigar con grandísimo rigor á los autores de semejantes desórdenes, sin que mereciesen perdon los que en ellas se hallan; como desde que se ganó la villa de Amberes no se les habian dado pagas, sino á algunos tercios dellas á la infantería española, y habian en los alojamientos pasados, así en las fiestas que hicieron como en otros excesos que la ociosidad trae consigo, empeñado sus sueldos y necesitádose de manera, que áun el crédito que tenian en los vivanderos lo habian perdido, hallábanse apurados y deseosos de sus pagas y de novedades, y porque estaban ausentes de Alexandro, que á estar en su presencia no le osaran perder el respeto, y porque los mantenia en justicia y razon y daba el sustento necesario, sin ser todas veces asistidos del Rey, su tio, lo mejor que podia, empeñando sus prendas y joyas, como lo hizo en el sitio de Mastriq y en otras partes; y aunque no es disculpa, ni mi intento es darla, las necesidades que los españoles pasaban, para pedir sus pagas por fuerza de armas, advierto de lo que les movió para el intento que tenian; ántes bien, digo que el verdadero y obediente soldado primero ha de perder la vida en miserables trabajos y pobrezas que tomar las armas contra su Príncipe, porque es digno quien lo hace de muerte y quedar infamado su nombre eternamente. No haciendo caso el conde Cárlos de Mansfelt de las pláticas que supo tenia la infantería española, dió lugar que en Longostrate se continuasen, no porque la desease, que era un caballero muy honrado y muy valiente Capitan, sino porque no se persuadia que los españoles yendo á buscar las ocasiones cometieran semejante crímen, y aunque del Maestre de campo D. Sancho Martinez de Leiva fué amonestado y de otros Capitanes, no hizo caudal de lo que le

decian, y sin duda se tuvo por cierto que ántes de partir de Longostrate salian con lo que tenian tratado; pero el haberles dado algunos socorros y con la esperanza que tenian de mejor ocasion, dejaron pasar por entónces la que se les habia ofrecido.

En este medio, que eran los 15 de Agosto deste año, en la noche, fueron cuatrocientos soldados de los rebeldes á socorrer la villa de Husden, con determinacion de hacerlo ó perder las vidas. Llevaban en las espaldas algunos sacos de bastimentos y municiones para darlos á los cercados, por la gran necesidad que pasaban. Habíanse juntado para este efecto en Gorcomillo, y yendo á ponerlo en ejecucion, fueron á pasar por un dique donde el conde Cárlos de Mansfelt tenia mandado poner dos regimientos de valones y tres compañías de caballos dos noches ántes, por haber tenido aviso que por aquella parte habia de entrar aquel socorro; y como los valones católicos estaban advertidos, tenian cuidado, y con las armas en las manos cerraron con los rebeldes que comenzaban á pasar el socorro, los rompieron y degollaron la mayor parte con mucho valor. Mataron á un Capitan y á otro en prision, con muchos que no pudieron escaparse. Este buen suceso estorbó no fuese la villa de Husden socorrida.

A los 19 de Agosto partieron los tres tercios de españoles del lugar de Longostrate, y fueron este mismo dia con algunos alemanes y caballería á pasar el rio Mosa por junto un castillo que está en la misma ribera. Hiciéronlo y entraron en la isla de Bomel, y el Conde los mandó acuartelar y tomar sitio junto al castillo de Hostel, situado en aquella isla, con intento de ganarlo, porque habia en él ciento y cincuenta rebeldes que corrian las campañas de Bolduque y molestaban los labradores y les hacian mucho daño, y por comenzar á limpiar aquella isla y quitar las plazas enemigas que habia en ella para conseguir el intento de Alexandro, que era de pasar á las de Holanda é Inglaterra, puso sitio el Conde á este castillo de Hostel, y sin abrirle trincheas plantó otro dia siguiente dos piezas de artillería con que le comenzaron á batir las defensas, porque de ellas hacian daño á los españoles; y á los 23 de Agosto se plantaron

otras ocho piezas sin las dos. Envióles el Conde un atambor convidándoles con la paz, y que si no la querian recibir les habian de arrasar el castillo y darles el asalto. Estimaron en poco la embajada y comenzaron á defenderse, mostrando muy grande ánimo y pecho. El Conde mandó jugar el artillería otro dia siguiente, que fué á los 24, desde el amanecer hasta las ocho de la mañana que se les habia abierto una muy gran batería. Los rebeldes comenzaron á perder el ánimo, y arrepentidos de no haber admitido la paz que el Conde les habia ofrecido, comenzaron á llamar con un atambor que se puso sobre la batería, y en comenzando á tocar la caja llegó la bala de un mosquete español y lo mató, y fué rodando por la batería abajo. Visto por los rebeldes su mal suceso, sacaron otro atambor á hacer lo mismo, y á grandes voces dijo se querian rendir, pero siempre jugaba la artillería y la mosquetería y arcabucería española, y pareciéndoles no les habian entendido, comenzaron á poner los sombreros sobre las picas levantándolas en alto, pidiendo á grandes voces misericordia. En este medio llegó el conde Cárlos, que por haber estado dando órdenes en otras cosas necesarias no se habia hallado á la primera vez que el atambor muerto se puso sobre la batería; comenzóles á hablar arrimado á un ceston de nuestra artillería, y les dió esperanzas de hacerles merced de las vidas y suspender las armas; mas ellos, poco prudentes y ménos soldados, sin pedir rehenes ni palabras, se descubrieron todos sobre la batería, y á vozes le dijeron se rendian á su voluntad para que hiciese de sus vidas lo que quisiese, pidiéndole misericordia de ellas. Dejaron las armas, y sin tomar ningun acuerdo ni seguridad, como es costumbre en semejantes ocasiones, se comenzaron algunos á bajar por la batería desordenadamente sin armas ni bagajes; tanto era el temor de la muerte que no sabian cómo habian de librar sus vidas, y algunos arrimados á sus mujeres con sus hijuelos en los brazos, con extraña turbacion pedian siempre misericordia, y como éste fue un caso pocas ó ninguna vez visto en tales ocasiones, y que duró algun espacio, por ver los españoles (que estaban en sus puestos) lo que en la batería pasaba, los comenzaron á desam-

parar y á dividirse por muchas partes, sin que sus Oficiales lo pudiesen remediar, aunque lo procuraron, y pareciéndole al Conde que para hacerles volver á ellos y que no se desmandasen era bien que se tocase á arma, para que entendiesen venia algun socorro ó que habia enemigos de quien poderse temer, la hizo tocar muy vivamente.

Los rebeldes rendidos entendieron que aquella arma se tocaba para degollarlos, comenzaron á huir desatinadamente, procurándose escapar por donde podian, y en vez de librar las vidas daban en brazos de la muerte, porque los soldados españoles y valones se las dieron rigurosamente, sin dejar ninguno con vida, salvo algunos que quedaron presos, á los cuales hicieron pagar su ranzon; y aunque el Conde y los Capitanes españoles y demas Oficiales procuraron evitar aquel desórden, no fué posible. En este sitio no hubo de nuestra parte ningun muerto ni herido, por haber sido tan de improviso, si no fué á D. Francisco de Luzon que le dieron un arcabuzazo en la pierna izquierda. Era soldado del capitan Diego Coloma. Hízose retirar el artillería y municiones, y mando el Conde entrar de guarnicion en el Castillo, al capitan Mosquetier con su compañía de valones y algunos alemanes, y habiéndole guarnecido y amunicionado, marchó con los tres tercios de españoles (sin llevar otra nacion) y dos piezas de artillería, á los 25 de Agosto, y fué á alojar al lugar y castillo de Broha. Allí comenzó á designar un fuerte para dejar seguras las espaldas, y pasar por allí el rio á la isla de Bura del castillo de Oristan, donde los condes Mauricio y Holac estaban con tres mil infantes y cuatrocientos caballos; pero no tuvo efecto este pasaje ni la faccion que se esperaba hacer, que fuera de mucha importancia, pues siendo señoros de la isla de Bura, que era escala para la de Holanda, empresa que tanto se deseaba, se consiguiera muy gran efecto. La causa fué que en cinco dias que los tercios de españoles estuvieron designando y comenzando á levantar el fuerte, volvieron á las pláticas pasadas, añadiendo á ellas que no era posible si no que el conde Cárlos los queria anegar segunda vez en aquella isla de Bomel ó en la de Bura, como lo habia

hecho la primera el año de 1585, que si no fuera por el milagro que Nuestra Señora de la Concepcion usó con ellos, perecieran todos, y así les parecia rehusar el pasaje y quedarse en la isla de Bomel á esperar el órden de Alexandro, y que no era posible que él la hubiese dado para que los entrasen á padecer y acabar en aquella isla donde no tenian dineros ni bastimentos ni con que comprarlos. Habíaseles puesto en la cabeza algunos de mala intencion y poco soldados que la desconfianza les hacia estar dudosos en qualquier buen suceso. Otros decian seria bien dar parte á Alexandro, variaban en muchas cosas, todas fuera de razon y del verdadero intento con que habian ido á aquella empresa; pero la verdad era, querer los más dellos cobrar sus pagas, como lo tenian tratado en los alojamientos pasados; algunos Capitanes y otros Oficiales bien intencionados, que habian entendido los discursos que los soldados hacian, dieron aviso al conde Cárlos para que pusiese algun remedio, y no haciendo caso dello, decia que siempre los soldados hablaban y discurrian (compelidos de sus necesidades y trabajos) en estas y otras semejantes materias; con esta suspension bien inconsiderada se dió lugar á que los soldados mal intencionados, y que deseaban novedades, instasen con los demas á hacer algun movimiento, y visto los Capitanes que el conde Carlos de Mansfelt no hacia diligencia ninguna, acudieron al Maestre de campo D. Sancho Martinez de Leiva para que lo remediase, y mandó á los Sargentos de su tercio y á los demas Oficiales que rondasen de dia y de noche todos los cuarteles y deshiciesen los corrillos de los soldados, estorbándoles las juntas y pláticas que hacian, para que por este camino entendiesen les habian penetrado sus designios. Hízose así y con tanto cuidado como era razon. De aquí nació algun desabrimento en el Conde, pareciéndole se tomaba D. Sancho más mano en el gobierno de quella gente de la que fuera necesario.

El capitan Diego de Avila Calderon, Gobernador que era del tercio del Maestre de campo D. Juan Manrique de Lara, gran privado del conde D. Cárlos, hacia con él buenos oficios para desfavorecer á D. Sancho Martinez de Leiva, el cual comunicó

estas cosas con el príncipe de Asculi, su primo y con el duque de Pastrana, que todos tres eran camaradas, y estos dos Príncipes desde que llegaron á Flandes servian en su tercio con gran puntualidad, acudiendo á sus obligaciones como el más mínimo soldado que militaba debajo de aquellas banderas. Respondiéronle que hiciese él su deber en servicio del Rey, nuestro señor, como lo hacia, y que dejase decir lo que quisiesen; y fué de tanta importancia el cuidado que D. Sancho tenia en sosegar su gente, como se vió dentro de pocas horas, porque aquella misma noche, que fué á los 30 de Agosto, se tocó una arma tan viva como si los enemigos estuvieran dentro de la Isla. Comenzaron los soldados á recogerse á la plaza de armas y á tirar muchos arcabuzazos y á pasar palabras de las que suelen en semejantes movimientos. D. Sancho Martinez de Leiva, como más cuidadoso, salió al arma, y con un ánimo y valor increible se entró dentro del escuadron de los alterados, y con la mayor suavidad que pudo los procuró apaciguar, y á otros que le comenzaban á perder el respeto los castigaba con el baston que llevaba en la mano. Como el Conde oyó y supo no eran enemigos, se retiró al castillo, que era su mismo alojamiento, pero el capitan Diego de Avila Calderon, que por aquella parte con gran brevedad habia comenzado á hacer la órden de algunos soldados del tercio de D. Juan Manrique que gobernaba, y abrigar las banderas, que entendiendo era arma de enemigos la que se habia tocado, salian á la plaza de armas, entró por el conde Cárlos á su alojamiento, y le puso en medio del escuadron y á voces le dijo: «no se mueva Vuestra Excelencia, que aquí está tan seguro como en el *Sancta Sanctorum*;» pero esta diligencia, aunque fué de gran soldado, no tuviera efecto si no fuera por cinco compañías del tercio del Maestre de campo D. Sancho Martinez de Leiva que le dieron calor y advertencia para hacer la órden de sus soldados, porque vieron que ellos la hicieron primero, y fué así que, como los Sargentos dellas estaban advertidos de su Maestre de campo y que tan de veras tenian sus soldados recogidos, porque todas cinco compañías alojaban dos casas juntas, no faltó ningun soldado dellas. Las tres estaban sin Capitanes y

las dos con ellos. Eran la de Alonso Ruiz Fajardo, natural de Múrcia, que se halló presente, y la de Gaspar de Mondragon, natural de Medina del Campo, que tambien lo estaba. Las otras tres eran de D. Francisco de Mendoza, que estaba en España, á cargo de D. Francisco Rebellon, su Alférez, y la de Hernando Barragan, enfermo en la corte de Bruselas, y la gobernaba su alférez Alfonso Cajero, y la de D. Luis de Godoy que estaba á cargo del sargento Alonso Vazquez.

Estas cinco compañías fueron las primeras que salieron al arma y sin faltarles ningun soldado, porque en aquel mismo tiempo los Sargentos hicieron memoria de ellos y se pusieron en escuadron en la boca de dos caminos que miraban á la plaza de armas, y esto fué á tiempo que el capitan Diego de Avila Calderon, como vió estas compañías tan bien puestas hizo la órden de sus soldados, como he apuntado, y se abrigó con ellas, teniéndolas á su costado siniestro, ocupando el camino que iba de su cuartel y de el alojamiento del Conde; pero los capitanes Alonso Ruiz Fajardo y Gaspar de Mondragon, y los Oficiales de las otras tres compañías no permitieron que estos soldados se mezclasen con los de Diego de Avila Calderon, que estaban bien pobres de gente, por estar los que les faltaban con los demas que se habian alterado; y estas solas cinco compañías resistieron por tres veces con las picas terciadas á los que procuraban amotinarse por quererse juntar con ellos, y el mismo acometimiento hicieron á las compañías del capitan Diego de Avila; pero hallaron la misma resistencia, el cual, juntamente con el Conde procuraban con buenas razones reducillos y apaciguallos; pero no fueron de tanta importancia como las otras de D. Sancho Martinez de Leiva, que eran tales como se podian esperar de un tan valeroso y prudente Capitan, que andaba á una parte y á otra en medio del escuadron de los alterados trabajando por deshacer su intento, ya con el rigor del castigo, y ya con palabras y ofrecimientos, y á cualquiera parte que los alterados se movian iba con ellos, particularmente cuando cerraron con las cinco compañías de su tercio, y á voces encargó á los Oficiales dellas tuviesen el cuidado que era razon, y les dijo que aquello no era

nada, y que no permitiesen se mezclasen los unos con los otros, como se hizo; y un soldado mulato, de los viejos, del duque de Alba, que se llamaba Estéban de Villalobos, natural de Tarifa, y por otro nombre Sanguino, bien conocido de todo el ejército español, que era de la compañía del capitan Gaspar de Mondragon, porque se podia tener de él alguna sospecha, siempre que el escuadron de los alterados cerraba con las cinco compañías que los asistia, daba voces y decia: «séanme testigos que está aquí Sanguino con su bandera y compañía.» No dejaba de causar esto alguna risa, por ser este soldado muy gracioso, aunque lo que decia era á tiempo de harta tristeza y confusion, y la hubo muy grande en apaciguar esta gente, y que sólo podia el que era tan gran soldado y bien quisto como D. Sancho Martinez de Leiva, pues con su gran esfuerzo y osadía en esta ocasion uno de los mayores y más particulares servicios que vasallo hizo á su Rey, y se lo pagaron tan mal como despues se entenderá; y habiendo puesto tanto trabajo en esto, y recibido algunos empellones, descortesías y malos tratamientos de los soldados alterados, quiso Dios que acabase de aquietarlos y ponerlos á todos en gran silencio, habiendo durado más de tres horas los rumores y alborotos y apellidos de los alterados.

Y aunque sea de paso, escribiré algunas palabras de las que decian, para que se eche de ver su poco fundamento y cuán varios eran los intentos de cada soldado, que como me hallé presente á todo, áun me duran en la memoria. Unos decian: «muera el mal gobierno y salgamos de la Isla;» otros, «escríbase á Alexandro que hay aqui traidores que al Conde aconsejan mal;» y porque uno dijo (todo y en oro) una palabra muy odiosa que acostumbran en semejantes ocasiones, le dieron muchos palos diciendo que ellos no querian dineros, sino salir fuera de la Isla y que muriese el mal gobierno.

El Conde se estuvo siempre con el capitan Diego de Avila Calderon, arrimado á las banderas del tercio de D. Juan Manrique, que gobernaba sin quererse apartar de ellos hasta que D. Sancho Martinez de Leiva tuvo apaciguada la gente, y en siendo de dia estuvo cada uno en sus cuarteles y aloja-

mientos con tanto silencio como si no hubiera sucedido nada. Luégo se comenzó á tratar, como es costumbre, destas cosas pasadas, haciendo varios juicios, cada uno á medida de su opinion; y porque en el Conde conocieron algunos de los que le aconsejaban tenia mucho desabrimiento con D. Sancho Martinez de Leiva, y que á sus cosas no las miraba con ojos de hacerles favor, le fueron poniendo mal con él y dando ocasion para que hiciese informaciones (esto tiene la virtud, que siempre es perseguida); el Conde abrazó de buena voluntad lo que le decian y mandó se recibiesen testigos de lo que habia pasado para dar cuenta de todo á Alexandro, y sucedió lo que adelante se dirá. El duque de Pastrana, el príncipe de Asculi y D. Sancho Martinez de Leiva entraron en consejo con el conde Cárlos de Mansfelt y los demas á quien llamaban para él, y acordaron que los tercios españoles los sacasen de la Isla, porque no volviese á suceder otro tanto ó peor que lo pasado, donde aunque se quisiese remediar no podrian, demás que era dar ocasion á que los regimientos de las demas naciones hiciesen otro tanto; y se deja considerar el daño que de ello pudiera resultar.

Habiendo tomado el conde Cárlos resolucion de partirse con toda la gente de la isla de Bomel, primero de Setiembre, la vuelta de la campiña, y otro dia siguiente hizo el Maestre de campo D. Sancho Martinez de Leiva una demostracion tan honrada como se podia desear, porque una cosa semejante no quedase sin castigo, y fué que á los soldados que él habia conocido la noche de la alteracion que anduvieron más desvergonzados y que le habian perdido el respeto, prendió á ocho dellos, llevando consigo para este efecto al alférez Francisco de Escamez, que lo habia sido de su compañía de infantería, ántes que fuese Maestre de campo, y al sargento Alonso Vazquez y al Capitan de campaña de su tercio, y á otros soldados, y le dió parte al Conde desta prision, el cual, se lo remitió á D. Sancho, y él hizo dar garrote á los cinco en su presencia, y á los tres se ahorcaron. Con este castigo que hizo D. Sancho (que despues se lo pusieron por capítulo), se quietó la gente, y á los 2 de Setiembre fué á alojar toda la infantería española á

los contornos de la villa de Grave, donde estuvieron quince dias, y en este tiempo hizo el Conde con mucho secreto una cabeza de proceso contra D. Sancho, y recibió testigos de los enemigos que tenia, que harto dichoso es el hombre que gobierna y no los tiene, pues no es posible tener á todos contentos. Lo que contra él depusieron escribiré lo más breve que supiere, que aunque pudiera alargarme mucho en estos sucesos, lo dejo de hacer por grandes respetos, y voy con mira de abreviar en todo lo que se ofrece; que sólo el tercio del Maestre de campo Don Sancho Martinez de Leiva era el que se habia alterado y rehusado el pasar á la isla de Bura, pues él dió órdenes á sus Oficiales para rondar los cuarteles y apaciguar los soldados, y los demas tercios no lo habian hecho, y así sabia del motin ó alteracion, y que pues hizo prender á los delincuentes y ahorcarlos y darlos garrote, sabia que eran de su tercio, y que de los demas no habia ningun culpado, y que ciertas órdenes que el Conde habia dado á D. Sancho las habia rehusado, cosa bien fuera de camino, porque hasta hoy no se vió caballero más obediente ni más perfecto soldado en todas sus acciones que Don Sancho Martinez de Leiva. Otras muchas depusieron de su persona, agravándole la culpa injustamente, con que se cerró el proceso, y el conde Cárlos se le envió á Alexandro pidiéndole, que si no hacia una muy gran demostracion contra D. Sancho y sus soldados, dejaria el cargo que tenia, y el servicio del Rey católico, que es todo lo que se puede escribir y encarecer, para que se entienda el ódio y pasion que al Conde se le habia engendrado contra D. Sancho, persuadido de los que le aconsejaban y andaban cerca de su persona, enemigos suyos; pero Alexandro quedó tan arrepentido de la resolucion que tomó en estas cosas como á su tiempo escribiré.

A los 7 de Setiembre dió órden el conde Cárlos al tercio de los napolitanos del Maestre de campo Cárlos Pinelo, que todavía se habia estado alojado en la campaña, que saliese del lugar de Gelanda, que está dos leguas de la villa de Grave, y fuese al país de Güeldres á órden del marqués de Barambon, Gobernador que era de aquella provincia por muerte de Monsieur de

Hautepena, y mandó el Marqués guarnecer con este tercio dos fuertes que tenia hechos para tener más apretada á la villa de Berquerin, que, como he referido, habia dado esta empresa al marqués de Barambon, y el suceso della fué bien diferente del que se pensó, por no haber querido recibir el parecer del coronel Francisco Verdugo, como lo veremos adelante.

A 15 de Setiembre iban diez y ocho barcas cargadas de bastimentos y municiones de las villas de Gorcomillo y Bomel á socorrer á la de Usdem por la mucha necesidad que pasaba, y queriendo ir estas barcas por el navillo que corre del rio Mosa á la villa con trescientos rebeldes que por tierra le iban haciendo escolta, tuvo aviso el Conde, y con mucha brevedad envió á estorbarles el paso con la gente que más á la mano estaba por aquella parte, la cual atajó el agua del navillo, de suerte que los marineros de las barcas no pudieron navegar, y cerrando con ellas y con los rebeldes que las convoyaron, pelearon con mucho ánimo los unos con los otros, y los rebeldes quedaron vencidos y algunos muertos, y de los que huyeron entraron en Usdem algunos á la ligera sin podérselo estorbar, y perdieron doce barcas, y las demas que no pudieron pasar se volvieron adonde habian salido; y no fué de poca importancia esta empresa, porque con los bastimentos y municiones que llevaban se proveyeron los soldados católicos del campo.

A los 17 de Setiembre dió órden el conde Cárlos que marchasen los dos tercios de españoles el de D. Francisco de Bobadilla, que, como ya he escrito, gobernaba el capitan Manuel de Vega Cabeza de Vaca, y el de D. Juan Manrique de Lara el capitan Diego de Avila Calderon, y fueron á pasar el rio Mosa por el castillo de Heél, donde estuvieron aquella noche, y otro dia marcharon con alguna caballería y fueron á alojar á un lugar que está en la misma isla, cerca de un fuerte que referí habia fabricado el coronel Martin Esquenque, que era de grandísima importancia; y en este medio se hallaban en él los condes Mauricio y Holac con la mayor parte de la infantería rebelde y un gran número de caballería, de bajeles que estaban al rededor del mismo fuerte por estar situado en una isla que hace el rio Val en el Mosa, y

en estas dos riberas tenian los rebeldes sus navíos, que abrazaban el fuerte y podian hacer notable daño, como lo hicieron á los españoles que con gran presteza los comenzaron á cañonear desde los navíos y armada, hiriendo á muchos y matando á otros, por cuya causa no tuvo efecto el intento del conde Cárlos, que era de ganar aquel fuerte, poder libremente, siendo señor de él entrar en la isla de Bura, cuyo designio entendieron bien los condes Mauricio y Holac; y por esta causa se habian entrado en este fuerte y señoreádose dél, quitándolo á la gente del Esquenque, porque se ahogó en el foso de Nimega; y si en esta ocasion fuera vivo no le ocuparan, porque sólo él queria ser señor de las plazas que ganaba con sus tiranías é inteligencias, y aunque enemigo de la Iglesia y rebelde del Rey, nuestro señor, no se puede dejar de confesar fué un muy valiente y osado Capitan, cuyo valor conocimos muchas veces en algunas ocasiones.

Aunque el conde Cárlos habia visto la resistencia que los del fuerte y navíos rebeldes hacian á los españoles era muy grande y con tanto daño, no quiso dejar la empresa y probar ventura, aunque no se tuvo por acertado, siendo tan conocido el peligro y dudosa la empresa; pero hay muchos Capitanes generales que emprenden algunas á costa de sangre de sus soldados, sin otra consideracion, no mirando en tiempo los inconvenientes ni azares de la guerra. Continuó, en el sitio deste fuerte, y con dos piezas de artillería comenzó, á los 18 de Setiembre, á batir y á desalojar algunas charruas que habia en el rio Val, y al Maestre de campo D. Sancho Martinez de Leiva dió órden que con su tercio viejo de infantería española se pusiese frontero del fuerte, como lo hizo á la parte de Brabante, cerca del castillo de Mega, y llevó consigo cuatro piezas de artillería para defender que las charruas no pasasen por el rio abajo, y se ejecutó como se habia ordenado, porque el artillería hizo su efecto, si bien la de los rebeldes, como he apuntado, hirió y mató á muchos españoles, y entre ellos el Teniente del conde Cárlos, que era muy valiente soldado. Tres dias estuvo en esta faccion sin hacer más efecto que desalojar los bajeles y sa-

lir del fuerte alguna infantería á escaramuzar y á dar calor á su armada, pero como el rio estaba en medio, no se pudo llegar á las manos; y visto el Conde que desta empresa no se podia sacar el fruto que se deseaba, y que era gastar las municiones y el tiempo sin aprovecharlo en nada, así por ser el fuerte tan inexpugnable como porque está en una isla que hacen tres brazos de los rios Val y Mosa, que cualquiera de ellos dista de la tierra más de mil pasos por lo más angosto, y por la fuerza de gente que habia dentro y no poderle quitar el socorro, mandó retirar la gente y se fué á alojar con ella al castillo de Heél, y allí ocupó algunos dias, donde mandó hacer gran cantidad de fagina para fabricar un fuerte que se hizo en la entrada del navillo que va del rio Mosa á la villa de Bolduque, frontero del castillo de Heél; y no hay que maravillarse que el Conde se retirara sin ganar el fuerte del Esquenque, pues por ser tan inexpugnable hizo lo mismo Alexandro; y lo que con él sucedió y causas que le movieron á retirarse, se verá á su tiempo. Deseaba el conde Cárlos, no sin poco cuidado, complacer á los émulos de D. Sancho Martinez de Leiva, y que tuviese efecto la informacion que habia hecho contra él y su tercio, y por esto procuró que se dividiese de los dos de los Maestres de campo D. Francisco de Bobadilla y de D. Juan Manrique, por dar á entender, segun se creyó, que si los tenian juntos se volverian á alterar, siendo parte para esto sólo el tercio de D. Sancho, de quien daba á entender nacian las sospechas de cualquier mal suceso, reservando de él á los otros dos, particularmente al de D. Juan Manrique, que, á su parecer, como el capitan Diego de Avila Calderon y otros, y habia asegurado era el padre de la lealtad y la guarda y defensa de todos los peligros que se le podian ofrecer; pero como la buena fortuna no es estable con ningun género de gente por más asida y fuerte que la tenga, y más donde la malicia se auna con la envidia para deshacer la virtud, presto se descubre, porque el tiempo, autor de desengaños no puede ménos que en hacer su oficio, y así mostró en pocos dias lo que contra la inocencia de D. Sancho Martinez de Leiva y de su tercio se habia fabricado; y el pesar que Alexandro

tuvo es la demostracion que hizo por haberle dado á entender con siniestras relaciones lo que no se pudo encubrir ni yo dejaré de escribirlo.

Dió órden el conde Cárlos de Mansfelt qué marchase el tercio de D. Sancho Martinez de Leiva, á los 25 de Setiembre, y fuese á alojar al lugar de Mil, cerca de la villa de Grave, y que desde allí pasase al condado de Flandes, y que en el camino tendria la órden de Alexandro de lo que habia de hacer. Don Sancho cumplió la que le dió el Conde, y el suceso que tuvo no fué tan dichoso como se esperaba. Otro dia siguiente, que fué á los 26, partieron los dos tercios de D. Francisco de Bobadilla y de D. Juan Manrique de la isla de Bomel, y fueron á alojar al lugar de Linghen, que está á la otra parte de la villa de Grave, el rio Mosa arriba. En él estuvieron algunos dias, y deste alojamiento se partió el duque de Pastrana y se fué á la villa de Amberes, con intento de venir á España, como lo hizo de allí á pocos dias, y el príncipe de Asculi se fué á la corte de Bruselas donde estuvo hasta que Alexandro salió en la campaña para ir á la jornada de Francia, habiendo servido él y el Duque en cuantas ocasiones se ofrecieron como Príncipes valerosos, y no ménos bien se mostró en ellas D. Iñigo de Guevara, hoy conde de Oñate, que como gallardo y valiente caballero peleó y se señaló á medida de su valor y calidad, y lo mismo D. Francisco Juan de Torres, caballero valenciano, prudente y animoso, sirviendo en estas guerras como se podia desear.

La villa de Berquerin, ó Rimbergue, pasaba grandes necesidades por el largo sitio que le tenian puesto, así con fuertes y cuerpos de guardia en las avenidas y caminos más ordinarios, como por haberle ocupado el paso de la ribera del Rin con los fuertes y presidios que estaban en la villa de Burique, aunque parte de ellos se perdieron por haber estado á cargo de persona poco plática en las cosas de la guerra; y deseando los condes Mauricio y Holac socorrer esta plaza, juntaron en este tiempo mucha infantería y cantidad de municiones y bastimentos para entrarlos en barcas por la ribera del Rin, desde un

fuerte que en ella tenian ocupado los rebeldes, frontero de Res, villa del duque de Cleves, de la otra parte del rio. Este socorro iba á cargo del conde de Murs, que, como he referido, era gran hereje y servia á las Estados rebeldes y siempre opuesto á las acciones del arzobispo de Colonia; y estándose previniendo para poner en ejecucion esta empresa, tuvo aviso dello el marqués de Barambon, á cuyo cargo estaba el sitio de Rimbergue, y escribió á Alexandro para que le enviase gente para evitar el intento de los rebeldes dél, por no tener el Marqués la que era necesaria para estorbar al de Murs no hiciese este socorro. Alexandro envió órden al conde Cárlos para que asistiese al Marqués con todo lo que le pidiese, y particularmente le enviase algunos españoles y caballería. El conde Cárlos no proveyó de esta gente al Marqués tan á tiempo como era necesario, que fué causa que el de Murs tuvo lugar de reconocer un camino para poder llevar carros y convoyar los bastimentos y entrar el socorro en la villa á su gusto, si bien era muy desusado, á cuya causa el marqués de Barambon la estuvo esperando por la parte que se entendió (como se lo aseguraron) habia de pasar el conde de Murs; pero como astuto Capitan previno lo que más bien le estaba, y por aquella vez socorrió seguramente á Berquerin, sin que se lo pudiesen estorbar; y porque su intento no fué otro que tentar si lo podia hacer, no entró en la villa más de diez y seis carros de bastimentos y municiones, y no los que tenia prevenidos, que eran muy gran cantidad. Y visto le habia sucedido bien, procuró hacer sus socorros por aquella parte y aprestó otro mayor, de manera que la villa quedara socorrida por mucho tiempo. El marqués de Barambon tuvo este aviso, y le envió al conde Cárlos pidiéndole con gran instancia cumpliese el órden de Alexandro en enviarle el número de gente que le habia pedido. El Conde que vió la importancia que era evitar las entradas y socorros que el conde de Murs hacia á la villa de Berquerin, le envió trece compañías de infantería española, las siete del tercio del Maestre de campo D. Francisco de Bobadilla, y las seis del de D. Juan Manrique, y todas ellas á cargo del capitan Bartolomé

de Torralva; y aunque hizo toda la diligencia que pudo para llegar á tiempo, fué mayor la del conde de Murs, porque cebado del buen suceso pasado intentó el segundo socorro con veinte y seis carros cargados de municiones y bastimentos, y los entró en Berquerin ántes que el capitan Torralva llegara ni que el de Barambon se lo pudiese estorbar; y no contentándose el conde de Murs con este buen suceso, ganó de camino uno de los fuertes que el marqués de Barambon tenian hechos para oprimir la villa, y maltrató mucho á los soldados que habia dentro, que eran napolitanos, del tercio de Cárlos Pinelo, y fuera de gran importancia si llegara á tiempo el capitan Bartolomé de Torralva, porque sin duda rompiera el convoy del de Murs y no saliera con su intento; pero no tuvo él la culpa, sino quien le envió tan tarde, y no faltó quien dijo lo habia hecho de industria el conde Cárlos por no dar la probabilidad de un buen suceso al marqués de Barambon, y tambien que los unos y los otros de aquellos señores del país deseaban durase la guerra, pues con ella vivian y eran estimados, superiores y conocidos por personas que podian hacer y deshacer. La poca salud de Alexandro daba ocasion á todos estos y otros adversos sucesos que hubo en este sitio, que no poco gozoso estaba el de Murs, pues con tanta lozanía y determinacion ganó el fuerte y socorrió la villa, lo cual hizo por muy cerca de Alpe, que lo era suya, aunque estaba por el Rey, nuestro señor, y á vista del ejército católico, sin que se lo pudieran estorbar.

Ya eran los 12 de Octubre deste año, y porque convenia alojar el ejército español, así porque el invierno entraba riguroso como porque no habia ocasion donde poder emplearlo más de la toma de Berquerin que estaba á cargo del marqués de Barambon, lo levantó el conde Cárlos del lugar de Linden y lo llevó al de Log, que está en la campiña, del cual se partió otro dia á la villa de Venló, y por ella pasó la gente al rio Mosa, y la entretuvo y hizo alto en los contornos de Vagtendon, por haberle llegado nueva del marqués de Barambon que el conde de Murs habia acrecentado sus fuerzas para entrar otro socorro de más importancia que los dos pasados en la villa de Berque-

rin, y que importaba al servicio del Rey, nuestro señor, que le inviase la más gente que pudiese. Visto el conde Cárlos lo mucho que convenía, dió órden que se desalojase, y la hizo marchar la vuelta de Audequerque, y allí la mandó poner en escuadron hasta que llegase el tercio de D. Juan Manrique de Lara, que por no haberle dado la órden al capitan Diego de Avila Calderon, que le gobernaba, tan á tiempo como era razon, se habia detenido, y habiéndole llegado marchó á toda priesa siguiendo el mismo camino que la demas gente. Iba haciendo paso por la villa de Vagdenton á las once del dia, donde halló nueva órden que fuese con mucha presteza á la de Alpe, para segurar la retaguardia del conde Cárlos, y habiéndole alcanzado hicieron todos alto; y sabiéndolo el marqués de Barambon envió al capitan Fadrique de Villaseca que marchase á toda priesa, pues no convenia detenerse, porque el conde de Murs (segun el aviso que tenia) habia de socorrer este mismo dia á Berquerin con tres mil infantes abrigados de mucha caballería para convoyar y defender un gran socorro de bastimentos y municiones, y que habia de pasar por cerca de la villa de Alpe á las cuatro horas de la tarde, y fué así, porque estando el marqués de Barambon con toda su gente en medio de dos caminos y ser forzoso que habia de pasar el conde de Murs por el uno dellos, procuró ocuparle el paso; pero no de manera que dejase el de Murs de conseguir su intento, por la buena traza y ardid que tuvo para pasar su socorro, porque hizo poner la frente de sus escuadrones y marchar con ellos por el camino más usado para Berquerin, y por el otro, que era más dificil, hizo encaminar los carros que llevaba de socorro, reparados con toda su caballería, que estaba opuesta á la católica. El marqués de Barambon que vió (aunque tarde) el designio de los rebeldes, procuró mejorarse con su gente para estorbar el paso al carruaje; pero iba ya tan encaminado á Berquerin, que no era posible sino rompiendo á todos los escuadrones rebeldes que por sus espaldas iban pasando los carros; y deseando el Marqués impedirles el paso, hizo ordenar los escuadrones y que se mejorasen la vuelta de los rebeldes; y porque tambien en aquel mismo

punto habia vuelto el capitan Fadrique de Villaseca con aviso de que el conde Cárlos estaba ya muy cerca con su gente, la cual iba en este medio ménos de una milla de aquella parte, y con esta confianza hizo el marqués de Barambon que se comenzase á escaramuzar con los rebeldes, y fué de manera que en breve espacio se calentó de una parte y de otra una reñida escaramuza que costó mucha sangre al ejército español, porque los rebeldes tenian grandes tropas de caballería y en puesto más fuerte, demás que para su reparo tenian los escuadrones de infantería.

Por esta causa sus acometimientos eran haciendo siempre el efecto que deseaban, sin que la caballería católica los pudiese ejecutar por haber de ir por un paso muy estrecho, y tanto, que solos dos ó tres caballos podian salir en hilera para pelear á la plaza de armas, la cual tenian tan ocupada los escuadrones rebeldes que no era posible hacerlo sino con mucha pérdida, y esta misma dificultad tuvo la infantería católica de haber de salir á pelear á la deshilada y con poco órden, y teniéndola tan buena como he apuntado, los rebeldes comenzaron á mover sus escuadrones para cerrar con la vanguardia, que la llevaba D. Diego de la Guerra, caballero del hábito de San Juan y Capitan de arcabuceros y del tercio de D. Juan Manrique de Lara, y le seguia con la mosquetería el capitan Cosme Pujalte, del tercio de D. Francisco de Bobadilla, y otros con las picas que tambien iban á cargo de algunos Alféreces que no tenian Capitanes, y todos en tan mal órden, por la poca plaza que habia para pelear, comenzaron á formar un pequeño escuadron destas trece compañías de españoles, que eran los que habia llevado á cargo el capitan Bartolomé de Torralva, y la seguian las de los napolitanos del tercio del Maestre de campo Cárlos Pinelo; y habiendo ocupado los unos y los otros los puestos que mas apropósito les pareció para pelear con los rebeldes, cerraron con ellos animosamente y se combatió de ambas partes con tanta gallardía como se podia desear, y aunque los españoles hacian su deber como acostumbran, no les debieron nada los napolitanos, porque este dia se señalaron y pelearon con

tan gran valor como la ocasion lo pedia, y las demas naciones, que ya en este medio habian entrado en la plaza de armas, no ménos que los demas, comenzaron á pelear; pero á los unos y á los otros les valió tan poco el ánimo y osadía que habian mostrado, como se vió en esta ocasion, porque demás de ser tan pocos, el puesto que tenian estaba empantanado, y en tanta agua, que no podian pelear sino con grandísimo trabajo, y por esta causa no pudo la caballería hacer efecto ni la infantería el que deseaba.

Los rebeldes que vieron la buena suerte que este dia se les habia ofrecido, y que siendo tan pocos los españoles y en tan mal puesto era forzoso perderlo, cerraron con ellos con mucha gallardía, y los rompieron y desbarataron, degollando á unos y prendiendo á otros, sin poderlo resistir, por ser tantos los rebeldes que no era posible, aunque lo habian procurado á costa de mucha sangre que se derramó de ambas partes, pero quedando vencida la de los españoles, que no todas veces en la guerra pueden conservar (particularmente faltándoles el gobierno y fuerzas de la gente), la buena dicha con que nacieron, se comenzaron á retirar con el asistencia que les dió el conde Cárlos, que en este medio llegó con toda su gente. Los rebeldes tuvieron por bien de contentarse con lo que habian hecho, que era mucho, sin querer de nuevo aventurar lo que pudieran perder, y así con este acuerdo se retiró el de Murs, y entró todo el convoy que llevaba en la villa de Berquerin, con alguna pérdida de los suyos, y ganó de camino otro fuertezuelo que estaba junto á la villa, guarnecido de católicos, y degolló los que en él habia y prendió un Sargento que los gobernaba. El marqués de Barambon y los Capitanes españoles y napolitanos estuvieron de parecer, viendo su gente junta con la del conde Cárlos, de seguir á los rebeldes y recuperar lo que habian perdido, y diciéndoselo, no fué posible acabarlo con él, dando por excusa estaba su gente cansada y que era tarde, porque si anochecia no podia hacer ningun efecto. Volviéronle á pedir que ya que no queria seguir al conde de Murs, que marchase con la gente cerca de Berquerin para tomarle el paso y esperarle á que se

retirase, pues les era forzoso desbaratallo, sin que se lo pudiesen estorbar. Esto y lo demas que he escrito no quiso conceder el conde Cárlos. La gente que vino con él sintió tanto que no quisiese pelear, que se lo dijeron muchas veces con alguna libertad, cosa que no parece mal tenerla el soldado en semejantes ocasiones, pues por pelear y volver á cobrar lo perdido, y más pudiéndolo hacer con seguridad y sin ninguna pérdida, no se puede atribuir á libertad, sino á sobra de valor.

Esta vez no valió la buena suerte que tenian tan gallardos soldados que en esta ocasion pelearon; y entre los que quedaron muertos, fueron los dos Capitanes españoles que llevaban la vanguardia, que se llamaban, como he referido, D. Diego de la Guerra y Cosme Pujalte, que murió de allí á dos dias. Tambien mataron á D. Diego Manrique, de la compañía de D. Pedro Manrique; é hirieron á su Sargento, y á otros muchos soldados españoles y de los napolitanos mataron otros dos Capitanes, y á Lucio Pinelo, marqués del Zerron, que era hijo del Maestre de campo Cárlos Pinelo, y por su ausencia en esta ocasion gobernaba el tercio de su padre y otros muchos soldados y gente particular desta nacion, ella y la española lo pasaran este dia mucho peor de lo que he escrito si no llegara el conde Carlos de Mansfelt, con el tercio de D. Francisco de Bobadilla que llevaba de vanguardia. De allí á pocos dias salió de la prision el Sargento que los rebeldes prendieron en el fuerte, y dijo que habia entendido dellos que si supieran que el conde Cárlos se habia juntado con la gente del marqués de Barambon, no emprendiera entrar aquel socorro con la determinacion que lo hizo, así por ser mucha gente como por haber entre ella dos tercios de españoles, y que se temian que á la retirada habian de llevar lo peor.

Este reencuentro sucedió á los 14 de Octubre, y otro dia siguiente, pareciéndole al Conde (por lo que le habian persuadido) era bien procurar tomar el paso á los rebeldes y que no se retirasen, mandó marchar la gente por el puesto por donde habia pasado el conde de Murs el convoy, y la puso en escuadron, estando en él casi todo el dia hasta bien tarde aguardando á que el conde de Murs se retirase para ver si lo podia

romper; pero él fué de mejor parecer y acordó de retirarse el mismo dia que entró el socorro por otra parte, y no por donde el Conde le esperaba, y se fué al fuerte que tenia junto á Res sin que el conde Cárlos se lo pudiera estorbar, y sin duda ninguna que lo hiciera si aquel dia lo siguiera, que demás de ir su gente muy ganosa de pelear, con sólo alojar la suya muy cerca de las murallas de la villa de Rimbergue, como se lo habia aconsejado y persuadido, pero no fué posible acabarlo con él, que no poco se murmuró en el ejército. Lo que se pudo juzgar de la remision que este dia tuvo el conde Cárlos fué lo mismo que otras veces, que él y los demas señores del país deseaban que durase la guerra, porque en ella vivian y eran respetados y tenidos algunos en más de lo que eran, por conservar el imperio y ambicion dejaban perder muchas y buenas ocasiones, á costa de sangre y hacienda española, sin la reputacion, que es más que todo. El marqués de Barambon retiró su gente á los mismos puestos que tenian, y el conde Cárlos marchó con la suya y se alojó con ella en Audenquerque, de donde se partió á los 17 de Octubre, y fué á alojar en los lugares de sus contornos, y estando allí el Conde volvió el de Murs á entrar otro socorro en Berquerin, de no ménos importancia que los pasados, y ganó otro fuerte á los católicos cerca la villa de Alpe, y salieron rendidos con sus armas y bagaje.

El tercio viejo de españoles del Maestre de campo D. Sancho Martinez de Leiva, que ya escribí que por dividirle de los dos de D. Francisco de Bobadilla y de D. Juan Manrique de Lara por hacerle culpado en la alteracion pasada, como se tuvo entendido, fué marchando al Condado de Flandes, habiendo hecho alto algunos dias para esperar el órden de Alexandro y el que llegó era fuese la vuelta de Cambray con esperanzas de socorrer los católicos de Francia y hacer en aquel Reino una entrada, y que para sacar fruto della y de las ayudas que por órden del Rey, nuestro señor, habia de dar Alexandro, convenia lo hiciese este tercio por ser el más viejo y de una persona tan prudente y experimentada como D. Sancho Martinez de Leiva, y que de camino se habia de apoderar de Cambray con inteli-

gencias de Alexandro. Este era el órden ó voz que habia mandado derramar para que los soldados fuesen más contentos y no entendiesen el designio que llevaba, que era bien diferente deste órden, pues no se dió para otro fin que asegurarlos y poder mejor y con más tiento ejecutar en ellos la sentencia que Alexandro les habia pronunciado por las siniestras y apasionadas informaciones que le envió el conde Cárlos de Mansfelt, cosa que atemorizó los ánimos de los católicos y dió ocasion á los Estados rebeldes para hacer fiestas y regocijos, como las hicieron por ver deshechas las fuerzas del tercio viejo que por tan largos años los habia enfrenado y hecho en guerra á costa de tanta sangre, como por las rebeliones pasadas hasta este tiempo se ha visto; y como para una resolucion tan peligrosa como la que tomó Alexandro, y que de ella pudieran redundar muchos daños era necesario mirarla con más cuidado que otras cosas, hizo marchar las bandas de Flandes y algunos regimientos de las naciones y otras compañías de caballos del país, y las mandó alojar en los contornos de la villa de Cortray de Agramont, cerca de un casar grande que se llama Til, en el cual y en otros de sus contornos mandó hacer alto el tercio de D. Sancho Martinez de Leiva con voz de tomarle muestra, y á la demas gente de guerra que allí se habia juntado para darles algun dinero y entrar todos en Francia, que como ya corria la voz que el ejército español habia de ir á aquel reino, no fué mal ardid y extratajema para conseguir Alexandro su intento y descuidar á los soldados de D. Sancho, que lo estuvieron tanto, que jamás entendieron el designio con que se iba; y aunque lo supieran fuera lo mismo, pues obedecieran el órden de Alexandro (como lo hicieron) de la misma manera que si fuera para hacerles una muy gran merced; pero envidiosos algunos Príncipes y señores de los Estados de Flandes de las victorias que contra ellos habian tenido las banderas del tercio viejo de Don Sancho, y que viéndolas desarboladas pudieran conseguir sus intentos, y más habiendo de entrar Alexandro con todo el ejército español en Francia, y que era fozoso dejar ménos fuerzas en aquellos Estados de las que habia de llevar, que este temor le

hizo algunas veces dilatar el entrar en aquel reino, como á su tiempo escribiré; instaron con el conde Cárlos hiciese apretadas diligencias, pues tan buena ocasion se le habia ofrecido con Alexandro para conseguir su intento, el cual se puso en ejecucion y el Conde lo solicitó de suerte que tuvo efecto.

Desta manera, habiendo ya vuelto el tercio del Maestre de campo D. Sancho Martinez de Leiva de las campañas de Cambray, para donde dije iba encaminado, volvió atras y se alojó en el lugar de Til y sus contornos, quedando en medio de toda la gente de guerra para tomarles los pasos si fuera necesario. Llegó á Til el comisario Matías de Contreras, Oficial mayor del Veedor general y otros del contador Pedro Coloma, por haber rehusado los propietarios ir á ejecutar una cosa no ménos peligrosa que de consideracion, se les encargó á sus Oficiales. Dió Contreras á D. Sancho Martinez de Leiva una carta de Alexandro en que le representó lo mucho que importaba al servicio del Rey, su tio (con causas no muy legítimas), que se reformasen las banderas de su tercio, y para este efecto les diese las órdenes necesarias, como lo fiaba de su persona, y otras cosas, que aunque pudiera referirlas no es mi intento alargar estos sucesos, particularmente en las que no hacen muy al propósito del que se requiere; mas porque la reformacion del tercio viejo dió tan gran estampido en los Estados de Flandes y ocasion de murmurar, como hasta hoy dia dura, de tantas y tan diferentes maneras, sin saber las causas ni orígen que tuvo, me ha parecido escribirlas, y tambien por la reputacion de un tan gran caballero y soldado como D. Sancho Martinez de Leiva, descendiente de tantos y tan ilustres Capitanes como en su casa ha habido; obedeció el órden de Alexandro como quien tan bien lo solia hacer, y le dió luégo á su alférez D. Pedro Sarmiento, que hoy es Maestre de campo en el reino de Nápoles (y muy valiente soldado) para que desarbolase su bandera, como lo hizo con mucha obediencia, comenzando por la suya, si bien con el sentimiento y dolor que era razon, por ser el primer agravio (si así se puede llamar el que los Generales hacen) que recibió la casa de Leiva. Las demas compañías que

estaban alojadas en el contorno del Til tuvieron el mismo órden de D. Sancho, porque habiendo hecho llamar á todos los Capitanes les hizo una plática, la que convenia para conseguir la voluntad de Alexandro; pero algunos de sus Alféreces, ménos pacientes en esta ocasion que en otras, luégo que tuvieron el órden de desarbolar sus banderas, con un coraje terrible las hicieron pedazos y rompieron las astas, que, como ya no representaban la Magestad del Rey, nuestro señor, ni se les debia la veneracion y custodia en que eran tenidas, se pudo hacer sin incurrir en desobediencia; los venablos hicieron pedazos, los Sargentos rompieron sus alabardas y los Capitanes sus ginetas; todas las demas insignias militares arrastraron por el suelo, sin perdonar los atambores y pífanos sus instrumentos, que, huérfanos y desdeñados, los hicieron pedazos.

Todos los Oficiales mayores y menores deste ya difunto tercio tuvieron el mayor sentimiento que jamás se ha visto, sin que les aprovechase la paciencia para poder tolerar el dolor y afrenta que habian recibido los valerosos soldados, á lo ménos la mayor parte, perdieron el sufrimiento, y sin dar lugar á la obediencia española se convocaron y comenzaron á juntarse para que por fuerza de armas se volviesen á arbolar las banderas y restituir en su primero estado, que era lo que Alexandro habia temido, y por eso mandó dividir este tercio de los demas, y aunque no lo hiciera fuera lo mismo, porque no diera lugar D. Sancho á lo que siempre entendió, como se vió por experiencia. Afeaban mucho el haber obedecido un órden como éste y jamás visto, pues sin ser oido de justicia ni averiguado causa ni razon legítima hubiese hecho Alexandro, por haber dado crédito á siniestras relaciones, una demostracion tan grande, indigna de su valor y clemencia, pues habiéndole ayudado estas banderas á dar tantas y tan insignes victorias, las borraba de su memoria vencido de la pasion de émulos de D. Sancho que pagasen ellos la culpa que á él le imputaban injustamente; y habiéndose ya juntado más de quinientos soldados con la determinacion referida, y resueltos á hacer arbolar sus banderas, se le dió aviso á D. Sancho y luégo

que le tuvo fué donde estaban, y con su acostumbrada prudencia deshizo su intento y los puso en razon, y dijo que, pues el Rey, nuestro señor, y Alexandro en su nombre no querian servirse de ellos debajo de aquellas banderas que habian tenido, que no se hallaba causa para que le quisiesen servir por fuerza ni era justo hacerla en otra cosa que en la obediencia; éste les representó con mucha lealtad y cordura, y con sus pláticas y buenos razonamientos (que los sabia muy bien hacer) los aquietó y puso en paz.

Hizo en esto D. Sancho uno de los mayores servicios que vasallo pudo á su Príncipe, y á los soldados muy gran beneficio, pues excusó en esto el daño que se esperaba, porque, como he apuntado, les tenian cogidos los pasos con la gente de guerra que estaba apercibida para refrenar su intento si no quisieran obedecer el órden de Alexandro; tanta era la mala voluntad que les habia cobrado que dió lugar á lo que he escrito, y tanto puede una mala y siniestra relacion en materia de inobediencia y motin con un Capitan general que no le dé lugar á clemencia ni otros respetos, que como sea cosa tan odiosa la de una alteracion, y más habiendo precedido tantas contra D. Sancho y sus soldados, nadie se debe maravillar que Alexandro, á quien jamás se le habia perdido el respeto, creyese si se lo aseguraba una persona como la del conde Cárlos y otros la culpa que le imputaron por tantos caminos enemigos declarados de D. Sancho y del valor de sus Capitanes y soldados. Y teníanlo tan grande que no hubo persona que se atreviese en todo el ejército católico á ejecutar la reformacion, con haberla encomendado á muchos, y así la fió Alexandro del mismo Don Sancho, con ser á quien más parte le cupo deste agravio; y el órden que despues de reformado su tercio dió que cada soldado se pasase á la compañía que quisiese, que esta sola merced les concedió, pareciéndole no era justo quitarles su voluntad; y estando el comisario Contreras y los demas Oficiales de la Contaduría y Veeduría general con las listas de toda la infantería española que habia en los Estados de Flandes para asentar su plaza á cada soldado á la compañía que quisiese, sucedió una

cosa, que aunque sea de paso, la escribiré, y fué que, como el capitan Diego de Avila Calderon, que gobernaba el tercio de D. Juan Manrique de Lara era tan amigo del conde Cárlos, decian ser el que más le dió á entender que sólo el tercio de D. Sancho era el que en la isla de Bomel habia causado el alteracion, y los soldados lo mismo, y se habian alabado dello, fué tanto el sentimiento que tuvieron destos porque sabian muy bien que todos habian sido cómplices, y que tanto pecaron los unos como los otros, pero no se entiende esto con la gente particular de los tercios, sino con la ordinaria (que suele tratar destas cosas) que no hubo ninguno que quisiese sentar su plaza en el de D. Juan Manrique, sino fueron el alférez Gilberto Perez Machon y el alférez Diego de Roche, que hoy es Capitan en el castillo de Lisboa; todos los demas se fueron al tercio de D. Francisco de Bobadilla. Las nueve compañías del de Don Sancho Martinez de Leiva, que estaban en los presidios y á otras tambien del de D. Juan que habia en ellos, porque estos no se hallaron en la isla de Bomel.

El conde Cárlos de Mansfelt, que ausente estaba alojado en Braca y sus contornos, partió de ellos en este tiempo con toda la gente de su cargo, á postrero de Octubre, y fué á alojar á la villa de Alpe, y sin dilatar el tiempo recuperó el último fuerte que el conde de Murs habia ganado cuando socorrió á Berquerin; y hecha esta facion, pasó la vuelta de Sant, villa del duque de Cleves, situada en el márgen del Rin, y con trescientos hombres escogidos fué, á los 3 de Noviembre, á reconocer el fuerte que los rebeldes tenian junto á Res, y pareciéndole que si lo sitiaba podria salir con la empresa, se le arrimó con todo el ejército otro dia siguiente, y porque no tenian las municiones y artillería necesarias para batir y asaltar esta plaza, envió algunas escoltas á las villas de Grave y Vagtendon, y volvieron con ellas á los 6 de Noviembre, y en tanto habia hecho abrir las trincheas; plantáronse ocho piezas de artillería esta misma noche, y otro dia, al amanecer, envió el Conde á un atambor á los rebeldes que defendian el fuerte á convidarles con la paz, y que si se rendian les haria buenos conciertos; y

pareciéndoles que lo más seguro era dar la obediencia al Rey católico, con que se excusaba derramamiento de sangre, se rindieron con dejarse tres banderas que tenian y dos piezas de artillería, con mucha cantidad de bastimentos y municiones, y salieron con sus armas y bagajes; y otro dia siguiente, que fué á los 8 de Noviembre, hizo el Conde guarnecer el fuerte con tres compañías de alemanes del regimiento del conde de Agamont, quedando por Gobernador Amesten Roda, Capitan de una dellas y valiente soldado. Dejáronsele tres piezas de artillería con las municiones necesarias para la defensa deste fuerte, y el Conde, con todo el ejército se volvió á los alojamientos de Braca, donde estuvo hasta los 13; y porque los rebeldes que estaban en el presidio de la villa de Berquerin molestaban á los moradores que habia en aquellos lugares católicos de aquellos contornos, se partió el Conde con algunos valones y alemanes, y el tercio de napolitanos del Maestre de campo Cárlos Pinelo, y con algunas tropas de caballería, y fué á alojar á los lugares de Audenquerque y á Triquerque, de donde salian algunas escuadras desta gente á hacer guardia á la abadía de Campe, que está á dos leguas de Berquerin, y con esto se les quitó á los rebeldes las salidas que hacian por aquella parte, y con esta seguridad se fué el conde Cárlos á la villa de Güeldres, donde hizo su asistencia algunos dias porque el marqués de Barambon se habia ido á la villa de Vince, donde en este medio se hallaba la persona de Alexandro, para tratar con él cosas que importaban á su gobierno, y de las sucedidas en Berquerin, y dejó el conde Cárlos por Gobernador de los dos tercios españoles al capitan Diego de Avila Calderon, por haber pedido Manuel de Vega licencia al Conde para ir á Vince á negocios que tenia con Alexandro.

No quedaron muy gustosos los Capitanes del tercio de Don Francisco de Bobadilla, no porque Diego de Avila Calderon dejase de ser un muy valiente Capitan y de gran experiencia en las cosas de la guerra, sino por parecerles que habia entre ellos personas que tenian tanta, y de no ménos partes, valor y calidad; pero como la obediencia española, ayudada del

respeto y honor con que anda acompañada, no dió lugar á réplicas, si bien el Conde echó de ver salia en esto del uso militar, pero el amor que tenia al capitan Diego de Ávila atropelló estas y otras cosas que los que gobiernan hacen por respetos particulares, y siguiendo el órden que le habian dejado partió con los dos tercios de españoles, de Braca, á los 14 de Noviembre, y fué la vuelta de Linghen, tierra del duque de Cleves, para pasar una ribera caudalosa por aquel lugar, y en él se dividieron los dos tercios por haber llegado en este medio una órden de Alexandro, con que le duró tan poco al capitan Diego de Ávila el gobierno, y con sólo el de D. Juan Manrique que tenia á cargo, fué á alojar al lugar de Broquel y sus contornos, y el de D. Francisco de Bobadilla al país de Juliers, y en algunos lugares de la villa de Aquisgrana, todas tierras del Imperio, aunque de allí á pocos dias volvió á entretenerse cerca de Mastriq, y el de D. Juan Manrique al país de Lepe, donde entraron á los 5 de Diciembre, con esperanzas de pasar allí el invierno; pero duróles ménos de lo que pensaron, porque los tuvieron muy diferentes que creian, y con tan malos sucesos por las alteraciones que intentaron como escribiré despues. El conde de Murs, tan perseguidor de católicos como se ha visto, murió abrasado en la villa de Arnem, por haberse puesto fuego desgraciadamente en una casa donde estaba la pólvora, habiendo ido por más socorros para entrar en Berquerin. Su muerte atajó estos y otros designios que tenia este desdichado Conde, que como olvidado de Dios, lo era tanto, que ni gozaba de sus Estados, ni tenia hora de descanso, y la villa de Berquerin quedó casi perdidas las esperanzas de ser socorrida, y tan necesitada como de ántes por el mal fin que hizo el Conde en tiempo que ellos esperaban de él, por ser su único remedio, verse libres del largo y prolijo sitio que habian tenido.

Alexandro se hallaba en este medio en la villa de Vince, acabando de reparar su salud, que aunque de la fuente de Aspa habia salido con mucha mejoría, la tenia tan quebrada que apénas la gozaba para resistir los trabajos y cuidados que las cosas de la guerra le hacian tener, y mayormente la jornada

de Francia que le esperaba con grandísima priesa; y en esta sazon el duque de Umena, General de la Liga católica de aquel reino, le habia escrito con el comendador D. Juan Moreo, representándole las calamidades y aflicciones y pocas fuerzas que tenia su gente para poder resistir al príncipe de Bearne, que tenia la pretension de rey de Francia, y pareciéndole á Alexandro que era muy temprana solicitud, sin tener órden del Rey, su tio, para irle á socorrer, le despidió con buenas esperanzas de que pues le habia asistido pocos meses habia con municiones, gente y dineros, lo haria en llegando la ocasion, no obstante que las de Flandes le daban cuidado como más propias, particularmente por no tener dineros y ser tan mal asistido su ejército y peor la nacion española, porque despues que ganó Amberes habia padecido innumerables trabajos, y la gente que el coronel Francisco Verdugo tenia en Frisa no los pasaba ménos; y los rebeldes por aquella parte se habian comenzado á desvergonzar, y los de la villa de Groeninghen daban tanta ocasion, que siempre traian sospechoso y desvelado á Francisco Verdugo, el cual envió en este tiempo á pedir socorro á Alexandro; y pareciéndole no era justo detenerse, le dió órden al capitan Manuel de Vega Cabeza de Vaca fuese con el tercio de D. Francisco de Bobadilla, que gobernaba, á socorrer al coronel Francisco Verdugo á la provincia de Frisa, el cual se desalojó de los contornos de Mastriq, donde habia estado, y volvió á pasar el rio Mosa á los postreros de Diciembre, é hizo su viaje, no con mucho gusto por haberle mandado entrar en Frisa sin dineros y en el rigor del invierno, y de lo que á este tercio y al de D. Juan Manrique sucedió tan en deservicio del Rey, nuestro señor, lo escribiré en el año siguiente.

LIBRO DÉCIMOCUARTO.

DE LAS GUERRAS CIVILES Y REBELION DE FLANDES, EN QUE SE ESCRIBEN LOS SUCESOS DEL AÑO 1590.

SUMARIO.

La villa de Berquerin se rinde al Rey católico.—Alojamientos del tercio de españoles del Maestre de campo D. Juan Manrique.—No quiere Alexandro que haya memoria del tercio de D. Sancho Martinez de Leiva.—Los españoles del tercio de D. Juan Manrique se alteran en Cortray.—Huyen los Oficiales de la alteracion de Cortray.—Alteracion de Aleni.—Las ocho compañías del tercio de D. Sancho Martinez de Leiva resisten á los del motin de Cortray y no quieren juntarse con ellos.—Desengáñase Alexandro de la culpa que cargaron los émulos de D. Sancho Martinez de Leiva á su tercio.—No quiso admitir Alexandro ninguna disculpa á D. Sancho Martinez de Leiva cuando le reformó el tercio.—Los rebeldes de Flandes hicieron alegrías por la reformacion del tercio viejo de D. Sancho.—De dónde tomó nombre el tercio viejo y el antigüedad que tenia.—Siempre temieron los enemigos las banderas del tercio viejo.—Nombres de algunos Maestres de campo que tuvo el tercio viejo.—El conde Mauricio de Nassao intenta ganar la villa de Breda en Brabante.—Costumbre de flamencos ser enemigos del servicio del Rey, nuestro señor.—Mala órden de guerra.—Los rebeldes ganan el castillo de Breda.—Gran flaqueza y fealdad de italianos.—Los italianos desamparan la villa de Breda feamente y el conde Mauricio se apodera della.—Manda Alexandro prender los culpados en la pérdida de Breda y que les corten las cabezas.—Con la ida de Diego de Ibarra á Flandes cesaron los desórdenes de los Oficiales del sueldo.—Los que murieron y se señalaron del ejército de Alexandro en una batalla que dió el duque de Umena.—El padre fray Mateo de Aguirre, de la órden de San Francisco, da con un Cristo en la cabeza á un enemigo y le derriba del caballo en la batalla.—Alexandro ordena al conde Mansfelt prevenga socorro de gente para recuperar á Breda.—Los príncipes de Alemania se quejan de que Alexandro ocupa las tierras del Imperio para quedarse con ellas.—Lo que se trató en una Dieta en Francafort.—No tuvo efecto lo que se trató en la Dieta de Francafort.—El conde Mansfelt gana á Zebembergue y se retira sin ganar el castillo que tiene.—Cuán importantes eran las fuerzas españolas en Flandes.—Fuerte que hizo el conde Mansfelt en Zabembergue.—Escaramuzas de católicos y rebeldes en el sitio de Breda.—Mansfelt se retira del sitio de Breda.—El duque de Umena pide socorro á Alexandro para contra el príncipe de Bearne.—Continúa el duque de Umena en pedir socorro á Alexandro.—El comendador Juan Moreo va á Flandes á solicitar los socorros de Alexandro para el duque de Umena.—Alteracion del tercio de D. Francisco de Bobadilla y cómo se descubrió.—Castigo á soldados alterados, con que se remedia su in-

tento.—Alexandro se desengaña que no sólo el tercio de D. Sancho Martinez de Leiva era autor de las alteraciones.—Obstinacion de los soldados alterados en la villa de Cortray.—El conde Guillermo de Nasao sale en campaña con su ejército, y Francisco Verdugo con el suyo le va á buscar.—Francisco Verdugo gana el fuerte de Emitel.—Hace merced Alexandro de darle en propiedad el tercio de D. Francisco de Bobadilla al capitan Manuel de Vega.—Francisco Verdugo hace un dique de importancia para el país de Groeninghen.—Relacion de Lúcas de Linares, soldado de Hernan Tello.—Los rebeldes se fortifican.—Francisco Verdugo se fortifica y recoge su gente.—Escaramuzas y otras facciones de católicos y rebeldes.—El conde Guillermo desafía á Francisco Verdugo.—No quiere Francisco Verdugo tomar el Consejo del Maestre de campo Manuel de Vega.—Francisco Verdugo va á pelear con el conde Guillermo de Nasao.—El conde Guillermo de Nasao no quiere pelear con Francisco Verdugo.—Respuesta del conde Guillermo á Francisco Verdugo.—Valor y temeridad del capitan Alonso Mendo.—Francisco Verdugo da libertad á los soldados rebeldes, y la embajada que envió con ellos al conde Guillermo.—Francisco Verdugo se retira á sus cuarteles.—Los soldados y Oficiales del tercio de Manuel de Vega le cobran ódio.—Suceso de soldados inobedientes sin consideracion ni respeto.—Justa justicia que hace el Maestre de campo Manuel de Vega á sus soldados.—Admirable borrasca en el mar Océano.—El soldado de valor ha de estimar en más la honra que el peligro de la vida.—Ningun hombre es poderoso á contrastar la fuerza de los elementos.—Artificio y mala voluntad de los burgueses de Groeninghen.—La reina de Inglaterra da prisa al príncipe de Bearne apriete el sitio de París.—Discursos del Bearnés.—Escápase el duque de Umena de una emboscada del Bearnés.—El duque de Umena envia á Deportes su secretario á solicitar la entrada de Alexandro en Francia.—Socorro que promete Alexandro al duque de Umena.—D. Bernardino de Mendoza, embajador de España, remedió parte de las necesidades de París.—Determina Alexandro ir en persona á socorrer á París y de las prevenciones que hizo.—El comendador D. Juan Moreo da prisa á Alexandro.—Alexandro envia al príncipe de Asculi con embajada á los alterados de Cortray.—Obstinacion y pertinacia de los amotinados de Cortray.—Alexandro ofrece dar toda satisfaccion á los alterados de Cortray y les concede muestra general, y quedan restituidos en el servicio del Rey, nuestro señor.—Alexandro despacha bien al comendador Juan Moreo.—Alexandro junta el socorro que envia á Francia.—El Maestre de campo D. Antonio de Zúñiga parte á Francia y lleva á cargo el socorro por órden de Alexandro.—Vistas del duque de Umena y el Maestre de campo D. Antonio de Zúñiga en la provincia de Picardía.—El duque de Umena alaba mucho á la infantería española.—De dónde tomó nombre el tercio de los Monsieures.—El tercio del Maestre de campo D. Antonio de Zúñiga fué el primero que entró en Francia.—Alojamientos que tuvo el socorro que entró en Francia del Maestre de campo Don Antonio de Zúñiga.—Los católicos de París piden socorro.—No quiere Antonio de Zúñiga aventurar el socorro sin órden de Alexandro.—Costumbre de algunos franceses.—Monsieur de Balani, gobernador de Cambray, se mostró neutral en las guerras de Francia.—Mal trato de caballero francés.—El duque de Umena envia á Flandes á Monsieur de San Pol á dar prisa á Alexandro para la jornada de Francia.—La gente de D. Antonio de Zúñiga y del duque de Umena se atrinchean en Ferte Milon.—Imitan los franceses á los españoles.—Marchan el duque de Umena y D. Antonio de Zúñiga la vuelta de Meault.—Sitio de Lafertésuser.—Los españoles baten un torreon de un puente.—Ríndese Lafertésuser y degüéllase alguna gente y el duque de Umena ahorca algunos.—Puente y fuerte sobre el rio de Meulx y para qué efecto.—Qué sean *infans perdus*.—Los franceses tienen mala correspondencia con los españoles é italianos.—

Qué cosa sea la parella.—Divisas que se ponen los soldados de D. Antonio de Zúñiga en Francia para ser conocidos de las demas naciones.—Respuesta de los cercados de París al Bearnés.—Los de París desean la paz y la estorba el duque de Nemurs.—Los cercados de París envian al cardenal de Gondi al campo del Bearnés á tratar la paz y la respuesta que les dió.—El Bearnés aprieta á París.—Diligencias del comendador Don Juan Moreo.—No quiere el Maestre de campo D. Antonio de Zúñiga aventurar su gente con riesgo de reputacion y vidas.—Siempre mostró el duque de Umena no tener mucho gusto con D. Antonio de Zúñiga.—El duque de Umena y D. Antonio de Zúñiga van á tocar arma al ejército del Bearnés.—Retírase el duque de Umena y D. Antonio de Zúñiga á sus cuarteles.—Alégranse los cercados de París con la vuelta de Monsieur de San Pol de Flandes.—Muerte del comendador D. Juan Moreo.—Los cercados de París se defienden del Bearnés con mucho valor y pasan necesidades.—El embajador D. Bernardino socorre los pobres de París.—El capitan Barajas da aviso de la ida de Alexandro á Francia, y lo mismo el capitan D. Fadrique.—El conde Mansfelt quedó en Flandes por Gobernador.—Llega Alexandro con su ejército á Francia.—La autoridad y bizarría con que Alexandro entró en Francia á vista de sus ejércitos y de los de la Liga católica.—Recibimiento que hace á Alexandro la nobleza de Francia cuando entró en ella.—Salva que hace el ejército católico á Alexandro.—Primer alojamiento que tuvo Alexandro y su corte en Francia.—Número por mayor del ejército de Alexandro cuando entró en Francia.—Número de todo el ejército católico que Alexandro tuvo puesto en Francia.—Costumbre de franceses en la guerra.—Alegrías de los cercados de París y temor del Bearnés.—Ardid del Bearnés.—Juramento de Alexandro en presencia de los Príncipes católicos de Francia.—Entran en consejo Alexandro y el duque de Umena y resuelven socorrer á París.—En todos los consejos que Alexandro tuvo en Francia anduvo cuidadoso y con mucho tiento por el poco secreto que guardan los franceses.—Temores del Bearnés.—Su ejército pierde la esperanza de saquear á París.—Número de la gente del ejército del Bearnés.—El Bearnés se determina dar la batalla á Alexandro.—Alexandro y el duque de Umena dan las órdenes para pelear su ejército.—Agradecimiento y cortesía del duque de Umena.—Puestos para pelear y bien repartidos, y buen órden de batalla.—Alexandro declara al duque de Umena la intencion del Rey católico.—Leva de gente que Alexandro mandó hacer y para qué efecto.—El conde Herman de Vergas gana por escalada la villa de Cloquemburg.—Alexandro con su ejército y el de la Liga marcha á socorrer á París.—El capitan Bartolomé de Torralva va por órden de Alexandro á reconocer el alojamiento que ha de tener su ejército.—El ejército de Alexandro puesto en escuadron muy vistoso.—El Bearnés desengañado de sus esperanzas.—El Bearnés con su ejército sale á recibir el de Alexandro para darle la batalla.—Los Capitanes de más cuenta que tenia el Bearnés.—Los señores de más nombre y sangre que el Bearnés tenia en su ejército.—Alojamiento del ejército del Bearnés.—Las facciones que los cercados de París hicieron cuando dejó el sitio el Bearnés.—Sitio y puestos que tenia el ejército de Alexandro.—Manda Alexandro atrinchear su ejército.—El Bearnés envia á desafiar á Alexandro.—Respuesta de Alexandro al Bearnés.—El Bearnés levanta su ejército y se acerca al de Alexandro.—El órden que llevaba el ejército del Bearnés para dar batalla.—El Bearnés retira su ejército á los alojamientos de Xeles.—Ocho dias duraron las escaramuzas de los ejércitos.—D. Alejandro de Lunont rinde á Julio Candi en un desafío y le hace merced de la vida.—Los soldados de Alexandro murmuran por que no dió la batalla al Bearnés.—Famoso sitio de la villa de Lañi.—Batería de Lañi y batalla que representa Alexandro al Bearnés.—Dan los españoles el asalto á la villa de Lañi.—Los españoles ganan á Lañi y degüellan la guarnicion.—El Bearnés socorre á Lañi y los españoles le degüellan la

gente.—Los españoles muertos y heridos en el asalto de Lañi.—Alexandro va á dar la batalla al Bearnés.—El Bearnés quema una casa fuerte.—Alexandro manda desmantelar á la villa de Lañi.—Resuélvese el Bearnés de levantar su ejército y saquear á París.—El Bearnés llega de improviso á dar una escalada á París, y los católicos le resisten y hacen retirar.—Alexandro sigue con su ejército el Bearnés.—Los franceses enemigos desamparan algunas plazas y queda París libre.—El Bearnés no osa á esperar á Alexandro, licencia su ejército y se retira á sus guarniciones.—Alexandro manda abastecer y amunicionar á París.—El precio que tuvieron los bastimentos en París y las necesidades que tuvo dellos.—Ingeniosos molinos.—Precio de los molinos de mano.—Recibimiento que hicieron en París á Alexandro y al duque de Umena.—Descripcion de París.—Isla en París.—Los fundadores de los palacios de París.—Forma y sitio de París.—Puentes de París.—Castillo para sujetar los estudiantes de París.—Número de los colegios de París.—Alexandro sale de París con resolucion de limpiar las riberas de las plazas enemigas que tenian y mandó reconocer Corbél.—Descripcion de la villa de Corbél.—El marqués de Rentin reconoce á Corbél y le dan un arcabuzazo.—Alexandro pone sitio á la villa de Corbél.—Trincheas de Corbél, quién las tuvo á cargo.—Plataforma que se hizo en el sitio de Corbél.—Manda Alexandro tomar la medida del rio de Corbél para hacer un puente.—Preso y herido en Corbél el sargento Nieto.—Forma del puente que mandó fabricar Alexandro para asaltar á Corbél.—Baterías de Corbél.—Través que tuvo la batería de D. Antonio de Zúñiga en el sitio de Corbél.—Los italianos toman la empresa del puente de piedra de Corbél.—Batería del tercio de D. Alonso de Idiaquez.—Número de los enemigos que defendian á Corbél.—En Corbél dos Gobernadores.—Corazas son hombres de armas que pelean sin lanzas y en veces dellas traen unos espadones que llaman cortalazos y pistolas.—Diferencia que tuvieron Monseñor de Rigo y Monseñor de Corbejon.—Resuélvense á pelear y defienden la villa los Gobernadores.—El Sargento del capitan Luna con cincuenta soldados defiende el fuerte.—Los que reconocieron la batería de Corbél.—Los Alféreces que reconocieron en Corbél la batería de D. Antonio de Zúñiga.—Nueva costumbre en la guardia de las banderas en Francia desde que las entraron en ella.—Asalto que dan los españoles en la batería de Corbél.—Valor del Maestre de campo D. Alonso de Idiaquez.—Monsieur de Bona y Monsieur de San Pol pelean en la batería de D. Alonso de Idiaquez.—El capitan D. Juan de Carvajal rueda por la batería abajo.—Los españoles entran en Corbél por asalto.—Desórden de los valones católicos en la batería de Corbél.—El alférez Jorge de Rivera estima en más el pelear con los enemigos que asistir con su bandera.—Los que se señalaron en la batería de D. Alonso de Idiaquez.—Muertos y heridos en la batería de D. Alonso de Idiaquez.—Asalto que dan los españoles de D. Antonio de Zúñiga.—Valor del Maestre de campo D. Antonio de Zúñiga.—Muerte del gobernador Monsieur de Rigó.—Monsieur de Corbejon desampara la batería y se huye, y le prendió el alférez Juan de Vergara.—Los españoles degüellan la guarnicion de Corbél.—Los italianos degüellan los franceses enemigos que defendian el puente.—El capitan Hernando de Silva defiende no maten en la iglesia los enemigos que se habian retirado á ella.—Cinco camaradas del autor se señalan en el asalto de Corbél.—La nacion italiana se señaló muy bien.—Número de los españoles que murieron y salieron heridos.—Número de los muertos enemigos.—Valor de doce mosqueteros.—Saco de Corbél.—Las banderas francesas que se ganaron en Corbél se las dan sus soldados á Alexandro.—Divisa que tenian las banderas que se ganaron en Corbél.—Alexandro entra en Corbél por las baterías.—Alexandro perdona á Monsieur de Corbejon y se lo da á D. Antonio de Zúñiga.—Inhumanidad, ingratitud y traicion del gobernador de Corbél contra un español.—Lastimosa muerte del sargento Rengifo.—Muerte de Sixto V, Sumo

Pontífice, y eleccion de Urbano.—Muerte de Urbano y eleccion de Gregorio XIV.—El Embajador español, D. Bernardino de Mendoza, trata con Alexandro de la eleccion de un Rey católico.—Alexandro levanta su ejército del sitio de Corbél y va sobre Melun.—La villa de Melun se rinde á Alexandro ántes de llegar sobre ella.—Alexandro provee de bastimentos á París.—El intento del Rey católico fué que se eligiese en Francia uno que lo fuese.—Alexandro y el duque de Umena, con D. Bernardino de Mendoza, tratan de la eleccion de un rey en Francia.—El conde Mansfelt envia órden á Francisco Verdugo saque de Frisa el tercio de españoles de Manuel de Vega y lo envie á Brabante.—Va Francisco Verdugo sobre un castillo y lo halla desamparado.—Francisco Verdugo va á Bruselas á verse con el conde Mansfelt para cosas del servicio del Rey católico.—Alojamientos que tuvo el tercio del Maestre de campo Manuel de Vega.—Los soldados españoles del tercio del Maestre de campo Manuel de Vega mueven pláticas por alterarse.—El modo que tuvieron los soldados del tercio de Manuel de Vega para amotinarse.—Valor de Alonso de Mesa Ludeña.—El Maestre de campo Manuel de Vega con veinte soldados procura deshacer el motin.—Poca lealtad de soldados á su Maestre de campo.—Cercan la casa del Maestre de campo Manuel de Vega sus soldados y le prenden y ponen guardia.—Zamora, Sargento mayor de amotinados, notifica á su Maestre de campo deje libre la villa de Diste y salga fuera con sus banderas y Oficiales.—El Maestre de campo Manuel de Vega entrega las llaves de la villa de Diste al Sargento mayor de los alterados.—Ingratitud del alférez Castañeda á su Maestre de campo y desleal á su Príncipe.—Acábase de amotinar el tercio de Manuel de Vega.—El Maestre de campo Manuel de Vega con las banderas y Oficiales de su tercio alojan en la villa de Lovayna y hacen alto en la de Bilborde.—Socorro que se daba á los soldados leales del tercio de Manuel de Vega y buen órden para granjearlos.—El conde Mauricio refuerza y previene su ejército para las ocasiones.—El conde Mauricio hizo en Brabante mucho daño con su ejército.—El embajador D. Bernardino de Mendoza tiene licencia del Rey católico para venir á España y va con Alexandro á Flandes.—Alexandro levanta su ejército de los contornos de París y marcha la vuelta de Picardía.—El Bearnés sigue la retaguardia del ejército de Alexandro hasta salir de Francia con muchas tropas de caballos.—Manda Alexandro volver las caras de los escuadrones á la retaguardia de su ejército para resistir al Bearnés.—La caballería española cierra con el Bearnés y lo encierra en Longavilla.—Cierra Alexandro con los franceses del Bearnés y les hace volver las espaldas.—Rota que se llamó la de Pontassi.—Perdió el Bearnés todas sus compañías de *infans perdus*.—Palabras que dijo Alexandro al escuadron de los españoles, dignas de escribirse y de ser eternizadas.—Los émulos de Alexandro no cesan de murmurarle.—El capitan D. Fadrique del Aguila hace dejacion de su compañía porque no le da Alexandro la vanguardia.—Alexandro provee la compañía de D. Fadrique del Aguila en D. Alonso de Lerma.—Marcha Alexandro con su ejército la vuelta de Flandes y en el camino despacha á D. Alonso de Idiaquez con una embajada á España.—No hay fortuna en los hombres, sino una buena dicha que el cielo les concede.—Envia á España el duque de Umena al presidente Janin á procurar para su persona la corona de Francia.—Oficios que por órden del duque de Umena habia de hacer en España el Presidente.—Diligencias del Bearnés para ser admitido en la Corona.—Derecho que tuvo á la corona de Francia la señora infanta Doña Isabel.—El Rey católico manda despachen bien al presidente Janin.—El Maestre de campo D. Alonso de Idiaquez fué bien despachado en España.—Pretensores de la corona de Francia.—Alexandro se vuelve á Flandes y encarga el ejército al duque de Umena.—Llega Alexandro á la corte de Bruselas.—Socorros que daban al Bearnés los enemigos de la corona de España.—El duque

de Umena desaloja el ejército á la ligera y gana á Pontarsi.—La gente del Bearnés gana lo villa de Molin y los españoles los vuelven á echar fuera y les matan algunos.—El capitan Juan Brabo de Lagunas traba una escaramuza con los enemigos y los rompe y degüella con increible valor y gana una villa.—Diligencias que hace Alexandro para reducir al servicio del Rey su tercio alterado.—Los soldados leales y sus banderas, del tercio de Manuel de Vega, manda Alexandro vayan alojar á Nivela.—Nuevas diligencias de Alexandro para reducir á la obediencia al tercio de Manuel de Vega.—Parecer que da á Alexandro Francisco Verdugo.—Alexandro ofrece dar socorro á Francisco Verdugo.—Alexandro da licencia á Francisco Verdugo para ir á Lucemburg, y no se le da el socorro que se le ofreció para Frisa.—Francisco Verdugo se vuelve á Frisa sin socorro.

Ya he escrito como el ejército español estaba dividido en sus alojamientos y deseoso de ocasiones que las necesidades de la guerra, si bien las traen consigo, siempre esperan novedades. Húbolas tan grandes este año y en tan diversas partes, que me holgara no ir tan de paso para escribirlas más por extenso de lo que prometen estos sucesos. Despues de haber marchado el tercio de españoles del Maestre de campo D. Francisco de Bobadilla la vuelta de Frisa, dió órden Alexandro al capitan Diego de Avila Calderon que desalojase el de D. Juan Manrique que tenia á cargo, y fuese la vuelta de las villas de Agramont y de Ninoven. Entró en estos alojamientos á los 24 de Enero deste año, y estuvieron en ellos hasta fin dél. La villa de Berquerin ó Rimbergue se vió en este tiempo tan apretada, que como tenia casi del todo perdidas las esperanzas de ser socorrida (que era lo más cierto) porque como el conde Murs murió abrasado en Arnem, y los de Holac y Mauricio se hallaban con su ejército invernando en las guarniciones de Holanda y Gelanda, y que para hacer con él entrada en los Estados se seguian dificultades, y Guillermo de Nasao, Gobernador dellos en la provincia de Frisa, y que si la dejaba desamparada era forzoso que el coronel Francisco Verdugo se apoderase de lo que en ella tenia, ó á lo ménos ocuparle el paso para la vuelta, con que parece se ponia riesgo de perderse, se estuvieron á la mira del suceso que podia tener la villa de Berquerin; y viendo los rebeldes que la defendian (por las causas referidas) que no podian ser socorridos, se rindieron dando la obediencia al Rey, nuestro señor, y aunque habian pedido en los conciertos otra plaza en recom-

pensa no se lo concedieron. En fin, la dejaron con que saliesen con sus armas, banderas y bagaje. Deste suceso (aunque tarde) de la toma de Berquerin, tuvo el Rey, nuestro señor, muy excesivos gastos, y sus ejércitos grandes trabajos con derramamiento de mucha sangre, como se ha visto; y el arzobispo de Colonia el provecho, porque deseó tanto le recuperasen esta plaza cuanto se puede encarecer y escribir.

Alexandro envió órden al capitan Diego de Ávila Calderon desalojase el tercio de D. Juan Manrique de las villas de Agramont y de Ninoven y que lo llevase á las de Cortray y Meni. Pasó por la de Audenarda á 1.° de Febrero, y á los 4 llegó á los burgos de Cortray, donde quedó Diego de Avila con diez y seis compañías, y las otras ocho, que eran el resto deste tercio, fueron á cargo del capitan Juan de Paz á alojar á la villa de Meni, donde las unas y las otras comenzaron á pasar muchas necesidades por no haberles dado ningun socorro, ni tampoco los vecinos tenian órden para darles de comer á discrecion ni sin ella, como suele suceder; pero Alexandro que deseaba darles satisfaccion, hizo en este medio que partiesen de la villa de Bruselas (donde tenia su corte), el contador Pedro Coloma con algunos Oficiales suyos y otros de la Veeduría general, para tomarles muestra y darles dineros ó bastimentos para poderse entretener, y porque todavía deseaba Alexandro, á persuasion del conde Cárlos y de otros enemigos de D. Sancho Martinez de Leiva, que no quedase ninguna reliquia ni memoria de su tercio, envió órden que se desalojasen las ocho compañías que dél habian quedado por reformar en los presidios donde habia algunos años estaban para consumillas en el tercio de D. Juan Manrique de Lara, que estaba muy pobre de gente por no haberse querido ir á él ningun soldado de las demas banderas que se reformaron en Til; y yendo marchando para este efecto la vuelta de Cortray, llegaron á él en este medio el contador Pedro Coloma y los demas Oficiales, y luégo dieron el órden de Alexandro al capitan Diego de Avila Calderon, y habiéndolo obedecido, hizo publicar un bando para tomar muestra á su tercio otro dia siguiente. Los soldados, deseosos de saber si tras aquella muestra

se les habia de dar algun dinero, lo preguntaron á los Oficiales del sueldo la noche ántes, y algunos dellos ménos discretos de lo que fuera justo, no sólo dijeron que no habia órden para darles dinero, mas tambien en la ocasion para perder las esperanzas, cosa que jamás deben hacer en semejantes actos tales personas, y más en soldados necesitados, ántes bien deben darles á entender les llevan pagas ó socorros, como verdaderamente pensaba hacerlo Alexandro en pasando la muestra; y era de creerlo así, como tantas veces se vió por experiencia, pues jamás en la guerra se toma ninguna á la gente della si no es para darles algun dinero, y cuando no se las mandaba tomar se vió pasarse dos, tres y cuatro años sin darlas por no tener el dinero que fuera necesario para pagar sus soldados; y visto por los del tercio de D. Juan Manrique no se les habia de dar ninguno, y que aquella muestra era á secas (como los soldados dicen), les pareció poner en ejecucion lo que tanto tiempo habian platicado. No quiero detenerme en escribir el modo y órden que tuvieron para alterarse y salir (como salieron) con este motin, por ser una cosa tan odiosa y aborrecida, y que no debe acordarse ni tomarla en la boca el que se preciare de buen soldado y fiel á su Príncipe, y siempre que se me ofreciere tratar dellas no puedo dejar de afeallas, por ser de tan mala calidad como se sabe. Apoderáronse de la villa de Cortray, á 23 de Febrero, en la noche, y echaron sus Oficiales y banderas fuera della sin que lo pudieran estorbar, los cuales, con algunos soldados leales que se arrojaron huyendo por la muralla abajo, por no quererse hallar en esta alteracion, se fueron á la villa de Nuestra Dama de Henao, á tres leguas de la de Bruselas, donde estuvieron todo el tiempo que duró el motin, que fué más de cuatro meses, y fueron bien asistidos de Alexandro.

Las ocho compañías deste mismo tercio de D. Juan Manrique que estaban alojadas en la villa de Meni, que es á dos leguas de la de Cortray, á cargo del capitan Juan de Paz, se alteraron ni más ni ménos, y echaron sus Oficiales fuera de allí á dos dias, que fué á los 25, y se juntaron con las demas leales que estaban en Nuestra Dama de Henao, y los soldados se fueron con los

demas alterados á la villa de Cortray, donde estuvieron todos juntos. Al tiempo de su alteracion hicieron muchos malos tratamientos á sus Oficiales y á otra gente particular, y buscaron con mucho cuidado al capitan Diego de Avila Calderon para prenderle ó matarle, y lo mismo al Sargento mayor Diego Ortiz, valiente soldado, no porque ellos lo mereciesen, si no por la mala costumbre que en semejantes ocasiones los soldados tienen; y cuando entraron en casa de D. Diego de Avila tuvieron mucho respeto á Doña Teresa de Salamanca, su mujer; pero al alférez Juneo, camarada suyo, que se escondió debajo de la ropa de Doña Teresa, le sacaron y dieron muchos palos y se lo llevaron, sin que le valiese el favor que como mujer de su Gobernador le pudiera librar.

Las ocho compañías del tercio viejo del Maestre de campo D. Sancho Martinez de Leiva, que, como he referido, en este medio sin saber nada de lo que habia pasado en Meni ni en Cortray iban descuidadas marchando la vuelta desta villa para ser reformadas, hicieron alto al mismo punto que les llegó la nueva de la alteracion del tercio de D. Juan Manrique, pareciéndoles que si se acercaban á Cortray corrian peligro de ser tocadas de un mal tan contagioso y pestífero como el de un motin, y como los que están en él encenagados, olvidados de la gracia de su Príncipe y de toda honra y favor, como miembro podrido de un cuerpo sano, procuran hacer lo mismo á otros (costumbre de animales asquerosos); visto los de Cortray en el mal estado que se hallaban, luégo que les llegó la nueva que las ocho compañías del tercio viejo de D. Sancho habian hecho alto por no juntarse con ellos, se enfurecieron tanto, que salió un gran número de soldados para unirse con ellas y llevarlas á Cortray; pero habiéndoles llegado este aviso, determinaron de tomar las armas contra ellos (como lo hicieron llegada le ocasion) y se resistieron de manera que no fué posible juntarse con los del tercio de D. Juan Manrique, los cuales (no poco corridos) se volvieron á Cortray, cosa digna de escribirse, pues siendo todos españoles no lo quisieron hacer. Estas ocho compañías, estimando más su reputacion que el sueldo que se les

debia, si bien dijeron algunos que lo hicieron más por haberles querido cargar á los de D. Sancho el motin de Bomel y librarse ellos dél, que no por otro respeto. Que fuese esto ó esotro no me detendré en averiguallo, mas se echó de ver que la culpa que el conde Cárlos y los demas dieron al tercio viejo de Don Sancho de la alteracion que intentaron en la isla de Bomel fué como se ha visto, y no como lo dijeron, porque se ha de creer que todos los tres tercios la hicieron; pues teniendo los cuarteles juntos y dándose la mano los unos á los otros le correspondian y platicaban, no obstante que el tercio de D. Francisco de Bobadilla tenia el alojamiento algo más apartado que el viejo y el de D. Juan que estaban en un mismo cuartel.

He escrito puntualmente lo que pasó, aunque pudiera dejarlo en silencio sin que se supiera esta verdad, como algunos pretendieron, y si lo hiciera, no fuera con buena conciencia, por ser yo hijo del tercio de D. Juan Manrique y haberme criado en él casi todo el tiempo que estuve en los Estados de Flandes, y pudiera el amor y pasion que siempre le tengo y tuve dejarme llevar tras la opinion y voz tan mal entendida que pasó en Flandes en aquella sazon, mas no es justo por ningun respeto se deje de escribir la verdad, y más donde hay honra de por medio, particularmente, como ya he escrito, la de un tan gran caballero y soldado como el Maestre de campo D. Sancho Martinez de Leiva, que se la pretendieron quitar con relaciones siniestras; pero Alexandro que vió la fineza que habian hecho ocho compañías de su tercio en no quererse juntar con los alterados de la villa de Cortray, echó de ver el claro desengaño y la verdad que injustamente le habian tenido encubierta, y quedó tan arrepentido y con tan gran sentimiento de haber reformado el tercio viejo, como era razon y adelante se entenderá. A D. Sancho Martinez de Leiva no quiso jamás oir Alexandro su disculpa ni fué posible querer arrostrar sus cosas en muchos dias, y aunque el duque de Pastrana, el príncipe de Asculi y otros caballeros españoles de la corte de Alexandro le aconsejaron se viniera á España y se arrojara á los piés del Rey, nuestro señor, y se quejara del agravio que Alexandro le habia hecho, y mandara hacer la

averiguacion de su parte y que se oyese de justicia, no fué posible acabarlo con D. Sancho, porque siempre respondió que la misma disculpa eran sus acciones y modo de proceder con tan grandes servicios como habia hecho y sangre derramada en aquellos Estados, que esto y quien él era responderia por sí, y que Alexandro echaria de ver esta verdad y conoceria cuán mal se hizo en dereputarle, y que esto le bastaba para su satisfaccion; y pienso que lo acertó, pues cuando viniera á España y diera al Rey, nuestro señor, sus quejas, no habia de hacer más que volverlo á remitir á Alexandro, pues no trayendo su licencia, ni le oyera ni pudiera hacer otra cosa, y más (como es de creer) que cuando reformó el tercio le escribiria al Rey, su tio, las causas que le habian movido para hacerlo, y que no serian en favor de D. Sancho, si no las que le dió el conde Cárlos, y la menor era que por sus respeto no se habia conseguido el intento de entrar en las islas de Holanda, estando esta empresa tan en la mano como se entendió, y cuando se supo en España la reformacion del tercio viejo, no fué ménos el sentimiento que se tuvo que en Flandes, donde los herejes de Holanda y de Inglaterra hicieron muy grandes alegrías de ver desarboladas banderas que tanto los habian oprimido y sujetado por tan largos tiempos, como se ha visto, y dado tantos y felices sucesos en diferentes reinos y provincias al Rey católico y á sus antecesores, pues es cierto que aquellas banderas de donde habian tomado nombre del tercio viejo, estaban las más dellas arboladas del tiempo del rey D. Juan el segundo, de D. Fernando y de Doña Isabel los católicos y del emperador D. Cárlos V, de feliz memoria, que todos, y el Rey, nuestro señor, D. Felipe II, el Prudente, tantas victorias y en tantas y diversas partes tuvieron de los enemigos de la Iglesia con estas banderas del tercio viejo del Maestre de campo D. Sancho Martinez de Leiva, pues donde quiera que llegaban el asombro de oillas bastaba para atemorizar cuantos ejércitos de enemigos habia, por haber criado tantos y tan valerosos Capitanes y soldados con su buen órden y disciplina como han tenido y es notorio, y si estos sucesos permitieran alargarme en ellos, hiciera memoria de muchos que

por sus heróicos hechos han sido conocidos, y no ménos de los Maestres de campo que este tercio tuvo y de los más modernos, como Julian Romero, D. Fernando de Toledo, que este nombre le basta, por ser tio del duque de Alba, famoso y prudente Capitan que tantas victorias alcanzó con este tercio. Para que se entienda mejor lo que voy apuntando, sucedióle el coronel Cristóbal de Mondragon, y á éste D. Sancho Martinez de Leiva en quien acabó, mas no las reliquias dél ni la memoria y fama; porque será eterna á pesar del olvido, envidia y tiempo, y sobre sus ocho compañías se formó otro tercio, como adelante se verá.

Isabel, reina de Inglaterra, habia estado á la mira de los sucesos de Flandes, y como ya interesada en socorrer los rebeldes dellos, les ayudaba con gente y dineros siempre que se ofrecia; mas porque en este medio Enrique de Borbon, príncipe de Bearne (que pretendia la corona de Francia) se habia querido favorecer della, y le enviaba á pedir socorro contra los católicos, hubo la Reina de enviárselo (como lo hizo) de alguna infantería inglesa, municiones y dineros, por cuya causa, al conde Mauricio de Nasao, hijo del príncipe de Orange, que tenia la parte de los Estados rebeldes, no le asistia ni daba la calor para la guerra tan vivamente como lo habia hecho, pero siempre en cualquiera ocasion (como fuera contra el Rey católico) jamás le faltó el ánimo, más de hombre que de mujer en cuanto se ofrecia; y habiendo en este medio el conde Mauricio de intentar la empresa de la villa de Breda, situada en el Ducado de Brabante, á nueve leguas de la de Amberes y cinco de la de Bergas Olzon, pidió á la Reina le favoreciese con ejército y dineros en caso que él no pudiese ganar á Breda con las inteligencias que traia; pero sucediéronle de manera que no tuvo necesidad de las ayudas de la Reina, porque á los 25 de Febrero desto año, habiendo sabido el conde Mauricio el descuido con que vivian cinco compañías de italianos que estaban de guarnicion en la villa de Breda, y que el Gobernador dellas y de aquella plaza que era el capitan Lanza Vechia, de nacion italiana, estaba en la corte de Bruselas, y el castillo á cargo del

capitan Paulo Antonio, su hijo, no muy experimentado en las cosas de la guerra, se previno de un buen ardid de soldado para salir con la empresa, y fué, que teniendo derramadas las nuevas de querer recuperar la villa de Gertrudisberg que el año ántes habian entregado los ingleses que la presidiaban á Alexandro por ciento y cincuenta mil ducados que les habia dado, como he dicho, juntó en la villa de Zebembergue un razonable ejército dando á entender era para ir sobre Gertrudisberg, y no lo hizo sino por divertir los designios de Alexandro y descuidar la guarnicion que estaba en Breda por ganarla más á su salvo; y la traza que tuvo para salir con esta empresa, fué que supo de un patron de un navío holandés que solia llevar de Holanda á Breda algunas mercadurías, particularmente turba, que es el ordinario carbon que queman en algunas partes de Flandes. Mandóle llamar el conde Mauricio y le ofreció hacer mucha merced si en la barca en que de ordinario llevaba la turba le ponia debajo de cubierta algunos soldados para el efecto que deseaba. No fué menester rogárselo al patron de la barca, que como sea en daño del servicio del Rey, nuestro señor, se hallan prontos cualesquier flamencos rebeldes, y aunque no lo sean, particularmente los holandeses; y llegada la ocasion que Mauricio deseaba, hizo entrar en la barca ochenta ó noventa soldados escogidos, y en la última cubierta los mandó poner secretamente, y el patron hizo cargar encima della una buena cantidad de turba, y esta barca con la gente de guerra que llevaba llegó á Breda por el rio Merche que pasa por junto á un fuerte castillo que tiene esta villa, la cual es una de las más importantes que hay en el ducado de Brabante, y donde los príncipes de Orange tienen su entierro harto suntuoso y casa de recreacion. Los centinelas que habia en el castillo hicieron detener la barca hasta dar aviso al capitan Paulo Antonio, que le gobernaba por ausencia de su padre, que como ya he escrito, se llamaba Odoardo Lanza Vechia; envió á un Sargento á reconocella con dos soldados y tambien el Gobernador que habia en la villa á cuyo cargo estaban las cinco compañías de italianos que la presidiaban, que era el marqués Francisco de Vintimiglia, sobrino

del duque de Terranova, Capitan de una dellas; envió tambien al Sargento mayor de la villa para reconocer la barca, como es costumbre; pero los unos y los otros, poco advertidos y descuidados en las cosas de la guerra, atendieron más á hacer la razon á los muchos brindis que el patron de la barca y sus marineros les hicieron que á reconocella y á recibir algunos regalos que decian les dieron; cualquiera cosa destas que fuese basta para descuidarse y no reconocer la barca, cosa no vista en la guerra, pues estando en parte donde tan vivamente se hacia como en Flandes, y tan cerca el mar de Breda que por el mismo rio que por ella pasa fácilmente en dos dias podia ir un buen socorro, y el ejército del conde Mauricio en la villa de Zebembergue, que es á tres leguas de la de Breda, era fuerza presumir cualquier desgracia. En fin, estos Oficiales y soldados italianos no la previnieron, pues dejándose la barca sin reconocer, se retiraron á la villa y castillo, y en siendo de noche, á la primera partida, salieron los soldados holandeses de la barca donde habian estado cubiertos, y determinadamente cerraron con las centinelas (y aunque poco ántes las rondó el capitan Paulo Antonio, fué de poca importancia) y las rompieron, apoderándose del castillo lo ganaron y degollaron la mayor parte de los soldados italianos que lo defendian, y aunque pelearon, no fué de manera que bastase á resistir el ímpetu de los holandeses, si bien el capitan Paulo Antonio acudió por dos veces á echar á los rebeldes fuera del castillo y con muy gran valor; mas no fué posible, porque eran ya señores de la muralla los enemigos; y los italianos perdidos de ánimo (viendo muertos la mayor parte de los suyos) se retiraron, y el Capitan se rindió con harta vergüenza de no haber podido defender el castillo que tenia á cargo, alcanzándole á su padre la misma parte de afrenta deste mal suceso por haberse ausentado, cosa que en la guerra no se debe hacer, y más quien tiene hecho pleito homenaje de castillo y plazas de tanta importancia como la de Breda.

El marqués Francisco de Vintimiglia que estaba en la villa con las cinco compañías de su cargo, en vez de acudir á recuperar la pérdida que los del castillo habian hecho, se retiraron á espal-

das vueltas y huyeron con tanta fealdad y flaqueza que no fué posible detenellos; algunos soldados particulares de la misma nacion italiana que se lo protestaron y persuadieron, particularmente el conde Vicencio Capra, que valerosamente los animaba, pero fué en vano, porque el miedo los habia vencido de manera que con haber comenzado á hacer un escuadron en la plaza no le sustentaron, y sin saber de quién huian lo desampararon; los burgueses católicos que habia en la villa acudieron en este medio con mucha osadía, y le dijeron que ellos les ayudarian á defendella, y sacaron muchas zapas y palas y otros pertrechos para que se atrincheasen por la parte que el conde Mauricio podia ir á socorrer los del castillo pues eran tan pocos, y no quisieron, pudiéndolo hacer libremente y con mucha seguridad, y ni más ni ménos les aconsejaron que se hiciesen fuertes y atrincheasen en la puerta que va de la villa á la de Amberes y se sustentaran en ella dando aviso al coronel Mondragon, que con facilidad dentro de ocho horas les podia enviar socorro desde el castillo de Amberes y de otras partes; tampoco hicieron esto, con haberse detenido cuatro horas en demandas y respuestas y con otras cuatro que esperaran fortificándose en la puerta recuperaran lo perdido, y no diera esta gente pusilánime ocasion de haber perdido este dia la buena reputacion de la nacion italiana, que, cierto, hay en ella muy valerosos soldados, y en estas guerras de Flandes han hecho tan buenas facciones como es notorio; en fin, desampararon la villa muy más feamente de lo que he escrito, y el conde Mauricio, teniendo este aviso se apoderó della otro dia siguiente, que fué á los 26 de Febrero, habiendo entrado con su ejército que, como he referido, le tenia en la vila de Zebembergue, muy cerca de la de Breda.

Alexandro que todavía se estaba en la villa de Vince acabándose de curar, que, como he referido, habia ido á ella de la fuente de Aspa muy flaco, sintió tanto la pérdida de Breda, que se echó muy de ver en la demostracion que hizo, porque mandó prender á los Capitanes y Oficiales de las compañías que perdieron esta plaza, salvó al marqués D. Francisco de Vintimiglia porque se huyó, y las causas de los demas remitió al Auditor

general, y sin que valiesen ruegos ni otros respetos, los hizo sentenciar, y á los más culpados mandó cortar las cabezas en la villa de Bruselas, que fueron al capitan César Guerra y al Tarlatino, Teniente del marqués del Vasto y al capitan Domingo Zapete, y los demas se huyeron con el marqués Vintimiglia. Con esta justicia dió Alexandro muy gran satisfacion á todo el ejército católico, y los demas Príncipes de los Estados que estuvieron á la mira deste caso, echaron de ver que á su nacion no perdonó una cosa tan mal vista entre los Estados, que como él lo era tan grande y perfecto Capitan sabia dar á cada cosa lo que era suyo, particularmente á las de justicia, que con gran severidad lo sabia hacer cuando era necesario; y porque no se le quedaba nada por preguntar, quiso saber despues qué número de gente tenian las cinco compañías que habian perdido á Breda, y porque halló ménos de lo que Carranza y Quevedo, Comisarios de muestras (que se la fueron á tomar) le habian dicho, los mandó prender; y cuando llegó á su noticia se huyeron porque no ignoraron habian de pasar por la misma pena de los demas; y aunque éste no es su lugar, apuntaré el desórden tan grande que los Oficiales de la pluma hacian en Flandes en las muestras que tomaban, para aprovecharse (como dicen cuando roban), concertándose con algunos Capitanes de las naciones ponian en las listas más número de gente que el que tenian las compañías, causa que Alexandro con este engaño entendia que ponia en las guarniciones más número de gente del que parecia; y no escribo esto porque fuese causa que por ser pocos los italianos que habia en Breda la perdiesen, pues eran más de quinientos soldados; mas porque en las listas parecieron mayor número por los aprovechamientos de los Comisarios de muestras, los cuales cesaron con la ida de D. Diego de Ibarra á aquellos Estados, porque reformó, como prudente y ministro recto los muchos y grandes excesos que esta gente hacia tan á costa de la hacienda del Rey, nuestro señor, y el haberle ahorrado tanta veremos en otros sucesos.

El tercio del Maestro de campo D. Francisco de Bobadilla, que gobernaba el capitan Manuel de Vega Cabeza de Vaca,

llegó á la provincia de Frisa, para donde habia ido marchando para socorrer á Francisco Verdugo, como por haberle parecido á Alexandro que dividiendo la infantería española no se le alteraría, que el temor que le habia puesto el conde Cárlos de Mansfelt y el no tener con qué darles satisfaccion le tuvo cuidadoso, hallábase tan alcanzado y mal asistido de España en este tiempo que áun para enviar este tercio á Frisa no pudo socorrerle con más del tercio de la paga de un mes, sin haber recibido en más de diez otro dinero, que fué todo el tiempo que estuvo en Frisa, y pasaban extrema necesidad los soldados; pero no para que les obligase á hacer una cosa tan fea y mal pensada como la que intentaron; y no pudiendo Francisco Verdugo entretenellos ni sustentallos, le obligó á dividir las compañías y alojallas á donde pudiesen pasarlo con alguna comodidad, y así estuvieron algunas en el país de Groeninghen y los de la suya les asistian y ayudaban lo mejor que podian, pero sin dineros: la gente particular lo pasaba peor, porque la ordinaria batia los granos que habia en las granjas y hacinas de la campaña y los vendian, con que lo pasaban, si no bien, mejor que los demas.

En este tiempo llegó nueva á Alexandro que el socorro que envió por órden de Rey, su tio, á los católicos de Francia, á cargo del conde de Eguemont los habia roto y desbaratado el príncipe de Bearne en una batalla que tuvo con el duque de Umena, General de los católicos de aquel reino, y en ella murió peleando valerosamente el Conde y un hijo del duque de Brarsuyg, y el capitan Cola; habiéndose señalado en aquel rencuentro toda la gente del Rey, nuestro señor, particularmente el capitan D. Juan de Córdoba, que con su mucha osadía se empleó en esta ocasion como se podia desear, y él con los demas Capitanes españoles acompañaron al duque de Umena sin desampararlo hasta ponerlo en cobro en una villa que se llama Manta, habiendo llegado á ella rotos y desbaratados. No ménos se señaló este dia el padre fray Mateo de Aguirre, de la órden de San Francisco, que fué por órden de Alexandro para administrar los Sacramentos á la gente del socorro que llevó el conde de Eguemont, porque andando á caballo con un Cristo en la mano, ani-

mando á la gente católica en lo mejor de la batalla, llegó hasta el artillería del príncipe de Bearne con D. Juan de Córdoba y los demas Capitanes españoles, y salió mal herido, y algunos afirmaron que se halló tan cerca de un francés enemigo que le dió con el Cristo en la cabeza y le hirió tan mal que cayó del caballo abajo. Sintió mucho Alexandro esta nueva, así por la muerte del conde de Eguemont y los demas, como por la falta que le hacia esta gente, y más por ser en tiempo que tenia mayor necesidad della, por haber dado órden en este medio al conde Pedro Ernesto de Mansfelt juntase algunas tropas de infantería de las naciones por la falta que la española le hacia, respeto de estar alterada y dividida, para recuperar la villa de Breda que era de tanta importancia como las demas cosas que tenia á que acudir, que no poco cuidado le daban, y más de haberle llegado nueva que los Príncipes de Alemania se quejaban mucho dél por parecerles que los españoles que entraban por su órden en sus tierras se quedaban en ellas apoderándose de las plazas como Berquerin y otras que habian ganado, pareciéndoles que con color de socorrer al arzobispo de Colonia se apoderaban dellos, y que con dificultad los dejarian, demás de ser ocasion de muchos daños, porque corrian las tierras y contornos, no solamente de aquel Arzobispado, mas las de otros señores libres de Alemania; y para tomar resolucion y remediar los inconvenientes que desto se podian ofrecer, se juntó una Dieta en Francafort y en ella se trató de echar la infantería española del Imperio, y aunque esta era la color que daban para este intento, era muy diferente el que tenian de privar por este camino los socorros que Alexandro por órden del Rey, su tio, daba á los católicos de Alemania, para que viéndose los protestantes desembarazados dellos, oprimirlos más á su voluntad, que no poco lo sintieron los católicos, y más de ver que el fin principal que tenian los protestantes era para mejor poder conservar y aumentar sus fuerzas para emplearlas fuera de Alemania en favor de los herejes sus amigos y confederados, particularmente los de Francia contra la Liga católica, y en Flandes para deshacer los ejércitos del Rey, nuestro señor, como siempre lo

habian hecho y procurado; aunque despues de las retiradas de Francisco, duque de Casimiro, habian cesado; y aunque en esta Dieta habian hecho todo su esfuerzo los herejes protestantes para salir con su intento, se disolvió sin hacer ninguna cosa, quedando con harto sentimiento porque deseaban extrañamente enviar sus socorros al príncipe de Bearne, y juntarlos con los de Isabel, reina de Inglaterra, que no cesaba de darles cuanto le pedian.

Ya en este tiempo habia el conde Mansfelt juntado el ejército católico, y fué con él á recuperar la villa de Breda, y de camino ganó la de Zebembergue, por ser de importancia para esta empresa, y muy cerca la una de la otra, como he referido; y aunque batió un castillo que tiene, á los 8 de Mayo, se retiró sin ganarle, con haberlo hecho furiosamente y abiértole trincheas, y fué con pérdida de los católicos con no ser el castillo de Zebembergue fuerte ni de consideracion; pues sin haberle batido ni hecho otra diligencia, se habia rendido el año ántes á las trece compañías de españoles del tercio viejo de D. Sancho Martinez de Leiva, que gobernaba el capitan Luis del Villar; pero la guarnicion que en él dejó lo rindieron despues al conde Mauricio de Nasao. Retiróse el de Mansfelt con pérdida, y escribió á Alexandro tenia aquella empresa necesidad de más fuerzas que las que habia llevado, y se iba conociendo en los Estados de la importancia que eran las de los españoles, pues donde quiera que llegaban, con pocas que pusiesen, se les rendian las plazas; y visto el Conde que no podia ganar la del castillo de Zebembergue, le hizo un fuerte para dejarlos algo oprimidos, aunque no podia quitarle, ni tampoco á la villa de Breda, los socorros de las islas de Holanda y Gelanda; dejó en el fuerte cuatrocientos soldados de guarnicion, y se partió para la villa de Güeldres, donde hizo nuevas prevenciones para la empresa de Breda; y habiendo vuelto á ella con esperanza de ganarla por trato, si bien dió á entender que por batería y fuerza de armas, no lo hizo ni de la una ni de la otra manera; pero en algunas salidas que los rebeldes hicieron al ejército católico, se trabaron escaramuzas, y en la una mataron á los rebeldes más

de trescientos soldados, habiéndolos entretenido en ella hasta que llegó la caballería católica, que con gran presteza cerró con ellos y los acabó de degollar, sin haber perdido el Conde en esta escaramuza ningun soldado; y sin hacer otra faccion se volvió á retirar del sitio de Brēda.

El duque de Umena, que, como he apuntado, era general de la Liga católica de Francia contra el principe de Bearne, pretensor de aquella Corona, daba en este medio mucha priesa á Alexandro le enviase los socorros que el Rey católico le habia ofrecido de la gente que tenia en Flandes, que por haber quedado ufano el Bearnés con la victoria que tuvo de los católicos, hacia mayores fuerzas para deshacerlos y sitiar segunda vez la villa de París, pareciéndole que siendo señor della lo seria de la mayor parte de Francia, y que con brevedad la acabaria de señorear, y para esto le habia ya enviado la reina de Inglaterra mucha infantería inglesa y holandesa, con una buena suma de dineros y municiones, y se creyó si fuera en esta ocasion á ganar á París saliera con ello, porque estaba desproveida y sin Capitanes de valor que la defendieran; causa que, entendiendo los católicos el intento del príncipe de Bearne, la presidiaron; y el duque de Umena comenzó á dar mayor priesa á Alexandro le enviase los socorros que esperaba, ántes que su enemigo sitiase á París, porque con gran pujanza habia ya salido de Manta con un poderoso ejército para hacerlo; y los franceses católicos echaban la culpa al de Umena, imputándole que por su mal gobierno se veian oprimidos y molestados del príncipe de Bearne, y para soldar la quiebra de su reputacion, que iba padeciendo, se partió á la provincia de Picardía, que es frontera de los Estados de Flandes, para dar priesa á los socorros y juntar su ejército, y desde allí envió al comendador D. Juan Moreo á detener las compañías de las bandas de Flandes que se volvian á aquellos Estados, y á solicitar de Alexandro le enviase el socorro que habia ofrecido.

El tercio del Maestre de campo D. Francisco de Bobadilla habia estado todo el invierno pasado debajo de la mano del coronel Francisco Verdugo, padeciendo algunas necesidades, y

tantas como se puede imaginar; mas no para que obligasen á intentar una alteracion, cosa indigna de soldados españoles, á quien siempre que se ofrezca tratar destas cosas no dejaré de afear mucho, y culpar á personas que contra su Príncipe, por el interes del dinero, toman las armas, que parece que por ser de tan mala calidad, no sólo no se habian de escribir, pero ni áun imaginarlas; mas habiendo de hacer memoria de todo lo sucedido en Flandes y Francia desde que Alexandro comenzó á gobernar hasta que murió, no podré excusar el apuntarlo, aunque muy de paso, por llevarlo muy apresesurado en estos sucesos. Estaba la mayor parte del tercio de D. Francisco de Bobadilla en un lugar que se llama Emelcamp, á una legua de la villa de Covorden, y habiéndose comunicado con las demas compañías, volviendo á las pláticas que tuvieron el año pasado con los otros dos tercios de españoles se comenzaron á alterar una noche; pero algunos soldados, celosos del servicio del Rey, nuestro señor, lo descubrieron á los capitanes Melchor Martinez de Prado y á Juancho de Ugarte, los cuales salieron con grandísima presteza á la plaza donde se iban juntando, y prendieron algunos, y dieron garrote á tres, que fué causa de atajar esta alteracion; y con algunas razones que les dijeron á los demas, de que los llevarian luégo á Brabante y los pondrian en guarniciones, dándoles cuatro pagas, las dos en paño y las otras en dinero, y estas en el entretanto que se les hacian sus cuentas para darles el resto de lo que se les debia. Con esto y la instancia que se hizo, se aquietaron y volvieron á la obediencia del Rey, nuestro señor. La intencion que tuvieron si salieran con este motin, fué ir adonde estaba la compañía de lanzas españolas del coronel Francisco Verdugo, y apearla, y con los caballos hacer otra dellos y volverse á Brabante y apoderarse de una plaza, y no salir della hasta que se les diese satisfaccion; pero hiciéronlo despues, como en el discurso del tiempo se verá, con que parece se acabó de desengañar Alexandro y los émulos de D. Sancho Martinez de Leiva que no sólo su tercio era el autor de las alteraciones; pero es cierto que si cuando salieron de los alojamientos el año pasado para ir á la

isla de Bomel con el conde Cárlos de Mansfelt les dieran algunas pagas, cesaran los inconvenientes y ruin intento de algunos soldados ordinarios y mal entendidos que sólo atienden al interes de lo poco ó mucho que se les debe, y no á la honra que profesa la nacion española.

Los del tercio del Maestre de campo D. Juan Manrique de Lara, se estaban todavía obstinados en la villa de Cortray, habiendo pasado más de tres meses y medio sin tratar con Alexandro de sus particulares; pero como no tenia por entónces con qué darles satisfaccion, los habia dejado estar, no poco indignado contra ellos por haberse aprovechado tan mal de los favores, honras y mercedes que siempre á este tercio hizo, que siendo del Maestre de campo Pedro de Paz, lo llamó el de las Victorias, por haberle dado tantas como en estos escritos se ha visto; y á todos los soldados dél estimó siempre como á hijos; pero fuéronle ingratos, y tanto, como lo dirá el mal estado en que se hallaban, señalados con el dedo de todos aquellos que los amaban, y lo peor era verse desfavorecidos de Alexandro y olvidados del Rey, su tio, que era el más infelice estado que podian tener en esta ocasion; y para alcanzar su gracia fué bien menester el no haber hecho desórdenes todo el tiempo que estuvieron alterados, ántes bien se gobernaron diferente que otros que se hallaban en semejantes cosas. La causa fué haber dado órden Alexandro que alguna gente principal que se habia salido deste motin se volviese á entrar dentro, para evitar los desórdenes que los soldados ordinarios suelen hacer viviendo licenciosamente, y fué de tanta importancia como se vió por experiencia. Ya en este tiempo el príncipe de Bearne habia sitiado á París y la tenia muy apretada, y el comendador D. Juan Moreo habia llegado á la corte de Bruselas, donde se hallaba Alexandro, y le representó las necesidades que los católicos de Francia tenian de sus socorros, y que suplicaba á su Alteza los apresurase. Alexandro le dió buenas esperanzas, y le envió contento con ellas; pero no lo podia él tener, por verse tan sin sustancia y arrinconado por no poder dar satisfaccion á la gente que habia de enviar á Francia,

particularmente al tercio de españoles de D. Juan Manrique, y sentia mucho haber de dejar los Estados de Flandes sin fuerzas; porque antevía los malos sucesos que habian de tener, como los tuvieron desde que comenzó á enviar los socorros á Francia, y que su persona fué á aquel reino, como lo diré en su lugar.

El conde Guillermo de Nasao, Capitan general en el reino de Frisa por los Estados rebeldes, temió mucho de ser acometido con el tercio de españoles del Maestre de campo D. Francisco de Bobadilla, y con la gente de Francisco Verdugo, por estar toda junta este verano, y por esta causa envió á Holanda por socorro de gente, y le llegó en este medio el conde de Chesteyn con mucha infantería y caballería; y viéndose con tan buenas fuerzas y que podia hacer cualquiera faccion, salió en campaña, y lo mismo hizo Francisco Verdugo con su ejército, muy inferior al contrario; y para darle ocasion que le fuese á buscar y sacarle del lugar de Colmer, adonde estaba fortificado, acometió á un fuerte suyo que se llama Emeltil, y lo batió con dos piezas de artillería que sacó Francisco Verdugo de la villa de Groeninghen, y lo ganó; y de allí fué al fuerte de Lopeslague, que habia hecho el año pasado, pensando acometer otro fuerte de los rebeldes, llamado Nicusil, que estaba allí cerca, y procurar sacar al conde Guillermo en campaña. Esto hacia Francisco Verdugo porque no podia acometerle en el lugar de Colmer por estar en él muy fuerte, y serlo el sitio que habia escogido; y visto Francisco Verdugo que no salia dél, se alojó con su gente junto al fuerte que él habia fabricado entre un dique y un brazo de la mar que va á él, sobre el cual intentó hacer otro para que las vituallas y las demas cosas necesarias le pudiesen ir desde Groeninghen con más facilidad, y los vecinos desta villa le socorrieran con madera y gente para fabricarlo, no tanto porque se consiguiese el efecto de Francisco Verdugo (que no eran tan bien intencionados), sino porque con este dique ganaban una buena cantidad de tierra, y haciéndose desde el fuerte hasta el otro dique de Groeninghen, excusaban de entretener otros muchos que habia en término de una legua, de que les procedia muchísimo provecho con sólo

éste que fabricó Francisco Verdugo, y á su gente gran útil y comodidad. Manuel de Vega Cabeza de Vaca, que ya en este tiempo le habia enviado Alexandro la patente ó título de Maestre de campo del tercio de D. Francisco de Bobadilla, que gobernaba, se puso con él de la una parte, y Francisco Verdugo, con su gente, de la otra; comenzaron á trabajar los unos y los otros apresuradamente, y de manera que en breve espacio atajaron y encubrieron el brazo de mar, é hicieron el camino ó dique hasta el otro; siendo muchos de opinion que no pudieran acabarlo estando alojados de la manera que he apuntado; cuando llegó la vanguardia del conde Guillermo de Nasao á tomar por alojamiento el lugar de Colmer, cerca de los cuarteles católicos, habian salido fuera dellos unos soldados españoles á lavar su ropa, y viendo que los rebeldes iban desordenados y rendidos del mucho calor que hacia, quisieron tomar las armas para dar sobre ellos; pero el uno, que se llamaba Lúcas de Linares Garrido, natural de Baeza, valiente soldado y de la compañía de Hernan Tello Portocarrero, le pareció no convenia hacerlo sin órden de Francisco Verdugo, y fué á dalle noticia de lo que habia visto, y que se ofrecia con doscientos infantes y cincuenta caballos romper todos los rebeldes, por verlos tan descuidados; y lo podia muy bien hacer, porque se averiguó que no llegó su retaguardia hasta otro dia.

No le pareció mal á Francisco Verdugo la relacion deste soldado, la cual comunicó con Manuel de Vega, y dijo que no era justo aventurar nada, por la que habia dicho el soldado y acordaron que el dia siguiente fuese á reconocer la caballería católica con alguna infantería, á cargo del teniente Bartolomé Sanchez, el cual llegó con mucha gallardía al cuartel de los rebeldes y halló que se estaban fortificando en él. Con este aviso les pareció á Francisco Verdugo y al Maestre de campo Manuel de Vega hacer lo mismo, que fué fortificarse en el puesto que tenian, y recogieron toda la caballería que estaba algo apartada, para que cubriese el cuartel, como lo hizo. El enemigo fué reforzando su ejército y acercándose al católico con demasiado atrevimiento. Trabáronse algu-

nas escaramuzas y se hacian muchas emboscadas, peleando los unos con los otros con el daño que se podia, particularmente desde el fuerte que los rebeldes tenian bien proveido de gente y municiones para la defensa dél; y no pudiendo Francisco Verdugo salir con su intento de obligarle á pelear fuera de su puesto, que era lo que deseaba y lo procuró por cuantos medios pudo, se fué siempre entreteniendo con las escaramuzas, no tan bien puesto como lo estaba el conde Guillermo de Nasao, el cual tuvo tan gran confianza de romper y desbaratar á Francisco Verdugo, que lo envió á desafíar, diciéndole que saliese á campaña rasa. Respondióle que de muy buena gana, y luégo lo puso en efecto; pero á Manuel de Vega no le pareció bien, y procuró estorbarlo como otras veces lo habia hecho en algunas ocasiones, porque era más atentado que otros en las de la guerra; pero en ésta no le pareció á Francisco Verdugo, aunque lo era mucho, tomar su consejo, y mostró algun enojo con él, y puso en ejecucion el desafío, y con la caballería española que allí había á cargo de Alonso Mendo y Bartolomé Sanchez, ambos valerosos, y no ménos los soldados que tenian, que como acostumbrados tantas veces á pelear y romper á los rebeldes tuvieron en poco la arrogancia del conde Guillermo, y lo mismo los del tercio de Manuel de Vega, que los habia en él muy valientes y arriscados, y más habiéndosele mezclado las reliquias del viejo de D. Sancho Martinez de Leiva, que cuando la reformacion pasada se habian ido á él, como he referido. Dejó Francisco Verdugo algunos alemanes de guardia á las municiones, y marchó con toda su gente poco más de dos tiros de mosquete al puesto que tenian los rebeldes, y habiéndose afrontado con él, envió la caballería de vanguardia con órden de tocar las trompetas á batalla, como lo hicieron, dándoles cuantas ocasiones se pudo para ello; pero el conde Guillermo, ménos furioso que lo habia estado, no se atrevió á salir de su puesto, que era muy fuerte; Francisco Verdugo le envió á decir con un trompeta que saliese á pelear, porque le estaba aguardando y lo estaria para cumplirle el desafío siempre que quisiese, que no tenia más gente ni ejército que un tercio de

españoles y las dos tropas de caballos desta misma nacion, que, como he escrito, iban á cargo de Alonso Mendo y Bartolomé Sanchez, natural de la ciudad de Baeza, y Mendo de la de Trujillo. El rebelde Conde respondió que no queria nada con gente desesperada; y al tiempo que el trompeta decia esto á Francisco Verdugo, se enojó tanto Alonso Mendo, que sin aguardar órden ni mirar el decoro que se le debia, volvió las riendas á su caballo y mandó á sus soldados que le siguiesen, y habiendo hecho tocar á las trompetas á cerrar, lo hizo al son dellas, con tanta osadía y ánimo, que rompió dos cuerpos de guardia que los rebeldes tenian fuera de su cuartel, sin que bastasen las muchas rociadas de mosquetería y arcabucería que le dieron para que lo dejase de hacer; y habiéndolos desbaratado trajo arrastrando algunos soldados enemigos hasta donde estaba Francisco Verdugo, el cual le reprendió mucho por haber hecho sin su órden aquella faccion, y mandó que diesen de beber á los prisioneros que habia llevado, y habiéndolo hecho les dijo que se volviesen á su ejército, y que dijesen al conde Guillermo que bien sabia que los españoles cuando querian sacaban á sus soldados de sus mismos cuarteles; y visto cuán fuertes estaban y que no habian querido salir á pelear, recogió Francisco Verdugo su gente y volvió á marchar con ella á sus mismos cuarteles, que estaban de allí poco más de un cuarto de legua, y llegado á ellos vió á Lúcas de Linares Garrido, que era el soldado que ántes le habia dado aviso de la llegada de la vanguardia del enemigo, y le dijo que si tomara su consejo no le hubieran desafiado; dió á entender con esto que sin duda le hubiera roto y desbaratado ántes que se acautelara ni se hiciera fuerte.

Desde este dia comenzaron los soldados españoles del tercio de Manuel de Vega á murmurar dél y á cobrarle mucho ódio, y no ménos algunos Capitanes, y en particular el Sargento mayor Cristóbal Lechuga, que no sé que causa hubo para esto; pero los soldados dieron bien á entender lo mal que le querian en un motin que fraguaron en la villa de Diste, como adelante se verá; y por ser cosa no vista en la nacion

española, escribiré un suceso memorable que hubo en el cuartel de Opisilague, al cual llaman otros Lopeslague, y entiendo que éste es su mismo nombre, en el cual estaba alojado el tercio de Manuel de Vega; y dos ó tres soldados dél, sin más causa que el ódio que le habian cobrado, procuraron volarle la barraca. Llenaron para esto un cuerno de pólvora y atacáronle muy bien, y habiéndole puesto una cuerda encendida y en parte donde hiciese el efecto que deseaban, en el silencio de la noche, cuando los demas soldados reposaban, estuvieron esperando el suceso, y pareciéndoles que tardaba llegó uno á mirar si la cuerda se habia muerto, y fué á tiempo que emprendió en la pólvora y reventó el cuerno. El soldado se abrasó, y salió el Maestre de campo al ruido y conoció por lo que habia visto que le quisieron volar; dió voces y prendieron al soldado, y aunque estaba medio abrasado, lo hicieron ahorcar; el otro huyó: procuró hacer informaciones, dió parte dello á Alexandro, y no se averiguó quién fuese el autor deste caso; y por ser (como he referido) no visto en la nacion española, siendo tan obediente y fidelísima á sus Oficiales, lo he apuntado; y es bien de considerar que hubiese soldados tan desalmados que á su mismo Maestre de campo le minasen el alojamiento que tenia para volarle, el cual, no ménos de allí adelante aborreció algunos de sus Capitanes, y á otras personas de quien tuvo indicios mal averiguados.

Era Manuel de Vega un soldado muy prudente, honrado y valeroso, y no creo hubiese causa legítima para quererle quitar la vida, y más por camino tan extraño. Remitiéronse al tiempo las sospechas deste negocio, y como autor de desengaños se los dió á muchos de los que pensaron que habia malicia en algunos de los que se ausentaron; pero siempre se creyó que no la hubo, no obstante que juzgaban temerariamente cosas que no son para escribir. En este medio sucedió un admirable y temeroso caso, estando en estos mismos cuarteles, pocas veces ó ninguna visto; levantóse un viento Nordeste, empreñóse y embraveció el mar con aguas vivas que le sacó de sus límites y le enfureció, de manera que ahuyentó

el agua más de tres leguas, inundó la tierra con grandísimo peligro de los moradores; y creyendo Francisco Verdugo se anegara todo el ejército, hizo llamar al Ayudante del Sargento mayor del tercio de Manuel de Vega, que se llamaba Duran, demás de ser solícito, cuidadoso, fué muy honrado y valiente soldado, y le dijo era necesario retirar los españoles y salirse del puesto que tenian, y que si lo dilataba creceria mucho más el mar y los anegaría á todos; respondióle que ya la gente se habia reparado muy bien, como verdaderamente lo estaba, y habia trabajado en esto mucho con los demas Oficiales y soldados, si bien hácia la parte donde los rebeldes tenian sus puestos no habia ninguno que poder ocupar, pues retirarse tampoco era lícito, por no dar á entender al conde Guillermo que huian. Con esta relacion que el ayudante Duran dió á Francisco Verdugo, le pareció era más justo que los españoles se estuvieran quedos y sujetos al peligro de las tormentas del mar, que no á dar ocasion que el enemigo entendiera habia flaqueza donde no se habia conocido; pero el viento, embravecido, compelió á las aguas vivas del espantoso Océano á salir de su curso, y sucedió lo que Francisco Verdugo habia dicho, y con inmenso trabajo y peligro se salvó la gente, pero no todo su bagaje, porque se anegó mucho con algunos soldados que allí se ahogaron por haberse tardado en retirar; y todos lo hicieron por el nuevo dique que se habia fabricado, que por estar imperfecto, sobrepujaba el agua por lo alto dél. Francisco Verdugo alojó toda la gente en el abadía de Grothaurt, y luégo la sacó á la parte seca y enjuta porque no pereciesen, y dió órden que el tercio de españoles del Maestre de campo Manuel de Vega se volviese á sus alojamientos, porque en este medio habian los rebeldes dado á entender á los de la villa de Groeninghen que Alexandro habia ordenado á Francisco Verdugo entrase alojar dentro el tercio de Manuel de Vega con algun malicioso fundamento. Por esta causa no dejaban entrar dentro ningun español si no era con mucha dificultad, y le hacian dejar las armas en la puerta de la villa. Con estas trazas y extratajemas se iban perdiendo las fuerzas de parte del Rey, nuestro señor, porque

hacian sospechoso á Francisco Verdugo para apoderarse de la villa de Groeninghen, lo cual procuraban los mal intencionados que habia dentro; y los rebeldes estorbar por todos los caminos que podian; y como todos los vecinos, así buenos como malos, deseaban no tener guarnicion, era tanto más dañosa la desconfianza que tenian de Francisco Verdugo; y teniendo él esto muy conocido habia suplicado muchas veces á Alexandro, y algunas al Rey, su tio, se sirviese dél en otra parte; pero ni esto se le concedió, ni dejaban sus émulos de perseguirle en todas las ocasiones que se ofrecian.

Aunque parezca tomo más licencia de la que me toca en tratar de las cosas de Francia, por haber ofrecido escribir no más de lo sucedido en ella desde que entró Alexandro hasta que murió, no puedo ménos de apuntar algunas cosas, por la dependencia que tienen de otras que tratan de la entrada y socorros que Alexandro hizo en aquel reino. Sabiendo Isabel de Inglaterra que el Rey católico habia ofrecido al duque de Umena y á los demas Príncipes confederados de Francia que Alexandro habia de entrar en persona á socorrerlos, temió tanto (porque conocia sus acciones), que dió priesa al príncipe de Bearne apretase demasiadamente el sitio que tenia puesto á la villa de París, asegurándole que si Alexandro entraba ántes de ganarla se veria en aprieto; pero el Bearnés, que juzgaba la estrecha necesidad que pasaba aquella villa, y que no era posible sustentarse un mes, no se persuadió á lo que la Reina y otros le habian dicho, ántes bien aquel socorro que habia de entrar de Flandes no podia ser tan pujante ni con las fuerzas que le aseguraban; porque decia (y era la verdad) que de razon aquellos Estados no habian de quedar desguarnecidos de gente de guerra, ni creyó que Alexandro en persona habia de entrar en Francia, pues era claro habia de ir con muy gran ejército; y que no podia dejar á Flandes á riesgo de perderse y en tan manifiesto peligro; demás de que para hacerlo habia de esperar órden de España, de donde se tenia experiencia se dilataban siempre las resoluciones, y que en el entretanto era forzoso que París se le rindiese por lo mucha necesidad que ya pasaba, y

tambien ayudaban á esto los amigos que tenia dentro con sediciones, dándole esperanza de ocupar (cuando más no pudiese) alguna puerta de la villa; pero viendo los católicos que habia dentro crecian las necesidades y miserias, daban priesa al de Umena por el socorro, el cual, deseando lo mismo, se partió con trescientos caballos para su guardia, no sin peligro, porque el príncipe de Bearne, ó el Bearnés, que por cualquiera destos dos apellidos le nombraré en estos escritos, y no rey de Francia, como algunos autores hacen en lo que han escrito, pues áun no lo era, teníale al de Umena (sabiendo que iba á juntar los socorros que esperaba) hecha una emboscada con tres mil infantes y un gran número de caballería; pero habiéndose librado dellos, llegó en salvamento á la Ferté Milon, lugar grande en la provincia de Picardía; y habiendo pasado á la villa de Sanson, envió desde ella á Deportes Villier, su Secretario y privado, á la corte de Bruselas á solicitar el socorro y saber de Alexandro dónde queria que fuesen las vistas que habian de tener. Despachóle con brevedad, asegurándole que con la mayor que pudiese, en tanto que él aprestaba su partida, le enviaria un buen socorro de infantería y caballería, y que las vistas serian en el lugar de Condé, cerca de la villa de Meaux, á diez leguas de París, y en el ínterin que fué y volvió de Flandes el secretario Depottes, juntó el duque de Umena en la provincia de Picardía alguna infantería y caballería, y fué á la villa de Cambray á verse con Monsieur de Balani, Gobernador della.

Recibióle bien y trataron del peligro en que se hallaban las cosas de los católicos, y que no tenian otro remedio sino era la entrada de Alexandro en Francia con poderoso ejército, como se tenia entendido, y el Rey su tio, se lo habia ordenado, dejando en Flandes bien presidiadas las plazas que allí tenia; y como su partida se dilataba, padecia París inmensos trabajos y necesidades, las cuales remediaba con grandísimo cuidado D. Bernardino de Mendoza, embajador de España en la corte de Francia; y envidiosos de las muchas y largas limosnas que hacia, intentaron matarle, y habiéndolo entendido, le

pusieron guardia á su casa y persona de los alemanes que habia de guarnicion en París.

Estando ya determinado Alexandro de ir en persona á socorrer la villa de París, aunque otros autores la llaman ciudad, pero yo sigo en esto el nombre que ví le daban los naturales de Francia, se fué previniendo de todo lo necesario para hacer una jornada tan grandísima y de importancia; y porque en este medio habia vuelto el comendador D. Juan Moreo, y dádole tanta priesa, y que apresurase el socorro, lo hizo con mayor cuidado, si bien le tenia más que todos, por habérselo ordenado expresamente el Rey, su tio; pero como pendia de sola su persona el grave peso de las cosas de guerra y Estados para la conservacion de los de Flandes, se hallaba tan embarazado por ver las fuerzas divididas, y lo mucho que convenia no desamparar las guarniciones de Brabante y Flandes, y hallarse el tercio de españoles del Maestre de campo Manuel de Vega en Frisa, donde convenia asistiese para la conservacion de aquella provincia, y en ella andaba campeando con su ejército el conde Guillermo, y el de D. Juan Manrique todavía alterado en la villa de Cortray, que eran las mayores defensas con que se hallaba, no podia desamparar con tanta priesa (como el comendador Moreo le daba) á los Países-bajos, y no sé si las muchas con que este caballero vivia y solicitaba estos socorros le hicieron provecho, como á su tiempo escribiré; pero viéndose Alexandro tan persuadido dél y de las cartas que el Rey, su tio (tan apretadas), le habia escrito, y las de los católicos de Francia y vecinos de París, hubo de atropellar ésta y otras muchas dificultades que se le ofrecian, y dió órden á Antonio de Leiva, príncipe de Asculi, fuese á la villa de Cortray y pidiese á los españoles que allí estaban alterados tomasen resolucion de lo que debian hacer, y pidiesen lo que querian para dar medio á sus pretensiones, trayéndoles á la memoria la obligacion de españoles con que habian nacido, y la que tenian al Rey, su señor, y no ménos á su persona, pues en tantas ocasiones los habia estimado y honrádoles en lo que podia, así con acrecentamientos de sueldos como con otros

favores y mercedes, y que mirasen en las extremas necesidades que se veia por no tener de España ningun dinero, ni de donde sacarlo en aquellos Estados para darles satisfaccion, que era lo que más deseaba, y los muchos gastos que el Rey, su tio, tenia en aquellas guerras tan prolijas y sangrientas; y que pues siempre le habian estimado ayudándole á dar tantas victorias, y él amándolos como á verdaderos hijos, no le fuesen en esta ocasion tan ingratos, porque los habia menester para la jornada de Francia, donde habiendo de hacer nueva guerra esperaban sacarian él y ellos muy gran fruto de sus trabajos, y que tuviesen por bien de hacer un honroso acuerdo, no obstante (como he apuntado) que deseaba darles satisfaccion con la mayor suma de dineros que pudiese.

El príncipe de Asculi puso en ejecucion todo lo que Alexandro le ordenó, y les dijo de su parte á los alterados con razones vivas y eficaces, y con la discrecion que este Príncipe tenia, todo lo que Alexandro le habia dicho; pero sacó tan poco fruto de su embajada, aunque hizo sus apretadas diligencias para volverlos al servicio del Rey, nuestro señor, porque los halló tan disconformes que no pudo reducirlos á ningun acuerdo, sino que se les habian de dar todas sus pagas; y resueltos en esto, les mandó Alexandro dar todas las que se les debia, y porque algunos soldados temian á sus Oficiales y por otros respetos, les concedió Alexandro muestra general para que cada uno mudase su plaza á la compañía que quisiese del mismo tercio; y estando ya pagados, se pusieron las banderas en campaña, cada una con sólo sus Oficiales, como se acostumbra y con los del sueldo para sentarles sus plazas; y así se fué cada uno á la compañía que quiso, quedando unas muy pobres de gente y otras muy llenas; y aunque parece proligidad escribir esto, por no hacer mucho al caso, me ha parecido, por advertir lo que importa tener en cualquiera ocasion gratos á los soldados sus Capitanes, por no verse en el afrenta que yo ví este dia algunos Oficiales, que andaban solicitando soldados para llevar á sus compañías, y no quiso ir ninguno.

Arboladas ya las banderas y formadas las compañías, hizo

Alexandro muchas provisiones y dió algunas que estaban vacas en este tercio á los Capitanes que habian quedado reformados del viejo del Maestre de campo D. Sancho Martinez de Leiva, y á otros dió licencia para venir á España con cartas para que el Rey, su tio, les hiciese merced por sus servicios, que siempre en esto anduvo Alexandro tan liberal como el Magno, recompensando siempre á todos los que servian debajo de su mano en cuantas ocasiones se ofrecian, y deste tercio de Don Juan Manrique hizo Maestre de campo á D. Antonio de Zúniga, caballero del hábito de Santiago, que era Capitan de lanzas españolas, y hoy del Consejo de guerra del Rey, nuestro señor, y General en Portugal, digno de otros muy mayores cargos por ser un caballero bien entendido, de muchas y buenas partes y valerosísimo soldado; y teniendo ya este tercio tan buen Maestre de campo, deseando Alexandro socorrer á los católicos de Francia, despachó á D. Juan Moreo para que se adelantase y dijese al duque de Umena que, en el antretanto que su persona con mayor número de gente iba á socorrer á París, enviaba al Maestre de campo D. Antonio de Zúniga con su tercio de españoles, y el de italianos de Camilo Capezuca con la demas gente que á su tiempo escribiré. Partió el comendador D. Juan Moreo con este aviso y con órden de tener hechas tapas en la entrada de Picardía para abastecer esta gente, como se hizo, y se les repartió algunas armas. Alexandro dió órden que se desalojase el tercio de italianos del Maestre de campo Camilo Capezuca, y caminase con él la vuelta de Cambresi, donde estaban ya tres compañías de caballos-lanzas, y otra de arcabuceros con un regimiento de valones, esperando á que llegase el Maestre de campo D. Antonio de Zúñiga con su tercio de españoles, porque habia de llevar á su órden todas estas tropas, que seria número de cinco mil hombres.

Partió D. Antonio de Zúñiga de la villa de Cortray con su tercio, á los 12 de Julio, y en cuatro dias se juntó con el Maestre de campo Camilo de Capezuca y la demas gente, y entraron en Francia por la villa de Guisa, situada en la provincia de Picardía; y pasando á la de Villi, otro dia siguiente,

se descubrieron algunas tropas de caballería y se tocó arma creyendo eran enemigos. D. Antonio mandó hacer los escuadrones y puso su gente en órden para lo que se ofreciese, por mano del capitan Bartolomé de Torralva, á quien Alexandro habia hecho su Sargento mayor, que para tal Maestre de campo no podia ménos de elegirle tan bueno y experimentado; y habiendo llegado las tropas de la caballería, se reconoció eran del duque de Umena, que teniendo aviso de la entrada del Maestre de campo D. Antonio de Zúñiga con aquella gente en Francia, le salió á recibir con grande aplauso y regocijo, agasajando á D. Antonio y á los Capitanes y Oficiales, haciendo lo mismo todos los caballeros franceses que iban con él, que eran muchos y muy bien aderezados.

Pareciéronle tan bien al duque de Umena aquellas tropas de gente, particularmente el tercio de españoles de D. Antonio, que dijo no era mucho que el Rey católico hubiese alcanzado tantas victorias pues tenia tales soldados y tan bien en órden; y los nobles franceses que estaban con él dijeron que aquel tercio parecia de Monsiures; que quiere decir, de Señores, por verlos tan bien puestos y aderezados, que como habian recibido sus pagas y entraban en reino extraño se habian engalanado y lucido maravillosamente, y tanto, que cuando de allí á un mes entró Alexandro en Francia con todo el ejército, y vieron los demas españoles que iban con él, no tan lucidos ni bien puestos, dijeron los franceses que aquellos soldados parecian *valets*; que quiere decir, criados de los que habian entrado ántes; y por haber dícholes á los de D. Antonio de Zúñiga que parecian Monsiures, se quedó de allí adelante este tercio con este nombre, llamándoles siempre el de los Monsiures, y no le cuadraba mal este nombre, pues puedo asegurar que todos los soldados que en él hubo fueron siempre muy valerosos, y de muy gran estimacion, como se ha visto; y fué el primero de españoles que entró en Francia y el postrero que salió della, dando siempre muy buena cuenta de todo lo que se le encomendó, como en estos sucesos y en otros se verá; y despues de haber acabado el duque de Umena y D. Antonio de

Zúñiga las cortesías y recibimientos, se despidieron, y tambien los franceses, que eran de los más nobles que llevaba. Y el de mayor opinion de soldado fué Monsieur de Rona, Maestre de campo general en Francia, de la Liga católica, que despues lo fué del ejército español por lo bien que aprendió su arte militar.

Marcharon todos á una villa que se dice Condé, junto á la de Sanson, donde se alojó el tercio del Maestre de campo Don Antonio de Zúñiga y el de Camilo Capezuca; y las demas naciones y caballería, porque no cabian dentro, se alojaron en sus contornos, y el duque de Umena, con su corte y toda la nobleza que le seguia, en un lugar cerca de allí que se llama Bien; habiendo señalado aquel sitio por plaza de armas hasta que llegara Alexandro con todo el resto del ejército de Flandes, que, como he referido, lo estaba recogiendo para cumplir el órden que tenia del Rey, su tio, si bien algunos se persuadian á que no lo haria; pero fué tan en vano como las razones frívolas que daban. En estos alojamientos estuvieron el duque de Umena y D. Antonio de Zúniga ocho dias, á fin de dar calor á los cercados de París que padecian inmensos trabajos, molestados de las contínuas armas del ejército del Bearnés y de las muchas hambres y miserias que pasaban, que por ser excesivas y estar tan apretados, enviaban por momentos avisos al duque de Umena pidiéndole apresurase el socorro, pues le tenia tan cerca; y aunque muchas veces se excusó que no lo podia hacer hasta que llegase Alexandro, le hubieron de convencer tanto, que le obligó pedir á D. Antonio de Zúñiga se mejorase con su gente más hácia París para conseguir lo que he apuntado; y si bien á D. Antonio le pareció justa su demanda, no obstante que estaba ya á órden del duque de Umena, le replicó no convenia empeñarse en parte donde si el ejército del Bearnés iba á ofrecérseles para pelear dejase de cumplir su obligacion y salir á recibirle con su gente, y que no estimaba en tanto aventurar aquel socorro para que los cercados sacasen el fruto que deseaban y dar gusto á su Excelencia, como haberlo de hacer sin órden de Alexandro, que le suplicaba lo suspendiese hasta tenerla.

No mostró el duque de Umena buen rostro á estas razones de D. Antonio, porque como de su natural condicion era fogoso, y la nobleza francesa de su corte le incitaba á representar la batalla al Bearnés y echarle del sitio, confiados que con aquellos cinco mil hombres que el Maestre de campo D. Antonio de Zúñiga tenia y los franceses católicos lo podian hacer, y que eran bastantes á salir con su empresa; y estando en estos alojamieutos hizo Monsieur de Balani, gobernador de Cambray, una cosa indigna de caballeros, aunque no hay que maravillarse, pues en esto usó la costumbre que suelen algunos franceses, arrimándose á un proverbio que tienen, que *no etipar buon frances il que non trompa con lotro*, que en nuestro vulgar quiere decir (como otra vez he referido), que «no es buen francés el que no procura engañar al otro;» no sé si por hacer verdad este refran ó por su natural condicion, no obstante que el Rey, nuestro señor, habia hecho una tregua de cinco años, y Alexandro, en su nombre, asentádole con él y con la villa de Cambray, dándole cada año un sueldo muy grande.

Sucedió que habiendo persuadido el duque de Umena á Alexandro que teniendo grato á Monsieur de Balani (el cual habiéndose apoderado de Cambray, se mostraba neutral, y que ya que enteramente no se declaraba por la Liga católica ni por el Bearnés, si bien en muchas ocasiones se le mostró muy aficionado), convenia asistirle con algunos gajes para tener seguras por la parte de Cambray las entradas de Francia, demás de que se obligaba á hacer le diese ayuda con seiscientos caballos para aumentar el socorro de París. Alexandro, que no deseaba otra cosa, vino en ello y dijo al duque de Umena lo tratase y dispusiese con Balani de suerte que tuviese efecto; en fin, lo hizo y Alexandro le libró y pagó una buena suma de dinero que dijo habia menester, demás del sueldo ordinario que se le daba, como se capituló en la tregua, para sustentar aquellos seiscientos caballos que habia aprestado para el socorro de París; y habiéndolos embolsado, estando, como he dicho, en estos alojamientos y de partida para Condé de Meaux, de donde se habia de ir á socorrer á París, se desapareció una noche y se

fué á Cambray con toda su gente, dejando burlado al duque de Umena y admirado á D. Antonio de Zúñiga y á los demas Capitanes españoles que llevaba de un trato semejante como el deste caballero francés; pero ni es cosa nueva entre algunos dellos, ni tan poco en el Rey, nuestro señor, ni sus Ministros dejarse engañar desta nacion donde ha derramado tantos millares de ducados tan mal lucidos como la experiencia nos lo ha enseñado, pues habiendo hecho la guerra en Francia con tantos ejércitos, por tantas partes como en ella han entrado, no se ha quedado España con una sola plaza, habiendo ganado tantas á costa de tanta sangre española y dineros como entre franceses se ha repartido; y con los que se llevó Monsieur de Balani, y otros muchos se han conservado tan á costa nuestra, como adelante escribiré. No faltó quien dijo (pero no se puede creer), que el de Umena supo deste trato; pero lo que más se averiguó y se pudo asegurar, es que lo hizo Monsieur de Balani por la grande y estrecha amistad que tenia con el Bearnés; pero que la conservase á costa del dinero de España, á nadie pudo parecer bien, sino á los émulos desta Corona, envidiada de tantas naciones; pero como el Rey, nuestro señor, no llevaba la mira á otro interes ni respeto que á socorrer los católicos de Francia, daba por muy bien empleados todos cuantos gastos para este efecto se hacian, aunque fuesen con exceso, mostrando en esto el católico celo que este prudente y valeroso Monarca tuvo á nuestra santa religion, sin que le moviese otro intento ni interes, si bien otros autores apasionados de la corona de Francia, enemigos de la de España lo declaraban, por otros fines mal entendidos y peor considerados.

Visto el duque de Umena que el Maestre de campo D. Antonio de Zúñiga no queria aventurar su gente sin órden de Alexandro, envió á Monsieur de San Pol, por la posta, á Flandes á darle priesa para entrar en Francia, ó que le enviase órden á D. Antonio hiciese con aquella gente la faccion que deseaba. Volvió Monsieur de San Pol con aviso que no podia Alexandro despacharse tan presto, aunque se daba toda la priesa posible, como verdaderamente lo hacia. El de Umena y D. An-

tonio entraron en consejo sobre lo que se habia de hacer, y pareciéndoles que pues las vistas habian de ser en la villa de Condé, junto á la de Meaux, de Alexandro y el de Umena, resolvieron de partirse á él, para que habiendo sabido los católicos cercados que estaban en París habian llegado tan cerca, que son diez leguas, cobrasen nuevo ánimo para resistir á las facciones del Bearnés; y pareciéndole á D. Antonio de Zúñiga que este acuerdo era con fundamento (que á no serlo no lo hiciera), se resolvió á marchar con su gente, y lo mismo el de Umena; y habiendo llegado á un lugar que llama la Ferté Milon, tuvieron aviso que el Bearnés con muchas tropas de caballería y de *infans perdus* le salian al paso. Luégo se comenzaron á atrinchear en este cuartel, ocupando con trinchas todos los pasos y avenidas por donde el enemigo pudiera hacer alguna suerte con su caballería. Trabajó mucho en esto la infantería española del tercio de D. Antonio de Zúñiga, cosa muy nueva para los franceses ver hacer el oficio de gastadores ó peones á gente tan particular, y queriéndoles imitar muchos caballeros de la nobleza de Francia, tomaron las zapas ó azadones y comenzaron á trabajar en las trincheas, particularmente el caballero de Umala, que era un mancebo muy gallardo, del hábito de San Juan, Monsieur de San Pol, Vetri, el de Umena y otros muchos; y estando todos trabajando en la defensa, que duró tres dias, llegó aviso de ser incierto lo que se habia dicho del Bearnés, porque todavía se estaba sobre París.

Con esta nueva continuaron el duque de Umena y D. Antonio de Zúñiga en el viaje de Condé, junto á Meaux, y pareciéndoles no era justo dejar á las espaldas ninguna plaza que estuviese por el Bearnés, así para que el paso de Flandes estuviese más desocupado y seguramente pudieran ir los convoyes y escoltas, como porque en buena razon de guerra no convenia entrar aquella gente entre plazas enemigas y del ejército del Bearnés; y así, determinaron ir sobre una villa que se llama La Ferté Suser, situada en un hondo que hacen dos valles, y por ella pasa un rio y junto á él está un castillo y un puente de piedra. Los franceses enemigos que habia en él le tenian fortificado, junta-

mente con un torreon que estaba sobre el puente, y luégo que oyeron las cajas españolas comenzaron á cortarle para estorbar el paso; pero ántes de hacerlo llegó la vanguardia y la infantería española del tercio del Maestre de campo D. Antonio de Zúñiga, que eran las dos compañías de arcabuceros de los capitanes Hernando de Isla y Alonso Ruiz Fajardo, y viendo que no podian arremeter sin batir primero el torreon, lo hicieron con dos piezas de artillería; y estando para cerrar con los franceses por haberles ganado ya la muralla y no tener retiradero, se rindieron. Matáronse algunos, y los demas los hizo ahorcar el Duque de las almenas de la muralla.

Habida esta victoria, marcharon todas estas tropas á los alojamientos que se habian deputado; y el tercio de D. Antonio de Zúñiga con el de Camilo Capezuca se alojaron en Condé, junto á la villa de Meaux, con algunos valones y caballería de la que habia ido de Flandes; y la persona del duque de Umena, con su corte, alojó en Meaux, y su gente en otro lugar cerca de allí; y el mismo dia que llegaron estas tropas de Flandes á este cuartel, se juntó con ellas un regimiento de alemanes de tres mil hombres de la Liga, y Monsieur de Latraja con setecientos caballos y otras compañías de infantería y caballería francesa, que por todos eran tres mil caballos y siete mil infantes, incluso todos los soldados italianos, valones y españoles que llevó D. Antonio de Zúñiga. Está Condé á diez leguas pequeñas de París, entre dos rios, y en el uno se hizo un puente junto á la villa de Meaux, que está á media legua de Condé, y en la cabeza dél se hizo un fuerte para tenerle seguro por lo que se pudiera ofrecer, y más teniendo el Bearnés tanta y buena caballería, no obstante que, aunque poca, no era ménos la del duque de Umena, porque la acompañaban algunos *infans perdus*, que otros llaman dragones; y porque otra vez los he nombrado y no he dicho, para quien no lo sabe de qué género sean estos soldados, se advierte son compañías de infantería que van en pequeños caballos, siempre que los franceses quieren hacer alguna faccion presta y determinada ó de improviso, y tuvieran el gobierno de los españoles con la infantería, son muy apro-

pósito estas compañías para algunas ocasiones; pero dúrales poco siempre que las emprenden; y cuando con la caballería llegan de tropel á hacer alguna, y con aquella furia que suelen, apéanse luégo de sus rocines y tocan las cajas, y toman el puesto que se les ofrece y han menester, y se aprovechan de sus armas, que por ser casi medios mosquetes y los tiran á pulso, llaman dragones; y esta y otras facciones no las pueden hacer las corazas ó caballos, y así llevan estos dragones ó *infans perdus*, que en nuestro vulgar quiere decir infantería perdida; porque tal vez pueden con los caballos arremeter con furia á un puesto donde hay infantería, y apearse de improviso donde peleando no se pueden volver á poner á caballo por no darles lugar los enemigos, y perderse y degollarlos; demás que teme tanto la caballería francesa no les matan los caballos, que prestamente, en apeándose los infantes, vuelven las riendas y quedan á peligro de perderse, y suele suceder esto más veces que no librarse, y por esto les dicen *infans perdus* ó infantería perdida, que es más propio nombre que dragones como algunos los llaman.

Con la caballería del duque de Umena hubo algunas compañías destas, pero no se vió que hiciesen con ellas algun efecto. Los dias que estas tropas francesas estuvieron en estos cuarteles de Condé y de Meaux, no tuvieron con el tercio de españoles de D. Antonio de Zúñiga, ni con los italianos de Capezuca, muy buena correspondencia, porque cuando sus mochileros ó criados iban á forrajear les quitaban los caballos y muchas veces se llegaban al bagaje y robaban dél cuanto podian, y dando queja de esto D. Antonio de Zúñiga al duque de Umena, dijo lo remediaria, pero no se vió que hiciese ninguna demostracion, ántes con más desvergüenza robaban á los mozos de los españoles y volvian al cuartel sin caballos, y cuando se los quitaban los franceses les decian que lo hacian á la *pareil*, que en español quiere decir que hiciesen con ellos otro tanto si pudiesen; pero, en fin, cesó esto con que los españoles é italianos se hicieron maestros de saber guardar lo que tenian sin deberse nada los unos á los otros, y porque por estar en reino extraño

y se iba engrosando el ejército del duque de Umena, y por las divisas se desconocian los soldados, se dió órden que toda la gente que habia entrado de Flandes se pusiesen cruces rojas en los sombreros, porque los de Umena las llevaban negras en bandas blancas, y decian que por el luto de las muertes del Cardenal y Duque de Guisa, y era la cruz que llaman de Lorena por la conquista que hizo, como las de Caravaca en bandas blancas, que es la cruz de Godofre de Bullon, su antecesor, á Jerusalem.

Los cercados que estaban en París, luégo que supieron habia llegado este socorro á Condé de Meaux, escribieron al duque de Umena los fuese á socorrer, y para esto le daban tanta priesa que por momentos iban y venian lacayuelos con avisos y billetes representando, de una parte necesidades y trabajos, y de otra dando esperanzas del socorro, y para hacerlas más ciertas y apresurarlo volvió el duque de Umena á enviar á Flandes segunda vez á Monsieur de San Pol para que diese priesa á Alexandro por la mucha que le daban los sitiados de París, los cuales en este medio respondieron al Bearnés (habiéndoles él enviado á decir se rindiesen y que le diesen la obediencia como á su Rey, pues cuando no por razon los habia de compeler á esto la necesidad y hambre que pasaban), que estimaban más morir de ella por la fe de Jesucristo, que no á manos de un Rey hereje y tirano, si bien él decia que siendo admitido se volvería luégo católico y daria la obediencia á la Iglesia; y porque en esto hubo muchos pareceres y pláticas y veian que el socorro se dilataba y las necesidades crecian, habiéndoles vuelto el Bearnés otras muchas veces á convidar con la paz, le enviaron á decir que se buscase forma de establecer una paz general en el reino; pero el duque de Nemours, gobernador de París, no quiso venir en esto porque dijo perjudicaba á los demas Príncipes católicos de la Liga y al juramento que en ella habia hecho, y que primero de resolverse en nada se habia de dar parte á los demas confederados, y más teniendo su persona el gobierno de París no vendria en ello por ningun caso, la cual habia de defender contra el príncipe de Bearne hasta

morir en la demanda; pero porque no perdiesen los demas cercados las esperanzas de algun buen medio y entretenerlos con ellas, enviaron al arzobispo de Leon y al Cardenal de Gondi para hablar con el Bearnés, y le hallaron en el abadía de San Antonio y le propusieron que para acabar los trabajos y guerras de Francia no habia otro medio sino juntar los tres Estados del reino, adonde se determinase (como era costumbre) lo que convenia, y que se suspendiesen las armas, y no apretase en el sitio que tenia puesto á la villa de París en tanto que se le daba el consentimiento del duque de Umena y de los confederados, y que dentro de algunos dias se volveria con la resolucion, lo cual le ofreció el cardenal de Gondi; pero el Bearnés que temia alguna cautela y más las fuerzas españolas y la buena industria del embajador D. Bernardino de Mendoza, respondió que él sabia procuraban de entregar al Rey católico la mayor parte de Francia: mas con todo daba su palabra de esperar ocho dias para que tratasen con el duque de Umena y Alexandro, que si en este tiempo no los socorrian, lo alzasen por Rey, y que sabia que la hambre que pasaban les habia hecho enviar aquella embajada, y que no haria otra cosa sin comprender ninguna otra villa de Francia ni embarazarse en materia de religion por ninguna manera; y con esto se acabó esta plática y se volvieron á París el Cardenal y el Arzobispo sin más resolucion. Pero de allí á pocos dias, sabiendo el Bearnés que Alexandro estaba ya de partida para entrar en Francia, apretó á París más de veras y le plantó algunas piezas de artillería á la puerta que dicen de San German, mas porque mi intento no es escribir las facciones de Francia, sino lo que he ofrecido de Alexandro y sus ministros y lo que pendia de ellas, abreviaré cuanto pudiere.

Como el duque de Umena supo que el Bearnés apretaba tanto á los cercados de París, llamó á consejo á D. Antonio de Zúñiga y le propuso lo mucho que convenia dar ánimo á los cercados y entrarlos algunos bastimentos, y que le parecia hiciese juntar todos los soldados infantes españoles que tenian caballos de su tercio y alguna caballería, y que en las ancas dellos llevasen cantidad de trigo, y que rompiendo algunos

cuerpos de guardia del Bearnés podian entrar en París y socorrer á los católicos. Esto hacia el duque de Umena (demás de seguir su natural inclinacion), persuadido del comendador D. Juan Moreo, solicitado más de su orgullosa condicion que de causa legítima, no más de porque sabia daba en esto gusto al de Umena y á sus franceses; y acabado el consejo, que en esto se tuvo contra la voluntad de D. Antonio de Zúñiga, hizo que se recogiesen todos los que habian de hacer este socorro, con sus armas y á caballo, el cual si se hiciera iba tan á peligro que no se escapara ninguno, pues cuando bien entraran en París, á la retirada era forzoso perderse, así por ser muy pocos como porque les tendrian ocupados los pasos; y considerando esto D. Antonio de Zúñiga y las muchas dificultades que se ofrecian, se lo dió á entender al duque de Umena, contradiciéndoselo de suerte que le obligó á dejarlo y á que no se pusiese en ejecucion, que no poco lo sintió el Duque; y lo mismo en otras ocasiones donde mostraba no tener mucho gusto con D. Antonio, pareciéndole era obstáculo en sus pretensiones, siempre que con su tercio de españoles queria hacer alguna faccion; y era así verdad, porque si D. Antonio no le hubiera ido á la mano algunas veces, le sucedieran á su tercio muchas desgracias; así porque sabia que los franceses que el Duque llamaba al consejo no guardaban secreto de lo que en él se resolvia, avisándolo á sus deudos y amigos que andaban con el Bearnés, recreciéndose en esto los daños que se dejan considerar, como porque las facciones que el Duque hacia eran muy fuera del órden y estilo que se acostumbra en la infantería española; y como D. Antonio era tan gran soldado y que antevía los malos sucesos que se podian esperar de semejantes resoluciones, iba á la mano al Duque siempre que las intentaba; pero por no dejarle en esta ocasion del todo disgustado, le permitió que sólo se fuese á reconocer el campo del Bearnés y á tocarle un arma, y conformados en este parecer, pasaron el rio por el puente que habian hecho junto á la villa de Meaux, el duque de Umena y Monsieur de Rona, su Maestre de Campo general, y Monsieur de la Jatrie, y dos mil caballos

escogidos, y con ellos D. Antonio de Zúñiga y tres compañías de españoles de su tercio, llevando consigo al alférez Diego de Escobedo, camarada suyo, que hoy es Capitan y valiente soldado, y que en muchas ocasiones le acompañaba. Con toda esta gente llegó el duque de Umena á reconocer algunos cuarteles del Bearnés, y estando á vista de un villaje ó lugar donde tenia algunos regimientos, se adelantó el baron de la Jatrie, hijo heredero de Monsieur de la Jatrie, con setecientos caballos, y habiéndoles tocado arma á los enemigos, se volvió á retirar el Duque á los cuarteles de donde habia salido sin hacer otra faccion, la cual fué á fin de dar calor á los cercados para que, oyendo las armas que tocasen al campo del príncipe de Bearne, se animasen; pero lo que más les hizo aumentar su esperanza fué la vuelta de Flandes de Monsieur de San Pol, con aviso de que Alexandro estaba muy de partida y que comenzaba á juntar las tropas de su ejército. Esta nueva dió tanto contento al de la Liga como se podia desear, y á los cercados el que esperaban.

No sé si cansado el comendador D. Juan Moreo de vivir, ó la vida que traia tan inquieta y apurada de sufrir el peso de los cuidados que le traian confuso y desvelado por los muchos caminos y viajes que á diferentes reinos y provincias hacia, porque de sus inteligencias pendian los avisos de más importancia que se deseaban para el buen acertamiento de los negocios de Francia; pero ella no muy agradecida de los que traia entre manos, le dió sepultura en la villa de Meaux, habiéndole puesto en los brazos de la muerte, á los 15 de Agosto de este año, á las diez de la mañana habia confesado y comulgado en el lugar de Condé en una tienda donde estaba el altar de Nuestra Señora, de la cofradía de los españoles del tercio del Maestre de campo D. Antonio de Zúñiga, y en acabando (que no le importó poco para su salvacion), fué á la villa de Meaux, que está de allí una pequeña media legua, y en llegando murió repentinamente sin accidente ni dolor alguno. Era hombre sano y de edad de cuarenta años, natural del reino de Aragon, hijo de un francés (como he referido), de condicion inquieta,

solícito y de vivo entendimiento; y siendo informados algunos ministros del Rey, nuestro señor, de cuán á propósito seria para tratar los negocios de Francia, le propusieron y enviaron con embajadas al duque de Umena, al de Lorena y á otros Príncipes católicos de la sangre de Francia, y ni más ni ménos á Alexandro, siendo tan contínuo en los estados de Flandes que no habia estafeta que más lo fuese; la voz que habia corrido para divertir á los que estaban á la mira de los muchos viajes que hacia este caballero en todas partes, era para matar ó prender á D. Antonio de Portugal, que andaba en Francia; pero el verdadero intento eran las inteligencias que por mano de Moreo traia Alexandro con el duque de Guisa y sus aliados para conseguir la voluntad del Rey, su tio, en los negocios que le habia encomendado, como á Embajador particular; y aunque mi intento no es escudriñar cosas secretas ni escribir más de las que eran públicas y se sabian, porque pasaban delante de los ojos del ejército español, ya que he escrito su muerte y que fué súbita, diré lo que despues della oí y ví platicar muchas veces, y es: que porque el comendador Moreo traia enemistados haciendo malos oficios á los Príncipes católicos con quien trataba, le habian atosigado. Unos decian que el de Umena lo habia mandado hacer; otros que el de Lorena, si bien afirmaban los más que Alexandro, porque en la corte de España y con ministros del Rey, nuestro señor, no habia hablado bien de sus acciones, y habiendo llegado á su noticia, lo escribió al Rey, su tio, para que le mandase castigar como los años pasados habia hecho con el prior de Rentin, que porque Alexandro no le quiso dar el obispado de Tornay dijo en España de su persona tantas cosas, que por no ser como las decia y afirmaba, le hizo castigar el Rey, nuestro señor, con grandísima severidad; y visto que no eran ménos las que el comendador D. Juan Moreo dió á entender, y que en la villa de Amberes habia parecido un retrato de Alexandro con algunos escritos, á imitacion de Pasquin en Roma, mejores para callados que para escritos, y que por algunas cartas que Alexandro, con las buenas inteligencias que habia tenido, se cogieron del comendador Moreo.

por donde se supo que él habia puesto el retrato en que daba á entender cosas contra su autoridad y buena opinion; y visto que el Rey, su tio, no le habia mandado castigar, dijeron que lo habia hecho él para atajar por este camino la priesa con que vivia este caballero. Yo no tengo muy averiguado que Alexandro le hiciese dar la muerte más que otro cualquier Príncipe de los demas con quien trataba; pero como á los unos y á los otros dicen traia enemistados, se puede presumir (siendo como lo fué) su muerte súbita, se la hubiese dado cualquiera dellos; pues á todos, como decimos, habia ofendido.

El Bearnés apretaba el sitio que tenia puesto en la villa de París, y como los de dentro sabian ya por cierto que Alexandro estaba de partida de los Estados de Flandes para irlos á socorrer, se defendian valerosísimamente, si bien las muchas necesidades los tenia tan apurados del largo sitio, que no podian valerse los unos á los otros; pero como católicos constantes resistian los trabajos y calamidades que la guerra trae consigo, habiéndoselos aliviado cuanto le fué posible D. Bernardino de Mendoza, embajador del Rey, nuestro señor, que con celo de viva fe y de caballero honrado puso todas sus fuerzas en socorrer los pobres y en resistir las de las armas del Bearnés, poderosas en este medio por no haber tenido las necesarias de parte de la Liga católica para echarle del sitio hasta que Alexandro llegó, que ya siendo deseada su venida, se tuvo aviso en este tiempo del capitan Martin Barajas que estaba muy cerca de aquellos cuarteles; y este mismo llevó D. Fadrique del Aguila, Capitan de lanzas españolas que en el cuartel de Condé de Meaux fué á recibir su compañía, y dijo como Alexandro estaba ya muy cerca, y que marchase D. Antonio de Zúñiga otro dia siguiente con sus tropas y pasase el puente para juntarse con Alexandro, porque á toda priesa caminaba con su ejército, y que así se lo decia de su parte, porque habia partido de los Estados de Flandes muy apriesa, estaria ya muy cerca de Meaux, y que habia dejado el gobierno dellos á Pedro Ernesto, conde de Mansfelt y Maestre de campo general del ejército español, que aunque el valor y experiencia deste caballero era notoria y

que se le podian encomendar cosas de tanta importancia y consideracion como se le encomendaron, la falta de Alexandro era muy grande, y se echó de ver en su ausencia, como á su tiempo diré; pues, como he referido, no solamente las fuerzas de las armas del Rey católico y la buena opinion y fortuna de Alexandro eran bastantes para oprimir á los rebeldes; pero el ingenio con que les hacia la guerra era suficiente para resistirlos, y habiéndola de hacer en Francia, y llegada la hora de su partida para aquel reino, dejando bien presidiadas las plazas más importantes con españoles, llegó á él con todo su ejército, á los 22 de Agosto deste año, y este dia se juntó con el duque de Umena; y ántes de hacerlo marchó Alexandro á vista del ejército francés y de la gente que con él tenia el Maestre de campo D. Antonio de Zúñiga, y estando puesta en lucidos escuadrones para reducirle y hacerle la salva como se le debia, marchó de la suerte que escribiré en otro suceso.

Iba delante de la persona de Alexandro una compañía de caballos ligeros de su guardia, de número de ciento y veinte lanzas, con banderolas blancas, pardas y rojas, y con casacas de terciopelo carmesí, largueadas de pasamanos de oro, muy vistosas, y en las celadas penachos rojos. De retaguardia desta compañía iban doscientos archeros á caballo, vestidos de la misma librea, y en las manos llevaban sus dardos ó insignias, todos con plumas rojas. Detras dellos iban cien arcabuceros á caballo, con casacas de la misma librea y terciopelo carmesí, sembradas de cruces de tela de plata blanca, y en los morriones penachos de plumas rojas. Seguian á estos la guardia tudesca de ciento y veinte soldados, con sus alabardas, vestidos de escarlata, bordados de oro fino: seguíanles veinte pajes de Alexandro, vestidos de terciopelo carmesí, bordados de oro, muy lucidos, y todos con plumas del mismo color. Iban en ligeros caballos, españoles y napolitanos; todos á la gineta, con jaeces bordados de la misma librea, con mucha pedreria y aljofar maravillosamente aderezados, y lo quedaron los franceses mucho por ser un cosa jamás vista entre ellos; y detras destos pajes iban veinticuatro lacayos vestidos de lo mismo, con las

propias plumas, espadas doradas y con medios fieltros carmesíes, largueados con molinillos de oro. Tras estos iba el guion, acompañado de Príncipes españoles, italianos y flamencos; los más particulares eran el de Asculi y D. Sancho Martinez de Leiva, su primo, que ya desengañado Alexandro de su inocencia, le estimaba en mucho, y no apartaba su persona de la suya, habiéndole honrado con una compañía de lanzas españolas, sin obligacion de servirla y con plaza de Consejero de Guerra; porque no quiso volver á ser Maestre de campo, con habérselo ofrecido muchas veces D. Alonso de Idiazquez, á quien pocos dias ántes que se partiera le habia dado un tercio de infantería española, que mandó formar sobre las ocho compañías del viejo de D. Sancho, que habia quedado en pié, cuyas reliquias durarán eternamente; y siendo de tanta consideracion, ninguno con más justa causa las pudo heredar como D. Alonso de Idiazquez, así por ser hijo de D. Juan, su padre, hoy del Consejo de Estado del Rey, nuestro señor, digno de otros mayores cargos por su valor, larga experiencia, rectitud y cristiandad, como por ser D. Alonso valentísimo soldado y honrado caballero; y para Sargento mayor de su tercio le dió al capitan Simon de Itúrbeda, no ménos animoso y plático soldado que otros muchos; y con los españoles que he escrito que marchaban cerca la persona de Alexandro, iba tambien Juan Bautista de Tassis, de su Consejo de Guerra, prudente y experimentado caballero, y otros muchos nobles españoles de no ménos cuenta y partes. De los italianos que acompañaban el guion, eran: el príncipe de Castel-Beltran, Apio Conde, Pedro Gaetano y otros; y de los flamencos el príncipe de Simay, el marqués de Rentin, General de la caballería católica; el conde Barlamont; el de Arambergue y otros títulos de no ménos calidad; y tras de ellos iba la persona de Alexandro, representando el valor y grandeza del emperador Cárlos V, su abuelo, de gloriosa memoria. Iba en un caballo castaño, español, con un peto y espaldar fuerte. dorado de tres listas, y un tonelete de carmesí bordado, su baston en la mano y de la rienda en la derecha y el sombrero con plumas rojas, porque su mucha cortesía le hacia andar

siempre descubierta la cabeza. Llevaba una banda de ormesin del mismo color, y en el arzon delantero de la silla una hacha de armas, pendiente de un cordon de seda carmesí. Detras de su persona iban otros muchos caballeros de diferentes naciones, á caballo, muy ricamente puestos y lucidos de armas, y los demas dellos con cargos, sin los Gentiles-hombres de su cámara, que eran los más dellos títulos de gran calidad; y más cerca de su persona iba el capitan Pedro de Castro, su armero mayor, de su cámara y privado, y uno de los más leales criados que jamás Príncipe tuvo, y de quien hacia mucha confianza, habiéndole servido desde su primera edad.

Desta suerte entró en Francia el valeroso Alexandro á castigar el atrevimiento del Bearnés por haber querido pretender la Corona de aquel reino, siendo hereje, y á favorecer la Liga católica. Todos los Príncipes della le salieron á recibir, y los que acompañaban al duque de Umena eran mas de cien caballeros muy nobles, y entre ellos el duque de Umala, Monsieur de la Jatrie y Monsieur de Jablin, hermano del duque Mercurio, Monsieur de San Pol, Monsieur de Rona y otros muchos, quedando todos muy admirados de la grandeza y magestad con que Alexandro los iba á socorrer; y en acabándole de dar la bien llegada comenzaron los escuadrones á dar muchas y apresuradas salvas de arcabucería y mosquetería, con que el recibimiento se hizo muy solemne, y luégo se volvieron todos á sus puestos y acabó de pasar la retaguardia de la casa y corte de Alexandro, y á los caballeros que iban detras de su persona seguian una buena tropa de caballos que llevaban del diestro, los mozos dellos muy bien aderezados con sus vestidos de escarlata como los demas. Estos caballos eran de todas naciones, muy hermosos y ricamente enjaezados, así á la brida como á la gineta. Seguian á esta tropa ochenta acémilas con reposteros de escarlata bordados de oro, y los vestidos de los acemileros de la misma suerte; á los cuales seguian para la guardia dellos todo el bagaje y demas casa de Alexandro; quinientos hombres de armas, armados de las mejores que jamás se vieron en Flandes, todos en muy buenos y lucidos caballos; y pareció tan bien esta reta-

guardia como la vanguardia; y con todo este ejército llegó á la villa de Meaux, donde alojó su persona, y en sus contornos toda la gente de guerra, habiéndose mezclado con la que un mes ántes tenia ya en Francia.

El Maestre de campo D. Antonio de Zúñiga y Camilo Capezuca, que llegaron otro dia siguiente, que fué á los 23 de Agosto, á juntarse á estas tropas que eran catorce compañías de caballos de los más lucidos que habia en Flandes, y seis regimientos de infantería española, italiana, valona y alemana, y Monsieur de la Mota, gobernador de Gravelingas, Maestre de campo general de todo el ejército español, y General del artillería que llevaba la retaguardia dél, entró á juntarse con Alexandro á los 27 de Agosto. Llevaba dos mil caballos, siete mil infantes y veinticinco piezas de artillería, y mucha cantidad de municiones y otros pertrechos de guerra, y porque hubo pareceres en el número de la gente con que entró Alexandro, y yo no podré escribir con puntualidad los soldados efectivos que hubo, porque siempre, aunque en los escuadrones se cuenten por hileras hay variedades y unas veces se hallan más y otras ménos, porque no es posible tenerlos á todos juntos, que siempre en las escoltas y otros servicios del ejército hay soldados ocupados, y como jamás tuve intento de escribir estos sucesos hasta ahora, no fuí tan curioso, aunque lo pudiera ser, y no por las listas de los Oficiales del sueldo, que en ellas suele haber engaño, que en otra manera, y la mejor es contallos un dia de batalla ó de otra ocasion, y los pareceres que del número desta gente hubo fueron, que tenia Alexandro trece mil infantes y cerca de tres mil caballos, y el duque de Umena tenia quince mil infantes en que habia cuatro mil alemanes á sueldo del Rey, nuestro señor, y cuatro mil y quinientos españoles, italianos y valones al mismo sueldo que estos, eran los que habian entrado en Francia ántes que Alexandro con D. Antonio de Zúñiga y Camilo Capezuca, y los demas eran franceses de la Liga; y de esta nacion tenia más el duque de Umena cuatro mil y quinientos caballos y ochocientas lanzas que Alexandro le habia enviado desde Flandes mucho ántes que entrase en Francia; de

suerte, que entre los unos y los otros, como algunos afirmaban, tenia Alexandro y el duque de Umena veintiocho mil infantes y nueve mil trescientos caballos. Otros decian que entró Alexandro con diez mil infantes y tres mil caballos, sin los del duque de Umena; pero, á mi parecer, y lo que yo pude juzgar entónces, y habiendo ahora recorrido bien mi memoria, serian poco más ó ménos catorce mil infantes y tres mil caballos, y el duque de Umena tendria doce mil infantes y cuatro mil caballos y seis piezas de artillería, y Alexandro entró con veinticinco de batir, y el número de todos serian veintiseis mil infantes y siete mil caballos y treinta y una piezas de artillería. Este número es poco más ó ménos el que tenia el ejército católico, si bien otros dijeron más ó ménos; pero lo que puedo asegurar, que hasta que dimos vista al ejército del Barnés se fué engrosando el católico cada dia más con esperanzas de la batalla que se entendió se habia de dar; porque siempre los franceses, orgullosos y amigos de novedades, se mueven con cualquier ocasion, y en pasando ó no habiéndola donde ellos, como dicen, no puedan tener algun pillaje, se van y dejan sus puestos sin atender á otros respetos, que como no sirven á sueldo de su Príncipe ni tienen buen órden ni disciplina militar, no les pueden ir á la mano. Y habiéndose juntado este felicísimo ejército y vístose Alexandro y el duque de Umena en la villa de Meaux, como de atras estaba acordado, dió mucho contento á los cercados de París y no poco que pensar al Bearnés, y aunque se atemorizó de saber estaban juntos los dos ejércitos de Alexandro y el de Umena, se dejó decir, no sin falta de ardid, que á un mismo tiempo habia de acometer con la una parte de su ejército á los cercados de París y con la otra á Alexandro y al de Umena, saliéndoles á recibir al paso. Con esto pensaba, no sólo atemorizar á los cercados, mas compelerles á que le dieran la plaza; pero los que habia en ella estaban tan constantes y firmes, particularmente el duque de Nemurs, Gobernador de ella, que valerosamente la defendia, y otros muchos caballeros católicos, y entre ellos se habia reducido á la verdadera religion Monsieur de Andalot, que ántes fué muy gran hereje, y por un desden que le dió el Bearnés se

pasó con los demas Príncipes católicos y los seguia con gran voluntad.

Despues de haberse visto con sumo contento Alexandro y el duque de Umena en la villa de Meaux, fueron á la iglesia mayor della y dieron gracias á Dios por el buen viaje que le habia dado. Cantóse un *The Deum laudamos*, y despues juró Alexandro en presencia de todos los Príncipes católicos que de diversas naciones allí se hallaron, que no habia entrado en Francia con otro fin que de socorrer á los católicos contra el Bearnés y los herejes que le seguian, y que éste era el órden que llevaba del Rey, su tio, y que para ejecutarle pondria todas sus fuerzas y su vida, sacrificándola por el servicio de Dios y aumento de la religion católica, y que lo mismo haria todo su ejército y los Príncipes que le seguian. Luégo entraron en consejo, así los de Alexandro como los del duque de Umena y se trató en él de la manera que se habia de socorrer la villa de París, obligando al Bearnés dejase el sitio; y en este consejo y en los demas que Alexandro tuvo de allí adelante, anduvo con mucho tiento, así porque los franceses no guardaban secreto, como porque daban avisos á los deudos y amigos que tenian con el Bearnés de todo lo que se trataba, de suerte que se vivia con más cuidado del forzoso, que no poco le desvelaban estas y otras cosas nacidas de la natural condicion de los franceses; y habiendo llegado á noticia del Bearnés la resolucion de Alexandro con el de Umena, comenzó á temer y su ejército á perder las esperanzas de saquear á París, que con este cebo lo entretenia por no tener dineros que dalle, y por esto permitia que sus soldados de secreto y como podian vendiesen á los cercados algunos bastimentos y otras cosas de comer, con que los unos y los otros se entretenian; y pareciéndole era ya tiempo de apercibirse para salir á recibir á Alexandro y que no le hallase en el sitio de París, donde le era forzoso perderse si le esperaba en él, juntó sus fuerzas, que eran tres mil y quinientos caballos de la nobleza de Francia que le seguian y otros mil y quinientos de mercaderes y consejeros, y otras gentes que le servian por su devocion, y diez y seis mil infantes, y entre ellos cuatro

mil suizos herejes, que eran, á su parecer, las mayores fuerzas de su ejército, juntamente con un buen regimiento de gascones á cargo de Monsieur de Jatillon, su Coronel, no ménos hereje que los demas, pero valiente soldado y en quien el Bearnés fundaba muchas esperanzas de su buen suceso.

Con estas fuerzas y con las que se le iban juntando, creyendo nadie le pudiera quitar la corona de Francia, y tambien porque habia hecho publicar que sin falta daria la batalla, con que dió ánimo á los suyos, se determinó ir á buscar el ejército católico, el cual, habiendo de poner en ejecucion lo que Alexandro y el de Umena tenian acordado, comenzaron á dar las órdenes de cómo se habian de haber en una empresa de tanta reputacion, y que á la mira de ella estaban Isabel, reina de Inglaterra, los holandeses rebeldes de los Estados de Flandes, los protestantes herejes de Alemania y otros amigos y aliados, émulos de España y de la religion cristiana; y porque Alexandro era tan cortés como valeroso, y tan prudente como soldado, y que debajo de este nombre (el que sabe usar de él) está toda la cortesía y policía del mundo, tuvo con el duque de Umena un término tal, pues le dió á entender que lo era suyo, y así le habia de obedecer y seguir, que S. E. le ordenase y mandase lo que convenia para el buen acertamiento de aquella empresa, donde con una pica pensaba servirle y no de otra manera. El de Umena, agradecido desto y no ménos cortés que Alexandro, con grandísimas sumisiones le dijo que S. A. ordenase lo que fuese servido, que él era el que le habia de obedecer en todo lo que fuese servido de mandarle, y porque en estas cortesías gastaron mucho tiempo y Alexandro deseaba que hiciese lo que él tenia con satisfaccion de todo el ejército católico, habiendo puesto en sus manos como Generalismo que era dél el órden y manera en que se habian de formar los escuadrones para dar la batalla al Bearnés si se ofreciese, dió la vanguardia del ejército al duque de Umena asistiéndole con algunas tropas de caballería que se le repartieron á Monsieur de la Jatrie, y á Monsieur de Jablin, hermano del duque Mercurio, la retaguardia, asistiéndole á ella con algunas tropas Monsieur de San Pol, y en el cuerpo de la

batalla la persona del duque de Umena como General con la de Alexandro.

Con este órden se dió á toda la nacion francesa un general contento y muy gran satisfaccion de que Alexandro deseaba dárselo, y aunque estos puestos que habia repartido los pudiera dar á los señores que habia llevado de Flandes, que eran tan grandes soldados y maestros en la guerra como se sabe, quiso no sólo quitar á los franceses de las sospechas que pudieran tener, pero de no darles ningunos celos, demás que los Capitanes y cabezas que habia llevado consigo echaron de ver el intento que llevaba, y con él no les dió ocasion para formar ninguna queja. En acabando Alexandro de dar los puestos que habian de llevar los Príncipes franceses, y dádole al duque de Umena algunos avisos y órdenes que llevaba del Rey, su tio, en lo que más fuerza é instancia hizo fué en la eleccion de un Rey católico, ó bien elegido, ó por declaracion, pareciéndole por este camino se daba fin á los trabajos y calamidades de Francia, como era de creer que teniendo un Rey tal como se pretendia cesarian todos los inconvenientes que se podian ofrecer para gozar de una deseada paz, y el Bearnés perderia el ánimo y le dejarian todos los que le seguian, y no era cosa nueva el pedir esto el Rey, nuestro señor, pues se habia hecho con el Cardenal de Borbon, llamado Cárlos X, al cual prendieron y dejaron por descuido ó negligencia morir en la prision los católicos franceses; y para volver por esta causa y no dejarla del todo manchada con infamia, les convenia mucho al de Umena y á los demas franceses una eleccion como la que el Rey católico les decia hiciesen, y aunque D. Bernardino de Mendoza, embajador de España, habia instado mucho en esto, no habia tenido efecto, y deseando Alexandro que le tuviese hacia con el de Umena muy apretadas diligencias, y aunque le halló dispuesto, nunca venia á la conclusion, pareciéndole que por verse embarazado en libertar á París del sitio que el Bearnés le tenia puesto, no obstante que confesaba era el verdadero y único remedio para librar á Francia de tantas guerras y miserias, y deshacer de una vez los herejes; mas como en este medio no se llevaba

otro fin que libertar á París, cesaron por entónces estas pláticas, demás que todos los ánimos no estaban inclinados á esto, porque la guerra los traia divisos y con tantas parcialidades, tumultos y sediciones que embarazarian al buen intento del Rey católico, guardando para otra mejor ocasion este negocio.

Habia dejado órden Alexandro ántes que partiera de los Estados de Flandes para Francia se levantasen algunos regimientos de valones y alemanes para conservar las plazas que estaban por el Rey, su tio, ya que el ejército que dejó á cargo del conde Mansfelt no podia hacer ninguna faccion, y entre los Coroneles que nombró para la leva desta gente, fué uno el conde Herman de Vergas, que siempre estaba en Frisa asistiendo al coronel Francisco Verdugo en cuanto se le ofrecia, porque despues que este caballero y sus hermanos se reducieron al servicio del Rey, nuestro señor, le sirvieron con gran fidelidad, habiéndole ordenado Alexandro levantase un regimiento de alemanes, se le dió por plaza de muestra á la Señoría de Linghen, y que hallaria en ella el dinero para la leva de su regimiento. Partió con su hermano Federico, y no hallando el dinero que se le habia prometido, por lo que tocaba á su reputacion, habiendo ya divulgado en Alemania la merced que Alexandro le habia hecho, se resolvió de dar una escalada á la villa de Cloquenburg con ayuda de algunos soldados de Francisco Verdugo sobre protestas de cierta accion que los condes de Fequemburg tenian en aquel lugar, el cual compró el Rey, nuestro señor, juntamente con la Señoría de Linghen. Sucedióle bien, y los del país de Munster, que hoy la poseen, le dieron una buena suma de dinero para que saliese de allí y levantase su regimiento en otra parte. Recibiólo porque ya le comenzaban á faltar los bastimentos y los moradores de aquellos contornos no se los podian proveer, y Francisco Verdugo le dió la villa de Cloquemburg en confianza, para que en ella, sin ningun daño ni costa del país, hiciese su regimiento como lo hizo con mucha comodidad por no haberle ido los Comisarios ni el dinero que esperaba para este efecto, y pasar la muestra como habia ofrecido; y dilatándose el tiempo, le iba ya faltan-

do el dinero que le dieron los de Munster para poder entretener los soldados de su regimiento; y si Francisco Verdugo no acudiera (con la diligencia que solia) á hacerle pasar la muestra y socorrerle con algun dinero que tenia del Rey, nuestro señor, sin duda alguna sucediera deste regimiento lo mismo que á los dos hermanos Francisco y Mauricio, duques de *Saja*, que despues de haber destruido y arruinado toda la Señoría de Linghen y otras tierras del Rey católico y á sus vecinos, se les deshicieron los regimientos por no haber acudido con tiempo á pasarles la muestra y darles dinero; pero en fin, el conde Herman levantó y conservó este regimiento con la asistencia de Francisco Verdugo, y le puso en servicio del Rey, nuestro señor, en muy pocos dias con su mucha diligencia y valor, y con él le sirvió tan bien y honradamente como se podia desear, y despues tuvo este regimiento su hermano, el conde Federico, con la misma satisfaccion que Herman de Vergas.

Alexandro, deseoso de socorrer la villa de París, levantó el ejército español y lo mismo el de la Liga católica, que uno y otro estaban en los contornos de la villa de Meaux, y pasando el rio Marne por el puente que junto á ella habia hecho el tercio del Maestre de campo D. Antonio de Zúñiga para asegurar el paso de París, fueron marchando en muy buen órden la vuelta de la villa de Lañi, plaza que está en la ribera del Sena, rio caudaloso; y pareciéndole á Alexandro era bien ántes de acampar su ejército reconocer el alojamiento que habia de tener, envió seiscientos mosqueteros y arcabuceros españoles á cargo del capitan Bartolomé de Torralba, Sargento mayor del tercio del Maestre de campo D. Antonio de Zúniga, y con ellos mil caballos para que reconociesen el puesto que el dia siguiente habia de tener el ejército, y hallándolo á propósito, volvieron á dar la relacion á Alexandro de la disposicion del sitio, que era cerca de la villa de Lañi, y marchando la vuelta de allá, por haber caminado el ejército cuatro leguas, llegó tarde al alojamiento que se habia reconocido, y si el Bearnés, pues, se hallaba tan cerca y con tan buena y tanta caballería enviara algunas tropas, no dejaran de hacer daño al ejército español, por-

que despues de haber estado más de una hora entre unas viñas en escuadron, el más lucido y vistoso que jamás se vió, habiéndolo ordenado Alexandro con el ingenio que solia, viniendo la noche se comenzó á deshacer para que se acuartelase y tomase sus puestos cada regimiento ó tercio, y en este medio pudieran los del ejército del Bearnés hacer alguna faccion que pudieran á su salvo, por ser la caballería en todas las que emprende muy presta; pero como el Bearnés estaba con más cuidado de defenderse que de ofender á Alexandro, luégo que supo iba marchando la vuelta dél, dudó mucho de salir con la empresa de París, y se holgara se volviera con los que la defendian á tratar de la paz y de hacer algun buen concierto, pero ya era tarde, pues se habian de remitir todas sus pretensiones á las armas, y quedó muy corrido de verse engañado de la opinion que habia tenido en creer que Alexandro no entrara en persona en Francia, ni que dejara á los Estados de Flandes desguarnecidos ni desabrigados de su persona, por importarle tanto al Rey católico; y aunque esto le habia parecido más puesto en razon que irle á buscar, la tenia muy grande, pues con el ausencia que Alejandro hizo de Flandes se puso á riesgo de perderse aquellos Estados; pero viendo el Bearnés que el ejército español y el del duque de Umena habian pasado el rio Marne, se determinó de levantar el suyo del sitio que tenia puesto á París, si bien habia estado ántes determinado de esperar en él á Alexandro; y en la resolucion destas dos cosas estuvo (no con poco temor) dudando algunos dias y haciendo en ellos muchos consejos. En fin, se determinó salir á recibir á sus enemigos y darles la batalla, aunque tuvo intento de dividir su ejército y dejar la una parte, continuando el sitio de París, y con la otra ir sobre Alexandro; mas pareciéndole que no eran suficientes las fuerzas que tenia para dividirlas, levantó su ejército despues de media noche, que, como he escrito, era de diez y seis mil infantes, y la mitad dellos soldados viejos acostumbrados á los trabajos de la guerra, y con ellos más de cinco mil caballos, no obstante que tuvo sobre París más de cuarenta mil hombres, y todas las cabezas y Capitanes deste ejército

iban muy contentos teniendo por cierta la batalla, que, como la inclinacion francesa sin otro fundamento más que aspirar á novedades les llevaba tras sí, no dudaban del mal suceso; y como en la guerra se debe esperar éste como el bueno, les engañaba la inquietud de su natural condicion.

Marchó el Bearnés con grandísima gallardía y confianza, acompañado de su corte, siendo los más principales della y mejores soldados los Monsieures de la Nua, Biron, Bolen, Jatillon, Turena, Aumonte y Glissi, Capitanes famosos y de mucha experiencia en la guerra, y algunos destos la habian hecho en Flandes en favor del duque de Alanson; pero Alexandro los venció á todos, como en estos sucesos y en otros se ha visto, y de los que tenia en su corte y llevaba consigo en el ejército, todos de la sangre real de Francia eran el duque de Monpensier, el de Longavila, el de Nivers, el príncipe de Conti, el conde de Sanson, y otros muchos señores de no ménos calidad, que hasta en esto tuvo el Bearnés mejor suerte que los de la Liga, porque le acompañaban y seguia la mayor parte de la nobleza de Francia. Acampóse junto á una abadía que se dice la Real de Xeles: su persona alojó en ella y su ejército se acuarteló muy cerca, entre dos cerros, teniendo París á las espaldas y el rio Sena á la mano derecha, y á la siniestra una ladera de un cerrillo bien fuerte que le servia de trinchea por aquella parte, y un bosque, y por la otra parte el rio, y á la frente se ceñia de manera que casi lo hacia inexpugnable y por ella habia de ser acometido y no por otra; escogió este sitio á fin de correr desde él los cuarteles del ejército de Alexandro y molestarle, procurando necesitarle de bastimentos.

Los sitiados de París que se vieron libres del ejército del Bearnés, salieron cuando se desalojaba y le picaron en la retaguardia; pero no hicieron faccion de importancia, más de arrasar y deshacer las trincheas y puestos que habia tenido, volviendo á levantar los templos que derribó y profanó en los burgos, quemando en ellos las reliquias que tenian y servídoles de caballerizas, costumbre propia de los herejes. Los de París entraron muchos bastimentos en la villa que de diferen-

tes partes tenian apercibidos, con que se remediaron y estuvieron libres de la opresion del Bearnés que tanto les habia molestado.

Otro dia siguiente, como Alexandro y el duque de Umena llegaron con sus ejércitos al puesto que se habia reconocido, hicieron alto. Estaba á seis leguas pequeñas de París, y á tiro de arcabuz de la villa de Lañi, situada en la ribera del rio Sena, de la otra parte, el cual y ella tenia el ejército católico (que estaba puesto en escuadron) á su costado izquierdo, y la frente dél miraba á la del Bearnés, distante el uno del otro un pequeño cuarto de legua; y porque el sitio que tenia era más fuerte y aventajado (como he apuntado) que el de Alexandro, mandó atrinchearlo desde el rio Sena hasta un bosque, y en medio quedaba alojado el ejército católico, de manera que la villa de Lañi y el rio tenia á su costado siniestro, y al derecho el bosque, ciñendo la trinchea todo el sitio que ocupaba el ejército que, como he tratado, estaba formado en hermosos y bizarros escuadrones, sin dejar por cerrar más de unas pequeñas surtidas para el servicio de la gente, que á no ser forzosas, tambien lo estuvieran, y en caso que fuera necesario cubrirlas se hiciera con brevedad, y con la mayor del mundo se levantó esta trinchea ó muralla, con que estuvo el ejército reparado, sin que pudiera ser acometido cuando bien de improviso ó de otra cualquiera suerte la caballería del Bearnés lo quisiera hacer; que para sólo este efecto mandó Alexandro levantar este trincheon con la brevedad que he referido, encargando á cada nacion su cuartel, pues no duró más tiempo que una noche y un dia; pero quien sabia abrir la tierra y hacer en ella rios caudalosos para entrar armadas, como tantas veces lo vimos sobre Amberes, el año de 1585 y el de 88, para la jornada de Inglaterra, que en ménos de veinticuatro horas hiciese una trinchea ó muralla, distancia de media legua, con que tuvo su ejército abrigado y recogido para defenderse y ofender otros muy más fuertes y poderosos que el del Bearnés; el cual, deseando ganar reputacion con los señores que le seguian, que por verle en la abadía real de Xeles, atrincheado y fuerte, con

intento de deshacer el de Alexandro sin pelear con él, se desdeñaban, así porque no estaban acostumbrados á sufrir los trabajos de la campaña, como porque su inquieta condicion no les daba lugar á estar encerrados, envió á desafiar á Alexandro, convidándole á la batalla, y que se saliese luégo de su reino, ó que por fuerza de armas le echaria dél. Alexandro le respondió que el Rey, su señor y tio, le habia enviado para castigar los herejes de Francia y estirpar sus errores, y que lo pensaba hacer ántes de salir de aquel reino, con ayuda de Dios; y que si para esto le convenia darle la batalla que pedia, lo haria cuando le estuviese bien, y que pensaba obligarle á ello ántes de salir de aquel sitio (como lo hizo), y cuando esto no le pareciese haria lo que más le importase, y si queria echarle de aquel puesto y de Francia (como decia) fuese á hacerlo, que allí le esperaba.

Con esta respuesta volvió el rey de armas del Bearnés, y no se la dió tan secreta que no fué á oidos de todo su ejército, quedando en alguna manera con satisfaccion del deseo que tenia de pelear con el de Alexandro, y por cumplírselo como se lo habia ofrecido, demás de que si no hacia alguna demostracion se le desharia su gente, que la mayor parte della sólo atendia á ver un dia de batalla, y los que por amor y otros respetos le servian deseaban que de una manera ó de otra tomase resolucion, y no pudiendo excusarse el Bearnés de hacer lo que le pedian, levantó su ejército á 1.° de Setiembre y se acercó al de Alexandro, yendo en muy buen órden de batalla, y con resolucion, segun se entendió, de pelear; formó sus escuadrones de caballería en seis partes, guarnecidos de mosquetería, no muy distantes los unos de los otros. En medio dellos iba su persona, acompañada del mayor número de la nobleza de Francia que le seguia, tomando con ella la vanguardia; y á su mano derecha, arrimado al rio Sena, iba el escuadron de los suyos; y al costado siniestro dél, con seis piezas de artillería, iba una parte de la infantería francesa, y de retaguardia los alemanes; y al costado izquierdo dellos la otra parte de la infantería francesa con otras seis piezas de artillería; y

habiendo formado desta manera sus escuadrones, representó la batalla á Alexandro, el cual formó los suyos sin salir de sus puestos, y echó bando que ningun soldado saliese dellos, pena de la vida, esperándole que se la fuese á dar; pero habiendo estado el Bearnés desde las once del dia hasta las seis de la tarde, y que Alexandro no movia sus escuadrones, retiró su ejército y se volvió á sus alojamientos de la abadía real de Xeles, habiendo con esto dado muy gran satisfaccion á sus soldados, y ocasion á los del ejército español para que loasen el buen órden que habia tenido en formar sus escuadrones y ponerse á punto de batalla. El intento de dalla ó no que tuvo el Bearnés no se puede juzgar; pero muchos dijeron lo hizo más por dar gusto á su ejército con aquella demostracion que por gana que tuviese de pelear, por no poner en un dia á riesgo de perder lo que con tanto trabajo en tantos granjeara.

Muchos caballeros de la nobleza de Francia que seguian al duque de Umena, quisieron que Alexandro diera la batalla al Bearnés, y lo comenzaron á murmurar, que como no atendian á más que á seguir su condicion natural, no tomaban las cosas más de por la corteza; porque si consideraran que cuando Alexandro no hubiera hecho más de libertar á París, obligando al Bearnés dejase el sitio, como lo dejó, habia hecho mucho, particularmente que no le estaba bien á la cristiandad y á los católicos de Francia; que sin tener necesidad de pelear con el Bearnés, por sólo dar gusto y seguir el humor de algunos franceses lo habia de hacer; pues no sólo ponia en duda, si diera la batalla y la perdiera, á ser el Bearnés rey de Francia; pero á que las fuerzas de Isabel, reina de Inglaterra, y las de los holandeses y demas rebeldes se rehiciesen y cobrasen mayores bríos para emprender nuevas cosas y hacer por todas partes más vivamente la guerra; y el intento de Alexandro era atender á ella con su comodidad, y no pelear si no era forzándole la necesidad, y tambien quiso irse algo despacio en todas las empresas que se le ofrecieron, por ir deshaciendo poco á poco el ejército del Bearnés, porque como sabia que la fuerza dél era la nobleza, y que no podian sufrir los trabajos de la campaña,

y que muchos tenian necesidad de acudir á sus casas (por ser el tiempo de la cosecha) á coger sus frutos, se daban priesa á concluir la guerra; y Alexandro espació en dilatarla por las causas referidas, y porque tambien deseaba romper y desbaratar al Bearnés con sólo estarse á la mira de lo que intentaba, siguiendo en esto el parecer de los buenos y experimentados Capitanes, estimando en más alcanzar la gloria de sus victorias sin derramamiento de sangre que verterla con descomodidad de sus soldados, poniéndose á riesgo de perder su reputacion y la de sus Príncipes.

Ocho dias estuvieron los dos ejércitos contrarios de Alexandro y del Bearnés frente á frente, trabando algunas escaramuzas y entreteniéndose en ellas con grandísima gallardía, habiendo algunos muertos y heridos de ambas partes, y se permitieron algunos desafíos entre los franceses de la Liga católica y los del Bearnés; pero Alexandro no quiso que ninguno del ejército español saliese á ellos, sino D. Alejandro de Limonte, caballero napolitano, Capitan de una compañía del tercio de Cárlos Pinelo, que combatió delante de los dos ejércitos con otro caballero que se llamaba Julio Lansi, y lo rindió é hirió muy mal, haciéndole merced de la vida; y porque el ejército español que habia venido de Flandes deseaba tambien venir á las manos con el del Bearnés, y Alexandro se las tenia muy atadas, comenzaban los soldados á decir que era vergüenza se estuviese en aquel puesto sin hacer alguna faccion, de suerte que el Bearnés entendiese lo mucho que le importara no haberse acercado tanto sin probar primero la pólvora española, que aunque no es tan fogosa como la francesa, cuando ve la ocasion goza della con más flema, aprovechando mejor el tiempo que los que sin consideracion procuran las ocasiones. Alexandro que deseaba las hubiese con la comodidad que requerian sus acciones para no perder un punto su opinion ni disminuir en nada la reputacion de España, hallándola apropósito para obligar al Bearnés á pelear y que se descompusiese para romperle y desbaratarle, intentó una faccion, á vista de sus ojos, de las que solia, no ménos grandiosa y de considera-

cion que otras muchas que habia emprendido; pero ésta, por ser á vista del ejército del Bearnés, con que á su pesar le dió una gran higa, se puede escribir por una de las mayores facciones que hizo; y fué que la villa de Lañi, situada, como ya he declarado, en la ribera del rio Sena, de la otra parte, la tenia bien presidiada y guarnecida el Bearnés; y parecióle á Alexandro que si la acometia le obligaria á socorrerla, ó al ménos á descomponerse, para darle la batalla hizo con grandísima brevedad un puente en el rio Sena para pasar gente de la otra parte, y habiendo ántes plantado una pieza de artillería comenzó á batir la villa, no con más fin de obligar al Bearnés á pelear, que por muchos caminos lo procuraba; y visto que no lo hacia mandó pasar gente suelta de los tercios españoles é italianos el puente, y sitió la villa de Lañi, que, como he referido, estaba muy cerca del ejército español, y la tenia izquierdo; y habiéndole abierto las trincheas con la presteza que solia, mandó hacer otro puente de barcas para que pasasen el foso los que habian de dar el asalto, y ordenó á Monsieur de la Mota, General del artillería, que á los 7 de Setiembre, víspera de la Natividad de Nuestra Señora, la batiese con nueve piezas, y al mismo punto que se estaba batiendo con la mayor gallardía que se ha visto, sacó Alexandro la mitad de su ejército del puesto atrincheado que tenia, y habiendo formado dél sus escuadrones, marchó con ellos la vuelta del ejército del Bearnés, representándole la batalla y llamándole á ella con todas las trompetas, pífanos y cajas que habia en él; y el enemigo hizo semblante con el suyo de salir á recibir al de Alexandro y pelear con él, pero no lo ejecutó; sintiéndolo mucho el ejército español. En este medio estaba ya abierta una buena batería en la villa de Lañi, y los Capitanes españoles del tercio del Maestre de campo D. Antonio de Zúñiga, que estaban de vanguardia en las trincheas, á quien tocaba dar el asalto, que eran el capitan Juan de Zornoza y Guisasa, natural de la villa de Calcena, en Aragon, y Gilberto Perez Machon, natural de la de Ambel, del mismo reino, ambos valientes y honrados soldados y que en muchas ocasiones habian peleado muy como quien

ellos eran, pasaron el puente de barcas y cerraron con sus soldados por la batería arriba, siguiéndoles los capitanes D. Pedro Sarmiento, natural de Jerez de la Frontera, y Juan de Ubierna, natural de la ciudad de Nájera, tan arriscados y animosos como los primeros, eran del mismo tercio de D. Antonio; y tras estos fueron D. Alonso de Miranda, natural de Búrgos, y Pedro Perez de Arnalte, de la villa de Ocaña, ambos del tercio del Maestre de campo D. Alonso de Idiaquez, no ménos gallardos que los que iban de vanguardia; siguiendo á estos los italianos de los tercios de Camilo Capezuca y de Pedro Gaetano, y las demas naciones; los franceses enemigos que defendian la villa salieron á recibir en la batería á los capitanes Zornoza y Gilberto, resistiéndolos con ímpetu francés, que por ser tan orgulloso, á quien no le ha experimentado pondria en duda la esperanza de la victoria que aguardare; los Capitanes españoles (acostumbrados á tenerlas de otros mayores enemigos, particularmente de los flamencos, que tan bien defienden las baterías) aportillaron el escuadron francés que habia comenzado á defenderse, y entraron en la villa degollándolos á todos.

El Bearnés, que habia estado á la mira desta empresa, temeroso de no perder novecientos hombres que tenia en Lañi, los mejores que le seguian; sacó de su ejército algunas tropas de caballería y casi tres mil infantes, pasándolos por un puente que hizo en el rio para este efecto; que, como he dicho, le tenia á la mano derecha de su ejército, y á la siniestra el de Alexandro. Este socorro entró en la villa de Lañi por una puerta que está en la muralla, por la parte donde no se habia sitiado, y llegó á la plaza al mismo punto que los españoles estaban degollando á los que la defendian; pero como no les admiraba multitud de enemigos con nuevos socorros, aunque los franceses que entraron con éste hicieron su posible poniendo sus fuerzas para defender la villa y valer á sus amigos, fueron tan inútiles que no aprovecharon contra los españoles, que sin poder resistirlas degollaron á todos los franceses que defendian la villa y á la mayor parte de los que entraron á socorrerla, escapando tan pocos, que apénas (si decirse puede) hubo quien

llevase la nueva al Bearnés de su mal suceso, que no poco dudoso y confuso le tuvo.

Los italianos de Camilo Capezuca y de Pedro Gaetano y demas naciones, que, como ya dije, seguian á dar el asalto á los españoles, se señalaron (dentro de la villa cuando se degolló el socorro que habia entrado hasta la plaza) valerosamente; pero quien llevó la fuerza de la vanguardia, que eran los españoles de D. Antonio de Zúñiga, y despues los de D. Alonso de Idiaquez, pelearon aventajadamente por ser los primeros; y á quien tocó el pelear, como he escrito, salió muy mal herido de un arcabuzazo que le dieron en la vejiga, el capitan Juan de Zornoza que llevó la vanguardia con su compañía de arcabuceros; mataron algunos soldados della y á Juan de Alvarado, su Sargento, que era muy honrado soldado, y á otros españoles, y no sé con qué conciencia un autor español [1] quiere quitar la gloria que este dia alcanzó nuestra nacion en el asalto desta villa, siendo la que la ganó y llevó la vanguardia, como he referido, porque lo ví y me hallé en ello; pues dice que solos los italianos ganaron esta plaza sin hacer memoria que en ella hubiese españoles; pues es cierto que jamás Alexandro ni otro General emprendió ninguna faccion que no les diese la vanguardia. De los franceses murieron más de mil y ochocientos soldados, y entre ellos Monsieur de Lafin, gobernador que era de la villa de Lañi, y el que la defendia, y seis Capitanes y otros muchos caballeros; así de los que el Bearnés envió de socorro, como de los que estaban de guarnicion en esta plaza; y viendo Alexandro que la habian rendido sus soldados y que eran ya señores della, sacó un escuadron volante de los que tenia formados contra el ejército del Bearnés, y fué marchando con él á ganar una casa fuerte que estaba en medio de los dos ejércitos, bien guarnecida de franceses, á fin de obligar al Bearnés, ya que no habia querido pelear miéntras le batió y ganó á Lañi, á que lo hiciese, pretendiéndole quitar el

---

[1] El Dr. Luis de Bárcia en la tercera parte de su Historia pontifical. *(Nota del autor.)*

presidio que tenia en ella; y yéndolo á poner en ejecucion, comenzó á llover tan réciamente, que le obligó á Alexandro á suspender aquella faccion, y mandó retirar su gente á los puestos que tenia; y habiéndole entendido el Bearnés este designio, para quitarle la ocasion de no volver á intentarlo, hizo desguarnecer la casa fuerte de la gente que la ocupaba y la puso fuego, con que la dejó desmantelada.

Alexandro halló en Lañi algunas municiones y bastimentos con los cuales refrescó su ejército, pero en el saco se aprovecharon más los franceses católicos del ejército del duque de Umena que no los españoles que la habian ganado, que siempre en estas ocasiones atienden unos á aprovecharse y otros á conservar la reputacion que ganan en la guerra. No quiso Alexandro presidiar la villa de Lañi, porque habiéndola de guarnecer de franceses, no muy buenos para defender plazas, quedaba á riesgo de perderse, y así la mandó desmantelar, quedando arrasada más segura y fuerte que guarnecida dellos en su primero estado, que como las fuerzas de la gente de guerra desta nacion las tienen en la caballería, y ésta no puede defender plazas si no es apeándose, no quiso Alexandro, habiendo de pasar con su ejército á la vuelta de París, dejar en las espaldas plazas en manos de quien no las podia defender, y que sirviesen más de ladroneras para molestar su ejército que para conservarlo; y aunque de paso diré por cosa de notar que el dia que se entró en Lañi halló un soldado del capitan Juan de Carvajal, natural de Baeza, á un Capitan francés de los que la defendian, con tantas heridas, particularmente en la cabeza, que tuvo por milagro el poderle hablar. Rogóle que le retirase y hiciese curar: el español, movido á compasion cargó con el francés enemigo y lo llevó sobre los hombros á su barraca ó rancho, y le encomendó á un soldado vizcaino que se llamaba Aguirre, que curaba con ensalmos, y fué Dios servido, que le sanó de tan mortales heridas y se tuvo por cosa jamás vista, y le dió libertad el soldado español; y por mostrarse el Capitan francés agradecido de haberle dado la vida y libertad, le envió un caballo, diciendo que era tan pobre que no tenia otra cosa

qué darle; y decia la verdad, porque se supo ser así. El español lo recibió con la voluntad que se lo enviaba, sin desear en esto otro interés que el agradecimiento, y por esto lo estimó en más que si valiera mil ducados. Llamábase este soldado fulano Mendoza.

El Bearnés quedó muy corrido de que á vista de su ejército le hubiese ganado Alexandro la villa de Lañi con tanto derramamiento de sangre, que no supo qué medio tomar para recuperar en parte tan gran pérdida y contentar á los soldados de su ejército, que como con las esperanzas de la batalla los entretenia, ya que perdieron las de saquear á París, comenzaban á perder el ánimo y á hacer discursos para desamparar sus banderas, y por no dejarlos de todo punto desanimados y sin ningun premio, se resolvió en retirarse, y de camino dar una escalada á la villa de París, y saquearla de improviso ántes que Alexandro pudiera estorbárselo; y habiéndolo entendido, no dió crédito á los espías franceses que se lo fueron á decir, porque como otras veces le habian mentido, y algunos desta nacion dicen lo tienen de costumbre, no se persuadió Alexandro tomase una resolucion semejante, porque si con su ejército le siguiera y le encerrara en París, pues no estaba más de seis leguas pequeñas, sin duda no le escapara, y así se estuvo á la mira de lo que el Bearnés haria, volviendo á enviar las espías y procurando por otros y estos medios (que en la guerra son los que se acostumbran) saber designios. Los católicos de París tampoco creyeron, aunque fueron avisados, que les habia de dar el Bearnés aquella escalada, pareciéndoles que teniendo tan cerca el ejército de Alexandro habian de entrar con el suyo en París, donde si se encerraba le habia de coger en medio y hacerle pedazos. Estas consideraciones y otras causas hicieron descuidar á los de París, y no ménos á Alexandro y al duque de Umena, que, como ya se ha visto, estaban á la mira para que en levantándose el Bearnés del sitio que tenia, seguirle y deshacerle, pero él, resuelto y determinado á emprender el saco de París y con él redimir las necesidades de su ejército y retirarse en habiéndola saqueado, á media noche y

(como dicen) á cencerros tapados lo levantó de sus alojamientos de la abadía real de Xeles ó Zelez, que lo era de monjas y de señoras seglares, y con toda brevedad, á la sorda y sin tocar cajas, llegó sobre París, pero no con tanto silencio como quisiera; pues fué sentido de los soldados de postas que estaban sobre la muralla, y habiendo tocado arma salieron á ella algunos estudiantes, guiados de los Padres de la Compañía de Jesús, que cada uno, como un nuevo Ignacio de Loyola, su fundador y soldado, con el valor que dél heredaron, y movidos de un santo celo, acudieron á la muralla con presteza jamás vista, ocupando los puestos que habian de tener, como si fueran experimentados en la guerra; y porque en el ejército del Bearnés no se oyó más rumor, se quietaron los de París, y los estudiantes se retiraron á sus alojamientos con los demas que habian salido al arma, quedándose solamente en la muralla los Padres de la Compañía de Jesús, y de allí á dos horas volvió el ejército del Bearnés á apercibirse para asaltar la villa y comenzaron á arrimar las escalas á la muralla; pero vigilantes á lo que podia ofrecerse y al ruido que oyeron, volvieron á tocar arma los Padres de la Compañía y sacaron muchos lampiones y otras luces para alumbrar y descubrir el foso y á la gente del Bearnés que habia arrimado las escalas y comenzaban á subir por ellas para asaltar la muralla, que ya en este medio estaba guarnecida de mucha gente de guerra y de otros religiosos con sus armas y gran determinacion de resistir á los herejes del Bearnés, que el ódio tan grande que les tenian era de suerte que uno era bastante para ciento dellos: tanta era la esperanza que tenian en Dios y el celo de defender su causa, que les parecia ser muy poco el poder de sus enemigos. Y viendo el Bearnés que le habian sentido y el poco fruto que ya podia sacar de aquella faccion, y pensando (como era de creer) que Alexandro le habia de ir siguiendo y que no le daria lugar de retirarse, lo procuró hacer, bien contra su voluntad, y volviendo á recoger su ejército, sin haber hecho otro efecto que arrimar las escalas á la muralla, se retiró corrido de haber tenido tan mal suceso y aborreciendo sus esperanzas por haberle

puesto donde tan mal las habia logrado, y lo que más sintió fué quedase la nobleza y los demas soldados defraudados de las que habian tenido de saquear á París.

Alexandro y el duque de Umena cuando supieron que el Bearnés habia levantado su ejército tan á la sorda, quedaron bien arrepentidos de no haber creido á los espías francesas, y pensando recuperar el tiempo que habian perdido en no seguirle levantaron su ejército y fueron en seguimiento del Bearnés. Llegaron á los alojamientos que habia tenido en la Abadía real de Xeles, y pasaron el Marne por un vado por bajo de Gornay, y temerosos los soldados que estaban de guarnicion por el Bearnés en las plazas de San Mor, Pontcarenton y Saullon, y que no les sucediese lo que á los de Lañi, las desampararon, con que la villa de París quedó más libre para poder abastecerse y repararse de las muchas necesidades que habia pasado. El Bearnés que supo con la determinacion que Alexandro le iba á buscar, se dió priesa á licenciar la gente de su ejército, particularmente á la nobleza que ya no podia resistir los trabajos de la campaña, que como no tenian por oficio el ser soldados no los sufrian como los que lo son, á los cuales envió á invernar á las guarniciones que estaban por él, y su persona y corte se retiró á las villas de San Lis y San Dionis, y quedaron con él Monsieur de Biron y Monsieur de la Tramolla, y el de Turena y Monsieur de Jatillon, que eran las mejores cabezas de su ejército; y temiendo á las facciones y buenos sucesos de Alexandro, y que podria ocupar las plazas y provincias que estaban á su devocion, para conservarlas y hacer la guerra en ellas en tanto que no volvia á rehacer su ejército para salir á campear, porque en muy poco tiempo le habian faltado más de seis mil hombres, envió al príncipe de Contí al país de Anjou, y á Normandía al duque de Monpensier, y á Borgoña al mariscal de Aumont, y á la provincia de Picardía al duque de Longavila, y á la Jampagna al duque de Nevers, todos con órden y juramento de defender y conservar estas provincias que habia adquirido con las ayudas de los herejes de Francia, de los de Inglaterra, rebeldes de Flandes y protestantes de Alemania, que siempre le habian

asistido con gente y dineros, más por materia de estado que por otros respetos, y el mayor y al que siempre todos estos aliados tiraban era á deshacer las fuerzas del Rey católico, porque sabian con las veras que acudia siempre en todas partes al aumento y conservacion de la Iglesia romana y á socorrer los católicos de Francia.

Alexandro que vió desocupado el sitio que el Bearnés habia tenido en París y libres los católicos de sus tiranías y de los trabajos que habian pasado, hizo recoger muy gran cantidad de bastimentos de todos los contornos y la mandó abastecer con mucha presteza, porque la necesidad que los cercados tenian no permitia ninguna dilacion, y fué de manera, que habiendo llegado á París el Maestre de campo D. Antonio de Zúñiga, le dijo un mercader español, que se llamaba Hernando de Sevilla, que con ser hombre poderoso y que tenia muchos bienes, habia comprado un pan muy negro en ochenta ducados, y que los alemanes que estaban de guarnicion en aquella villa se habian comido cinco muchachos. Con esto he encarecido las muchas necesidades que aquellos pobres católicos pasaron, que fueron tantas y de manera que no tuvieron igual, como lo dicen hartos autores bien encarecidamente. El ejército español habia pasado algunas, pero como acostumbrado á tenerlas, sentian ménos sus incomodidades; y porque se valian algunas veces de los frutos de la campaña y del trigo que batian y no tenian órden para molerlo, por no haber en aquella parte de Francia molinos con tanta comodidad como en otras provincias, usaron de unos molinillos de hierro, no mayores que un puño, tan artificiosamente labrados, que en veinticuatro horas molian lo que podian comer cuatro personas en un dia, y con un ingenio que tenian que gobernaba la rueda, molia un soldado á mano poco á poco y sin mucha fuerza, no más de lo que bastaba para romper dos docenas de granos de trigo que caian por la tolba, suficientes, como he escrito, á sustentar una camarada de soldados; y el primer molinillo que se trujo al tercio del Maestre de campo D. Antonio de Zúñiga fué por un soldado de la compañía del capitan Hernando de Isla que se

llamaba Juan Gonzalez de Zeaca, natural de Toledo, y hoy es Capitan y Sargento mayor de un tercio de infantería española en los Estados de Flandes y muy valiente y acreditado soldado, que aunque con algun trabajo él y sus camaradas molian la harina que habian menester, y era bastante para sustentarse. Costaba cada molino de estos siete ú ocho ducados; y se llevaba dentro de un baul ó de una mochila. Trujéronlos á vender al ejército algunos mercaderes franceses, y dijeron que los habian hecho en Alemania, y á imitacion suya fabricaron otros muchos en algunas villas de Francia; pero no usaron dellos los españoles mucho tiempo, porque despues fué el ejército muy proveido de bastimentos.

Alexandro y el duque de Umena entraron en París y fueron recibidos de los católicos con increible solemnidad, y no ménos D. Bernardino de Mendoza, embajador de España, y del cardenal Gaetano, legado de Gregorio XIV, Sumo Pontífice que en este tiempo gobernaba la Iglesia de Dios. Recibieron á estos dos Príncipes con estraño regocijo y le tuvieron todos juntamente con el duque de Nemurs, gobernador de París y otros títulos y señores católicos que se hallaban en aquella, villa, donde entraron en consejo de lo que se habia de hacer para la conservacion della, y lo que resolvieron fué, que se limpiasen las riberas de las plazas enemigas que habia en ellas para que, abierta la navegacion, quedase París de todo punto libre y exenta y franqueados todos los pasos de mar y tierra, por donde pudiese ser abastecida y puesta en su primera libertad, y porque á su tiempo escribiré las plazas que se ganaron y el orden que Alexandro dió en todo, como tan prudente y experimentado Capitan, ya que le dejo dentro en París habiendo dicho los sucesos de ella y los que más hubo, me ha parecido escribir la descripcion y el asiento que tiene por ser villa tan particular.

La villa de París, á quien otros llaman ciudad, está fundada en sitio llano. Divídela en dos partes el rio Sena, que nace de una caudalosa fuente en las montañas del Ducado de Borgoña y va abrazando otras con muchos rios caudalosos y

arrollos pequeños, y corriendo por tierra llana. Despues de haber bebido todas las aguas que recoge, se hace navegable, no para navíos de alto bordo, porque estos pescan más agua que la que tiene esta ribera del Sena, pero van por ellas barcones de carga y de mercadurías, suficientes para el trato y comercio que tiene la villa de París con la de Roan y otras, cuyo tráfico no cesa por ser muy ordinario y tener tanta correspondencia con Havre de Gracia y otros puertos del mar Océano en el cual desagua y pierde su nombre. Divídese en dos brazos en París, que hacen una isla no más grande que una milla, al fin de ella se vuelven á juntar y es la tercera parte de la villa. Este rio aparta la antigua Bélgica de la Céltica, y desde París hasta el mar baña y riega más de treinta leguas de tierra. Esta villa es muy poblada y una de las mayores de Europa; tiene muchos y levantados edificios y suntuosos templos, y la catedral es á la advocacion de Nuestra Señora, que la fundó el emperador Carlo Magno. Cerca de esta iglesia está el palacio y casa de los reyes de Francia, no ménos magnífico y hermoso que otros muchos á quien la fama les da nombre. Hay dentro dél ricos mercaderes y joyeros donde las damas y otras gentes van disfrazadas á comprar niñerías y cosas de gusto que se les ofrece, por ser curiosísimas todas las que allí se venden, por traerlas de Flandes, Inglaterra y de otros reinos, donde hacen ventaja sus mercadurías á las de España, pero no en sedas ni en cosas de importancia, que aunque se venden muchas son muy vistosas pero baladíes. Dentro de este palacio se juntan ochenta consejeros que, hechos un cuerpo, se llama el Parlamento de París: los cuarenta son de capa y espada y los otros letrados, y entre esta mitad se cuentan el Obispo de esta villa, el Abad de San Dionis, ocho Tesoreros, dos Fiscales, el Procurador del Rey y los doce Pares de Francia. Tiene otro palacio real que llaman del Louvre, de muy levantados aunque antiguos edificios. Comenzólo á fabricar el rey Francisco I, y le acabaron sus hijos, y la reina madre, Catalina de Médicis, hizo tambien un palacio de mucha recreacion. Otro fabricó Luis, segundo deste nombre, que llaman el de Borbon; tiene esta villa un castillo que

se dice la Bastilla, junto á la puerta de San Antonio, que fabricaron antiguamente los ingleses, y cerca dél está la casa de la Municion. Esta villa tiene, aunque antiguas, buenas murallas, pero no fuertes. En ellas hay siete puertas, y su forma es de media luna, y la atraviesa una calle muy principal, larga y ancha, que se llama la de San Martin, avecindada de muy ricos mercaderes. Divídese en dos partes, desde la puerta deste Santo hasta el puente de Nuestra Señora, que está sobre el rio, y á los lados tiene casas y tiendas, y hace á la villa este puente, con otros muchos que tiene, muy vistosa, porque en ellos se venden ricas mercadurías, y particularmente la platería que está en uno de ellos muy famosa y de grandes y hermosas joyas y pedrerías. Son muy estimadas y se labran sortijas estrañamente vistosas y de muchísimo valor; y todos estos ricos y hermosos puentes que están fabricados sobre el rio (que como he referido divide á París) parecen calles, como las demas que hay en ella, que todas son muy alegres, y junto al puente más chico está un castillejo que se hizo para sujecion de los muchos estudiantes que de ordinario hay, que está junto á la Universidad, que por esta parte le dieron este nombre. Hay cincuenta y un colegios dotados de muchas rentas que les dejaron sus fundadores. El más principal, que llaman el de Navarra, le fundó la reina Juana, mujer del rey Felipe *el Hermoso*, y le dejó mucha hacienda, y los que estudian en él son caballeros y señores muy principales, y el Rector de esta Universidad tiene tanta autoridad, que se le da lugar al lado del Legado del Sumo Pontífice, y precede á otros muchos Prelados y á los Pares de Francia, en fin, no reconoce á ninguna persona superioridad si no es al Rey.

Ya en Francia habia pasado la palabra del socorro de París, y acudido en este medio infinidad de gentes de todas las provincias de aquel reino á regocijarse con los católicos, y otros á entristecerse con los herejes, que no pocos habian quedado aborrecidos de su esperanza, que siempre los habia tenido confiados en el saco de París; pero ya libre esta villa, y deseando Alexandro poner en ejecucion lo que en los consejos que habia

tenido con el duque de Umena habia acordado, que era limpiar las riberas navegables de las plazas enemigas, partió de París con toda su guardia, casa y corte, y llegó al ejército español á los 24 de Setiembre; y luégo dió órden al marqués de Rentin, á cuyo cargo estaba la caballería católica, que con algunas tropas fuese á reconocer la villa de Corbél, que está en el márgen del rio Sena, plaza muy fuerte. Está en forma triangular con el ángulo que hace el rio, y un brazo dél le sirve de foso por la una parte, que la hace inexpugnable; y aunque en el consejo que tuvo Alexandro se habia tratado se fuese sobre la villa de Melun, por ser la plaza de más importancia que tenia el Bearnés, que tambien está en la misma ribera del Sena; por algunos respectos y otros fines de materia de estado, de que no estaban libres los franceses, se acordó de ir á Corbél; y habiéndola reconocido el marqués de Rentin, salieron á trabar con él una escaramuza y le hirieron de un arcabuzazo; y no obstante la relacion que le dió á Alexandro de estar esta plaza muy fuerte y con mucha guarnicion, fué con su ejército y la sitió con la determinacion que solia emprender otras más inexpugnables, siendo tan fáciles para él como á otros Generales dificultosas; porque hasta hoy no se sabe haya habido otro de más ingenio y dicha para expugnar una plaza. Habiendo reconocido Alexandro la de Corbél, despues de alojado su ejército, que en esto no tenia ménos gracia que en todas las cosas anejas á la guerra, le hizo abrir trincheas por dos partes, las unas encomendó al Maestre de campo D. Antonio de Zúñiga con su tercio de españoles; y las otras, con el suyo, al Maestre de campo D. Alonso de Idiaquez, ambos honrados caballeros y valientes Capitanes; y por las de D. Antonio de Zúñiga, que era parte más apropósito para levantar una plataforma, y desde ella sojuzgar la villa de Corbél y un puente de piedra muy grande que hacia través á las trincheas de aquella parte, mandó se hiciese; y habiendo dado el órden al Maestre de campo D. Antonio de Zúñiga, comenzó con su tercio á levantar la plataforma y arrimarse á la villa con sus trincheas, habiendo pasado en esto mucho trabajo; y no ménos le tuvo con su tercio D. Alonso

de Idiaquez, que, como ya he apuntado, eran las reliquias del viejo de D. Sancho Martinez de Leiva, y sabian muy bien resistir los que la guerra trae consigo, y así comenzaron á arrimarse con grandísima dificultad por estar por aquella parte un rio muy corriente que servia de foso á la villa, y siendo forzoso pasarle para asaltarla, y que esto no podia ser sin hacer en él un puente, y éste con mucho trabajo y peligro, mandó Alexandro al sargento Nieto y otro soldado, que lo eran del tercio de D. Alonso de Idiaquez, que con una cuerda midiesen el ancho del rio y tomasen la medida para fabricar el puente por donde se habia de arremeter á dar el asalto. Hiciéronlo con mucho riesgo porque la corriente del rio era muy grande, y habiéndolo pasado á nado el Sargento, quedándose desta otra parte el soldado, teniendo el uno el un cabo de la cuerda y el otro la otra, midieron muy á su satisfaccion el ancho del rio, quedándose el soldado con la medida desta otra parte dél; y al tiempo que el sargento Nieto quiso volver á retirarse, fué sentido de una centinela que estaba en la muralla; y habiendo della sacado luces para ver por aquella parte el rumor qne se habia hecho, descubrieron al Sargento y le dieron una carga de arcabuzazos; de uno le rompieron un brazo y del otro un muslo, y le entraron en la villa y le curaron; que para enemigos fueron piadosos; pero no les sirvió de poca importancia esta buena obra, porque el dia del asalto libró de la muerte á los mismos franceses que le habian herido y retirado á una casa; los cuales, huyendo de los españoles, se entraron en ella y se favorecieron del sargento Nieto, que le tenian herido en una cama; y en oyéndole hablar los demas españoles le tuvieron respeto, y por su medio alcanzaron las vidas, que ya tenian perdidas, un gran número de franceses enemigos.

Alexandro mandó hacer un puente muy ingenioso de barcas, cortado á la medida que se habia tomado del rio, sobre el cual se fabricó un reparo, de suerte que los soldados que habian de arremeter por él iban cubiertos, y toda la pavesada estaba con troneras, bien fuerte y ligero para poderlo navegar por el rio, como se hizo, hasta el lugar donde se habia de

poner; y estando ya las trincheas de ambas partes abiertas y fortificadas; y los dos Maestres de campo con sus tercios, vigilantes á las órdenes de Alexandro, mandó que se plantase el artillería y se abriesen dos baterías, y por la parte de D. Antonio de Zúñiga se hizo una muy buena, estando ántes acabada la plataforma; pero del puente de piedra que estaba guarnecido de mosquetería francesa de los enemigos, que, como ya he tratado, era través á la batería de D. Antonio de Zúñiga, le hacian mucho daño, aunque los italianos del Maestre de campo Camilo Capezuca y Pedro Gaetano habian, por órden de Alexandro, tomado la empresa del puente, y con muy gran calor la acometian. En este medio, el artillería que estaba á la parte del tercio de D. Alonso de Idiaquez abrió una muy buena batería; pero los franceses enemigos que la habian de defender no creyeron jamás que por allí pudieran ser acometidos por la fortaleza del rio corriente que ceñia la muralla y la hacia inexpugnable. En esta villa de Corbél habia dos mil y quinientos enemigos, los setecientos caballeros corazas, y dos muy buenos Gobernadores. El uno se llamaba Monsieur de Rigó, que era Coronel y tenia á cargo la infantería, muy valeroso soldado. Estaba estropeado de una pierna y andaba con un pié de palo; y el otro, Monsieur de Corbejon, Gobernador de las corazas; y como vieron las dos baterías abiertas y que por ambas se les habia de dar el asalto, tuvieron una muy gran diferencia sobre cuál de los dos habia de defender la batería de Idiaquez, que por pasar el rio, como he escrito, por el foso, la hacia más fuerte y dificultosa de ganar; y por esto les pareció era más reputacion defenderla que no la de D. Antonio de Zúñiga; pero no lo entendian como soldados; pues defender con fuerza de armas los puestos más flacos es de más opinion, porque en los que son más fuertes no hay tanto peligro ni riesgo; y se debe creer lo hacian más por librarse dél que no por ganar reputacion; y ántes desta diferencia tuvieron otra, que fué, que Monsieur de Corbejon quiso rendir la plaza á Alexandro, pareciéndole que se habian de perder, que como no era tan soldado temió el fin tan malo que tuvieron; pero Monsieur de Rigó no lo per-

mitió, y resueltos á pelear y á defender la villa, habiéndose conformado en los puestos que habian de tener, tocó el de la batería de D. Alonso de Idiaquez á Monsieur de Rigó, y el de D. Antonio de Zúñiga á Monsieur de Corbejon. No era tan valiente caballero, pero de muy buen talle, y volviéndole á requerir á Monsieur de Rigó que se rindiese, le dijo que saliese á hablar con Alexandro y reconociese los puestos que tenia y las municiones y artillería, y que, si le parecia, hiciese un buen acuerdo para rendirse, y si no eran suficientes, que se volviese á entrar y defenderian la plaza.

Hízolo así despues de haberle dado licencia Alexandro para que le saliese á hablar; y fué con tanta libertad y arrogancia francesa lo que le dijo, que no le quiso oir, porque no sólo habia despreciado el valor del ejército español, mas dijo que el artillería y municiones no valian nada, y que las balas eran muy blandas y que no harian mella en sus murallas que eran muy fuertes. D. Sancho Martinez de Leiva, que estaba presente, era un caballero muy discreto y pronto en el decir bien cualquiera cosa, y le respondió que tenia razon, que eran muy blandas, y que por eso las habia mandado Alexandro bizcochar para el dia del asalto, que en él veria el efecto que habian de hacer, y que se volviese á defender la villa y no hablase más. Hízolo así y dijo á Rigó lo que habia pasado, y perdiendo el temor que habian tenido se apercibieron para defender las baterías, habiéndolas guarnecido con fuertes escuadrones franceses. No cesaba Alexandro de batirlas, y lo mismo á los traveses que tenian, y pareciéndole que estaban bien abiertas dió órden al Sargento de la compañía del capitan Gonzalo de Luna y Mora, del tercio de D. Alonso de Idiaquez, que con cincuenta soldados plantase el puente que se habia fabricado, y en llegando frontero de lo batido, el Sargento y los cincuenta soldados dejaron caer de golpe dos puentes que iban levantados, uno por cada costado de una gran barca en que se habian hecho, y como la medida que habia tomado el sargento Nieto, fué verdadera, vino igual y ocupó todo el ancho del rio sin que faltase nada, quedando el puente

puesto y ajustado, y por las troneras que las pavesadas tenian, lo defendia el Sargento y sus soldados, y porque ántes de arremeter los dos tercios de españoles á estas dos baterías era forzoso reconocerlas, envió Alexandro por la de D. Alonso de Idiaquez al alférez Alonso de Ribera Zambrana, natural de Ubeda, ya otras veces nombrado en estos escritos por valiente soldado, y tuvo diferencia con el alférez Juan de Ribera, su hermano, porque quiso reconocer la batería, ganándole por la mano, pero Alexandro se lo encomendó á Alonso de Ribera como á mayor de edad, porque en el valor y osadía eran iguales, y tambien al alférez Miron, no ménos gallardo que Ribera, y con estos dos el alférez Alonso Mercado, natural de Valladolid, tan bizarro y animoso como los otros dos, y estos tres, acompañados con Martin Lopez de Aybar, ayudante del Sargento mayor que habia sido del tercio de D. Sancho Martinez de Leiva, natural de Valencia del Cid, y uno de los más valientes y experimentados soldados que en aquellos tiempos hubo; y habiendo los tres Alféreces y Martin Lopez recibido el órden de Alexandro, cerraron por el puente y con grandísimo brío subieron por la batería arriba, con ser difícil, y la reconocieron animosamente; y habiéndolos acompañado el alférez Bustos, no ménos arriscado que ellos, fué ménos venturoso porque le mataron de un arcabuzazo y cayó en el foso. Los demas volvieron con vidas y hicieron á Alexandro muy buena relacion, y por ella se dió el asalto.

En este medio y á un mismo tiempo dió órden Alexandro al alférez Juan de Aguilar, que lo habia sido del capitan Bartolomé de Torralva, y natural de la ciudad de Toledo, que fuese á reconocer la batería que habia hecho el tercio de Don Antonio de Zúñiga, y habiendo subido por ella bizarramente y con mucho ánimo y osadía, le dieron dos arcabuzazos y cayó muerto rodando la batería abajo. Subieron luégo y casi á un mismo tiempo los alféreces Pedro de Alvarado, valiente montañés, y Lorenzo de Salcedo, natural de Madrid, no con ménos brío, y el alférez Rivas, que lo era de Alcalá de Henares, tan valiente como los demas, y con mucha gallardía reco-

nocieron la batería, y habiendo hecho relacion que estaba bien abierta y que se podia dar el asalto, dió Alexandro la seña de arremeter, que era en disparando una pieza de artillería, y estando los dos Maestres de campo D. Antonio y D. Alonso esperando que se hiciese con gran prevencion, habiendo señalado los Capitanes que habian de arremeter de vanguardia con sus compañías, que eran Hernando de Isla, natural de Guadix, con la suya de arcabuceros, y Cristóbal de Hernandez, natural de Ibros, junto á Baeza, con la que tenia de picas, ambos valentísimos Capitanes; y del tercio de D. Antonio de Zúñiga y del de D. Alonso de Idiaquez, para arremeter de vanguardia por su batería, se nombraron á los capitanes Gonzalo de Luna y Mora, natural de Porcuna, y á D. Juan de Carvajal, de la ciudad de Baeza, ambos de arcabuceros; y con las picas á Gomez de Parada y á Pedro de Leon, todos experimentados y briosos soldados.

No arremetieron á este asalto ni al que se dió á la villa de Lañi ninguna bandera española, como siempre hasta este tiempo esta nacion lo habia acostumbrado, cosa muy conveniente en la guerra, así para dar ánimo á los soldados, que viendo á sus banderas en los peligros y que representan la persona de su Príncipe no las han de desamparar, como por la gallardía y vista que hacen tremolándolas en las baterías, encendiendo el ánimo y los corazones de los que las siguen, demás de que habiendo entrado en las plazas que se ganan con ellas por fuerza de armas no se desmandan los soldados ni las desamparan hasta que están alojadas y puestas guardias en ellas, y luégo se van á gozar de los provechos del saco, que por no tener banderas á quien seguir y respetar, atienden más á él algunos soldados que á pelear y á cumplir en semejantes ocasiones con la obligacion que profesan. Este uso se acabó siendo tan antiguo y loable, desde que las primeras banderas españolas, que fueron las del tercio del Maestre de campo D. Antonio de Zúñiga entraron en Francia al socorro de París, pareciéndole que como la fuerza de la gente de guerra de aquel reino está en la caballería francesa, que es mucha y presta, y que

de improviso podia dar en un alojamiento ó cuartel y llevarse alguna bandera, mandó que todas las de su tercio las llevasen al cuerpo de guardia principal, y los Alféreces se las entregasen al que habia entrado en ella aquel dia, dejando cada uno con su bandera los cuatro soldados que en sus casas es costumbre estar de guardia á ella; y con este buen órden quedaba reforzada y con más número de gente, así para la guardia y defensa de las banderas (para cuyo efecto se hacia) como para lo que podia ofrecerse, y los Alféreces, despues de haber dejado sus banderas encomendadas al que estaba de guardia con la suya y compañía, se retiraban á sus alojamientos, donde se hallaban más desembarazados, y sus Capitanes con un Oficial más para cualquier acontecimiento, y los soldados más prestos en retirarse al cuerpo de guardia principal ó á la plaza de armas, que no con el cuidado de haber de acompañar y guardar sus banderas, cosa muy dificultosa en partes donde se temen de caballería enemiga, no habiendo otra al opósito para resistirla; y aunque el Maestre de campo D. Antonio de Zúñiga dió este órden, que fué muy necesario en Francia, y como de un tan grande y experimentado Capitan, el cual se guardó siempre en algunas facciones que hizo con su tercio, que mandaba dejar las banderas en los alojamientos con mucha guardia y custodia, y con la gente suelta dellas emprendia las que se ofrecian, mas no para que despues quedase introducido que en los asaltos generales no arremetiesen las banderas como en éste de la villa de Corbél y otros se hizo en este tiempo donde yo me hallé; y pues Alexandro lo permitia, debió ser muy necesario y conveniente; y porque mi intento no es hacer discursos (dignos para grandes soldados y no para mi pobre ingenio, que áun no se extiende para escribir bien, ni áun razonable, lo sucedido en tiempo de Alexandro, que es lo que he ofrecido), iré de paso en estos sucesos, y tambien porque me esperan los Maestres de campo D. Antonio de Zúñiga y D. Alonso de Idiaquez con sus Capitanes y soldados, que aguardando la seña que Alexandro habia de hacer para arremeter á las baterías de Corbél, que era disparar una pieza de artillería, estaban con grandísimo

ánimo y deseo de pelear con los franceses, y que entendiese Monsieur de Corbejon que defendia la batería de D. Alonso de Idiaquez, que era llegada la ocasion de experimentar si las balas eran tan blandas como habia dicho; pero bien echó de ver que el valor de los españoles las habia bizcochado, como D. Sancho Martinez de Leiva le dijo; pues las halló tan duras, que no ménos que desamparar la batería hizo el dia del asalto, y con esta fealdad pagó la libertad y arrogancia francesa con que habia hablado á Alexandro.

Como Alexandro vió la ocasion dispuesta para dar el asalto, hizo disparar la pieza de artillería, que, como he apuntado, era la seña de arremeter, y en oyéndola, los que estaban apercibidos para darlo hincaron las rodillas en tierra, haciendo la oracion acostumbrada del *Ave María,* y en su nombre y en el del Apóstol Santiago, nuestro patron, subieron peleando valerosísimamente por las baterías arriba, y cerrando con los franceses con grande ánimo y gallardía se encendió una muy reñida y sangrienta batalla. Los orgullosos franceses, con muy gran ardimiento (como ellos dicen), y por ser todos los que defendian las baterías caballeros corazas que habian entrado en Corbél para hallarse en esta ocasion, número de trescientos, sin la infantería, peleaban tanto por su reputacion (por ser de la nobleza de Francia) como por la del Bearnés, con cuyo nombre procuraron vender sus vidas con mucha osadía, y la causa de haberla tenido más de lo que se creyó, fué por haberles entrado ántes un socorro de gente y municiones en unas barcas, por el rio, que fueron de la villa de Melun. Los españoles, usados á no maravillarse de tan gran resistencia como en las baterías hacian, aunque estimaron en mucho sus fuerzas y prestos acometimientos, fueron inútiles y de poca importancia por el brío y esfuerzo del Maestre de campo D. Alonso de Idiaquez, que no pudiendo sufrir el orgullo francés ni que durase tanto, cerró con su espada y rodela, y peleando animosamente aportilló el escuadron enemigo que defendia la batería, y entró, á pesar suyo, en la villa primero que ninguno de sus Capitanes y soldados, que imitándole este dia, particularmente los capi-

tanes Gonzalo de Luna y Mora y D. Juan de Carvajal, que llevaban la vanguardia, pelearon bizarramente, y no ménos Monsieur de San Pol, con unas armas fuertes muy lucidas, y un gran penacho de plumas de diversos colores que habia ido con D. Alonso de Idiaquez, y lo mismo Monsieur de Rona y otros caballeros franceses de los de la Liga católica que asistian cerca la persona del duque de Umena, que este dia quisieron entre la nacion española hacer su deber, y pelearon como muy honrados y animosos caballeros. El capitan D. Juan de Carvajal fué rodando por la batería abajo por haberle dado algunos botes de pica en la rodela. Ayudóle á subir el alférez Miguel de Peñuela, natural de Ubeda, haciéndolo de los hombros, hasta volverlo á poner entre las picas enemigas, y el capitan D. Gonzalo de Luna y Mora, con su valor acostumbrado se arrojó tras su Maestre de campo D. Alonso de Idiaquez, peleando con D. Juan que hizo lo mismo gallardamente, y tambien los Capitanes que llevaban las picas, ya nombrados. Todos entraron en la villa con un esfuerzo invencible, degollando á los franceses que topaban sin que les valiera la resistencia que habian mostrado, y cuando en la batería andaba con más priesa y teson la furia del pelear quisieron los valones católicos que seguian á los españoles mezclarse con ellos ó pasar delante, y para esto, con muy gran coraje, dejaron las trincheas y comenzaron á subir por la batería, y deteniéndolos el sargento Castillo, que lo era de la compañía de D. Juan de Carvajal, hizo un Capitan valon á un soldado suyo, mosquetero, que le tirase, y lo hizo derribándole todo el molledo del brazo izquierdo y lo mató, y no por esta diligencia pasaron los valones del puesto que tenian, porque se lo estorbaron los españoles; pero deseando vengar la antigua enemistad que tienen con los franceses, demás de ser enemigos, hicieron esta fineza á costa de la vida del sargento Castillo, porque murió de la herida.

En este medio sucedió que Jorge de Ribera Zambrana, hermano de Alonso y Juan, naturales de Ubeda, ya nombrados, Alférez que era del capitan Francisco de Zambrana, que este dia iba tambien con las picas de vanguardia del tercio de D. Alonso de

Idiaquez, dejó su bandera encomendada á D. Alonso de Toledo, Alférez del capitan Alonso de Solís, del mismo tercio; y viendo Alexandro que en una ocasion semejante (porque estaba á la mira de todo lo que se ofrecia) no tenia aquella bandera Alférez, llamó al Capitan y Sargento mayor Simon de Itúrbeda, y le dijo que lo remediase, el cual ordenó al alférez Jorge de Ribera que tomase su bandera y se volviese á su puesto; y le respondió que le perdonase que no podia dejar de arremeter á la batería, y que bien encomendada la dejaba en D. Alonso de Toledo, que era muy valiente soldado; y que si no podia estar sin Alférez en aquella ocasion, que dijese á su Capitan que proveyese su bandera en otro que tuviese más paciencia ó hiciese lo que quisiese, que él no podia dejar de pelear; y volviendo las espaldas tomó una pica y subió por la batería arriba peleando temerariamente, y entró en Corbél de los primeros, bien á costa de su vista, porque le dieron un arcabuzazo en un ojo al soslayo y le perdió: no ménos se señaló este dia su hermano Juan de Ribera, porque en el foso ó rio que servia dél fué uno de los soldados que ayudaron á poner el artificioso puente, habiendo ocupado el puesto donde se habia de plantear con mucho ánimo, que fué donde mataron al alférez Bustos, y no ménos se aventajó el alférez Velasco, que juntamente con Juan de Ribera se nombró para esta ocasion, y este dia dió mucha muestra de su persona, y lo mismo el alférez Francisco Marin, natural de Baeza, que habiendo peleado valientemente en la batería entró de los primeros soldados con grandísimo brío, mostrando en otras muchas ocasiones el que tenia. Mataron en este asalto al alférez Carvajal que habia peleado como muy gallardo soldado, é hirieron al alférez Olave en una mano, que se la estropearon, habiéndose señalado no ménos bien que los demas. Tambien lo hizo Diego Marin de Robles, natural de Caravaca, soldado particular, haciendo lo mismo el alférez Leandro de Vera, natural de Madrid, y otros muchos y valientes españoles; de ellos quedaron algunos muertos y otros heridos.

No se habia descuidado el Maestre de campo D. Antonio de Zúñiga con sus soldados, porque al mismo tiempo que Don

Alonso de Idiaquez comenzó á asaltar su batería, lo hizo D. Antonio en la suya, acompañado de los capitanes Hernando de Isla, que llevaba la vanguardia con su compañía de arcabuceros, y con la suya de picas Cristóbal Hernandez, como he apuntado, ambos valerosos y experimentados soldados; cerraron con el escuadron francés que defendia la batería con muy gran coraje y teson, y lo hizo gallardísimamente resistiendo á los españoles con mucho esfuerzo; y aunque desde la plataforma que habian hecho tiraban á los franceses que peleaban en la batería, no hacia tanto efecto en ellos como las que estaban en el puente, que, como ya he escrito, era través á la batería, y los españoles que peleaban en ella lo pasaban muy mal; pero como el honor que profesa esta nacion es más útil para la vergüenza que este dia pasaran si se retiraran de la batería sin ganar la villa por el estorbo que habia de los traveses, que en semejantes ocasiones lo es muy grande, sin hacer caso de él, habiendo medido las picas con las francesas, se peleó de ambas partes con grandísimo valor, y lo mostraron este dia los caballeros herejes que defendian esta batería, que por ser de la nobleza de Francia le tenian tan grande, que para deshacerle fué bien menester el de los españoles, que ya cansados de tanta resiscia, y afeándoles su Maestre de campo D. Antonio de Zúñiga la dilacion de tan prolijo asalto, no quiso este caballero tenerla en arrojarse, como lo hizo, entre las picas francesas, y habiéndolas desbaratado abrió portillo por donde entraron los capitanes Hernando de Isla y Cristóbal Hernandez, que siendo tan valerosos acabaron de romper el escuadron enemigo; y siguiendo á D. Antonio entraron en la villa degollando á cuantos se ofrecian delante, y aunque la resistencia fué grande, no tanta como la que hubo en la batería del Maestre de campo D. Alonso de Idiaquez, que por ser el coronel Monsieur de Rigó, tan valiente soldado, la defendió hasta perder la vida, la cual le quitó el alférez Julian Gonzalez, gallardo español, y que en otras muchas ocasiones hizo cosas no ménos señaladas. Monsieur de Corbejon que tantos aspavientos habia hecho y braveado en presencia de Alexandro, con libertad y arrogancia francesa, fué

el primero que desamparó la batería, y á espaldas vueltas se fué huyendo hasta que dió en manos del alférez Juan de Vergara, natural de la villa de San Sebastian, muy honrado soldado, y que este dia se señaló más que otros. Era camarada del Maestre de campo D. Antonio de Zúñiga, el cual fué recorriendo (despues de haber ganado la villa) por aquella parte toda la muralla, hasta que encontró con el Maestre de campo D. Alonso de Idiaquez, que habiendo entrado algo ántes por su batería, no obstante que fué más bien defendida por el valor de Monsieur de Rigó, habia acabado de romper D. Alonso un cuerpo de guardia que se habia hecho fuerte en un torreon de la muralla, y habiéndose dado en ella la mano y encontrádose los dos tercios españoles, discurrieron por toda la villa degollando á cuantos franceses enemigos hallaban, por cuya causa hubo pocos prisioneros, como he referido. El sargento Nieto que estaba herido en una casa favoreció y libró las vidas á los mismos que le habian herido y llevádole á curar.

En el puente que hacia través á la batería de D. Antonio de Zúñiga entraron al mismo tiempo los italianos que por las baterías, y fué donde más franceses enemigos se mataron, y eran todos mosqueteros, que hicieron harto daño. El alférez Diego de Velasco y el sargento Rengifo, natural de Avila, prendieron al Gobernador de la villa. El capitan Hernando de Isla, habiendo peleado valentísimamente al tiempo que los franceses desampararon la batería y que iba siguiéndolos, tropezó en una fagina y cayó en el suelo; pasaron sobre él todos los soldados de su compañía y la de Cristóbal Hernandez, y lo pasó muy mal; pero habiéndose levantado fué siguiendo la victoria y llegó á la Iglesia donde libró de la muerte á muchas mujeres y á otros que huyendo de ella se habian ido á favorecer al templo, donde algunos soldados mal considerados entraban á matarlas; pero el Capitan se puso á la puerta y los echó fuera á cuchilladas, y aunque pudiera hacer prisioneros á todos aquellos que habia librado, no quiso, pareciéndole perdia en ello el respeto y veneracion que se debe tener á las iglesias; pero el Capitan y Sargento mayor Bartolomé de Torralva, que lo era del tercio del

Maestre de campo D. Antonio de Zúñiga, no mirando si en esto hacia bien ó mal, sacó de la iglesia muchos prisioneros que le hicieron muy buen ranzon. El capitan Cristóbal Hernandez se aventajó este dia gallardamente y salió herido en el rostro de un picazo. Los españoles que se señalaron en la batería del Maestre de campo D. Antonio de Zúñiga, fué el alférez Diego de Escobedo, su camarada, que peleó muy bien, y en particular el alférez D. Juan de Velasco, natural de Leon, y paje que habia sido del guion de Alexandro, y sobrino de un tan gran ministro como Juan Ruiz de Velasco, bien conocido por su virtud y merecimientos, peleó animosamente, y lo mismo en todas los ocasiones que hubo en Francia, donde siempre hizo lo que debia á quien era, mostrando ser muy gallardo y bizarro soldado; y tambien D. Antonio de Avalos, soldado de la compañía de Cristóbal Hernandez, hijo del capitan Martin de Avalos, que murió alcaide de Melilla y fué bien conocido en Flandes por sus partes, y pareciéndole en ellas su hijo D. Antonio, peleó este dia con mucha gallardía, haciendo lo mismo Alonso de Ariza, natural de Ibros, Sargento de Cristóbal Hernandez; y de esta compañía se señalaron otros muchos y particulares soldados; y de la de Hernando de Isla, que en ella los habia muy buenos y valientes, Pedro Diaz de Peces, natural de la villa de Ocaña, y Juan Gonzalez de Reaza, de la ciudad de Toledo, y Juan de Piñar, de la de Callar en Cerdeña, y Bernabé de Espinosa, hoy Capitan del Rey, nuestro señor, y D. Felipe del Castillo, que despues lo fué en Francia y hoy Sargento mayor de la milicia del partido de Búrgos, todos cinco camaradas de Alonso Vazquez, Alférez de la compañía de Hernando de Isla, el cual no obstante que estaban con su bandera en escuadron, los envió para asistir á su Capitan, y pelearon con él este dia valerosísimamente, habiendo mostrado cada uno de por sí su mucho ánimo y osadía, y en las trincheas de este sitio, y en cuanto en él se ofreció sirvieron con gran puntualidad, poniendo á peligro sus vidas como se podia desear; y D. Felipe del Castillo habia reconocido por órden del Sargento mayor Torralva, la batería, y lo hizo muy bien. Otros muchos soldados de este

tercio de D. Antonio de Zúñiga se aventajaron y pelearon con mucha gallardía, á satisfaccion del ejército; lo mismo los de D. Alonso de Idiaquez y de los tercios de italianos de Camilo Capezuca, y de D. Pedro Gaetano hubo muy valientes soldados que, como he referido, por la parte del puente hicieron su deber como tales. Entre muertos y heridos fueron poco más de doscientos soldados del ejército español; y de los franceses enemigos hubo pareceres, sin los prisioneros y heridos, que se degollaron, así en las baterías, villa y puente, más de mil infantes y setecientos corazas, todos caballeros.

Esta empresa de Corbél acometió Alexandro con harta dificultad por tener muy pocas municiones, que aunque eran suficientes para campear las que habian llevado de Flandes, no lo eran para asaltar murallas, ni abrir baterías, habiéndose en la de Lañi gastado muchas. En este medio sucedió que doce españoles, los ocho mosqueteros, que sin órden habian ido á correr, encontraron con cuatrocientos corazas, á cargo de Monsieur de la Jatria, y, creyendo que eran del Bearnés, y que los habian de hacer pedazos si se apeaban, plantaron las horquillas, y poniéndose en un paso les dieron grandísimas cargas; los corazas se apearon y dieron sobre ellos, y no los pudieron rendir, y por temor no les matasen los caballos tuvieron por bien de dejarlos y se volvieron al campo, no poco corridos de haber sido acometidos de doce españoles sin poderlos ofender. El duque de Umena y los Príncipes y caballeros franceses de su corte quedaron admirados (como era cosa nueva para ellos) ver que por baterías tan fuertes y dificultosas hubiesen los españoles dado aquellos asaltos tan sangrientos, y entrado en la villa por fuerza de armas, cosa que les maravilló tanto que en mucho tiempo no se trataba de otra cosa.

Saqueóse la villa de Corbél y se aprovecharon los soldados muy bien, y lo mismo del ranzon de algunos prisioneros; perdieron con las vidas todas sus banderas, las cuales llevaron á Alexandro los soldados que las habian ganado, y mandó dar á cada uno diez ducados, como es costumbre. Todas ellas eran blancas, y en medio tenian una gran corona de oro, trastornada, y sobre

ella un brazo con una espada en el puño y unas letras doradas que decian en francés: *Si mue ténderue*, que en nuestra lengua castellana quiere decir: si yo te enderezo, dando á entender, que si con los trabajos y vigilias que el Bearnés pasaba en la guerra, pretendiendo ser Rey de Francia, enderezaba aquella corona trastornada que estaba en cada bandera, que representaba el Reino, con el brazo y espada desnuda que la amenazaba castigaría á los que pretendian quitárselo; pero la fortuna que éste, aunque desdichado Príncipe, tuvo, le fué tan favorable en su pretension, que cumplió la letra y divisas que habia hecho poner en sus banderas, enderezando la corona trastornada, á pesar de sus enemigos, pues ellos mismos le hicieron despues rey de Francia; y siéndolo castigó algunos con gran severidad y rigor, cumpliendo en todo lo que su brazo y espada amenazaba sobre la corona en sus banderas. Alexandro hizo dellas lo que de otras muchas que habia ganado, porque no siendo para él cosa nueva, no se maravillaba de poner á sus piés estandartes y banderas de Príncipes enemigos, cuanto y más aquellas que representan al de Bearne, siéndolo de Dios y de su Santa Iglesia, tenido de muchos por Rey en aquel tiempo, como algunos autores en sus escritos le han llamado.

Alexandro entró por las baterías (como acostumbraba) en la villa de Corbél, y las hizo reparar, y entregó la plaza al duque de Umena, y él la guarneció de infantería francesa. Supo como Monsieur de Corbejon estaba preso en poder del alférez Juan de Vergara y mandó que lo ahorcasen, pues no era justo quedara con vida quien tuvo en poco tantas como habia en el ejército español, las cuales pensó quitar con sus balas duras, pero aunque blandas las españolas, como él dijo en presencia de Alexandro, no las osó esperar en la batería, siendo el primero que la desamparó, como he escrito, y porque le habia hecho diez mil ducados de ranzon al alférez Juan de Vergara, le suplicó el Maestre de campo D. Antonio de Zúñiga á Alexandro, por ser su camarada, le hiciese merced de perdonar á Corbejon, y, ¿que más castigo dejarle con una vida infame y deshonrada que darle la muerte? Alexandro concedió á D. Antonio la merced que le pi-

dió; pero despues fué el Corbejon bien corto en cumplir la palabra y fe que habia dado en su ranzon, pues habia prometido diez mil ducados al alférez Juan de Vergara, y no le dió más de tres mil, y con ellos se contentó; y cansado de tenerle en prision algunos dias le dió libertad, y como desde el prometer al cumplir hay tan largas jornadas, y más, algunos franceses que sus palabras no son para hacer prenda dellas, por las pocas que cumplen, pudo el alférez Juan de Vergara tenerse por dichoso de haber sacado algun fruto dellas, habiéndole sucedido mejor que al alférez Diego de Velasco y al sargento Rengifo con el Gobernador de la villa de Corbél que habian prendido; pues habiéndole regalado y librádole de la muerte, con esperanza les cumpliria la palabra que les habia dado, de que en levantándose el ejército de Corbél les pagaria un buen rescate ó ranzon, y habiendo marchado algunas jornadas y llegado á un lugar, le dijo el Gobernador al sargento Rengifo que allí le daria dos mil ducados para que los repartiese entre él y el alférez Diego de Velasco y el soldado que le habia prendido, que esperase acabaria de pasar el ejército y le daria el dinero. El sargento Rengifo, más confiado que codicioso, creyendo que un caballero francés á quien habia regalado y librado de la muerte no le haria falta en la palabra, esperó á que se la cumpliese en aquel lugar, y, habiendo pasado todo el ejército español, salieron de una casa dos franceses que tenia prevenidos y le dieron una espada al Gobernador, y con ella le dió una muy gran cuchillada al sargento Rengifo en la cabeza, y los otros dos con las suyas otras muchas heridas, pagándole al pobre hidalgo español de esta manera los dos mil ducados que esperaba del ranzon. Hallóse á caballo y púsole las piernas, procurando escapar la vida, ya que no pudo defenderse ni ofender al Gobernador ni á los dos franceses por haberle cogido de improviso. Alcanzó, no muy léjos del lugar, al ejército español, y viéndole sus amigos y camaradas tan mal herido y desangrado, le curaron y confesaron, y murió luégo de las heridas por ser mortales. Bien quisiera el alférez Diego de Velasco tener parte dellas, como esperaba de los dos mil ducados, á true-

que de que Rengifo quedara con la vida, porque demás de la gran lástima que hizo á todos los españoles le queria mucho, porque era su amigo, y tan valiente y arriscado soldado como lo fué su tio, el Sargento mayor Rengifo que mataron los rebeldes de Flandes en el sitio de la villa de Mastriq. El de la de Corbél duró más de un mes, donde el ejército español pasó algunas necesidades y enfermedades, particularmente los alemanes, que como usados al beber, cogian las uvas de las viñas que habia en los contornos de Corbél, que eran muchas, y esprimian en los morriones, y bebiendo el mosto y con los muchos caracoles que comian crudos y algunas veces mal asados, enfermaban y morian muchos, habiendo faltado en este sitio más de diez mil hombres de enfermedades.

En este medio le llegó aviso á Alexandro de la muerte de Sixto V, Sumo Pontífice, y el cardenal Gaetano le fué á ver desde París, ántes de ir á Roma, que iba á toda priesa por hallarse en la eleccion del nuevo Papa; pero á pocos dias que partió llegó nueva se habia elegido á Urbano VII, que era el cardenal Castaña, de nacion romano, y dentro de doce dias, ántes de recibir la tiara, falleció de esta vida, y á este sucedió el cardenal Sfrondato, milanés, que se llamó Gregorio XIV. La muerte de Sixto dijeron la habia causado las cosas de Francia, porque habiendo dado oidos y mirado con buenos ojos las cosas del Bearnés y mudado el primer intento que era de favorecer la Liga católica, se le opuso el conde de Olivares, embajador de España en Roma, haciéndole algunos protestos que no ménos le costaron (segun se dijo) que la vida. Tambien salió de París Don Bernardino de Mendoza y se vió con Alexandro, y trataron sobre la eleccion de un Rey en Francia, y lo que en esto pasó veremos adelante. Alexandro levantó el ejército del sitio de Corbél á los primeros de Noviembre é hizo punta de ir á sitiar con él la villa Melun, que está en la misma ribera del Sena, y habiéndolo entendido los que la presidiaban (por el temor del asalto y que no les sucediese como á los de Corbél) la rindieron á Alexandro, el cual dió órden que se le pusiese guarnicion católica, y el duque de Umena lo hizo de la infantería francesa que tenia. Con esta

presa y la de Corbél quedaron limpias las riberas de París de plazas enemigas, libre la navegacion, con que de allí adelante fueron por aquella parte muchos bastimentos. Alexandro que deseaba le entrasen á París cuantos hubiese menester, dió la vuelta y se acercó á ella, donde estuvo muchos dias para que con el amparo de su ejército pudiesen todos los comarcanos y labradores y otras gentes entrar provisiones en París, así por tierra como por los rios Sena y Marne, que se juntan dos leguas de aquella villa y entran por medio della, como ya he escrito en su descripcion, y porque se tenia muy gran falta de sal y de otros bastimentos muy necesarios, envió Alexandro á Monsieur de la Jatria con algunas tropas de corazas, y al capitan Antonio Gonzalez, del tercio del Maestre de campo D. Antonio de Zúñiga, con una muy gran escolta de españoles á la villa de Orliens, y con buena cantidad de carros se hizo un convoy y se entró en París, y esto fué dos ó tres veces.

Desde que el Rey, nuestro señor, comenzó á costa de tanta hacienda y sangre de sus soldados á dar socorro al duque de Umena y á los demas católicos confederados de la Liga de Francia, procuró con el celo y cristiandad que tenia, acompañada de tantas virtudes y prudencia, que se eligiese un Rey católico, con que parecia se atajaban las guerras encendidas que se habian trabado, y que las esperanzas del Bearnés quedaran desechas por este camino, y los católicos en su libertad y fuera de la opresion de los herejes; habia mandado á Alexandro que hiciese en esto tanta instancia como en las demas cosas que tenia á cargo, y este mismo encargo habia dado al comendador D. Juan Moreo, que hasta su muerte hizo sus diligencias; y porque D. Bernardino de Mendoza, embajador de España en la corte de París habia trabajado en esto mucho y convenia verse con Alexandro, como lo hizo en Corbél, volvieron á juntarse en París, donde con los demas Príncipes católicos y el de Umena trataron del establecimiento de un Rey en Francia, y aunque Alexandro apretaba en esto cuanto le era posible, y D. Bernardino con su gran prudencia le ayudaba, no pudieron con los franceses que se efectuase. Dilataban esta eleccion por algunas

razones de Estado que les movia, y aunque habian prometido dar á Alexandro provisiones para su ejército, y que se entretuviese, no lo hicieron á fin, segun se entendió, de necesitarlo para echarlo fuera de Francia y dilatar por este camino la eleccion, que como no atendieron á más de libertar á París y deshacer las fuerzas del Bearnés, viendo que en este medio eran pocas, querian con sólo estarse á la mira de lo que hacia el tiempo, entretener las esperanzas del Rey católico para que tuviese efecto el intento que llevaban en la eleccion del que se pretendia, como en estos sucesos escribiré. Y porque las cosas de los Estados de Flandes y lo que pasó en aquellas guerras me dan alguna priesa, dejaré á Alexandro que se daba mucha en abastecer y presidiar á París por acudir á ellas; y cansado D. Bernardino de Mendoza de haber trabajado en vano en la eleccion del Rey que con tantas veras habia procurado, envió por licencia al católico de España para dejar aquella embajada é irse á Flandes, porque no convenia á su autoridad seguir (sin sacar fruto) el humor de los franceses, porque la experiencia le habia enseñado el poco que habia de tener dellos.

Las necesidades que el tercio de Manuel de Vega pasaba en Frisa se habian acrecentado de manera que obligó á enviar un Capitan dél á la villa de Bruselas, donde se hallaba la persona del conde de Mansfelt que representaba la de Alexandro, y en su ausencia tenia la tenencia y gobierno de los estados de Flandes, para que procurase el remedio de sus soldados, que viéndose compelidos de sus trabajos y muchas necesidades se temia algun mal suceso, y para atajar el que podia ofrecerse, le parecio á Mansfelt que con sacar este tercio de españoles de la provincia de Frisa y llevarlo al Ducado de Brabante, donde se podria entretener, se remediaban sus males; y así dió la órden para ello á Francisco Verdugo, pero que ántes que le licenciase fuese á ganar un castillo fuerte que los rebeldes habian ocupado en el país de Reklinchausen, que lo era del arzobispado de Colonia, y que en ganándolo se fuesen á ver con él á Bruselas; y habiendo entendido los rebeldes que presidiaban este castillo que Francisco Verdugo iba sobre ellos con el tercio de españo-

les del Maestre de campo Manuel de Vega, se concertaron con la gente del arzobispo de Colonia y desampararon la plaza. Francisco Verdugo llegó á ella, donde supo el concierto y acuerdos que habian hecho, y no hallando ninguna persona del Arzobispo que le diese asistencia ni bastimentos como se le habia ofrecido, en caso que los rebeldes no hubieran dejado el castillo y fueran ecesario, pasó el Rin entre Duseldorp y Keysersuverdt, y fué á Brabante, y de allí á Bruselas.

Holgóse mucho el conde Mansfelt de ver á Francisco Verdugo, no obstante que estaba con él Monsieur de Linde, gobernador de Charlaymont, dándole muy grandes quejas dél, y entre ellas una de que no habia querido ir á ganar aquel castillo del arzobispo de Colonia, de que se le hacia muy grande cargo. Francisco Verdugo respondió á Mansfelt lo mismo que he referido, que no poco corrido quedó Monsieur de Linde de haberle hecho siniestra relacion, y todas las que deste famoso Capitan hicieron á Mansfelt y á Alexandro fueron desta manera y con tan poca razon, pero siempre los émulos que tenia, envidiosos de su gallardo pecho y buena fortuna, le acusaban injustamente; y satisfecho el conde Mansfelt de la verdad, deseando saber el estado de las cosas de Frisa, le dió muy particular cuenta dellas en el Consejo y fuera de él, en especial de las de la villa de Groeninghen y de como algunos del Magistrado della tenian inteligencias con los rebeldes y públicamente recibian cartas dellos, y quejándose Francisco Verdugo desta libertad á algunos dellos, ofreciéndose de probarlos con firmas de sus manos y con personas celosas del servicio del Rey, nuestro señor, que habia en la villa y con otros del Magistrado, no hacian caso dello, ni tampoco Alexandro, habiéndoselo avisado muchas y diversas veces y pedídole con grandes veras lo remediase, y habiendo Francisco Verdugo instado en esto con el Síndico, como persona que tanto podia en la villa y que se preciaba de muy fiel y celoso del servicio del Rey católico, le respondió que estando él en Brabante habia visto y oido cosas peores, y que no se remediaban tampoco ellos lo querian hacer, y desta respuesta del Síndico y de otras, y de la poca seguridad que habia en la villa

de Groeninghen, avisó muchas veces Francisco Verdugo al conde Mansfelt; y aunque los burgueses sabian esto por extraordinarias vías, y que Alexandro y Mansfelt podrian castigarlos, pues sabian sus inteligencias, no se enmendaban, ántes bien perseveraron en su mal propósito, y Francisco Verdugo, que deseaba el remedio y que le asistiesen porque no se acabase de perder lo que tenia á cargo, esperó en Bruselas por haber entendido que Alexandro estaba de partida para volver de Francia á Flandes.

El Maestre de campo Manuel de Vega, que teniendo la órden del conde Mansfelt de ir á Brabante con su tercio de infantería española, habiéndose apartado del coronel Francisco Verdugo, marchó la vuelta del Rin y le pasó con dos compañías de caballos por encima de Orsoy y junto á una villa del duque de Juliers, y en llegando á la del Berquerin, se les dió algunos vestidos de municion, que habia dias estaban allí por órden de Alexandro, porque sabiendo los trabajos y desnudez que los soldados españoles deste tercio pasaban y tenian, no se habia descuidado de prevenirles este remedio y estos vestidos. Estaban detenidos en Berquerin porque por falta de escolta no habian podido pasar á Frisa, y con ellos y la palabra que se les habia dado cuando intentaron de alterarse, de darles dos pagas y llevarlos á Brabante y entrarlos en guarniciones, fueron contentos á ellas; y habiendo llegado se repartió el tercio, entrando en la villa de Arentales seis compañías de los capitanes Diego de Ledesma, Gaspar de Mondragon, D. Juan Chacon, Juan Ruiz de Villaoslada, Acasio de Yera y la de Campuzano; y en la villa de Liao las de los capitanes Hernan Tello Puertocarrero, Pedro de Angulo, Juan de Herrera y la de Gabriel de Orte; y en la villa de Diste, con la persona del Maestre de campo Manuel de Vega, su compañía y las de los capitanes Jerónimo de Rutinel, Márcos de Mosquera, Gaspar Zapena, D. Alonso de Luna, D. Antonio Osorio, Melchor Nuñez de Prado, Diego de Coloma y la de D. Pedro de Luna y otras, y en la villa de Sidonia alojó sola la compañía del capitan Antonio de Mosquera; y habiendo entrado á invernar este

tercio en estas plazas con esperanzas de entretenerse y pasarlo bien, las comenzaron á lograr con los descansos que le prometia la palabra que en este medio pasó de que Alexandro habia mandado á los Comisarios de muestras que les fuesen á hacer las cuentas de lo que se les debia para dalles todas sus pagas. Estuvieron ocho ó diez dias entretenidos con esta buena nueva, y al cabo dellos les llegó que estaban en la villa de Lovayna los Comisarios y que fuese escolta para acompañarlos, y habiéndosela enviado el Maestre de campo Manuel de Vega, y llegado á Diste, comenzaron los soldados, que como siempre pronostican los sucesos, á ser nuncios de su mal, y dijeron que el remate de sus pagas que esperaban se habia convertido en un tercio de una paga, y fué así verdad, pues los Comisarios mal advertidos y peor enseñados de la experiencia que pudieran haber tenido de los otros que fueron á hacer las cuentas al tercio de D. Juan Manrique de Lara, que se habia alterado en las villas de Cortray y de Meni por otro tanto, divulgaron la nueva que llevaban, causa de que los soldados deseasen una cosa tan fea y mala como intentaron; pues estando ciertos de que el remate de sus cuentas venia á parar en tan poco dinero, se comenzaron á mover pláticas entre ellos, sin reparar en la infamia de sus honras y la mancha tan mala que en ellas les habia de cundir; y porque no es justo disculpar á nadie que intenta á tomar las armas contra su Príncipe por el interés del dinero, ántes bien reprobar semejantes excesos y delitos, no puedo dejar de afear mucho el que estos soldados españoles cometieron, pues debieran no acordarse de los trabajos que habian pasado en Frisa, que aunque fueron muy grandes y excesivos no remediaban los presentes, pues no eran ménos leves con lo que hicieron; y estando ya vestidos durmiendo en camas y con el alivio que los huéspedes suelen dar en los alojamientos pudieran, y con aquel tercio de paga que se les daba, pasar algunos dias esperando el que tras de aquel habia de llegar y otros muchos, y sin considerar esto ni las necesidades que la demas gente pasaba, y que Alexandro no tenia un real para sustentar el ejército y guarniciones que tenia en Flandes,

demás de los excesivos gastos que por órden del Rey, su tio, tenia en conservar los confederados de la Liga de Francia, que todo les era muy notorio; perdieron el respeto á su Príncipe, olvidados del valor de sus personas y del buen nombre que tenian y habian alcanzado, y la disciplina militar que heredaron del Maestre de campo D. Francisco de Bobadilla, antecesor de Manuel de Vega, que, como tan gran soldado, caballero y prudente Capitan, los habia puesto muchas veces en ocasiones honradas, con que la fama habia eternizado sus heróicos hechos, y aprovechándose tan mal desto como de la honra que profesa el que se precia de buen soldado, perdieron la obedieneia militar y dieron en manos de la obstinacion, que los tuvo ciegos mucho tiempo para no conocer el mal estado en que vivian; y aunque es justo ir de paso y no escribir por extenso cosas tan aborrecidas de las gentes, todavía apuntaré el modo que tuvieron para salir con el motin que intentaron. Juntáronse en una iglesia derribada que estaba algo desviada del cuerpo de guardia, en la villa de Diste, cosa de cincuenta arcabuceros la misma noche que llegaron los Comisarios, y aunque andaban cruzando otros soldados con sus armas por las calles, entendian los Oficiales que eran de los que habian ido con la escolta, y fueron tan discretos los cincuenta en saber llegar al cuerpo de guardia, que nadie los sintió, y como era á prima noche no habia en ella ningun Oficial mayor por haberse ido á aquella hora á cenar, y lo que más pasó escribiré en el suceso siguiente.

Tocaron arma en la plaza, cerraron con el cuerpo de guardia, derribaron las picas que estaban arrimadas á él (como es costumbre) y las demas armas, para que no se pudiesen aprovechar dellas, si bien no hicieron mucha diligencia para resistir á los cincuenta soldados, que habiéndose apoderado del cuerpo de guardia se juntaron todos, y lo mismo los que iban llegando y acudido al arma, tomaron con gran facilidad las bocas de las calles, y el que entraba en la plaza no salia de ella, y en ménos de media hora estaba junta y en escuadron la mayor parte de la gente, y con tan buen órden que sacaron dél algunas tropas. Fueron con ellos y rompieron los cuerpos de

guardia que estaban en la muralla y en las puertas de la villa, y aunque habian hecho alguna resistencia, no fué la que convenia, ántes con facilidad se juntaron todos, porque lo deseaban. A esto llega la desvergüenza de gente que comienza á perder el respeto para alterarse, y fué de manera, que en algunas partes no fué necesario mudar las guardias, y la que tenia el Maestre de campo Manuel de Vega en su casa (como es costumbre) se estuvo sin moverse. Era de doce soldados, que se aunaron, y dijeron que ántes morian todos que dejar entrar dentro ninguno de los alterados. Esto fué por el valor de Alonso de Mesa Ludeña, camarada del Maestre de campo y soldado de su compañía, que despues fué Capitan y hoy es Sargento mayor de la milicia del partido de Córdoba, que juntándose con otros camaradas y amigos del Maestre de campo, que por todas serian veinte personas, y él mismo con ellas, y habiendo ocupado una calle, y como los vió con tan buen ánimo y constantes en no perder un punto su reputacion y morir por ella, determinó de ir con ellos la vuelta de la plaza á ver si podia deshacer el escuadron alterado; y habiendo los veinte soldados conformádose con el parecer del Maestre de campo, le pusieron en medio y caminaron hácia la plaza. En el camino encontraron una manga de arcabuceros, y creyendo el Maestre de campo que los soldados que llevaba consigo los resistieran y que pasaran con su determinacion, no hubo ninguno dellos que les tirase un arcabuzazo, ántes bien se juntaron todos y se fueron. El Maestre de campo que se vió sólo con Alonso de Mesa y otros dos camaradas suyos, se retiraron á su posada, no con poco temor de que les perdiesen el respeto, y sucedió asi, pues no bien hubo llegado á ella, cuando ya los alterados se la tenian cercada y cogieron al Maestre de campo y lo entraron en un aposento y le pusieron guardia en él. Sus camaradas se escondieron, que eran los tres que le habian seguido. Llamábanse el alférez Castañeda, y Juan de las Heras y Alonso de Mesa.

En este medio llegó á casa del Maestre de campo el Sargento mayor que habian elegido los alterados, que era un sol-

dado amulatado que se llamaba Zamora, de la compañía de Diego Coloma, con órden del escuadron, y le dijo al Maestre de campo que dentro de una hora estuviese apercibido, juntamente con los Capitanes y demas Oficiales de aquellas compañías, y con las banderas dellas para salirse fuera de la villa, y que se le daria escolta hasta la de Lovayna, que es cinco leguas de la de Bruselas; y aunque el Maestre de campo quiso replicar á aquella órden, y esperar á que fuera de dia, pareciéndole que si le veian la cara pudiera la vergüenza hacerles volver á su primer estado, no le dió el Sargento mayor lugar ni áun para hacer esta consideracion, ántes con más priesa le acortó el término que le habia dado, y le dijo le entregase luégo las llaves de las puertas de la villa, porque el Maestre de campo habia rehusado dárselas, y habiendo de ser forzoso, mandó que las trajesen, pero una criada suya las habia escondido debajo de unas faginas, y hubo alguna dilacion; mas no por esto se excusó de entregárselas, y habiéndolo hecho pidió el Maestre de campo le dejasen llevar sus camaradas, sólo le concedieron á el alférez Castañeda y á Juan de las Heras, que parecieron luégo, y deseando esto mismo Alonso de Mesa, se hincó de rodillas delante del Maestre de campo pidiéndole que por amor de Dios rogase á los alterados le dejasen ir con él; y en este medio, un arcabucero de la compañía del capitan Gaspar Lapeña le dió con el mocho del arcabúz y le dijo: «levántese el bellaco, ¿tan mal le estará cobrar su dinero?» Alonso de Mesa quiso ir sobre él, y el Maestre de campo le dijo se estuviese quedo; pero de allí á pocos dias (aunque con inmenso trabajo y con mucho peligro de su persona), habiendo salido una noche los alterados á quemar unos molinos de la villa de Cintron, porque no les querian contribuir, se concertó con un soldado de la compañía de D. Pedro de Luna, que se llamaba D. Luis Carrillo, y se huyeron, que no poco les pesó despues á los alterados de que se hubiese escapado Alonso de Mesa, que le querian mal por ser camarada del Maestre de campo, y porque ya otras dos veces habia intentado de huirse; y estando de partida Manuel de Vega con sus Capitanes y demas Oficiales

se le quedó el alférez Castañeda, poniéndo por excusa que tenia á lavar sus camisas. Pesóle mucho al Maestre de campo porque lo tenia en diferente opinion; pidió en su lugar que le diesen á Alonso de Mesa y no fué posible; pero él tuvo buen cuidado de escaparse, como lo hizo.

Manuel de Vega llegó con todos sus Capitanes, banderas y Oficiales á la villa de Lovayna, y porque no es mi intento decir lo que más pasó en esta alteracion (que fueron muchos desórdenes), las dejaré para quien tratare de ellas, que basta lo que he escrito, y áun pudiera excusarlo por ser tan aborrecidas las cosas de un motin, y que verdaderamente á las personas que los fraguan y tratan dello, sin reservar ninguno, los habian de castigar con grandísimo rigor, pues no hay pensar, ni es justo persuadirse á ello que esté entre esta gente persona que no haya deseado que le paguen su dinero, y por cobrarlos se hacen reacios en los motines, y obstinan á los demas que no tienen obligacion de los que se precian de soldados honrados y particulares.

Las compañías que estaban en las villas de Liao y Arentales, luégo que supieron lo que habian hecho las que estaban en Diste, siguieron sus mismos pasos, porque habiéndoles ido dos veces á tocar arma los de Diste, muy pronto se concertaron, porque tenian tanta gana como ellos; pero la de Antonio de Mosquera que estaba en Sidonia no se alteró por el mucho cuidado y diligencia de su Capitan, y por la de D. Martin de la Cerda, su Alférez, que con su mucha prudencia tuvo á sus soldados quietos y sin dejarlos un punto de la mano. El Maestre de campo Manuel de Vega con todos sus Capitanes y Oficiales, y las banderas con algunos soldados particulares que se habian escapado del motin, estuvieron un poco de tiempo en la villa de Lovayna, pero despues dél mandó Alexandro que se fuesen á alojar á Vilborde, que está á dos leguas de Bruselas, donde á todos los que se salian del motin, con sólo un billete del Maestre de campo Manuel de Vega, para el Veedor general, les daba dos pagas. Con este cebo se salieron algunos soldados y se iban á sus banderas, pero fueron tan pocos (por la obstina-

cion que tenian) que no se podia hacer ninguna faccion con ellos; y así, entraba en Vilborde una bandera cada noche de guardia, con la gente de cuatro compañías, y áun no era suficiente para hacer las postas, y fué mucho de notar que habiendo tanta gente particular en este tercio se viniesen á sus banderas tan pocos soldados; pero, como ya he referido, todos querian ser pagados, y esta era la causa que se estaban en tan mal estado.

El conde Mauricio de Nasao, hijo de Guillermo, príncipe de Orange, que, como he dicho, gobernaba los Estados rebeldes de Flandes, no se habia descuidado en prevenirse y proveerse de las cosas necesarias para hacer la guerra más vivamente desde que Alexandro entró en Francia hasta este tiempo, que se hallaba con un muy buen ejército levantado, si bien por ser la entrada del invierno le tenia en guarniciones; pero tan prevenido para las ocasiones como á su tiempo declararé. Habiéndole Isabel, reina de Inglaterra, reforzado con gente y dineros, que como protectora de los rebeldes no cesaba con sus socorros y ayudas de favorecerlos; y lo mismo al Bearnés, que, como tan interesada del fruto que todos los herejes sacaban de hacer la guerra al Rey católico, andaba tan cuidadosa, y como á quien más parte le cabia, solicitaba á sus amigos y aliados como á los protestantes de Alemania y á otros confederados. Habia Mauricio, despues que ganó á la villa de Breda, hecho algunas facciones así en Brabante como en Frisa, corriendo las campañas y tierras católicas, molestando á los labradores con grandísima libertad y rigor, que como vió á Francisco Verdugo arrinconado, falto de gente y dineros, y á Alexandro ocupado con su ejército en las guerras de Francia, y las pocas fuerzas españolas que habia en Flandes encerradas en las plazas de Diste, Arentales y Liao, y con tanta obstinacion, que por el interes de sus pagas no las habian querido desamparar, andaba campeando con mucha infantería de los rebeldes hasta que el rigor del invierno le hizo entrar en sus guarniciones, donde estuvo esperando la sazon del verano para emprender lo que no hiciera si Alexandro no tuviera su ejército dividido en tantas partes; pero

esto y su ausencia le dió ocasion á Mauricio y á los demas herejes para desvergonzarse tanto.

En tanto que el tercio de Manuel de Vega andaba en Flandes desordenado y en sus alteraciones, habia acabado Alexandro de proveer y amunicionar la villa de París, en que habia puesto tanto cuidado como en las demas cosas que tenia en sus manos; y viendo que no habian sido poderosas para la eleccion de un Rey católico, y que su persona hacia tanta falta en los Países-Bajos, y que ya en Francia no se podia hacer ninguna faccion hasta la entrada del verano, así por el rigor del tiempo como por estar el Bearnés retirado y el ejército español con tantas necesidades, que, si no se valiera de la campaña, se deshiciera todo, y que la gente del duque de Umena estaba en el mismo extremo, determinó de retirarse á Flandes no obstante las causas que he apuntado, más tambien para dar calor y fuerzas á las cosas de la guerra y enfrenar los atrevimientos del conde Mauricio, particularmente para que su ejército invernase y poderlo rehacer con más comodidad, y con ella y con mayor poder entrar el año siguiente en Francia para socorrer los católicos della y deshacer las fuerzas del Bearnés, por conseguir en esto la voluntad del Rey, su tio, que con su ardiente celo posponia sus mismas cosas y dejaba perder el patrimonio que tenia en Flandes por acudir con veras á lo que habia ofrecido. A Don Bernardino de Mendoza le habian cabido harta parte de los cuidados que tuvieron los que deseaban se cumpliese la voluntad del Rey, nuestro señor, para que se estableciese uno que verdaderamente fuese justo y cristiano; pero como habia sacado tan poco fruto dellos y le habia llegado ya en este medio la licencia que pidió, tuvo muy gran gusto de poder gozar della, y se apercibió para ir á Flandes con Alexandro, como lo hizo; y llegado á aquellos Estados tuvo su asiento en la villa de Mons, en Henaut, donde se estuvo aprestando para venir á España á dar cuenta al Rey católico de su comision y embajada para que lo habia tenido en Francia; y pareciéndole á Alexandro llegada la hora de su partida, y que dejaba á París amunicionada y abastecida, levantó su ejército de los contornos desta villa, donde

cion que tenian) que no se podia hacer ninguna faccion con ellos; y así, entraba en Vilborde una bandera cada noche de guardia, con la gente de cuatro compañías, y áun no era suficiente para hacer las postas, y fué mucho de notar que habiendo tanta gente particular en este tercio se viniesen á sus banderas tan pocos soldados; pero, como ya he referido, todos querian ser pagados, y esta era la causa que se estaban en tan mal estado.

El conde Mauricio de Nasao, hijo de Guillermo, príncipe de Orange, que, como he dicho, gobernaba los Estados rebeldes de Flandes, no se habia descuidado en prevenirse y proveerse de las cosas necesarias para hacer la guerra más vivamente desde que Alexandro entró en Francia hasta este tiempo, que se hallaba con un muy buen ejército levantado, si bien por ser la entrada del invierno le tenia en guarniciones; pero tan prevenido para las ocasiones como á su tiempo declararé. Habiéndole Isabel, reina de Inglaterra, reforzado con gente y dineros, que como protectora de los rebeldes no cesaba con sus socorros y ayudas de favorecerlos; y lo mismo al Bearnés, que, como tan interesada del fruto que todos los herejes sacaban de hacer la guerra al Rey católico, andaba tan cuidadosa, y como á quien más parte le cabia, solicitaba á sus amigos y aliados como á los protestantes de Alemania y á otros confederados. Habia Mauricio, despues que ganó á la villa de Breda, hecho algunas facciones así en Brabante como en Frisa, corriendo las campañas y tierras católicas, molestando á los labradores con grandísima libertad y rigor, que como vió á Francisco Verdugo arrinconado, falto de gente y dineros, y á Alexandro ocupado con su ejército en las guerras de Francia, y las pocas fuerzas españolas que habia en Flandes encerradas en las plazas de Diste, Arentales y Liao, y con tanta obstinacion, que por el interes de sus pagas no las habian querido desamparar, andaba campeando con mucha infantería de los rebeldes hasta que el rigor del invierno le hizo entrar en sus guarniciones, donde estuvo esperando la sazon del verano para emprender lo que no hiciera si Alexandro no tuviera su ejército dividido en tantas partes; pero

esto y el [illegible] de [illegible] y á los demás [illegible] para desvanecimiento [illegible].

En [illegible] que el [illegible] de Mendoza de Tapia [illegible] en Flandes desconfiando y en sus [illegible], [illegible] [illegible] de [illegible] y [illegible] la villa de Paris, en que [illegible] [illegible] [illegible] de los [illegible] que [illegible] en sus [illegible]; y [illegible] que [illegible] sin [illegible] para [illegible] de el Rey [illegible], y que [illegible] [illegible] en los Países-Bajos, y que ya el Francia no se podía hacer [illegible] [illegible] hasta la [illegible] del verano, [illegible] que [illegible] [illegible] por estar el Bearnés [illegible] y el [illegible] español sin [illegible] [illegible], que, si no se [illegible] de la [illegible], se [illegible] [illegible], y que la gente del [illegible] de Tiena estaba en el mismo [illegible], determinó de [illegible] á Flandes [illegible] las [illegible] que se [illegible]. Mas también para dar [illegible] y fuerzas á las [illegible] de la [illegible] y [illegible] los [illegible] de [illegible] Mariana, particularmente para que se [illegible] y pudiera [illegible] sin [illegible] [illegible], y sin [illegible] y sin [illegible] poder [illegible] á sus [illegible] en Francia para [illegible] los [illegible] [illegible] y [illegible] las fuerzas del Bearnés, que [illegible] el [illegible] la voluntad del Rey, si no, que [illegible] se [illegible] [illegible] que podía sus [illegible] [illegible] y [illegible] perder el [illegible] [illegible] en Flandes por [illegible] [illegible] á lo que había [illegible]. A Don Bernardino de Mendoza le [illegible] [illegible] para parte de los cuidados que [illegible] los que [illegible] se cumpliese la voluntad del Rey, [illegible], para que se [illegible] [illegible] que verdaderamente fuese, [illegible] y [illegible] pero [illegible] [illegible] tan poco [illegible] y le [illegible] llegado ya en ese [illegible] la licencia que pidió, tuvo muy gran gusto de poder [illegible] y se apercibió para ir á Flandes con Alexandro, como lo hizo; y llegado á aquellos Estados tuvo su asiento en la villa de Mons en Henaut, donde se estaba apercibiendo para venir á España á dar cuenta al Rey cabalmente de su comisión y embajada para que lo había tenido en Francia; y parecíale á Alexandro que llegaba la hora de su partida, y que iríaba á Paris amonestada y atentecida, levantó su ejército de los contornos desta villa, donde

cion que tenian) que no se podia hacer ninguna faccion con ellos; y así, entraba en Vilborde una bandera cada noche de guardia, con la gente de cuatro compañías, y áun no era suficiente para hacer las postas, y fué mucho de notar que habiendo tanta gente particular en este tercio se viniesen á sus banderas tan pocos soldados; pero, como ya he referido, todos querian ser pagados, y esta era la causa que se estaban en tan mal estado.

El conde Mauricio de Nasao, hijo de Guillermo, príncipe de Orange, que, como he dicho, gobernaba los Estados rebeldes de Flandes, no se habia descuidado en prevenirse y proveerse de las cosas necesarias para hacer la guerra más vivamente desde que Alexandro entró en Francia hasta este tiempo, que se hallaba con un muy buen ejército levantado, si bien por ser la entrada del invierno le tenia en guarniciones; pero tan prevenido para las ocasiones como á su tiempo declararé. Habiéndole Isabel, reina de Inglaterra, reforzado con gente y dineros, que como protectora de los rebeldes no cesaba con sus socorros y ayudas de favorecerlos; y lo mismo al Bearnés, que, como tan interesada del fruto que todos los herejes sacaban de hacer la guerra al Rey católico, andaba tan cuidadosa, y como á quien más parte le cabia, solicitaba á sus amigos y aliados como á los protestantes de Alemania y á otros confederados. Habia Mauricio, despues que ganó á la villa de Breda, hecho algunas facciones así en Brabante como en Frisa, corriendo las campañas y tierras católicas, molestando á los labradores con grandísima libertad y rigor, que como vió á Francisco Verdugo arrinconado, falto de gente y dineros, y á Alexandro ocupado con su ejército en las guerras de Francia, y las pocas fuerzas españolas que habia en Flandes encerradas en las plazas de Diste, Arentales y Liao, y con tanta obstinacion, que por el interes de sus pagas no las habian querido desamparar, andaba campeando con mucha infantería de los rebeldes hasta que el rigor del invierno le hizo entrar en sus guarniciones, donde estuvo esperando la sazon del verano para emprender lo que no hiciera si Alexandro no tuviera su ejército dividido en tantas partes; pero

esto y su ausencia le dió ocasion á Mauricio y á los demas herejes para desvergonzarse tanto.

En tanto que el tercio de Manuel de Vega andaba en Flandes desordenado y en sus alteraciones, habia acabado Alexandro de proveer y amunicionar la villa de París, en que habia puesto tanto cuidado como en las demas cosas que tenia en sus manos; y viendo que no habian sido poderosas para la eleccion de un Rey católico, y que su persona hacia tanta falta en los Países-Bajos, y que ya en Francia no se podia hacer ninguna faccion hasta la entrada del verano, así por el rigor del tiempo como por estar el Bearnés retirado y el ejército español con tantas necesidades, que, si no se valiera de la campaña, se deshiciera todo, y que la gente del duque de Umena estaba en el mismo extremo, determinó de retirarse á Flandes no obstante las causas que he apuntado, más tambien para dar calor y fuerzas á las cosas de la guerra y enfrenar los atrevimientos del conde Mauricio, particularmente para que su ejército invernase y poderlo rehacer con más comodidad, y con ella y con mayor poder entrar el año siguiente en Francia para socorrer los católicos della y deshacer las fuerzas del Bearnés, por conseguir en esto la voluntad del Rey, su tio, que con su ardiente celo posponia sus mismas cosas y dejaba perder el patrimonio que tenia en Flandes por acudir con veras á lo que habia ofrecido. A Don Bernardino de Mendoza le habian cabido harta parte de los cuidados que tuvieron los que deseaban se cumpliese la voluntad del Rey, nuestro señor, para que se estableciese uno que verdaderamente fuese justo y cristiano; pero como habia sacado tan poco fruto dellos y le habia llegado ya en este medio la licencia que pidió, tuvo muy gran gusto de poder gozar della, y se apercibió para ir á Flandes con Alexandro, como lo hizo; y llegado á aquellos Estados tuvo su asiento en la villa de Mons, en Henaut, donde se estuvo aprestando para venir á España á dar cuenta al Rey católico de su comision y embajada para que lo habia tenido en Francia; y pareciéndole á Alexandro llegada la hora de su partida, y que dejaba á París amunicionada y abastecida, levantó su ejército de los contornos desta villa, donde

habia estado alojado, y teniéndolo todo recogido marchó con él la vuelta de la provincia de Picardía, que era la frontera y entrada de los Estados de Flandes; y con él el duque de Umena con algunos corazas de la nobleza de Francia que le seguian; y porque algunos autores escriben (no habiéndolo visto ni informádose bien) que hasta llegar al País-Bajo hizo el ejército español algunos excesos y desórdenes, de que el Rey, nuestro señor, estuvo muy sentido, me ha parecido advertir que no fueron los que pudiera haber respecto de las necesidades que pasaban los soldados, ni aunque quisieran los pudieran hacer, porque habiendo sabido el Bearnés que Alexandro marchaba con su ejército, recogió de sus guarniciones más de tres mil caballos, y una buena parte puso en la villa de San Quintin para esperarle en el paso, y con la otra fué siguiendo su retaguardia.

Como Alexandro tuvo aviso desto, llevó siempre su ejército muy en órden y recogido, y de suerte que no sólo no pudieron los soldados hacer desórdenes; pero aunque quisieran desmandarse no les dieran lugar las tropas de la caballería enemiga, que con tanto cuidado procuró deshacer los escuadrones españoles, pues cada dia iba marchando á su retaguardia hasta hallar ocasion de acometerlos; y el dia de Santa Catalina, teniendo ya el Bearnés recogida toda la caballería que habia dividido, y hecho un cuerpo della con muchos *infans perdus*, ó infantería perdida, como los franceses llaman, y por otro nombre dragones (que marchaban en unos rocines ó caballos pequeños, y en cansándoseles se ponen en las ancas de los de los corazas para hacer sus facciones, como he referido), se apareció bien tarde por el costado siniestro del ejército español, que era á la parte de San Quintin.

Llevaba este dia la retaguardia dél el tercio del Maestre de campo D. Antonio de Zúñiga; tocóse arma, y pareciéndole á Alexandro que habia de ser acometido por aquella parte, hizo volver las caras á los españoles de D. Antonio, y sin reducir las hileras de picas á más número del que llevaban marchando, las mandó terciar á la frente de los escuadrones de

caballería del Bearnés, que con gran gallardía, tocando muchos clarines y trompetas, se fueron acercando á la retaguardia del ejército español. Alexandro hizo mejorar su caballería la vuelta de la enemiga, y para darle calor mandó sacar doscientas picas españolas del tercio de D. Antonio, y dellas se formó un escuadron volante, y las mangas del arcabucería con otra muy buena de mosqueteros, y el resto del ejército lo hizo marchar al alojamiento donde iba encaminado, con órden que, si fuera necesario, volviera las caras y se abrigase con las picas y mangas que Alexandro habia sacado del cuerpo del ejército, porque como conoció el intento del Bearnés, que no era más de cerrar con la retaguardia española, porque pensar que habia de hacer más faccion ni atreverse á todo el ejército no era posible sino poniéndose á riesgo de perderse (como lo estuvo), le pareció era bastante con estas picas y mangas resistir al francés. Con ella fué dando calor á la caballería española, que ya en esta sazon habia cerrado con la enemiga, y dándole la carga juntamente con las picas y mangas de infantería española, los fué apretando en un lugar que se llama Longavila; en el cual, para resistir la gente de Alexandro, mandó el Bearnés apear los *infans perdus* que llevaba para entretener á los españoles que le habian dado tanta priesa, que para retirarse y ponerse en cobro fué éste su único y solo remedio, y si no usara dél, desta vez quedara muerto ó preso en las manos de Alexandro, el cual, con la presteza que solia, acometió á los franceses de suerte que, á no volver las espaldas y lo mismo el sol, porque ya iba declinando, se degollaran todas las tropas del Bearnés; y con todo eso las fué siguiendo hasta un lugar que se dice Pontarsi, donde se escaparon á uña de caballo, y por el puente que en él hay pasó el rio; habiendo en esta huida (que quisiera por la reputacion deste Príncipe que pareciera retirada) perdido todas las compañías de *infans perdus* que hizo apear para entretener la furia de los españoles en tanto que él se escapaba; degolláronse todos sin quedar hombre á vida, y se vió este dia cumplido el nombre que á esta gente le da esta nacion de infantería perdida, pues se

perdió toda, que era un buen número, sin que de los españoles hubiese ningun muerto ni herido; y habiendo alcanzado Alexandro esta victoria, llegó al escuadron volante que con grandísima alegría le salió á recibir; y dijo estas palabras, que por ser dignas de escribirse y que estén en la memoria de las gentes me ha parecido hacerla dellas. «¡Quién pudiera en esta ocasion, señores españoles, hacer lo que Josué de detener el sol dos horas para dar hoy fin á esta guerra y acabar de deshacer el orgullo y fuerzas del Bearnés! pero demos gracias á Dios; contentémonos con que nos ha huido y vuelto las espaldas.»

El Maestre de campo D. Antonio de Zúñiga y sus Capitanes loaron mucho el brío y ánimo de Alexandro, y el deseo que en él habian visto de cumplir lo que decia; y él tan contento de conocer la voluntad que este dia tuvo todo el ejército español de pelear, que no ménos que una grande y felicísima victoria se prometia; y habiéndoles dado las gracias por ello, y ellos á él de la merced y honra que les hacia, echaron todos de ver y conocieron como otras muchas veces cuán injustamente sus émulos procedian en sus acciones, y cuán sin causa daban lugar á la murmuracion; pero la envidia, enemiga de la virtud y honor de los Príncipes valerosos, no cesaba de hacer la guerra á Alexandro tan vivamente como él á los enemigos de la Iglesia, que con haberlos perseguido con tanto cuidado, celo y prudencia, como en estos sucesos y otros se ha visto, no cesaban los que le querian mal de murmurarle y hacerle malos oficios con el Rey, su tio; y cuando no echaran de ver sino el crédito que en esta ocasion habia ganado, no obstante que en tantas le tuvo con tanto honor y fama, y que estas tres cosas no se adquieren sino con grandísimos trabajos y dificultades, bastaba para enfrenar las lenguas que jamás cesaban de hacer su oficio.

Acabada la ocasion de Pontarsi, recogió Alexandro su ejército y se acuarteló en aquel lugar y sus cortornos, y otro dia, al punto que habia de marchar, llegó D. Fadrique del Aguila, Capitan de una compañía de lanzas españolas, natural de Avila, honrado caballero y muy arriscado, y que en las

guerras de Flandes habia servido con satisfaccion del ejército español, y porque no se le dió la vanguardia para pelear este dia con el Bearnés, hizo dejacion de su compañía. Alexandro tuvo desto algun enfado, pareciéndole que D. Fadrique, no obstante que no le tocaba el puesto que pedia, no habia usado del respeto y decoro que se le debia, y sin darle otra respuesta aceptó la dejacion. La compañía la proveyó sin dilatarlo un punto en D. Alonso de Lerma, entretenido cerca de su persona, natural de Búrgos, valiente caballero, y que en cuantas ocasiones se habian ofrecido en Flandes, de muchos años á aquella parte, habia servido, peleado y trabajado como muy honrado y valiente soldado, y siempre á los ojos de Alexandro; y por ser esto tan notorio, y que todos los soldados de mi tiempo que le conocimos son testigos de sus acciones, no me alargo (aunque pudiera) en referir sus servicios. Es hoy Castellano de Pamplona.

Marchó Alexandro con su ejército otro dia siguiente de Santa Catalina, y fué haciendo su viaje á Flandes, y en el camino, ántes de salir de Francia, despachó al Maestre de campo D. Alonso de Idiaquez por la posta al Rey, su tio, con cartas de crédito y larga comision para darle cuenta del estado de las cosas de Francia y de la jornada que habia hecho á ella, con todo lo sucedido y de las causas que le habian movido para retirarse á Flandes, y que se satisficiese de las calumnias que sus émulos ponian, que pareciéndoles que su fortuna declinaba no cesaban de perseguirle, no siendo esto así, pues la que tienen los hombres no es más de una buena dicha que el cielo les concede, en tanto que con sus acciones hacen de su parte lo que es justo, y el que sale desta obligacion por falta suya, ni tendrá dicha, ni fortuna, y que la de Alexandro declinase por dejar de acudir á todo lo que se le encomendaba, no sé yo qué autor cristiano pueda imaginarlo para escribirlo, como algunos han hecho bien inconsideradamente; pues lo que está del cielo, ni lo pueden juzgar los hombres ni reprobarlo, ni siempre en la guerra, no siendo los Generales asistidos con gente y dineros (que es el principal nérvio de ella), pueden vencer imposibles.

Llevó tambien D. Alonso de Idiaquez particular encargo de procurar dineros para conseguir lo que se deseaba, y de lo que le parecia del establecimiento de un Rey católico en Francia, y de otras cosas tocantes á el órden que Alexandro tenia del Rey, su tio, y que asimismo advirtiese como el duque de Umena enviaba al presidente Janin, que lo era del Parlamento de Borgoña en las pretensiones que adelante escribiré, y para que en España estuviesen advertidos de lo que se habia de responder á Janin, fué muy necesaria la venida de D. Alonso de Idiaquez y para que diese priesa á su despacho; pues miéntras ménos tiempo estuviera en España, se le desviaba al de Umena su intento. Tambien solicitaban la vuelta de Janin los ministros del Rey, nuestro señor, que estaban en Flandes, por parecerles conveniente y medio más eficaz con los católicos para efectuar con más veras sus pretensiones.

Envió el duque de Umena á la corte de España al presidente Janin, gran letrado, enemigo de españoles, de mucho artificio, y á quien daba entero crédito y le estimaba por el fruto que sacaba de sus consejos, para que dijese al Rey católico y le representase cuán acepto seria en Francia que aquella Corona se le diese al Duque, porque como se veia apretado por tantas partes, y que sabia que cuando Alexandro volviese de Flandes le habia de persuadir se pusiese en ejecucion lo que tanto instó en la eleccion de un Rey católico, que era lo que se pretendia, y pareciéndole al de Umena que siendo General de la Liga y por lo mucho que habia trabajado en las guerras de Francia merecia ser Rey de ella, y que el presidente Janin con sus artificios alcanzaria esta dignidad, le envió á España á representarle al Rey, nuestro señor, estas y otras muchas cosas con el estado de aquellas guerras, y, en particular, que le dijese la poca capacidad que los Príncipes de la sangre de Francia tenian para pretender la Corona, y que por hallarse el de Umena introducido con su cargo y tan aficionado á las cosas de España, como lo habian sido sus hermanos el Duque y Cardenal de Guisa, era justa su pretension; y en este medio que tan de veras procuraba el de Umena el ser Rey, no faltaba

quien decia que traia pláticas con el Bearnés, de que muchos príncipes de Francia estaban muy sentidos. Estas cosas y otras que de allí adelante se ofrecieron dieron causa pará hacer al Duque muy sospechoso, y en algunas villas y lugares de los católicos de Francia tenian muy gran sentimiento, y de allí adelante confiaban ménos que solian de las cosas del de Umena, y lo mismo su hermano el duque de Nemurs, por cuya causa él y todos los demas confederados escribian al Rey católico poniendo en sus manos aquella causa para que la dispusiese de suerte que con tener un Rey justo y cristiano cesasen las guerras y calamidades de Francia. Tambien el Bearnés, por su parte, habia buscado medios para que le admitiesen en aquella Corona con algun buen concierto, pero como no se esperaba dél ninguna cosa que estuviese bien á la cristiandad, no dando la obediencia á la Iglesia, se le cerró la puerta á su pretension.

El presidente Janin llegó á España despues de D. Alonso de Idiaquez, aunque habia partido ántes: dió los despachos del duque de Umena y larga cuenta de su comision, y con haberle los del Consejo de Estado del Rey, nuestro señor, representado que no parecia bien, ni era justo que diese el derecho que tenia la señora Infanta Doña Isabel, su hija, á la corona de Francia, y que con esta respuesta pudiera quedar desengañado de su pretension, todavía instaba en ella, que le parecia tenia el duque de Umena accion á aquella Corona; y visto que Janin hablaba por él con tanta pasion, se le desvió el intento, y el Rey, nuestro señor, mandó que le agasajasen mucho, y le mandó dar una muy buena cadena de oro, y se volvió á Francia, y D. Alonso de Idiaquez fué muy bien oido, y se le dieron despachos para Alexandro muy cumplidos en conformidad de los que habia llevado para el buen expediente y conclusion de los negocios de Francia, y se le dió á entender (segun se dijo), que el haberle dicho á Janin los derechos que la señora Infanta Doña Isabel tenia á la corona de Francia, fué por desviar al de Umena de aquella pretension; y en caso que se hubiera de dar á persona de la casa de Lorena, era más justo á la del Duque, como cabeza de ella; y cuando los confederados de

Francia contradijeran esto, por no ser el duque de Lorena natural de aquel reino, parece era más justo se eligiese al duque de Guisa, pues de esta Casa era el duque de Umena hijo segundo; pero en todo pretendia ser el primero, así por las causas que he referido, como porque se le habia puesto en la cabeza el ser Rey, de manera que no habia quien le hiciese desistir de esta pretension; y se entendió que, en caso que no saliera con ella, gustara más se le diera al Bearnés que no á otro ningun Príncipe de la sangre de Francia.

Alexandro prosiguió en su viaje de Flandes y llegó con su ejército cerca de la villa de Guisa, adonde hizo alto un dia para dividir la gente á sus alojamientos, que era la que se habia de quedar á órden del duque de Umena, y á invernar en la provincia de Picardía, frontera y confines de Flandes; y porque en este camino sucedió la muerte de Doña Beatriz de Mendoza, y ser tan conocida en el ejército español, sin haberse apartado dél desde el tiempo del señor D. Juan de Austria, la escribiré por cosa notable, y porque fué de las más celebradas mujeres y de más estima que hubo en aquellos países, y yo la conocí muy rica y poderosa; y tanto, que yendo de Italia á Flandes con los tercios españoles, pasó las montañas de San Bernardo (cosa jamás vista por ser muy ásperas é inaccesibles) en una carroza, y la desarmaban (porque era de encajes) los que la servian en los malos pasos, y la volvian á armar cuando era necesario, y llevaba para ella y sus criadas hacaneas de respeto, y en la que ella caminaban tenia un sillon de plata y gualdrapa de terciopelo bordada con mucho oro, cosa que un Príncipe sólo podia y no otra persona. Hizo mucho bien á pobres soldados, y dió grandes limosnas y socorros; y cuando Alexandro estuvo en el sitio de Mastriq repartia en las trincheas de los españoles cantidad de pan y queso, vino y cerveza con que remediaba en parte sus necesidades, y en esta jornada de Francia la ví muy enferma y tan pobre, que comia de limosna y marchaba á pié algunas jornadas, sin que se doliese della ningun galan de los muchos que la habian servido para llevarla á caballo. Murió en una caballeriza sobre un haz de paja, en la villa de Bren, en

la provincia de Picardía, alojamiento que tuvo el tercio de Don Alonso de Idiaquez y el de Camilo Capezuca, como presto escribiré. Este fué el desdichado fin que hizo esta pecadora, habiendo sido en su vida regalada y servida de muchos Príncipes y señores, de Maestres de campo y otros Capitanes. Tengo por cierto que los trabajos y necesidades que pasó en lo último de sus dias fueron descuento de sus pecados, y que por las muchas limosnas y bien que hizo á pobres soldados tuvo Dios misericordia de su alma. Esta muerte sirvió de ejemplo á muchas mujeres que andaban en estas guerras entre los españoles para retirarse con lo que tenian, y se casaron, y pudiera decir los nombres dellas si fuera lícito.

El tercio de españoles del Maestre de campo D. Alonso de Idiaquez, y el de italianos de Camilo Capezuca entraron á alojar en la villa de Bren, y en la de Fertémilon entró el de napolitanos, cuyo Maestre de campo era Pedro Gaetano y le gobernaba el capitan D. Alejandro de Limonte; y el de españoles de D. Antonio de Zúñiga en la villa de Velli, y en la de Sanson alojó el duque de Umena y su corte con los valones y la caballería en los lugares de sus contornos. Toda esta gente seria número de dos mil y quinientos infantes y cuatrocientos caballos con el resto del ejército y las bandas de Flandes.

Despues de haberse despedido del duque de Umena y encargádose de la gente, se partió Alexandro á los Países-Bajos con harto cuidado de ver le era forzosa su ida á aquellos Estados á prevenir lo necesario, y forzoso para resistir al conde Mauricio que, como he apuntado, amenazaba con una guerra muy viva; y porque como veia las fuerzas del Rey católico divididas, y sus soldados tan mal asistidos, se atrevia á oponerse á cualquiera empresa que se le ofreciese, y que habiendo de volver á Francia á cumplir el órden que tenia del Rey, su tio, de asistir á la union católica, no podia ménos de cuidar de lo uno y lo otro, como persona de quien pendia la gravedad de tanto peso y máquina como el que Alexandro traia sobre sus hombros. Llegó á la corte de Bruselas, á los 2 de Diciembre deste año, donde halló las cosas en más peor estado

del que desde Francia habia antevisto; y en tanto que daba el remedio á ellas necesario, escribiré algunas facciones que el duque de Umena intentó con la gente del Rey, nuestro señor, que le quedó á cargo, porque su inquieta y natural condicion de francés no le daba lugar á otra cosa. En este medio corrió una nueva en el reino de Francia, que como estaban á la mira de las acciones del Bearnés y del sitio que habia puesto á la villa de París, decian que si saliera con esta empresa no se le podia negar la Corona; pero como vieron sus amigos el mal suceso, enflaquecieron sus esperanzas y no le favorecian con tanto calor como ántes; pero los protestantes de Alemania no le faltaban con sus ayudas, y públicamente se las daban con dineros y gente, y no ménos algunos potentados de Italia, que siempre por su razon de estado hacian lo mismo; pero con más disimulacion le enviaban de secreto muchas sumas de dinero, y con negociaciones que algunas veces eran de tanto útil como lo demas, y los amigos que tenia en París no cesaban ni se perdian de ánimo, no obstante el mal suceso que tuvieron sus cosas, en favorecerle y ayudarle en cuanto podian. Isabel, reina de Inglaterra, hacia lo mismo, y esto como en ella no era cosa nueva lo continuaba en todas ocasiones. Con estas ayudas tenia siempre el Bearnés buenas esperanzas que le daban osadía para intentar y emprender cualquiera faccion; y deseando hacer alguna buena el duque de Umena con la gente que tenia, la desalojó dejándose la infantería española las banderas en sus alojamientos por las razones que he referido; y habiendo marchado á la ligera á Pontarsi con el tercio de españoles del Maestre de campo D. Antonio de Zúñiga, el mismo dia que fué sobre él, y en este medio unas tropas de corazas del Bearnés con alguna infantería perdida, y en su lengua *infans perdus,* fueron á un lugar que se llama Molin cerca de Velli, donde estaba la mayor parte del bagaje del tercio de D. Antonio de Zúñiga, y una mañana, ántes del dia, arrimaron un petardo á una puerta del lugar, y poniéndole fuego la volaron y entraron de tropel hasta la plaza, pero fueron resistidos valerosamente de algunos soldados españoles que estaban de guardia al bagaje, siendo

gobernados del capitan Juan de Ubierna, natural de Nájera y muy valiente soldado, que con su valor y asistencia volvieron á echar los franceses fuera del lugar, habiendo ántes muerto algunos dellos. Señalóse su alférez Juan Francisco de Ulloa, sobrino de dos Capitanes deste nombre, valientes y muy osados, y que en las guerras de Flandes habian servido honradísimamente, naturales todos del Valdeminor, en Galicia.

Retirándose el tercio del Maestre de campo D. Antonio de Zúniga á su alojamiento, despues de haber ganado á Pontarsi, salió el capitan Juan Brabo de Lagunas á forrajear con una escolta de trescientos soldados del mismo tercio; y llegando cerca de una villa donde habia un fuerte presidio del Bearnés, salieron los soldados de él á escaramuzar con los trescientos españoles que llevaba Juan Brabo, y empeñáronse tanto, que aunque quiso retirarlos no pudo; y conociendo este famoso Capitan el peligro en que se habia puesto, y que si se retiraba le habian de degollar su gente, tuvo por mejor encomendarse á su buena fortuna con el valor que la acompañaba, que no á otra resolucion; y teniéndola tan honrada como se podia desear, cerró animosamente con los franceses enemigos y los rompió y degolló la mayor parte; y siguiendo la victoria se entró tras de ellos en la villa, y la ganó, y lo mismo una iglesia que habia en ella muy fuerte, donde se habian retirado algunos enemigos. Sobre esta plaza habia ido Monsieur de Balani con dos mil hombres y algunas piezas de artillería, y se retiró sin ganarla; y habiéndole sucedido mejor al capitan Juan Brabo, se puede muy bien loar esta faccion; pero si en otro Capitan fuera, lo encareciera como es justo por la gran dificultad que hubo para ganarla, pero en Juan Brabo no era mucho lo que hizo, porque sabia muy bien acometer y vencer mayores imposibles. Y porque he referido que es hoy Maestre de campo de infantería española en el Piamonte, y del Consejo de guerra del Gobernador del Estado de Milán y de otros muchos servicios que ha hecho al Rey, nuestro señor, en las guerras de Flandes, no me detendré en éste, aunque pudiera por merecerlo tanto.

Despues de haber llegado Alexandro á la villa de Bruselas trabajó tanto en prevenir los socorros que habia de hacer y llevar á Francia, que no descansaba un punto, porque como se veia sin dineros, y que sin ellos no podia hacer cosa que fuera de importancia, lo sentia demasiado, y más de ver el tercio de españoles del Maestre de campo Manuel de Vega, alterado en las villas de Diste, y Arentales y Liao, y que no hallaba medios para satisfacerle ni volverle á la obediencia del Rey, su tio, si bien habia enviado personas á hablarles para reducirlos, y no habian podido; y viendo la entereza que tenian, y que sin dineros no podia sacar fruto de lo que deseaba, los dejó por entónces hasta otra mejor ocasion; y las banderas de este tercio en los Capitanes y soldados leales que no se habian querido hallar en esta alteracion, porque estaban con algunas incomodidades en la villa de Vilborde, mandó que los llevasen á alojar á las de Nuestra Dama de Hao ó Henante, y á la de Nivela de las Damas, donde lo pasaron muy bien y estuvieron todo aquel invierno, dándoles cada mes su paga.

Parece que estas dos plazas, por estar cerca de Bruselas, las habia diputado Alexandro para este efecto, porque tambien en ella estuvieron las banderas y Oficiales del tercio de Don Juan Manrique de Lara, cuando estuvo alterado en la villa de Cortray, y el darles Alexandro su paga cada mes, teniendo tanta necesidad, fué por ver si por este camino podia obligar á los alterados á que se saliesen á servir debajo de sus banderas; pero muy pocos se fueron á ellas, porque todos deseaban sus pagas por entero, y dábale esto tanto cuidado como otras cosas, y no ménos el haber hallado en Bruselas al coronel Francisco Verdugo, que, como ya escribí, habia ido á dar cuenta al conde Mansfelt de las necesidades de Frisa, y habiéndoselas representado á Alexandro, le suplicó encarecidamente que el remedio más eficaz que hallaba para que el conde Mauricio no saliese con ninguna empresa de las que intentase, era entrar con su ejército por las villas de Deventer y Zufent y país de Utreque, en la Holanda, donde podria hacer muy grandes progre-

sos, cosa que sentirian los rebeldes mucho y seria ocasion que la gente ordinaria de aquellas provincias, acordándose de los agravios que habian recibido de los rebeldes, se reducirian al servicio del Rey, nuestro señor, ántes de pasar otra vez por ellos; y ya que Alexandro no quisiese hacer esta entrada y efecto, que á lo ménos proveyese á las villas de Deventer y Zufent de todo lo necesario para resistir cualquiera acometimiento que por aquella parte los rebeldes les hiciesen, de manera que se pudiesen sustentar y entretener, teniendo el socorro prevenido con tiempo; que pues el conde Mauricio con el ejército holandés que tenia aprestado estaba con tan gran determinacion de hacer una muy sangrienta guerra, que no dudaba sino que estas dos villas, tan importantes y poco fuertes, serian las primeras que habia de acometer por lo mucho que les importaba á ellos.

Alexandro oyó muy bien á Francisco Verdugo y le ofreció de asistirle con todo lo necesario; y algunas personas que se hallaron presentes dijeron lo que otras veces, que siempre Francisco Verdugo se quejaba que se perdia Frisa y no se acababa de perder; pero como él sabia los designios del enemigo (demás de su larga y mucha experiencia), no dió oidos á lo que sus émulos decian, y le volvió á suplicar á Alexandro que él sabia por cosa cierta que el conde Mauricio estaba apercibido para acometer y deshacer las fuerzas que el Rey, nuestro señor, tenia en Frisa; que le socorriese con mucha brevedad, porque los daños que se ofrecian eran muchos, y que él no tenia gente ni dineros para resistir á los rebeldes, y que sin su ayuda y socorro no le era posible hacer ninguna defensa; y le hiciese merced que, en tanto que se le daba el socorro que pedia, le diese licencia por ocho dias para llegarse á Lucemburg á negocios forzosos que allí tenia. Alexandro se la concedió con promesa que allí se le enviaria todo el despacho muy cumplido para lo que pedia, á su satisfaccion; y el que le enviaron fué mandarle volver á su gobierno de Frisa, sin dinero, ni gente ni esperanza dello. Tanto podian los émulos de Francisco Verdugo con Alexandro, que como poderosos y de su Consejo no

habia razon ni causa justa que aprovecharse con ellos para que á Francisco Verdugo se le diese el socorro que pedia, dando siempre á entender eran temores que tenia y no necesidad, como si el pobre caballero no hubiera probado su intencion á vista de los ojos del mundo y hecho tantos y tan particulares servicios al Rey, nuestro señor, con tanta sangre derramada y con tanta satisfaccion de Alexandro, como en estos escritos se ha visto; pero la emulacion y envidia le tuvieron á Francisco Verdugo atadas las manos; y es cierto que si se las hubieran soltado, asistiéndole como era justo, fuera posible, por la parte de Frisa, haber señoreado á Holanda y á otras provincias; y habiendo vuelto de Lucemburg le dijo otra y otras muchas veces á Alexandro le socorriese, porque si no lo hacia tenia por muy cierta la pérdida de Frisa. Volvióle á mandar Alexandro que se fuese luégo á su Gobierno con toda brevedad, porque él tenia el mismo aviso de los rebeldes que Francisco Verdugo le habia significado, el cual no quiso replicar más á Alexandro, sino obedecelle; pero hízole un protesto de que su vuelta á Frisa, sin gente ni dinero, haria más daño que provecho, porque sus soldados y la gente del país estaban confiados que no volveria sin lo necesario para su defensa. Con estas malogradas esperanzas se partió Francisco Verdugo á su gobierno, y con tanto disgusto y descomodidad, que áun para su viaje no halló cien escudos; pero el conde Mansfelt le socorrió, y con sólo sus criados y una poca escolta que le dieron en Güeldres, pasando el Rin por el fuerte de Res, se entró en Hanolt, y de allí envió por escolta de la gente de su gobierno, y con ella se fué á la villa de Zufent, donde le dejaré previniéndose para los sucesos que esperaba, en tanto que escribo algunos de los que se ofrecieron el año de 1591, como en él lo veremos.

FIN DEL TOMO SETENTA Y TRES.

INDICE.

LIBRO NOVENO.

DE LAS GUERRAS CIVILES Y REBELION DE FLANDES, EN QUE SE CONTIENEN LOS SUCESOS DEL AÑO 1585.

Páginas.

Buena diligencia de Alexandro.—Por qué se dijo el fuerte de la Perla.—Artificios de Aldegonde.—Embajadores de Holanda al rey de Francia y diligencias de D. Bernardino de Mendoza.—El coronel Martin Esquenque deja el servicio del Rey católico y se va al de los rebeldes.—El fuerte que llamaron del Esquenque.—El conde Holac va á ganar por trato la villa de Bolduque y su retirada.—Los católicos de Bolduque degüellan los rebeldes y matan á Fernando Truches.—Bruselas apretada.—Llega á Flandes D. Ambrosio Landriano.—Eleccion de Capitanes.—Refuerza Alexandro la guarnicion de Vilborde y rómpense los cuarteles.—Necesidad de los cercados de Bruselas.—Embeleco de un flamenco.—El alférez Juan Pelegrin, Sargento mayor de Vilborde por órden de Alexandro.—El conde Holac teme dar la batalla á la guarnicion de Vilborde.—Jorge Basto, Comisario general de la caballería católica va á impedir el paso al conde Holac y lo rompe.—El capitan D. Sancho Martinez de Leiva con sola su compañía de caballos sigue á Holac y le degüella mil raytres.—El conde Herman de Ber-

Páginas.

gas y su hermano Oswolt se reducen al servicio del Rey católico.—Los rebeldes prenden al capitan Alonso de Frias.—La villa de Nimega se rinde de su voluntad al Rey católico.—Necesidad de Bruselas y crueldad de una madre con sus hijos.—Carta de Alexandro á los cercados de Bruselas.—La villa de Bruselas se rinde á Alexandro y los pactos que les concedió.—Puesta en perfeccion la máquina y puente de la estacada, la guarnece Alexandro de infantería española.—Guarnece Alexandro los fuertes de la estacada de infantería de las naciones.—Ingenios para defensa de la estacada.—Diferentes ingenios para la defensa de la estacada.—Aldegonde perturba la paz de Amberes.—Prevenciones que hacen los de Amberes para romper la estacada.—Los de Holanda previenen una armada para romper la estacada y socorrer á Amberes.—Inteligencias de Alexandro de ganar por trato la villa de Ostende.—Alexandro encarga la empresa de Ostende á Monsieur de la Mota.—Los valones de Monsieur de la Mota ganan un rebellin en Ostende.—Los rebeldes de Ostende recuperan el rebellin, y los católicos lo desamparan feamente y pierden sus banderas con mucho daño.—El armada holandesa se previene para romper el contradique.—Alexandro fabrica cuatro fuertes en el contradique y los refuerza con gente.—La armada holandesa bate el fuerte de Canton de Amor y lo gana.—Los rebeldes ganan el fuerte de San Anton.—Castigo que da Alexandro á un Capitan valon.—Los rebeldes ganan el fuerte del Norte y la isla de Dula.—Hace Alexandro el fuerte de Nardut y refuerza las guardias.—Fuerte del capitan Serrano.—El marqués de Rubes acomete la armada holandesa.—Un italiano hizo los ingenios de fuego para quemar la estacada.—Diligencias y órdenes de Alexandro para resistir las minas de fuego.—Valor de un Capitan valon.—Efectos que hacen los navíos de fuego.—El alférez Alonso de Vega importuna á Alexandro huya del peligro de las minas.—Confusion del ejército y daño que hizo la mina grande del fuego.—Número de los muertos.—Muerte del marqués de Rubes y del baron de Velli.—Alexandro pierde el sentido del daño de la mina.—Extraño caso.—Por

Páginas.

intercesion de Santa Leocadia libra Dios á Alexandro de la muerte.—Forma de la mina grande de fuego.—La armada holandesa perdió la ocasion que tuvo de socorrer á Amberes.—Amor que Alexandro tuvo á sus soldados.—Manda Alexandro reedificar todo lo que la mina de fuego habia desbaratado.—El capitan Torch, inglés, hacia dar á la banda á las minas de fuego.—Por la parte de Lillo fueron otros dos navíos de fuego y no hicieron daño.—Los rebeldes sitian y baten el castillo de Lillo.—El castillo de Lillo se rinde á los rebeldes.—Los italianos rinden un castillo á los rebeldes.—Pláticas del Sargento mayor, Juan Pelegrin, con Montelimar, francés.—Esperanzas del trato de Malinas.—Invenciones de Montelimar.—Nuevo engaño de Montelimar.—Trato de Blocus y su fortaleza.—Nueva invencion de Montelimar.—Buena prevencion de guerra.—Nueva traicion de Montelimar.—Nuevo engaño de Montelimar.—Gran astucia de traidor.—El capitan Mosquetier y Laliano entran en las emboscadas rebeldes.—Los católicos se retiran de las emboscadas rebeldes y nueva astucia de Montelimar.—Monsieur de Temple, Alférez del gobernador de Malinas, avisa al de Vilborde se guarde por sospechas que tenia del trato.—El capitan Monsieur de Viñater herido de su Teniente.—La armada rebelde se arrima al contradique y desembarca gente, y los españoles los resisten y les degüellan muchos y cuatro Capitanes.—Parte del ejército español va á ganar la isla de Dula y se retira sin hacerlo.—Nuevos y extraordinarios ingenios que los rebeldes de Amberes hacen para romper la máquina de la estacada.—Daño que hicieron las minas de fuego de los rebeldes en la estacada.—Nuevas minas de fuego no hacen efecto en la estacada.—Alexandro refuerza el contradique con gente y reparos.—La armada rebelde se arrima al contradique con intento de cortarle y echarle en tierra.—El capitan Simon de Padilla resiste y degüella gran número de rebeldes.—Alexandro fabrica el fuerte de la Palata y reedifica el contradique y manda hacer otros fuertes.—Confusion de los rebeldes.—Los rebeldes fabrican el navío que llamaron el *Fin de la guerra*, y los españoles la *Carantamaula*.—La *Ca-*

Páginas.

rantamaula sale de Amberes y se arrima al contradique y bate el fuerte de la Victoria y le asaltan.—Retírase la *Carantamaula* con pérdida de cuatrocientos soldados.—Encállase junto á Ordan.—Forma y medida de la *Carantamaula*.—Número de la guarnicion de soldados que tenia la *Carantamaula*.—Tratan los rebeldes y Aldegonde de matar á Alexandro.—El marqués del Vasto, General de la caballería católica por muerte del de Rubes, y el cargo de la estacada al conde Cárlos.—Los Estados rebeldes se resuelven ir con todas sus fuerzas á romper el contradique.—Las armadas rebeldes cierran con el contradique y no hacen efecto las minas de fuego.—Batalla del contradique.—Los rebeldes ganan el contradique y se fortifican.—Ingenios pocas veces vistos.—Cortan los rebeldes el contradique por catorce partes.—Muerte del capitan Simon de Padilla y del alférez Diego de Chaves.—Valor de la infantería italiana.—Los navíos rebeldes se retiran y otros quedaron en seco.—Siempre dura la batalla en el contradique.—El conde Holac y Aldegonde desamparan su ejército y cortan una mano al capitan Simon de Padilla, y se van con ella á Amberes.—Prosíguese la batalla del contradique.—La tierra que ocupa el ejército español en el sitio de Amberes.—Los Capitanes españoles protestan á D. Juan del Aguila socorra á los del contradique.—El conde Mansfelt se aconseja con los Capitanes españoles para cerrar con los trincheones de los rebeldes.—Valor y buen consejo del capitan Agustin Roman.—Mansfelt se resuelve cerrar con los rebeldes.—Los Capitanes del tercio de Mondragon cierran con los rebeldes.—Los Capitanes del tercio de Pedro de Paz, en oyendo la señal de arremeter, cierran con los enemigos.—Alexandro saca cien picas de la estacada á cargo del capitan Torre de Vivero y va á socorrer el contradique.—Alexandro manda cerrar las cien picas que llevó de la estacada con los rebeldes.—Valor del sargento Alonso de Ribera.—Buena industria y valor del Sargento mayor Simon de Itúrbeda.—Los rebeldes del cortradique comienzan á perder el ánimo y á retirarse.—Valor de Jorge Ribera Zambrana.—El ejército y armada rebelde roto y desbaratado.—Aparicion del

Páginas.

glorioso Santiago en la batalla del contradique.—Número de los soldados rebeldes que murieron en la batalla del contradique, y de otras personas particulares.—Número de los que hirieron y mataron del ejército español en la batalla del contradique, y de los que se señalaron.—El contento que Alexandro tuvo de la victoria de la batalla del contradique, y mercedes que hizo á sus soldados.—Castigo que dió Alexandro á soldados que huyeron en la batalla del contradique.—El conde Cárlos reconoce la *Carantamaula* y desgracia que le sucedió.—Los católicos rompen á los rebeldes y les ganan tres banderas.—El Sargento mayor Juan Pelegrin lleva á Alexandro al Teniente de Monsieur de Viñater.—Misericordia de Alexandro.—El capitan D. Sancho Martinez de Leiva rompe con su compañía un convoy de los rebeldes—Por qué se dijo la rota de los paquetes.—Los de Amberes desean la paz.—Artificios de Aldegonde.—Alexandro siente no se guarden sus órdenes.—El capitan Baltasar de Hortigosa y el Sargento mayor Juan Pelegrin matan á puñaladas al Teniente de Monsieur de Viñater.—Alexandro aprieta el sitio de Amberes y gana el burgorante y otras plazas.—Alexandro da órden al marqués del Vasto destruya las campañas de Amberes.—Manda Alexandro á la guarnicion de Vilborde destruyan las campañas de Malinas.—La guarnicion católica de Vilborde rompe á la de Malinas y la retira á la villa.—Los rebeldes hacen un fuerte para guardar los panes de los contornos de Malinas.—El marqués del Vasto rompe una tropa de rebeldes y deguella una buena parte.—Alexandro envia socorro para apretar á la villa de Malinas.—Buen acuerdo de Alexandro.—La Mota y Montani ganan un fuerte de los rebeldes y se juntan con D. Ambrosio Landriano.—Los capitanes Baltasar de Hortigosa y Diego de Vargas ganan á los rebeldes tres charruas de guerra.—Los rebeldes desamparan la isla y se huyen á Malinas.—Puente y estacada en el rio de Malinas.—Necesidades de Amberes.—El magistrado de Amberes envia embajadores á Alexandro.—Daniel Glaner va á Amberes con pasaporte de Alexandro á tratar la paz por los mercaderes de Alemania.—Aldegonde y otros embajadores

Páginas.

salen de Amberes para tratar la paz con Alexandro.—Oracion de Aldegonde.—Nueva respuesta de Alexandro á Monsieur de Sante Aldegonde.—Alexandro da órden á Monsieur de Hautepena sitie con fuertes la villa de Grave.—Temen los rebeldes de Amberes perder el imperio que en ella tenian.—Mercedes que hace el Rey católico á su sobrino Alexandro.—Carta de Monsieur de Sante Aldegonde al conde Mauricio.—El efecto que hicieron tres minas de fuego que echaron los rebeldes para romper la estacada.—Los comisarios de Amberes van á tratar de la paz con Alexandro.—La villa de Malinas y otras plazas se rinden al Rey católico.—No hacen efecto las minas de fuego de los rebeldes.—Los rebeldes desamparan el fuerte de Villabruque.—El fuerte de Santa Margarita se rinde al marqués de Rentin.—Las tropas del ejército español que estaban sobre Malinas se van al sitio de Amberes.—Condiciones de la paz de Amberes y prisioneros de ambas partes.—Alexandro envia al capitan Pedro de Castro á Amberes á firmar los capítulos de la paz, y el escándalo y alboroto que hubo en aquella villa.—Diez y siete religiones de herejes en Amberes.—El mayor hereje de Amberes era Aldegonde.—La deseada paz de Amberes se divulga en los Países-Bajos.—Alegrías de la paz de Amberes.—Alexandro recibe el órden del Tuson y su ejército lo celebra.—Constancia y fortaleza de la nacion española: trabajos y necesidades que pasó en el sitio de Amberes.—Capítulos de la paz de Amberes.—Alexandro jura y firma los capítulos de la paz de Amberes y promete ratificarlos y se publican.—Alexandro entra en Amberes y la presidia de soldados católicos.—Fiestas que hacen en Amberes á Alexandro.—Fiestas que hace el ejército español por la victoria de Amberes.—Alexandro va á la estacada á ver las fiestas de sus soldados y convida en ella á todas las damas de los Estados.—Las personas que sirvieron á la mesa en el banquete de la estacada.—Saraos en la estacada.—Manda Alexandro deshacer la estacada.—Palabras del duque Otavio á Alexandro, su hijo.—Manda Alexandro se hagan las cuentas y paguen lo que se les debe á los españoles é italianos.—Provisiones que hace Alexandro.—

Páginas.

Motin de valones del ejército de Alexandro.—Alexandro con cuatrocientos españoles va á remediar el motin de los valones.—Castigo que da Alexandro á Capitanes amotinados.—Monsieur de la Mota hace dos fuertes junto á Ostende.—Plática de los holandeses con Alexandro.—Palabras del duque de Alba, dignas de memoria.—Alexandro encarga parte del ejército al conde Cárlos y llega con él á Tornante.—Partes y servicios del Maestre de campo D. Francisco de Bobadilla.—Llega á Flandes con su tercio el Maestre de campo D. Francisco de Bobadilla.—El conde Cárlos sale de Tornante con los tercios españoles y los divide.—D. Francisco de Bobadilla con tres tercios de españoles entran en la isla de Bomel.—Alexandro da órden al Padre Miguel Hernandez lleve á la ciudad de Toledo el cuerpo de Santa Leocadia.—Júntase Holanda y Gelanda con una gruesa armada para anegar en la isla de Bomel á los españoles.—El armada rebelde corta dos diques para anegar á los españoles.—El armada rebelde bate á los españoles y ellos se defienden.—Los rebeldes quitan el paso á los españoles.—El capitan Torralva va á dar aviso al conde Cárlos del peligro de los españoles.—Cuarteles y defensas de los españoles.—Los españoles baten el armada rebelde y se retira con daño.—El alférez Zambrana va con órden del conde Cárlos á dar esperanzas del socorro á D. Francisco de Bobadilla y vuelve con la respuesta.—Premio que da D. Francisco de Bobadilla á los marineros que tenia.—Órden que da D. Francisco de Bobadilla á los Sargentos mayores.—D. Francisco de Bobadilla hace reconocer un desguazo.—El capitan Melchor Martinez va con embajada al conde Cárlos.—Los rebeldes dan caza con una galeota al capitan Melchor Martinez.—Los rebeldes siguen al capitan Melchor Martinez y le hieren de un mosquetazo.—Por órden de D. Francisco de Bobadilla ganan los españoles una isla.—Los españoles del tercio de D. Juan del Aguila baten el armada rebelde y le hacen daño.—Fuertes que hacen los rebeldes en las islas para apretar el sitio á los españoles.—Trabajos de los españoles en la isla de Bomel.—Órden del conde Cárlos á D. Francisco de Bobadilla para librar los

Páginas.

españoles del peligro de Bomel.—El conde Cárlos bate los fuertes de los rebeldes.—Los rebeldes queman las barcas que iban á socorrer los españoles sitiados en Bomel.—Confusion de los españoles cercados en Bomel.—Los españoles sitiados echan ménos á Alexandro y claman por él.—Necesidades y confusiones de los españoles sitiados de Bomel.—Razonamientos de D. Francisco de Bobadilla á sus soldados.—Notable milagro.—Cofradías de Nuestra Señora en los tercios españoles.—Nuevos trabajos que los españoles pasan en Bomel.—Plática y exhortacion que D. Francisco de Bobadilla hace á sus soldados.—Bárbara y temeraria resolucion de españoles.—Los burgueses de la villa de Bolduque ofrecen socorro al conde Cárlos para librar los españoles de Bomel.—La villa de Bolduque, de las más leales en Flandes, hace devociones por la libertad de los españoles de Bomel.—Fe y esperanza de la nacion española.—Los católicos de Bolduque continúan en sus devociones para librar los españoles de Bomel.—Nuevas devociones de Bolduque y piedad que tuvieron á los españoles.—Bomel.—Un atambor de los rebeldes va con embajada á D. Francisco de Bobadilla.—El capitan Torralva con órden de Don Francisco de Bobadilla corta un dique junto á Hasdem.—D. Francisco de Bobadilla anima á sus soldados en los trabajos que pasan en Bomel.—El conde Cárlos bate el armada enemiga.—Los navíos rebeldes se comienzan á retirar.—D. Francisco de Bobadilla manda ocupar algunas isletas.—Los rebeldes desamparan las isletas.—Valor de un soldado.—Los navíos rebeldes desamparan sus puestos por temor de los yelos.—La arcabucería y mosquetería española hace daño á los rebeldes.—D. Francisco de Bobadilla va con dos pleytas sobre los fuertes de los rebeldes.—El capitan Juan de Valencia ofrece á D. Francisco de Bobadilla ganar los fuertes rebeldes.—Los capitanes D. Pedro Ramirez de Arellano y Juan de Valencia van sobre los fuertes rebeldes con mucho trabajo.—Los rebeldes desamparan los fuertes y los españoles los ocupan.—Los españoles sitiados en Bomel están fuera de peligro.—Los españoles enfermos comienzan á salir de la isla.—El conde Cárlos se

Páginas.

alegra con los españoles y les remedia su necesidad y acompaña las banderas.—La postrera persona que salió del peligro de Bomel fué D. Francisco de Bobadilla.—Fuerza en los yelos causada por milagro.—Número de los españoles que estuvieron sitiados en Bomel y sus banderas.—Sabe Alexandro nueva de Bomel y va á librar los españoles.—Valerosa determinacion de Alexandro.—Carta de Alexandro á D. Francisco de Bobadilla.—Alexandro manda apretar el sitio de la villa de Grave.—Monsieur de Hautepena gana dos fuertes á los rebeldes y otras plazas..... 3

LIBRO DÉCIMO.

DE LAS GUERRAS CIVILES Y REBELION DE FLANDES, EN QUE SE ESCRIBEN LOS SUCESOS DEL AÑO 1586.

Alexandro da órden á Monsieur de Hantepena sitie la villa de Nus.—Los españoles aprietan el sitio de Grave.—Los rebeldes hacen un fuerte cerca de Venló.—Alojamiento del ejército español.—El capitan Pedro de Corvera ocupa una abadía cerca de Venló con cien soldados.—Francisco Verdugo ordena á Juan Bautista de Tassis haga un fuerte junto á la villa de Arnem.—Aníbal Gonzaga rompe los rebeldes.—El conde de Solms, gobernador de Gelanda, con sesenta heridas.—Causas que le movieron al coronel Esquenque para dejar el servicio del Rey católico.—Desórdenes y daños que el Esquenque hacia.—El Esquenque hace un fuerte en el rio Val.—Segundo y tercero desden que Alexandro dió al Esquenque.—Merced que hizo Alexandro al Esquenque.—El Esquenque sitia el fuerte de Nimega.—Francisco Verdugo pasa el Rin con su ejército y va sobre el Esquenque.—Francisco Verdugo sitia un fuerte de los rebeldes.—Ríndese el fuerte de los rebeldes á Francisco Verdugo.—Muerte del capitan Claraute.—Juan Bautista de Tassis entra en el país de Utreque á recoger las contribuciones para el sustento de los soldados católicos.—Los rebeldes cierran con la gente del cargo de Juan Bautista

Páginas.

de Tassis.—Por el buen consejo de Francisco Verdugo tiene Tassis victoria de los rebeldes.—El Conde de Murs y el coronel Esquenque huyen en lo mejor de la batalla, y Monsieur de Villers queda preso en poder de Tassis.—El Esquenque sitia la abadía que defendia el capitan Corvera.—El Esquenque asalta el abadía y Corvera se defiende con mucho valor.—Dan los rebeldes á la abadía segundo y tercero asalto, y los españoles los resisten.—Los rebeldes rompen y degüellan los españoles, y queda en su prision el capitan Corvera.—Buen gobierno de D. Francisco de Bobadilla.—Por órden de Alexandro reforma catorce banderas españolas D. Francisco de Bobadilla.—Alexandro da licencia á D. Francisco de Bobadilla para venir á España.—Los Estados rebeldes ponen en prision á Monsieur de Aldegonde porque rindió la villa de Amberes á Alexandro.—Las islas de Holanda y Gelanda dan la obediencia á la reina de Inglaterra.—Ayudas de Isabel de Inglaterra contra el Rey católico.—Artificios de Isabel, reina de Inglaterra.—Isabel de Inglaterra procura dar la muerte á Alexandro.—Fuerzas de Isabel de Inglaterra contra el Rey católico.—Pasa el rio Mosa por Mastriq el tercio de D. Juan del Aguila á órden del conde Cárlos.—El príncipe de Liege va sobre Nus.—El capitan Hernando de Barragan rompe al coronel Esquenque y le degüella mucha gente.—El conde Holac desembarca con su ejército en el castillo de Mega.—Los rebeldes baten y ganan por asalto un fuerte de católicos junto á Bolduque.—Alexandro junta un socorro para la empresa de Grave.—Designio del ejército rebelde.—El conde Cárlos procura divertir el designio de los rebeldes.—El capitan D. Gonzalo Giron reconoce y toca arma á el armada rebelde.—Los rebeldes ocupan un puesto y se fortifican.—D. Juan del Aguila pasa el rio Mosa con su tercio por un puente peligroso y va sobre el puesto de los rebeldes.—D. Juan del Aguila da órden se acometa á los rebeldes, y por no ordenar sus soldados lo hacen con desórden y sin concierto.—Pierden los rebeldes los puestos que defendian.—Notable desórden de españoles.—No es disculpa en la guerra no prevenir los malos sucesos.—Fea retirada de

Páginas.

españoles.—El sargento D. Jerónimo de Vega y el autor no desamparan su bandera y defienden á su Alférez.—Muerte del sargento D. Jerónimo de Vega.—El autor da buen cobro de la bandera.—Los rebeldes prosiguen su victoria.—Rehácense los españoles y vuelven sobre los rebeldes y los hacen retirar.—Los soldados y Oficiales españoles que más se señalaron en el reencuentro del dique de Batemburque.—Número de los españoles muertos en la rota de Batemburque.—Número de los heridos de la rota de Batemburque.—Número de los rebeldes muertos en el reencuentro de Batemburque.—Aparicion del apóstol Santiago en la rota de Batemburque.—Sentimiento que hizo Alexandro por el mal suceso de la rota de Batemburque.—Los rebeldes ufanos del daño que hicieron á los españoles en la rota de Batemburque.—Los rebeldes ganan el castillo de Batemburque.—El conde Holac socorre la villa de Grave por el país anegado rompiendo un dique.—El conde Cárlos procura estorbar los socorros de Grave.—Una barca de españoles se pierde y se ahogan todos.—Los rebeldes se retiran á su armada despues de haber socorrido á Grave.—No tienen efecto las inteligencias de los rebeldes en ganar por trato algunas plazas.—El conde Cárlos hace un fuerte para apretar el sitio de Grave.—Otro fuerte para apretar el sitio de Grave, llamado el de la Higa, y por qué se dijo.—El alférez Alonso Mendo rompe á los rebeldes y prende al capitan Bordas y muere en la prision.—Juan Bautista de Tassis rompe en Huysum á los rebeldes y les degüella algunos, y ellos á los rebeldes.—Desgraciada y lastimosa muerte del conde Oswolt.—Juan Bautista de Tassis se retira con su gente á Groeninghen y lleva preso á Monsieur de Steynmalts.—Buen respeto de Francisco Verdugo á las cartas del rey de Dinamarca.—El rey de Dinamarca, agradecido de los buenos respetos de Francisco Verdugo, le envia un presente.—Manda Alexandro levantar el sitio de Nus y que Hautepena lleve la gente al de Grave.—Alexandro llega al sitio de Grave y su ejército le recibe con muchos regocijos.—Sentimiento del conde Mansfelt porque su hijo Cárlos procedia tíbiamente en el sitio de Grave.—Valor de

Páginas.

Alexandro.—Alexandro aprieta el sitio de Grave.—Valor de Martin de Morales, soldado español.—Alexandro manda atajar el rio Mosa con un puente y estacada para quitar las pláticas á Grave de otras villas.—Vistas de Alexandro y Francisco Verdugo en el sitio de Grave.—Los rebeldes ganan por asalto un fuerte de los católicos.—Monsieur de la Mota pone buena guarnicion en Brujas y castiga á los que la querian entregar á los rebeldes.—Alexandro aprieta el sitio de Grave.—Batería de Grave.—Descúbrese un trato de Nimega.—Alexandro castiga á los culpados del trato de Nimega.—Los cercados de Grave no admiten la paz que les ofrece Alexandro.—Alexandro manda batir un rebellin de Grave.—Los españoles asaltan el rebellin de Grave y los rebeldes le defienden animosamente.—Españoles botados de la batería.—Los españoles recuperan lo perdido y ganan el rebellin de Grave.—Retíranse los españoles del rebellin con órden de Alexandro y muerte de los capitanes Sancho de Solís y Sotomayor.—Número de los rebeldes muertos en el rebellin de Grave.—Los españoles que se señalaron.—Los rebeldes sitiados en Grave piden la paz y Alexandro se la concede y se rinden.—El castillo de Mega se rinde y Alexandro sosiega la villa de Nimega.—Veinte españoles ganan dos barcas de bastimentos.—El castillo de Batemburque se rinde á Alexandro.—Isabel de Inglaterra hace cortar la cabeza al gobernador de Grave porque la rindió á Alexandro.—El Esquenque hace mucho daño con sus correrías á las tierras católicas.—Ardid de Alexandro y descuido del Esquenque.—Los rebeldes del fuerte de Val se rinden á merced de Alexandro.—El Esquenque rompe un cuerpo de guardia de caballería italiana y se retira con grande peligro.—Alexandro pone sitio á la villa de Venló.—Ríndense los rebeldes de la media luna de Venló.—Gana Monsieur de Hautepena por asalto el castillo de Val y degüella á los rebeldes.—Los españoles de Mondragon ganan un fuerte en la isla de Venló.—Los españoles de D. Juan del Aguila zapan el rebellin de Venló con daño dellos.—La villa de Venló se rinde al Rey católico.—El castillo de Esbal se rinde á Monsieur de Hautepena.—El Esquenque rompe una

Páginas.

compañía de caballos católicos hallándolos apeados.—El Esquenque no guarda la palabra á ochenta valones católicos y los degüella cruelmente.—Alexandro deja el sitio de Arnem y va sobre Nus por cumplir la palabra al arzobispo de Colonia.—Los rebeldes ponen sitio á Hasselt.—Mondragon hace levantar del sitio de Hasselt á los rebeldes y se embarcan.—El capitan D. Juan Chacon ocupa un puesto en la isla de Nus por órden de Alexandro.—Escaramuza entre los sitiados de Nus y soldados católicos.—Los rebeldes asaltan y degüellan los españoles, y prenden al capitan Don Juan Chacon y matan á D. Antonio de Pazos.—Alexandro aprieta el sitio de Nus.—Vistas de Alexandro y el arzobispo de Colonia.—Los sitiados salen á las trincheas españolas y son resistidos.—Los rebeldes sitiados acometen á las trincheas italianas y las desamparan feamente, y las vuelven á recuperar.—Muerte del capitan Julio Grimaldo.—Plántase el artillería sobre Nus y Alexandro convida con la paz á los sitiados.—Los sitiados de Nus intentan una maldad debajo de seguro, no vista ni usada en la guerra.—Valor de Alexandro.—Baterías de Nus.—Los que reconocieron las baterías de Nus.—Alexandro ordena al sargento Pedro de Aybar gane un torreon en la muralla de Nus.—Los rebeldes quieren recuperar el torreon perdido y no salen con ello.—Los que señalaron en el torreon.—Los españoles dan el asalto á la villa de Nus.—Minas que volaron en Nus.—Incendio de la villa de Nus.—Alexandro entra en Nus á remediar el fuego y desórdenes que hubo.—Milagro de un cuerpo santo.—Número de los rebeldes que murieron en Nus.—Castigo que da Alexandro al gobernador de Nus y á sus soldados.—Bárbara costumbre.—El Pontífice envia un Nuncio á dar á Alexandro el capelo y estoque por defensor de la Iglesia romana.—Recibe Alexandro el capelo y estoque á vista de su ejército, y le celebran.—Alexandro determina ir sobre Rimbergue.—Alexandro pone sitio á la villa de Murs.—La villa de Murs se rinde á Alexandro.—Alexandro reconoce á Rimbergue.—Alexandro levanta su ejército del sitio de Murs y va sobre Rimbergue.—La villa de Alpe y otras plazas se rinden á Alexandro.—El Esquenque degüe-

Páginas.

lla á los enfermos y gente desmandada del ejército español.—Sitia Alexandro á Berquerin.—Alojamientos del ejército español.—Notable suceso.—Alexandro envia á llamar á Francisco Verdugo para que se halle en el sitio de Berquerin.—Gánase la isla que hace el Rin frontero de Berquem.—Desaloja Alexandro con su armada las charruas que están en el Rin.—No permite Alexandro hablen sus soldados con los rebeldes de Rimbergue.—El Capitan y Sargento mayor, Agustin de Herrera, hace un fuerte en la isla de Rimbergue.—Alexandro da órden á Francisco Verdugo vaya á romper una tropa de herreruelos de la reina de Inglaterra.—El conde Licestre, inglés, gana á Disburque.—Alexandro bate el armada rebelde.—Crueldades de herejes.—Alexandro levanta el sitio de Berquerin y pasa el Rin con su ejército.—Manda Alexandro fortificar la abadía de Vesel.—Fuerte y puente que manda Alexandro hacer sobre el Rin.—Muerte del conde viejo de Bergas.—Vistas de Alexandro y Francisco Verdugo.—Alexandro apresta un convoy para abastecer á Zutfent.—Buen consejo de Francisco Verdugo.—Alexandro va á buscar el ejército rebelde.—Sitio y alojamientos del ejército rebelde.—Los católicos rompen á los rebeldes y les prenden un Capitan, el cual hace relacion á Alexandro de su designio.—Buen consejo de Francisco Verdugo y valerosa resólucion de Alexandro.—Alexandro determina socorrer á Zutfent—No osa el conde Licestre acometer á Alexandro.—Alexandro abastece á Zutfent.—Los émulos de Francisco Verdugo le hacen malos oficios con Alexandro.—Alexandro se resuelve ir á la ligera á romper una tropa de raytres enemigos.—Trabajos de españoles.—Amor y buenos respetos de D. Sancho Martinez de Leiva.—No halla Alexandro los raytres que va á buscar y se vuelve á su ejército.—El ejército aprieta el sitio de Zutfent.—El marqués del Vasto va por órden de Alexandro á socorrer á Zutfent.—Los rebeldes ocupan el paso para estorbar el socorro de Zutfent.—Buen órden de marchar.—La famosa escaramuza de Zutfent.—Gran presteza en ordenarse las picas españolas.—Continúase una encendida escaramuza.—El escuadron volante de los rebeldes cierra con

Páginas.

el católico.—Entra el socorro católico en Zutfent.—La caballería rebelde cierra con el escuadron de las picas españolas.—Continúase la escaramuza.—El escuadron volante rebelde cierra con el español cuarta vez y es resistido.—El marqués del Vasto cierra con el escuadron rebelde.—Arenas, soldado español, libra de la muerte al marqués del Vasto y dió un famoso encuentro de lanza á un rebelde.—Francisco Verdugo sale de Zutfent á recibir el socorro y previene el peligro.—Francisco Verdugo y Juan Bautista de Tassis llegan al escuadron español y se alegra de velle, y lo mismo el marqués del Vasto, y le aconseja lo que ha de hacer.—Confusion de Francisco Verdugo y del conde Licestre.—Continúase la escaramuza.—Aníbal Gonzaga y Jorge Cresia cierran con los rebeldes desordenadamente.—Francisco Verdugo da órden de acometida al escuadron rebelde por dos partes.—Seis Alféreces españoles ayudan á romper el escuadron rebelde y se señalan.—Los rebeldes rotos y desbaratados se retiran.—Los soldados españoles que más se señalaron en la escaramuza de Zutfent.—Prudencia y valor del capitan Manuel de Vega.—El capitan D. Pedro Manrique se señaló en la escaramuza de Zutfent y el capitan Diego de Vargas Machuca.—Alexandro va en persona á socorrer segunda vez á Zutfent.—El conde Licestre no puede ganar un fuerte de los católicos por asalto y se retira con pérdida de mucha gente.—Valor de un soldado español.—Buenos respetos de Francisco Verdugo.—Alexandro disgustado con Francisco Verdugo.—Los émulos de Francisco Verdugo perturban el servicio del Rey católico.—Sentimiento de Alexandro por la muerte del duque Otavio, su padre.—Alexandro encarga su ejército á Francisco Verdugo.—Los émulos de Francisco Verdugo no dejan de perseguirle.—Alexandro espera con su ejército el designio del enemigo y llega Ferrante Gonzaga con tres mil tudescos.—Manda Alexandro que se retire su ejército á invernar, y las partes donde estuvo.—Alexandro se retira á invernar á Bruselas.—El Esquenque pide contribuciones al Estado de Cleves y le amenaza, y los del país se fortifican y le cierran los pasos.—Llega á Flandes Antonio Manrique con un tercio de

Páginas.

españoles.—Juan Bautista de Tassis saca la gente del fuerte que defendia y le desampara, y los rebeldes le ocupan.—El conde Licestre gana por inteligencias la villa de Deventer y la presidia.—El coronel Estanley trata con Juan Bautista de Tassis rendir á Deventer al Rey católico.—Buenos respetos de Francisco Verdugo.—Juan Bautista de Tassis trata con Alexandro del rendimiento de Deventer, y le hace merced.—Juan Bautista de Tassis se apodera de la villa de Deventer por órden de Estanley.—El fuerte de Zutfent recuperado.—Muerte del capitan Rolando Jorge.—Los émulos de Francisco Verdugo procuran con Alexandro lo desautorice.—Francisco Verdugo envia preso á Monsieur de Villers al castillo de Linghen.—Francisco Verdugo deshace con sus inteligencias las del conde de Murs y demas rebeldes. . 135

LIBRO UNDÉCIMO.

DE LAS GUERRAS CIVILES Y REBELION DE FLANDES, EN QUE SE CONTIENEN LOS SUCESOS DEL AÑO 1587.

El Esquenque gana por trato al duque de Cleves la villa de Rudorte.—El Esquenque gana al duque de Cleves la villa de Croco.—El castillo de Bao se entrega al Rey católico por catorce mil ducados que dió Alexandro al Castellano y soldados.—Alexandro da órden á Monsieur de Hautepena recupere la villa de Rudorte.—Sitio de Rudorte.—Los españoles procuran quitar el fuego de las minas y se señalan Alonso, Jorge y Juan de Rivera, hermanos.—Los rebeldes desamparan el rebellin de Rudorte y se rinde la villa al Rey católico.—Monsieur de Hautepena recupera el castillo y villa de Croco.—Los labradores de Munster y Vesfalia hacen una gran junta y van sobre la gente del cargo del capitan D. Sancho Martinez de Leiva.—El villanaje del país de Munster no osa pelear con D. Sancho Martinez de Leiva.—Los villanos cierran con los alojamientos de D. Sancho Martinez de Leiva y le degüellan la gente de su bagaje.—Don Sancho Martinez de Leiva socorre la gente de su bagaje con mucho peligro y rompe el villanaje.—Valor y osadía del

Páginas.

capitan D. Sancho Martinez de Leiva.—El duque de Cleves da paso franco por sus tierras al coronel Esquenque, más por temor que por voluntad.—Manda Alexandro reformar las banderas españolas que llevó á cargo D. Antonio Manrique en los demas tercios.—Los rebeldes tratan de ganar la villa de Amberes con inteligencias.—Descúbrese el trato de Amberes y castiga Mondragon á los culpados.—Los rebeldes recorren las campañas de los católicos de Brabante, y el remedio que da Alexandro para remediallos.—Los españoles del presidio de Liera rompen y degüellan los rebeldes.—Castigo de rebeldes por estar rota la guerra.—Loable castigo entre españoles.—Buenos respetos de españoles.—Alexandro intenta ganar en un dia por inteligencias las villas de Ostende y Exclusa de Brujas.—Alexandro junta todo su ejército para la empresa de Ostende y la Exclusa.—No tienen efecto las inteligencias de Alexandro.—Fortaleza de la Exclusa de Brujas.—Alexandro pone sitio á la villa de la Exclusa con mucho trabajo de su ejército.—Los rebeldes refuerzan el presidio de la Exclusa.—Los capitanes D. Alonso de Mendoza y Juan de Paz hacen un fuerte con sus compañías.—Los rebeldes ganan algunas barcas del ejército español.—Los españoles baten el armada rebelde.—Los españoles se arrojan en el agua y asaltan los navíos rebeldes.—Monsieur de la Mota hace mucho daño á los navíos rebeldes.—Los españoles recuperan las barcas perdidas y ganan algunos navíos.—El armada rebelde se retira.—Alexandro aprieta el sitio de la Exclusa y le abre las trincheas.—La primera guardia española que entró en las trincheas de la Exclusa.—Los rebeldes de la Exclusa salen á estorbar no les abran las trincheas, y los españoles los resisten y maltratan.—Múdase la guardia de las trincheas de la Exclusa.—Salen encamisados cuatrocientos rebeldes de la Exclusa á las trincheas de los españoles y los resisten con valor.—Rebeldes heridos y presos.—Monsieur de la Mota herido de un mosquetazo.—En lugar de Monsieur de la Mota encarga Alexandro las trincheas á Monsieur de Montani.—Necesidades y trabajos del ejército español.—Abundancia de bastimentos en el ejército español y de mu-

Páginas.

niciones.—Artillería plantada en puestos importantes.—Alexandro cierra el paso á los navíos rebeldes con una fuerte estacada.—Múdase la guardia de las trincheas de la Exclusa.—Alexandro muda la guardia de las trincheas en ménos tiempo.—Por qué se mudaban las guardias fuera del estilo ordinario.—El conde Holac hace un fuerte en Longostrate, gana un castillo á los católicos y otras plazas.—El conde Holac arruina las campañas de Brabante.—Monsieur de la Barlota lleva al ejército español cuatrocientos valones de socorro.—Los valones ganan un puesto á los rebeldes.—Muerte de cuatro gentiles hombres italianos y de cinco españoles.—Múdase la guardia de las trincheas de la Exclusa.—Con las inteligencias de Alexandro gana por trato la villa de Güeldres Monsieur de Hautepena.—Costumbre de la guerra.—Gran confusion en la villa de Güeldres y queda rendida al Rey católico.—Alexandro hace merced al gobernador de Güeldres y se queda con el mismo cargo.—Los rebeldes de la Exclusa asaltan las trincheas de los valones y reconocen un ingenio para hacerlas.—Salen segunda vez los rebeldes de la Exclusa á llevarse el ingenio.—Múdase la guardia en las trincheas de los españoles.—Prision de los capitanes Juan de Castilla y el valor que tuvieron Gonzalo de Luna y Gaspar de Olasso.—Manda Alexandro hacer un camino para el servicio de su ejército.—El capitan D. Pedro Manrique escaramuza con los rebeldes y los retira con algun daño.—A la sirga son navíos que navegan sin viento ni remos, tirados de caballos con unas cuerdas, por tierra.—Los calvinistas de Amberes intentan dar la villa á la reina de Inglaterra por trato.—Refuerza Alexandro la guarnicion del castillo de Amberes con trescientos españoles.—Múdase la guardia española en las trincheas de la Exclusa.—Los holandeses aprestan una armada para socorrer la Exclusa.—Manda Alexandro reformar de gente las guardias.—Crecen los trabajos á los españoles en el sitio de la Exclusa por falta de gente.—El conde Holac acrecienta sus fuerzas.—Daños que el conde Holac hace en Brabante.—Alexandro da órden á Monsieur de Hautepena vaya sobre el conde Holac.—Los rebeldes desamparan el

Páginas.

castillo de Yndoven y Hautepena lo presidia de católicos.—Inconsideradamente va Hautepena sobre Holac.—Holac espera á Hautepena con determinacion de pelear.—Escaramuza entre católicos y rebeldes.—Valor de Jorge de Rivera Zambrana.—Los españoles socorren á los irlandeses, valones y alemanes.—Refuérzase la escaramuza entre católicos y rebeldes.—Los españoles rompen á los rebeldes.—Los rebeldes hacen mucho daño á los españoles.—Muerte de Monsieur de Hautepena.—Por muerte de Monsieur de Hautepena eligen en su lugar á Manuel de Vega Cabeza de Vaca.—Pareceres de las cabezas del ejército.—Valor y buenos repetos de Manuel de Vega.—Fortaleza de los puestos que tenian los rebeldes.—El artillería rebelde bate el escuadron de los españoles.—Buena resolucion del capitan Manuel de Vega.—Gran desórden de soldados de las naciones.—Constancia y fortaleza de españoles.—Palabras de Manuel de Vega á los Capitanes.—Valor de Apio Conde y obediencia.—Razonamiento de Manuel de Vega á sus soldados.—Famosa y memorable retirada de españoles.—Los españoles que más se señalaron en la famosa retirada de Manuel de Vega.—Número de los rebeldes que murieron en la retirada de Manuel de Vega.—Ríndese un castillo de rebeldes á los españoles.—Alexandro aprieta el sitio de la Exclusa con ingenio y fuerzas.—Fuerte de las puentes y pavesadas.—Manda Alexandro batir las defensas y que se pongan los puentes en el foso del fuerte.—Los rebeldes de la Exclusa se defienden y los españoles se retiran á sus trincheas.—Flotas sobre barcas, como las de la estacada de Amberes.—Múdase la guardia de las trincheas de los españoles.—Manda Alexandro cegar el foso del fuerte y poner los puentes.—Notable escaramuza.—Ganan los españoles parte del fuerte de los rebeldes.—De dónde tomó nombre la villa de la Exclusa.—Los rebeldes del fuerte lo desamparan y queman lo que en él tenian.—Los valones católicos se apoderan del fuerte y se fortifican en él.—Muerte del capitan Estroperni.—El marqués del Vasto va á encargarse de la gente de Monsieur de Hautepena.—Manda Alexandro poner las flotas en el canal de la Exclusa que va al mar.—

Páginas.

Múdase la guardia de las trincheas.—Francisco Verdugo va sobre el conde de Murs y los demas rebeldes.—El capitan Alonso Mendo toca arma á los rebeldes y pica su retaguardia.—Francisco Verdugo sigue al conde de Murs y demas rebeldes.—El conde de Murs ocupa á Meppen.—Francisco Verdugo encierra en Meppen al conde de Murs y le toma los pasos.—El capitan Alonso Mendo hace daño á los rebeldes.—El conde de Murs se escapa de las manos de Francisco Verdugo.—Francisco Verdugo cierra con el conde de Murs y su gente y le degüella alguna.—La villa de Meppen y los soldados del conde de Murs se rinden á Francisco Verdugo.—Manda Alexandro batir las defensas de la Exclusa.—Levas de gente que manda hacer Alexandro para rehacer su ejército, y jornada de Inglaterra.—La forma de los puentes que Alexandro mandó hacer para la empresa de la Exclusa.—El capitan Bartolomé de Torralva asiste en las trincheas por órden de Alexandro.—Los rebeldes cortan un dique y anegan la tierra con daño de los labradores.—Los españoles se apoderan de una isla y los rebeldes la desamparan.—Los rebeldes, desde la Exclusa, salen á recuperar la isla perdida y trábase una gallarda escaramuza con daño de ambas partes.—Los heridos y muertos que hubo en la Exclusa.—Escaramuza de ambas partes.—Manda Alexandro plantar el artillería para batir la Exclusa.—Manda Alexandro poner el puente y se hace con peligro.—Batería de la Exclusa.—Número de los rebeldes que defedian la Exclusa.—Fortaleza y disposicion de la villa de la Exclusa.—El capitan D. Fernando Giron reconoce la batería de la Exclusa.—Múdase la guardia de las trincheas de la Exclusa.—La costumbre que tiene la guardia de las trincheas.—El capitan D. Ramon Cerdán reconoce por órden de Alexandro un torreon de la Exclusa y se apodera dél.—Los rebeldes baten el torreon con muerte de algunos españoles.—El capitan D. Ramon Cerdán maltratado de la batería.—Retíranse los españoles del torreon con órden del marqués de Rentin.—Valor del alférez Autonio Pinto de Fonseca.—El Maestre de campo D. Juan del Aguila herido de un arcabuzazo.—El capitan Juan Brabo de Lagunas

Páginas.

ocupa un puesto y se fortifica y hace perder los suyos á los rebeldes.—Matan y hieren los rebeldes desde su media luna a muchos españoles.—Manda Alexandro reparar el puente y plantar en la isla alguna artillería.—Refuérzase la guardia de las trincheas.—Aprieta Alexandro el sitio de la Exclusa y arrímase con la zapa.—Trabajo que los españoles pasaron en las contínuas guardias de las trincheas y puestos que tuvieron en la Exclusa.—Un trompeta de los católicos prende una espía de los rebeldes.—Buena astucia de soldados rebeldes.—Buen ardid de Alexandro.—Escaramuza entre españoles y rebeldes.—Los capitanes Domingo de Idiaquez y Antonio Gomez ponen el puente y se señalan.—Muerte del capitan Antonio Gomez y de otros Oficiales, y nombres de los heridos.—Los españoles ponen otro puente de la otra parte de la Exclusa y pelean con los rebeldes.—Da órden Alexandro vuelva el marqués del Vasto al sitio de la Exclusa y al conde Cárlos que se encargue de su gente.—Los rebeldes intentan socorrer la Exclusa con su armada y hacen señas de fuego.—Múdase la guardia de las trincheas.—Minas de fuego que echan los rebeldes de la Exclusa para quemar los puentes y no hacen daño.—Piden socorro los de la Exclusa con fuegos y ahumadas.—Prevenciones de Alexandro para estorbar el socorro de la Exclusa.—Designios de los rebeldes.—Los rebeldes van sobre el fuerte de Blanca Vergue y le acometen de improviso.—Los católicos del fuerte de Blanca Vergue se defienden con mucho ánimo.—Los rebeldes se retiran de Blanca Vergue con daño.—Valor del conde de Lambergue.—Alexandro va al socorro de Blanca Vergue.—Buena prevencion de Alexandro.—El armada rebelde se retira.—El marqués del Vasto con el tercio de D. Francisco de Bobadilla llega al sitio de la Exclusa.—El conde Cárlos con la gente de su armada conserva las campañas de Brabante.—Temores de los sitiados de la Exclusa y procuran ser socorridos.—Nuevas señales de pedir socorro los sitiados de la Exclusa.—Los cercados de la Exclusa determinan de rendirse.—Rehenes que se dieron á los rebeldes de la Exclusa.—Los pactos que Alexandro concede á los rebeldes de la Exclusa.—Cos-

Páginas.

tumbre de la guerra.—La villa de la Exclusa se rinde al Rey católico.—Algunos de los que se señalaron en el sitio de la Exclusa.—Número de los rebeldes muertos y heridos que defendian la Exclusa.—Número de los católicos muertos y heridos que hubo en la Exclusa.—Levas de gente en Alemania para Francia, contra católicos.—Alexandro se retira á la villa de Bruselas y deja órden al conde Lambergue de lo que habia de hacer en los cuarteles y puestos que hubo en la villa de la Exclusa.—Fuerte que mandó Alexandro fabricar y parte en que está.—Divídese el ejército de Alexandro en algunas partes.—Alexandro da el gobierno de la Exclusa con nueve compañías de españoles al capitan Juan de Rivas.—La caballería que estaba en el sitio de la Exclusa se levanta dél.—Húndese debajo de tierra un fuerte que fué de importancia.—Los tercios españoles se levantan del sitio de la Exclusa y el capitan Juan Chasco gobierna á Terramunda.—Por las muchas lluvias se anegan los cuarteles y no se puede caminar.—El conde Lambergue levanta la gente de los cuarteles de la Exclusa y guarnece con ella los fuertes de Ostende.—Alexandro comienza á disponer la jornada de Inglaterra.—Todo el ejército que estuvo sobre la Exclusa se retiró á sus alojamientos.—Prevenciones de Alexandro para la jornada de Inglaterra.—Manda Alexandro poner bastimentos para la jornada de Inglaterra y embargar navíos.—Fábricas de navíos.—Llega de Italia á Flandes el Maestre de campo Cárlos Pinelo con seis mil italianos.—Leva de marineros que hizo Alexandro para la jornada de Inglaterra.—Elige Alexandro la villa de Brujas para su corte y prevenir y proveer lo tocante al armada para Inglaterra.—El conde Cárlos va por órden de Alexandro á Gante para alistar el artillería para la jornada de Inglaterra.—El capitan Mateo Serrano va á Frisa con órden de Alexandro por el tercio del coronel Estanley.—Juan Bautista de Tassis tiene órden de Alexandro para apretar el sitio de Rimbergue.—La villa de Meppen se entrega á los Diputados del país de Munster.—Francisco Verdugo encarga el gobierno de Zutfent y Deventer al conde Herman de Vergas.—Alexandro encarga á Francisco Ver-

Páginas.

dugo el gobierno de la gente que está en las riberas del Rin.—Llega á Flandes un tercio de españoles á cargo del capitan D. Antonio de Zúñiga.—Reparte Alexandro las banderas del cargo del capitan D. Antonio de Zúñiga en los presidios y saca las viejas.—Las banderas viejas de infantería española se recogen á sus tercios.—Aprestos para la jornada de Inglaterra.—D. Alonso Perez de Guzman, duque de Medina Sidonia, General del ejército y armada que se apresta en Lisboa para Inglaterra.—Correspondencias de Alexandro y el duque de Medina.—Buen órden del Rey católico para limpiar y deshacer las banderas en Cataluña.—Llegan á Flandes diez y ocho banderas de infantería española á cargo de D. Luis de Queralte, caballero catalán.—Recoge Alexandro todo su ejército para invernar y tenerlo á la mano para la jornada de Inglaterra.—Fortaleza de la villa de Cortray.—El ejército de Alexandro numeroso y bien disciplinado.—Nombres que los españoles ponian á los tercios y por qué causas.—El tercio del Papagayo.—El tercio de los Colmeneros.—El tercio de los Vivanderos y por otro nombre el de los Sacristanes.—El tercio de los Almidonados y por otro nombre el de los Pretendientes y el de las Victorias.—El tercio de la Zarabanda.—El tercio de los Cañutos.—El tercio del Ducaton.—El tercio de Ginebra.—Y el del Camapalo.—El coronel Martin Esquenque gana de improviso la ciudad de Bona 235

LIBRO DUODÉCIMO

DE LAS GUERRAS CIVILES Y REBELION DE FLANDES, EN QUE SE ESCRIBEN LOS SUCESOS DEL AÑO 1588.

Temores de Isabel, reina de Inglaterra.—Artificios de Isabel, reina de Inglaterra.—El fruto que sacó la reina de Inglaterra de sus artificios.—Isabel, reina de Inglaterra, envia á Flandes sus Embajadores á tratar con Alexandro de algunos medios para la paz ó treguas.—Los soldados españoles hacen fiestas á los Embajadores de la reina de Inglaterra.—

Páginas.

Causas que movieron al Rey católico para conquistar á Inglaterra.—Respuesta que Alexandro dió á los Embajadores de Inglaterra sobre aquel reino.—Censos y ameos son heredamientos y casas de campo de labradores.—El ejército católico se acaba de alojar y estar pronto para la jornada de Inglaterra.—Júntanse en Gante algunos navíos de la fábrica de Alexandro para la jornada de Inglaterra.—Parte del armada que habia de ir á Inglaterra se junta en el puerto de la Exclusa de Brujas con dificultad.—Número de los navíos que se juntaron en el puerto de la Exclusa.—Llegan de Alemania doscientos marineros para el armada de Alexandro.—Las personas aventureras que fueron á Flandes á servir debajo de la mano de Alexandro para hallarse en la jornada de Inglaterra.—Sueldos que da Alexandro á los caballeros aventureros, mercedes y provisiones que hace.—Alexandro reforma los vicios y desórdenes de sus soldados y manda se castiguen y vivan en buen uso militar.—Alexandro envia gente á las fronteras de Francia para estorbar las entradas de los herejes en Flandes y dar calor á los católicos.—Alexandro con gran número de gastadores rompe la tierra para pasar sus armadas.—En los puertos de Dunquerque y Neoporte juntó Alexandro su armada para pasar á Inglaterra.—Alexandro recoge su ejército cerca del mar de Flandes para embarcarlo y pasar á Inglaterra.—Alexandro ordena al príncipe de Simay vaya con parte del ejército al sitio de la ciudad de Bona.—El coronel Francisco Verdugo y Juan Bautista de Tassis van á Bruck donde se ven con el príncipe de Simay.—El Esquenque bate dos navíos católicos y no les hace daño, se retira á Bona.—Por parecer de Francisco Verdugo pasa el Rin el príncipe de Simay.—Costumbre de la nacion francesa.—El príncipe de Simay hace un fuerte opuesto al del Esquenque, el cual fabrica otro de más importancia.—Muerte del coronel Juan Bautista de Tassis.—Francisco Verdugo aprieta el sitio de Berquerin.—Gran desatino de un Teniente inglés.—El conde Herman de Bergas y sus criados matan á un Teniente inglés y á un hermano suyo.—El coronel Francisco Verdugo en el sitio de Bona por órden de Alexan-

Páginas.

dro.—El daño que los sitiados de Bona hicieron á los católicos.—Palabras de gran soldado.—Buen consejo de Francisco Verdugo.—El Esquenque sale de Bona y busca socorro y entra en ella.—Los católicos del sitio de Bona ganan dos fuertes á los rebeldes y ponen sitio á otro.—Los católicos dan el asalto á un fuerte de los rebeldes.—Napolitanos y alemanes botados de la batería, y disgusto de Cárlos Pinelo con D. Alejandro del Monte.—Los católicos aprietan el sitio del fuerte de Bona.—Los rebeldes del fuerte de Bona lo rinden al príncipe de Simay y les da paso para Holanda.—Alexandro envia al capitan Morosino á Lisboa con una embajada al duque de Medina.—Manda Alexandro á la nacion española se arrime á la marina para embarcarse y le sigan las demas naciones.—Llega á Flandes D. Jorge Manrique Proveedor de la armada que llevaba el duque de Medina á Inglaterra.—Disculpas de Alexandro.—Manda Alexandro hacer alto á su ejército en la lengua del agua por no estar su armada presta para embarcarse y pasar á Inglaterra.—Llega á Flandes la nueva de haberse desbaratado el armada del duque de Medina, y sentimiento de Alexandro y su ejército.—Pérdida de la galeaza de Nápoles y muerte de D. Hugo de Moncada y del Maestre de campo Nicolás de Isla y de otros muchos Capitanes.—Alexandro manda retirar su ejército á los alojamientos de Umen.—Pérdida del galeon *San Felipe*.—Descuido y flojedad de la gente del ejército católico.—Intenta Alexandro socorrer al duque de Medina y embarcar su ejército.—No tiene efecto el socorrer Alexandro al duque de Medina por las borrascas del mar, y desembarca su ejército y se retira.—Los soldados de Alexandro le murmuran.—Satisface Alexandro á su ejército del cargo que le hacia por el mal suceso de la jornada de Inglaterra.—Los católicos ganan un felibote de la reina de Inglaterra con unos despachos que llevó D. Jorge Manrique á Alexandro.—Alexandro encarga al conde de Mansfelt el ejército que estaba sobre Bona con el príncipe de Simay.—Murmuraciones contra Alexandro.—Divide su ejército Alexandro y refuerza las guarniciones de Flandes.—Júntanse las tropas del ejército en Dufel.—Alexandro da

Páginas.

órden al marqués de Rentin vaya á ganar la isla de la Tola.—Pérdida de la armada que llevó á cargo D. Martin de Padilla, Adelantado mayor de Castilla.—El general Martin Bertendona, gran soldado y marinero.—Valor y buenas partes de D. Diego Brochero de Analla, natural de Salamanca.—Jornada que hizo D. Diego Brochero á Irlanda.—El marqués de Rentin va á ganar la isla de la Tola y el suceso que tuvo.—Peligro en que se vieron los españoles que fueron á ganar la isla de la Tola.—Los rebeldes defienden el paso á los españoles que van á ganar la isla de la Tola y los hacen retirar.—El marqués de Rentin se retira á Rosendal y Alexandro sale en campaña.—Alexandro reconoce el sitio de Bergas Olzon.—Trato que tuvo Alexandro para ganar á Bergas Olzon.—Retírase Alexandro al castillo de Bao y pasa su gente mucha necesidad.—Alexandro pone sitio á Bergas Olzon con su ejército.—Los rebeldes de Bergas hacen algunas salidas al ejército español y trava escaramuzas con daño de ambas partes.—Número de los soldados rebeldes que hay de guarnicion en Bergas Olzon.—Destruye Alexandro las campañas y contornos de Bergas y forma que tuvo en alojar su ejército.—La gente del marqués de Rentin escaramuza con los rebeldes de Bergas Olzon.—El príncipe de Simay aprieta el sitio de Bona y se arrima con la zapa.—Salen los rebeldes de Bona y maltratan los católicos.—Buenos respetos del conde Pedro Ernesto de Mansfelt.—Los cercados de Bona buscan medios (aunque malos) para rendirse.—Ríndese la ciudad de Bona y los pactos que los concedió el príncipe de Simay.—Por órden de Alexandro se levanta el príncipe de Simay del sitio de Bona.—Francisco Verdugo se retira del sitio de Bona á la villa de Burique y de camino se ve con el conde de Mansfelt.—No es de parecer Francisco Verdugo se ponga el conde Mansfelt sobre Vagtendon.—El capitan D. Juan de Córdova quedó por gobernador de Bona con órden de Alexandro.—Salida de los rebeldes de Bergas á los cuarteles españoles y de la famosa escaramuza que se travó.—No permitió Alexandro se dijese que habia sitiado á Bergas, y lo que sobre esto sucedió.—Continúase la escaramuza de la villa de Bergas Olzon.—

Páginas.

Julian Martinez, valeroso español, prende al capitan Salvaje.—El alférez Pedro Gallego con nueve lanzas rompe y desbarata dos tropas de rebeldes y da un famoso encuentro á uno dellos.—D. Sancho de Leiva dió libertad al capitan Salvaje debajo de su palabra, y por el agradecimiento le envió un presente.—Manda Alexandro ocupar un puesto en el dique maestre.—Manda Alexandro fabricar trineos y otros pertrechos de guerra.—Plántanse siete piezas de artillería en el dique de la Tola.—Plántanse otras cuatro piezas de artillería.—Los rebeldes hacen salvas de artilleria y mosquetería por la llegada del conde Mauricio.—Designios de Alexandro.—Alexandro va á poner en ejecucion el trato de la Cabeza de Bergas.—Número de la gente que fué al trato de la Cabeza de Bergas, por cuyo cabo fué D. Sancho Martinez de Leiva.—Los puestos que D. Sancho Martinez de Leiva dió á la gente que llevó al trato de la Cabeza de Bergas.—Desguazo que hizo D. Sancho Martinez de Leiva para pasar á la Cabeza de Bergas y el trabajo que pasaron sus soldados.—D. Sancho Martinez de Leiva por su persona reconoce el esguazo con notable osadía.—D. Sancho Martinez de Leiva muy mal herido.—Descúbrese el trato de la Cabeza de Bergas con daño de los españoles.—Retíranse los españoles con mucho trabajo y pérdida de muchos.—Valor de D. Sancho Martinez de Leiva y peligro en que se vió D. Alonso Idiaquez.—Los españoles que en el fuerte de la Cabeza de Bergas quedaron presos.—Húyese la guía que dieron á cargo al Sargento de D. Sancho Martinez de Leiva.—Reformacion del tercio del cargo de Don Luis de Queralte y retirada del ejército de los cuarteles de Bergas Olzon.—Dos caballeros piden á Alexandro los arme caballeros y él lo hace.—Alexandro se retira de Bergas y va á invernar á Bruselas.—El ejército español se acabó de retirar de Bergas y aloja en Calentante.—Fuerte que se hizo en Calentante para quitar las correrías de los rebeldes y asegurar á Brabante.—D. Ambrosio Landriano quedó por Gobernador del fuerte de Calentante.—Fuerte que se hizo en Rosendal para la seguridad del país de Brabante.—El ejército español se reparte en alojamientos, y por qué

Páginas.

causas y en qué partes.—El conde Mansfelt pone sitio á Vagtendon.—La villa y castillo de Vagtendon se rinde.—Alojamientos que tuvieron las tropas que ganaron á Vagtendon..... 327

LIBRO DÉCIMOTERCERO.

DE LAS GUERRAS CIVILES Y REBELION DE FLANDES, EN QUE SE CONTIENEN LOS SUCESOS DEL AÑO DE 1589.

Cúmplese el plazo que Alexandro dió á los de Amberes cuando la ganó.—Condiciones del plazo que dió Alexandro á los de Amberes.—No quiere Alexandro conceder más término á los calvinistas de Amberes de los cuatro años.—Alexandro manda prender los calvinistas de Amberes, sospechoso de un trato que tenian.—La reina de Inglaterra ayuda con gente á los calvinistas de Amberes para ganarla.—Alexandro previene remedio para guardar la villa de Amberes.—Múdanse las guardias de Rosental y Calentante por falta de forraje para la caballería.—El duque de Umena, General de los católicos de Francia.—Los rebeldes acometen el alojamiento de Camilo del Monte y le saquean el bagaje y hacen otros daños.—El arzobispo de Colonia pide á Alexandro apriete el sitio de Berquerin.—Francisco Verdugo deja el gobierno de los fuertes del Rin al conde Federico y parte á Groeninghen á poner remedio en las cosas de Frisa.—Herejes anabatistas poderosos en el país de Groeninghen.—Al marqués de Barambon da Alexandro el gobierno de Güeldres y el de los fuertes que habia en las riberas del Rin.—Líbrase el arzobispo de Colonia de una emboscada de los rebeldes.—Provisiones de Alexandro contra el autoridad de Francisco Verdugo.—Sentimiento de Francisco Verdugo.—Alexandro mira por el autoridad de Francisco Verdugo.—Los católicos de Francia piden socorro á Alexandro contra el príncipe de Bearne, y se lo envia luégo.—El conde Lambergue va sobre el castillo de Zebembergue.—El castillo de Zebembergue se rinde.—Procura Alexandro ga-

Páginas.

nar las islas de Holanda y Gelanda y pasar á Inglaterra.—Alexandro abastece y amuniciona la villa de Breda.—El autor preso por órden de Alexandro.—Alexandro se retira á Bruselas y sus soldados á sus alojamientos.—La guarnicion inglesa de Gertrudisberg descontenta y hace desórdenes.—El conde Mauricio ofrece dar sus pagas á la guarnicion de Gertrudisberg y no las admiten.—El conde Mauricio pone sitio á la villa de Gertrudisberg y la bate.—Temor de los cercados de Gertrudisberg y codicia del conde Mauricio.—Inteligencias de Alexandro.—Alexandro va con parte de su ejército á Gertrudisberg.—El conde Mauricio retira su ejército del sitio de Gertrudisberg.—Los rebeldes de Gertrudisberg persuaden á los ingleses no entreguen la plaza á Alexandro.—Los ingleses de Gertrudisberg la rinden á Alexandro.—Alexandro retira su ejército de Gertrudisberg y va á tomar los baños de la fuente de Aspa.—Los rebeldes ganan de improviso la villa de Terlimont.—Los rebeldes cierran con un cuerpo de guardia de españoles en Terlimont.—Los españoles defienden su cuerpo de guardia con mucho valor y los rebeldes le ponen fuego.—Los rebeldes dan un asalto á los españoles y son resistidos con muerte de su Gobernador.—Muerte del capitan D. Cristóbal Marco y de un Alférez.—Piedad y buenos respetos de un francés enemigo.—El Gobernador de los rebeldes que saquearon á Terlimont da la vida á Juan de Morales, español, y dineros para que se cure.—Número de los españoles muertos y heridos en Terlimont.—Las listas del tercio de D. Francisco se quemaron en Terlimont.—Los rebeldes que saquearon á Terlimont se retiran con el despojo y dan en manos de los españoles y los desbalijan.—Pleito que tuvieron los capitanes Manuel de Vega y Bartolomé de Torralva.—Costumbre de la guerra.—Fiestas que hizo el tercio viejo de españoles.—Gran desórden.—D. Diego de Ibarra reformó en Flandes el mal uso que tenian los Oficiales del sueldo.—Fiestas que hicieron en Flandes los soldados españoles del tercio de D. Juan Manrique.—De la ociosidad en la guerra nacen los desórdenes y dellos daños y necesidades.—La nacion española intenta un motin.—Sitio de la villa de Heusden.—

Páginas.

Los herejes tratan de establecer sus sectas en los Estados del duque de Cleves.—Francisco Verdugo avisa á Alexandro y al duque de Cleves los designios de los rebeldes.—Los fuertes de las riberas del Rin se pierden.—Francisco Verdugo hace dos fuertes para facilitar las entradas en Frisa.—El conde Guillermo procura estorbar no se hagan los fuertes de Francisco Verdugo.—El conde Guillermo de Nasao acomete la exclusa de Suasterfilk y Francisco Verdugo la va á socorrer.—Ríndese la exclusa de Suasterfilk.—Sitia á Reyden el conde Guillermo de Nasao y se le rinde por no poderla socorrer Francisco Verdugo.—Bretanga es malos pasos de agua y hoyos.—El coronel Clante se retira de Francisco Verdugo.—Los rebeldes del coronel Clante se embarcan y el conde Federico los ofende.—El coronel Clante y su gente se escapan de las manos de Francisco Verdugo.—Francisco Verdugo admite al coronel Clante para ablarle en Groeninghen.—El coronel Clante descubre el trato que los de Groeninghen tenian con los rebeldes para entregarles la villa.—Malos oficios de los émulos de Francisco Verdugo con Alexandro.—Alexandro envia socorro á Francisco Verdugo.—El coronel Esquenque rompe el socorro de Francisco Verdugo y queda preso el Comisario general Juan de Contreras Gamarra y otros.—El coronel Esquenque gana la ciudad de Nimega y los burgueses le vuelven á echar fuera.—Muerte del coronel Martin Esquenque y castigo que en su cuerpo hicieron los de Nimega.—Buena prevencion de Alexandro.—Justamente manda cortar la cabeza el Maestre de campo D. Sancho Martinez de Leiva al alférez Bonal y Alexandro confirma la sentencia.—El comendador D. Juan Moreo, Embajador particular en Francia por el Rey católico.—Socorro que envió Alexandro á los católicos de Francia.—Manda Alexandro marchar todos los tercios de españoles á órden del conde Cárlos.—El capitan Gonzalo de Luna y Mora, Gobernador que envió Alexandro al ejército español.—El autor hace oficio de Sargento mayor de todas las tropas del convoy que llevó á cargo el capitan Gonzalo de Luna y Mora.—Gran descuido del conde Cárlos.—Los católicos rompen un socorro de rebeldes que iba

Páginas.

á Heusden y matan muchos.—Sitio del castillo de Ostel y su batería.—Los rebeldes de Heél no admiten la paz y se defienden.—Los rebeldes de Heél piden la paz y suspenden las armas.—Continúase la batería de Heél.—Rebeldes poco experimentados en cosas de guerra.—Temor y desórden de rebeldes.—Desórden de españoles por culpa del conde Cárlos.—Orden mal entendida cuesta la vida á los rebeldes.—El conde Cárlos marcha con los tercios de españoles y entra en la isla de Bomel.—Fuerte que los españoles fabrican y pláticas que tienen.—Discursos de soldados mal considerados.—El Maestre de campo D. Sancho de Leiva procura evitar las pláticas de sus soldados.—Emulos de D. Sancho de Leiva le hacen malos oficios.—Alteracion de españoles.—Valor y osadía de D. Sancho Martinez de Leiva.—El conde Cárlos se retira del escuadron alterado.—Palabras del capitan Diego de Avila Calderon al conde Cárlos de Mansfelt.—El autor y otros cuatro Sargentos ordenan cinco compañías y resisten al escuadron de los alterados.—El capitan Diego de Avila Calderon ordena sus soldados.—No quieren los soldados del tercio viejo mezclarse con el de D. Juan Manrique y resisten á los alterados.—El capitan Diego de Avila Calderon resiste á los alterados.—D. Sancho de Leiva trabaja por deshacer el motin de los españoles.—Sanguineo, soldado español muy conocido en los ejércitos de Flandes.—D. Sancho Martinez de Leiva deshace la alteracion de Bomel.—Emulos de D. Sancho procuran enemistarle con el conde Cárlos.—Sale de la isla de Bomel el conde Cárlos con toda la infantería española.—D. Sancho de Leiva lleva consigo al alférez Francisco de Escamez y al autor para prender los culpados de la alteracion.—Castigo que da D. Sancho á los culpados.—Hace alto la infantería española en los contornos de Grave.—Capítulos y cargo que hicieron á Don Sancho de Leiva por la alteracion de Bomel.—El conde Cárlos envia á Alexandro el proceso que fulminó contra Don Sancho de Leiva.—El tercio de Carlos Pinelo va al sitio de Berquerin á órden del marqués de Barambon.—Los católicos rompen un socorro á los rebeldes que llevaban á Heusden y les hacen mucho daño.—El conde Cárlos va sobre el

Páginas.

fuerte del Esquenque.—Artillería de los navíos rebeldes hacen daño á los españoles.—El coronel Martin Esquenque conocido por muy valiente Capitan.—El conde Cárlos continúa en el sitio del fuerte del Esquenque.—D. Sancho de Leiva bate los navíos rebeldes y los desaloja.—Fuerte inexpugnable que hizo el Esquenque y en qué parte.—El conde Cárlos se retira del sitio del fuerte del Esquenque.—Fuerte que mandó hacer el conde Cárlos y en qué parte.—El conde Cárlos procura dar toda la culpa de la alteracion de Bomel al tercio de D. Sancho Martinez de Leiva.—El conde Cárlos de Mansfelt da órden á D. Sancho de Leiva vaya con su tercio la vuelta del Condado de Flandes.—El duque de Pastrana viene á España y el príncipe de Asculi se queda en Flandes á continuar sus tercios.—Los condes Mauricio y Holac juntan un convoy para socorrer á Berquerin.—El conde de Murs socorre á Berquerin por culpa del conde Cárlos.—Segundo socorro que el conde de Murs entra en Berquerin por la remision del conde Cárlos.—El conde de Murs gana un fuerte del sitio de Berquerin.—Grandes servicios del Conde al Rey católico.—El conde Cárlos marcha con todo el ejército español y pasa el rio Mosa por Venló.—El conde de Murs socorre tercera vez la villa de Berquerin y el marqués de Barambon se le opone.—Escaramuza de católicos y rebeldes.—Continúase la escaramuza con daño de los católicos.—Cierran los españoles con los rebeldes y peléase de ambas partes porfiadamente.—Los católicos pelean con incomodidad y trabajo por no tener puesto.—Españoles rotos y desbaratados.—El conde de Murs, ufano de la victoria que tuvo de los españoles, socorre á Berquerin.—Excusas para no pelear del conde Cárlos no bien fundadas.—Muerte de los capitanes D. Diego de la Guerra y D. Cosme Pujalte, y de otros soldados particulares y gente de cuenta, así españoles como napolitanos.—Inútiles diligencias del conde Cárlos.—El marqués de Barambon y el conde Cárlos retiran la gente á sus puestos.—Alexandro da órden á Don Sancho de Leiva marche con su tercio la vuelta de Cambray con diferente designio del que tenia.—Alexandro resuelto en castigar el tercio viejo de D. Sancho de Leiva.—

Páginas.

Prevencion de Alexandro para castigar con seguridad al tercio viejo de D. Sancho de Leiva.—Los flamencos desean ver desarmado el tercio de D. Sancho.—Alexandro dió órden á D. Sancho de Leiva desarbolase las banderas de su tercio.—Obedece D. Sancho de Leiva el órden que Alexandro le da para reformar su tercio.—Reformacion del tercio viejo de españoles de D. Sancho Martinez de Leiva y sentimiento de sus Oficiales y soldados.—Obediencia española y palabras de D. Sancho de Leiva dignas de ser escritas.—Permite Alexandro á los soldados del tercio viejo que se vaya cada uno á la compañía que quisiere.—El conde Cárlos recupera un fuerte.—Sitio del fuerte de Res.—Ríndese el fuerte de Res al conde Cárlos.—El conde Cárlos quita las corridas á los rebeldes de Berquerin.—El conde Cárlos da el gobierno de los tercios españoles al capitan Diego de Avila Calderon y fué mal recibido.—Muerte del conde de Murs.—Francisco Verdugo pide socorro á Alexandro y le envia el tercio de españoles de D. Francisco de Bobadilla.. 379

LIBRO DÉCIMOCUARTO.

DE LAS GUERRAS CIVILES Y REBELION DE FLANDES, EN QUE SE ESCRIBRN LOS SUCESOS DEL AÑO 1590.

La villa de Berquerin se rinde al Rey católico.—Alojamientos del tercio de españoles del Maestre de campo D. Juan Manrique.—No quiere Alexandro que haya memoria del tercio de D. Sancho Martinez de Leiva.—Los españoles del tercio de D. Juan Manrique se alteran en Cortray.—Huyen los Oficiales de la alteracion de Cortray.—Alteracion de Aleni.—Las ocho compañías del tercio de D. Sancho Martinez de Leiva resisten á los del motin de Cortray y no quieren juntarse con ellos.—Desengáñase Alexandro de la culpa que cargaron los émulos de D. Sancho Martinez de Leiva á su tercio.—No quiso admitir Alexandro ninguna disculpa á D. Sancho Martinez de Leiva cuando le reformó el tercio.—Los rebeldes de Flandes hicieron alegrías por la reformacion del tercio viejo de D. Sancho.—De dónde tomó nom-

Páginas.

bre el tercio viejo y el antigüedad que tenia.—Siempre temieron los enemigos las banderas del tercio viejo.—Nombres de algunos Maestres de campo que tuvo el tercio viejo.—El conde Mauricio de Nasao intenta ganar la villa de Breda en Brabante.—Costumbre de flamencos ser enemigos del servicio del Rey, nuestro señor.—Mala órden de guerra.—Los rebeldes ganan el castillo de Breda.—Gran flaqueza y fealdad de italianos.—Los italianos desamparan la villa de Breda feamente y el conde Mauricio se apodera della.—Manda Alexandro prender los culpados en la pérdida de Breda y que les corten las cabezas.—Con la ida de Diego de Ibarra á Flandes cesaron los desórdenes de los Oficiales del sueldo.—Los que murieron y se señalaron del ejército de Alexandro en una batalla que dió el duque de Umena.—El padre fray Mateo de Aguirre, de la órden de San Francisco, da con un Cristo en la cabeza á un enemigo y le derriba del caballo en la batalla.—Alexandro ordena al conde Mansfelt prevenga socorro de gente para recuperar á Breda.—Los príncipes de Alemania se quejan de que Alexandro ocupa las tierras del Imperio para quedarse con ellas.—Lo que se trató en una Dieta en Francafort.—No tuvo efecto lo que se trató en la Dieta de Francafort.—El conde Mansfelt gana á Zebembergue y se retira sin ganar el castillo que tiene.—Cuán importantes eran las fuerzas españolas en Flandes.—Fuerte que hizo el conde Mansfelt en Zebembergue.—Escaramuzas de católicos y rebeldes en el sitio de Breda.—Mansfelt se retira del sitio de Breda.—El duque de Umena pide socorro á Alexandro para contra el príncipe de Bearne.—Continúa el duque de Umena en pedir socorro á Alexandro.—El comendador Juan Moreo va á Flandes á solicitar los socorros de Alexandro para el duque de Umena.—Alteracion del tercio de D. Francisco de Bobadilla y cómo se descubrió.—Castigo á soldados alterados, con que se remedia su intento.—Alexandro se desengaña que no sólo el tercio de D. Sancho Martinez de Leiva era autor de las alteraciones.—Obstinacion de los soldados alterados en la villa de Cortray.—El conde Guillermo de Nasao sale en campaña con su ejército, y Francisco Ver-

Páginas.

dugo con el suyo le va á buscar.—Francisco Verdugo gana el fuerte de Emitel.—Hace merced Alexandro de darle en propiedad el tercio de D. Francisco de Bobadilla al capitan Manuel de Vega.—Francisco Verdugo hace un dique de importancia para el país de Groeninghen.—Relacion de Lúcas de Linares, soldado de Hernan Tello.—Los rebeldes se fortifican.—Francisco Verdugo se fortifica y recoge su gente.—Escaramuzas y otras facciones de católicos y rebeldes.—El conde Guillermo desafía á Francisco Verdugo.—No quiere Francisco Verdugo tomar el consejo del Maestre de campo Manuel de Vega.—Francisco Verdugo va á pelear con el conde Guillermo de Nasao.—El conde Guillermo de Nasao no quiere pelear con Francisco Verdugo.—Respuesta del conde Guillermo á Francisco Verdugo.—Valor y temeridad del capitan Alonso Mendo.—Francisco Verdugo da libertad á los soldados rebeldes, y la embajada que envió con ellos al conde Guillermo.—Francisco Verdugo se retira á sus cuarteles.—Los soldados y Oficiales del tercio de Manuel de Vega le cobran ódio.—Suceso de soldados inobedientes sin consideracion ni respecto.—Justa justicia que hace el Maestre de campo Manuel de Vega á sus soldados.—Admirable borrasca en el mar Océano.—El soldado de valor ha de estimar en más la honra que el peligro de la vida.—Ningun hombre es poderoso á contrastar la fuerza de los elementos.—Artificio y mala voluntad de los burgueses de Groeninghen.—La reina de Inglaterra da prisa al príncipe de Bearne apriete el sitio de París.—Discursos del Bearnés.—Escápase el duque de Umena de una emboscada del Bearnés.—El duque de Umena envia á Deportes su Secretario á solicitar la entrada de Alexandro en Francia.—Socorro que promete Alexandro al duque de Umena.—Don Bernardino de Mendoza, embajador de España, remedió parte de las necesidades de París.—Determina Alexandro ir en persona á socorrer á París y de las prevenciones que hizo.—El comendador D. Juan Moreo da prisa á Alexandro.—Alexandro envia al príncipe de Asculi con embajada á los alterados de Cortray.—Obstinacion y pertinacia de los amotinados de Cortray.—Alexandro ofrece dar toda satis-

Páginas.

faccion á los alterados de Cortray y les concede muestra general, y quedan restituidos en el servicio del Rey, nuestro señor.—Alexandro despacha bien al comendador Juan Moreo.—Alexandro junta el socorro que envia á Francia.—El Maestre de campo D. Antonio de Zúñiga parte á Francia y lleva á cargo el socorro por órden de Alexandro.—Vistas del duque de Umena y el Maestre de campo D. Antonio de Zúñiga en la provincia de Picardía.—El duque de Umena alaba mucho á la infantería española.—De dónde tomó nombre el tercio de los Monsieures.—El tercio del Maestre de campo D. Antonio de Zúñiga fué el primero que entró en Francia.—Alojamientos que tuvo el socorro que entró en Francia del Maestre de campo D. Antonio de Zúñiga.—Los católicos de París piden socorro.—No quiere Antonio de Zúñiga aventurar el socorro sin órden de Alexandro.—Costumbre de algunos franceses.—Monsieur de Balani, gobernador de Cambray, se mostró neutral en las guerras de Francia.—Mal trato de caballero francés.—El duque de Umena envia á Flandes á Monsieur de San Pol á dar priesa á Alexandro para la jornada de Francia.—La gente de Don Antonio de Zúñiga y del duque de Umena se atrinchean en Fertémilon.—Imitan los franceses á los españoles.—Marchan el duque de Umena y D. Antonio de Zúñiga la vuelta de Meaux.—Sitio de Lafertésuser.—Los españoles baten un torreon de un puente.—Rindese Lafertésuser y degüéllase alguna gente y el duque de Umena ahorca algunos.—Puente y fuerte sobre el rio de Meaux y para qué efecto.—Qué sean *infans perdus*.—Los franceses tienen mala correspondencia con los españoles é italianos.—Qué cosa sea la parella.—Divisas que se ponen los soldados de D. Antonio de Zúñiga en Francia para ser conocidos de las demas naciones.—Respuesta de los cercados de París al Bearnés.—Los de París desean la paz y la estorba el duque de Nemurs.—Los cercados de París envian al cardenal de Gondi al campo del Bearnés á tratar la paz y la respuesta que les dió.—El Bearnés aprieta á París.—Diligencias del comendador D. Juan Moreo.—No quiere el Maestre de campo D. Antonio de Zúñiga aventurar su gente con riesgo de reputacion y vidas.—Siem-

Páginas.

pre mostró el duque de Umena no tener mucho gusto con D. Antonio de Zúñiga.—El duque de Umena y D. Antonio de Zúñiga van á tocar arma al ejército del Bearnés.—Retíranse el duque de Umena y D. Antonio de Zúñiga á sus cuarteles.—Alégranse los cercados de París con la vuelta de Monsieur de San Pol de Flandes.—Muerte del comendador D. Juan Moreo.—Los cercados de París se defienden del Bearnés con mucho valor y pasan necesidades.—El embajador D. Bernardino socorre los pobres de París.—El capitan Barajas da aviso de la ida de Alexandro á Francia, y lo mismo el capitan D. Fadrique.—El conde Mansfelt quedó en Flandes por Gobernador.—Llega Alexandro con su ejército á Francia.—La autoridad y bizarría con que Alexandro entró en Francia á vista de sus ejércitos y de los de la Liga católica.—Recibimiento que hace á Alexandro la nobleza de Francia cuando entró en ella.—Salva que hace el ejército católico á Alexandro.—Primer alojamiento que tuvo Alexandro y su corte en Francia.—Número por mayor del ejército de Alexandro cuando entró en Francia.—Número de todo el ejército católico que Alexandro tuvo puesto en Francia.—Costumbre de franceses en la guerra.—Alegrías de los cercados de París y temor del Bearnés.—Ardid del Bearnés.—Juramento de Alexandro en presencia de los Príncipes católicos de Francia.—Entran en consejo Alexandro y el duque de Umena y resuelven socorrer á París.—En todos los consejos que Alexandro tuvo en Francia anduvo cuidadoso y con mucho tiento por el poco secreto que guardan los franceses.—Temores del Bearnés.—Su ejército pierde la esperanza de saquear á París.—Número de la gente del ejército del Bearnés.—El Bearnés se determina dar la batalla á Alexandro.—Alexandro y el duque de Umena dan las órdenes para pelear su ejército.—Agradecimiento y cortesía del duque de Umena.—Puestos para pelear y bien repartidos, y buen órden de batalla.—Alexandro declara al duque de Umena la intencion del Rey católico.—Leva de gente que Alexandro mandó hacer y para qué efecto.—El conde Herman de Vergas gana por escalada la villa de Cloquemburg.—Alexandro con su ejército y el de la Liga marcha á

Páginas.

socorrer á París.—El capitan Bartolomé de Torralva va por órden de Alexandro á reconocer el alojamiento que ha de tener su ejército.—El ejército de Alexandro puesto en escuadron muy vistoso.—El Bearnés desengañado de sus esperanzas.—El Bearnés con su ejército sale á recibir el de Alexandro para darle la batalla.—Los Capitanes de más cuenta que tenia el Bearnés.—Los señores de más nombre y sangre que el Bearnés tenia en su ejército.—Alojamiento del ejército del Bearnés.—Las facciones que los cercados de París hicieron cuando dejó el sitio el Bearnés.—Sitio y puestos que tenia el ejército de Alexandro.—Manda Alexandro atrinchear su ejército.—El Bearnés envia á desafiar á Alexandro.—Respuesta de Alexandro al Bearnés.—El Bearnés levanta su ejército y se acerca al de Alexandro.—El órden que llevaba el ejército del Bearnés para dar batalla.—El Bearnés retira su ejército á los alojamientos de Xeles.—Ocho dias duraron las escaramuzas de los ejércitos.—Don Alejandro de Lunont rinde á Julio Candi en un desafío y le hace merced de la vida.—Los soldados de Alexandro murmuran porque no dió la batalla al Bearnés.—Famoso sitio de la villa de Lañi.—Batería de Lañi y batalla que representa Alexandro al Bearnés.—Dan los españoles el asalto á la villa de Lañi.—Los españoles ganan á Lañi y degüellan la guarnicion.—El Bearnés socorre á Lañi y los españoles le degüellan la gente.—Los españoles muertos y heridos en el asalto de Lañi.—Alexandro va á dar la batalla al Bearnés.—El Bearnés quema una casa fuerte.—Alexandro manda desmantelar á la villa de Lañi.—Resuélvese el Bearnés de levantar su ejército y saquear á París.—El Bearnés llega de improviso á dar una escalada á París, y los católicos le resisten y hacen retirar.—Alexandro sigue con su ejército el Bearnés.—Los franceses enemigos desamparan algunas plazas y queda París libre.—El Bearnés no osa á esperar á Alexandro, licencia su ejército y se retira á sus guarniciones.—Alexandro manda abastecer y amunicionar á París.—El precio que tuvieron los bastimentos en París y las necesidades que tuvo dellos.—Ingeniosos molinos.—Precio de los molinos de mano.—Recibimiento que hicieron

Páginas.

en París á Alexandro y al duque de Umena.—Descripcion de París.—Isla en París.—Los fundadores de los palacios de París.—Forma y sitio de París.—Puentes de París.—Castillo para sujetar los estudiantes de París.—Número de los colegios de París.—Alexandro sale de París con resolucion de limpiar las riberas de las plazas enemigas que tenian y mandó reconocer Corbél.—Descripcion de la villa de Corbél.—El marqués de Rentin reconoce á Corbél y le dan un arcabuzazo.—Alexandro pone sitio á la villa de Corbél.—Trincheas de Corbél, quién las tuvo á cargo.—Plataforma que se hizo en el sitio de Corbél.—Manda Alexandro tomar la medida del rio de Corbél para hacer un puente.—Preso y herido en Corbél el sargento Nieto.—Forma del puente que mandó fabricar Alexandro para asaltar á Corbél.—Baterías de Corbél.—Través que tuvo la batería de D. Antonio de Zúñiga en el sitio de Corbél.—Los italianos toman la empresa del puente de piedra de Corbél.—Batería del tercio de D. Alonso de Idiaquez.—Número de los enemigos que defendian á Corbél.—En Corbél dos Gobernadores.—Corazas son hombres de armas que pelean sin lanzas y en veces dellas traen unos espadones que llaman cortalazos y pistolas.—Diferencia que tuvieron Monseñor de Rigó y Monseñor de Corbejon.—Resuélvense á pelear y defienden la villa los Gobernadores.—El Sargento del capitan Luna con cincuenta soldados defiende el fuerte.—Los que reconociéron la batería de Corbél.—Los Alféreces que reconocieron en Corbél la batería de D. Antonio de Zúñiga.—Nueva costumbre en la guardia de las banderas en Francia desde que las entraron en ella.—Asalto que dan los españoles en la batería de Corbél.—Valor del Maestre de campo D. Alonso de Idiaquez.—Monsieur de Bona y Monsieur de San Pol pelean en la batería de Don Alonso de Idiaquez.—El capitan D. Juan de Carvajal rueda por la batería abajo.—Los españoles entran en Corbél por asalto.—Desórden de los valones católicos en la batería de Corbél.—El alférez Jorge de Rivera estima en más el pelear con los enemigos que asistir con su bandera.—Los que se señalaron en la batería de D. Alonso de Idiaquez.—Muertos

Páginas.

y heridos en la batería de D. Alonso de Idiaquez.—Asalto que dan los españoles de D. Antonio de Zúñiga.—Valor del Maestre de campo D. Antonio de Zúñiga.—Muerte del gobernador Monsieur de Rigó.—Monsieur de Corbejon desampara la batería y se huye, y le prendió el alférez Juan de Vergara.—Los españoles degüellan la guarnicion de Corbél.—Los italianos degüellan los franceses enemigos que defendian el puente.—El capitan Hernando de Silva defiende no maten en la iglesia los enemigos que se habian retirado á ella.—Cinco camaradas del autor se señalan en el asalto de Corbél.—La nacion italiana se señaló muy bien.—Número de los españoles que murieron y salieron heridos.—Número de los muertos enemigos.—Valor de doce mosqueteros.—Saco de Corbél.—Las banderas francesas que se ganaron en Corbél se las dan sus soldados á Alexandro.—Divisa que tenian las banderas que se ganaron en Corbél.—Alexandro entra en Corbél por las baterías.—Alexandro perdona á Monsieur de Corbejon y se lo da á D. Antonio de Zúñiga.—Inhumanidad, ingratitud y traicion del gobernador de Corbél contra un español.—Lastimosa muerte del sargento Rengifo.—Muerte de Sixto V, Sumo Pontífice, y eleccion de Urbano.—Muerte de Urbano y eleccion de Gregorio XIV.—El Embajador español, Don Bernardino de Mendoza, trata con Alexandro de la eleccion de un Rey católico.—Alexandro levanta su ejército del sitio de Corbél y va sobre Melun.—La villa de Melun se rinde á Alexandro ántes de llegar sobre ella.—Alexandro provee de bastimentos á París.—El intento del Rey católico fué que se eligiese en Francia uno que lo fuese.—Alexandro y el duque de Umena, con D. Bernardino de Mendoza, tratan de la eleccion de un rey en Francia.—El conde Mansfelt envia órden á Francisco Verdugo saque de Frisa el tercio de españoles de Manuel de Vega y lo envie á Brabante.—Va Francisco Verdugo sobre un castillo y lo halla desamparado.—Francisco Verdugo va á Bruselas á verse con el conde Mansfelt para cosas del servicio del Rey católico.—Alojamientos que tuvo el tercio del Maestre de campo Manuel de Vega.—Los soldados españoles del tercio

Páginas.

del Maestre de campo Manuel de Vega mueven pláticas por alterarse.—El modo que tuvieron los soldados del tercio de Manuel de Vega para amotinarse.—Valor de Alonso de Mesa Ludeña.—El Maestre de campo Manuel de Vega con veinte soldados procura deshacer el motin.—Poca lealtad de soldados á su Maestre de campo.—Cercan la casa del Maestre de campo Manuel de Vega sus soldados y le prenden y ponen guardia.—Zamora, Sargento mayor de amotinados, notifica á su Maestre de campo deje libre la villa de Diste y salga fuera con sus banderas y Oficiales.—El Maestre de campo Manuel de Vega entrega las llaves de la villa de Diste al Sargento mayor de los alterados.—Ingratitud del alférez Castañeda á su Maestre de campo y desleal á su Príncipe.—Acábase de amotinar el tercio de Manuel de Vega.—El Maestre de campo Manuel de Vega con las banderas y Oficiales de su tercio alojan en la villa de Lovayna y hacen alto en la de Bilborde.—Socorro que se daba á los soldados leales del tercio de Manuel de Vega y buen órden para granjearlos.—El conde Mauricio refuerza y previene su ejército para las ocasiones.—El conde Mauricio hizo en Brabante mucho daño con su ejército.—El embajador D. Bernardino de Mendoza tiene licencia del Rey católico para venir á España y va con Alexandro á Flandes.—Alexandro levanta su ejército de los contornos de París y marcha la vuelta de Picardía.—El Bearnés sigue la retaguardia del ejército de Alexandro hasta salir de Francia con muchas tropas de caballos.—Manda Alexandro volver las caras de los escuadrones á la retaguardia de su ejército para resistir al Bearnés.—La caballería española cierra con el Bearnés y lo encierra en Longavilla.—Cierra Alexandro con los franceses del Bearnés y les hace volver las espaldas.—Rota que se llamó la de Pontassi.—Perdió el Bearnés todas sus compañías de *infans perdus*.—Palabras que dijo Alexandro al escuadron de los españoles, dignas de escribirse y de ser eternizadas.—Los émulos de Alexandro no cesan de murmurarle.—El capitan D. Fadrique del Aguila hace dejacion de su compañía porque no le da Alexandro la vanguardia.—Alexandro provee la compañía de D. Fa-

Páginas.

drique del Aguila en D. Alonso de Lerma.—Marcha Alexandro con su ejército la vuelta de Flandes y en el camino despacha á D. Alonso de Idiaquez con una embajada á España.—No hay fortuna en los hombres, sino una buena dicha que el cielo les concede.—Envia á España el duque de Umena al presidente Janin á procurar para su persona la corona de Francia.—Oficios que por órden del duque de Umena habia de hacer en España el Presidente.—Diligencias del Bearnés para ser admitido en la Corona.—Derecho que tuvo á la corona de Francia la señora infanta Doña Isabel.—El Rey católico manda despachen bien al presidente Janin.—El Maestre de campo D. Alonso de Idiaquez fué bien despachado en España.—Pretensores de la corona de Francia.—Alexandro se vuelve á Flandes y encarga el ejército al duque de Umena.—Llega Alexandro á la corte de Bruselas.—Socorros que daban al Bearnés los enemigos de la corona de España.—El duque de Umena desaloja el ejército á la ligera y gana á Pontarsi.—La gente del Bearnés gana la villa de Molin y los españoles los vuelven á echar fuera y les matan algunos.—El capitan Juan Brabo de Lagunas traba una escaramuza con los enemigos y los rompe y degüella con increible valor y gana una villa.—Diligencias que hace Alexandro para reducir al servicio del Rey su tercio alterado.—Los soldados leales y sus banderas, del tercio de Manuel de Vega, manda Alexandro vayan alojar á Nivela.—Nuevas diligencias de Alexandro para reducir á la obediencia al tercio de Manuel de Vega.—Parecer que da á Alexandro Francisco Verdugo.—Alexandro ofrece dar socorro á Francisco Verdugo.—Alexandro da licencia á Francisco Verdugo para ir á Lucemburg, y no se le da el socorro que se le ofreció para Frisa.—Francisco Verdugo se vuelve á Frisa sin socorro..... 441